



# Antología de Ciencia Ficción 2002

Comentario [LT1]:

## *Autores Varios*

Alexander Beliaev - LA GRAVEDAD HA DESAPARECIDO .....	3
Robert A. Lowndes - EL ABISMO .....	12
Francisco Lezcano Lezcano - LA GRANJA EXPERIMENTAL .....	18
Carlos Gardini - FIAT MUNDUS .....	20
Philip K. Dick - SI NO EXISTIERA BENNY CEMOLI .....	23
Robert Silverberg - ENFRIAMIENTO RÁPIDO .....	39
Damon Knight - EL ENEMIGO .....	49
Ursula K. Le Guin - EL DIA ANTES DE LA REVOLUCIÓN .....	60
Ray Bradbury - EL DESIERTO, JUNIO DE 2003 .....	70
Ray Bradbury - LA COSTA .....	76
James Gunn - LA CAVERNA DE LA NOCHE .....	77
Carlos Buiza - LA CAIDA .....	88
Damon Knight - EL AUGE DE LA BOSTA DE VACA .....	91
Isaac Asimov - ANOCHECER .....	96
Philip K. Dick - ACTO DE NOVEDADES .....	120
Philip K. Dick - ORFEO CON PIES DE ARCILLA .....	141
Fritz Leiber - EL HOMBRE QUE NUNCA LLEGABA A JOVEN .....	152
Fredric Brown - LOS ONDULANTES .....	157
Philip K. Dick - EL OJO DE LA SIBILA .....	173
Robert Silverberg - EL OCASO DE LOS MITOS .....	187
Fritz Leiber - EL NÚMERO DE LA BESTIA .....	193
Robert Silverberg - MOSCAS .....	199
Fredric Brown - LOS MONSTRUOS SONRIENTES .....	205
Harry Harrison - EL MECÁNICO .....	213
Alexander Kazantzev - EL MARCIANO .....	222
Burt Filer - MARCHA ATRÁS .....	228
Bob Shaw - LUZ DE OTROS DÍAS PERDIDOS .....	233
Philip K. Dick - JUEGO DE GUERRA .....	238

*Antología de Ciencia Ficción 2002*

David Langford - TRAS EL INCIERTO HORIZONTE, A MANO DERECHA.....	252
Philip K. Dick - IMPOSTOR .....	258
F. Valverde Torné - EL HOMBRE MECANICO .....	268
Howard Fast - OVNI .....	272
Philip K. Dick - EL CASO RAUTAVAARA .....	275
Fritz Leiber - LA RAÍZ CUADRADA DE CEREBRO.....	282
Fredric Brown - POLICIA 1999.....	289
Brian Aldiss - PLENISOL.....	301
Philip K. Dick - VISITA A UN PLANETA EXTRAÑO .....	309
Valentina Zuravleva - LA PIEDRA DE LAS ESTRELLAS .....	320
Fredric Brown - PESADILLA DESPIERTO .....	329
Larry Niven - PÁJARO EN MANO .....	356
James Tiptree Jr. - LOS SAURIOS QUE FLORECEN DE NOCHE .....	367
Howard Fast - LA SEMILLA PRAGMÁTICA .....	371
J.G.Ballard - LAS TUMBAS DE TIEMPO .....	376
Alfred Coppel - TIERRAS VIVAS.....	387
Damon Knight - OH TIEMPO, RETROCEDE.....	394
Philip K. Dick - SUSPENSIÓN DEFECTUOSA .....	400
Philip K. Dick - CARGO DE SUPLENTE MÁXIMO .....	412
Doris Piserchia - SUEÑO PROTECTOR.....	426
Neil R. Jones - EL SOLITARIO DE LOS ANILLOS DE SATURNO .....	440
Philip K. Dick - SERVICIO DE REPARACIONES.....	454
James Tiptree Jr. - EL ÚLTIMO VUELO DEL DOCTOR AIN .....	468

## **Alexander Beliaev - LA GRAVEDAD HA DESAPARECIDO**

### I - Una misteriosa quinta de verano

Durante mis paseos por las afueras de Simeiz, en Crimea, la solitaria quinta de verano que se erguía en la falda de una montaña llamó mi atención. Ningún camino conducía hasta ella y estaba muy bien vallada por todos los lados, con su única verja siempre cerrada. Por encima de la valla no asomaba ningún arbusto ni la copa de un solo árbol, y en torno a ella todo eran rocas amarillentas, con algún ocasional enebro de aspecto enfermizo o un retorcido pino aquí y allá.

¿A quién podía habersele ocurrido vivir en aquel desierto? Suponiendo que viviera alguien allí... Solía preguntármelo mientras merodeaba alrededor de la misteriosa quinta de verano.

Nunca vi salir a nadie del lugar. Mi curiosidad fue en aumento, y debo confesar que traté de echar una mirada al interior de la valla trepando a las rocas más altas del contorno. Pero la quinta estaba situada de modo que, cualquiera que fuese mi observatorio, sólo podía divisar un rincón del patio.

Sin embargo, al cabo de unos cuantos días de observación, conseguí ver a una anciana vestida de negro que cruzaba el patio.

Aquello fue un nuevo estímulo para mi curiosidad.

Las personas que vivían allí debían tener alguna conexión con el mundo exterior. ¿Dónde efectuaban sus compras?

Realicé indagaciones entre la gente que conocía, y finalmente capté el rumor de que la quinta estaba habitada por el profesor Wagner.

¡El profesor Wagner!

Aquel nombre acrecentó todavía más la atención que dedicaba a la quinta de verano. Hubiese dado cualquier cosa por conocer al hombre cuyos inventos habían causado tanta sensación. A partir de entonces asedié el lugar. En mi fuero íntimo sabía que estaba haciendo algo que no debía, pero continué espionando el lugar durante horas enteras, de día y de noche, desde mi puesto de observación detrás de unas matas de enebros.

Dicen que quien la sigue la consigue.

Bien, una mañana, poco después del amanecer, oí chirriar la verja. Todo mi cuerpo se puso en tensión y, con el corazón palpitante, aguardé el desarrollo de los acontecimientos.

La verja se abrió. Un hombre alto, de mejillas sonrosadas, con una barba rubia y un bigote caído, cruzó la verja y dirigió una cautelosa mirada a su alrededor. ¡No cabía duda: era el profesor Wagner!

Tras asegurarse de que no había nadie a la vista, el profesor trepó lentamente por la colina hasta un espacio llano donde empezó a realizar lo que me pareció un ejercicio muy raro. En el suelo había varios pedruscos de diversos tamaños. Wagner trató de levantarlos uno por uno, pero eran tan grandes y pesados que ni siquiera un campeón de levantamiento de pesos hubiera podido moverlos.

«¡Qué extraño pasatiempo!», pensé. Pero inmediatamente quedé tan asombrado que no pude contener una exclamación de sorpresa. Era algo completamente irreal: el profesor Wagner se acercó a una enorme roca, más alta que un hombre, la agarró por un borde saliente y la levantó con el mismo esfuerzo aparente que habría empleado si la roca hubiese sido de cartón. Luego, extendiendo el brazo, empezó a balancear la roca de un lado a otro.

Yo estaba desconcertado, sin saber qué pensar. Una de dos, o el profesor Wagner poseía una fuerza sobrehumana - en cuyo caso, ¿por qué no había podido levantar otras rocas de menor tamaño? -, o...

No había completado mi pensamiento cuando un nuevo truco del profesor me privó incluso de la facultad de pensar: hasta tal punto me impresionó.

Wagner lanzó la roca hacia arriba como si fuera un guijarro, proyectándola a una altura de casi veinte metros. Muy nervioso, cerré los ojos esperando oír el estrépito que habría de producirse cuando la roca se estrellara contra el suelo. Pero, transcurridos unos segundos sin oír nada, volví a abrir los ojos. La roca descendía lentamente. Y, antes de que llegara al suelo, Wagner extendió su mano y la recogió, sin que su brazo acusara en lo más mínimo los efectos del impacto.

- ¡Ja, ja! - rió Wagner con una voz profunda, al tiempo que volvía a lanzar la roca, esta vez paralelamente al suelo.

La roca recorrió medio centenar de metros y de pronto pareció perder impulso y cayó, haciéndose añicos.

- ¡Ja, ja! - rió de nuevo, y dio un salto extraordinario.

Habiendo alcanzado una altura de unos cuatro metros, empezó a volar paralelamente al suelo en dirección a donde yo estaba; luego, posiblemente debido a un error de cálculo, inició una rápida caída. Se estrelló contra el suelo cerca de mí, al otro lado del enebro, gruñó, profirió una maldición y se frotó la rodilla. Luego trató de levantarse y volvió a gruñir.

Tras alguna vacilación decidí revelar mi presencia y prestar los primeros auxilios al profesor.

- ¿Está usted herido? ¿Puedo ayudarle? - inquirí, saliendo de detrás del arbusto.

Mi aparición no pareció sorprender lo más mínimo al profesor. En cualquier caso, si le sorprendió no lo dio a entender.

- No, gracias - dijo con voz tranquila -. Puedo valerme por mí mismo.

Efectuó otra tentativa para levantarse, pero tuvo que renunciar, con el rostro contraído por el dolor. Su rodilla se estaba hinchando a ojos vista. Era evidente que no podría arreglárselas sin ayuda.

La situación requería una acción inmediata.

- Permítame que le ayude a salir de aquí antes de que el dolor le deje sin fuerzas - dije, y le ayudé a levantarse.

No formuló ninguna objeción, a pesar de que cada movimiento tenía que representar una tortura para él. Echamos a andar lentamente hacia la casa. Yo cargaba casi con todo su peso, y al final el que se estaba quedando sin fuerzas era yo. Pero me sentía feliz, ya que no sólo había visto al profesor Wagner, sino que incluso había trabado conocimiento con él. ¿Me permitiría entrar en su casa? ¿O me despediría al llegar a la verja, después de darme las gracias? Esto era lo que me preocupaba mientras nos acercábamos a la quinta. Sin embargo, el profesor no dijo nada y cruzamos la línea mágica. De hecho, no creo que el profesor pudiera decir nada. Sus sufrimientos parecían ser muy intensos. Yo también estaba mortalmente cansado, pero antes de entrar en la quinta conseguí echar una inquisitiva mirada en torno al patio.

Era muy espacioso, y en el centro había una especie de máquina parecida a un aparato de Maurain. En uno de los rincones había un agujero circular en el suelo, cubierto con un grueso cristal. Alrededor del agujero, unos arcos metálicos se extendían a intervalos hacia la casa y en otras varias direcciones.

No tuve tiempo de ver nada más, ya que la mujer vestida de negro - el ama de llaves del profesor, según supe más tarde -, salió alarmada de la casa y corrió a nuestro encuentro.

## II - El círculo mágico

Wagner se encontraba en muy mal estado. Su respiración era dificultosa y deliraba.

Deseé con todas mis fuerzas que el cerebro del profesor Wagner, aquel maravilloso mecanismo, no resultara lastimado a consecuencia del golpe.

En su delirio, recitaba fórmulas matemáticas y gemía de cuando en cuando. El ama de llaves estaba completamente aturdida y no sabía qué hacer. Repetía sin cesar:

- ¿Qué va a pasar? ¡Dios mío! ¿Qué va a pasar?

Tuve que prestarle al profesor los primeros auxilios y me quedé a cuidarle.

A la mañana siguiente Wagner recobró el conocimiento. Abrió los ojos y me miró.

- Gracias - murmuró débilmente.

Le di unos sorbos de agua y él hizo un gesto de reconocimiento y me pidió que le dejara solo. Fatigado por la ansiedad del día anterior y por una noche de insomnio, decidí dejar solo al paciente unos instantes y salir a tomar un poco el aire. El aparato instalado en el centro del patio volvió a atraer mi atención. Me acerqué a él y alargué la mano.

- ¡No se acerque más! ¡Cuidado! - gritó la voz asustada del ama de llaves detrás de mí.

Y mientras oía aquella voz, noté que mi mano se hacía de pronto extraordinariamente pesada, como si soportara una enorme carga, hasta el punto de que tiró de mí hacia abajo con tal violencia que caí al suelo. Mi mano quedó pegada al suelo por aquel invisible peso. Con un supremo esfuerzo conseguí liberarla. Estaba amoratada y me dolía mucho.

El ama de llaves permanecía a mi lado, sacudiendo la cabeza con desaliento.

- ¡Oh, querido, querido! Ha sido una torpeza por su parte. Será mejor que se mantenga alejado del patio, si no quiere que le suceda una desgracia, Dios me perdone.

Sin comprender nada, entré en la casa y me apliqué una compresa de agua fría a la mano.

Al despertar por segunda vez, el profesor parecía estar completamente despejado. Por lo visto, su organismo era excepcionalmente vigoroso.

- ¿Qué es eso? - inquirió, señalando mi mano.

Se lo expliqué.

- Se ha librado usted por muy poco - dijo.

Ardía en deseos de obtener una explicación de Wagner, pero me abstuve de formularle preguntas para no fatigarle.

Aquella noche, después de que su lecho fue adosado a la ventana, de acuerdo con sus instrucciones, el propio Wagner sacó a relucir el tema que tanto me interesaba.

- La ciencia estudia las fuerzas elementales - empezó - y establece toda clase de leyes, pero en realidad sabe muy poco acerca de la naturaleza de esas fuerzas. Tomemos la electricidad o la gravedad. Estudiamos sus propiedades y las utilizamos. Pero no nos revelan el íntimo misterio de su naturaleza. Por lo tanto, no podemos utilizarlas plenamente. La electricidad resulta más asequible, desde luego. La hemos domesticado, por así decirlo. La almacenamos, la transmitimos de un lugar a otro, la utilizamos cuando y cómo la necesitamos. Pero la gravedad es más intratable. Tenemos que transigir con ella, adaptarnos a sus caprichos, en vez de adaptarla a nuestras necesidades. Si pudiéramos regular su poder a nuestra voluntad, acumularlo como la electricidad, dispondríamos de una fuerza maravillosa. Siempre he soñado en domesticar a la gravedad.

- ¡Y lo ha conseguido usted! - exclamé, con repentina comprensión.

- Sí, lo he conseguido. He descubierto una técnica por medio de la cual podemos regular la fuerza de gravedad. Ha sido usted testigo de mis primeros éxitos. Y de lo que me han costado - añadió Wagner, frotándose la rodilla lastimada -. Como experimento, he reducido la fuerza de gravedad en una pequeña zona alrededor de esta quinta. Ya vio usted con qué facilidad levanté aquella roca. Lo conseguí a cambio de un aumento de la fuerza de

gravedad en una zona de dimensiones equivalentes en el interior de mi patio. Su curiosidad ha estado a punto de costarle la vida cuando se acercó a mi «círculo mágico».

» - Mire - continuó, señalando a través de la ventana - ¿Ve aquellos pájaros que vuelan por allí? Tal vez uno de ellos penetrará en la zona de gravedad incrementada...

Se quedó silencioso contemplando con aire excitado los pájaros que se acercaban a la quinta. Ahora estaban encima del patio...

De repente, uno de ellos cayó como una piedra. No se limitó a estrellarse contra el suelo, de un modo normal, sino que quedó aplastado y reducido al grosor de un papel de fumar, como si lo hubiese chafado una apisonadora.

- ¿Ha visto?

Me estremecí al pensar que podía haberme ocurrido lo mismo a mí.

- Sí - Wagner adivinó mi pensamiento -, hubiera usted quedado reducido a papilla por el peso de su propia cabeza - Y con una sonrisa continuó: - Fima, mi ama de llaves, dice que mi invento es una maravilla para mantener a los gatos alejados de la despensa. Pero hay otras bestias mucho más peligrosas, que no están armadas con garras y colmillos, sino con cañones y bombas.

» - ¡Imagine lo que podría hacer un arma defensiva que controlara la gravedad! Una barrera a lo largo de las fronteras del país impediría que el enemigo pudiera cruzarlas. Los aviones caerían como ha caído ese pájaro. Ni siquiera los proyectiles de artillería pasarían más allá. O podría aplicarse en sentido contrario: reducir la fuerza de gravedad en la zona enemiga, de modo que los soldados flotaran indefensos en el aire... Pero todo eso es un juego de niños comparado con lo que he conseguido. He descubierto un sistema para reducir la atracción de la gravedad en toda la superficie de la Tierra, a excepción de los polos.

- ¿Cómo es posible eso?

- Haciendo que el globo gire con más rapidez, sencillamente.

- ¿Cómo? ¿Hacer que el globo gire más aprisa?

- Sí. A medida que aumente su velocidad, la fuerza centrífuga será mayor y todos los objetos situados sobre la superficie de la Tierra se harán más ligeros. Si no le importa quedarse conmigo unos cuantos días...

- ¡Me encantará!

- Entonces, iniciaré el experimento en cuanto pueda levantarme. Creo que le interesará.

### III - «Está rodando»

Al cabo de unos días el profesor Wagner abandonó el lecho, aunque cojeaba ligeramente. Se pasaba muchas horas en su laboratorio subterráneo, situado en un rincón del patio. Me abrió las puertas de su biblioteca pero nunca me invitó a bajar al laboratorio.

Un día, me encontraba sentado en la biblioteca cuando se presentó Wagner, muy excitado, gritando desde el umbral:

- ¡Está rodando! He puesto el aparato en movimiento. Ahora veremos qué pasa.

Yo esperaba algo extraordinario. Pero transcurrieron las horas sin que sucediera nada.

- Paciencia - dijo el profesor, sonriendo -. La fuerza centrífuga es directamente proporcional al cuadro de la velocidad angular, ¿sabe? Y la Tierra tiene un tamaño descomunal: no resulta fácil acelerarla.

A la mañana siguiente, al levantarme, experimenté la sensación de que era más ligero que de costumbre. Hice una prueba, levantando una silla: me pareció también mucho más ligera. De modo que la fuerza centrífuga estaba funcionando... Salí a la veranda y me senté a leer a la sombra. Pero no tardé en darme cuenta de que la sombra se movía con desusada rapidez. ¿Acaso se movía el sol más aprisa que antes?

- Se ha dado cuenta, ¿eh? - oí que decía Wagner, desde el lugar donde había estado observándome -. La Tierra gira más aprisa, y el día y la noche se están acortando.

- Pero, ¿a dónde nos llevará todo esto? - inquirí.

- Vivir para ver - se limitó a decir el profesor.

Aquel día, el sol se ocultó dos horas antes que de costumbre.

- Imagino la conmoción que el acontecimiento habrá producido en todo el mundo - le dije al profesor -. Pero, me gustaría saber...

- Vaya a mi estudio y lo sabrá - dijo Wagner -. Allí hay un aparato de radio.

Me dirigí apresuradamente al estudio y me enteré de que la población mundial se encontraba efectivamente bajo los efectos de una gran conmoción.

Pero aquello era sólo el comienzo. La Tierra continuó acelerando su movimiento, y los días se hacían cada vez más cortos.

- Todos los objetos que están sobre el ecuador han perdido ahora una cuadragésima parte de su peso - me dijo Wagner cuando el día y la noche duraban solamente cuatro horas.

- ¿Por qué sobre el ecuador?

- Porque la atracción de la Tierra es más débil allí, en tanto que el radio de rotación es más largo: en consecuencia, la fuerza centrífuga es mayor.

Los científicos se habían dado cuenta ya del peligro que esto implicaba. Se había iniciado un éxodo desde las regiones ecuatoriales a latitudes más altas, donde la fuerza centrífuga era menor. La reducción estaba resultando beneficiosa: las locomotoras podían arrastrar enormes trenes, el motor de una motocicleta proporcionaba suficiente energía para un avión... y a una mayor velocidad. La gente era cada vez más ligera y más fuerte. Por mi parte, cada día que pasaba me encontraba más liviano. ¡Una sensación sumamente agradable!

Sin embargo, la radio no tardó en informar de los primeros desastres. Los descarrilamientos eran cada vez más frecuentes, aunque con escasas víctimas, ya que los vagones quedaban intactos aunque cayeran desde alturas considerables. Los vientos adquirían la fuerza de huracanes, levantando nubes de polvo que ya no volvían a posarse nunca más en el suelo.

Cuando la velocidad angular hubo aumentado setenta veces, los objetos y las personas del ecuador perdieron todo su peso.

Aquella noche, la radio difundió la terrible noticia: en el África ecuatorial y en América aumentaban los casos de personas que andaban cabeza abajo debido a la atracción de la fuerza centrífuga, siempre en aumento. Y no tardó en llegar otra noticia más aterradora del ecuador: la amenaza de asfixia.

- La fuerza centrífuga está desgarrando la envoltura de aire del globo terráqueo - explicó el profesor tranquilamente -. La atracción de la Tierra no puede seguir manteniéndola en su lugar.

- Pero... ¿significa eso que también nosotros nos asfixiaremos? - pregunté, en tono preocupado.

Wagner se encogió de hombros.

- Nosotros estamos preparados contra cualquier eventualidad - dijo.

- ¿Por qué empezó todo esto? - inquirí -. Representará una verdadera catástrofe mundial, la destrucción de la civilización...

Wagner se quedó impassible.

- Más tarde sabrá por qué lo he empezado.

- No habrá sido por el simple placer de experimentar...

- No comprendo su excitación - dijo Wagner -. ¿Y qué, si se tratara de un simple experimento? No razonemos en un círculo vicioso. Cuando un huracán o un volcán en

erupción mata a las personas por millares, a nadie se le ocurre formular reproches al huracán o al volcán. Considere esto como otro desastre natural.

No quedé satisfecho por la respuesta. Además, una sensación de mala voluntad hacia el hombre despertó en mi ánimo por primera vez.

Había que ser un monstruo, desprovisto de todo sentimiento, para sacrificar las vidas de millones de personas por un experimento científico, pensé.

Mi mala voluntad hacia Wagner se hizo más intensa a medida que yo mismo me sentía peor, y no era de extrañar: aquellos terribles informes acerca de la destrucción paulatina del mundo, la rápida sucesión de los días y las noches, bastaban para enloquecer a cualquiera. Apenas dormía, y era un manojo de nervios. Para moverme, tenía que adoptar infinitas precauciones. La más leve contracción muscular me haría salir despedido contra el techo. Las cosas perdían rápidamente peso y no había modo de manejarlas. Los muebles más pesados se desplazaban al menor contacto.

Fima, el ama de llaves, estaba tan exasperada como yo. El cocinar se había convertido en un espectáculo circense: las ollas y las cacerolas volaban por el aire, y la propia cocinera flotaba cómicamente tratando de alcanzarlas.

Wagner era el único que conservaba el buen humor, e incluso se burlaba de nosotros.

No me aventuraba a salir al exterior sin haber llenado previamente mis bolsillos de piedras, para no «caer en el cielo». El nivel del mar era cada vez más bajo, ya que el agua era arrastrada hacia el oeste, donde al parecer inundaba la costa... Además, padecía frecuentes ataques de vértigo y de asfixia. El aire era cada vez más enrarecido. El viento huracanado que había estado soplando del este parecía amainar. Pero al mismo tiempo descendía la temperatura del aire.

Intuía que se acercaba el final... Me sentía tan angustiado que empecé a pensar qué clase de muerte escogería: caer en el cielo, o esperar a quedar asfixiado. La asfixia era lo peor, pero me permitiría ver lo que ocurría en la Tierra hasta el último momento.

No, era preferible terminar de una vez, pensé, y empecé a descargar mis bolsillos.

- Un momento - oí que decía la voz de Wagner, apenas audible en aquella atmósfera enrarecida -. Vamos a bajar al laboratorio subterráneo.

Deslizó su brazo debajo del mío, hizo una seña al ama de llaves, que estaba en la veranda, jadeando, y los tres nos encaminamos a la gran «ventana» redonda practicada en el suelo del patio. Yo andaba como en un trance, perdida toda voluntad. Wagner abrió la pesada puerta que conducía al laboratorio subterráneo y me empujó a través de ella. Perdí el sentido y caí sobre el suelo de piedra.

#### IV - Cabeza abajo

No sé cuanto tiempo permanecí inconsciente. Mi primera sensación fue la de que estaba respirando aire fresco. Abrí los ojos y quedé sorprendido al ver una bombilla enroscada al suelo, no lejos del lugar donde yo estaba tendido.

- No le extraña - oí que decía el profesor Wagner -. El suelo no tardará en convertirse en techo. ¿Cómo se encuentra?

- Mucho mejor, gracias.

- Arriba, entonces - dijo, cogiéndome de la mano.

Volé hasta la claraboya y luego descendí, muy lentamente.

- Vamos, le enseñaré mi cuartel general subterráneo - dijo Wagner.

Había tres habitaciones juntas: dos de ellas con luz artificial, y una tercera, de mayor tamaño, con un encristalado techo o suelo: no estoy seguro. Lo malo era que estábamos sometidos al estado de ingravidez.



Esto convertía nuestro recorrido en un paseo agotador. Girábamos y remolineábamos, agarrando y desplazando los muebles, saltando por encima de las mesas o chocando contra ellas, suspendidos a veces en el aire y extendiendo nuestras manos para cogernos. Sólo nos separaban unos centímetros, pero éramos completamente incapaces de franquearlos hasta que algún ingenioso truco rompía el equilibrio. Los objetos que tocábamos flotaban alrededor de nosotros. Una silla estaba colgada en el aire en el centro de la habitación. Unos vasos llenos de agua aparecían volcados sin que se derramara el líquido...

Luego vi una puerta que conducía a la cuarta habitación, de la cual surgía un sonido chirriante. Pero Wagner no me permitió entrar en ella. Al parecer, albergaba el mecanismo que aceleraba la rotación de la Tierra.

Sin embargo, nuestro «vuelo espacial» no tardó en acabar, y descendimos al techo encristalado, que a partir de entonces sería nuestro suelo. No tuvimos que mover las cosas porque ya se habían movido por sí mismas, y la bombilla eléctrica estaba ahora sobre nuestras cabezas, iluminando la habitación durante las brevísimas noches.

Wagner lo había previsto todo, desde luego. Disponíamos de una abundante provisión de botellas de oxígeno, de alimentos en conserva y de agua. Esto explica que el ama de llaves no salga a comprar, pensé.

Ahora que estábamos en el techo, descubrí que el andar resultaba bastante fácil, a pesar de que, en términos relativos, andábamos cabeza abajo. Pero el hombre se acostumbra a todo. Yo me estaba adaptando rápidamente a la nueva situación. Cuando incliné la mirada hacia mis pies y vi el cielo debajo de mí a través del grueso cristal transparente, tuve la impresión de que estaba de pie sobre un espejo redondo que reflejaba el cielo.

Pero a veces reflejaba cosas anormales o espantosas.

El ama de llaves dijo que tenía que ir a la casa a buscar la mantequilla, que había olvidado allí.

- No podrá llegar - le dije -. Se caerá usted hacia abajo... quiero decir hacia arriba.

- Me agarraré a las anillas del suelo: el profesor me enseñó a hacerlo. Cuando todo era normal, aprendí a andar sobre mis manos en una habitación en la que había anillas en el techo.

Desde luego, el profesor Wagner había pensado en todo.

Me sorprendió que una mujer se mostrara tan valiente. ¡Arriesgar su vida, «andando sobre las manos» encima del espacio infinito, para que no nos faltara la mantequilla!

- De todos modos, es muy arriesgado - dije.

- Mucho menos de lo que imagina - declaró el profesor Wagner -. Nuestro peso es insignificante y se requiere muy poca fuerza muscular para esa maniobra. Además, voy a acompañarla: me he dejado arriba mi cuaderno de notas.

- Pero, en el exterior no hay aire...

- Tenemos cascos con aire comprimido.

Y así, vestidos como buzos, se alejaron. La doble puerta se cerró detrás de ellos. Luego oí el golpazo de la puerta exterior.

Tendido en el suelo, con el rostro pegado al grueso cristal, contemplé a la pareja con inquietud: dos figuras con la cabeza embutida en un globo que andaban rápidamente sobre sus manos, agarrándose a las anillas del suelo, con las piernas agitándose en el aire. ¡Resultaba difícil imaginar un espectáculo más fantástico!

Wagner y el ama de llaves desaparecieron en el interior de la casa.

No tardaron en salir de nuevo.

Se encontraban ya a medio camino del laboratorio cuando ocurrió algo que me dejó helado de espanto: el ama de llaves había dejado caer la jarra de la mantequilla y, en su esfuerzo por alcanzarla, se soltó de la anilla y empezó a caer al abismo...

Wagner intentó salvarla: desenrolló una cuerda que llevaba a la cintura, la ató a una de las anillas y descendió por ella detrás del ama de llaves. La desdichada mujer caía lentamente, y como Wagner había conseguido acelerar su caída por medio de un vigoroso impulso, no tardó en llegar a su altura. Extendió su brazo hacia ella, pero la fuerza centrífuga había hecho que la mujer se desviara un poco. Wagner no consiguió alcanzarla. Y la cuerda estaba ahora completamente desenrollada... Lentamente, el profesor trepó por la cuerda, iniciando el regreso a la tierra desde los abismos del cielo...

Vi que la desgraciada mujer agitaba sus brazos. Luego, la noche cayó como un telón sobre aquella escena de muerte.

Me estremecí al imaginar lo que ella sentía. ¿Qué sería de ella? Su cadáver, sin descomponerse en la frialdad del espacio, caería eternamente a menos de que un planeta lo atrajera al pasar junto a él.

Estaba tan absorto en mis pensamientos que no me di cuenta de que Wagner había entrado y estaba a mi lado.

- Una hermosa muerte - dijo tranquilamente.

El odio me cegó.

- ¡Usted la ha matado! - escupí -. ¡Es usted un asesino! ¡Y tendrá que responder de esa muerte, y de la vida que ha destruido en la Tierra! Reduzca inmediatamente la velocidad de la Tierra, o...

Pero el profesor se limitó a sacudir la cabeza.

- ¡Hable! - grité, apretando los puños.

- No puedo hacer nada. Probablemente, existe un error en mis cálculos.

- ¡Entonces, pagará usted por ese error!

Me lancé contra él, enroscué mis manos alrededor de su garganta y empecé a apretar... Y en aquel preciso instante noté que el suelo cedía bajo mis pies. Luego se rompió el cristal y me hundí en el abismo, con las manos cerradas sobre la garganta de Wagner...

V - Un nuevo auxiliar docente

Delante de mí, el rostro sonriente del profesor Wagner. Aturdido, le miré. Luego miré a mi alrededor.

El sol, bajo aún en el dosel azulado del cielo. A lo lejos, el mar. Dos mariposas blancas revoloteando cerca de la veranda. El ama de llaves, con un plato que contenía un gran trozo de mantequilla en las manos...

- ¿Dónde estoy? ¿Qué significa todo esto? - le pregunté al profesor.

Wagner sonrió por debajo de sus largos bigotes.

- Debo disculparme - dijo - por haberle utilizado para un experimento, sin su permiso y sin haber tenido el placer de conocerle hasta ahora. Si sabe quién soy, estará enterado de que por espacio de muchos años he estado trabajando en la solución del problema que le plantea al hombre la necesidad de asimilar la inmensidad de los conocimientos modernos. Personalmente, por ejemplo, he logrado que cada una de las dos mitades de mi cerebro trabaje independientemente.

- Lei algo acerca de eso - dije.

- Entonces, ya sabe de qué va. Pero no todo el mundo puede hacer eso. De modo que decidí utilizar la hipnosis como auxiliar docente. Después de todo, la enseñanza convencional comporta también cierta cantidad de hipnosis. Esta mañana, cuando salí a dar mi acostumbrado paseo, le vi a usted oculto detrás del enebro. No era la primera vez que se apostaba usted allí, ¿verdad? - inquirió, con un brillo humorístico en los ojos.

Quedé confundido.

- Bueno, decidí castigarle un poco por su curiosidad, sometiéndole a la hipnosis.

- ¿Qué? ¿Todo lo que he visto...?

- Pura hipnosis. Sin embargo, para usted fue muy real, ¿no es cierto? Y seguramente no olvidará la experiencia. Nada menos que una lección práctica sobre las leyes de la gravedad y de la fuerza centrífuga. Se comportó usted como un estudiante aprovechado, aunque al final de la sesión se excitó un poco...

- ¿Cuanto tiempo ha durado?

El profesor Wagner consultó su reloj.

- Un par de minutos, aproximadamente. Una técnica muy productiva, ¿no le parece?

- ¡Un momento! - exclamé -. ¿Y la ventana encristalada? ¿Y las anillas en el suelo? - Miré hacia el patio que se extendía delante de nosotros, completamente vacío -. ¿Fueron también producto de la hipnosis?

- Exactamente. Pero, con sinceridad, ¿encontró usted aburrida mi lección de física? No, ¿verdad? Fima - llamó -. ¿Está preparado el café? Vamos a desayunar...

## **Robert A. Lowndes - EL ABISMO**

Sacamos el cuerpo de Graf Norden envueltos por la noche de noviembre, bajo las estrellas que resplandecían con un brillo tan terrible que resultaba insoportable, y condujimos el auto enloquecidos, frenéticamente, por la carretera que subía hacia lo alto de la montaña. El cadáver debía ser destruido a causa de los ojos que no querían cerrarse, sino que parecían mirar fijamente algún objeto situado detrás del observador; el cadáver que había perdido toda la sangre sin que presentara la más ligera traza de una herida; el cadáver cuya carne estaba cubierta de marcas luminosas, de arabescos que se desplazaban y cambiaban de forma ante nuestros ojos. Encajamos el rígido cuerpo que había sido Graf Norden tras el volante, pusimos una mecha en el tanque de gasolina, la encendimos y luego empujamos el vehículo hasta el borde del camino, desde donde se precipitó envuelto en llamas hacia la ruta principal: un meteorito flamígero

No fue hasta el día siguiente que nos dimos cuenta de que todos habíamos estado bajo el poder hipnótico de Dureen... hasta yo lo había olvidado. De no ser así, ¿cómo hubiéramos podido actuar tan alocadamente? A partir del instante en que se encendieron las luces de nuevo, y vimos lo que, un momento antes, había sido Graf Norden, fuimos como vagas, irreales figuras deambulando por un sueño. Lo olvidamos todo salvo las mudas órdenes que nos fueron impartidas mientras contemplábamos cómo el auto llameante se estrellaba contra el asfalto inferior, mientras observábamos su destrucción, y luego nos dirigíamos con paso incierto cada cual a su casa. Cuando, al día siguiente, recobramos parcialmente la memoria y buscamos a Dureen, éste había desaparecido. Y, como sea que apreciábamos nuestra libertad, no contamos a nadie lo que había sucedido, ni tratamos de averiguar hacia qué ignotos dominios se había esfumado Dureen. Sólo deseábamos olvidar.

Pienso que yo probablemente hubiera olvidado si no hubiese vuelto a echar una ojeada a la Canción de Ysté. Los demás, con interés creciente, han tendido a considerarlo como una ilusión, pero yo no puedo. Una cosa es leer libros como el Necronomicón, el Libro de Eibón o la Canción de Ysté, y otra muy distinta cuando la propia experiencia nos confirma algunas de las cosas que en ellos se relatan. Encontré uno de tales párrafos en la Canción de Ysté y no seguí leyendo. El volumen, junto con los demás libros de Norden, aún está en mi biblioteca; no lo he quemado. Pero no creo que lo vuelva a leer jamás...

Conocí a Graf Norden en 193..., en la universidad Darwich, en la clase de historia medieval y del Renacimiento temprano del doctor Held, que era más bien un estudio del pensamiento metafísico y el ocultismo.

Norden demostraba un gran interés; había realizado más de una incursión en las ciencias ocultas; en especial, le fascinaban los escritos y documentos de una familia de adeptos llamada Dirka, cuyo linaje se remonta a los días de la era preglacial. Ellos, los Dirka, vertieron la Canción de Ysté de su forma legendaria a las tres grandes lenguas de las culturas primigenias, y luego al griego, latín, árabe e inglés medio.

Le dije a Norden que deploraba el ciego desdén con que el mundo consideraba a las ciencias ocultas, pero que nunca había investigado el tema en profundidad. Me contentaba con ser un espectador, dejando que mi imaginación vagara a voluntad por las principales corrientes de ese oscuro río; deslizarme por la superficie era suficiente para mí... raras veces realizaba una inmersión ocasional hacia las profundidades. Como poeta y soñador, ponía buen cuidado en no perderme entre las tinieblas de las pozas donde retozaba... uno siempre podía emerger para encontrar un cielo azul y calmo y un mundo que no creía en esas realidades.

En el caso de Norden, era diferente. El ya comenzaba a tener dudas, según me comentó. Se trataba de un camino difícil de recorrer; había peligros espantosos, ocultos a lo largo de

todo el recorrido; a menudo eso era tan cierto que el caminante no los descubría hasta que ya era demasiado tarde. Los terráneos no habían avanzado mucho por la vía de la evolución; muy inexpertos aún, su falta de conocimiento, como raza, constituía una poderosa valla contra los pocos de sus congéneres que buscaban adentrarse por desconocidos caminos. Norden hablaba de mensajeros del más allá y citaba oscuros pasajes del Necronomicón y la Canción de Ysté. Se refería a seres extraños, entidades terriblemente inhumanas, imposibles de comprender de acuerdo con los cánones humanos o de ser combatidos de manera efectiva por la humanidad.

Dureen hizo su aparición en esa época. Un día entró en el aula durante el curso de una conferencia; más tarde, el doctor Held nos lo presentó como un nuevo miembro de la clase, procedente del extranjero. Había algo en Dureen que despertó inmediatamente mi interés. No logré determinar a qué raza o nacionalidad podía pertenecer... era lo que podría decirse bello, cada uno de sus movimientos poseía gracia y ritmo. Sin embargo, bajo ningún aspecto podía considerarse afeminado.

El hecho de que la mayoría de nosotros le eludiera, no le perturbaba en absoluto. Por mi parte, ello se debía a que no me parecía real, pero, en el caso de los demás, probablemente se debiera a su carencia total de sentimiento. Hubo una vez, por ejemplo, en que, estando en el laboratorio, le estalló una probeta ante la cara, y varios fragmentos se le clavaron en la piel. Él no dio la más leve muestra de dolor, rehusó todas las expresiones de atención de parte de algunas jóvenes y procedió a continuar con su experimento en cuanto el médico terminó de atenderle.

El acto final comenzó una tarde, cuando conversábamos acerca de la sugestión y el hipnotismo, y discutíamos las posibilidades prácticas de la materia. Colby presentó un argumento extraordinariamente ingenioso en contra, consideró ridículo asociar los experimentos en transmisión de pensamiento o telepatía con la sugestión y llegó a la conclusión final de que el hipnotismo (al margen de los medios mecánicos de inducción) era imposible.

Fue al llegar a este punto cuando Dureen intervino. Lo que él dijo, no puedo recordarlo, pero todo concluyó con un desafío directo a Dureen para que demostrara sus asertos. Norden permaneció callado durante el curso de este debate; estaba más bien pálido y trataba, según pude notar, de hacerle una señal de advertencia a Colby.

Esa noche fuimos cinco los que nos reunimos en casa de Norden: Granville, Chalmers, Colby, Norden y yo. Norden fumaba un cigarrillo tras otro, se mordía las uñas y hablaba solo en voz baja. Sospeché que algo anormal estaba sucediendo, pero de qué se trataba, no tenía la menor idea. Luego llegó Dureen, y la conversación, si así puede llamarse, cesó.

Colby repitió su desafío, diciendo que había convocado a los demás para asegurarse de que no se utilizarían trucos de escenario. No se podían utilizar espejos, luces ni cualquier otro tedio mecánico para provocar la hipnosis. Debía basarse por completo en la fuerza de voluntad. Dureen asintió, corrió la cortina, y luego, volviéndose, dirigió su mirada a Colby.

Nosotros le observábamos, esperando que hiciera algunos movimientos o pases con sus manos y pronunciase alguna orden: él no hizo ni lo uno ni lo otro. Fijó su mirada en Colby, y éste se puso rígido como si hubiese sido fulminado por un rayo; acto seguido, con la mirada perdida en el vacío ante él, se puso lentamente en pie, permaneciendo en la angosta franja negra que corría en diagonal a través del centro de la alfombra.

Mi memoria regresó al día en que había sorprendido a Norden en el acto de destruir unos papeles y aparatos, éstos construidos, con toda la ayuda que pude brindarle, en un lapso de varios meses. Sus ojos poseían una terrible expresión, y no pude vislumbrar la

sombra de una duda en ellos. Poco tiempo después de este evento, Dureen había hecho su aparición: me pregunté si ambos hechos podían tener alguna relación.

Salí bruscamente de mi ensimismamiento al oír el sonido de la voz de Dureen, al ordenarle a Colby que hablara, que nos dijese dónde se hallaba y qué veía a su alrededor. Cuando Colby obedeció, fue como si su voz nos llegase de una gran distancia.

Se encontraba, dijo, en un estrecho puente tendido sobre un pavoroso abismo, tan vasto y profundo que él no podía distinguir el fondo ni sus límites. Detrás de él este puente se extendía hasta perderse en una neblina azulada; al frente, continuaba hasta lo que parecía una meseta. Colby no se atrevía a moverse debido a la angostura de la senda, pero comprendía que debía tratar de llegar a la planicie antes que el vértigo que le causaban las profundidades que se abrían debajo de él le hiciera perder el equilibrio. Experimentaba una extraña pesadez, y hablar le demandaba un gran esfuerzo.

Al enmudecer la voz de Colby, todos mirábamos fascinados la estrecha franja negra en la alfombra azul. Aquello, pues, era el puente sobre el abismo... pero ¿qué podía causar la ilusión de profundidad? ¿Por qué su voz parecía venir de tan lejos? ¿Por qué sentía aquella pesadez? La planicie debía de ser la mesa de trabajo situada en el otro extremo de la habitación: la alfombra llegaba hasta una especie de tarima sobre la cual estaba colocada la mesa de Norden, cuya superficie se levantaba a unos dos metros del suelo. Colby ahora comenzó a caminar con lentitud por la franja negra, moviéndose con extremo cuidado, al igual que una figura proyectada con cámara lenta. Sus miembros parecían pesados; respiraba agitadamente.

Entonces Dureen le ordenó que se detuviera y mirase al fondo del abismo con precaución, y que nos contara lo que allí viese. En aquel momento, nosotros examinábamos de nuevo la alfombra, como si jamás la hubiésemos visto y no supiéramos que no presentaba motivo decorativo alguno, salvo aquella única franja negra en la que ahora Colby se encontraba de pie.

Escuchamos de nuevo su voz. Dijo, al principio, que nada veía en el abismo bajo sus pies. Luego se le cortó la respiración, se tambaleó y casi perdió el equilibrio. Vimos que el sudor le cubría la frente y el cuello, empapando su camisa azul. Había cosas en el abismo, nos contó con roncos acentos en la voz, grandes formas que eran como burbujas de absoluta negrura, pero que estaba seguro de que tenían vida. De la masa central de su ser, Colby veía surgir tentáculos fibrosos, increíblemente largos. Se movían hacia delante y hacia atrás... en sentido horizontal, pero, aparentemente, no podían desplazarse en dirección vertical.

Pero las cosas no estaban todas en el mismo plano. Cierto era que sus movimientos se producían sólo horizontalmente en relación con su posición, pero algunas se encontraban en sentido paralelo a él y algunas en diagonal. A lo lejos podía distinguir cosas en posición perpendicular. Ahora parecía haber muchas más que las que él suponía. Las primeras que había visto estaban muy lejos, en el fondo, ajenas a su presencia. Pero éstas le percibían y estaban tratando de alcanzarle. Ahora se movía más rápidamente, nos dijo, pero para nosotros aún caminaba con lentitud.

Miré de soslayo a Norden; él también sudaba profusamente. Entonces se levantó y, acercándose a Dureen, le habló en voz baja para que ninguno de nosotros pudiera oírle. Comprendí que se refería a Colby y que Dureen no quería acceder a lo que Norden le pedía. Luego me olvidé momentáneamente de Dureen al escuchar de nuevo la voz de Colby, que temblaba de espanto. Las cosas extendían sus tentáculos hacia él. Se elevaban y caían por todas partes; algunas muy alejadas; otras horriblemente cercanas. Ninguna había

encontrado el plano exacto en que él pudiera ser capturado; los ávidos tentáculos no le habían tocado, pero aquellos seres ahora sentían su presencia, estaba seguro de ello.

Y temía que tal vez pudiesen alterar sus planos a voluntad, aunque parecía que actuaban a ciegas, pues aparentemente eran seres bidimensionales. Los tentáculos que se proyectaban hacia él eran fibras totalmente negras.

Una terrible sospecha se despertó en mí, al recordar algunas de las primeras conversaciones con Norden, y rememoré ciertos pasajes de la Canción de Ysté. Intenté levantarme, pero mis miembros carecían de fuerza: sólo podía permanecer irremediablemente sentado y mirar. Norden todavía seguía hablando con Dureen, y vi que estaba muy pálido. Pareció retirarse... luego se volvió y se dirigió a un armario, extrajo un objeto y se acercó a la franja de la alfombra sobre la que Colby estaba de pie. Norden hizo un movimiento de asentimiento a Dureen, y entonces vi lo que tenía en la mano: era un poliedro de aspecto cristalino. Poseía, sin embargo, un resplandor que me causó un sobresalto.

Desesperadamente traté de recordar la significación del objeto... pues yo sabía... pero mis pensamientos eran interrumpidos, según parecía, por alguna fuerza y, cuando Dureen posó su mirada en mí; hasta la misma habitación pareció oscilar.

Una vez más se hizo audible la voz de Colby, esta vez preñada de desesperación. Temía no poder llegar nunca a la planicie. (En rigor, se encontraba a un metro y medio escaso del final de la franja negra y de la tarima sobre la cual descansaba la mesa de trabajo de Norden.) Las cosas, decía Colby, estaban más cerca ahora: una masa de tentáculos entretejidos acababa de rozarle el cuerpo.

Entonces nos llegó la voz de Norden; también parecía provenir de muy lejos. Llamó mi nombre. Aquello era algo más, dijo, que mero hipnotismo. Se trataba... pero entonces su voz se debilitó y percibí el poder de Dureen ahogando el sonido de sus palabras. De cuando en cuando, lograba distinguir una frase o unas pocas palabras inconexas. Pero, de todo ello, pude colegir lo que estaba sucediendo. Se trataba en realidad de un viaje transdimensional. Nosotros sólo nos imaginábamos que veíamos a Norden y a Colby de pie en la alfombra..., o quizás era mediante la influencia de Dureen.

La dimensión sin nombre era el hábitat de aquellos seres de sombra. El abismo, y el puente sobre el cual se encontraban los dos, eran ilusiones creadas por Dureen. Cuando lo que Dureen había planeado hubiera concluido, nuestras mentes serían exploradas, y nuestros recuerdos condicionados de tal manera que sólo rememoraríamos lo que Dureen quisiera que recordáramos. Norden había conseguido llegar a un acuerdo con Dureen, acuerdo que él debería respetar; como consecuencia, si ambos llegaban a la planicie antes que les tocaran aquellos seres, todo estaría en orden. Si no... Norden no especificó qué sucedería, pero dio a entender que les perseguirían al igual que el cazador persigue a su presa. El poliedro contenía un elemento que repelía los extraños seres de sombra.

Norden estaba a corta distancia detrás de Colby; nosotros podíamos verle apuntando con el poliedro. Colby habló de nuevo, diciéndonos que Norden se había materializado a sus espaldas, y que había traído consigo una especie de arma con la cual podía mantener a distancia a los extraños seres.

Entonces Norden me llamó por mi nombre, pidiéndome que me hiciese cargo de sus pertenencias si no regresaba y que buscara lo que decía sobre los adumbrali la Canción de Ysté. Con lentitud, él y Colby avanzaron hacia la tarima y la mesa. Colby iba a pocos pasos delante de Norden; luego se trepó a la tarima y, con la ayuda de su compañero, logró ganar la mesa. Después trató de dar una mano a Norden, pero, cuando éste subía a la tarima, súbitamente se puso rígido, y el poliedro se desprendió de sus manos. Frenéticamente intentó arrastrarse hacia la mesa, pero una fuerza extraña le atrajo hacia atrás, y yo supe que estaba perdido...

Oímos un solo grito de angustia, y luego las luces de la habitación palidecieron y se apagaron. Sea cual fuere el poder que nos tenía dominados, en aquel instante perdió su fuerza; dimos vueltas por la estancia como enloquecidos, tratando de encontrar a Norden, a Colby y el interruptor de la luz. Luego, de pronto, las luces se encendieron de nuevo, y vimos a Colby sentado en la mesa, como mareado, mientras que Norden yacía en el suelo. Chalmers se inclinó sobre su cuerpo, en un intento de resucitarle, pero al constatar el estado de los restos de Norden, se puso tan histérico que tuvimos que dejarle desvanecido de un golpe para que se callara.

Colby nos siguió como un autómatas, aparentemente sin saber lo que había sucedido. Sacamos el cuerpo de Graf Norden envueltos por la noche de noviembre y lo destruimos con el fuego; más tarde le explicamos a Colby que había sufrido un ataque cardíaco mientras conducía por la ruta de la montaña; el auto se precipitó al vacío, y el cadáver de Norden se incineró en el holocausto.

Posteriormente, Chalmers, Granville y yo nos reunimos con el fin de buscar una explicación racional a cuanto habíamos visto y oído. Después de recobrar el conocimiento, Chalmers permaneció sereno y nos ayudó a llevar a cabo la espeluznante misión en lo alto de la montaña. Ninguno de los dos, según pude averiguar, había oído la voz de Norden después que se unió a Colby en el supuesto estado hipnótico. Tampoco recordaban haber visto objeto alguno en la mano de Norden.

Pero, en menos de una semana, aun esos recuerdos se habían desvanecido de sus mentes. Creían a pies juntillas que Norden había muerto en un accidente luego de un intento frustrado de parte de Dureen de hipnotizar a Colby. Con anterioridad, su explicación había sido que Dureen mató a Norden, por razones que no conocían, y que nosotros fuimos, inconscientemente, sus cómplices. El experimento hipnótico había servido de pretexto para reunirnos a todos y contar con un medio para deshacerse del cadáver. Que Dureen había logrado hipnotizarnos, ellos no lo dudaban entonces.

Hubiera sido inútil contarles lo que descubrí unos pocos días más tarde, lo que llegué a extraer de las notas de Norden, en las que explicaba la llegada de Dureen. Tampoco hubiera servido de mucho leerles fragmentos de la Canción de Ysté, traducidos a un inglés comprensible para ellos.

«...Y éstos no eran sino los adumbrali, las sombras vivientes, seres de increíble poder y malignidad, que moran fuera de los velos del espacio y el tiempo tal como nosotros los conocemos. Su diversión consiste en atraer a sus dominios a los habitantes de otras dimensiones, con quienes practican horribles juegos y múltiples engaños...»

«...Pero más horribles que ellos son los inquisidores que envían a otros mundos y dimensiones, seres que ellos mismos han creado, otorgándoles la apariencia de aquellos que residen en cualquier dimensión o en cualquiera de los mundos a donde se les manda...»

«...Estos inquisidores pueden ser identificados tan sólo por los adeptos, para cuyos avezados ojos la extraordinaria perfección de su forma y movimientos, su rareza y el aura de extranjería y de poder que les envuelve constituyen un sello infalible...»

«...El sabio Jhalkanaan nos habla de uno de esos inquisidores que engañó a siete sacerdotes de Nyaghoggua, al desafiarles a un duelo en las artes del hipnotismo. Más adelante nos cuenta cómo dos de ellos cayeron en la trampa y fueron entregados a los adumbrali; sus cuerpos fueron devueltos una vez que los seres de sombra hubieron terminado con ellos...»

«...Lo más curioso de todo fue el estado en que se encontraban los cadáveres: a pesar de haberles sido extraído todo fluido, no presentaban trazas de herida alguna, ni siquiera la más leve. Pero lo más horroroso eran los ojos, que no podían cerrarse, y parecían mirar



fijamente, con desasosegada expresión, más allá del observador, y las extrañamente luminosas marcas en la carne muerta, los curiosos arabescos que parecían moverse y cambiar de forma ante los ojos del testigo...»

## **Francisco Lezcano Lezcano - LA GRANJA EXPERIMENTAL**

El taxi se elevó para evitar el gran edificio de Laser-Comunicación.

Thork y Sthark miraron hacia abajo. Comprobaron que se habían desviado un poco de la ruta. Thork indicó en alta voz la dirección exacta que deseaba tomar.

El auto-antigravedad recogió la orden. En el centro de la ciudad el cerebro electrónico encargado del control cibernético recibió el deseo de los clientes. Al instante corrigió la anomalía y transmitió la rectificación al taxi que, acelerando su carrera, partió hacia su destino exacto.

Thork y Sthark admiraron esta precisión. Reconocían que la línea de transportes era perfecta.

El taxi descendió suavemente hasta menos de treinta centímetros sobre el suelo. Automáticamente se abrieron las portezuelas y los dos pasajeros salieron.

- Se puede retirar. Vuelva dentro de una hora, si puede hacernos ese favor - dijo Thork al auto.

- Como guste, señor - respondió el vehículo a través de un altavoz disimulado. Y casi instantáneamente saltó hacia lo alto, perdiéndose entre las nubes.

- Y bien, amigo Sthark, hemos llegado. He aquí la explotación. Los animales son pacíficos. Difíciles de criar. Pero puedo asegurarle que el esfuerzo compensa. Ahora es el momento. Luego, cuando la competencia aumente, los precios bajarán. El alimento que segregan es abundante y succulento. Se lo arrebatarán de las manos...

Sthark se quedó admirado ante la extrema limpieza de las instalaciones. En la llanura, cinco gigantes esferas de metal pulido brillaban como lunas.

- ¿Y bien, señor Thork?

- Mire: en la esfera del lado derecho se encuentran las hembras solteras prestas para el apareamiento. La comida llega hasta ellas automáticamente. Es necesario mezclarle vitaminas, hormonas sexuales y tranquilizantes. Es importante para mantenerlas en forma. Todos estos animales son muy propensos a la claustrofobia. Hay que tener un extremo cuidado, si no, se mueren o se matan. Por tanto, las drogas son vitales.

»Estamos seguros de que, después de dos generaciones, se habrán adaptado perfectamente a la cautividad...

»Esta esfera, a la izquierda, es el recinto de los machos, con los que ocurre lo mismo... Machos y hembras ponen en las mismas celdas que ocupan. El delicado manjar que producen desciende por un conducto hasta la pequeña esfera central. Allí abajo, las centrifugadoras separan el elemento sólido del líquido... ¡Inspire con fuerza!... El olor que llega hasta aquí es muy agradable. Al fondo los acoplamos cada siete meses, haciendo combinaciones para que los nacimientos no se interrumpan. Son muy prolíficos. Las crías son colocadas en incubadoras desde su nacimiento, en aquella bola verde.

Thork y Sthark se aproximaron a una mirilla. Sthark miró.

No pudo evitar un gesto de temor y de aprensión.

- Tienen un aspecto muy desagradable. Son monstruosos... ¡Sobre qué horrible y lejano planeta han podido nacer estas cosas!...

Thork rió divertido:

- ¡Vamos! Le voy a hacer probar el líquido y la pasta.

Los dos penetraron en una de las pequeñas esferas donde se embotellaba automáticamente el producto.

Thork pidió lo que deseaba a una pequeña máquina rodante apropiada para hacer de sirviente.

- Dos vasos con extracto líquido y sólido.

Sthark lo probó con cierta desconfianza. Pero se vio obligado a reconocer que tenía muy buen gusto. Y repitió varias veces el succulento bocado. Enseñando sus bellos dientes, preguntó:

- Dígame, por curiosidad, ha conseguido usted averiguar cómo se llaman estas bestias?

Thork movió dubitativamente sus patas de arácnido:

- No lo sabemos con exactitud. Escrutando en su espíritu nos ha parecido comprender que se llaman HOMBRES...

## **Carlos Gardini - FIAT MUNDUS**

Crear un mundo es una tarea enojosa y agotadora que exige la paciencia de un relojero y la perseverancia de un elefante (no sé por qué un elefante, quizá porque la palabra se me ha pegado, con esa «ele» inicial que si se deja caer coincide exactamente con la trompa de ese animal imposible, por cierto una de las obras maestras de mi padre), pero no hay nada tan satisfactorio, ni siquiera un buen jardín, como ver el conjunto casi terminado, cuando sólo necesita un par de golpes de cincel para despertar de una somnolencia precaria a la perfección de una vida ficticia.

Ahora bastará ese detalle, ese último retoque, para infundir un movimiento propio al mundo populoso y fantástico del que tras tantos esfuerzos me distanciaré con desdén y soberbia. Pero es injusto que yo, sólo por tener esa ocurrencia - magistral, por cierto, e imprescindible, quién podría negarlo - que dará impulso definitivo a una idea vastísima que hasta ahora sólo gozó de una vida potencial, encerrada dentro de sí misma como un feto en la membrana (pero la analogía es más que imperfecta; aunque mi abuelo añadiría, citando a uno de sus propios personajes, que toda analogía es imperfecta), sería injusto, digo, que por contar con ese involuntario privilegio yo negara u olvidara a quienes realizaron el trabajo más arduo y meticuloso. Es verdad que sin mi ocurrencia tantas invenciones serían casi cuerpos sin vida, pero tal vez yo la tuve precisamente porque carezco de imaginación o porque mi imaginación es limitada. Mi mente no está poblada por retablos multitudinarios a los que hay que pintar con diez, cien, mil colores y matices con la exquisitez de un artesano, pero el ojo de mi mente descubre en el acto, en ese mundo que yo sería incapaz de concebir por mi cuenta, el color desleído, el matiz que inevitablemente echa a perder el resto, y da con el tono preciso para volver armónico el conjunto.

¿Qué sería de esos geniales chispazos aislados sin una vocación de síntesis? Todo habría terminado como empezó, en un mero pasatiempo familiar.

La palabra inicial; la que sin duda desencadenó esta manía hogareña y dio el sello distintivo a esta pasión inaudita, fue indudablemente «estepa». Y fue mi abuelo, caminando frente a la nieve arenosa al caer la tarde (cuando cada ventanal de la casa, reflejando el poniente, arrojaba sobre la estepa destellos rosados) quien concibió estepas enormes y desoladas, apropiándose a tal punto de la palabra con ese sentido desfigurado que en nuestra familia pronto dejó de significar un humilde jardín nevado para identificarse, como quería mi abuelo, con la extensión, la soledad y la aridez. Pronto la sola mención de una «estepa» en las cenas familiares terminó evocando un país desmesurado donde campesinos ebrios se revolcaban con princesas lujuriosas, donde seres apasionados por interrogar el universo con preguntas inconcebibles morían congelados en el pescante de un trineo o mataban usureras a hachazos, más un alud de revoluciones y batallas, trenes solitarios humeando en la planicie blanca y campos de confinamiento donde gentes demasiado valerosas o estúpidas purgaban sus disensiones con regímenes políticos sanguinarios. Estepa, como digo, fue la palabra inicial, según las notas de mi abuelo, la palabra clave que por puro magnetismo fue congregando otras alrededor - reales, inventadas o transfiguradas, yo ya no sé distinguirlas porque ese léxico fantástico ha pasado a formar parte de mi lenguaje y mi pensamiento -, que a su vez fueron aglutinando nuevos racimos de palabras y modelando formas inexploradas. Así, un sonido tan simple como «lobo», dos globos de aire separados por una brisa entre los labios, adquirió por asociación con «estepa» los rasgos de un animal cruento que encarnaba todos los horrores de la noche del caos y a la vez se recortaba con un perfil melancólico contra la «luna» que plasmó a fuerza de aullidos y que luego transformamos en un astro también melancólico y estepario.

Mi abuelo empezó sus largas anotaciones una primavera de hace cuarenta años (esta palabra breve y obscena la inventó él, con el descabellado propósito de encapsular el tiempo de ese mundo), juntando en una voluminosa carpeta datos, dibujos, bocetos y reflexiones, uniendo y desmembrando palabras para crear nuevos idiomas o la ilusión de nuevos idiomas. Nuestra casa, Los Jardines (la llamábamos así porque cada parcela en que estaba dividido el terreno era un jardín de una especie completamente distinta del contiguo: los había exuberantes, populosos, despojados, lúgubres, coloridos; de arena, de flores, de rocas, de arbustos, de nieve, de animales pequeños; un síntoma, tal vez, de la predilección de mi familia por los mundos contrastantes y paralelos), estaba en medio de una llanura floreciente que en verano se cubría de hermosa nieve amarilla. En los senderos que separaban un jardín de otro, mi abuelo, caminando de sol a sol, fue perfeccionando la idea de ese mundo seductor y delirante, y también la de consagrarle toda la vida. Mientras él hacía cruzar la grava, la estepa inicial se multiplicó en cosmogonías, religiones, imperios, batallas, poemas, eras geológicas, estrellas y cataclismos. Esa pasión demiúrgica literalmente lo consumió, y sé que mi abuela no le perdonó jamás haber descuidado jardines concretos para crear jardines imaginarios, y mucho menos que inculcara en el hijo esas ideas extravagantes. El daño sin embargo estaba hecho, pero mi padre, hombre de más temperamento, resistiría mucho mejor esta tarea agobiante, y nunca descuidó los jardines. En el atardecer, sentado frente al ventanal, tomaba del escritorio las notas de mi abuelo y las iba uniendo y ordenando, tramando una novela gigantesca, un mundo con leyes que después, por caprichos de su fantasía, borraba o alteraba de un plumazo. Una mañana de invierno, por ejemplo, observando la hoja verde y curva del cuna-de-rocío que había plantado en el centro del mayor jardín de la casa, se le ocurrió acabar con los mundos humanos de mi abuelo y crear otro poblado exclusivamente por dragones gigantes y estúpidos. Luego se arrepintió y decidió extinguirlos, pero se empeñó en que alguien, muchos capítulos después, encontrara los restos de los dragones y hablara deslumbrado de los lagartos de trueno. En noches de embriaguez creó Marco Polos, Napoleones, Quijotes y Cenicientas, y en sobrios crepúsculos concibió Budas, Sócrates y Graham Bells.

A menudo comentaba conmigo cambios, alteraciones y extrapolaciones, y discutíamos los detalles de cada átomo de cada molécula de cada cuerpo de ese mundo antojadizo y ridículo que también a mí terminó por cautivar, tanto que a menudo nos sorprendíamos hablando sin quererlo en alguno de los idiomas que habíamos inventado y que tal vez terminarían por adueñarse definitivamente de nosotros. Pasábamos noches enteras hablando y escribiendo, y mi padre dio a sus criaturas una consistencia y una solidez que mi abuelo no hubiera logrado jamás con su manía por las fichas y las notas arrevesadas.

Pero la gran idea de mi padre, la que volvió más atractivas a nuestras criaturas y les empezó a dar un primer grado de independencia, fue que sus vidas estuvieran escindidas entre la vida tal como la concebíamos y un segundo estado parecido a la muerte, una especie de sopor como el que precede a la agonía. «Vigilia» y «sueño» - como convinimos en llamar a esa espléndida pareja - se oponían y complementaban. Así volvíamos más complejos y extraños a nuestros homúnculos, capacitándolos para segregar en secreto lo que nosotros producíamos abiertamente: un mundo plagado de admoniciones y señales, en el que quizá - y éste fue uno de mis aciertos - percibían oscuramente nuestra presencia y se esforzaban en vano por comprender nuestros propósitos. Por lo tanto, dedicaban largas «horas» de la «vigilia» a interpretar los «sueños». Era como si llevaran adentro un animal extraño. Ese detalle enriquecía notablemente la trama y le daba un matiz exquisitamente irónico.

Cuando mi padre murió, prácticamente habíamos concluido con nuestro mundo de seres irrisorios, desvalidos, soberbios, poéticos y payascos, de modo que él agonizó enteramente feliz, seguro de que yo sabría terminar dignamente esa obra vastísima y de

que apenas faltaban unas pinceladas para completar lo que habíamos fraguado entre ansiedades y sonrisas cómplices.

Después viví años dedicado exclusivamente a los jardines, con la certeza de que esas pinceladas finales eran mínimas. No había nada más que inventar, bastarían unas pocas palabras para estampar ese trazo definitivo. Por último, en efecto, lo concebí, y lo increíble es que un solo retoque superficial alcance para poner en movimiento una maquinaria tan inverosímil e intrincada, pero hasta ahora inerte. Complicados mecanismos empezarán a chirriar con el impulso de la vida en cuanto yo haya completado esta criatura anónima y necesaria, la que dará a esta ficción el vuelo inspirado, el Adán que despertará con los ojos legañosos a un mundo de solidez sólo aparente. Sin duda ya has sospechado de quién se trata, aunque por cierto lo verás con toda claridad al iniciarse el párrafo siguiente, cuando el último golpe de cincel despierte tus facultades entumecidas, hasta ahora torpes y balbuceantes.

Y ahora, Lector, ahora que ya estás creado, recién nacido a un mundo caótico donde todo está dispuesto para que crezcas y te multipliques, puedo alejarme con infinito alivio.

Ahora seré yo quien se transforme en la ficción agazapada detrás de estas palabras que acaban de despertarte a la vida, llenándote de recuerdos, sensaciones y percepciones ficticias de cosas ficticias. Y si alguna vez estás desesperado no pierdas el tiempo rezándome porque no me encontrarás, no te oiré siquiera. No tengo nada que ver con ese odioso monosílabo que tanto te entusiasma y es sólo la más torpe, la menos acabada de mis invenciones.

### **Philip K. Dick - SI NO EXISTIERA BENNY CEMOLI...**

Los tres niños atravesaban a la carrera el campo descuidado; al ver la nave lanzaron un grito de alegría. ¡Por fin había aterrizado! Fueron los primeros en verla y justo en el lugar que habían anticipado.

- ¡Oye, es la más grande que he visto! - exclamó el primer niño, con la voz entrecortada.  
-. Esa no viene de Marte, debe venir de más lejos, del otro lado. Te lo aseguro.

Viendo el enorme tamaño del aparato el temor lo volvió silencioso. Después, mirando hacia el cielo descubrió que había llegado una flota, como todos habían esperado.

- Será mejor que vayamos a avisar - dijo a sus compañeros.

Allá en la colina John LeConte estaba de pie junto a su limousine a vapor esperando, impaciente, que la caldera se calentara. Los chicos fueron los primeros en llegar - pensó, furioso - cuando tendría que haber sido yo. Para colmo, se trataba de unos chiquilines harapientos, simples hijos de granjeros.

- ¿Hoy funciona el teléfono? - preguntó a su secretario.

El señor Fall echó un vistazo al talonario sujeto con el pisapapeles.

- Sí, señor ¿Desea que transmita algún mensaje a la ciudad de Oklahoma? - preguntó.

De todos los empleados que habían sido asignados a la oficina de LeConte, Fall era el más esquelético. Evidentemente ese hombre ayunaba, no tenía ningún interés en comer, y era muy eficiente.

- La gente de inmigración tendrá que enterarse de este ultraje - murmuró LeConte.

Soltó un suspiro. Toda había salido mal. Después de diez años de colonización había llegado la flota de Próxima Centauro y ninguno de los artefactos de alarma había anunciado con anticipación el aterrizaje. La ciudad de Oklahoma se vería ahora obligada a tratar con los invasores en su propio terreno, con la consiguiente desventaja psicológica que LeConte no podía dejar de considerar.

Observó cómo las naves comerciales de la flota empezaban la tarea de descarga con una mezcla de admiración y de envidia. Era inevitable.

Miren el equipo de que disponen - pensó -. A su lado parecemos unos simples provincianos.

Deseó fervientemente que su coche oficial no hubiera requerido veinte minutos para calentarse. Deseó... ¡tantas cosas!

En primer lugar, deseaba que ORUC no existiera. La Oficina de Renovaciones Urbanas Centauro era un cuerpo constituido con muy buenas intenciones pero, por desgracia, contaba con un pesado aparato de organización interna... Allá en el 2170 se le había informado sobre la Desgracia y se lanzó al espacio como un organismo fototrópico, sensible a la luz física provocada por las explosiones de la bomba de hidrógeno. Pero LeConte estaba al tanto de algo más que eso; en realidad, las organizaciones que regían el sistema Centauro conocían muchos detalles de la tragedia porque habían mantenido constante contacto radial con otros planetas del sistema solar. Muy pocas formas de vida habían logrado conservarse en la Tierra. Oriundo de Marte, siete años atrás él había encabezado una misión de auxilio y, después de un tiempo, decidió quedarse en la Tierra debido a las muchas oportunidades que había, dadas las condiciones actuales.

Estamos en una difícil situación - se dijo mientras esperaba que el coche a vapor se calentara -. Fuimos los primeros en llegar, y sin embargo ORUC nos desplaza. Es un hecho ingrato que debemos enfrentar. Creo que hemos hecho un buen trabajo de reconstrucción. Naturalmente, el planeta no está como antes pero, después de todo, diez años no es mucho tiempo. Es posible que dentro de veinte años más los trenes vuelvan a correr. Además, los

últimos bonos para la reconstrucción de caminos se han vendido muy bien, hasta hubo un exceso de suscripciones.

- Una llamada para usted, señor; de la ciudad de Oklahoma - dijo el señor Fall, pasándole el receptor del teléfono portátil de campaña.

- Habla el representante final de campaña, John LeConte - dijo LeConte en voz alta -. Adelante, repito, adelante.

- Oficina Central del Partido - anunció débilmente desde el otro extremo de la línea una seca voz oficial, entremezclada con interferencias estáticas -. Hemos recibido informes de docenas de ciudadanos alertas en Oklahoma Occidental y Texas, dicen que una inmensa...

- Se encuentra aquí - dijo LeConte -. Los estoy viendo. En este momento me disponía a ir a parlamentar con los miembros más destacados de la expedición; recibirán mi informe a la hora acostumbrada. No era preciso que me controlaran (el tono de su voz denotó irritación).

- ¿La flota trae armamentos pesados?

- No - dijo LeConte -, parece estar compuesta de burócratas, funcionarios de distintos gremios y transportistas oficiales. En otras palabras, cuervos.

El hombre del partido le ordenó desde su escritorio.

- Bien. Preséntese y deses a entender que la población nativa desconfía de su presencia en la zona y que el Consejo Administrativo de Alivio a Zonas destruidas por la guerra tampoco los mira con beneplácito. Dígales que reuniremos la legislatura para que apruebe una ley protestando por esta intromisión de un cuerpo de otro sistema en nuestros asuntos internos.

- Ya sé, ya sé - dijo LeConte -; todo está decidido, lo sé.

En ese momento lo llamó el chofer.

- Señor, el coche está listo.

El funcionario del partido le dió las últimas instrucciones:

- Deje establecido que usted no puede negociar con ellos, que carece de autoridad para admitirlos en la Tierra; sólo el Consejo tiene poderes para hacerlo aunque, por supuesto, está absolutamente en contra.

LeConte colgó y corrió hacia el coche.

A pesar de la oposición de las autoridades locales, Peter Hood de ORUC, resolvió establecer su cuartel general en las ruinas de la antigua capital terráquea, la ciudad de Nueva York. Eso daría cierto prestigio a los miembros de ORUC, a medida que ampliaran el círculo de influencia de su organización. Al final, como era de esperar, el círculo abarcaría a todo el planeta, pero la tarea requeriría varias décadas.

Mientras se abría paso entre las ruinas de lo que fuera una vez un importante depósito ferroviario, Peter Hood pensó que cuando la obra estuviera terminada él ya se habría retirado. Poco quedaba de la cultura anterior a la Desgracia y las autoridades locales - los políticos mediocres que habían llegado en bandadas desde Marte y Venus, los planetas vecinos - habían hecho muy poco. A pesar de eso, aplaudía los esfuerzos realizados hasta entonces.

- ¿Sabes una cosa? - dijo a los miembros de su personal que iban tras él -. Han hecho la parte más difícil, y deberíamos estarles agradecidos. No es fácil llegar a una zona totalmente destruida, como les tocó a ellos.

- Sacaron pingües ganancias - observó uno de los hombres, llamado Fletcher.

- No debemos fijarnos en los motivos - replicó Hood -, sino en los resultados que han obtenido.

Mientras hablaba así recordó al funcionario que fuera a recibirlos en su coche a vapor. Había dado ocasión a una ceremonia formal y solemne. Años atrás, cuando esos



funcionarios llegaron al lugar, nadie había salido a recibirlos a no ser, quizá, por algunos sobrevivientes plagados de quemaduras producidas por las radiaciones que salieron a tientas de los sótanos y abrieron la boca sin pronunciar palabra. Un temblor lo sacudió.

Un miembro de ORUC de escaso rango se le acercó y después de saludarlo dijo:

- Creo que hemos localizado una estructura intacta donde su personal podrá alojarse temporalmente. Está en un subsuelo - agregó, con expresión turbada -. No es lo que hubiéramos deseado pero... para conseguir algo más adecuado habríamos tenido que desalojar a algunos nativos.

- Sí - contestó Hood -, han tenido bastante tiempo para explorar. No me opongo. Seguramente se trata de un sótano remodelado; me basta con que sea útil.

El miembro de ORUC siguió hablando.

- La estructura pertenecía a un gran diario homeostático, el New York Times. Se autoimprimía justo debajo de donde estamos; al menos eso es lo que indican los mapas. Aún no hemos podido encontrar el diario, aunque existía la costumbre de enterrar los periódicos homeostáticos a casi un kilómetro de profundidad. Aún no sabemos cuánto sobrevivió éste.

- Debe ser muy valioso - observó Hood.

- Sí - dijo el miembro de ORUC -, tiene salidas por todo el planeta; debe estar sacando miles de ediciones diarias. Cuántas salidas funcionan... - se interrumpió -; resulta difícil creer que los políticos locales no hayan hecho ningún esfuerzo para reparar alguno de los diez u once periódicos homeostáticos que había; pero parece que es así.

- Extraño - dijo Hood -, descuidar de esa manera algo que les hubiera facilitado la tarea. Después de la Desgracia, la misión de mantener el contacto con la gente de una misma cultura dependió en mucho de los periódicos ya que las partículas suspendidas en la atmósfera hacían difíciles, cuando no imposible, la recepción por radio y televisión. Esto me hace sospechar - concluyó, volviéndose hacia sus ayudantes -, que quizás no ponen el empeño suficiente. ¿No es posible que sólo aparenten trabajar?

Su mujer Joan fue la primera en hablar.

- Tal vez no posean la habilidad suficiente para volver a poner los diarios en funcionamiento.

Tienes razón - pensó Hood -. Debemos darles el beneficio de la duda.

- La última edición del Times - afirmó Fletcher -, fue puesta en las líneas el día de la gran Desgracia. Desde entonces la red de comunicaciones periodísticas no ha vuelto a funcionar, ni tampoco las fuentes de creación correspondientes - y agregó, en tono desdeñoso -. Eso demuestra lo ignorante que son esos políticos en cuanto a los elementos básicos de una cultura. No siento el menor respeto por ellos. Sólo volviendo a poner en actividad los periódicos homeostáticos haremos más por restablecer la cultura anterior a la tragedia de lo que ellos han logrado a través de miles de proyectos insignificantes.

- Tal vez su interpretación no sea correcta - dijo Hood -; pero bueno, esperemos que el cefalón del periódico esté intacto. Resultaría totalmente imposible reemplazarlo.

Se encontraban ante la entrada que los miembros de ORUC habían conseguido despejar. Se trataba, nada menos, que del primer paso que iban a dar en el planeta arruinado: restaurar a su antigua jerarquía una poderosa entidad autosuficiente. Después que el periódico homeostático saliera regularmente estaría libre para dedicarse a otras tareas; entretanto, el diario sería una gran ayuda.

- ¡Dios mío! - exclamó un trabajador que estaba despejando todavía los escombros -. Nunca había visto tanta basura amontonada en un solo lugar. Parece que lo hicieron a propósito.

Entretanto, el hornillo succionador que estaba manejando continuaba encendiéndose y avanzando lentamente, absorbiendo sin descanso material que transformaba en energía, lo que permitía aumentar poco a poco el tamaño de la entrada.

- Deseo un informe rápido sobre su estado actual - dijo Hood al equipo de ingenieros que esperaba para entrar -. Cuánto tiempo demoraríamos en reactivarlo, cuánto... - se interrumpió.

Habían llegado dos policías con uniforme negro, pertenecientes a la nave de seguridad. Reconoció enseguida al principal, Otto Dietrich, el investigador superior que viajaba con la flota desde Centauro y no pudo evitar ponerse tenso. No fue el único en reaccionar de esa manera; vio también que los ingenieros y trabajadores se detenían un momento y después, más lentamente, continuaban lo que estaban haciendo.

- Sí - dijo a Dietrich -, encantado de verlo. Vayamos a un lugar donde podamos hablar.

No le cabía la menor duda en cuanto a lo que deseaba el investigador; en realidad, lo había estado esperando.

- No le robaré mucho tiempo, Hood. Sé que está muy ocupado. ¿Qué es esto? - preguntó con una expresión alerta y ansiosa en la cara rubicunda y bien rasurada.

Hood atendió a los policías en un pequeño cuarto lateral convertido en oficina temporal.

- Me opongo a cualquier juicio - dijo, con calma -. Ha pasado mucho tiempo; es mejor dejar las cosas como están.

Dietrich se tironeaba, pensativo, el lóbulo de la oreja.

- Los crímenes de guerra no cambian - dijo -; continúan siendo lo mismo aunque transcurran tres, cuatro décadas. De todas maneras, no podemos basarnos en ningún razonamiento lógico. La ley requiere que hagamos un juicio. Alguien debe ser responsable de haber empezado la guerra y es posible que ocupe aún un puesto de autoridad; aunque eso no es lo importante.

- ¿Cuántas fuerzas policiales han aterrizado? - preguntó Hood.

- Unos doscientos hombres.

- ¿Y están listos para trabajar?

- Estamos dispuestos a iniciar las investigaciones, a secuestrar los documentos pertinentes y a iniciar juicio en los tribunales locales. Estamos decididos a exigir cooperación, si a eso se refiere. Ya hemos asignado personal especializado en ciertos puntos estratégicos - dijo Dietrich mirándolo detenidamente -. Todo ello es necesario; no veo dónde está el problema. ¿O tiene intención de proteger a los culpables, de emplear sus habilidades para que colaboren con su tarea?

- No - dijo Hood sin vacilar.

- Recuerde - continuó Dietrich - que casi ochenta millones de personas perecieron en la Desgracia. ¿Acaso uno puede olvidar ese hecho? O como se trata de gente nativa, desconocida para nosotros...

- No se trata de eso, en absoluto - protestó inútilmente Hood, sabiendo que no lograría comunicarse con una mentalidad policial -. Ya le dije mis objeciones. Creo que no sirve a ningún propósito hacer procesos y ejecuciones después de tanto tiempo. No esperen que mi personal colabore con esto, rehusaré ayudarles aduciendo que no puedo prescindir de nadie, ni siquiera de un ordenanza. ¿Me entiende?

- Idealista al fin; son todos iguales - suspiró Dietrich -. La nuestra es una noble tarea, ayudar a la reconstrucción y... prevenir. Lo que usted no entiende, o no quiere entender, es que un día de estos esa gente puede empezar todo el proceso otra vez, a menos que se lo impidamos desde ahora. Ese es nuestro deber hacia las generaciones futuras; ser terminantes y severos ahora, es a la larga, el método más humano. Dígame, Hood, ¿qué es este lugar? ¿Qué está tratando de reactivar con tanto vigor?

- El New York Times - contestó Hood.
- Imagino que cuenta con un archivo. ¿Podríamos consultar los antecedentes, para obtener información? Sería una valiosa ayuda para fundamentar nuestros casos.
- No puedo negarles acceso al material que podamos encontrar - dijo Hood.
- Resultaría muy interesante un resumen diario de los acontecimientos que precipitaron la guerra - dijo Dietrich, sonriendo -; por ejemplo, ¿quién ejercía el poder supremo en Estados Unidos en el momento de la Desgracia? Hasta ahora, ninguna de las personas con las que hemos hablado parece recordarlo - concluyó con una sonrisa aún más amplia.

A la mañana siguiente, muy temprano, Hood recibió el informe de los ingenieros en la oficina temporal. Parte de las maquinarias del periódico habían sido destruidas pero el cefalón, la estructura cerebral que dirigía el sistema homeostático, parecía intacta. Tal vez si acercaban una nave y pudieran pasar su producción de energía a las líneas del periódico, se podría determinar el estado del mismo.

- En otras palabras - dijo Fletcher, mientras desayunaban con Joan - es posible que funcione o que no funcione. No puede negar que usted es muy pragmático; hará la conexión y, si resulta, habrá cumplido con su cometido. ¿Pero qué sucederá si no resulta? ¿Los ingenieros dejarán caer los brazos y dirán que no están capacitados para la reparación?

Hood clavó la mirada en la taza de café.

- Tiene el mismo gusto del café auténtico - dijo, pensativo -. Dígales que traigan una nave y que hagan funcionar el periódico automático. Si consigue imprimir, tráigame enseguida la primera edición.

Continuó bebiendo el café a pequeños sorbos.

Una hora más tarde, una nave de la línea había aterrizado en la vecindad y su fuente de energía era conectada con el periódico homeostático mediante cinta para inserciones. Se colocaron algunos conductos y los circuitos fueron cuidadosamente cerrados.

Peter Hood podía escuchar, desde su oficina, un sordo retumbar subterráneo a mucha distancia, un chirrido entrecortado y rítmico. ¡Lo habían conseguido! El periódico volvía a la vida. Un miembro de ORUC dejó sobre su escritorio el primer ejemplar. Lo sorprendió la actualidad de la información. Aún en estado latente el periódico no había dejado de estar al día en los acontecimientos. Era indudable que sus receptores habían continuado en actividad.

«ORUC ATERRIZA DESDE CENTAURO.  
VIAJE DURO UNA DÉCADA.  
PROYECTA RECONSTRUIR ADMINISTRACIÓN CENTRAL.»

Diez años después de un holocausto atómico, ORUC, la organización intergaláctica de rehabilitación, había hecho su histórico aterrizaje al llegar con una verdadera flota de aeronaves-espectáculo que los testigos habían descrito como «irresistible, tanto por su boato como por su significado». Nombrado Coordinador Supremo por las autoridades de Centauro, el miembro de ORUC Peter Hood estableció de inmediato su cuartel general en las ruinas de la ciudad de Nueva York y dirigió unas palabras a sus ayudantes manifestando que «no había venido a castigar a los culpables, sino a restablecer la cultura planetaria por todos los medios disponibles y a reimplantar... »

Es aterrador - pensó Hood mientras leía el artículo de fondo. Los servicios de noticias del periódico homeostático se habían enterado de detalles de su vida y los habían digerido e insertado en el artículo, incluso su discusión con Dietrich. El diario no solo hacía - o había estado haciendo su trabajo - sino que nada que fuera de interés, como

noticia, se le escapaba, ni siquiera una discreta conversación mantenida sin presencia de testigos. Debería tener mucho cuidado.

Había otro artículo, por supuesto, en tono más grave, que trataba la llegada de los chaquetas negras, la policía.

«Agencia de seguridad declara su objetivo: Criminales de Guerra».

«Capitán Otto Dietrich, investigador supremo de la policía que llegó con la flota de ORUC desde Próxima Centauro dijo que los responsables de la Desgracia de una década atrás «deberán pagar por sus crímenes» ante el tribunal de justicia de Centauro. Según fuentes del Times, unos doscientos policías uniformados de negro han empezado sus actividades exploratorias para...» Hood no pudo menos que sentir un placer morboso al ver que el diario prevenía a la Tierra con respecto a Dietrich. Eso demostraba que el Times no había sido restablecido para apoyar a las fuerzas de ocupación sino a todos, incluso aquellos a quienes Dietrich tenía intención de juzgar. Sin duda alguna todos los pasos de la actividad policial serían revelados en forma detallada. Dietrich, amigo de trabajar en secreto, no estaría muy de acuerdo con el procedimiento. Pero Hood estaba encargado de mantener el diario.

Y no tenía ni la más remota intención de amordazarlo.

Le llamó la atención otro artículo, también en primera página. Mientras lo leía una vaga inquietud le hizo fruncir el ceño:

«Partidarios de Cemoli alborotan al Norte del Estado. Se han producido algunos choques entre partidarios de Benny Cemoli, agrupados en los característicos campamentos asociados con la pintoresca figura política y algunos ciudadanos de la zona armados con palas, martillos y chapas. Después de un encontronazo de dos horas, ambas partes se declararon victoriosas. Hubo unos veinte heridos y doce hospitalizados en salas improvisadas de primeros auxilios. Vistiendo, como de costumbre, su clásica túnica roja, Cemoli visitó a los heridos, aparentemente de buen ánimo, dispuesto a bromear mientras afirmaba a sus partidarios que «ya no falta mucho», refiriéndose, evidentemente, a la amenaza de la organización de marchar sobre la ciudad de Nueva York en un futuro próximo, con el fin de establecer lo que Cemoli denomina «justicia social y verdadera igualdad, por primera vez en la historia del mundo». Como se recordará, antes de su encarcelación en San Quentin...»

Hood conectó el sistema de intercomunicaciones para dar una orden.

- Fletcher - dijo - haga un control general de actividades en el Norte del Estado. Averigüe todo lo que pueda con respecto a una insurrección política de carácter popular en la zona.

- Yo también tengo un ejemplar del Times, señor - dijo la voz de Fletcher -; he visto el artículo sobre ese agitador Cemoli. Ya hay una nave dirigiéndose a la zona en este momento. Dentro de diez minutos, más o menos, deberíamos recibir su informe - Fletcher hizo una pausa - ¿Cree que sería necesario pedirle refuerzos a Dietrich?

- Esperemos que no - dijo Hood secamente.

Media hora más tarde la nave de ORUC pasaba su informe a Fletcher. Confundido, Hood pidió que le repitieran el mensaje. Pero no había ninguna duda. El equipo de campaña de ORUC había hecho una exhaustiva investigación. No habían encontrado rastros de ningún campamento ni de formación de grupos. Los ciudadanos de la zona que fueron interrogados dijeron no haber oído hablar nunca de una persona llamada Cemoli. Tampoco encontraron señales de ninguna batalla campal, ni choques, como tampoco de estaciones de primeros auxilios, ni heridos. Había tranquilidad en toda la campiña semi-rural.

Desconcertado, Hood volvió a leer el artículo del Times. No había dudas, estaba ahí, en primera página, junto con la noticia del aterrizaje de la flota ORUC. ¿Qué podía significar?

Lo que estaba pasando no le gustaba en absoluto.

¿Habría cometido un error al reactivar el viejo y glorioso periódico homeostático?

Esa misma noche, una barahúnda infernal que venía desde gran profundidad despertó a Hood de un sueño pesado. Mientras se sentaba en la cama, pestañeando aturcido, el retintín aumentaba de volumen. Era, sin duda, el rugir de los motores. Escuchó un movimiento retumbante indicando la puesta en su lugar de los circuitos automáticos contestando instrucciones que emanaban del mismo sistema cerrado.

En la oscuridad escuchó la voz de Fletcher.

- Señor - le dijo, al tiempo que encendía una luz después de encontrar la llave del artefacto temporal -. Creí que debía despertarlo. Disculpe, señora.

- Estoy despierto - dijo Hood, poniéndose las pantuflas y la bata -. ¿Qué hace ahora?

- Está imprimiendo una edición extra.

Joan se incorporó en la cama.

- ¡Dios santo! ¿Sobre qué? - preguntó Joan alisándose el rubio cabello desordenado.

Sus ojos asombrados miraron a su marido, primero y después a Fletcher.

- Tendremos que llamar a las autoridades locales - dijo Hood - y hablar con ellos.

Tuvo un presentimiento sobre el motivo del trabajo extra de las prensas.

- Llama a ese LeConte, el político que nos recibió cuando llegamos. Que lo despierten y lo traigan en una nave. Lo necesitamos.

El ceremonioso y altivo funcionario local tardó casi una hora en aparecer junto con el único miembro de su personal. Vestidos con sus complicados uniformes aparecieron, al fin, en la oficina de Hood, los dos muy indignados. Permanecieron en silencio frente a Hood, esperando lo que éste tenía que decirles.

Todavía en bata y pantuflas, Hood se sentó ante el escritorio con un ejemplar del Times a la vista. Cuando entraron LeConte y su secretario, lo leía por décima vez.

«POLICÍA NUEVA YORK INFORMA.  
HUESTES CEMOLI AVANZAN HACIA CIUDAD. SE LEVANTAN  
BARRICADAS.  
ALERTAN GUARDIA NACIONAL.»

Volviendo el periódico, mostró los titulares a los dos terráneos.

- ¿Quién es este hombre? - preguntó.

Después de algunas vacilaciones LeConte contestó.

- Yo... no... no sé - dijo.

- ¡Vamos, señor LeConte! - advirtió Hood.

- Permítame leer el artículo - dijo LeConte un poco nervioso.

Leyó apresuradamente las noticias, mientras la mano que sostenía el periódico le temblaba continuamente.

- Muy interesante - dijo por fin -, pero no tengo nada que comentar; para mí es noticia también. Usted debe comprender que... desde la Desgracia nuestras comunicaciones han sufrido enormes daños; es posible que haya surgido un movimiento político sin nuestro...

- Por favor - exclamó Hood - ¡No sea absurdo!

Ruborizándose LeConte logró tartamudear.

- Estoy ha... haciendo tod... do lo posible. Me despiertan en plena noche y...

Hubo un movimiento; por la puerta de la oficina apareció la silueta rápida de Otto Dietrich que traía una expresión sombría.

- Hood - dijo, sin más preámbulos -, cerca del cuartel hay un quiosco del Times, acaba de recibir esto - dijo, dándole un ejemplar de la edición extra del diario -. Esa maldita

máquina está imprimiendo esto y lo distribuye por todo el mundo. No obstante, hemos enviado equipos de rastreo por la zona y dicen que no encuentran nada, no hay barricadas en los caminos, ni milicianos armados, ni ningún tipo de actividad.

- Lo sé - dijo Hood, sintiéndose repentinamente cansado.

Desde la profundidad llegaba el sordo rumor del periódico que continuaba imprimiendo su edición extra para informar al mundo acerca de la marcha de los partidarios de Cemoli sobre la ciudad de Nueva York. Debía ser una fantasía propia del cefalón del periódico. Eso era todo.

- Clausúrelo - ordenó Dietrich.

- No - dijo Hood sacudiendo la cabeza -. Yo... quiero saber más.

- No es razón suficiente - protestó Dietrich -. Es evidente que hay algún fallo. El equipo debe estar seriamente averiado, no funciona correctamente. Tendrá que buscar otro medio para establecer su gran cadena de propaganda.

Cuando terminó de hablar arrojó el periódico sobre el escritorio de Hood.

Hood se dirigió a LeConte.

- ¿Benny Cemoli estaba en actividad antes de la guerra? - le preguntó.

Hubo un silencio. Tanto LeConte como su ayudante estaban pálidos y muy tensos. Lo miraban sin osar abrir la boca, intercambiando entre ellos algunas miradas silenciosas.

- No soy experto en cuestiones policiales - dijo Hood a Dietrich - pero en este caso sería conveniente que usted se hiciera cargo.

Dietrich no dejó pasar semejante oportunidad.

- De acuerdo - dijo -. Ustedes dos quedan detenidos, a menos que se decidan a dar más información sobre ese agitador, esa aparición de la túnica roja.

Hizo con la cabeza una señal a dos policías que estaban en la puerta de la oficina y éstos dieron un paso adelante.

Cuando los policías se estaban acercando LeConte dijo:

- Ahora que recuerdo, creo que había alguien con esas características. Pero... era muy insignificante.

- ¿Antes de la guerra? - preguntó Hood.

- Sí... - respondió lentamente LeConte -. Era un payaso, el hazmerreír de la gente. Según recuerdo... era un tipo gordo e ignorante de algún pueblito perdido. Creo que tenía una pequeña estación de radio que empleaba para transmitir su mensaje. Había inventado una especie de caja anti-radiaciones y afirmaba que, instalándola en la casa, ésta estaba a salvo de las radiaciones producidas por las pruebas atómicas.

Fue el turno de su ayudante, el señor Fall, de recordar otro dato.

- Recuerdo que presentó su candidatura para senador de las Naciones Unidas, pero no ganó, por supuesto.

- ¿Esas son las últimas informaciones que hay de él? - preguntó Hood.

- Oh, sí - dijo LeConte -. Murió de gripe asiática poco después de la Desgracia. De esto hace unos quince años.

Hood sobrevolaba lentamente, en un helicóptero, por la región descrita en los artículos del Times para comprobar, por sí mismo, que no había ninguna actividad de tipo político. Hasta verlo con sus ojos no pudo convencerse que el periódico había perdido contacto con la realidad. Parecía evidente que la realidad no coincidía con los artículos del Times y, sin embargo, el sistema homeostático seguía operando.

Sentada junto a él, Joan había estado revisando la última edición.

- Hay un tercer artículo - dijo -, si quieres leerlo...

- No - respondió Hood.

- Dice que están en los alrededores de la ciudad - dijo ella -; rompieron las barreras policiales y el gobernador pidió asistencia a las Naciones Unidas.

- Se me ocurre una idea - dijo Fletcher, pensativo -. Uno de nosotros, de preferencia tú, Hood, debería escribir una carta al Times.

Hood lo miró rápidamente.

- Creo que sé cómo debería redactarse - dijo Fletcher - una simple averiguación. Diles que has seguido las crónicas del diario con respecto al movimiento de Cemoli. Escríbele al director - dijo Fletcher tras una pausa - que tienes simpatía por las ideas del líder y te gustaría unirse al movimiento. Pregúntale a ellos qué debes hacer.

En otras palabras, pedir al diario que me ponga en contacto con Cemoli - pensó Hood para sí -. Reconocía que la idea de Fletcher era brillante, aunque inclinada a la locura. Era como si Fletcher hubiera igualado el desequilibrio del periódico con cierta pérdida del sentido común de su parte; de ese modo podía participar de la fantasía del diario. Partiendo de la presunción de que existiera un Cemoli, y que estuviera organizando una marcha sobre Nueva York, la pregunta era razonable.

- Pensarán que es una pregunta estúpida - dijo Joan -; después de todo, ¿cómo se despacha una carta a un periódico homeostático?

- Ya lo averigüé - explicó Fletcher -. En todos los quioscos establecidos por el Times, junto a la ranura para depositar las monedas al pagar el ejemplar, hay otra ranura para introducir cartas. Fueron puestas por ley, hace varias décadas, cuando se establecieron originalmente los periódicos homeostáticos. Todo lo que necesito es la firma de su esposo - continuó Fletcher sacando un sobre del bolsillo de la chaqueta -. La carta está lista.

Hood tomó la carta y la leyó. De manera que deseamos formar parte de las míticas multitudes del payaso - pensó.

- ¿Y si publican un titular que diga: «Jefe de ORUC se une a la marcha sobre la Capital?» - preguntó a Fletcher, con un dejo de amarga ironía - ¿No crees que un hábil y emprendedor periódico homeostático podría emplear una carta así para una noticia sensacionalista?

La observación tomó a Fletcher por sorpresa; evidentemente no había pensado en esas probables consecuencias y se sintió desmoralizado.

- Tal vez sea conveniente que la firme otra persona - admitió -; algún funcionario de menor jerarquía. Puedo firmarla yo - dijo para concluir.

- Bien, hazlo - dijo Hood, devolviéndole la carta -. Me interesa saber cómo responden, si es que lo hacen.

Parece una carta al director, pensó; en este caso, carta a un vasto y complejo organismo electrónico enterrado a gran profundidad, que no responde ante nadie, guiado solamente por sus propios circuitos rectores. ¿Cómo reaccionaría un mecanismo tal a la ratificación exterior de una auto-ilusión? Tal vez lograrían que el periódico volviera a la realidad.

Era como si, durante los largos años de silencio forzoso el diario hubiera estado soñando - reflexionó Hood - y ahora, despierto ya de ese sueño, permitía que partes del mismo se materializaran en sus páginas junto a versiones realistas y exactas de la situación actual. Una mezcla de fantasía y reportajes vívidos y directos. ¿Cuál de las dos tendencias se impondría al final? Según las crónicas fraudulentas, no había duda que muy pronto Benny Cemoli, el mago de la túnica, llegaría a Nueva York; la marcha tenía probabilidades de éxito. ¿Qué sucedería entonces? ¿Cómo compatibilizar la llegada de ORUC y su enorme poderío y autoridad intergaláctica? Con toda seguridad, antes de dejar pasar mucho tiempo, el periódico debería encarar la incongruencia de su posición.

Una de las dos tendencias terminaría por imponerse pero... Hood tuvo la extraña intuición que después de soñar durante toda una década, el periódico homeostático no renunciaría fácilmente a sus fantasías.

Quizá - pensó - las noticias sobre nosotros, ORUC, y su tarea de reconstruir la Tierra recibirán cada día menos cobertura de parte del diario, las relegarán a las últimas páginas, les asignarán menos columnas y después desaparecerán por completo. Y por último sólo quedarán las hazañas de Benny Cemoli.

No era, en realidad, una perspectiva muy agradable y anticiparse de esta manera a los hechos lo perturbaba profundamente. Siguiendo la misma línea de pensamiento concluyó para sí: Es como si sólo fuéramos reales si el Times publica algo sobre nosotros; como si nuestra existencia dependiera de él.

Veinticuatro horas más tarde, en la edición regular, el Times publicó la carta de Fletcher. Al verla impresa Hood pensó que había adquirido una característica distinta; parecía endeble y artificial. No creyó que el diario se engañara con respecto a la carta. Sin embargo, ahí estaba impresa en claros caracteres; había pasado por todo el proceso de impresión del periódico.

«Estimado Director:

Su crónica sobre la heroica marcha contra el decadente bastión plutocrático de la ciudad de Nueva York, me ha llenado de entusiasmo. ¿Qué debe hacer un ciudadano común para participar en este proceso histórico? Le ruego me informe de inmediato; estoy ansioso de unirme a Cemoli y compartir los riesgos y los triunfos con los demás.

Atentamente

Rudolf Fletcher.»

Debajo de la carta el diario publicaba la respuesta. Hood la leyó rápidamente.

«Los leales de Cemoli tienen una oficina de reclutamiento en el centro de Nueva York. La dirección es el número cuatrocientos sesenta de la calle Bleekman, Nueva York, 23. Allí podrá presentar su solicitud si la policía aún no ha desbaratado esa organización semi ilegal, en vista de la actual crisis.»

Hood oprimió un botón de su escritorio que conectaba directamente con los cuarteles de policía. Cuando logró comunicarse con el jefe investigador le dijo:

- Dietrich, quisiera que me envíe un par de hombres; debo hacer un viaje y puedo tener dificultades.

Después de una pausa Dietrich contestó secamente.

- De manera que, después de todo, no se trata sólo de una noble tarea de restauración. Está bien, ya hemos enviado a un agente para que vigile la casa de la calle Bleekman. Ese ardid de la carta me gustó mucho; puede ser que consiga algo - concluyó, con un chasquido.

Poco después, Hood, acompañado por cuatro policías Centauro, uniformados de negro, volaba en helicóptero sobre las ruinas de Nueva York tratando de individualizar lo que fuera antes la calle Bleekman. Consultando un mapa, después de media hora lograron establecer su posición.

- Allí - dijo el oficial de policía a cargo del destacamento, mientras señalaba hacia abajo -. Ahí está; es ese edificio ocupado por el negocio de comestibles.

El helicóptero empezó a descender.

Era un negocio de comestibles, no había dudas. Hood no vio ningún indicio de actividad política, no había gente vagando por allí, ni banderas, ni cartelones. Sin embargo, la escena que estaban viendo parecía esconder algo tétrico.

Quizá fuera el efecto de los cajones de verdura apilados en la acera, o las mujeres harapientas inclinadas eligiendo patatas, o el anciano propietario con su delantal blanco que barría el local... todo parecía demasiado natural, demasiado fácil. Era demasiado ordinario.

- ¿Aterrizamos? - preguntó a Hood el capitán de policía.



- Sí - repuso Hood - y estén preparados para cualquier imprevisto.

Viéndolos aterrizar en la calle, frente al negocio, el dueño dejó tranquilamente la escoba y se dirigió hacia ellos. Hood se dio cuenta de que debía ser griego; tenía un espeso bigote y cabello gris ondeado. Los miró con cierta cautela inicial, intuyendo, quizá, que no le traían nada bueno. No obstante, los recibió cortésmente; el hombre nada tenía que temer.

- Señores - dijo el dueño del negocio con una leve inclinación - ¿En qué puedo servirles?

Dirigió una rápida mirada a los policías uniformados sin cambiar de expresión, sin demostrar ninguna reacción.

- Estamos buscando a un agitador político - explicó Hood -; tranquilícese, nada tiene que temer.

Entró en el negocio de comestibles, seguido por los policías con las armas listas.

- ¿Aquí, agitadores políticos? ¡Pero es imposible! - afirmó el griego corriendo tras ellos, ya un poco preocupado - ¿Se puede saber qué he hecho? Nada, en absoluto, pueden mirar todo lo que quieran. Entren - dijo, abriendo la puerta del negocio para que todos pudieran pasar -. Podrán ver por ustedes mismos.

- Es lo que pensamos hacer - dijo Hood.

Se movió con cierta celeridad y, sin perder tiempo en las partes más visibles del negocio, se dirigió de inmediato a la trastienda.

Allí había un cuarto que servía de depósito, colmado de cajas que contenían envases; había cajas de cartón apiladas en todos los rincones y un muchachito estaba haciendo una lista de inventario. Al verlos los miró con asombro.

Aquí no hay nada - pensó Hood - El hijo del dueño los está ayudando, eso es todo.

Hood levantó la tapa de una caja y examinó el contenido; eran latas de melocotones, al lado había un cajón lleno de lechugas, arrancó una hoja. Se sintió inútil y desilusionado.

- No hay nada, señor - le dijo en voz baja el capitán de policía.

- Ya veo - dijo Hood, irritado.

Hacia la derecha había una puerta, perteneciente a un armario; la abrió y encontró algunas escobas, cepillos, una pala de acero galvanizado, algunas cajas con detergente, y...

En el suelo vio algunas gotas de pintura; evidentemente el armario había sido pintado hacía poco. Hood se inclinó y raspó con la uña un poco de pintura aún fresca.

- Mire esto - dijo al policía indicándole que se acercara.

- ¿Qué sucede, caballeros? - preguntó ansioso el griego, acercándose -. Si encuentran que el local está sucio informan al Consejo de Salud, ¿no es cierto? ¿O tal vez se ha quejado algún cliente? Díganme la verdad, por favor. Sí, es pintura fresca; aquí nos gusta mantener todo limpio y en perfecto orden. Cumplimos con nuestro deber hacia el público.

El capitán de policía pasó la mano por la pared del armario para escobas.

- Señor Hood - dijo, en voz queda - Antes hubo una puerta aquí. La han clausurado muy recientemente.

Y miró a Hood esperando recibir instrucciones.

- Entremos ya - dijo Hood.

El capitán se volvió hacia sus hombres y les dio unas cuantas órdenes rápidas. Trajeron algunas herramientas de la nave, y cierto equipo más pesado arrastrándolo a través del negocio hasta donde estaba el armario. Cuando la policía empezaba a romper el revoque y cortar la madera se oyó una especie de aullido.

- Esto es un atropello - exclamó el griego, empalideciendo -; les haré un juicio.

- Está bien - dijo Hood -, puede llevarnos ante los tribunales.

Una sección de la pared empezó a ceder; cayó después hacia adentro haciendo mucho estruendo y trozos de material quedaron esparcidos por el suelo. Se levantó una nube blanca de polvo. Luego se asentó.

Iluminado por el resplandor de las linternas policiales Hood descubrió un cuarto más bien pequeño, polvoriento y sin ventanas, con olor a humedad. Evidentemente había mucho tiempo que no se había ocupado. Entró en él y vio que estaba completamente vacío; era un depósito abandonado, con las paredes escamadas y mugrientas. Posiblemente en la época anterior a la Desgracia el negocio había manejado mayor cantidad de mercadería, necesitaba un stock más importante y entonces habían utilizado ese cuarto. Hood dio algunos pasos en varias direcciones apuntando con la linterna ya hacia el cielorraso, ya hacia el suelo. Vio algunas moscas muertas y... algunas aún con vida, arrastrándose penosamente en el polvo.

- No olvide una cosa - dijo el capitán de policía -, han colocado los tablonces hace poco, tal vez en los últimos tres días y habrán pintado también entonces.

- Esas moscas... - dijo Hood, pensativo -. No están muertas todavía.

Era improbable que hubieran pasado tres días; posiblemente habían clausurado esa puerta ayer. ¿Para qué habrá sido usada esta habitación? Se volvió hacia el griego que habla venido tras ellos, tenso y pálido miraba de uno a otro a todos sus visitantes, lleno de aprehensión.

Este hombre es muy astuto - admitió para sí Hood -. Poco conseguiremos averiguar a través de él.

Las linternas de los policías revelaron un armario en el extremo opuesto del cuartucho. Tenía varios estantes vacíos de madera tosca. Hood se acercó al mueble.

- Está bien - dijo el griego -, confieso que hemos tenido ginebra ilícita almacenada en este lugar. Tuvimos miedo; ustedes, los de Centauro, no son como nuestras autoridades locales - dijo, mirándolos de reojo -, a ellos los conocemos bien, nos entienden. Ustedes, en cambio, son demasiado rígidos. Pero de alguna manera hay que ganarse la vida - explicó, separando las manos en un gesto de apelación.

Detrás del armario asomaba algo apenas visible, podía haber pasado desapercibido. Era un trozo de papel que había caído allí, casi oculto y se deslizó hacia abajo. Hood lo tomó entre los dedos y lo retiró con cuidado, llevándolo primero hacia arriba, desde donde había caído.

El griego tembló.

Era una fotografía, por lo que Hood pudo ver. Se trataba de un hombre corpulento, de edad mediana, las mejillas fofas manchadas de negro por la sombra de una barba incipiente. Tenía el ceño adusto y la boca firme parecía desafiante. Un hombre robusto, vestido con cierto tipo de uniforme. Era posible que esta foto estuviera colgada en la pared y la gente había venido a mirarla, a presentarle sus respetos. Enseguida supo de quién podía tratarse. Ese era Benny Cemoli, en la cumbre de su carrera política. El líder clavaba su mirada desafiante en los partidarios que venían a reunirse en ese lugar. De manera que ése era el hombre...

No en vano el Times estaba tan alarmado.

Hood levantó la fotografía y mostrándosela al griego, dueño del negocio, le preguntó.

- Dígame. ¿Conoce a este hombre?

- No, no - respondió el griego secándose la transpiración de la frente con un enorme pañuelo -. Estoy seguro de que no.

Evidentemente mentía.

- ¿Usted es partidario de Cemoli, verdad? - preguntó Hood.

Hubo un silencio.

- Llévenselo - dijo al capitán de policía -. Ya podemos volver.

Salió del cuarto llevando consigo la fotografía.

Diversos pensamientos pasaron por la mente de Hood mientras desplegaba la foto sobre el escritorio.

No se trata de una simple fantasía del Times. Ahora sabemos la verdad. Este hombre existe, y hasta hace veinticuatro horas una foto de él estaba colgada para que todos pudieran verla. Si ORUC no hubiera llegado a tiempo, todavía estaría en el mismo lugar. Hemos conseguido asustarlos. La gente de la Tierra nos oculta muchas cosas conscientemente; están tomando ciertas medidas con rapidez y efectividad. Podremos considerarnos afortunados si...

Joan lo interrumpió.

- De manera que esa casa en la calle Bleekman era el punto de reunión. Entonces el diario estaba en lo cierto.

- Sí - admitió Hood.

- ¿Y ahora dónde está?

Me gustaría saberlo - pensó Hood.

- ¿Dietrich vio ya la fotografía?

- Todavía no - contestó Hood.

- Debe ser responsable de la guerra y Dietrich lo descubrirá - dijo Joan.

- Un hombre solo no pudo haber sido el responsable - dijo Hood.

- Pero debe haber sido uno de los principales - insistió Joan - por algo han hecho tantos esfuerzos por borrar toda traza de él.

Hood asintió con un movimiento de cabeza.

- Si no fuera por el Times - dijo ella - ¿habríamos sospechado siquiera de que había una figura política de la envergadura de Benny Cemoli? Piensa en todo lo que le debemos al periódico. Debe haberseles escapado a los jefes del movimiento, o no pudieron pensar en todos los detalles. Tal vez trabajaron con mucho apuro y aún en estos diez años no pudieron pensar en todo. Debe ser muy difícil anular todos los detalles de un movimiento político de alcance planetario, especialmente si en la fase final su líder había alcanzado el poder absoluto.

- Fue imposible anular todo - dijo Hood. - Un depósito clausurado en la trastienda de un negocio de comestibles... fue todo lo que necesitamos para encontrar una pista de lo que andábamos buscando. Los hombres de Dietrich ya se encargarán del resto. Si Cemoli está vivo, tarde o temprano lo encontrará y si está muerto, será difícil convencerlos. Conozco a Dietrich; pondrá todo su empeño en la búsqueda.

- Todo esto tiene algo de positivo - dijo Joan -; la gente inocente podrá respirar tranquila, Dietrich no perderá tiempo persiguiéndolos, ahora va a estar muy ocupado buscando a Cemoli.

Es cierto, pensó Hood. Eso era importante. La policía de Centauro estaría muy ocupada durante un largo tiempo, y eso convenía a todo el mundo, especialmente a ORUC y a su ambicioso proyecto de reconstrucción.

Si no hubiera existido Benny Cemoli - pensó Hood - casi habría sido necesario inventarlo. Extraña idea, en realidad. Se preguntó cómo pudo ocurrírsele.

Volvió a mirar la fotografía, tratando de inferir todo lo posible con respecto al hombre a través de su imagen impresa. ¿Cómo sería la voz de Cemoli? ¿Residía su poder en la facilidad de palabra, como sucediera con tantos demagogos anteriores a él? En cuanto a sus escritos... quizás aparecieran algunos, o tal vez cintas grabadas con sus discursos, la voz del hombre de carne y hueso. Era posible que hubiera algunas cintas de video también. Era solo cuestión de tiempo; a su debido tiempo, todo eso iría saliendo a la luz. Entonces podremos comprobar qué significaba vivir bajo un hombre como ése - concluyó.

La línea directa de Dietrich zumbó y Hood levantó el teléfono.

- Aquí tenemos al griego - dijo Dietrich -, bajo el efecto de las drogas ha admitido varias cosas. Quizá le interese saber.

- Sí, claro - afirmó Hood.

- Según él - explicó Dietrich - hace diecisiete años fue uno de los primeros partidarios del movimiento. En la primera época, cuando el movimiento era insignificante y carecía de poder real, se reunían dos veces por semana en la trastienda de su negocio. Esa foto que usted tiene - y que todavía no he visto - según Stavros, el señor griego, es una fotografía obsoleta puesto que hay varias más que han estado de moda entre los fieles. Stavros la conservaba por razones sentimentales. Le recordaba los viejos tiempos. Más adelante, cuando el Movimiento adquirió fuerza, Cemoli no apareció más por el negocio y el griego perdió todo contacto personal con él. A pesar de eso continuó siendo leal y pagaba las cuotas; pero para él Cemoli se transformó en un personaje abstracto.

- ¿Qué sucedió durante la guerra? - preguntó Hood.

- Poco antes de la guerra Cemoli conquistó el poder mediante un golpe en Norte América que comenzó con una marcha sobre la ciudad de Nueva York, realizado durante una seria depresión económica. Había millones de desempleados y entre ellos encontró muchos seguidores. Trató de solucionar los problemas económicos desarrollando una política exterior muy agresiva; atacó a varias repúblicas latino-americanas que se hallaban bajo la esfera de influencia china. Se trata de algo así, resumiendo todo, pero Stavros está algo confundido en cuanto al cuadro general. Tendremos que averiguar más detalles de otros partidarios, a medida que avancemos en nuestras investigaciones. Será mejor hablar con gente más joven, después de todo este hombre tiene más de setenta años.

- Espero que no le iniciará un proceso - dijo Hood.

- De ninguna manera, es sólo una buena fuente de información. Cuando nos diga todo lo que sabe le permitiremos volver a sus patatas y a sus latas de sopa. Es inofensivo.

- ¿Se sabe si Cemoli salió vivo de la guerra?

- Sí - contestó Dietrich -, pero eso fue hace diez años. Stavros no sabe si aún vive. Yo creo que sí, y basándonos en esa idea seguiremos adelante hasta descubrir si estamos en lo cierto o no. Es lo que debemos hacer.

Hood le agradeció y colgó.

Cuando dejó el auricular pudo escuchar el sordo rugido de la maquinaria. El diario estaba nuevamente en actividad.

- No es la edición ordinaria - dijo Joan, consultando su reloj -. Debe ser otra extra. ¡Qué interesante es todo el proceso! Estoy impaciente por leer la primera página.

¿Qué habrá hecho ahora Benny Cemoli? - pensó Hood -. De acuerdo a las crónicas atrasadas de la épica del héroe, qué acontecimientos, que en realidad sucedieron hace años están ocurriendo ahora. Debe ser algo espectacular para que el Times saque una edición extra. Sin duda alguna debe ser muy interesante; ese diario sabe distinguir una buena noticia.

El también esperó con intranquilidad.

John LeConte depositó una moneda en la ranura del quiosco que el Times había establecido hacía mucho tiempo en la ciudad de Oklahoma. La última edición extra del diario se deslizó hacia afuera. La levantó y leyó rápidamente el titular, sin perder tiempo en verificar los puntos esenciales. Cruzó la vereda y subió a su coche a vapor, guiado por chofer, y se instaló en el asiento posterior.

El señor Fall le dirigió la palabra, muy circunspecto.

- Señor, aquí tiene el material original, si desea comparar palabra por palabra.

Le presentó una carpeta que LeConte tomó en sus manos.

El coche arrancó. El chofer no necesitó instrucción alguna para dirigirse al cuartel general del partido. LeConte se recostó en el asiento, encendió un cigarro y se puso cómodo.

Grandes titulares atravesaban el ejemplar del periódico que tenía sobre las rodillas:

«CEMOLI COMPONE COALICIÓN GOBIERNO NACIONES UNIDAS.  
CESACIÓN TEMPORARIA HOSTILIDADES.»

LeConte le habló a su secretario.

- El teléfono, por favor.

- Sí, señor - dijo Fall, entregándole el teléfono portátil de campaña -. Pero ya hemos llegado casi y, si usted no lo toma a mal, quiero señalarle que posiblemente nos han grabado ya.

- En Nueva York están muy ocupados - dijo LeConte - trabajando entre las ruinas, en una zona que carece de importancia desde que tengo uso de razón - pensó para sí.

Pero tal vez Fall tenía razón, y canceló la llamada.

- ¿Qué le parece este último artículo? - preguntó a su secretario mostrándole el diario.

- Merece tener éxito - dijo el señor Fall inclinando la cabeza.

LeConte extrajo del portafolios un desgastado libro de texto, sin tapas. Lo habían fabricado hacía una hora y era el próximo artículo que colocarían de manera de ser «descubierto» por los invasores de Próxima Centauro. Era fruto de su ingenio y se sentía particularmente orgulloso del mismo. El manual describía en lenguaje accesible a escolares, los grandes lineamientos del programa de cambios sociales auspiciados por Cemoli. En una palabra, la revolución al alcance de todos.

- ¿Puedo hacerle una pregunta? - dijo el señor Fall - ¿Las autoridades del partido tienen intención de que se descubra algún cadáver?

- Ya llegaremos a eso - dijo LeConte -; será dentro de algunos meses.

Sacó un lápiz del bolsillo e hizo algunas anotaciones en el margen del libro, como si fuera un alumno:

«Abajo Cemoli.»

¿No se estaría apresurando? Pensó que no era así; tenía que haber cierta resistencia, especialmente del tipo espontáneo, de un chico de escuela, y agregó:

«¿Dónde están las naranjas?»

El señor Fall miró por sobre el hombro.

- ¿Y eso, qué significa? - preguntó.

- Cemoli promete naranjas a la juventud - explicó LeConte -; uno de los vanos alardes que la revolución no llega a cumplir. Fue una idea de Stavros; no puede negarse que es almacenero. Es un lindo toque. Esos son los detalles - pensó - que prestan verosimilitud a los hechos. Los pequeños detalles son los que cuentan.

- Ayer, en la sede central del partido - dijo el señor Fall - escuché una audio cinta mientras Cemoli hablaba ante las Naciones Unidas. Es como para dar miedo... si uno no supiera...

- ¿A quién se la hicieron grabar? - preguntó LeConte extrañado de que no le hubieran pedido participación.

- A un actor de café concert de Oklahoma City. Un personaje oscuro, por supuesto. Creo que se especializa en toda clase de imitaciones. Me parece que le dio un tono demasiado bombástico, amenazador, un énfasis que me parece exagerado. Pero no se puede negar que resulta efectivo. Mucho ruido de multitudes... Esa parte me gustó, lo confieso.

Entretanto - pensó LeConte - no hay juicios de guerra. Nosotros, que fuimos líderes durante la guerra, tanto en la Tierra como en Marte, los que tuvimos puestos de

responsabilidad, estamos a salvo, al menos por ahora, y quizá podamos seguir así para siempre si nuestra estrategia continúa dando los resultados esperados. Siempre que no descubran el túnel que va hasta el cefalón, que nos llevó cinco años construir. Esperemos que no se derrumbe.

El coche a vapor se detuvo en el espacio reservado para estacionar los autos ante la sede del partido. El chofer dio la vuelta para abrir la puerta y LeConte salió tranquilamente a la luz del día, sin ningún temor ni ansiedad de ninguna especie. Arrojó el resto del cigarro a la alcantarilla y cruzó la acera con paso elástico para entrar en el familiar edificio.

## **Robert Silverberg - ENFRIAMIENTO RÁPIDO**

De acuerdo con los detectores de la nave, la Estrella de Valdon se encontraba a muy poca distancia delante de ellos. En la cabina anterior del Calypso, el técnico en comunicaciones Diem Mariksboorg trató de cerrar sus oídos al furioso e insistente zumbido procedente de la hipernave Imperio que se encontraba, averiada, en el solitario planeta de la Estrella de Valdon.

El análisis espectral lo confirmó.

- Ya hemos llegado - dijo Diem. Se volvió hacia el capitán del Calypso, Vroi Werner, que estaba trazando posibles órbitas a través del calculador electrónico -. ¿Está preparado para la recogida, Vroi?

Werner asintió distraídamente.

- Supongo que efectuaremos un aterrizaje a chorro, utilizando el tipo de órbita habitual, y recogeremos a los supervivientes lo más rápidamente que podamos.

- Y a ningún salvaje.

- Sólo personas - dijo Werner. Cogió el montón de notas que Mariksboorg había captado, volvió a leerlas y las dejó de nuevo sobre la mesa -. Hay doce supervivientes. Apretándonos un poco, Diem, podemos meter a otra docena de personas a bordo del Calypso.

Mariksboorg contempló la brillante imagen que iba ampliándose en la pantalla y frunció el ceño, con aire preocupado.

- Ya estaríamos en Gorbrough, si no hubiéramos tomado esta condenada ruta. ¿Cuándo se ha oído hablar de una nave a reacción efectuando un rescate de emergencia?

- Dio la casualidad de que nos encontrábamos donde éramos necesarios en el momento preciso - dijo Werner bruscamente -. Este asunto lleva implícito un problema de tiempo, Diem. Resulta que es más eficaz utilizar para el rescate una anticuada nave a reacción que el más moderno de los remolcadores... por la sencilla razón de que nosotros estamos cerca.

- De acuerdo, señor - murmuró el técnico, encajando la reprimenda.

La Estrella de Valdon era en realidad un sistema triple, consistente en un pequeño sol central; un sol paralelo que le acompañaba como un fantasma gris, monstruoso y sin vida - carbón rarificado, simplemente -, y un planeta sin nombre, que orbitaba alrededor del compañero gris.

La hipernave Imperio Andrómeda - había sido enviada al sistema Deneb desde la Tierra, cuando algo - un ultrón del generador principal fundido, quizás, o un amortiguador de cadmio mal colocado - había fallado, trastornando el delicado equilibrio del hipermotor. Resultado: la nave fue devuelta al espacio normal y depositada bruscamente sobre la helada superficie del solitario mundo de la Estrella de Valdon.

Una hipernave averiada es un objeto completamente indefenso: el Hipermotor Bohling es demasiado complicado para que un mecánico corriente pueda repararlo, o entenderlo siquiera; con un motor fuera de servicio, una hipernave se convierte en un montón de chatarra.

Para compensar esto, la ley galáctica prescribe que sean construidos dos circuitos automáticos en los mandos cibernéticos de todas las hipernaves, para el caso de que se produzca el fallo de un motor. El primero de ellos es un desintegrador molecular instantáneo, capaz de volatilizar inmediatamente hasta el último miligramo de la nave en caso de emergencia en el hiperespacio, dentro de una determinada extensión de lo que se ha definido como Zona de Tensión. Es decir, el interior de un planeta, o peor aún, el interior de un sol, donde una materialización repentina puede precipitar una nave.

Una nave propulsada por motores Bohling puede, en caso de avería, materializarse en cualquier parte. Pero si es devuelta al espacio en algún punto ocupado ya por materia, el resultado sería espectacular; sólo treinta y siete pies salvaron a la Andrómeda de ser volatizada por el Circuito Uno: en el momento de la materialización se encuentra a treinta y siete pies de distancia de la superficie de la Estrella de Valdon.

Desde aquella altura, la nave cayó sobre la superficie, abriéndose como un coco. Doce de las cincuenta y ocho personas que iban a bordo sobrevivieron, colocándose los trajes térmicos antes de que la atmósfera artificial de la nave quedara sustituida por la del planeta muerto.

A continuación, el Circuito Dos entró en acción automáticamente, poniendo en marcha un transmisor que emitía una llamada de socorro audible dentro de un radio de veinte años-luz, en onda ancha de treinta megaciclos que podía ser captada por cualquier aeronave que se encontrara dentro de aquel radio.

El Calypso, una nave de carga con una tripulación de ocho hombres, estaba cruzando una órbita menos-C entre dos de las estrellas locales; dio la casualidad de que se encontraba solamente a media hora de viaje del Mundo de Valdon cuando la llamada de socorro estalló en todo aquel sector del espacio. Ninguna otra nave circulaba dentro del radio de un año-luz del lugar del accidente.

El Control Central estableció inmediato contacto con el Calypso; once segundos más tarde, el capitán Warner y su nave eran enviados al Mundo de Valdon con una urgente misión de rescate.

Así era como el Calypso, con los tubos de su cola ardiendo de furor atómico, llegó rugiendo a situarse encima del globo blanco-azulado de hielo y metano helado que era el Mundo de Valdon. La operación tenía que efectuarse con la mayor rapidez; el capitán Werner no había aterrizado nunca sobre un planeta de metano, pero la urgencia del caso no permitía timideces de solterona.

Los termoscopios señalaban una temperatura de ciento sesenta grados bajo cero, que quedó explicada cuando el análisis espectral reveló una superficie consistente en una atmósfera de metano-amoniaco helados, cubierta con una capa de dióxido de carbono. Una sonda sónica indicó la existencia de una dura corteza rocosa debajo de la atmósfera helada.

A bordo del Calypso, los ocho tripulantes preparaban el aterrizaje y arreglaban las cabinas para los doce náufragos que subirían a la nave. El capitán Werner examinó las reservas de combustible, efectuando apresurados cálculos para asegurarse de que la nave disponía de combustible suficiente para manejar la masa modificada.

Ocho minutos antes del aterrizaje, todo estaba a punto.

- ¡Allá vamos! - murmuró Mariksboorg mientras el Calypso iniciaba el descenso y la superficie del Mundo de Valdon, brillante como un espejo, subía al encuentro de la nave

- ¡Ahí vienen! - murmuró Hideki Yatagawa, comandante de la desaparecida hipernave terráquea Andrómeda. Plegó sus brazos alrededor de su estómago y golpeó el suelo con los pies en burlona reacción al entumecedor frío del planeta. En realidad, se trataba de algo más que de una burla: el traje térmico le mantenía a una temperatura de veinte grados, a pesar de los ciento sesenta grados bajo cero que le rodeaban. Pero los trajes térmicos señalarían sobrecarga pasadas ocho o nueve horas; segundos después de que eso ocurriera, el comandante Yatagawa estaría muerto, con la sangre helada convertida en finas varillas rojas en sus venas.

- ¿Esa es la nave de rescate? - preguntó Dorvain Helmut, de Kollium, ex primer oficial de la desaparecida Andrómeda y el único superviviente no terráqueo -. ¡Por Klesh, es un jet!

- Probablemente estaba más cerca de nosotros que cualquiera de las naves remolcadoras cuando emitimos la llamada de socorro - sugirió Colin Talbridge, que había sido nombrado



embajador de la Corte de St. James en el Mundo Libre de Deneb VII -. Hay un problema de tiempo en esto, ¿no es cierto?

- Desde luego - dijo Yatagawa -. Estos trajes no pueden resistir indefinidamente esta temperatura.

- Entonces, debemos agradecer que nuestros rescatadores estén aquí.

- Sí - murmuró el comandante con voz ahogada -. Pero todavía no están aquí.

- ¡Miren esos jets! - exclamó Dorvain Helmut, con franca admiración.

Las naves propulsadas a chorro eran casi desconocidas en el sistema Kollimun; Helmut estaba acostumbrado a tratar con naves remolcadoras sin combustible, y el torrente de llamas que surgía de la cola del Calypso le dejó maravillado.

- Sí - asintió sarcásticamente el comandante Yatagawa -. ¡Miren esos jets! ¡Mírenlos!

Los tubos de escape de los motores a reacción, de momento estaban bañando con fuego la superficie del planeta. Las llamas lamían la espesa alfombra de hielo y de CO<sub>2</sub> helado que, junto con una pesada capa de metano y amoníaco, formaban la superficie del Mundo de Valdon.

Yatagawa contempló, con los brazos cruzados, el descenso del Calypso.

- Me pregunto si se habrán molestado en leer los datos del termoscopio - dijo suavemente, mientras la nave espacial se acercaba cada vez más.

- ¿Qué quiere usted decir? - preguntó Talbridge.

El resto de los supervivientes de la Andrómeda salían apresuradamente de la nave averiada, corriendo hacia la helada llanura donde se encontraban Yatagawa, Helmut y Talbridge. En voz baja, Yatagawa le dijo a Talbridge

- No creerá usted que van a poder rescatarnos, ¿verdad?

Hablaba en tono resignado.

Talbridge replicó acaloradamente

- ¿Por qué no? ¿Acaso nos oculta usted algo, comandante? Si trata de...

- Me limito a anticiparme a lo inevitable. La gente de esa nave cree que viene a rescatarnos..., pero temo que la cosa tendrá que ser a la inversa.

- ¿Qué quiere usted decir?

- Mire - dijo Yatagawa.

Los tubos de escape del Calypso continuaban despidiendo llamas hacia abajo. La nave aterrizaría en un banco cubierto de hielo situado a una milla de distancia, aproximadamente, de la hipernave averiada. Y el hielo había empezado ya a fundirse; una mancha oscura sobre la brillante superficie indicaba que la zona se estaba ablandando.

Talbridge parpadeó.

- ¿Quiere usted decir que no podrán aterrizar?

- Se trata de algo mucho peor - dijo Yatagawa, con una tranquilidad que sus palabras contradecían -. Efectuarán un aterrizaje perfecto. Pero me pregunto qué espesor tendrá allí la capa de hielo.

- ¿Lo fundirán los tubos de escape?

- Los tubos de escape vaporizarán el hielo en el choque directo, y licuarán toda la zona tangencial. Sólo...

No había necesidad de que Yatagawa continuara su explicación. Talbridge comprendió perfectamente lo que iba a suceder.

El Calypso quedó colgado unos instantes sobre la brillante columna de su estela de fuego, y luego se precipitó hacia el suelo. Talbridge vio moverse los alerones de cola, una pulgada por encima de la humeante nube de vapor.

Luego, el Calypso, parando sus motores, penetró en el hueco que sus tubos de escape habían abierto en el hielo. La esbelta nave reposó finalmente sobre el lecho de roca que se extendía debajo de la capa de hielo.

- ¡Mire! - aulló Talbridge.

Pero Yatagawa no necesitaba mirar. Había sabido lo que iba a suceder desde que el jet hizo su aparición... y había sabido también que no había modo de evitar que sucediera.

En una temperatura de ciento sesenta grados bajo cero, el hielo fundido vuelve a cuajarse inmediatamente. En cuanto el Calypso hubo penetrado en el hueco abierto por sus tubos de escape, quedó rodeado por una masa de hielo. El agua creada por los tubos había vuelto a helarse en el instante en que los motores quedaron parados.

Quizá la tripulación del Calypso creyó que el agua permanecería indefinidamente en estado líquido; quizás esperaban posarse sobre un pequeño lago. Quizá creyeron que sus tubos de escape no fundirían la capa de hielo. Quizás - y esto les pareció lo más probable a Yatagawa, Talbridge y los otros horrorizados supervivientes de la Andrómeda - no habían pensado en nada.

Pero, ahora, las conjeturas no tenían importancia. Lo que importaba eran los hechos. Y el hecho era que los cien pies de longitud del Calypso estaban sumergidos en el hielo, después de haberse hundido en el momentáneo lago con la misma facilidad que un cuchillo se hunde en la arcilla..., una arcilla que se había endurecido en el espacio de unos microsegundos.

Sólo el morro de la nave de rescate era visible por encima del hielo, como un periscopio surgiendo de un océano.

Talbridge se estremeció. Yatagawa se limitó a fruncir el ceño, con expresión desolada. Ninguno de los doce supervivientes podía valorar la situación inmediata con demasiada claridad, pero todos podían darse cuenta de una indiscutible verdad: la nave de rescate estaba cogida en una trampa.

Yatagawa, moviéndose rápidamente sobre sus cortas y nervudas piernas, fue el primero en acercarse, seguido a corta distancia por los demás. Se detuvo, tanteando el hielo, antes de aproximarse a la nave.

El hielo era sólido. Muy sólido. El momentáneo lago se había convertido de nuevo en una masa helada que aprisionaba a la nave. Y el hielo desplazado por la masa del Calypso se había esparcido a su alrededor en todas direcciones.

Yatagawa trepó por el hielo y miró hacia abajo. A unos cuantos pies debajo de la transparente superficie veíase una mirilla. Y, pegado a ella, el rostro desolado de uno de los ocupantes de la nave de rescate.

Yatagawa agitó una mano; el hombre le devolvió el saludo, y luego golpeó la mirilla con una expresión desesperada en su rostro. Un segundo hombre apareció detrás de él, y los dos miraron hacia arriba a través del hielo como animales en una jaula..., cosa que no se apartaba demasiado de la realidad.

Yatagawa hizo un gesto señalando la garganta de su traje térmico, donde se encontraba la radio portátil, y al cabo de unos instantes uno de los hombres captó la idea y se colocó unos auriculares.

- Bien venidos a nuestras costas - dijo el comandante secamente, cuando quedó establecido el contacto -. Ha sido un aterrizaje maravilloso.

- Gracias - respondió una voz lúgubre desde el interior del hielo -. De todos los estúpidos, imbéciles...

- No es éste el momento más adecuado para los reproches - le interrumpió Yatagawa -. Tenemos que sacarles de ahí lo antes posible. Soy Yatagawa, comandante de la Andrómeda.

- Werner, capitán del Calypso... y el mayor idiota que viste y calza.

- Por favor, capitán. No podía usted prever una circunstancia tan desdichada.

- Le agradezco su amabilidad, comandante. La culpa es mía. Hasta ahora, nunca me las había visto con uno de estos planetas helados. Supongo que debí prever que el hielo no

permanecería fundido más que un instante, pero no imaginé que volviera a cuajarse con tanta rapidez.

En tono algo más imperioso, Yatagawa dijo:

- Disponemos de muy poco tiempo para conversar, capitán Werner.

- ¿Como cuánto tiempo, comandante?

Yatagawa sonrió tristemente.

- Calculo que nuestros trajes térmicos dejarán de funcionar dentro de ocho horas, con un posible margen de treinta minutos.

- Entonces, tenemos que actuar rápidamente - dijo Werner. Su rostro, claramente visible a pesar de los pies de transparente hielo que lo cubrían, estaba congestionado -. Pero... ¿qué podemos hacer?

Helmut dijo:

- He enviado a Sacher y a Foymill a la Andrómeda en busca de picos y palas. Tendremos que cavar aprisa.

- Dorvain - dijo Yatagawa, en tono indulgente -, ¿cuánto cree que tardarán doce hombres en cavar un agujero de un centenar de pies en hielo sólido?

Helmut permaneció unos instantes en silencio. Luego, con voz cavernosa, murmuró:

- Tardarán... días, tal vez.

- Exacto - dijo Yatagawa.

- ¿Está seguro de eso? - preguntó Werner.

- Podemos intentarlo - dijo Talbridge.

- De acuerdo - asintió el comandante.

Sacher y Foymill llegaron con las herramientas. Yatagawa señaló el lugar donde debían empezar su trabajo.

Los picos subieron y bajaron. Yatagawa permitió que la demostración continuara por espacio de dos minutos, exactamente.

Durante aquel tiempo, los dos tripulantes cavaron un agujero de cuatro pulgadas de profundidad y seis de anchura. Yatagawa se inclinó para medir la profundidad con una mano enguantada.

- A este paso - dijo -, tardaríamos siglos.

- Entonces, ¿qué es lo que vamos a hacer? - preguntó Helmut.

- Una pregunta muy interesante - respondió el comandante, encogiéndose de hombros.

Incluso desfigurado por el traje térmico, el gesto resultó muy elocuente.

A bordo del Calypso, el capitán Werner y el técnico en comunicaciones Diem Mariksboorg se miraron con expresión desolada. Un delgado rayo de luz penetró a través de la capa de hielo, a través de la mirilla, hasta la cabina. La luz procedía del amarillento sol que acompañaba a la estrella; desgraciadamente, irradiaba muy poco calor.

- Ciento sesenta grados bajo cero - murmuró Werner -. Y nosotros lo sabíamos.

- Tranquilícese, capitán - dijo Mariksboorg.

El técnico en comunicaciones estaba sinceramente preocupado por la sensación de culpabilidad que embargaba al capitán. Se preguntó cómo habría reaccionado Yatagawa de encontrarse en el caso de Werner. Desde luego, dos mil años antes Yatagawa se hubiera hundido una espada en el vientre. El harakiri era una costumbre de épocas muy pretéritas, pero Werner parecía estar pensando seriamente en la posibilidad de ponerla en práctica.

- ¿Cuándo se ha oído hablar de una nave espacial aprisionada por el hielo?

- Ya no tiene solución, Vroi. ¡Olvídelo!

- Una solución fácil, olvidar; pero continuamos enterrados aquí. ¿Cómo puedo olvidar, cuando ni siquiera me atrevo a salir de mi camarote y enfrentarme con mi propia tripulación?

- Los muchachos no están enojados - insistió Mariksboorg -. Todos ellos lamentan mucho lo que ha sucedido.

- ¡Lo lamentan! - exclamó Werner sarcásticamente -. ¿De qué sirve lamentarlo? Esto es muy serio, Diem; estamos atrapados.

- Ya saldremos - dijo Mariksboorg en tono apaciguador.

- ¿De veras? Escuche: si no salimos de aquí antes de ocho horas, esos doce hombres que están fuera morirán helados. Su nave está abierta y no pueden refugiarse en ella, ni en ningún lugar de este maldito planeta. De modo que morirán. Muy lamentable. Pero, ¿quién va a sacarnos de aquí?

- ¡Oh! - murmuró Mariksboorg, como si no se le hubiera ocurrido pensar en aquel aspecto de la situación.

- Según mis cálculos, tenemos comida para cuatro días. Cuando el Control Central nos encargó esta misión, nos informaron de que no podrían mandar otra nave aquí en menos de una semana. Eso, sin contar el tiempo que invertiría otra nave en encontrarnos y en sacarnos de aquí...

Mariksboorg se humedeció los labios.

- La situación es crítica - murmuró.

- No puede serlo más - dijo el capitán.

Desde el exterior llegó la ronca voz del comandante Yatagawa.

- Hemos intentado cavar un agujero, pero no dispondríamos de tiempo para hacerlo.

- Desde luego que no - dijo Werner. Y añadió, en voz baja -: No habrá tiempo para nada.

- ¿Cómo dice?

- No tiene importancia - dijo Werner.

Se produjo una pausa. Luego

- Habla Dorvain Helmut, primer oficial de la Andrómeda.

- Hola, Helmut.

- La mayoría de los aparatos de nuestra nave están intactos. ¿Cree que podríamos utilizar alguno de ellos para sacarles de ahí?

- ¿Tienen una perforadora hidráulica?

- No tenemos ninguna herramienta mecánica para cavar - respondió el comandante Yatagawa.

Werner suspiró. Encima de él, unos rostros ansiosos le contemplaban... separados por una delgada pero resistente mirilla de plástico, y una gruesa y resistente mirilla de hielo.

- ¿Y si pusieran sus motores en marcha? - sugirió Talbridge -. Podrían ponerlos a baja presión..., la suficiente para fundir el hielo que les rodea y salir de ahí.

Werner sonrió; resultaba agradable encontrar a alguien más tonto que él en el planeta.

- Si ponemos los motores en marcha, será como disparar una pistola que tiene el cañón atascado. ¿Sabe usted lo que ocurre?

- Que revienta el cañón, ¿no es eso?

- Sí - asintió Werner -. Sólo que, en este caso, el cañón seríamos nosotros. Lo siento, pero si pusiéramos los motores en marcha reventaríamos todos. Además - añadió, aprovechando la oportunidad que se le presentaba de demostrar que no era tonto del todo -, aunque consiguiéramos fundir el hielo, tendríamos que disponer de algún medio para expulsar el líquido a alguna distancia. ¿Tienen ustedes alguna bomba?

- Una, pequeña. Dudo que sirviera para el caso.

- No serviría.

Talbridge insistió, sin darse por vencido.

- ¿No podrían ustedes calentar el interior de la nave? Podrían colocarse los trajes térmicos y poner a toda marcha el sistema calefactor. El casco de la nave se calentaría, y...

- No - dijo Werner -. El casco de la nave no se calentaría.

- ¡Un momento! - exclamó repentinamente el comandante Yatagawa -. Supongamos que pudieran ustedes poner en marcha los motores... ¿No calentarían la cola de la nave, al menos?

- No. ¿Qué sabe usted acerca de los motores a reacción?

- Muy poca cosa - admitió Yatagawa -. Nunca he estado en una nave propulsada a chorro.

- El casco es una capa de plástico polimerizado - dijo Werner -. Constituye un aislante casi perfecto. Evita que nos aseemos cuando viajamos a través de una atmósfera... y que nos helemos en lugares como éste.

Yatagawa asintió en el interior de su traje térmico. Tras un breve silencio, el comandante dijo:

- Regresaremos dentro de unos instantes, Werner; creo que acaba usted de darme una idea.

- ¡Ojalá! - murmuró Werner fervientemente.

El maltrecho cadáver de la hipernave Andrómeda yacía sobre el hielo, en una concavidad poco profunda. Su abierto casco atestiguaba el impacto que había recibido al chocar contra el suelo.

- Casco de plástico polimerizado - repitió Yatagawa en voz baja, como si hablara consigo mismo -. Eso significa... si el calor interior no pasa al exterior...

- ...el calor exterior no pasará al interior - dijo Helmut, completando la frase.

- Exactamente.

Yatagawa penetró en el interior de la Andrómeda, seguido por su primer oficial. Tuvieron que pasar por encima de los cadáveres de las víctimas de la catástrofe. El frío sin bacterias del Mundo de Valdon aseguraba una indefinida conservación de los cuerpos; siempre habría tiempo para enterrarlos. Ahora tenían tareas más urgentes.

Yatagawa señaló un tanque de helio que no se había roto.

- ¿Podríamos utilizar esto? El helio tiene que estar líquido a esta temperatura.

- ¿Como un superconductor, quiere usted decir? Que me aspen si lo sé.

Yatagawa se encogió de hombros.

- Era sólo una idea - dijo.

Continuaron avanzando hacia el cuarto de máquinas. Sorprendentemente, una lágrima tembló de pronto en un ojo de Yatagawa. El comandante refunfuñó en voz baja, enojado consigo mismo; los trajes térmicos no iban provistos de «secalágrimas». Además, aquella clase de expansión emotiva le parecía excesiva. Pero la vista del laberinto de mandos que otrora habían gobernado su nave le había emocionado.

- Aquí estamos - dijo, con voz ligeramente enronquecida -. Lástima que no dispongamos de tiempo para examinar a fondo todo esto y tratar de localizar la avería.

- Ya se encargarán de localizarla en el curso de la investigación - dijo Helmut.

- Desde luego.

Yatagawa cerró los ojos unos instantes pensando en la encuesta que le aguardaba, si llegaba a salir del Mundo de Valdon. Luego cogió un grueso rollo de alambre de cobre y se lo entregó a Helmut.

El primer oficial cargó con el rollo y lo transportó al exterior de la nave.

Al entregarle el tercer rollo, Yatagawa dijo

- Con éste, son tres mil pies. ¿Habrás suficiente?

- Será mejor que llevemos otro - sugirió Helmut -. No podemos instalar nuestro generador demasiado cerca del Calypso.

- De acuerdo.

Cuando hubieron sacado los cuatro rollos, Yatagawa consultó el cronómetro adaptado a la muñeca de su traje térmico.

- Quedan siete horas - dijo -. Espero que Werner no esté equivocado en lo que respecta al casco de su nave; si lo está, va a morir asado, desde luego.

- ¿Puede ver lo que están haciendo? - preguntó Werner.

Mariksboorg torció el cuello tratando de atisbar a través de la mirilla.

- Están forrando con alambre todo el hocico de la nave que sobresale del hielo.

Werner recorrió la cabina a grandes pasos, con aire sombrío. El tiempo transcurría ahora con una rapidez increíble. Los hombres de la Andrómeda disponían de muy pocas horas para abrir la trampa.

- ¡Es el colmo! - exclamó, amargamente -. ¡Somos los rescatadores, y ellos los rescatados... y se están rompiendo el cuello para salvarnos!

Desde el exterior llegó la voz de Yatagawa.

- ¿Werner?

- ¿Qué diablos están haciendo? - preguntó Werner.

- Hemos colocado una capa de alambre alrededor del hocico de su nave. Va conectado a un generador ultrónico que hemos sacado de la Andrómeda. ¿Puede usted verlo?

- No. No puedo ver nada.

- Estamos a unos millares de pies de distancia de la nave. El generador es de tamaño mediano, porque el de tamaño grande está averiado. Pero con éste habrá suficiente. Le sacaremos un millón de voltios. Más de lo que necesitamos, desde luego.

- ¡Un momento, Yatagawa! ¿Qué es lo que se propone?

- Voy a asar su casco. Supongo que si transmitimos el suficiente calor al alambre, el casco se calentará y el hielo que lo rodea se fundirá.

Werner tragó saliva.

- ¿Y qué pasa con nosotros? Estamos dentro...

- El calor no pasará de los mil grados centígrados. Su casco puede soportar esa temperatura... y ustedes no sentirán nada. Por lo menos, eso espero. ¿Tienen trajes térmicos?

- Sí - respondió Werner con voz ronca.

- Entonces, sugiero que se los pongan. Sólo por lo que pueda pasar, desde luego.

- Pero...

- Esperaré su señal antes de poner en marcha el generador. Entretanto...

Movido por una idea repentina, Werner preguntó

- ¿Qué van a hacer ustedes con el hielo derretido? Volverá a helarse en cuanto corten la corriente... Mi casco no conserva el calor.

- Ya hemos pensado en eso. Instalaremos nuestra pequeña bomba y una tubería. A medida que el hielo se derrita, enviaremos el líquido colina abajo.

- ¿Y qué sucederá entonces?

- Subiremos a bordo del Calypso y nos marcharemos - dijo Yatagawa.

- ¿Cómo van a subir? No pueden tender un puente a través del hielo..., y la escotilla de entrada se encuentra en la parte inferior del casco.

Se produjo un breve silencio. Luego, el comandante Yatagawa dijo:

- Tiene que haber algún medio...

Werner enarcó las cejas pensativamente.

- Nos encontramos sobre la capa de piedra, ¿no es cierto?

- Sí.

- Entonces, la solución es sencilla, por descabellada que parezca. Verá: ustedes limpian de hielo un espacio de unos treinta pies de diámetro, y nosotros nos colocamos en posición

vertical sobre la roca. Despegamos del modo habitual, y luego retrocedemos, para girar en una órbita reducida a unos treinta pies del suelo. Desde la escotilla de entrada les lanzaremos unas cuerdas. Parece una solución descabellada, como ya le he dicho, pero vale la pena intentarlo.

El comandante Yatagawa estaba de pie junto al generador ultrónico, apoyado en él, contemplando los relucientes alambres de color pardo-rojizo que rodeaban el hocico de la nave enterrada en el hielo.

El sol amarillo estaba poniéndose; sus rayos moribundos iluminaban la masa del fantasma gris que era su vecino, colgando muy bajo del horizonte y borrando un gran pedazo de cielo.

- Estamos preparados - anunció la voz tensa del capitán Werner.

- De acuerdo - dijo Yatagawa.

Pulsó el interruptor. El generador empezó a disparar corriente a través del alambre de cobre. Fluyeron los electrones; la energía eléctrica fue transformándose en calor.

El calor se extendió a través de la corteza altamente conductora del Calypso. El casco del Calypso empezó a calentarse.

- ¿Qué tal se sienten ahí dentro? - preguntó Yatagawa.

- Por ahora, perfectamente - respondió el capitán Werner.

- Me alegro de oírlo. La temperatura de su casco será en este momento superior a los cero grados centígrados, y se calentará más.

Los alambres al rojo habían fundido ya delgadas líneas a través del hielo que cubría la nave. Empezaron a levantarse nubes de vapor.

- El hielo empieza a fundirse - gritó Helmut.

- Vamos a poner el sifón en marcha - dijo el comandante Yatagawa.

La pequeña bomba que habían encontrado a bordo de la Andrómeda y arrastrado con tanto esfuerzo sobre el hielo empezó a funcionar. Rechinando por el esfuerzo que se exigía de ella, pero empezó a funcionar, arrastrando el agua lejos de la caliente superficie de la nave espacial y vertiéndola por la ladera de la colina, donde se helaba inmediatamente en una espiral de forma fantástica.

- Está funcionando - murmuró Yatagawa, como si hablara consigo mismo -. Está funcionando.

Más tarde... después de haber desalojado todo el volumen de agua, después de que el Calypso se hubo erguido sobre el lecho de roca, extrañamente desnudo en el centro de un agujero de treinta pies de diámetro y cien de profundidad, empezó la operación de rescate.

Más tarde... después de que el Calypso hubo despegado ruidosamente, colocándose en su absurda órbita inmediatamente encima de la helada superficie del Mundo de Valdon; después de que los doce supervivientes de la Andrómeda hubieron trepado por las cuerdas lanzadas desde la escotilla de entrada del Calypso, los dos comandantes se encontraron frente a frente

El comandante Yatagawa, que había perdido su nave... y el capitán Werner, que había perdido el prestigio.

Juntos, contemplaron a través de la mirilla de observación el Mundo de Valdon, que quedaba rápidamente atrás.

- Me parece que lo estoy viendo - dijo Werner.

- ¿Se refiere a aquel puntito? - inquirió Yatagawa -. Sí, tal vez sea aquello...

Repentinamente, el capitán del Calypso se echó a reír.

- ¿Qué sucede? - preguntó Yatagawa.

- Tendremos que redactar un informe sobre todo esto - dijo Werner -. Y yo tendré que notificar al Control Central que la operación de rescate ha sido efectuada.

- ¿Y qué tiene eso de divertido?

Werner, con el rostro enrojecido, dijo

- Oficialmente, yo le he rescatado a usted. ¡Diablos! ¡Van a concederme una medalla por esto!



## **Damon Knight - EL ENEMIGO**

La nave espacial estaba posada en una esfera de roca en medio del cielo. Había un resplandor en Draco; era el sol, a seis billones de kilómetros de distancia. En el silencio, las estrellas no parpadeaban ni fluctuaban: ardían, frías y distantes. La estrella polar resplandecía allá arriba. La Vía Láctea era un arco iris congelado sobre el horizonte.

En el círculo amarillo de la cámara neumática aparecieron dos figuras, ambas de mujer, de rostros pálidos y duros detrás de los visores de los cascos. Llevaron un disco plegable de metal a cien metros de distancia y lo montaron sobre tres altos aisladores. Volvieron a la nave, moviéndose ágilmente de puntillas, como bailarinas, y salieron otra vez con una abultada colección de objetos envueltos en una membrana transparente.

Sellaron la membrana al disco, y la inflaron a través de un tubo desde la nave. Los objetos que había dentro eran artículos domésticos: una hamaca con armazón de metal, una lámpara, un aparato transmisor y receptor de radio. Las dos mujeres entraron en la membrana por la válvula flexible y pusieron en orden los muebles. Luego, con cuidado, llevaron allí los últimos objetos: tres tanques con cosas exuberantes y verdes, dentro de burbujas protectoras.

Bajaron de la nave un vehículo con forma de araña, con seis enormes ruedas infladas, y lo dejaron montado sobre tres aisladores.

El trabajo había concluido. Las dos mujeres se detuvieron frente a frente junto a la casa-burbuja. La mayor dijo:

- Si descubres algo, quédate aquí hasta que yo vuelva dentro de diez meses. Si no, deja el equipo y regresa en la cápsula de emergencia.

Las dos miraron hacia arriba, donde se movía una tenue chispa contra el campo de estrellas. La nave madre la había dejado en órbita antes de aterrizar. Si fuese necesario, podía ser llamada por radio para que aterrizase automáticamente; de lo contrario, no había necesidad de gastar combustible.

- Comprendido - dijo la más joven. Se llamaba Zael; tenía quince años, y ésta era la primera vez que salía de la nave espacial para quedarse sola. Isar, la madre, caminó hasta la nave y entró sin mirar atrás. La compuerta se cerró; arriba, la chispa flotaba hacia el horizonte. Una breve explosión de llamas levantó a la nave madre, que empezó a girar y a subir. La antorcha se inflamó otra vez, y en unos pocos momentos la nave era sólo una estrella brillante.

Zael apagó la luz de su traje y se quedó allí en la oscuridad, bajo la enorme semiesfera del cielo. Era el único cielo que ella conocía; como su madre, y la madre de su madre, Zael había nacido en el espacio. Siglos atrás, expulsado de los mundos grandes y verdes, su pueblo se había vuelto austero, como los campos de estrellas entre los cuales vagaba. En las cinco grandes ciudades del espacio, y en Plutón, Titán, Mimas, Eros y mil mundos menores, ese pueblo luchaba por su existencia. Eran pocos habitantes; la vida era dura y breve; no era ninguna novedad para una niña de quince años quedarse sola en un planeta para buscar minerales.

La nave era una chispa borrosa que ascendía describiendo una larga curva hacia la eclíptica. Allá arriba, Isar y sus hijas tenían que distribuir cosas y llevar cargamentos a Plutón. Gron, la ciudad de ellas, las había enviado a este largo viaje para que realizaran un estudio. El planeta, en su excéntrica órbita cometaria, se acercaba al sol por primera vez en veinte mil años. Después de llegar a ese sitio sería una tontería no perforar minas en la superficie del planeta y sacar lo que tuviese valor. Una niña podía hacer eso, y estudiar además el planeta.

Sola, Zael se giró impasible hacia el artefacto de seis ruedas. Podría haber descansado un poco en la casa-burbuja, pero le quedaban unas horas de traje, y no había necesidad de desperdiciarlas. En la leve gravedad pudo saltar fácilmente a la cabina de conducción; encendió las luces, y puso en marcha el motor.

El vehículo arácnido se arrastró sobre sus seis ruedas de amortiguación individual. El terreno era asombrosamente quebrado; agujas y cráteres gigantes se alternaban con hondonadas y grietas, alguna de diez metros de ancho y cientos de profundidad. Según los astrónomos, la órbita del planetoide pasaba cerca del sol, quizá más cerca que la órbita de Venus. Ahora mismo la temperatura de las rocas era de apenas unos pocos grados sobre el cero absoluto. Ese era un frío más intenso que todos los que Zael había experimentado en su vida. Lo sentía en los pies a través de los largos clavos aislantes de las suelas de las botas. Las moléculas de cada piedra se habían inmobilizado; el mundo era un congelado bostezo de hambre.

Pero en otra época había sido un mundo cálido. Allí estaban las señales. Cada vez que pasaba por el perihelio, las rocas debían de resquebrajarse una y otra vez, produciendo esta pesadilla de rocas destrozadas.

En la superficie la gravedad era solamente un décimo de G, casi como la caída libre; el vehículo ligero, de ruedas hinchadas, trepaba fácilmente por cuevas que estaban a pocos grados de la vertical. Donde no podía trepar, daba un rodeo. Las hendiduras estrechas eran salvadas por las patas extensibles del vehículo; en otras más grandes, Zael disparaba un arpón que volaba sobre la abertura y se clavaba al otro lado. La máquina, al llegar al borde, caía al vacío y se columpiaba al extremo del cable; pero mientras la débil gravedad la llevaba hacia el otro lado de la hendidura, el motor del cabrestante enrollaba el cable. El vehículo tocaba el otro lado con una pequeña sacudida y, sin detenerse, trepaba sobre el borde y continuaba la marcha.

Sentada con el cuerpo erguido detrás de los instrumentos, Zael trazaba un mapa de los depósitos minerales sobre los cuales iba pasando. Fue para ella una satisfacción descubrir que esos depósitos eran suficientemente ricos como para justificar allí la explotación de minas. Las ciudades podían hacer casi cualquier cosa con cualquier cosa, pero necesitaban una fuente primaria: los minerales.

Metódicamente, Zael se fue alejando en espiral de la casa-burbuja, registrando una región de no más de cincuenta kilómetros de diámetro. La máquina trepadora era un vehículo no presurizado, y no podía abarcar una zona grande.

Trabajando sola bajo el cielo inmutable, hora tras hora, identificó las vetas más ricas, las señaló, y estableció rutas. Entre una y otra salida, comía y dormía en la casa-burbuja, cuidaba las platas, tan necesarias, y atendía los aparatos. Fuera del traje espacial era esbelta y delgada, de movimientos rápidos, con la gracia rigurosa y severa de su pueblo.

Completó el mapa y volvió a salir. En cada punto señalado colocó dos polos, muy separados. Esos polos se clavaban solos en el terreno, y cada par generaba una corriente que ionizaba los metales, o las sales metálicas, y depositaba lentamente metal puro alrededor de cada cátodo. Con el tiempo era tal la concentración que resultaba posible cortar el metal en bloques, para transportarlo con facilidad.

Zael prestó atención a los rastros de metal trabajado, adheridos acá y allá a las rocas. Eran casi todos ellos fragmentos, parecidos a los que se encontraban comúnmente en satélites fríos, como Mimas y Titán, y a veces en asteroides pétreos. No era un asunto importante; significaba simplemente que el planetoide había sido habitado o colonizado en otra época por la misma civilización prehumana que había dejado rastros en todo el sistema solar.

A Zael la habían enviado a ver todo lo que tuviese algún interés. Casi había concluido su trabajo; examinó concienzudamente los rastros metálicos, fotografió algunos, guardó

otros como muestras. Enviaba regularmente informes por radio a Gron; a veces, cinco días más tarde, la esperaba en la casa-burbuja un breve acuse de recibo; a veces no. Visitaba regularmente los polos, midiendo la concentración de metal. Estaba preparada para cambiar los polos que no funcionasen adecuadamente, pero nunca tuvo ocasión; los aparatos de Gron pocas veces fallaban.

El planetóide flotaba describiendo su arco milenario. Alrededor, el cielo giraba imperceptiblemente. La chispa móvil de la cápsula de emergencia trazaba una y otra vez su sendero. Zael comenzó a impacientarse y llevó el vehículo a exploraciones más amplias. En el fondo de las frías grietas encontró algunas construcciones metálicas que no eran simples fragmentos, sino obras completas: viviendas o máquinas. Las viviendas (si eran eso) estaban hechas para criaturas más pequeñas que el hombre; las puertas eran óvalos de no más de treinta centímetros de diámetro. Obedientemente, Zael transmitió por radio esa información, y recibió el acostumbrado acuse de recibo.

Y de pronto, un día, antes de tiempo, el receptor cobró vida. El mensaje decía: ya llego. Isar.

La nave tardaría tres veces más que el mensaje. Zael continuó recorriendo los polos, sin mostrar ninguna emoción en su rostro iluminado por las estrellas. Por encima de su cabeza la cápsula de emergencia, ya innecesaria, seguía pasando monótonamente. Zael estaba rastreando los restos de un complejo de estructuras que habían sobrevivido milagrosamente, algunas enterradas a medias, otras desnudas bajo las estrellas. Encontró hacia donde llevaban esos restos, en un cráter, a sólo sesenta kilómetros de la base, una semana antes de la fecha de llegada de la nave.

En el cráter había un globo metálico muy reforzado, con abolladuras y marcas, pero no aplastado. Las luces de la máquina trepadora de Zael lo alumbraron un rato, y de pronto aquello exhaló un bocanada de vapor; durante un segundo el globo pareció oscurecerse. Zael miró, interesada: el leve calor del rayo de luz debía haber derretido alguna película de gas congelado.

El fenómeno se repitió, y ahora Zael vio claramente que el chorro salía de una grieta delgada y oscura que no había estado allí antes.

La grieta se ensanchó ante los ojos de la muchacha. El globo se estaba partiendo por la mitad. En la estrecha abertura entre las dos mitades, se movía algo. Asustada, Zael dio marcha atrás con el vehículo. Al retroceder cuesta arriba, las luces apuntaron hacia el suelo. En la oscuridad, fuera de los rayos de luz, vio que el globo se expandía más aún. Había un movimiento ambiguo entre las apenas visibles mitades del globo, y Zael deseó no haber apartado la luz.

El vehículo subía oblicuamente por una piedra grande. Zael se volvió hacia abajo, retrocediendo todavía en un ángulo agudo. La luz se apartó totalmente del globo, y luego, al estabilizar la máquina, apuntó de nuevo hacia aquel sitio.

Las dos mitades de globo se habían separado por completo. En el centro, al dar allí la luz, se agitó algo. Zael no vio más que una gruesa y fulgurante espiral metálica. Mientras vacilaba, hubo un nuevo movimiento entre las mitades del globo. Algo fulguró brevemente; la tierra tembló un instante, y de pronto algo golpeó sonora y rudamente el vehículo. Las luces, perplejas, giraron y se apagaron.

En la oscuridad, la máquina se inclinó. Zael apretó los controles, pero fue demasiado lenta. El vehículo volcó, quedando con las ruedas hacia arriba.

Zael sintió que era despedida de la máquina. Mientras rodaba y le zumbaban los oídos, su impresión primera y más aguda fue la del frío que le atravesaba el traje espacial por los guantes y las rodillas. Consiguió arrodillarse rápidamente, con la ayuda de las botas de suela claveteada.

Aun ese breve contacto con el frío hizo que le dolieran los dedos. Buscó automáticamente el vehículo, que significaba seguridad y calor. Lo vio aplastado en la ladera de la montaña. A pesar de eso, el instinto le hizo caminar hacia allí, pero apenas había dado el primer paso cuando la máquina volvió a saltar y a rodar otra docena de metros por la pendiente.

Zael dio media vuelta, y por primera vez comprendió claramente que algo estaba atacando a la trepadora. Entonces vio una figura centelleante que se retorció arrastrándose hacia la máquina destrozada. Zael no tenía encendida la luz del casco; se acurrucó y se quedó inmóvil; sintió dos golpes metálicos, demoledores, transmitidos por la roca.

La cosa móvil reapareció al otro lado de la trepadora, desapareció dentro, y tras un rato salió otra vez. Zael vio fugazmente una cabeza estrecha alzada, y dos ojos rojos que brillaban. La cabeza bajó, y la forma sinuosa se deslizó por una grieta, avanzando hacia la muchacha. En lo único que pensaba Zael era en escapar. Gateó levantándose en la oscuridad, y caminó alrededor de una aguja de piedra. Vio la cabeza fulgurante, alzada más abajo, entre una maraña de cantos rodados, y echó a correr peligrosamente por la cuesta hacia la trepadora.

El tablero de controles estaba destruido, las palancas torcidas o aplastadas, los diales rotos. La muchacha se enderezó para mirar el motor y la palanca de velocidades, pero inmediatamente vio que no servían para nada; el pesado eje de transmisión estaba totalmente torcido. Si no la llevaban a un taller de reparaciones, la trepadora no andaría nunca más.

Notó que allá abajo la figura plateada se deslizaba por el borde de la hendedura. Sin perderla de vista, Zael se examinó el traje y los instrumentos. Aparentemente, el traje estaba bien cerrado, los tanques de oxígeno y el sistema de recirculación intactos.

Mientras miraba el globo abierto bajo las estrellas, la muchacha pensó fríamente. La cosa debía de haber estado allí enroscada durante miles de años. Quizás había en el globo algún dispositivo fotosensible, destinado a abrirlo cuando el planeta volvier a acercarse al sol. Pero la luz de Zael había roto prematuramente el globo; la cosa que estaba dentro había despertado antes de tiempo. ¿Qué sería, y qué haría, ahora que volvía a estar viva?

Sucediese lo que sucediese, la primera obligación de Zael era advertir a la nave. Conectó el transmisor de radio del traje; no tenía mucho alcance, pero ahora que la nave estaba tan cerca quizá consiguiera enviar el mensaje.

Esperó largos minutos, pero no llegó ninguna respuesta. Desde donde estaba ella el sol no era visible; uno de los riscos altos debía de bloquear la transmisión.

La pérdida de la trepadora había sido un desastre. Zael estaba sola y a pie, a sesenta intransitables kilómetros de la casa-burbuja. Sus probabilidades de supervivencia, lo sabía, eran ahora muy pocas.

Sin embargo, salvarse ella sin averiguar más acerca de la cosa sería no cumplir con su deber. Zael miró dubitativamente hacia el globo vacío. La distancia que los separaba era quebrada y peligrosa. Tendría que acercarse lentamente para no atraer la atención de la cosa si usaba la luz.

Echó a andar hacia allí de todos modos, escogiendo cuidadosamente el camino entre las piedras caídas. Varias veces saltó por encima de hendiduras que eran demasiado largas para poder rodearlas. Cuando estaba a medio camino, cuesta abajo, vio un movimiento y se detuvo. La cosa apareció retorciéndose sobre el borde roto de un cerro - Zael vio otra vez la cabeza triangular y unos tentáculos ondulantes -, y luego desapareció dentro del globo abierto.

Zael se acercó con cautela, dando un rodeo para poder ver directamente la abertura. Luego de unos pocos movimientos la cosa reapareció, curiosamente gruesa y rígida. En un sitio llano fuera del globo, la cosa se separó en dos partes, y la muchacha vio ahora que una

era la cosa en sí, y la otra una armazón metálica, estrecha y rígida, de unos tres metros de largo. La cosa volvió a meterse en el globo. Cuando salió llevaba un mecanismo bulboso que acopló de alguna manera a un extremo de la armazón. Siguió trabajando durante un rato usando los miembros tentaculares y articulados que le brotaban detrás de la cabeza. Luego regresó al globo, y esta vez salió con dos grandes objetos cúbicos, que fijó al otro extremo de la armazón, conectándolos por una serie de tubos al mecanismo bulboso.

Por primera vez entró en la mente de Zael la sospecha de que la cosa estaba construyendo un vehículo espacial. Seguramente no había nada que pudiese parecerse menos a una nave convencional: no había casco, sólo un hueco donde podría ir la cosa, el objeto bulboso que podría ser un motor, y los dos recipientes grandes para masa radiactiva. De pronto la muchacha ya no tuvo dudas. No llevaba contador Geiger - había quedado en la trepadora -, pero estaba segura de que tenía que haber elementos radiactivos en el mecanismo bulboso: ¡una micropila sin blindaje para una nave espacial sin casco! Mataría a cualquier criatura viviente que viajase en ella, ¿pero qué criatura de carne y hueso podría sobrevivir veinte mil años en este planetóide sin atmósfera, cerca del cero absoluto?

Zael estaba seria e inmóvil. Como todo su pueblo, había visto los rastros de una guerra entre los planetoides fríos que había tenido lugar hacía millones de años. Algunos pensaban que la guerra había terminado con la destrucción deliberada del cuarto planeta, el que antiguamente había ocupado el sitio de los asteroides. Debía haber sido una guerra amarga; y ahora Zael pensó que entendía por qué. Si uno de los contrincantes había tenido forma humana, y el otro la de esta cosa, entonces ninguno de los dos podría descansar hasta que hubiese exterminado al otro. Y si esta cosa escapaba ahora, y engendraba a más como ella...

Zael avanzó poco a poco, pasando de una piedra a otra cuando la cosa no estaba a la vista. El ser había terminado de acoplar varios objetos pequeños y ambiguos a la parte delantera de la armazón. Entró otra vez en el globo. A Zael le pareció que la estructura estaba casi completa. Si le ponían más cosas, no quedaría espacio para el piloto.

El corazón latía con fuerza en el pecho de Zael. La muchacha salió del escondite y avanzó desmañadamente, de puntillas, más rápido que si saltara. Cuando casi podía tocar la armazón con la mano, la cosa salió del globo abierto. Se deslizó hacia ella, enorme a la luz de las estrellas, con la cabeza metálica en alto.

Por puro instinto, Zael tocó el botón de la luz. Los locos del casco se encendieron, y tuvo una fugaz imagen de costillas metálicas y fauces fulgurantes. De pronto la cosa huyó precipitadamente hacia la oscuridad. La muchacha quedó aturdida un momento. Pensó: ¡No soporta la luz! Y se lanzó desesperadamente hacia el globo.

La cosa estaba allí enroscada, oculta. Cuando la luz la tocó saltó fuera del globo y se escondió. Zael la volvió a perseguir, y la encontró al otro lado de la pequeña colina. La cosa se zambulló en una hondonada, desapareciendo.

Zael volvió junto al artefacto. La armazón estaba posada en la roca donde había quedado. La muchacha la levantó tentativamente con la mano. Tenía más masa de lo que había esperado, pero pudo balancearla al extremo del brazo hasta que adquirió una velocidad respetable. La estrelló contra la piedra más cercana; el impacto le entumeció los dedos. La armazón se desprendió y resbaló sobre la piedra hasta detenerse. Los dos recipientes se desprendieron; el mecanismo bulboso se torció. Zael la levantó otra vez, y otra vez la arrojó con fuerza contra la roca. La armazón se torció, combándose, y saltaron unas pocas piezas. Volvió a hacerla oscilar con la mano, hasta que la parte bulbosa se soltó.

El ser no estaba a la vista. Zael llevó los pedazos de la armazón a la hendidura más cercana y los arrojó dentro. A la luz de su casco, flotaron descendiendo silenciosamente y desaparecieron.

La muchacha regresó junto al globo. La criatura no había aparecido todavía. Zael examinó el interior del globo: estaba repleto de tabiques de formas extrañas y de máquinas, la mayoría demasiado grandes para poder moverlas, algunas sueltas y portátiles. La muchacha no pudo saber con certeza si alguna de esas máquinas eran armas. Para estar segura, sacó todos los objetos movibles y los arrojó al mismo sitio que la armazón.

Había hecho todo lo que podía, y quizá más de lo prudente. Ahora su tarea era sobrevivir: volver a la casa-burbuja, llamar a la cápsula de emergencia y partir.

Retrocedió subiendo otra vez por la cuesta, pasando junto a la trepadora destrozada, desandando el camino hasta que llegó a la pared del cráter.

Las puntas de los riscos asomaban allá arriba, a cientos de metros sobre su cabeza, tan escarpadas que cuando intentó escalarlas ni siquiera el impulso la mantuvo en pie; comenzó a perder el equilibrio, y tuvo que danzar hacia atrás lentamente hasta que pisó un sitio más firme.

Dio toda la vuelta alrededor del cráter antes de convencerse: no había salida.

Transpiraba debajo del traje: un mal comienzo. Las cimas ásperas de las montañas parecían inclinarse hacia delante, mirándola burlonamente. Se detuvo un momento para tranquilizarse, y tomó una pildora y un sorbo de agua del recipiente que llevaba en el casco. Los indicadores mostraban que le quedaban menos de cinco horas de aire. Era muy poco. Tenía que salir de allí.

Escogió lo que parecía la cuesta más fácil a su alcance. Subió por ella cuidadosamente. Cuando empezó a perder impulso, usó las manos. El frío le picó a través de los guantes como agujas de fuego. El más leve contacto producía dolor; asirse firmemente se transformaba en una agonía. Estaba a pocos metros de la cima cuando se, le empezaron a entumecer los dedos. Arañó furiosamente, pero los dedos se negaban a cerrarse sobre las rocas; las manos le resbalaban, inútiles.

Cayó. Rodó lentamente por la cuesta que tanto dolor le había costado escalar; con un esfuerzo recuperó el equilibrio, y fue a detenerse en el fondo, agitada y temblorosa.

Sintió en el corazón una desesperación fría. Era joven; no le gustaba la idea de la muerte, ni siquiera una muerte limpia y rápida. Morir lentamente, jadeando dentro de un sucio traje o perdiendo el calor contra la piedra, sería horrible.

Vio un movimiento indistinto a la luz de las estrellas, al otro lado del suelo del cráter. Era la cosa; ¿qué estaría haciendo ahora que ella le había destruido los medios que tenía para huir? Lentamente, se le ocurrió que quizá tampoco la criatura podía salir del cráter. Esperó un momento y luego, vacilante, bajó por la cuesta hacia ella.

A mitad del camino se acordó de apagar las luces del traje para no ahuyentarla. Innumerables hendiduras surcaban el suelo del cráter. Al acercarse más, vio que la esfera partida estaba rodeada de esas hendiduras por todas partes. En un extremo de la larga e irregular isla rocosa, la criatura se lanzaba de un lado para otro.

Volvió la cabeza hacia la muchacha cuando ella saltó la última abertura. Zael vio aquellos ojos que fulguraban en la oscuridad, y el círculo de brazos articulados y finos que formaban un collar detrás de la cabeza de la criatura. Al acercarse ella la cabeza se alzó más, y las fauces se separaron.

Al ver a la cosa tan de cerca, la muchacha sintió una repugnancia que nunca había conocido. No se trataba solamente de que la criatura fuera metálica y estuviera viva; era una sensación de maldad que parecía llegar directamente desde la cosa, y que sugería algo así como: «Soy la muerte de todo lo que amas.»

Los ojos rojos y ciegos miraban con un odio implacable. ¿Cómo podría conseguir que aquella cosa comprendiese?

El cuerpo de la criatura era sinuoso y fuerte; los brazos articulados podían asir y sostener. Estaba hecha para trepar, pero no para saltar.

De pronto, la muchacha no pudo dominar su repugnancia hacia la cosa. Dio media vuelta y saltó otra vez por encima de la grieta. Desde el otro lado, se volvió para mirar. La cosa se mecía erguida, levantando más de la mitad del cuerpo sobre la roca. Zael vio ahora que había otro grupo de miembros prensiles en la cola. La criatura se deslizó hasta el mismo borde de la grieta y volvió a erguirse, las fauces abiertas, los ojos brillantes.

No tenían en común otra cosa que el odio y el miedo. Mirando a la criatura, Zael comprendió que debía de tener tanto miedo como ella misma. Aunque era metálica, no podía vivir para siempre sin calor. Zael le había roto las máquinas, y ahora estaba atrapada igual que ella. Pero, ¿cómo se lo podía hacer entender?

La muchacha caminó unos pocos metros por el borde de la grieta, y luego volvió a saltar del lado de la criatura. La cosa la miró alerta. Era inteligente; sin duda tenía que serlo. Debía de saber que Zael no era nativa de ese planeta, y que por lo tanto debía de tener una nave o algún otro medio para huir.

La muchacha extendió los brazos. El círculo de miembros de la cosa se ensanchó en respuesta; pero, ¿era esto un gesto de invitación o una amenaza? Conteniendo el miedo y la repugnancia, Zael se acercó más. La alta figura oscilaba por encima de su cabeza. La muchacha vio que los segmentos del cuerpo de la criatura eran anillos metálicos que ajustaban suavemente, unos sobre otros. Cada anillo estaba un poco abierto en la parte de abajo, y por allí se veía el mecanismo que había dentro.

Una cosa como esa no podía haber evolucionado en ningún mundo; tenía que haber sido construida para alguna oscura finalidad. El cuerpo largo y flexible estaba hecho para perseguir y capturar; las fauces eran para matar. Sólo un odio de una intensidad que escapaba a su comprensión podía haber concebido y soltado ese horror en el mundo de los vivos.

Zael se obligó a acercarse otro paso. Se señaló a sí misma con el dedo, y luego señaló la pared del cráter. Dio media vuelta y saltó sobre la grieta; recuperó el equilibrio, Y volvió a saltar en la otra dirección

Tuvo la impresión de que la actitud de la cosa, mientras la miraba, era casi una parodia humana de la cautela y la duda. La muchacha se señaló y señaló a la criatura; dio media vuelta, y saltó otra vez por encima de la hendedura, ida y vuelta. Se señaló a sí misma y a la cosa, y luego hizo un ademán con el brazo por encima de la grieta, un movimiento lento y amplio. Esperó.

Después de un largo rato la criatura se movió, adelantándose lentamente. Zael retrocedió con la misma lentitud, hasta que estuvo al borde de la grieta. Temblando, tendió un brazo. La enorme cabeza se inclinó, y los miembros prensiles ondearon hacia su manga y la rodearon. Aquellos ojos rojos miraron fijamente los de la muchacha, a unos pocos centímetros de distancia.

Zael se giró y saltó con fuerza. Trató de tener en cuenta la masa de la cosa, pero la desacostumbrada resistencia en el brazo la hizo retorcerse hacia atrás en el aire. Aterrizaron juntas, golpeándose. Torpemente, Zael consiguió levantarse y alejarse del frío que le atravesaba el traje. La cosa, erguida, se balanceaba cerca... demasiado cerca.

Instintivamente otra vez, la muchacha tocó el botón de la luz. La cosa se alejó retorciéndose en espirales plateadas.

Zael temblaba. El corazón le latía en la garganta. Con un esfuerzo, volvió a apagar la luz. La cosa alzó la cabeza a una docena de metros de distancia, y esperó a la muchacha.

Cuando Zael se movía, la cosa se movía, manteniendo la distancia. Al llegar a la grieta siguiente, la muchacha volvió a detenerse hasta que la criatura se acercó y le rodeó el brazo con los miembros prensiles.

Al otro lado de la grieta, se separaron de nuevo. De esa manera atravesaron cuatro islas de roca antes de llegar a la pared del cráter.

La cosa se deslizó lentamente por la empinada cuesta. Con todo el cuerpo estirado, los brazos prensiles encontraron algo de donde asirse; la cola se balanceó en el aire. El largo cuerpo se dobló graciosamente hacia arriba; los miembros de la cola encontraron otro sitio de donde asirse, encima de la cabeza.

Allí la cosa hizo una pausa, y miró a la muchacha. Zael tendió los brazos; hizo pantomima de trepar, luego retrocedió, agitando la cabeza. Tendió otra vez los brazos.

La cosa vaciló. Tras un momento, los miembros de la cabeza volvieron a asirse de algo, y la cola colgó balanceándose. Al acercarse la criatura, Zael la abrazó. La cabeza lisa y brillante la miraba desde arriba. En ese momento glacial, Zael se encontró pensando que para la cosa, el universo era quizá como un negativo fotográfico: todas las cosas malas eran buenas, todas las cosas buenas eran malas.

La cabeza se deslizó junto al hombro; las potentes espirales le rodearon el cuerpo con un leve roce. La cosa estaba fría, pero no era ése el superfrío entumecedor de las rocas. Las espirales apretaron, y la muchacha sintió la fuerza helada y constrictiva de aquel enorme cuerpo. De pronto sus pies dejaron de tocar la roca. La empinada pared se inclinó y giró en un ángulo insensato.

Dentro de aquella espiral metálica, las fuerzas de Zael languidieron. Las estrellas giraron sobre su cabeza, luego se aquietaron. La cosa la había depositado en la cima de la pared del cráter.

La fría espiral se deslizó, apartándose lentamente. Agitada y aturdida, Zael siguió a la criatura por la quebrada pendiente. Todavía le ardía en la carne el contacto de aquel cuerpo metálico. Era como un significado oculto, que sólo descubría con un esfuerzo. Era como un anillo que uno ha usado tanto tiempo que, después de quitárselo, aún parece seguir allí.

Más abajo, en la revuelta inmensidad del valle, al borde de una grieta, la esperaba la criatura, con la cabeza alzada.

Humildemente, Zael se le acercó. Esta vez, en lugar de asirse del brazo de la muchacha, la pesada masa se le enroscó alrededor del cuerpo.

Zael saltó. Al otro lado de la grieta, lentamente, aquella figura flexible se deslizó, bajando y apartándose. Al llegar a un sitio alto, la cosa la rodeó otra vez con su frío abrazo y la alzó sin ningún esfuerzo, como a una mujer en un sueño.

El sol estaba en el cielo, a poca altura sobre el horizonte. Zael estuvo a punto de tocar la llave de la radio, vaciló, y apartó la mano. ¿Qué podía decirles? ¿Cómo podría hacerles comprender?

El tiempo huía. Cuando pasaron por una de las zonas donde Zael había puesto minas, donde las rocas reflejaban la luz fría y purpúrea, la muchacha supo que iban por buen camino. Se orientó con eso y con el sol. En cada grieta, la cosa se le enroscaba alrededor de los hombros; en cada cuesta empinada, la cosa la sujetaba por la cintura y la alzaba, describiendo largos arcos, hasta la cima.

Cuando vio la casa-burbuja desde un cerro, comprendió con un sobresalto que había perdido la noción del tiempo. Miró los indicadores. Le quedaba media hora de aire.

Ese conocimiento le despertó una parte de la mente que había estado sumergida y dormida. Sabía que el otro había visto también la casa-burbuja; había en su comportamiento una nueva tensión, una nueva intensidad en su manera de mirar hacia adelante. Trató de recordar la topografía entre este punto y la casa. La había atravesado docenas de veces, pero siempre en el vehículo trepador. Ahora era muy diferente. Los cerros altos que antes habían sido solamente obstáculos momentáneos eran ahora insuperables. Todo el aspecto del terreno había cambiado; ni siquiera podía estar ya segura de las marcas.

Pasaban por la última zona de minas. La luz fría y purpúrea se deslizaba sobre las rocas. Un poco más allá de ese sitio, recordó Zael, tenía que haber una ancha grieta; la criatura, a



unos pocos metros de distancia, no miraba hacia la muchacha. Inclínándose hacia adelante, Zael echó a correr de puntillas. La grieta estaba allí; llegó al borde, y saltó.

Al otro lado, se volvió para mirar. La cosa se retorció al borde de la hendidura, furiosa, el collar de miembros abierto, los ojos rojos encendidos. Tras un instante, los movimientos se aquietaron y se detuvieron. Zael y la criatura se miraron por encima de la brecha de silencio; luego Zael dio media vuelta.

Los indicadores le señalaban otros quince minutos. Echó a andar apresuradamente, y pronto se encontró descendiendo a una profunda barranca que reconocía. A su alrededor estaban las marcas de la ruta que solía tomar en el vehículo. Delante y a la derecha, donde brillaban las estrellas por una abertura, debía de estar el sitio donde unas rocas caídas formaban una escalera natural hasta la parte superior de la barranca. Pero a medida que se acercaba al sitio empezó a inquietarse. La pared del otro lado de la barranca era demasiado escarpada y demasiado alta.

Llegó por fin al fondo, y no había ninguna escalera.

Debía de haberse equivocado de sitio. No le quedaba otro remedio que caminar por la hondonada hasta llegar al sitio indicado. Tras un momento de indecisión, echó a andar apresuradamente hacia la izquierda.

A cada paso la barranca prometía volverse conocida. ¡Seguramente no podía haberse equivocado tanto en tan poco tiempo! Los puntos de luz que dibujaban los rayos del casco danzaban allá delante, burlonamente esquivos. De repente comprendió que se había perdido.

Le quedaban siete minutos de aire.

Se le ocurrió que la criatura debía de estar todavía donde la había dejado, atrapada en una isla de roca. Si volvía allí directamente, ahora, sin vacilar ni un segundo, quizá tuviera aún tiempo.

Dio media vuelta, lanzando un involuntario quejido de protesta. Sus movimientos eran apresurados e inseguros; tropezó una vez, y apenas pudo evitar una caída peligrosa. Sin embargo, no se atrevió a ir más despacio ni a detenerse un momento. Respiraba con dificultad dentro del casco; el olor tan conocido del aire reciclado parecía más sofocante.

Miró los indicadores: cinco minutos.

Al llegar a una cima vio un líquido destello de metal que se movía entre los fuegos purpúreos. Saltó la última hendidura y se detuvo cautelosamente. La cosa se le acercaba con lentitud. En la enorme cabeza metálica no había ninguna expresión, las fauces estaban cerradas; la corona de miembros prensiles casi no se movía: sólo de cuando en cuando se retorció alguno, repentinamente. Había en la cosa una quietud torva, expectante, que inquietó a la muchacha; pero no tenía tiempo para la cautela.

Apresuradamente, con gestos bruscos, trató de representar su necesidad. Tendió los brazos. La cosa se deslizó adelantándose lentamente, y lentamente se enroscó en ella.

Zael casi no sintió el salto ni el aterrizaje. La criatura se movía a su lado; cerca esta vez, casi tocándola. Allá descendieron, a la semioscuridad estrellada de la grieta; Zael caminaba inseguramente, porque no podía usar las luces del casco. Se detuvieron al pie del precipicio. La cosa se volvió para mirarla un momento.

A la muchacha le zumbaban los oídos. La cabeza se mecía hacia ella y pasó a su lado. Los brazos metálicos asieron la roca; el enorme cuerpo se balanceó hacia arriba, por encima de la cabeza de Zael. La muchacha miró y vio que la criatura se retorció diagonalmente sobre la faz de la roca, centelleaba brevemente contra las estrellas, y desaparecía.

Zael se quedó mirando hacia allí con incrédulo horror. Había sucedido con demasiada rapidez; no entendía cómo había podido ser tan estúpida. ¡Ni siquiera había intentado agarrar el cuerpo cuando pasaba!

Los indicadores eran borrosos; las agujas casi tocaban el cero. Tambaleándose un poco, Zael echó a andar por la hondonada hacia la derecha. Le quedaba quizás un minuto o dos de aire, y luego cinco o seis minutos de asfixia lenta. Tal vez encontrase todavía la escalera; aún no estaba muerta.

La pared de la hondonada no descendía a niveles más accesibles: subía en forma de agujas y pináculos. La muchacha se detuvo, helada y saturada de fatiga. Las silenciosas cumbres se alzaban contra las estrellas. No había salvación en ese sitio, ni en todo el mundo vampiresco y muerto que la rodeaba.

Algo saltó en la roca, a los pies de Zael. Asustada, la muchacha retrocedió. La cosa que había saltado se alejaba girando bajo las estrellas. Mientras miraba apareció, otro trozo de piedra, y otro. Esta vez vio cómo caía, golpeaba la roca y rebotaba.

Volvió la cabeza bruscamente. Por la mitad de la faz de la roca, balanceándose con facilidad de un punto de apoyo a otro, venía la criatura. Una nube de piedras, arrancadas al pasar, bajaban flotando lentamente y rebotaban alrededor de la cabeza de Zael. La criatura se deslizó los últimos metros y se detuvo junto a la muchacha.

La cabeza le daba vueltas a Zael. Sintió que aquel cuerpo fuerte se enroscaba a su alrededor; que la alzaba y se ponía en marcha. La apretaba demasiado; no le dejaba respirar. Cuando la soltó, la presión no cedió.

Haciendo eses, echó a andar hacia la casa-burbuja, que parpadeaba llamándola en el horizonte chato. Le ardía la garganta. A su lado, el extraño ser se movía como mercurio entre las rocas.

Zael cayó una vez - una caída lenta, aterradora, en aquel frío doloroso -, y las pesadas roscas de la criatura la ayudaron a levantarse.

Llegaron a la grieta. Zael vaciló en el borde, entendiendo oscuramente por qué la criatura había vuelto a buscarla. Era una retribución: y ahora ella estaba demasiado aturrida para volver a entretenerse con ese juego. Los miembros de la criatura tocaban la manga.

Allá arriba, hacia Draco, la nave de Isar estaba en camino. Zael buscó a tientas el interruptor de la radio. La voz le salió ronca y extraña:

- Mamá...

El pesado cuerpo se le estaba enroscando alrededor de los hombros. Le dolía el pecho al respirar, y veía oscuro. Juntando todas sus fuerzas, saltó.

Al otro lado de la hondonada, se movió con imprecisa lentitud. Vio la luz de la casa-burbuja que parpadeaba prismáticamente al final de una brumosa avenida, y supo que tenía que llegar a ella. No sabía muy bien por qué; quizá tenía algo que ver con el ser plateado que se deslizaba a su lado.

El zumbido de una onda de radio estalló en sus auriculares.

- ¿Eres tú, Zael?

La muchacha oyó las palabras, pero no entendió el significado. La casa-burbuja estaba cerca ahora; veía la válvula flexible de la puerta. Sabía de algún modo que la criatura no debía entrar allí; si entraba, quizá usara aquel sitio para tener crías, y luego extendería por todas partes una plaga de criaturas metálicas.

Se volvió torpemente para impedirselo, pero perdió el equilibrio y cayó contra la pared de la burbuja. La enorme cabeza plateada, allá arriba, abrió las fauces, y aparecieron dos brillantes colmillos. La cabeza se inclinó delicadamente, las fauces se cerraron sobre el muslo de Zael, y los colmillos se hundieron una vez. Sin prisa, la criatura se deslizó, desapareciendo del campo visual de la muchacha.

Zael sintió en el muslo un frío que se le empezó a extender por el cuerpo. Vio dos pequeños chorros de vapor que se escapaban del traje, donde había sido perforado. Giró la cabeza; la criatura estaba entrando en la burbuja por la válvula flexible. Adentro, se movió

para un lado y para otro, evitando la diminuta luz. Olfateó la hamaca, la lámpara, y luego el transmisor-receptor de radio. Zael recordó algo, y dijo quejumbrosamente:

- ¿Mamá?

En respuesta, la onda de radio zumbó otra vez y la voz dijo:

- ¿Qué pasa, Zael?

La muchacha trató de responder, pero su gruesa lengua no encontró las palabras. Se sentía débil y helada, pero no tenía miedo. Buscó a tientas en el equipo, encontró la pasta adhesiva, y la extendió sobre las perforaciones. La pasta burbujeó un momento. Luego, se endureció. Una cosa lenta y lánguida, que nacía en el dolor helado, le corría por el muslo. Al girarse otra vez, vio que la criatura seguía inclinada sobre el aparato transmisor-receptor. Aun desde donde estaba, la muchacha veía la palanca rojo vivo que servía para llamar a la cápsula de emergencia. Mientras miraba, uno de los miembros de la criatura asió esa palanca y empujó hacia abajo.

Zael alzó la mirada. Tras un momento, la chispa anaranjada que se movía en el cielo se detuvo aparentemente, y poco a poco fue creciendo hasta transformarse en una estrella brillante, y después en un fulgor dorado.

La cápsula de emergencia se posó en un llano rocoso, a cien metros de distancia. La antorcha se apagó. Deslumbrada, Zael vio como la figura negra de la criatura se deslizaba saliendo de la casa-burbuja.

La criatura se detuvo, y por un instante la cabeza cruel osciló allá arriba, mirando a la muchacha. Luego continuó arrastrándose.

La puerta de la cámara neumática era un círculo de luz amarilla. Al llegar a ella la criatura pareció vacilar; luego siguió adelante y desapareció dentro. La puerta se cerró. Un instante más tarde la antorcha se encendió otra vez, y la cápsula se elevó sobre una columna de fuego.

Zael estaba acunada contra la curva flexible de la burbuja. Tuvo un borroso pensamiento: dentro de la burbuja, a muy poca distancia, había aire y calor. El veneno que la criatura había depositado en su carne, fuese lo que fuese, quizá tardaría mucho tiempo en matarla. La nave de su madre llegaría pronto. Tenía una posibilidad de vivir.

Pero la cápsula de emergencia continuaba elevándose sobre el largo penacho dorado; y Zael no podía apartar la mirada de aquella terrible belleza que ascendía hacia la noche.

## **Ursula K. Le Guin - EL DIA ANTES DE LA REVOLUCIÓN**

### Prefacio

Mi novela *Los Desposeídos* habla de un pequeño mundo de personas que se ha dado el nombre de «odonianos». Este nombre deriva de la fundadora de la comunidad, Odo, quien vivió varias generaciones antes de la época en que se desarrolla la novela y que, por lo tanto, no participa en los acontecimientos (sino implícitamente, en el sentido de que todo ha comenzado con ella).

El odonianismo es anarquismo. No el que roba llevando un bomba en el bolsillo, el que - cualquiera sea el nombre con que el quiera darse lustre - es terrorismo puro y simple; ni el libertarismo socio-darwinista de derecha; sino el anarquismo prefigurado en el primer pensamiento taoísta, y anticipado por Shelley y Kropotkin, por Goldman y Goodman. El principal enemigo del anarquismo es el Estado autoritario, sea capitalista o socialista; su principal componente práctico-moral es la cooperación (solidaridad, apoyo mutuo). De todas las teorías políticas es la más idealista y para mí la más interesante.

Introducirlo en una novela, cosa que en principio no era mi intención, fue para mí un trabajo duro y largo, y me absorbió completamente por varios meses. Cuando lo terminé me sentí perdida, exiliada: una persona sin patria. Porque fue muy gratificante cuando Odo salió de las sombras brumosas de la probabilidad y quiso que escribiese un relato no sobre el mundo de la ley realizada sino sobre su ley misma.

U.K. Le Guin

### *A la memoria de Paul Goodman (1911-1972)*

La voz del altoparlante resonaba como un furgón de cerveza vacío sobre una calle empedrada, y los presentes estaban apretujados unos sobre otros como las piedras de un adoquinado mientras el estruendo de la voz los dominaba. Taviri se encontraba quién sabe dónde en otra parte de la sala. Ella debía conseguirlo. Se abrió fatigosamente paso serpenteando entre las personas apretujadas y vestidas de oscuro. No oía los sonidos de sus voces, no veía sus caras: existía solamente el sonido del altoparlante y aquellos cuerpos adosados los unos a los otros. No llegaba justamente a divisar a Taviri: era demasiado pequeña. La calle le fue bloqueada por un grueso vientre en un chaleco negro y de espaldas imponentes. Debía alcanzar a Taviri a cualquier precio. Toda sudada, dio un puñetazo violento. Fue como empujar una roca: el hombre no hizo ningún gesto, pero de sus grandes pulmones surgió un rumor prodigioso, como un mugido. Se hizo pequeña. Después comprendió que el mugido no era para ella. También los otros gritaban. El altoparlante decía algo, algunas confusas palabras a propósito de tasas o masas. Toda excitada también ella gritó: «¡Sí! ¡Sí!» y mientras avanzaba no encontró dificultad para huir de la Plaza de Armas de Parheo. El cielo sobre ella era profundo y descolorido y a su alrededor la hierba alta se doblaba bajo el peso de las florcitas secas y blancas. No había podido jamás llamarlas por su nombre, las florcitas ondulaban sobre ella, oscilando en el viento que soplaba siempre durante el crepúsculo. Se metió corriendo entre la hierba, que se plegó dócilmente y volvió a erguirse, ondulante y muda. Taviri estaba allí entre aquella hierba alta, vestido con su mejor ropa, aquella ropa oscura que le daba el aspecto de un profesor o de un actor, con una elegancia severa. No parecía alegre: sin embargo reía, y le hablaba. El sonido de su voz la hizo lagrimear: extendió el brazo para aferrarle la mano, pero no se detuvo. No podía detenerse.

- ¡Oh, Taviri - dijo -, el lugar está un poco más adelante! - El olor peculiar y dulce de aquella hierba blanca se hacía más intenso a cada paso. Sobre el suelo percibía zarza, espinos, sentía declives, agujeros. Temía caerse, caerse: se detuvo.

Sol sobre sus ojos, implacable fulgor de la mañana. La tarde anterior se había olvidado de bajar los postigos. Dio la espalda al sol. Suspiró dos veces, se irguió para sentarse, puso las piernas fuera de la cama y se quedó allí doblada en dos contemplándose los pies, sólo con la camisa puesta.

Los dedos, comprimidos desde la más tierna edad en zapatos baratos, tenían la superficie de contacto casi recta y estaban llenos de callos; las uñas estaban descoloridas e informes. De un tobillo al otro corrían arrugas secas y sutiles. En la base de los dedos, la pequeña área plana había conservado la delicadeza; pero la piel era del color del barro y el cuello del pie era recorrido por venitas anudadas. Desagradable. Triste, deprimente. Miserable. Lastimoso. Puso todas las palabras a prueba: todas iban bien, como pequeños cabellos repugnantes. Repugnante: sí, también. Verse y reconocerse repugnante, ¡qué alegría! ¿Pero cuándo no había sido repugnante, nunca se había observado de aquel modo? ¡No verdaderamente! Un cuerpo eficiente no es un objeto, no es un instrumento o una propiedad para admirar: es simplemente nosotros mismos. Sólo cuando no es más nosotros sino nuestro, un objeto poseído, entonces nos preocupamos. ¿Sus condiciones son buenas? ¿Estará a la altura? ¿Resistirá?

- ¿Qué importa? - dijo Laia con rabia, y se puso de pie.

Levantarse de improviso le dio vértigo. Tuvo que estirar la mano y apoyarse en la cómoda, porque tenía miedo de caerse. En aquel instante recordó el sueño y cómo se había tendido junto a Taviri.

¿Qué le había dicho? No lo recordaba. No recordaba ni siquiera si había llegado a tocarle la mano. Con la intención de violentar su memoria, la frente se le arrugó. ¡No soñaba con Taviri desde quién sabe cuanto tiempo, y ahora no recordaba ni siquiera sus palabras! Desaparecidas, todo desaparecido. Parecía una jorobada en su camisón, la frente arrugada, una mano sobre la cómoda. ¿Desde cuándo no pensaba en él (para no hablar de soñarlo) como «Taviri»? ¿Desde hace cuánto no pronunciaba su verdadero nombre?

Decía «Asieo». «Cuando Asieo y yo estábamos prisioneros en el norte». «Antes de encontrar a Asieo». «La teoría de la reciprocidad de Asieo». Oh, cierto: hablaba de él, hablaba seguramente demasiado de él, sin ton ni son, lo incorporaba continuamente en sus palabras. Pero como «Asieo», con el último nombre, aquel del personaje público. El ciudadano común había desaparecido del todo. Quedaban pocos de aquellos que lo habían conocido. Toda gente que había estado en prisión. Entonces se reía del hecho de que todos los amigos hubieran estado en todas las prisiones, pero ahora ya no estaban ni siquiera en prisión: estaban en los cementerios de las prisiones, o bien se encontraban en fosas comunes.

- Querido mío - dijo Laia, y se dejó caer sobre la cama porque no soportaba el peso de los recuerdos de aquellas primeras semanas en el Fuerte, en la celda, aquellas primeras semanas de los nueve años en el Fuerte de Drio, en la celda, aquellas primeras semanas después que le habían dicho que Asieo había sido asesinado en un choque en la Plaza del Capitolio y había sido sepultado con los Milcuatrocientos en los fosos de cal detrás de la Puerta de Oring. En la celda. Las manos se ubicaron en su antigua posición, la izquierda apretada y cerrada con fuerza en la derecha, el dedo pulgar derecho que ejercía una pequeña presión mientras iba y venía sobre el nudillo del índice izquierdo. Horas, días, noches. Había pensado en todos ellos, uno por uno, todos los Milcuatrocientos, en el hecho que yacían sepultados, que la cal actuaba sobre sus carnes, que los huesos se conmovían en

aquella oscuridad ardiente. ¿Quién lo había conmovido a él? ¿Cómo eran ahora los delicados huesos de las manos? Horas, años.

- ¡Taviri, no te he olvidado jamás! - susurró, y la estupidez de la frase la hizo retornar a la luz de la mañana y a la cama deshecha. Naturalmente que no lo había olvidado. Entre marido y mujer, estas cosas no hace falta decirlas. Ahora sus viejos y feos pies estaban de nuevo sobre el piso, como antes. No se había ido a ningún lugar, sólo había girado sobre sí misma. Se puso de pie con un gemido de desaprobación y de esfuerzo; se acercó al armario y se puso la bata.

Los jóvenes circulaban por los ambientes de la casa con placentera inmodestia, pero ella era demasiado vieja para hacerlo. No quería arruinar el desayuno de ellos mostrando la propia vejez. Y después de todo, los jóvenes habían crecido con el principio de la libertad en el atuendo y en el sexo y en todo el resto, y ella no. Ella no había hecho otra cosa que inventar la libertad: no era exactamente lo mismo.

Como, por ejemplo, llamar a Asieo «mi marido». La palabra la hacía siempre sobresaltarse. Un buen odoniano, naturalmente, debía usar «compañero». ¿Pero quién había dicho alguna vez, que ella debía ser una buena odoniana?

Arrastró las chinelas a lo largo del corredor dirigiéndose a los baños. Mairo se estaba lavando el pelo en una pileta. Laia observó admirada aquella larga y lisa madeja empapada de agua. Ya tan raramente salía de la Casa que no recordaba cuándo había visto por última vez una cabeza respetablemente rapada; pero la vista de una gran corona de cabellos le daba placer, un placer intenso. ¿Cuántas veces había sido burlada (¡Melenuda, Melenuda!), cuántas veces los policías o los malhechores le habían tirado de los cabellos, cuántas veces, a cada cambio de prisión un soldado la había rapado con el ceño fruncido? Y después los cabellos volvían a crecer de pelusas a bucles, a mechones, a melena... Mucho tiempo antes. Por amor de Dios, ¿justamente aquel día tenía que pensar en el tiempo transcurrido?

Después que se vistió y rehizo la cama, bajó a la mesa. El desayuno era bueno, pero ella no había vuelto a recuperar el apetito después de aquel maldito golpe apoplejético. Bebió dos tazas de té de hierbas, pero no llegó a terminar la fruta que había tomado. De chica tenía tantos deseos de comer fruta que la robaba; y después, en el Fuerte... ¡Pero por amor de Dios, terminala! Sonrió y respondió a los saludos y a las corteses preguntas de los comensales y del gordo Aevi que aquella mañana prestaba servicio en el Banco.

Era él quien la había tentado con la pesca: «¡Pero mira que maravilla! La guardé para vos» Y cómo habría podido rechazarla? Había tenido siempre ganas de comer fruta, y no se saciaba jamás. Una vez, cuando tenía seis o siete años, había robado una fruta en un puesto callejero en el camino del río. Pero ahora, en medio de todas aquellas personas que conversaban animadamente, era difícil comer. Habían llegado noticias de Thu. importantes noticias. Desde el principio, siempre atenta a no entusiasmarse demasiado fácilmente, se había inclinado a no darles demasiada importancia; pero después de haber leído el artículo del diario, y después de haber leído también entre líneas, pensó, con una extraña seguridad profunda pero fría: «Bien, henos aquí, ha llegado el momento. Y en Thu, pues, no aquí. Thu nos aventajará. La revolución tendrá la delantera allí primero que en otro lugar. ¡Como si importara! No habrá más naciones». Y sin embargo, de algún modo importaba: se sentía un poco triste y fría... Envidiosa, esa es la palabra. ¡Tonterías! No participó mucho en la conversación, y después de algunos minutos se levantó y volvió a su habitación, con un sentido de autoconmiseración. No lograba compartir el entusiasmo de ellos. Ella permanecía fuera, fuera en verdad. «No es fácil», se dijo a sí misma para justificarse, mientras bajaba cansadamente las escaleras, «aceptar encontrarse fuera cuando se ha estado dentro, bien en el medio, por cincuenta años» Por amor de Dios. ¡Qué pena!

Dejó a sus espaldas escaleras y autoconmiseración cuando entró en la habitación. Era una buena habitación. Era una gran cosa estar allí sola. Qué alivio. Si bien, en verdad, no

fuese correctísimo. Algunos de los jóvenes de los pisos superiores vivían de a cinco en una habitación no más grande que esa. Las personas que querían vivir en las Casas odonianas eran siempre más de las que ellas estaban en condiciones de contener. Ella tenía aquella gran habitación toda a sí sola porque era una vieja que había do un ataque de apoplejía. Y quizá por que era Odo. ¿Si no hubiera sido Odo sino solo una mujer que había tenido un ataque apoplejía la hubiera obtenido igual? Era probable. Después de todo, quién hubiera querido compartir la habitación con una vieja babosa? Pero no era fácil acertar. Favoritismo, exclusivismo, culto de la personalidad, volvían sutilmente y germinaban por todas partes. Pero ella no había jamás osado esperar que hubieran sido erradicados durante su generación, antes de su muerte. Es solamente el tiempo el que produce los grandes cambios. En tanto aquella habitación era bella, espaciosa, soleada: justo aquello que se necesitaba para una vieja babosa que había puesto en movimiento una revolución mundial.

Su secretario llegaría dentro de una hora para ayudarla a acelerar el trabajo cotidiano.

Arrastrando sus pies llegó al escritorio, un objeto bello y macizo que le había regalado cooperativa de los muebleros de Nio porque una vez uno le había oído decir que el único mueble que verdaderamente desearía tener era un escritorio con cajones de gran superficie... Diablos, en la práctica estaba todo cubierto de papeles con notas pinchadas, por lo demás con la grafía pequeña y clara de Noi: Urgente. Provincias septentrionales. ¿Consultar R.T.?

Su grafía no era la misma después de la muerte de Asieo. Y, al pensarlo, era extraño. después de todo, en los cinco años que siguieron a su muerte había escrito de arriba a abajo La Analogía. Y después estaban las cartas que el guardia, aquel tipo alto de los ojos acuosos (¿cómo se llamaba? ¡no importa!) había hecho salir del Fuerte por dos años. Ahora las llamaban Cartas de la Cárcel, y existían una decena de ediciones diversas. Todas aquellas cosas, aquellas cartas las que la gente continuaba diciendo que estaban llenas de «energía espiritual», lo que significaba quizás que las había escrito con la cara lívida, para tener alta la moral.

La Analogía, que ciertamente era su obra intelectualmente más consistente, todo esto había escrito en el Fuerte de Drio, en la celda, después de la muerte de Asieo. Había que hacer algo, y en el Fuerte papel y pluma eran concedidos... Pero todo había sido escrito en la grafía friolenta y trémula que ella no había reconocido jamás como propia, Mientras sí había sido suya aquella redondeada y adornada del manuscrito de Sociedad sin gobierno, de hace cuarenta y cinco años. Taviri había llevado consigo en sus medias no sólo sus pasiones físicas y espirituales sino también su grafía clara.

Pero le había dejado la revolución.

«¡Qué coraje demuestras continuando con el trabajo, escribiendo, en prisión, después de una derrota semejante para el movimiento, después de la muerte de tu compañero!»: esto le decían. ¡Qué raza de estúpidos! ¿Qué otra cosa se podría haber hecho? Energía, coraje... ¿Pero qué era el coraje? No había logrado imaginarlo jamás. Los otros decían: jamás tienes miedo. Otros aún: tienes miedo pero sin embargo continúas. ¿Pero qué otra cosa se podría haber hecho sino continuar? ¿Existía una verdadera posibilidad de elección? Morir significaba solamente continuar en una dirección diferente.

Si se quería arribar a la meta era necesario continuar: esto entendía de las palabras «el verdadero viaje es el retomo»; pero no había sido otra cosa que una intuición, y en aquel momento ella se encontraba más que nunca imposibilitada de racionalizarla. Se encorvó con demasiado ímpetu, tanto que gimió un poco con los crujidos de los huesos, y se dispuso a revolver en uno de los cajones inferiores del escritorio. La mano se lo detuvo en una etiqueta deteriorada por el tiempo: la sacó, habiéndola reconocido primero con el tacto que con la vista. Era el manuscrito de «La organización sindical en el período revolucionario de transición». En la etiqueta Taviri había impreso el título y debajo su

propio nombre: Taviri Odo Aseo, IX 741. Aquella sí que era una hermosa grafía, con letras bien modeladas, decididas, seguras. Pero él había preferido servirse de un impresor de voces. El original era enteramente impreso, y también de alta calidad: dudas anuladas e idiotismos personales normalizados. No se percibía aquel modo de pronunciar la «o» desde el fondo de la garganta según el hábito de la costa septentrional. No aparecía otra cosa de él que no fuera su inteligencia. De Aseo no le quedaba otra cosa que su nombre escrito sobre la etiqueta del libro. No había conservado sus cartas: habría sido sentimental. No le daba por pensar en nada que hubiera poseído por más de algún tiempo: haciendo excepción de su desvencijado cuerpo, naturalmente, pero ella lo llevaba pegado encima...

De nuevo la escisión. «Ella» y «su cuerpo». La vejez y la enfermedad te llevaban a escindir, a evadir; su cerebro insistía: «No soy yo, no soy yo». Sin embargo eras vos. Quizás a los místicos les era posible separar intelecto y cuerpo, ella había envidiado siempre esta posibilidad, sin esperar poder emularlos. La evasión era un juego al que jamás había jugado. Sin embargo había buscado la libertad, sin demora, para el cuerpo y el alma.

Primero autoconmiseración, después auto adulación; siempre allí con el nombre de Aseo entre las manos. Por amor de Dios, ¿pero porqué? ¿No conocía ya aquel nombre sin tener la necesidad de tenerlo bajo los ojos? ¿Acaso había algo en ella que no iba? Se llevó a los labios la etiqueta y besó con decisión y determinación aquel nombre escrito a mano, repuso la etiqueta en el cajón, lo cerró y se apoyó erecta en el respaldo. La mano derecha le hormigueaba. Se la rascó, después la agitó en el aire con rabia. Jamás se había repuesto del todo del golpe. Así también la pierna derecha y el ojo derecho y el ángulo derecho de la boca. Estaban insensibles en parte, inertes, llenos de hormigueos. La hacían sentir como un robot con un cortocircuito.

Mientras el tiempo pasaba, Noi habría llegado, ¿y ella qué había hecho después del desayuno?

Se levantó tan de improviso que tambaleó y tuvo que aferrarse a la silla para cerciorarse de que no se caería. Atravesó el corredor dirigiéndose al baño y se observó en el gran espejo. El moño gris le caía mal: no se había peinado bien antes de desayunar. Puso empeño tratando de rehacerlo. Qué arduo era tener los brazos levantados. Amai, entrando a la carrera para ir al baño, se detuvo y le dijo:

- ¡Lo hago yo! -; y se lo anudó con cuidado y pericia en un instante, con aquellos dedos suyos tan redondos y fuertes, sonriendo en silencio. Amai tenía veinte años, menos de un tercio de los años de Laia. Sus padres habían sido ambos miembros del Movimiento: uno había sido asesinado en la insurrección del '60, el otro estaba todavía a la búsqueda de nuevas adhesiones al partido en las provincias meridionales. Amai había crecido en las Casas odonianas: nacida para la revolución, verdadera hija de la anarquía. Una niña tan tranquila, libre y bella que el sólo pensar conmocionaba: es por esto que hemos trabajado, era esto lo que quisimos construir, esto, aquí la tienes, viva, nuestro futuro feliz y radiante.

El ojo derecho de Laia Aseo Odo dejó caer algunas minúsculas lágrimas, mientras ella estaba allí de pie entre los lavabos y las letrinas y mientras la hija que ella no había engendrado le arreglaba el pelo; pero el ojo izquierdo, aquel fuerte, no lloraba e ignoraba qué hacía el derecho.

Laia agradeció a Amai y volvió rápidamente a su habitación. En el espejo había notado una mancha sobre el cuello del vestido. Probablemente jugo de durazno. Vieja babosa. No quería que Noi entrase y la encontrase con aquella haba sobre el cuello.

Mientras la camisa limpia pasaba a través de la cabeza pensó: ¿pero qué tiene Noi de especial?

Unió lentamente los alamares del cuello con la mano izquierda.

Noi tenía alrededor de treinta años, delgado, musculoso, con una voz cálida y vivos ojos oscuros. Esto era todo lo que lo caracterizaba. Simplísimo. El buen sexo de antes. Los



hombres rubios o gordos no habían ejercido jamás sobre ella la mínima fascinación, y tampoco se había sentido atraída por los tipos altos y dotados de grandes bíceps, no, ni siquiera cuando tenía catorce años y caía como una pera madura al paso de un galán cualquiera. Bruno, espigado y fogoso: ésta era su receta. Taviri, naturalmente. Aquel muchachito no se podía por cierto parangonar con Taviri por inteligencia, ni aún físicamente, pero el punto era éste: ella no quería que la viese con aquella mancha de haba sobre el cuello del vestido y con los cabellos todos desordenados.

Aquellos cabellos suyos sutiles, grises.

Entró Noi, que se había entretenido apenas un instante en el umbral. ¡Santo Dios, ella no había ni siquiera cerrado la puerta mientras se cambiaba la camisa! Lo vio y se vio a sí misma. Una vieja.

Que se cepille los cabellos y se cambie la camisa, o en cambio se ponga la camisa de la semana anterior y luzca las trenzas de la noche anterior o todavía se ponga un vestido entretelado de oro y se esparza con polvo de diamantes la cabeza rasurada, no hace la mínima diferencia. Una vieja parece solamente más o menos grotesca.

Se arregla por puro sentido de la decencia, por pura y simple higiene mental, para consentimiento del prójimo.

Y después de todo, esto tampoco tiene valor, y se babea encima sin recato.

- ¡Buen día - dijo el muchacho, con aquella voz gentil.

- Hola, Noi.

No, por Dios, no era solamente por un sentido de decencia. Al diablo la decencia. ¿Si el hombre que ella había amado, y para el cual su edad no había sido importante, porque estaba muerto, solamente por aquel motivo ella debía fingir ser ahora asexual? ¿Por esto debía reprimir la verdad, como cualquier estúpida puritana autoritaria? Sólo seis meses antes, previo al golpe apoplejético, era tan hermosa que los hombres se daban vuelta, y con placer, para verla; y ahora, no siendo capaz de dar placer a los otros, por Dios podía al menos complacerse.

Cuando ella tenía seis años y un amigo de papá - Gadeo - venía a hablar con él de política después de la cena, ella se ponía el collar dorado que la madre había encontrado en un montón de cosas viejas y había llevado a casa escondido en el cuello donde ninguno lo podía ver. Pero ella sabía que esto a Gadeo le gustaba. Era morocho, tenía dientes blancos que brillaban. A veces la llamaba «su bella Laia». «Aquí llega mi bella Laia». Sesenta y seis años antes.

- ¿Qué? Siento la cabeza vacía. He pasado una noche terrible -. Era verdad. Había dormido menos de lo habitual.

- Te pregunté si leíste los diarios de hoy.

Ella hace un signo afirmativo con la cabeza.

- ¿Satisfecha del Soinehe?

Soinehe era la provincia de Thu que la noche anterior había declarado la secesión del Estado de Thu.

Él estaba satisfecho de esto. Los dientes blancos le brillaban sobre el rostro oscuro y lleno de vida. La bella Laia.

- Sí. Y preocupada.

- Lo sé. Pero esta vez es la hora de la verdad. Es el inicio del fin para el gobierno de Thu. ¿No han tratado ni siquiera de hacer llegar tropas a Soinehe, comprendes? No harían otra cosa que llevar los soldados a la rebelión antes de lo inevitable, y lo saben.

Ella estaba de acuerdo. Había probado su misma certeza. Pero no llegaba a complacer su satisfacción. Después de una vida gastada en la esperanza porque nada se le había dado, se perdía el gusto de la victoria. Un verdadero sentido de triunfo debe estar precedido por

una verdadera desesperación. Y ella había olvidado desesperar mucho tiempo antes. El triunfo ya no era posible. Se seguía viviendo.

- ¿Hoy escribimos aquellas cartas?

- Está bien. ¿Cuáles cartas?

- Para esos del norte - dijo con paciencia Noi.

- ¿Esos del norte? - Parheo, Oaidun. Ella había nacido en Parheo, ciudad sucia situada sobre un río sucio. Había venido a la capital con veintidós años, cuando se había sentido lista para traer la revolución, si bien entonces, antes que ella y los otros lo replantearan, su revolución fuera muy inmadura y pueril. Huelgas para mejorar los salarios, para hacer entrar en el parlamento una representación femenina. Votos y salarios: poder y dinero, ¡por amor de Dios! ¡Bien, después de todo, en cincuenta años algo se aprende! Y después se vuelve a olvidar todo.

- Comienza con Oaidun - dijo, sentándose en el sillón. Noi estaba en el escritorio, listo para trabajar. Tontos fragmentos de las cartas que esperaban la respuesta de Laia. Ella buscó ser atenta, y logró bastante bien dictar una carta entera y comenzar otra. - Recuerda que en ese momento su sentimiento de fraternidad pudo ser forzado a... no, en peligro... de... - Anduvo a tientas con las palabras hasta que Noi le sugirió: - ¿El peligro del culto de la personalidad?

- Bien. Es que nada se deja corromper por el deseo del poder cuando el altruismo... No. Es que nada corrompe el altruismo... No. Por amor de Dios, tu sabes lo que quiero decir: escríbelo. También ellos lo saben. Son siempre las mismas cosas. ¡Pero por qué no lo leen en mis libros!

- Quedar en contacto - dijo Noi con gentileza, citando uno de los temas centrales de la filosofía odoniana.

- De acuerdo, pero yo estoy cansada de estar en contacto. Si tu escribes la carta, yo la firmo, pero esta mañana no tengo ganas de ocuparme de eso. - Noi la observaba con una expresión ligeramente interrogativa o preocupada. Laia dijo, con enojo: - ¡Tengo otras cosas que hacer!

Cuando Noi se fue, Laia se sentó en el escritorio y colocó las cartas como para trabajar, porque se había sorprendido - aterrorizado - por las palabras que había pronunciado. No sabía hacer otra cosa. No había hecho jamás otra cosa. Era aquel su trabajo: el trabajo de su vida. Los viajes de propaganda y las reuniones y la plaza estaban ya fuera de su alcance; pero siempre podía escribir, y éste era su trabajo. Y de todos modos, si ella hubiera tenido otra cosa que hacer, Noi lo habría sabido: tenía en orden su agenda y le recordaba con tacto ciertas cosas, como por ejemplo la visita de los estudiantes extranjeros, justamente aquel mediodía.

¡Diablos! Los jóvenes le gustaban, y de un extranjero siempre se aprendía algo, pero ahora estaba cansada de caras nuevas y de mostrarse. Ella aprendía de los extranjeros, pero los extranjeros no aprendían de ella: todo lo que tenía para enseñar lo habían aprendido mucho tiempo antes, de sus libros y del Movimiento. Venían solamente a verla, como si ella fuese la gran torre de Rodarred o el cañón de Tulaevea. Un fenómeno, un monumento. Observaban con temor místico, adorador. Les hablaba con violencia: «Sean ustedes los que piensen sin que nadie les diga lo que deben hacer». «Esto no es anarquismo, es puro y simple oscurantismo». «¡No pensarán que la libertad y la disciplina son incompatibles, verdad?». Y aquellos aceptaban los azotes dóciles como corderitos. conscientes, como si ella hubiera sido una diosa madre, el ídolo del universo. ¡Justamente ella! ¡Ella que había minado las canteras navales de Seissero y que había insultado al presidente del concejo Inoilte ante siete mil personas, cuando le había dicho si jamás había pensado en traer aquí una herramienta para cortarse a sí mismo los testículos, los habría hecho laminar en bronce y después los habría vendido como souvenir; ella que había gritado, insultado, agarrado a

patadas a los policías y escupido a los curas, y que había orinado en público en la Plaza del Capitolio, sobre la gran placa de latón que decía «¡Aquí fue fundado el Soberano Estado de la Nación de A-IO», (etc, etc)! ¡Ppppuuhhh a todo esto! Y ahora era la abuelita de todos, la cara viejita, el buen monumento antiguo, vengan a adorar su regazo. El fuego se ha apagado, muchachos: háganlo después, no hay más peligro.

- No - dijo en voz alta. - No lo habrá. - No se horroriza de hablar sola, porque siempre lo había hecho. «El público invisible de Laia», lo llamaba Taviri, mientras ella daba vueltas en la pieza murmurando. - No hay necesidad que vengan, yo no estaré - dijo a su público invisible. Había apenas decidido qué hacer. Hubiera huido de allí. Por las calles.

Era irresponsable desilusionar a estudiantes extranjeros. Era una extravagancia típica de la senilidad. Era muy poco odoniano. ¡Pppuulthh a todo esto! ¿Qué sentido había en luchar toda la vida por la libertad y después terminar por no tener ni siquiera un poco? Se hubiera escapado de allí para hacer un paseo. «¿Qué es un anarquista? Aquel que por elección acepta la responsabilidad de la elección». Estaba bajando por las escaleras cuando decidió, reticentemente, quedarse y recibir a los estudiantes extranjeros. Hubiera huido después.

Eran jovencísimos, muy serios, con ojos de cervatillos, hirsutos, fascinados: venían del hemisferio occidental, de Benhili y del reino de Mand. Las chicas llevaban pantalones blancos, los muchachos faldones largos, marciales y arcaicos. Hablaban de sus expectativas.

- En Mand estamos tan lejos de la revolución que quizás estemos cerca - dijo una de las chicas, con melancolía, sonriendo: - ¡El círculo de la existencia! - Y mostró el encontrarse de los extremos en el círculo de los dedos sutiles y morenos. Amai y Aevi les sirvieron vino blanco y pan negro, la hospitalidad de la casa. Pero los visitantes con mucha modestia se levantaron para despedirse después de media hora.

- No, no, no - dijo Laia - quédense, hablen con Aevi y Amai. Es sólo que si estoy sentada me entumezco toda, entienden, y debo moverme un poco. Me ha hecho mucho bien conocerlos. ¿Hermanitos y hermanitas, volverán pronto a verme? - Su corazón estaba con ellos y el de ellos con ella; y antes de retirarse los saludó a todos con un beso, riendo, llena de alegría por aquellos jóvenes, tez morena, ojos afectuosos y cabellos perfumados. Estaba en verdad un poco cansada, pero irse a su habitación a descansar hubiera sido reconocerse vencida. Antes había tenido la intención de escapar. Y habría escapado. No huía sola desde... ¿desde cuándo? Desde fines del invierno, antes del golpe.

No tenía por qué admirarse por sentirse un poco extraña. Justamente como haber estado en prisión. Afuera, en la calle: su mundo era aquel.

Salió tranquila por la puerta lateral, superó el cantero verde, y llegó a la calle. Aquella sutil franja de áspera tierra ciudadana había sido cultivada magníficamente y mostraba una buena cosecha de porotos y cecá, pero Laia no se interesaba por los cultivos. Ciertamente, aparecía claro que las comunidades anárquicas, aunque durante los períodos de transición, deberían operar en dirección de una autosuficiencia ideal, pero en qué modo dicha autosuficiencia se debía obtener en términos reales de terreno o de plantas, no era cosa suya. Había campesinos y técnicos agrónomos para esto. Asunto suyo eran sin embargo las calles, las calles ruidosas y sucias, los adoquines donde ella había crecido y donde había visto enteramente la vida, con excepción de aquellos quince años de cárcel.

Examinó con afecto la fachada de la casa. El hecho de que haya sido construida para ser un banco proporcionaba a los actuales habitantes un placer totalmente particular. Conservaban los sacos de harina integral en la caja fuerte, y obtenían el estacionamiento de la sidra en barrilitos colocados en las cajas de seguridad. En la parte superior de las impecables columnas sobre el frente de la calle se leían todavía las siguientes palabras: Asociación Bancaria Nacional para la Agricultura. El Movimiento no era particularmente

versado para poner nombres. No tenía una bandera. Los slogans iban y venían de acuerdo a la necesidad. Estaba siempre el «círculo de la existencia» para ser trazado sobre los muros y en las calles donde la autoridad lo habría visto. Pero cuando se trataba de denominar algo, se mostraban nuevamente indiferentes, y aceptaban o ignoraban los nombres con los cuales se tropezaban, por temor a ser vinculados y obligados, y sin temor de mostrarse contradictorios. Y así aquella casa cooperativa, antes por notoriedad y luego por vejez, no tenía otro nombre que «el Banco».

Estaba frente a una calle espaciosa y tranquila; pero a una manzana de distancia estaba la Temeba, un mercado al aire libre, en un tiempo famoso como mercado negro de sustancias psicotrópicas y alucinógenas, y ahora reducido a mercado de frutas y verduras y de ropa de segunda mano, y a un miserable lugar de actividades menores. Su vitalidad embriagadora había desaparecido, dejando tras de sí solamente alcohólicos semiparalíticos, drogadictos, lisiados, mendigos, bultos de bajo precio, casas de empeño, garitos volantes, adivinas, escultores del cuerpo y hoteluchos infames. Laia retornaba a Temeba como el agua a su condición de equilibrio.

No había temido ni despreciado nunca la ciudad. Era su patria. No existirían más los bajos fondos como aquellos una vez que la revolución hubiese vencido. Pero permanecería la miseria. Existiría miseria, despilfarro, crueldad. Ella no había pretendido jamás cambiar la condición humana, de ser la mamita que aparta o que carga todas las durezas de la vida de sus pequeños para que no se lastimen. Todo menos esto. Con tal que la gente fuese libre de elegir, ya no era asunto suyo si después vivía en cloacas y bebía insecticidas. Con tal que esto no sea asunto de Affari, fuente de provecho y medio de poder para otros. Cosas, éstas, que había intuido quizás antes de saber algo preciso. Antes de escribir su primer panfleto, antes de dejar Parheo, antes de conocer el significado de «capital», antes de traspasar los confines de Vía de la Abundancia donde jugaba con otros chicos de seis años apoyando en la tierra las rodillas lastimadas, ya sabía todo esto: que ella y los otros chicos y sus padres y los padres de sus padres y los borrachines y las prostitutas y toda la gente de Vía de la Abundancia estaban en el fondo de algo, eran el fundamento, la realidad, lo surgente. Pero ninguno de aquellos que se pensaba hecho de un material más noble que el barro estaba dispuesto a comprender. Ahora Laia, agua en busca de la condición de equilibrio, barro en el barro, avanzaba pesadamente por la calle sucia y rumorosa, y se sentía a sus anchas en toda la obscena debilidad de su vejez. Las somnolientas prostitutas con el peinado laqueado que estaba todo torcido y a punto deshacerse, la vieja bizca que gritaba cansadamente los nombres de sus ver duras, el mendigo idiota que intentó cazar las moscas a manotazos: eran éstos sus conciudadanos. Se le asemejaban, en su tristeza, en su repugnancia, pequeñez, desprecio, obscenidad. Eran sus hermanos, su gente.

No se sentía muy bien. Hacía tiempo que no se aventuraba tan lejos - cuatro o cinco manzanas - sola, en el rumor y en la muchedumbre y bajo el ardiente sol del verano. Había tenido la intención de ir al parque Koly, aquel triángulo de hierba miserable al fondo de Temcha, y sentarse por un momento con los otros hombres y las otras mujeres que iban allí cada día, para comprender qué significaba estar sentados allí y ser viejos: pero era demasiado lejos. Si no hubiese vuelto atrás ahora, quizás la habría alcanzado un golpe de vértigo; y tenía miedo de caerse, caer y observar a la gente que se acercaba a mirar a una vieja en pleno estado convulsivo. Dio una media vuelta y se dirigió a su casa, con los signos de la fatiga y del disgusto de sí misma visibles en su cara que sentía arder. Advirtió en sus oídos un zumbido que cesó súbitamente. Había sido sin embargo intenso, y ella temió en verdad caminar en el aire. En las sombras se saltó un escalón: se diría, se dejó caer poco a poco, se sentó y lanzó un suspiro.

Un vendedor de fruta se sentaba en silencio detrás de su mercadería sucia y marchita. La gente pasaba. Nadie compraba. Ninguno la observaba. Odo: ¿quién era? La famosa

revolucionaria, la autora de Comunidad, La Analogía, etc. ¿Y quién era? Una vieja de cabellos grises y de rostro enrojecido, sentada sobre el sucio umbral de un tugurio, que mascullaba palabras entre dientes.

¿Era verdad? ¿Era esto lo que ella era? Sin ir más lejos, era esto lo que cualquier persona que pasaba veía. Pero ella, justamente ella, ¿era más de aquello que la famosa revolucionaria, etc. había sido? No. No era algo más. ¿Pero entonces quién era?

La mujer que había amado a Taviri.

Sí. Suficiente en verdad. Pero no lo suficiente. Aquello había terminado. ¡Taviri estaba muerto desde hacía tanto tiempo!

- ¿Quién soy? - masculló Laia a su público invisible, que sabía responder a sus preguntas y le respondió al unísono. Ella era la chica con las rodillas lastimadas, sentada sobre el umbral mirando en la niebla sucia y dorada de Vía de la Abundancia, bajo el sol de una tarde de verano; la nena de seis años, la chica de dieciséis, feroz, irascible, con la cabeza llena de sueños, indiferente, inalcanzable. Ella era ella misma. Sí, había sido la indefensa trabajadora y pensadora, pero un coágulo de sangre en una vena le había robado aquella mujer. Sí, había sido la amante aquella que se abría un camino en la vida, pero Taviri muriendo le había quitado aquella mujer. Nada había quedado, en realidad, sino lo fundamental. Había vuelto: no se había ido jamás. «El verdadero viaje es el regreso». Polvo y barro y el umbral de un tugurio. Y además, en el fondo del camino, aquel campo lleno de hierbas altas y secas, bajo el soplo del viento en el crepúsculo.

- ¡Laia! ¿Pero qué estás haciendo acá? ¿Estás bien?

Uno de los habitantes de la casa, naturalmente: una bella mujer, un poco fanática y un poco charlatana. Laia no se acordaba de su nombre si bien la conocía de años. Dejó que la llevase a su casa, y dejó que hablase durante todo el camino. En el gran salón (en un tiempo ocupado por cajeros intentando contar el dinero detrás de ventanillas brillosas bajo la mirada de guardias armados) Laia se sentó en una silla. No estaba como para, por el momento, subir las escaleras, aunque prefiriese estar sola. La mujer continuaba hablando y otra gente ingresaba excitada a la sala. Parecía que estuviesen programando una demostración. Los eventos, en Thu, se sucedían tan rápidamente que también allí los ánimos estaban caldeados, y era preciso hacer algo. Pasado mañana - no, mañana - habría una marcha, una gran marcha, de la ciudad vieja, en la Plaza del Capitolio, recorriendo el viejo itinerario.

- Otra Revuelta en el noveno mes - dijo un joven, inflamado y sonriente, observando a Laia. En el tiempo de la Revuelta del noveno mes no había ni siquiera nacido, para él era solamente historia. Ahora quería hacer también él su pequeña contribución a la historia. La sala se había llenado. Se tendría mañana una asamblea general a las ocho de la mañana. Laia debería hablar.

- ¿Mañana? Mañana yo no estaré - dijo bruscamente. Aquel que había hablado esbozó una sonrisa y algún otro se rió; Amai la miró con aire interrogativo. Hablaron de nuevo y alzaron la voz. La revolución. ¿Pero qué la llevó a hablar así? ¿Pero era necesario decir semejante cosa en la vigilia de la revolución, aunque hubiese sido cierta?

Esperó sentirse bien, logró ponerse en pie, y a pesar de la torpeza se escapó sin ser vista entre la gente excitada y pronta a subir los escalones uno a uno. En la pieza de abajo, a sus espaldas, una, dos, diez voces estaban diciendo «huelga general». Huelga General, murmuró Laia tomando aliento en el descanso de la escalera. Arriba, delante de ella, en su habitación, ¿qué la esperaba? Su golpe apoplejético privado. Sin embargo, cómico. Inició el ascenso por la segunda rampa, un escalón a la vez, una pierna a la vez, como una nena de dos años. Estaba mareada, pero no temía caerse. Delante de ella, allá abajo, las florcitas blancas y secas hacían oscilar sus corolas y susurraban en los vastos campos del atardecer. Setenta y dos años y no había tenido jamás el tiempo de llamarlas por su nombre.

## **Ray Bradbury - EL DESIERTO, JUNIO DE 2003**

Oh, el día feliz al fin ha llegado...

Era la hora del crepúsculo y Janice y Leonora preparaban infatigablemente el equipaje, entonando canciones, comiendo algún bocado, y animándose mutuamente. Pero no miraban la ventana, donde se apretaba la noche, y las estrellas eran brillantes y frías.

- ¡Escucha! - dijo Janice.

Parecía un buque de vapor río abajo, pero era un cohete en el cielo. Y más allá... ¿el sonido de unos banjos? No, sólo los grillos de una noche de estío en este año 2003. Diez mil sonidos en la ciudad y la atmósfera. Janice, cabizbaja, escuchaba. Hacía mucho, mucho tiempo, en 1849, esta misma calle había hablado con voces de ventrílocuos, predicadores, adivinos, doctores, jugadores, reunidos todos en esta misma ciudad de Independence, Missouri, esperando a que se tostase la tierra húmeda y la alta marea de la hierba creciese hasta sostener el peso de carros y carretas, los indiscriminados destinos, y los sueños.

Oh, el día feliz al fin ha llegado,  
y a Marte nos vamos, Señor,  
cinco mil mujeres en el cielo,  
una siembra abrilena, Señor.

- Es una vieja canción de Wyoming - dijo Leonora -. Le cambias las palabras y sirve muy bien para 2003.

Janice alzó la cajita de píldoras alimenticias, imaginando las cargas que habían llevado aquellas carretas, de anchos ejes y elevados asientos. Por cada hombre; cada mujer, ¡increíbles tonelajes! Jamones, tocino, azúcar, sal, harina, fruta, galleta, ácido cítrico, agua, jengibre, pimienta... ¡una lista tan grande como el país!

Y ahora, aquí, unas píldoras que cabían en un reloj pulsera la alimentaban a una no desde Fort Laramie a Hangtown sino a lo largo de todo un desierto de estrellas.

Abrió de par en par las puertas del armario y casi lanzó un grito.

La oscuridad y la noche y el espacio que separaba los astros la miraban desde dentro.

Años atrás su hermana la había encerrado en un armario, y en una fiesta, jugando al escondite, había corrido por una cocina, hacia un vestíbulo largo y sombrío. Pero no era un vestíbulo. Era una escalera a oscuras, una boca de sombra. Había corrido en el aire, agitando los pies, gritando y cayendo. Cayendo en una negrura de medianoche. Un sótano. Tardó mucho, un latido, en caer. Y había estado ahogándose mucho, mucho tiempo, en aquel armario, sin luz, sin amigos, sin nadie que oyera sus voces. Apartada, encerrada en la oscuridad. Cayendo en la oscuridad. Chillando.

Los dos recuerdos.

Ahora, abiertas de par en par las puertas del armario (la oscuridad como una colgada mortaja de terciopelo que espera el roce de una mano temblorosa; la oscuridad como una pantera negra que respiraba allí dentro, que la miraba con ojos opacos) los dos recuerdos la asaltaron otra vez. El espacio y una caída. El espacio y el encierro. Los chillidos.

Habían trabajado sin descanso, empaquetando, apartando los ojos de la ventana y la terrible Vía Láctea y la inmensidad vacía. Pero el armario tan familiar, con su noche privada, les recordaba al fin su destino.

Así sería, allá fuera, entre los astros, en la noche, en el espantoso armario cerrado, chillando, sin que nadie oyera. Cayendo para siempre entre nubes de meteoros y cometas impíos. Cayendo por la abertura del ascensor. Cayendo por la boca de pesadilla de la carbonera, hacia la nada...

Janice gritó, y el grito se volvió sobre sí mismo, en su cabeza y su pecho. Gritó. Cerró de un golpe la puerta del armario. Se apoyó contra ella. Sintió que la oscuridad respiraba y se agolpaba detrás de la puerta, y la sostuvo firmemente, con los ojos húmedos. Se quedó así mucho tiempo, mirando trabajar a Leonora, hasta que terminaron los temblores. Y la histeria, así ignorada, fue escurriéndose poco a poco. En la habitación se oyó el tictac de un reloj pulsera, con un claro sonido de normalidad.

- Noventa millones de kilómetros. - Janice se acercó al fin a la ventana como si fuese un pozo profundo. - No puedo creer que unos hombres, en Marte, esta noche, levanten ciudades, esperándonos.

- Embarcaremos mañana, no hay más que creer. Janice extendió un camisón blanco como un fantasma.

- Raro. Raro... casarse... en otro mundo.

- Acostémonos.

- ¡No! La llamada es a medianoche. No dormiría pensando cómo decirle a Will que iré a Marte. Oh, Leonora, piénsalo, mi voz viajando noventa millones de kilómetros por el teléfono luz. Cambio de parecer tan rápidamente... Tengo miedo.

- Nuestra última noche en la Tierra.

Ahora que lo sabían y lo aceptaban, el conocimiento las encontraba afuera. Se iban, y no volverían jamás. Dejaban la ciudad de Independence, en el Estado de Missouri, en el continente americano, rodeado por un océano, el Atlántico, y por otro, el Pacífico. Y ningún océano aparecería en los marbetes del equipaje. Habían escapado a este último conocimiento. Ahora se enfrentaban con él. Y se sentían aturcidas..

- Nuestros hijos no serán americanos, ni siquiera terrestres. Seremos todos marcianos, hasta el fin de nuestros días.

- ¡No quiero ir! - gritó Janice de pronto.

El pánico la invadió con hielo y fuego.

- ¡Tengo miedo! ¡El espacio; la oscuridad, el cohete, los meteoros! ¡Nada alrededor! ¿Por qué he de ir?

Leonora la tomó, por los hombros y la apretó contra su cuerpo, acunándola.

- Es un nuevo mundo. Como en los viejos días. Los hombres primero, y luego las mujeres.

- ¡Por qué, por qué he de ir, dime!

- Porque - dijo al fin Leonora, serenamente, sentándola en la cama - Will está allá arriba.

Era bueno oír ese nombre. Janice se tranquilizó.

- Los hombres lo hacen todo tan difícil - dijo Leonora -. Antes cuando una mujer corría trescientos kilómetros detrás de un hombre llamaba la atención. Luego fueron mil kilómetros. Y ahora todo un universo. Pero eso no podrá detenernos, ¿no es verdad?

- Temo parecer una tonta en el cohete.

- Seré una tonta contigo. - Leonora se incorporó. - Bueno, recorramos la ciudad. Veamos todo una última vez.

Janice miró la ciudad.

- Mañana de noche, todo seguirá aquí menos nosotras. La gente despertará, comerá, trabajará, dormirá, despertará otra vez, y nosotras no lo sabremos.

Leonora y Janice se movieron por el cuarto como si no pudiesen encontrar la puerta.

- Vamos.

Abrieron la puerta, apagaron las luces, salieron, y cerraron.

En el cielo había muchas idas y venidas. Vastos movimientos florales, grandes silbidos y chirridos, descendentes tormentas de nieve. Helicópteros, copos blancos, que bajaban en

silencio. Del este y el oeste y el norte y el sur llegaban las mujeres con los corazones guardados en las valijas, envueltos cuidadosamente en papel de seda. Chubascos de helicópteros cubrían el cielo nocturno. Los hoteles estaban llenos; se armaban camas en las casas privadas; ciudades de lona se alzaban en jardines y prados como flores raras y feas, y en la ciudad y el campo había una tibieza mayor que la del verano. La tibieza de los rostros rosados de las mujeres y las caras tostadas de los hombres que miraban el cielo. Más allá de las colinas los cohetes probaban sus fuegos, y el sonido de un órgano gigantesco estremecía los cristales y los huesos escondidos. En las mandíbulas, en los dedos de los pies y las manos se sentía el mismo temblor.

Leonora y Janice se sentaron en la cafetería entre mujeres extrañas.

- Están muy lindas esta noche, pero parecen tristes - dijo el hombre detrás del mostrador.

- Dos chocolates malteados.

Leonora sonrió por las dos. Janice parecía muda.

Miraron la bebida de chocolate como si fuese la rara pintura de un museo. La malta escasearía durante años, en Marte.

Janice buscó en su cartera, sacó lentamente un sobre, y lo puso en el mostrador de mármol.

- Es una carta de Will. Vino en el cohete correo hace dos días. Esto me decidió. No te lo dije. Quiero, que la veas ahora. Vámonos, lee.

Leonora sacudió el sobre, sacó la nota, y la leyó en voz alta.

« Querida Janice. Esta es nuestra casa si, decides venir a Marte. Will.»

Leonora golpeó otra vez el sobre y una, imagen en colores surgió en el dorso. Era la fotografía de una casa oscura, musgosa, antigua, de color castaño; una casa cómoda, con flores rojas y un cerco verde y fresco, y una enredadera velluda en el porche.

- ¡Pero Janice!

- ¿Qué?

- ¡Es una fotografía de tu casa, aquí en la Tierra, aquí en la calle Elm!

- No. Mira.

Y miraron otra vez, juntas, y a ambos lados de la oscura y cómoda casa, y detrás de ella, había un escenario que no era terrestre. El suelo era de un raro color violeta, y la hierba de un rojizo pálido, y el cielo brillaba como un diamante gris, y un extraño árbol torcido crecía a un costado, como una vieja con cristales en la cabeza canosa.

- Es la casa que Will construyó para mí - dijo Janice - en Marte. Ayuda mirarla. Todo el día de ayer, antes de decidirme, y cuando sentía más miedo, sacaba la fotografía y la miraba.

Las dos mujeres contemplaron la casa cómoda y oscura a noventa millones de kilómetros; familiar, pero extraña, vieja, pero nueva, con una, luz amarilla en la ventana del vestíbulo.

- Ese hombre, Will - dijo Leonora moviendo, la cabeza -, sabe lo que hace.

Terminaron las bebidas. Afuera una multitud desconocida iba de un lado a otro, y la «nieve» caía persistentemente en el cielo de verano.

Compraron muchas cosas tontas para llevar: paquetes de caramelos de limón, lustrosas revistas femeninas; perfumes frágiles (que los oficiales del puerto decidieran, luego lo que era «carga esencial»), y caminaron por la ciudad, y, sin preocuparse por el dinero; alquilaron dos chaquetas ceñidas, dos máquinas que vencían la gravedad e imitaban el vuelo de las mariposas, y tocaron los delicados dispositivos y sintieron que flotaban como los blancos pétalos de un capullo.

- A cualquier parte - dijo Leonora -. A cualquier parte.



Dejaron que el viento las arrastrara, dejaron que el viento las llevara a través de la noche perfumada de manzanos, y la noche de cálidos preparativos, sobre la ciudad encantadora, sobre las casas de la infancia y otros días, sobre escuelas y calles, sobre los arroyos y granjas y prados tan familiares, donde los granos de trigo parecían monedas de oro. Flotaron como deben de flotar las hojas ante la amenaza de un viento incendiado, con murmullos de advertencia, y relámpagos de estío que estallan entre recogidas colinas. Vieron el polvo lechoso de los caminos por donde habían paseado en helicópteros a la luz de la luna, en grandes espirales de sonido que descendían a las grillas de frescas corrientes nocturnas, con jóvenes que ahora no estaban allí.

Flotaron en un inmenso suspiro sobre una ciudad ya remota, una ciudad que se hundía, detrás de ellas, en un río negro, y subía, ante ellas, en una marea de luces y color, intocable. Un sueño, ahora, ya manchado por la nostalgia, con temibles recuerdos que se alzaban demasiado pronto.

Flotando serenamente, remolineando, miraron en secreto un centenar de queridos amigos que dejaban atrás, gente a la luz de las lámparas y encuadrada por ventanas que parecían moverse con el viento. No hubo árbol en que no buscaran viejas confesiones de amor, grabadas allí y marchitas; no hubo acera que no recorrieran deslizándose como sobre campos de mica. Por primera vez advirtieron que la ciudad era hermosa, y que las luces solitarias y los antiguos ladrillos eran hermosos, y sintieron que los ojos se les agrandaban, ante aquella fiesta. Todo flotaba en un tiovivo nocturno, con entrecortadas ráfagas de música, y voces que llamaban y murmuraban desde casas hechizadas blancamente por la televisión.

Las dos mujeres pasaron como agujas, tejiendo con su perfume un árbol y el próximo. Tenían los ojos ya colmados, y sin embargo siguieron recogiendo todos los detalles, todas las sombras, todos los robles y álamos, todos los coches que pasaban, y los corazones.

Siento como si estuviese muerta; pensó Janice, en el cementerio, en una noche primaveral, y todo viviese, menos yo, y todos se movieran, dispuestos a continuar la vida sin mí. En otras primaveras, cuando era muy joven, pasaba por el cementerio y lloraba. Había muertos, y eso me parecía injusto. En noches tan suaves como ésta me sentía viva, y culpable. Y ahora, aquí, esta noche, siento que me han sacado del cementerio y me dejan pasear para que vea una vez más cómo es la vida. Cómo es una ciudad, y la gente, antes, que me cierren la puerta en la cara.

Dulcemente, dulcemente, como dos linternas de papel en el viento de la noche, las mujeres pasaron sobre sus vidas y los prados donde brillaban las ciudades de lona, y los camiones que correrían hasta el alba. Bajaron y subieron sobre todo durante mucho tiempo.

El reloj de los Tribunales daba sonoramente las doce menos cuarto cuando las dos mujeres descendieron de las estrellas, como telas de araña, frente a la casa de Janice. La ciudad dormía, y la casa las esperaba para que buscaran allí su sueño, que no estaba allí.

- ¿Somos realmente nosotras? - preguntó Janice. - Janice Smith y Leonora Holmes en el año 2008?

- Sí.

Janice se humedeció los labios, enderezándose.

- Me gustaría que fuese otro año.

- ¿1492? ¿1612? - Leonora suspiró y el viento en los árboles suspiró con ella, alejándose. - Siempre es el día de Colón, o el día de la roca de Plymouth, y maldita sea si sé qué deben hacer las mujeres.

- Quedarse solteras.

- O hacer lo que hacemos.

Abrieron la puerta de la casa tibia, mientras los sonidos de la ciudad morían para ellas. Cerraban la puerta, cuando sonó el teléfono.

- ¡La llamada! - gritó Janice, corriendo.

Leonora entró en la alcoba detrás de ella, y ya Janice había levantado el receptor y decía:

- ¡Hola! ¡Hola!

Y el operador de una lejana ciudad preparó el inmenso aparato que uniría dos mundos, y las dos mujeres esperaron, una sentada y pálida, la otra de pie, pero igualmente pálida, inclinada hacia ella.

Hubo una larga pausa, llena de astros y tiempo, una pausa de espera no muy distinta de los tres últimos años. Y ahora había llegado el momento, y le tocaba a Janice llamar a través de millones y millones de meteoros y cometas, alejándose del sol amarillo que podía disolver o quemar sus palabras, o chamuscar su sentido. La voz de Janice sería como una aguja de plata, a través de todo, en la noche enorme, con puntadas de conversación, reverberando sobre las lunas de Marte, y más allá. Y la voz alcanzaría al hombre en un cuarto de una ciudad de otro mundo, luego de cinco minutos. Y éste era su mensaje:

- Hola, Will. Janice te habla.

La muchacha tragó saliva.

- Dicen que no tengo mucho tiempo. Un minuto.

Cerró los ojos.

- Quisiera hablarte despacio, pero me indicaron que hablara de prisa, y lo dijese todo de una vez. Así que..., esto quiero decirte: Lo he decidido, iré allá arriba. Saldré en el cohete de mañana. Iré allá arriba contigo al fin y al cabo. Y te quiero, espero que me oigas. Te quiero. Ha pasado tanto tiempo...

¿Qué me dirá Will? ¿Qué me dirá en su minuto de tiempo?, se preguntó. Jugueteó con su reloj pulsera y el receptor del teléfono luz crujió en su oído y el espacio le habló con danzas y bailes eléctricos y audibles auroras.

- ¿Contestó Will? - susurró Leonora.

- Calla - dijo Janice doblándose sobre sí misma, como si se sintiera enferma.

Y en seguida la voz de Will llegó del espacio..

- ¡Lo oigo! - gritó Janice.

- ¿Qué dice?

La voz llamó desde Marte y pasó por lugares donde no había amaneceres ni tardes, sino siempre la noche con un sol ardiente en la oscuridad. Y en alguna parte, entre Marte y la Tierra todo el mensaje se perdió, barrido quizá por la gravedad eléctrica de algún meteoro, o interferido por la lluvia de meteoritos de plata. De cualquier modo, desaparecieron las palabras pequeñas, las palabras poca importantes, y la voz de Will llegó diciendo solamente:.

-...amor...

Luego otra vez la inmensa noche, y el sonido de las estrellas que giraban en el cielo, y los soles que se susurraban a sí mismos, y el sonido del corazón de Janice, como otro mundo en el espacio.

- ¿Lo oíste? - preguntó Leonora.

Janice sólo pudo mover afirmativamente la cabeza.

- ¿Qué dijo, qué dijo? - gritó Leonora.

Pero Janice no podía decirselo a nadie; era demasiado hermoso para decirlo. Allí se quedó, escuchando una y otra vez esa única palabra, tal como la devolvía su memoria. Se quedó escuchando mientras Leonora le sacaba el teléfono y lo ponía otra, vez en la horquilla.

Luego se fueron a la cama y apagaron las luces y el viento nocturno sopló a través de los cuartos trayendo el aroma de largos viajes por la oscuridad y las estrellas. Y hablaron del día siguiente, y de los días que vendrían, que no serían días, sino días-noches de un tiempo intemporal. Las voces se apagaron al fin, hundiéndose en el sueño o el pensamiento, y Janice quedó sola.

¿Así fue hace un siglo, se preguntó, cuando las mujeres, la noche antes, se preparaban a dormir, o no se preparaban, en los pueblos del Este, y escuchaban el ruido de los caballos en la noche, y el crujido de las carretas, y el rumiar de los bueyes bajo los árboles, y el llanto de los niños acostados antes de hora? ¿Y los ruidos de llegadas y partidas en los bosques profundos y los campos, y los herreros que trabajaban en sus rojos infiernos. en la medianoche? ¿Y el aroma de los jamones y tocinos preparados para el viaje, y la pesadez de las carretas como barcos repletos de víveres, con agua en los barriles para volcar y derramar en las praderas, y las histéricas gallinas en los canastos, y los perros que corrían adelantándose por el desierto y que volvían asustados con la imagen del espacio vacío en los ojos? ¿Es ahora como antes? A orillas del precipicio, en los bordes del acantilado de estrellas. Antes el olor del búfalo, y ahora el olor del cohete. ¿Es ahora como antes?

Y Janice decidió, mientras el sueño la invadía con sus propias visiones, que sí, de veras, sí irrevocablemente, así había sido siempre y así seguiría siendo.

## **Ray Bradbury - LA COSTA**

Marte era una costa distante y los hombres cayeron en olas sobre ella. Cada ola era distinta y cada ola más fuerte. La primera ola trajo consigo a hombres acostumbrados a los espacios, el frío y la soledad; cazadores de lobos y pastores de ganado, flacos, con rostros descarnados por los años, ojos como cabezas de clavos y manos codiciosas y ásperas como guantes viejos. Marte no pudo contra ellos, pues venían de llanuras y praderas tan inmensas como los campos marcianos. Llegaron, poblaron el desierto y animaron a los que querían seguirlos. Pusieron cristales en los marcos vacíos de las ventanas, y luces detrás de los cristales.

Esos fueron los primeros hombres.

Nadie ignoraba quiénes serían las primeras mujeres.

Los segundos hombres debían haber salido de otros países, con otros idiomas y otras ideas. Pero los cohetes eran norteamericanos y los hombres eran norteamericanos y siguieron siéndolo, mientras Europa, Asia, Sudamérica, Australia contemplaban aquellos fuegos de artificio que los dejaban atrás. Casi todos los países estaban hundidos en la guerra o en la idea de la guerra.

Los segundos hombres fueron, pues, también norteamericanos. Salieron de las viviendas colectivas y de los trenes subterráneos, y después de toda una vida de hacinamiento en los tubos, latas y cajas de Nueva York, hallaron paz y tranquilidad junto a los hombres de las regiones áridas, acostumbrados al silencio.

Y entre estos segundos hombres había algunos que tenían un brillo raro en los ojos y parecían encaminarse hacia Dios...

## **James Gunn - LA CAVERNA DE LA NOCHE**

El primero en emplear la frase fue un poeta disfrazado bajo el cínico pellejo de un reportero periodístico. Apareció el primer día y después se repitió ampliamente. Aquel periodista escribió:

A las ocho de la noche, después de que el sol se haya puesto y el cielo se oscurezca, vuelvan la vista hacia arriba.

¡Hay un hombre en donde ningún ser humano ha estado Jamás!

Ese hombre está perdido en la caverna de la noche...

Los encabezados de los diarios requerían algo breve, vigoroso y descriptivo. Y la frase lo era. No muy precisa, pero llegó al público.

Si acaso alguien estaba en una caverna, era el resto de la humanidad. Penosa, pero triunfalmente, un hombre escaló las alturas y salió de las tinieblas. Mas no podía retornar para contarlo.

No todo lo que sube ha de bajar necesariamente.

Eso fue el primer día. Después, veintinueve días más de suspenso y agonía.

La caverna de la noche. Me gustaría haber creado la frase.

Era rotunda la etiqueta, el símbolo. Lo primero que se veía al abrir el diario. El modo como la gente se refería a ello:

-¿Qué hay de nuevo en lo de la caverna?.

Lo resumía todo, el drama, la ansiedad, la esperanza.

Quizá fue la influencia del periodismo de suspenso. Los diaristas revisaron sus archivos para resucitar aquella vieja tragedia, recordando, comparando; hablando nuevamente de la niñita Kathy Fiscus que permaneció atrapada durante varios días en un tubo de drenaje abandonado, de California; y algunas otras.

Ocurre periódicamente una secuencia de acontecimientos, tan accidentalmente dramáticos, que hacen a los hombres olvidar sus odios, sus terrores, sus timideces y sus incapacidades, para unir momentáneamente a toda la raza humana en un reconocimiento angustioso de su hermandad.

Los ingredientes esenciales son los siguientes: una persona debe estar en peligro desesperado y poco común. La situación habrá de prolongarse. Debe haber pruebas de que tal persona aún está con vida. Se intentará el rescate. La publicidad se extenderá ampliamente.

Se puede construir artificialmente una situación semejante, pero si el mundo llega a descubrir el fraude, jamás lo perdonará.

Al igual que muchos otros, he tratado de analizar qué hace que una raza de seres encallecidos, egoístas, repentinamente compartan las emociones más humanas de simpatía, y, como ellos, no he tenido éxito. De pronto, un peligro distante, amenazando a alguien a quien no conocen, significa para ellos más que sus propias comodidades. Y en todo momento imploran de todo corazón: ¡Vive, Kathy! ¡Vive, Rev!

Y preguntamos en la calle a gentes que no conocemos y en quienes nunca repararíamos:

-¿Llegarán a tiempo?

Tanto los pesimistas como los optimistas, lo deseamos. Todos tenemos la misma esperanza.

En cierto modo, esta situación era diferente. Tenía in propósito. Sabiendo el riesgo, aceptándolo, porque no existía otro medio de hacer lo que tenía que hacerse. Rev fue a la caverna de la noche. Lo accidental fue que no pudo regresar.

Las noticias surgieron de la nada -literalmente- para extenderse en un mundo que no las esperaba. La primera mención que los historiadores han sido capaces de localizar, es la referente a un radiooperador aficionado, en Davenport, Iowa. Recibió una llamada de auxilio en una cálida noche de junio.

El mensaje, según dijo posteriormente, parecía aumentar en claridad, alcanzar un ápice, para desvanecerse después:

...y los tanques de combustible, vacíos... tor descompuesto... transmitiendo para que alguien pueda informar, y... no hay manera de regresar...

Un comienzo bastante breve.

El siguiente mensaje fue recibido por una base de vigilancia militar cerca de Fairbanks, Alaska. Ocurría en la madrugada. Media hora después un trabajador del turno de la noche, de Boston, escuchó algo en su radio de onda corta que lo hizo salir disparado hacia el teléfono más cercano.

Aquella mañana todo el mundo supo lo ocurrido. Una ola de excitación y asombro barrió el orbe. A 1075 Millas sobre sus cabezas, recorría una órbita un hombre, un oficial de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos, tripulando una nave espacial sin combustible.

Esa nave espacial, de por sí, hubiera acaparado la atención mundial. Era tan monumental como la mayor que el hombre raya logrado, y mucho más espectacular. Era la liberación la tiranía de la tierra, aquella celosa madre que severamente ha atado a su lado a sus hijos, con las cuerdas de la gravedad.

El hombre era libre. Simbolizaba que nada es total ni definitivamente imposible, si el hombre persevera con el suficiente empeño y durante el tiempo necesario.

Hay regiones que la humanidad encuentra peculiarmente simpáticas. Como todas las criaturas terrestres, el hombre es un producto y una víctima del medio ambiente. Su triunfo descansa en que, de esclavo, se ha convertido en amo.

A diferencia de animales mucho más especializados, se ha distribuido sobre la superficie terrestre, desde el helado continente Antártico hasta el casquete Ártico.

El hombre se ha convertido en animal ecuatorial, en animal de la zona templada, en animal ártico. Habita los valles, las planicies, las montañas. Tanto el pantano como el desierto, han sido su morada.

El hombre hace su propio medio ambiente.

Con su inventiva y sus manos diestras, lo construye, conquista el frío y el calor, la humedad, la aridez, la tierra, el mar, el aire. Ahora, con su ciencia, lo conquistaba todo. Se hacía independiente del mundo que lo llevó en su seno.

Era una fiesta para toda la humanidad, celebrando la mayoría de edad.

Y, brutalmente, el desastre interrumpía la fiesta.

Pero había algo más. Cuando consideramos todos los aspectos, encontramos que, durante unos cuantos, breves días, la humanidad se unió e hizo posible que se lograra.

Era un símbolo: el hombre nunca es completamente independiente de la Tierra; lleva consigo su medio ambiente; siempre es y será parte de la humanidad. Fue una conquista sazónada por la confesión de las flaquezas.

Se hizo credo: el hombre lleva en sí las cualidades de la grandeza que nunca aceptará restricciones de las circunstancias y, sin embargo, lleva también la semilla de la falibilidad que todos reconocemos en nosotros mismos.

Rev era uno de los nuestros. Su triunfo fue nuestro triunfo; y, más que nada, su peligro también fue el nuestro.

Reverdy L. McMillen III, teniente de la Fuerza Aérea. Piloto. Jinete de cohetes. Hombre. Rev. Estaba solo a un millar de millas de distancia pidiendo ayuda, pero esas millas eran hacia arriba. Lo llegamos a conocer como fuera un miembro de nuestra familia.

La noticia fue un choque para mí. Conocía a Rev. Fuimos buenos amigos en el colegio, y la fortuna nos unió nuevamente en la fuerza aérea. Un escritor y un piloto. Yo me salí tan pronto como pude, pero Rev se quedó. Supe, vagamente, que fue piloto de pruebas de aviones cohete experimentales con Chuck Yeager. Pero no imaginaba que el programa de experimentación de los cohetes estuviera tan cerca del espacio.

Nadie lo sabía. Era un secreto mejor guardado que el de la bomba atómica.

Recuerdo haber mirado la fotografía de Rev en los diarios matutinos -los cabellos negros, el bigote fino, las orejas semejantes a las de Clark Cable, la sonrisa traviesa- y sentí nuevamente, como algo físico, su gran alegría de vivir. La expresaba de cien modos diversos. Amaba ampliamente, pero con discriminación. Comía bien, bebía alegremente, disfrutaba el jazz y tenía incentivo artístico. Hablaba constantemente.

Ahora estaba solo y todo se extinguiría pronto. Me dije que lo ayudaría.

Todos parecían movidos por un salvaje entusiasmo. Muchos tomaban por asalto los campos de prueba de la fuerza aérea, en Cocoa, Florida, para ofrecer sus servicios voluntarios. Pero yo no era ingeniero. Ni siquiera mecánico o soldador. Cuando mucho, podía ser considerado cómo un pobre mecánico de las palabras.

Así que decidí contribuir con mis palabras.

Llegué a un acuerdo verbal con un diario local y tomé el primer avión para Washington D. C. Durante un tiempo me agradó pensar que, lo que escribí durante los siguientes días, tuvo algo que ver con los acontecimientos subsecuentes, ya que muchos de mis artículos fueron reproducidos por muchos otros periódicos.

El fracaso de Washington cayó en la órbita del Comité de Investigación del Senado. Este citó a comparecer a todo el mundo, retirándolos del vital trabajo que desempeñaban. Pero, en poco tiempo, el Comité se dio cuenta de que el bocado era demasiado grande para escupirlo o para tragarlo.

El general Beauregard Finch, jefe del programa de investigación y desarrollo de cohetes, fue el hueso más duro que tuvieron que roer. Fría y precisamente, describió el desarrollo del proyecto, las investigaciones científicas y técnicas, las pruebas, la construcción de la nave, el entrenamiento de los futuros tripulantes, y la eliminación selectiva de los voluntarios hasta llegar a un hombre.

Con palabras que eran más elocuentes aún debido a su cortante precisión, describió el despegue del gigantesco cohete de tres etapas, lanzado hacia arriba mediante una combinación de hidracina y ácido nítrico. Al cabo de cincuenta y seis minutos, la tercera etapa alcanzó su altura orbital de 1075 millas.

Aquí debía actuar la gravedad. Para mantener esa órbita, los motores debían estar encendidos durante segundos.

En ese momento, el desastre se burló de los cuidadosos cálculos humanos.

Antes de que Rev pudiera controlar los automáticos, los motores habían ardido durante casi medio minuto. El combustible del que dependía para frenar la nave, de tal modo que cayera, reentrara en la atmósfera y fuera reclamada nuevamente por la tierra, casi se agotó. Sus esfuerzos para contrarrestar el exceso de velocidad dieron como resultado sólo una aproximación de la órbita original.

El hecho era que Rev estaba arriba. Y ahí estaría hasta que alguien fuera por él.

Y no había modo de llegar allá.

El Comité aceptó el informe como una confesión de culpa e incapacidad; trataron de lavarse las manos pero no fue fácil intimidar al general Finch. Una nave tripulada tendría que ser enviada al rescate porque ninguna computadora electrónica o mecánica podría contener las vastas posibilidades para decidir y actuar, que caracterizan al ser humano.

La viviente computadora original aún era el mejor mecanismo para cualquier propósito.

Sólo se construyó una nave, ciertamente. Y hubo una buena razón para ello, una razón completamente práctica: dinero.

Los precursores, los guías, por definición, van adelante de los demás. Pero no era este un campo en el que se pudiera señalar el camino y esperara que los demás siguieran. No era una expedición de antiguos barcos ni una vanguardia exploradora. Como ocurre con un salto en paracaídas, tendría que ser un éxito desde la primera vez.

La empresa atacaba un campo nuevo, costoso. Demandaba dinero (billones de dólares), cerebros (los mejores de que se pudiera disponer) y la ardua, dedicada labor de los hombres (miles de ellos).

Esa tarde el general Finch se convirtió en héroe nacional. Dijo en crudas palabras:

-Con los fondos limitados que se nos dieron hemos hecho lo que se nos encomendó. Demostrado que los viajes espaciales son posibles, que una plataforma espacial es factible.

»Si hay ineficacia, si hay que culpar a alguien por lo que ha ocurrido, deberá reclamarse a las puertas de quienes no tuvieron la suficiente confianza en la habilidad y el valor de sus compatriotas para pelear, liberados de la Tierra, por la mayor gloria. ¿Cuál sería su voto en este caso, señores senadores?

Pero no estoy escribiendo una historia. Los estantes están llenos de ellas. Sólo mencionaré las repercusiones internacionales lo suficiente para mostrar que, lo ocurrido, no caía dentro de los límites nacionales más de lo que la órbita de la nave de Rev.

La órbita era casi perpendicular al ecuador. La nave viajaba tan lejos, hacia el Norte, como Nome, Alaska y tan distantes hacia el Sur como Little América en el Continente Antártico. Completaba un gigantesco círculo cada dos horas. Mientras tanto, la tierra giraba por debajo. Si la nave hubiera estado equipada con instrumentos ópticos adecuados, Rev podría haber observado todos los sitios de la Tierra, cada veinticuatro horas. Vería las flotas y sus movimientos, maniobras de tropas, bases aéreas.

En la Asamblea General de las Naciones Unidas, el embajador ruso protestó por la atentatoria violación de sus fronteras nacionales. Dejó entrever que no se permitiría que aquello continuara. La U.R.S.S. no estaba desprevenida, declaró. Si la violación continuaba -aunque fuera pocas horas- se tomarían medidas drásticas.

La opinión mundial se levantó con indignación. La U.R.S.S. retrocedió de inmediato, y pretendió que su beligerancia había sido sólo una interpretación errónea de las palabras de su embajador.

No se trataba de un observador militar sobre nuestras cabezas. Era un hombre que moriría pronto a menos que se le pudiera alcanzar.

El mundo ofreció todo lo que tenía. Aun la U.R.S.S. anunció que ya procedía a montar una nave de rescate, puesto que su programa espacial estaba a punto de alcanzar el éxito esperado. Y el público norteamericano respondió con más de un billón de dólares en una semana. El Congreso aprobó otro billón. Millares de hombres y mujeres se ofrecieron como voluntarios.

Se inició la carrera.

¿Llegaría a tiempo a la nave, la expedición de rescate?

El mundo oraba.

Y escuchaba diariamente la voz de un hombre al que esperaban rescatar de la muerte. El problema se presentaba de la siguiente manera:

Se planeó el viaje para que durará unos cuantos días.

Mediante un racionamiento cuidadoso, los alimentos y el agua podían hacerse durar más de un mes, pero el oxígeno, aún reduciendo la actividad para poder conservarlo, no duraría más de treinta días. Ese era el límite absoluto.

Recuerdo haber leído los cálculos, cuidadosamente detallados en el diario, una y otra vez con la esperanza de encontrar un error que favoreciera a Rev. Pero no lo encontré. Al



cabo de algunas horas fue localizada la primera etapa de la nave, flotando en el Océano Atlántico, donde cayera al desprenderse. Se le envió de inmediato a Cocoa, Florida.

Se necesitó casi una semana para transportar a los campos de prueba la segunda etapa encontrada a un millar de millas de distancia de la primera.

Ambas etapas se hallaron en condiciones casi perfectas, ya que su caída fue amortiguada por medio de paracaídas de cinta. No habría problemas al limpiarlas, repararlas y condicionarlas nuevamente para su uso. El problema era la vital tercera etapa, la sección de la punta. Se tendría que diseñar y construir antes de un mes.

La locura espacial se convirtió en una nueva forma de histeria. Leíamos las estadísticas, memorizábamos los detalles más insignificantes, se estudiaban diagramas conocimos los riesgos y los peligros, y el modo como serían vencidos. Todo se hizo parte de nosotros. Acechábamos el lento progreso en la construcción de la segunda nave, silenciosamente, acompañábamos la obra con la urgencia de nuestros deseos.

El horario orbital de la nave se convirtió parte de la vida cotidiana. El trabajo y las actividades se detenían mientras la gente se apresuraba hacia las ventanas o sus receptores de televisión, esperando tener una imagen, un destello del frágil vehículo, tan cercano al corazón de todos, y a la vez tan intocablemente lejos.

Y escuchábamos la voz que venía de la caverna de la noche.

-He estado mirando por las ventanillas. Nunca me canso de ello. A través de la que está a mi derecha, veo lo que parece una cortina de terciopelo negro, tras de la que estuviera una potente luz. Hay diminutos agujeros en la cortina y la luz brilla a través de ellos, no titilando, como las estrellas, sino con firme intensidad. Aquí no hay aire. Esa es la razón. La mente lo entiende y aún así se puede errar.

»Mi aire resiste más de lo que esperaba. De acuerdo a mis cálculos alcanzará para veintisiete días más. No debo usar tanto hablando, pero es difícil dejar de hacerlo. Cuando hablo, siento que aún estoy en contacto con la Tierra, que soy uno de ustedes, aunque esté arriba.

»Por la ventanilla de mi izquierda está la bahía de San Francisco, parece un brazo oscuro e inquisitivo del gigantesco pulpo que es el océano. La ciudad se ve como diadema de brillantes cruzada por franjas de luz. Parpadea alegremente, como una vieja amiga: Me echa de menos, dice «Regresa a casa». Se va, queda atrás. ¡Adiós, Frisco! ¿Me escuchan allá abajo? No lo sé. Ahora no pueden verme. Estoy en la parte oscura de la Tierra. Ustedes esperarán horas para el alba.

»Ustedes estarán ocupados. Lo sé. Sí, los conozco y están preocupados por mí. Trabajan para rescatarme olvidando todo lo demás. No saben lo que es sentir eso, pido al cielo que nunca lo sepan, a pesar de lo maravilloso que es.

»Es una lástima que no sirva el receptor, pero si hubiera podido elegir, lo hubiera preferido tal y como es ahora, con el transmisor funcionando. Aquí sólo estoy yo; en cambio, tengo a millones de ustedes a quienes dirigirme.

»Me gustaría que hubiera manera de saber que me escuchan. Eso podría evitar que me vuelva loco.

Rev, tú eras uno entre millones. Hemos leído cómo fuiste seleccionado, cómo se te entrenó. Eres nuestro representante, elegido con el mayor esmero.

Entre un millar que pasaron los rígidos requisitos iniciales en cuanto a educación, edad, y condición física y emocional, sólo cinco calificaron para el espacio. No podían ser demasiado altos, robustos, ni demasiado viejos o jóvenes. Las pruebas médicas y siquiátricas rechazaron a los ineptos.

Una de las máquinas para entrenamiento reproduce las tensiones de aceleración, en un cohete que despega. Otra entrena a los hombres para maniobrar en la falta de peso del

espacio. Una tercera duplica las condiciones críticas y estrechas de una cabina de la nave espacial. De los cinco últimos, sólo tú calificaste.

No, Rev, si alguien puede conservar la cordura, ése eres tú.

Hubo millares de gestiones, casi todas ellas inútiles.

Los psicólogos sugerían autohipnosis; los cultistas aconsejaban el yoga. Cierta individuo envió un detallado diseño de un gigantesco electromagneto que atraería la nave de Rev a la tierra.

El general Finch tuvo la única idea práctica. Esbozó un plan para hacer saber a Rev que lo escuchábamos. Escogió a Kansas City y señaló la hora.

-Medianoche -dijo-. En punto. Ni un minuto antes, ni después. En ese instante él estará justo encima.

Y a medianoche, todas las luces de la ciudad se apagaron, se encendieron nuevamente, volvieron a apagarse y a encenderse una vez más.

Durante unos terribles momentos nos preguntamos si el hombre que se hallaba en la caverna de la noche las había visto. Entonces se dejó oír la voz que ahora conocíamos tan bien, que parecía haber estado siempre con nosotros como, parte de nosotros mismos, de nuestros sueños y de nuestro despertar.

La voz temblaba de emoción.

»Gracias... gracias por escucharme. Gracias, Kansas City. Vi sus luces. No estoy solo. Ahora lo sé. Nunca lo olvidaré. Gracias.

Después el silencio, mientras la nave caía bajo el horizonte. Lo imaginábamos, a veces, circulando continuamente en derredor de la Tierra, con su trayectoria paralela a la curvatura del globo que estaba a sus plantas. Nos preguntábamos si se detendría alguna vez.

¿Sería, como la luna, un eterno satélite de la Tierra?

Seguíamos nuestra vida diaria como autómatas, mientras contemplábamos cómo tomaba forma la tercera etapa del cohete. Jugábamos una carrera contra una provisión de aire que se extinguía; y la muerte corría para alcanzar a una astronave que se movía a 15.800 millas por hora.

Mirábamos crecer la nave. En las pantallas de televisión vimos la construcción de los tanques celulares, de combustible; los motores cohete, y una fantástica cantidad de bombas, válvulas, manómetros, interruptores, circuitos, transistores y tubos.

La nave se construía para llevar a cinco hombres en vez de uno. Y al contemplar su desarrollo, de espartana simplicidad dentro de un gran complejo, era como si viviéramos allí, vigiláramos las señales e instrumentos, y tomáramos en nuestras manos los controles que nos llevarían a la caverna de la noche.

Se revistió el cono superior con la coraza protectora y se fijaron las alas; éstas harían que la nave operara como un enorme planeador de metal, en su descenso a la Tierra, después de llevada a cabo su misión.

Vimos a los hombres elegidos para operar la nave. Los conocimos a fondo al mirarlos entrenar, luchar contra gravedades artificiales, probar trajes espaciales en vacíos simulados, practicar maniobras en las condiciones ingravidas de la caída libre.

Vivíamos para eso.

Y escuchábamos la voz que venía a nosotros desde la noche:

»Veintiún días. Tres semanas. Parece más. Me siento un poco envarado, pero no se puede hacer ejercicio en un ataúd. Los alimentos concentrados que estoy consumiendo son buenos pero no para una dieta permanente. ¡Oh, lo que daría por un trozo de pastel de manzana casero!

»Al principio me afectó la ingravidez. Sentía que estaba sentado en una bola que giraba en todas direcciones a la vez.

»Perdí el desayuno un par de veces, antes de aprender a estar de una pieza.

»¡Ahí está el lago Michigan! ¡Por Dios, qué azul está hoy! ¡Casi lastima los ojos! Ahí está Milwaukee, ¿cómo les irá a los Bravos? Debe ser de un día cálido en Chicago. Aquí está un poco húmedo. Los absorbentes de agua estarán sobrecargados.

»El aire huele raro pero no me sorprende. Yo también debo oler raro después de veintidós días sin bañarme. Me gustaría una buena ducha. Hay una terrible cantidad de cosas que me pasaban inadvertidas y que ahora deseo más que nada...

»Olvídenlo. No se preocupen por mí. Estoy bien. Sé que están tratando de rescatarme. Si no logran hacerlo, igual sería. Mi vida no fue en vano. Hice lo que siempre deseé. Y lo haría otra vez.

»Lástima que sólo hubiéramos tenido dinero para una nave.

Y nuevamente.

»Hace una hora, vi el sol levantarse sobre Rusia. Desde aquí se ve como cualquier otro país, verde, pardo más al Norte y, finalmente, blanco en las zonas de las nieves eternas.

»Desde aquí arriba se pregunta uno por qué somos tan diferentes cuando las tierras son las mismas. Si todos somos hijos del mismo planeta madre, ¿Quién dice que somos diferentes?

»¿Creen qué estoy loco? Quizá tengan razón. No importa mucho lo que diga mientras diga algo. No me podrán interrumpir. ¿Ha tenido algún otro hombre un auditorio igual?

No, Rev, nunca.

Hemos conservado hasta la última palabra de esa histórica voz que venía de lo alto:

»Creo que todos los aparatos funcionan bien. ¡Mecánicos de regla de cálculo! ¡Artistas del tubo de ensayo! ¿Han encontrado lo que buscaban? ¿Han recibido los datos de los rayos cósmicos, polvo meteórico, formaciones de nubes, movimientos del viento, información meteorológica? Espero que los aparatos telemétricos envíen su información. Eso es más importante que mi voz.

No lo creo así, Rev. Pero de todos modos tenemos la información. La hemos utilizado para la construcción de nuevas naves. Naves, no nave, ya que no haremos sólo una. Antes de terminar, ya tenemos dos cohetes de tres etapas, completos y una docena de secciones terminales.

La voz continuaba:

»El aire está enrarecido. No puedo respirar profundamente. Se pega en los pulmones. No importa. Me gustaría que todos vieran lo que he visto, el vasto universo extendido alrededor de la Tierra, como un tenue velo que cubre a una novia. Sabrían entonces que pertenecemos a las alturas.

Lo sabemos, Rev. Tú mostraste el camino. Fuiste el guía.

Escuchábamos y contemplábamos ansiosamente el trabajo. Me parece ahora que contuvimos el aliento treinta días.

Por fin vimos cómo se bombeaba el combustible en el cohete, ácido nítrico e hidracina. Un mes atrás, no sabíamos los nombres; ahora los identificamos como las sustancias básicas de la vida. Fluía a lo largo de las mangueras especiales más de medio millón de dólares en combustible para cohete.

Los estadígrafos estiman que más de un millón de americanos contemplaban la escena, ese día, en los receptores de televisión. Contemplaban y rezaban.

La imagen cambió hacia la nave que cruzaba el Sur, sobre nuestras cabezas. Los expertos la enfocaron instantáneamente, y fue el centro de todas nuestras esperanzas y angustias hasta que desapareció en el horizonte. No parecía diferente de cuando la vimos por primera vez a través de los telescopios.

Pero la voz que salía de los aparatos de radio era distinta.

Débil. Tosía frecuentemente y hacía pausas para tomar aliento.

»El aire está muy mal. Más vale que se apresuren. No puede durar mucho... ¡Qué tontería...! Por supuesto que se apuran.

»No me gustaría que se apenaran por mí... he vivido rápido... ¿Treinta días? He visto 360 alboradas y 360 ocasos... He visto lo que ningún hombre vio antes... Fui el primero. Ya es algo... por lo que vale la pena morir...

»He visto las estrellas, claras y sin obstáculos. Parecen frías pero hay en ellas calor y vida. Algunas tienen familias de planetas como nuestro propio Sol... Dios no las pondría sin un propósito... podrán albergar a nuestras futuras generaciones. Y si tienen habitantes, se intercambiarán con ellos conocimientos; el amor a la creación...

»Pero -aún más- he visto la Tierra. La he visto -como nadie- dando vueltas a mis plantas como una bola fantástica, sus mares, como cristal azul, brillando al sol... las verdes tierras llenas de vida... las ciudades brillando en las noches como joyas increíbles...

»He visto la Tierra allá, donde he vivido y amado...

»La he conocido mejor que cualquier hombre y la he amado más, y he conocido mejor a sus hijos... Ha sido bueno...

»Adiós... Tengo una tumba mejor que la del mayor conquistador que haya dado la Tierra... Quiero descansar...

Lloramos. ¿Cómo podíamos evitarlo?

Estaba muy cerca el rescate y no podíamos apresurarlo más. Mirábamos con impotencia. La tripulación fue depositada en la sección de la punta del cohete de tres etapas, que se levantaba a la altura de un edificio de veinticuatro pisos. ¡Aprisa! los urgíamos. Pero no podían. La interceptación de un blanco que se desplaza tan rápidamente es un asunto de precisión absoluta. El despegue estaba calculado e impreso en la memoria de vidrio y metal de un computador electrónico.

La grúa se retiró. Los espectadores y asistentes se alejaron de la base de la nave. Esperamos. Alguien contó los segundos mientras el mundo contenía el aliento: diez-nueve-ocho... cinco, cuatro, tres... uno ¡fuego!

Al principio no se vio la llama. Después la vimos salir por la boca del túnel de escape, algunos cientos de pies más lejos. La nave osciló, sin moverse, sobre una gruesa columna incandescente; la columna se alargó, creció y adquirió velocidad, que aumentó hasta que el cohete únicamente fue un punto brillante.

Los telescopios lo ubicaron, lo perdieron y lo encontraron nuevamente. Al cabo de ochenta y cuatro segundos los motores traseros parpadearon, y nuestros corazones con ellos. Vimos entonces que se había desprendido la primera etapa. El resto de la nave se movía a lo largo de una nueva ruta. Un paracaídas de cinta, de forma anular, brotó de la tercera etapa frenando su caída.

La segunda etapa se desprendió ciento veinticuatro segundos después. La última sección, con su carga humana y su equipo de rescate, siguió sola. A sesenta y tres millas de altura se extinguió el llameante escape. La tercera etapa continuaría ascendiendo la cuesta de la gravedad, por más de un millar de millas.

Nuestros estómagos estaban helados de temor, al desaparecer la nave más allá del horizonte de la cámara de televisión de más alcance. En esos momentos estaría al otro lado del mundo, marchando a toda velocidad hacia el encuentro, cuidadosamente planeado, de su hermana.

¡Aguanta, Rev! ¡No te rindas!

Cincuenta y seis minutos. Eso teníamos que esperar. Cincuenta y seis minutos desde el despegue hasta que la nave estuviera en órbita. Después, la tripulación necesitaría tiempo para igualar las velocidades; para enviar un hombre, dentro de su traje espacial, cruzando el vacío entre los dos vehículos, sobre la vasta esfera terrestre.

Los seguíamos con la imaginación.

Se perderían algunos minutos más mientras se hacía contacto con la nave de Rev, se abría cautelosamente la escotilla para que no se perdiera nada de los preciosos residuos de aire, y se pasaba al interior para el histórico encuentro con el hombre que conociera la mayor soledad posible.

Esperábamos. Confiábamos.

Pasaron cincuenta y seis minutos. Una hora. Otros treinta minutos. Lo más importante era Rev. Quizá pasarían horas antes de que tuviéramos noticias.

La tensión aumentaba, insoportable. La nación, el mundo entero esperaba alivio a la angustia.

Dieciocho minutos antes de que se cumplieran dos horas -excesivamente pronto, pensamos con miedo de esperar demasiado- escuchamos la voz del capitán Frank Pickrell, quien sería más tarde el primer comandante de la Dona:

-He entrado a la nave -dijo lentamente-. La escotilla estaba abierta. -Hizo una pausa. Las deducciones paralizaron nuestras emociones; escuchamos en silencio. -El teniente McMillen está muerto. Murió heroicamente, esperando, hasta perder toda esperanza; hasta que todos los manómetros de oxígeno marcaban cero. Entonces, bueno, la escotilla estaba abierta cuando llegamos.

»De acuerdo con sus propios deseos, su cuerpo se dejará aquí, en su órbita eterna. Esta nave será su tumba, para que la vean todos aquellos que levanten la vista en dirección a las estrellas. Mientras exista el Hombre sobre la Tierra, esta nave habrá de girar como un recordatorio eterno de lo que han hecho los hombres y de lo que pueden hacer.

»Esta fue la esperanza del teniente McMillen. Y no lo hizo como americano únicamente, sino como hombre, muriendo por toda la humanidad; y toda la humanidad podrá glorificarse con ello.

»A partir de este momento, hagamos de esta nave un santuario sagrado, inviolable para todas las generaciones de astronautas. Que sea el símbolo de que los sueños del Hombre son realizables, aunque, en ocasiones, el precio es excesivo.

»Voy a abandonar la nave. Mis pies serán los últimos en usar su cubierta. El oxígeno que solté ya casi se ha terminado. El teniente McMillen está en la silla de controles, mirando las estrellas. Dejaré las puertas de la escotilla abiertas, para que los fríos brazos del espacio sin aire protejan y preserven por toda la eternidad al hombre que no dejaron regresar.

»¡Adiós, Rey! ¡Descansa en paz!

Rev no estuvo solo mucho tiempo. Fue el primero, pero no el último en ser objeto de un funeral en el espacio y de una despedida de héroe.

Ésta, ya lo he dicho, no es la historia de la conquista del espacio. Hasta los chicos saben la historia tan bien como yo, y pueden identificar las hechuras de las naves espaciales más rápidamente.

La historia de los esfuerzos combinados que construyeron la plataforma orbital, irreverentemente llamada La Dona, ya ha sido relatada por otros. Todos conocemos el triunfo político que la puso bajo el control de las Naciones Unidas.

Su contribución al progreso ha sido múltiple. Es un observatorio, un laboratorio y un guardián. En aquel sitio sin gravedad, sin aire y sin calor, han surgido descubrimientos maravillosos. Se ha aprendido a predecir el tiempo con notable certeza. Se han observado las estrellas libres del velo de la atmósfera. Y se ha asegurado la paz...

Se ha pagado a sí misma. Nadie podrá decir lo contrario. Ella y sus estaciones retransmisoras más pequeñas, hoy hacen posible la televisión mundial y la red de radio. No

hay lugar sobre la Tierra donde no pueda escucharse una voz libre o verse el rostro de la libertad.

Y también hemos compartido las aventuras. Viajarnos a los muertos mares de la Luna con el primer grupo de exploradores. Este año revelaremos los misterios de Marte. Desde nuestros sillones tendremos las emociones de los descubrimientos de nuestros pioneros. Nos han dado una herencia común, un objetivo mancomunado y, por primera vez, estamos unidos...

Esto lo menciono únicamente como antecedente; nadie podrá negar que la conquista del espacio no haya sido de beneficios incalculables para toda la humanidad.

Todo aquello me vino, recientemente, como una oleada incontenible de vívidas memorias. Cruzaba yo por Times Square, donde cada rostro es el de un extraño; repentinamente me detuve, incrédulo.

-¡Rev! -exclamé.

El hombre continuó caminando. Siguió de largo sin dirigirme una mirada. Yo me volví y corrí tras de él. Lo tomé por el brazo.

-¡Rev! -le dije vivamente, deteniéndolo-. ¿Eres tú realmente?

El individuo sonrió con cortesía.

-Debe tomarme por otra persona. -Se desprendió con facilidad de mis dedos y se alejó. Me di cuenta entonces de que había dos hombres con él, uno a cada lado. Sentí sus ojos escudriñar mi rostro, memorizándolo.

Probablemente no tenga importancia. Todos tenemos algún doble. Pude haberme equivocado.

Pero me impulsó a memorizar y pensar.

Lo primero que han de considerar los expertos en cohetes es el gasto. No tenían el dinero. Lo segundo fue el peso hasta un hombre de complexión mediana resulta pesado cuando el peso útil del cohete está calculado, y las raciones y equipo esencial para su supervivencia son varias veces más pesados.

Si Rev hubiera salido con bien, ¿por qué se anunció su muerte? Pero sabía que la pregunta estaba mal planteada.

Si mis especulaciones son correctas, Rev nunca estuvo allá arriba. La carga esencial era para una grabación durante treinta días y un transmisor. Aun si la tarea mayor de enviar un cohete tripulado estuvo más allá de sus posibilidades económicas y sus técnicas, seguramente si pudieron hacer lo otro.

Después consiguieron el dinero; los voluntarios y la técnica adecuados.

Me imagino que ayudó la serie de reportes telemétricos del cohete. Pero lo que consiguieron en treinta días es un verdadero milagro.

Debe haber tomado bastante tiempo la sincronización de la grabación; meses. Pero la parte principal del esquema fue el secreto. Tenían que saberlo el general Finch, él fue uno de los iniciados en el secreto, y el capitán -ahora coronel- Pickrell. Unos cuantos más -trabajadores, administradores- y Rev...

¿Qué podían hacer con él? ¿Disfrazarlo? Sí. Y entonces esconderlo en la ciudad más grande del mundo. Así lo hubieran hecho.

Me produjo una sensación extraña, enfermiza, pensar en ello. Como ocurre con cualquiera, no me gusta ser tomado por tonto. Y esto era un fraude que afectaba a toda la humanidad.

Sin embargo nos llevó a los planetas. Quizá nos llevaría más allá, hasta las estrellas. Y me pregunté: ¿existía otro modo de hacerlo?

Me gustaría pensar que me equivoqué. El mito ya formaba parte de nosotros mismos. Lo vivimos, ayudamos a hacerlo

Algún día, me digo, algún astronauta cuya reverencia sea mayor que su obediencia, hará una peregrinación hasta al santuario orbital para encontrar sólo una cascarón vacío.

Me estremecí.

Eso logró unirnos. En cierto sentido nos mantiene unidos.

No hay nada más importante.

Trato de convencerme de que me equivoqué. Los cabellos negros ya se mostraban grises en las sienas, y el corte era diferente. No usaba bigote. Las orejas a la Clark Gable habían sido alteradas por alguna operación.

Pero es difícil cambiar una sonrisa. Y, cualquiera que haya vivido aquellos treinta días, no podrá olvidar jamás aquella voz.

Pienso en Rev y la vida que tiene que llevar; las cosas que amaba y que no puede disfrutar nunca más, y me doy cuenta de que quizá él hizo el mayor sacrificio.

A veces creo que él desearía estar realmente allá arriba, en la caverna de la noche, sentado en los controles de la nave, a 1075 millas de altura, mirando eternamente a las estrellas.

### **Carlos Buiza - LA CAIDA**

DEL COMANDANTE AL CONSEJO SUPREMO DEL SISTEMA REYGAL. - Hemos detectado otro Sistema Planetario y a él nos dirigimos. Parece ser el más propicio según nuestros instrumentos, aunque no el más cercano. Está situado en oposición periférica de su galaxia, en cuyo centro existe gran asociación estelar de la que también nos ocuparemos. El Sistema forma parte de otro sistema de soles que cuenta con más de 200.000 millones de estrellas y más de un billón de planetas. Se halla a unos 26.000 años luz del centro de su galaxia y los planetas que lo componen han sido seleccionados por los Cerebros Biotáxicos en primer lugar.

A LA COMANDANCIA. - Nada de particular desde el último mensaje. Hombres, animados y en perfectas condiciones. Moral y comunicados médicos, inmejorables. Ningún accidente ni enfermedad.

PARTICULAR. - Querida M.: Pronto estaré de vuelta, lo estoy deseando. Es una lata tener que hablar así, pero no hay otra forma. Tampoco puedo decirte muchas cosas, misión ultrasecreta, ya sabes. ¿Qué tal Pol? Besos de mi parte. Para ti también. Te traeré una estrella. Hasta pronto. Pol.

DEL CSSR al Cte. - Continúen según plan establecido. Obvio recomendar ahora mayor prudencia. Siga comunicando horas fijadas.

AL Cte. (PARTICULAR). - Querido Pol. No sabes cuánto te echo de menos. Pol muy contento en el colegio. Dicen que se te parece. Tráeme algo más romántico. La pregunta obligada de la mujer de un Comandante Espacial sería ¿De qué magnitud? ¿Roja enana quizá? Desaparece todo el misterio. Besos y vuelve en seguida. M. Te quiero. M.

DEL Cte. AL CSSR. - Hemos penetrado en SP archivado como 2-314-Bv 19. Cerebros biotáxicos saltan como locos. ¡En uno de los planetas, al menos, hay vida!. Las especies animales aparecen poco evolucionadas, antropoides. Reúne inmejorables condiciones. Pocos desiertos o lugares inhóspitos. Esperando definitiva orden exploración, laboratorio investiga activamente.

A LA COMANDANCIA. - Todos en perfecto estado.

PARTICULAR. - Querida M. Mejor que sobre ruedas. Ya queda menos, no te impacientes. Cambiaré el regalo por una lágrima de estrella. Besos P.

DEL CSSR AL Cte. - Ordenes brevemente discutidas en Consejo y que transmitimos: «Exploración inmediata. Utilicen botes salvavidas. R.208 a 100 km. superficie. Fotografías por T-espacio de flora y fauna, costas y mares, nubes y montañas».

DEL Cte. AL CSSR. - Ordenes en cumplimiento. Envío material.

AL Cte. (PARTICULAR). - Contenta por tus noticias. Mamá vino esta mañana. Me hace compañía después del trabajo y me ayuda mucho. Espero impaciente ver sollozo de estrella. M.

Más tarde.

DEL Cte. AL CSSR. - Cerebros cartográficos trabajando a pleno rendimiento. Grandes vergeles después de un desierto. En aquellos, antropoides muy evolucionados. No se han observado, en todo el planeta, señales de vida inteligente: cultivos, edificios, etc. Cerebros antrópicos no facilitan datos precisos. Técnicos revisan posible avería.

A LA COMANDANCIA. - Sin novedad.

DEL Cte. AL CSSR. - Cerebros antrópicos inútiles. Técnicos asombrados y confundidos. Inexplicable para ellos. Posible afectación de instrumentos sería producido,



únicamente, por tipo de vida inteligente, en estado superior. No existe tal posibilidad en el planeta.

Más tarde. - Con diez botes en superficie rodeamos extenso vergel. Cerebros Biotáxicos fluctúan anormalmente, señalando dicho lugar. Posible solución pueda encontrarse aquí. Desde los botes, poco más puede averiguarse. Solicito permiso exploración directa.

DEL CSSR AL Cte. - Vistas extrañas circunstancias, Consejo opina existencia probable peligro desconocido. Concede permiso exploración directa pero aconseja sustitución Comandante por persona delegada. Rodéense, en cualquier caso, de las máximas medidas de seguridad. Comuniquen urgentemente cualquier novedad, apartándose del plan comunicación establecido.

A LA COMANDANCIA. - Ánimos algo excitados por avería en Cerebros. Se observa cierta tensión, mas Comunicados Médicos absolutamente normales.

DEL Cte. AL CSSR. - Exploración superficie comenzada con diez hombres. Utilizamos Equipo de Emergencia. Contacto con botes y nave. Lugar particularmente bello y de configuración hermosísima, no apreciable por fotografías enviadas. Animales pacíficos y confiados, especialmente herbívoros; mustélidos de pequeño tamaño. Dirijo operación personalmente, pues entreveo algo fuera de lo corriente.

Más tarde. A LA COMANDANCIA. - Informes médicos contradictorios respecto a hombres que me acompañaron reconocimiento. Yo mismo, nervioso y excitable. Informes no pueden precisar causa. Para estudio más completo en esa Comandancia, remito gráficos obtenidos en pruebas individuales.

AL Cte. (PARTICULAR) Querido P.: Dos días sin tus noticias. Ya sé que no pasa nada grave, pero tengo miedo. Soy una tonta. A pesar de todo el trabajo, no está bien que me abandones de esta forma. Sólo pienso en tenerte junto a mí. Pol y mamá, bien. Besos. M.

DEL Cte. AL CSSR. - Después de amanecer, descendimos nuevamente. Equipo de veinte hombres. Entramos en el vergel, recorriéndole, en contacto por radio y separados 1.000 m. unos de otros. A medida que avanzábamos la belleza aumentaba. Noté una subyugación impropia. Todo lo que nos rodeaba nos atraía fuertemente. Es el más hermoso lugar que jamás vi. A las 176 R.A. hice trascendental descubrimiento: a 200 m. de donde me encontraba, al lado de una loma cubierta por árboles multicolores, junto a un río, vi a una mujer bebiendo agua. Estaba desnuda y agachada. A pesar del poco tiempo que pude observarla, no descubrí en ella ningún rasgo que la hiciese diferente de nuestras propias mujeres. Dejé de beber, y cuando montaba aproximadores para observarla mejor, desapareció tras la loma. Se trata, sin duda, de homo sapiens y es de suponer que encontremos más individuos.

Mas tarde. Id. - Espacial Rol también la vio. No pudo utilizar aproximadores ni fotografiarla, pues como yo, la perdió rápidamente. Espero inmediatas órdenes.

DEL Cte. (PARTICULAR). - Querida M. Acertaste en lo del trabajo. Todo transcurre normalmente. Te veré pronto y te amaré más. Besos a mamá y a Pol. Para ti, todos. P.

DEL CSSR AL Cte. - Necesario hallar pareja y aplicar a uno de ellos Céfalo-psi, si bien, creemos, con procedimiento EMP-14 bastaría. Pueden elegir esta segunda vía como más rápida y menos complicada. Remitan pruebas en cuanto las consigán. Inútil recomendar celo y no causar el menor daño.

A LA COMANDANCIA. - Envío nuevos gráficos. Algo nos afecta a todos en mayor o menor grado. Espacial Rol sufrió alucinaciones. Árboles y piedras le llamaban. Instrumentos de a bordo, no suministran soluciones.

AL Cte. DE LA COMANDANCIA. - Después del estudio de gráficos recibidos, Supercerebros de esta Comandancia suministran alarmantes datos. Tan imprecisos como

considerables, contradictoriamente. Proseguimos estudio. Envíen Mensajes directos al CSSR.

AL Cte. (PARTICULAR). - Querido P. Tu corto mensaje me pareció muy largo. Te sentía junto a mí, diciéndomelo al oído. Te quiero. Te quiero. M.

DEL Cte. AL CSSR. - Cincuenta hombres vimos a la misma mujer. Inútiles intentos fotografiarla y utilización aproximadores. Desaparecía. Desde superficie, di situación exacta a bote salvavidas estabilizado a 1000 m. Desde allí, ni se la detectó ni se la divisó. No existe refracción o fenómeno parecido.

DEL CSSR AL Cte. - Técnicos declaran estado emergencia. Últimos gráficos recibidos demuestran, efectivamente, se trata homo tipo sapiens, pero computadoras suministran inexplicables interrogantes.

Id. Más tarde. - Lleven a superficie telesicógrafo y aplíqueno a mujer.

Del Cte. AL CSSR. - Sólo posible obtención sicografías fragmentarias. Creemos que mujer percibe ondas, inconscientemente, y bloquea explotación.

DEL CSSR AL Cte. - Importantes soluciones obtenidas en Supercerebros, imposible transmitir en su totalidad. CSSR reunido con carácter Extraordinario y General. Transcribimos términos en los que se ha definido:

A TODO EL SISTEMA REYGal. - Sabemos qué importante misión desarrolla R. 208 y con qué problemas insospechados puede encontrarse. Este es uno de ellos.

Para bien del Universo, nos impusimos mantener la paz entre todas las razas conocidas en tantas y tantas galaxias, no en vano somos los reygalinianos la raza más poderosa y desarrollada. Antes de la Era Reygal, algunos creyeron que por medio de la guerra directa, esta paz podría conseguirse. Trágicamente supimos hasta qué punto estaban equivocados. Pero después de la Paz, nuestra Era marcó el comienzo de nuestro supremo destino: mantenerla y encauzarla en el Universo, a cualquier precio. Para ello tratamos de evitar, por todos los medios, cualquier florecimiento de cualquier embrionaria civilización que, de no evitarlo, llegara a convertirse en supercivilización pareja a la nuestra. Suprimiendo al enemigo poderoso que pueda vencernos o solamente intentarlo, el mantenimiento de esta Paz es tarea fácil, exacta, medida. Por eso hemos cortado siempre, radicalmente, cualquier futuro peligro.

El caso registrado por R. 208 es el primero - y único - en su género. Los Supercerebros del CSSR nos dieron la solución, pero su carácter permanecerá en secreto, perpetuamente. Los términos del mismo, por otra parte, no serían comprendidos en su enorme grandeza.

El Comandante Pol será encargado de dar el paso definitivo, y tampoco comprenderá el alcance de su acto, cuando cumpla la orden. Sólo sabrá que es factor imprescindible para que la Paz Universal continúe. Cambiará el sentido de un mundo en aras de la felicidad de los pueblos.

DEL CSSR AL Cte. - Enviamos molde microencefálico con soluciones activantes programadas. Busque animal semejante a prueba gráfica que adjuntamos. Emplee traje de seguridad, pues posee colmillo con glándula segregadora de líquido letal. Introduzca molde en su medula, por la segunda vértebra cervical. Abandónelo en árbol frutal según gráfico que también adjuntamos. Regrese después.

DEL Cte. AL CSSR. - Cuando abandoné árbol oí un sonido y me oculté. Mujer se acercaba. Animal enroscado la miraba y ella miraba a él. Usé aproximadores. Esta vez la mujer no desapareció. Me pareció que ambos hablaban. Estúpido parecer, por lo que seguí hacia la nave. Misión cumplida. Regresamos.

## **Damon Knight - EL AUGE DE LA BOSTA DE VACA**

El coche largo y reluciente frenó con un zumbido de turbinas, levantando una nube de polvo. El cartel sobre el puesto, en el borde de la carretera, decía: Cestos. Curiosidades. Un poco más adelante, otro cartel, sobre un rústico edificio con fachada de vidrio, anunciaba. Cafetería de Crawford. Pruebe Nuestros Churros. Detrás de ese edificio había un pastizal, con un granero y un silo a cierta distancia de la carretera.

Los dos extraterrestres miraron tranquilamente los carteles. Ambos tenían piel lisa y púrpura, y pequeños ojos amarillos. Llevaban trajes grises de tweed. Sus cuerpos tenían forma casi humana, pero no se les podía ver la barbilla, que cubrían con bufandas anaranjadas.

Martha Crawford se apresuró a salir de la casa para atender el puesto de cestos, secándose las manos en el delantal. Detrás apareció Llewellyn Crawford, su marido, masticando palomitas de maíz.

- ¿Señor, señora? - preguntó nerviosamente Martha. Con una mirada le pidió ayuda a Llewellyn, que le palmeó el hombro. Ninguno de ellos había visto jamás a un extraterrestre a tan poca distancia.

Uno de los extraterrestres, al ver a los Crawford detrás del mostrador, bajó despacio del coche. El hombre, o lo que fuera, fumaba un cigarro a través de un agujero en la bufanda.

- Buenos días - saludó la señora Crawford, nerviosa -. ¿Cestos? ¿Curiosidades?

El extraterrestre pestañeó con solemnidad. El resto de su cara no cambió. La bufanda le ocultaba la barbilla y la boca, si las tenía. Algunos decían que los extraterrestres no tenían barbilla, otros que tenían en su sitio algo tan repelente y atroz que ningún ser humano podría soportar el espectáculo. La gente los llamaba «hercus», porque venían de un sitio llamado Zera Herculis.

El hercu miró un rato los cestos y las baratijas que pendían sobre el mostrador, sin dejar de fumar su cigarro. Luego, con voz confusa pero comprensible, dijo:

- ¿Qué es eso?

Señalaba hacia abajo con una mano callosa, de tres dedos.

- ¿El indiecito? - preguntó Martha Crawford, con una voz que terminó en un chillido -. ¿O el calendario de cáscara de abedul?

- No, eso - dijo el hercu, volviendo a señalar hacia abajo. Esta vez los Crawford se asomaron por encima del mostrador y vieron que lo que indicaba era una forma grisácea, chata y redonda que había en el suelo.

- ¿Eso? - preguntó dubitativamente Llewellyn.

- Eso.

Llewellyn Crawford se sonrojó.

- Bueno... eso es una bosta de vaca. Una de las vacas se apartó ayer del rebaño, y debe haber hecho eso ahí sin que yo me diera cuenta.

- ¿Cuánto vale?

Los Crawford miraron al hombre, o lo que fuera, sin comprender.

- ¿Cuánto vale qué? - preguntó al fin Llewellyn.

- ¿Cuánto vale - gruñó el extraterrestre - la bosta de vaca?

Los Crawford se miraron entre sí.

- Yo nunca oí... - comenzó a decir Martha en voz baja, pero su marido la hizo callar.

Llewellyn carraspeó.

- ¿Qué le parece unos diez cen...? Bueno, no quiero engañarlos... ¿Qué le parece veinticinco centavos?

El extraterrestre sacó una enorme bolsa repleta de monedas y dejó veinticinco centavos sobre el mostrador, y le murmuró algo a su compañera.

Esta salió del coche con una caja de porcelana y una pala con mango de oro. Con la pala, la mujer - o lo que fuera - recogió cuidadosamente la bosta y la depositó en la caja.

Ambos extraterrestres entraron luego en su coche y arrancaron con un zumbido de turbinas y una nube de polvo.

Los Crawford vieron cómo se alejaban, luego miraron el brillante cuarto de dólar que había sobre el mostrador. Llewellyn lo recogió y lo hizo saltar en la palma de la mano.

- Bueno... ¿qué te parece? - sonrió.

Toda esa semana las carreteras estuvieron colmadas de extraterrestres con sus largos y relucientes automóviles. Iban a todas partes, lo veían todo, todo lo pagaban con monedas recién acuñadas y con billetes flamantes.

Había gente que hablaba mal del gobierno por haberles permitido entrar, pero beneficiaban el comercio y no causaban ningún problema. Algunos se proclamaban turistas, otros estudiantes de sociología en viaje de estudios.

Llewellyn Crawford fue hasta el pastizal vecino y recogió cuatro bostas para depositarlas cerca del mostrador. Cuando vino el próximo hercu Llewellyn pidió, y obtuvo, un dólar por cada una.

- ¿Pero para qué las quieren? - gemía Martha.

- ¿Qué nos importa? - decía su marido -. ¡Ellos las quieren y nosotros las tenemos! Si vuelve a llamar Ed Lacey, por ese asunto de la hipoteca, dile que no se preocupe.

Despejó el mostrador y exhibió en él la nueva mercadería. Subió el precio a dos dólares, luego a cinco.

Al día siguiente hizo preparar un nuevo cartel: BOSTAS.

Una tarde de otoño, dos años más tarde, Llewellyn Crawford entró en la sala, tiró el sombrero en un rincón y se dejó caer en una silla. Por encima de los anteojos miró el enorme objeto circular - exquisitamente pintado con anillos concéntricos de azul, naranja y amarillo - que había sobre la repisa. Un observador casual podía haberlo considerado una pieza de museo, una genuina bosta de concurso pintada en el planeta Herculis; pero en realidad la había pintado y armado la señora Crawford, siguiendo el ejemplo de muchas damas contemporáneas artísticas.

- ¿Qué te pasa, Lew? - preguntó la señora Crawford con aprensión. Llevaba un nuevo peinado, y lucía un vestido hecho en Nueva York, pero parecía alterada y ansiosa.

- ¡Qué pasa, qué pasa! - gruñó Llewellyn -. Ese viejo Thomas está loco, eso es lo que pasa. ¡Cuatrocientos dólares la cabeza! Ya no puedo comprar vacas a un precio decente.

- Pero Lew, ya tenemos siete rebaños, ¿no es así? Además...

- Necesitamos más para afrontar la demanda, Martha - dijo Llewellyn, incorporándose -. Dios mío, pensé que te darías cuenta. La bosta tipo reina se va a quince dólares, y no tenemos cantidades suficientes, y la emperador a mil quinientos. Si tenemos la suerte...

- Es raro, pero nunca se nos había ocurrido pensar que hubiese tantas clases de bostas - dijo Martha, nostálgicamente -. La emperador... ¿es ésa que tiene la doble espiral?

Llewellyn recogió una revista, con un gruñido.

- Quizá las podamos cambiar un poco v...

Los ojos de Llewellyn se iluminaron.

- ¿Cambiarlas? - exclamó -. No... ya lo intentaron. Lo leí aquí mismo, ayer.

Le mostró un ejemplar de El bostero norteamericano, y comenzó a pasar las satinadas páginas.

- Bostagramas - leyó en voz alta -. Cómo conservar las bostas. La lechería: un provechoso negocio lateral. No. Ah, aquí está. El fracaso de las bostas falsas. Mira, aquí dice que un tipo de Amarillo consiguió una emperador y fabricó un molde de yeso.

Después metió en el molde un par de bostas comunes... aquí dice que eran tan perfectas que nadie veía la diferencia. Pero los hercus no las compraron. Ellos se daban cuenta.

Tiró la revista, y se volvió para mirar los establos por la ventana trasera.

- ¡Ahí está otra vez ese idiota en el patio! ¿Por qué no trabaja?

Llewellyn se incorporó, abrió la persiana y gritó:

- ¡Hey, Delbert! ¡Delbert! - y aguardó -. Además es sordo - refunfuñó.

- Le iré a avisar que quieres... - comenzó a decir Martha, quitándose el delantal.

- No, deja... voy yo. Hay que estarles encima todo el tiempo.

Llewellyn salió por la puerta de la cocina y cruzó el patio hasta donde estaba un joven delgaducho, sentado en una carretilla, comiendo lentamente una manzana.

- ¡Delbert! - dijo Llewellyn, exasperado.

- Ah... hola, señor Crawford - dijo el joven, sonriendo y mostrando el hueco de la dentadura. Dio un último mordisco y tiró el hueso de la manzana. Llewellyn lo siguió con la vista. Como le faltaban los dientes de delante, los huesos de manzana que arrojaba Delbert no se parecían a nada de este mundo.

- ¿Por qué no llevas bostas al mostrador? - preguntó Llewellyn -. No te pago para que te sientes en una carretilla, Delbert.

- Llevé algunas esta mañana - dijo el muchacho -. Pero Frank me dijo que las trajera de vuelta.

- ¿Frank qué?

Delbert hizo una seña afirmativa.

- Me dijo que sólo había vendido dos. Pregúntele si miento.

- Ahora mismo - gruñó Llewellyn. Giró sobre los talones, y volvió a cruzar el patio.

En la carretera se había detenido un coche largo, cerca del mostrador, detrás de una destartalada camioneta. Arrancó cuando Llewellyn se acercaba, y en ese momento llegó otro. Cuando Llewellyn estaba llegando al puesto, el extraterrestre regresó a su automóvil, que se alejó en seguida.

Sólo quedaba un cliente, un granjero de largas patillas con camisa a cuadros. Frank, que atendía el mostrador, se apoyaba cómodamente en un codo. A sus espaldas, los exhibidores estaban colmados de bostas.

- Buenos días, Roger - dijo Llewellyn con fingido placer -. ¿Cómo anda tu familia? ¿Qué te vendemos, una linda bosta?

- Bueno, no sé - dijo el hombre de las patillas, frotándose el mentón -. A mi mujer le gustaba ésa - señaló una enorme y simétrica que había en el estante del centro -. Pero a estos precios...

- Más barato no se puede, Roger. Es toda una inversión - dijo enfáticamente Llewellyn - Frank, ¿qué compró ese último hercu?

- Nada - dijo Frank. De la radio que tenía en el bolsillo salía un persistente zumbido musical -. Sacó una foto del puesto y se fue...

- Bueno, ¿y el anterior?

Se oyó un zumbido de turbinas, y un automóvil largo y reluciente frenó a sus espaldas. Llewellyn se volvió. Los tres extraterrestres del coche usaban sombreros rojos de fieltro, cubiertos de cómicos botones, y llevaban insignias de Yale. Tenían los trajes grises de tweed cubiertos de confetti.

Uno de los hercus salió y se acercó al puesto, fumando un cigarro por el agujero de la bufanda anaranjada.

- ¿Sí, señor? - dijo enseguida Llewellyn, uniendo las manos e inclinándose levemente hacia adelante -. ¿Una linda bosta?

El extraterrestre miró los objetos grisáceos que había detrás del mostrador; guiñó los ojos amarillos, e hizo un curioso ruido con la garganta. Tras un instante, Llewellyn decidió que eso era risa.

- ¿Qué hay de gracioso? - preguntó, mientras su propia sonrisa se desvanecía.

- Nada - respondió el extraterrestre -. Me río porque soy feliz. Mañana me voy a casa... nuestro viaje de estudios terminó. ¿Puedo sacarle una foto?

Alzó una pequeña cámara en una garra purpúrea.

- Bueno, creo que... - dijo Llewellyn con voz vacilante -. En fin, ¿dice usted que regresa? ¿Quiere decir que se van todos? ¿Y cuándo volverán por aquí?

- Nunca - respondió el extraterrestre; apretó la cámara, sacó la fotografía, la miró, murmuró algo y la guardó -. Les agradecemos esta interesante experiencia. Adiós.

Dio media vuelta y regresó al coche. El coche se alejó envuelto en una nube de polvo.

- Toda la mañana fue así - dijo Frank -. No compran nada... lo único que hacen es sacar fotos.

Llewellyn comenzaba a ponerse nervioso.

- ¿Crees que lo dijo en serio? ¿Que se van todos?

- Así lo anunció la radio - respondió Frank -. Y Ed Coon volvió de Hortonville, y anduvo por aquí esta mañana. Dijo que no había vendido ni una bosta desde anteaayer.

- Bueno, no entiendo - dijo Llewellyn -. No pueden irse así como así... - Le temblaban las manos. Las metió en los bolsillos -. Oye, Roger - le dijo al hombre de las patillas -. ¿Cuánto pagarías por esa bosta?

- Bueno...

- Vale diez dólares, ¿sabes? - dijo Llewellyn, acercándosele. En su voz había ahora solemnidad -. Es una bosta de primera, Roger.

- Lo sé, pero...

- ¿Qué te parece siete y medio?

- En fin, no sé. Podría pagarte... digamos cinco dólares.

- Vendida. Envuélvesela, Frank.

Miró cómo el hombre de las patillas se llevaba su trofeo a la camioneta.

- Rebájalas, Frank - dijo con voz débil -. Saca lo que puedas.

El trajín del largo día casi había terminado. Abrazados, Llewellyn y Martha Crawford miraban cómo los últimos clientes se alejaban del puesto de bostas. Frank limpiaba los estantes. Delbert, reclinado contra el mostrador, comía una manzana.

- Es el fin del mundo, Martha - dijo Llewellyn, agobiado, con lágrimas en los ojos -. ¡Bostas de la mejor calidad vendidas por miserables centavos!

Las luces de un automóvil largo y chato perforaron la penumbra. Se detuvo junto al puesto: dentro se veían dos criaturas verdes con impermeables; por los agujeros de los sombreros chatos y azules les sobresalían unas plumíferas antenas. Una de ellas descendió y se acercó al puesto, con movimientos extraños y acelerados. Delbert, boquiabierto, dejó caer el hueso de la manzana.

- ¡Serpos! - susurró Frank, inclinándose hacia Llewellyn -. Escuché en la radio que habían llegado. La radio dijo que eran de Gamma Serpentis.

La criatura verde examinaba los estantes a medio vaciar. Unos párpados callosos se movían sobre pequeños ojos brillantes.

- ¿Bostas, señor... señora? - preguntó nerviosamente Llewellyn -. Ya no nos quedan muchas, pero...

- ¿Qué es eso? - preguntó el serpo en un susurro señalando hacia el suelo con una garra.

Los Crawford miraron. EL serpo señalaba una cosa amorfa y nudosa tirada junto a la bota de Delbert.

- ¿Eso? - preguntó Delbert, empezando a revivir -. Eso es un hueso de manzana. - Miró a Llewellyn, y una luz de inteligencia pareció avivarle los ojos -. Renuncio, señor Crawford - dijo, pronunciando las palabras con claridad, y luego se volvió hacia el extraterrestre -. Es un hueso de manzana Delbert Smith - aclaró.

Llewellyn, estupefacto, vio como el serpo sacaba una billetera y daba un paso adelante. El dinero cambió de manos. Delbert tomó otra manzana y empezó, con todo entusiasmo, a trabajarla.

- Oye, Delbert - dijo Llewellyn, apartándose de Martha; le temblaba la voz, se aclaró la garganta -. Me parece que tenemos aquí un buen negocio. Si fueras listo alquilarías este puesto...

- No, señor Crawford - dijo Delbert con indiferencia, con la boca llena de manzana -. Imagínese: me voy a lo de mi tío, que tiene un huerto...

El serpo miraba y daba vueltas al hueso de manzana y emitía pequeños chillidos de admiración.

- Usted sabe, hay que estar cerca de la fuente de abastecimiento - dijo Delbert, meneando sabiamente la cabeza.

Llewellyn sintió que le tiraban de la manga. Se giró: era Ed Lacey, el banquero.

- ¿Qué pasa, Lew? Estuve tratando de hablar contigo toda la tarde, pero tu teléfono no contestaba. Es por ese asunto de tu garantía sobre los préstamos...

## **Isaac Asimov - ANOCHECER**

Aton 77, director de la Universidad de Saro, alargó el labio inferior con actitud desafiante y contempló furioso al joven periodista.

Theremon 762 no lo tomó en cuenta. En los primeros días, cuando su columna era sólo una loca idea que pululaba en la cabeza de un cachorro de reportero, había acabado por especializarse en entrevistas «imposibles». Le había costado magulladuras, ojos morados y huesos rotos; pero, en cambio, le había proporcionado buenas reservas de frialdad y discreción.

De modo que hizo caso omiso de cuanta gesticulación prodigara el otro y esperó pacientemente que cosas peores llegaran. Los astrónomos eran bichos raros y si lo que Aton había llevado a cabo en los últimos dos meses significaba algo, entonces se trataba del bicho más raro del montón.

Aton 77 encontró una voz apropiada y la hizo fluir con la rebuscada, cuidadosa y pedante fraseología (puntal de su fama, entre otras cosas) que nunca abandonaba.

- Señor - dijo -, manifiesta usted una flema insufrible viniéndome con tan impúdica proposición.

El fornido telefotógrafo del Observatorio, Beenay 25, se pasó la punta de la lengua por sus labios resecaos e intervino.

- Ahora, señor, después de todo...

El director se volvió hacia él y arqueó una blanca ceja.

- No interfiera, Beenay. Ya he hecho bastante trayendo este hombre aquí; creo en sus buenas intenciones pero no toleraré la menor insubordinación.

Theremon decidió que había llegado la hora de abrir la boca.

- Director Aton, si me permitiera comenzar lo que quiero decirle, creo que...

- Pues yo no creo, joven - replicó Aton -, que nada de cuanto pueda decir servirá para mitigar lo que ha ido apareciendo en los dos últimos meses en su columna impresa. Ha llevado usted a cabo una tenaz campaña periodística contra los esfuerzos que yo y mis colegas hemos desplegado para preparar al mundo contra la amenaza que, desgraciadamente, se ha vuelto imposible impedir. Se ha cubierto usted de gloria dirigiendo ataques personales contra la investigación y el personal de este Observatorio con el solo objeto de cubrimos de ridículo.

Cogió de una mesa un ejemplar del Chronicle de Saro y lo desplegó furiosamente ante Theremon.

- Hasta una persona de su muy conocida impudicia habría dudado antes de venirme con una propuesta que esa misma persona ha estado utilizando como material de gaceta en una columna de periódico.

Aton arrojó el periódico al suelo, se dirigió a la ventana y se quedó allí con las manos unidas en la espalda.

- Puede retirarse - dijo por encima de su hombro. Elevó la mirada y contempló la ubicación de Gamma, el más brillante de los seis soles del planeta. Amarillento, declinaba ya su curso sobre la línea del horizonte, y Aton sabía que nunca más volvería a verlo con ojos tranquilos.

Entonces se volvió.

- No, aguarde, venga aquí. - gesticuló perentoriamente -. Le proporcionaré lo que desea.

El periodista no había hecho, empero, el menor gesto que indicara su retirada, y ahora se aproximó lentamente al anciano. Aton señaló al exterior.

- De los seis soles, sólo Beta quedará en el cielo. ¿Puede verlo?

La pregunta era más bien innecesaria. Beta estaba casi en su cenit, con su rojiza luz derivando hacia el naranja, como los brillantes rayos del poniente Gamma. Beta estaba en



el afelio. Era pequeño; menor incluso que otras veces en que lo viera Theremon; y por el momento era el indiscutido rey del firmamento de Lagash.

Alfa, el sol de Lagash propiamente dicho, alrededor del cual trazaba su órbita, estaba en los antípodas respecto de sus dos distantes congéneres. El rojo y enano Beta - compañero inmediato de Alfa - estaba solo, cruelmente solo...

La alzada cara de Aton brillaba con rojizo resplandor bajo los rayos solares.

- Dentro de cuatro horas - dijo -, la civilización, tal cual la conocemos, llegará a su fin. Y será así porque, como usted ve, Beta es el único sol en el cielo. - Sonrió con dureza -. ¡Escriba eso! No habrá nadie que pueda leerlo.

- ¿Y si transcurren cuatro horas, y luego otras cuatro, y nada ocurre? - preguntó Theremon en voz baja.

- No se preocupe por esas menudencias. Lo que ha de ser, será.

- ¡Garanticelo! Y, repito: ¿si nada ocurriera?

En una ráfaga de segundo llegó la voz de Beenay 25.

- Señor, creo que debe usted escucharle.

- Sométalo a votación, director Aton - dijo Theremon.

Hubo una ligera agitación entre los cinco miembros restantes de la plantilla del Observatorio, que hasta el momento habían mantenido una actitud neutral.

- Eso - dijo Aton engreído - no será necesario. - Sacó su reloj de bolsillo -. Desde que su gentil amigo Beenay comenzó a insistir urgentemente en que yo debía escucharle a usted, han transcurrido cinco minutos. Prosiga.

- ¡Perfecto! ¿Qué diferencia habría para su reputación si usted se dignara permitirme que yo fuera testigo presencial de lo que haya de suceder? Pues si su predicción es cierta, mi presencia no constituiría molestia alguna, ya que, en ese caso, mi columna jamás sería escrita. Y, por otro lado, si nada ocurre, como usted no esperará sino el ridículo o algo peor, tomaría una sabia medida si dejara previamente el ridículo a cargo de los amigos.

- Cuando dice amigos, ¿se refiere a personas como usted? - preguntó Aton.

- Por supuesto - replicó Theremon, tomando asiento y cruzando las piernas -. Mi columna acaso haya llegado a ser un tanto grosera, pero al menos posee la virtud de introducir una sana duda en la gente. Después de todo, no estamos en el siglo de los apocalipsis. Como usted sabe, la gente ya no cree en el Libro de las Revelaciones y le fastidia mucho que los científicos vuelvan una y otra vez a machacarnos con que, a fin de cuentas, los Cultistas son los que tienen razón.

- Se equivoca usted, joven - se lanzó Aton -. Aunque los grandes planes que todavía subsisten han tenido su origen en el Culto, nuestros resultados están completamente expurgados de cualquier misticismo que derive de él. Los hechos son los hechos y la llamémosle mitología del Culto está respaldada por unos cuantos. Así lo hemos explicado al pueblo para desvelar de una vez el misterio. Le aseguro que el Culto tiene mayores motivos que ustedes para odiarnos.

- No siento ningún odio hacia usted. Simplemente, intento decirle que el público está hasta las narices. Irritado, ¿entiende?

- Pues que siga irritado - dijo Aton, ladeando la boca con burla.

- Como quiera, pero, ¿qué ocurrirá mañana?

- ¡No habrá ningún mañana!

- En caso de que lo haya. Digamos que ese mañana se reduce a lo justo para ver lo que haya de ocurrir. Esa irritación puede convertirse en algo serio. Las cosas se han precipitado en los dos últimos meses. Los inversores afirman no creer que se aproxime el fin del mundo, pero por si las moscas se encierran en sus casas con su dinero. La opinión pública no cree en usted, fíjese, y sin embargo lleva trastornada su vida desde hace meses y aún lo estará otros tantos... hasta estar segura.

»De manera que usted puede darse cuenta de dónde está el meollo. Tan pronto acabe todo, lo interesante será saber qué ocurrirá con usted. Pues afirman que de ningún modo van a permitir que un cantamañanas, con perdón, cito textualmente, les altere la prosperidad nacional con profecías, máxime cuando la profecía incluye al planeta entero. El panorama es bastante negro, señor.

- Muy bien - dijo Aton mirando al columnista -, ¿y qué propone usted para remediar esas consecuencias?

- Algo muy sencillo - contestó el otro -: hacerme cargo de la publicidad del asunto. Manejar las cosas de manera que sólo aflore el lado ridículo. Lo que va a ser un tanto difícil porque he contribuido personalmente, debo admitirlo, a indisponerlo ante esa turba de idiotas ofuscados, pero si consigo que la gente tan sólo se ría de usted, le aseguro que olvidará al cabo su ira. A cambio usted me concederá la historia en exclusiva.

- Señor, nosotros hemos estado considerando las posibilidades de error en nuestra teoría y nuestros cálculos y, en efecto, existe al menos una posibilidad en alguna parte. Pues no debemos descartar esa posibilidad, así sea entre un millón, señor.

Hubo un murmullo de aprobación entre los hombres agrupados alrededor de la mesa, y la expresión de la cara de Aton se aproximó a la del que mastica algo amargo y no puede escupirlo.

- Permanezca aquí si ése es su deseo. Se cuidará, sin embargo, de no estorbarnos mientras cumplimos con nuestras obligaciones. Usted recordará en todo momento que yo estoy al cargo de todas las actividades aquí y, olvidándonos de las opiniones otrora expresadas por usted en su columna, esperaré mayor cooperación y sobre todo mayor respeto...

Sus manos se anudaron de nuevo en su espalda y una mueca de determinación se dibujó en sus facciones mientras hablaba. Hubiera continuado por más tiempo de no ser porque resonó entonces una nueva voz.

- ¡Hola, hola, hola! - Era una voz de alto tono que surgía de entre las rollizas mejillas del sonriente recién llegado -. ¿Qué es esta atmósfera tan tétrica? Espero que los ánimos no hayan decaído del todo.

- ¿Qué diantres está haciendo aquí, Sheerin? - preguntó displicente el sorprendido Aton -. Debería estar en el Refugio.

Sheerin sonrió y dejó caer su voluminoso cuerpo sobre una silla.

- ¡Que reviente el Refugio! El lugar me aburre. Prefiero estar aquí, donde se mascan las grandes cosas. ¿Acaso supone usted que no tengo mi pizca de curiosidad? Quiero ver esas Estrellas de las que siempre han hablado los Cultistas. - Se frotó las manos y añadió en tono más sereno -: Hace frío fuera. El viento le congela la nariz a uno. A la distancia que está Beta no parece proporcionar el menor calor.

- ¿Por qué ha cometido esta negligencia, Sheerin? - exclamó Aton con exasperación -. Aquí no tiene nada útil que hacer.

- Y allá tampoco tengo nada útil que hacer - replicó Sheerin mostrando las palmas de las manos con cómica resignación -. Un psicólogo gasta más que gana en el Refugio. Allí se necesitan hombres fuertes y de acción, y mujeres saludables que puedan criar niños. Pero, ¿yo? Tendrían que quitarme cien libras para ser un hombre de acción y no tendría mucho éxito si probara a criar un niño. ¿Por qué, pues, voy a molestarles con una boca más que alimentar? Me siento mejor aquí.

- ¿Qué es eso del Refugio, señor? - preguntó Theremon.

Sheerin pareció ver al columnista por vez primera. Hinchó sus amplios carrillos al tiempo que los distendía.

- Y usted, pelirrojo, ¿quién es en este valle de lágrimas?

Aton apretó los labios y luego murmuró hoscamente:

- Es Theremon 762, el periodista. Supongo que habrá oído hablar de él.

Se estrecharon la mano.

- Y, naturalmente - dijo Theremon -, usted es Sheerin 501 de la Universidad de Saro. He oído hablar de usted.

Entonces repitió:

- ¿Qué es eso del Refugio, señor?

- Verá - explicó Sheerin -, nos las arreglamos para convencer a unas cuantas personas de que teníamos razón en nuestra... nuestra profecía, de manera que tomaron las medidas oportunas. Se trata mayoritariamente de familiares del personal del Observatorio de la Universidad de Saro, y unos cuantos ajenos. En conjunto, suman unos trescientos, aunque las tres cuartas partes son mujeres y niños.

- Entiendo. Intentan esconderse donde las Tinieblas, y las... las Estrellas no puedan alcanzarlos y donde resistir cuando el mundo se convierta en un caos.

- Es una hipótesis. No será nada fácil. Con toda la humanidad enferma, las grandes ciudades ardiendo, y lo que no podemos ni imaginar, las condiciones de supervivencia se reducirán al mínimo. Con ese objeto hay alimentos, agua, protección y armas en el Refugio...

- Y algo más - intervino Aton -. También nuestros Informes, excepto los que recogen estos últimos momentos. Esas fichas lo serán todo para el siguiente ciclo y eso es lo que debe sobrevivir. El resto puede irse al diablo.

Theremon suspiró largamente y se mantuvo un rato inmóvil en la silla. Los hombres en torno a la mesa habían sacado un tablero de multiajedrez y contemplaban una partida a seis. Los movimientos eran realizados con rapidez y en silencio. Todas las miradas parecían concentrarse profundamente en el tablero. Theremon los miró con curiosidad capciosa y luego se levantó para acercarse a Aton, que se mantenía aparte en sigilosa conversación con Sheerin.

- Escuchen - dijo -, vayamos a algún sitio donde no molestemos a los demás. Quiero hacer algunas preguntas.

El anciano astrónomo lo miró cejijunto, pero Sheerin gorjeó alegremente:

- Cómo no. Me hará mucho bien poder hablar. Siempre me consuela. Aton estaba exponiéndome sus ideas sobre la reacción del mundo en caso de que fallara nuestra predicción, y coincido con usted. Leo su columna con bastante regularidad, por cierto, y debo decirle que me agrada su punto de vista.

- Por favor, Sheerin - gruñó Aton.

- ¿Eh? Vaya, está bien. Iremos a la sala de al lado. En cualquier caso hay sillas más cómodas.

Las sillas eran más blandas en la habitación de al lado. Había rojas cortinas en las ventanas y una alfombra marrón cubría el suelo. Con el mortecino y rojizo reflejo de Beta, la impresión general le helaba la sangre a uno.

- Vaya - se quejó Theremon -, no sé lo que daría por una decente ración de luz blanca, aunque fuera sólo durante un segundo. Me gustaría que Gamma o Delta estuvieran en el cielo.

- ¿Qué es lo que quería preguntar? - inquirió Aton -. Recuerde, por favor, que nuestro tiempo es limitado. En poco más de hora y cuarto comenzarán a ocurrir anomalías; después... ya no habrá tiempo para hablar.

- Bien, empecemos. - Theremon se acomodó en un sillón y cruzó sus manos sobre el pecho -. Su gente se lo toma tan en serio que estoy comenzando a creerle a usted. ¿Podría usted explicarme con claridad en qué consiste el fenómeno?

Aton estalló.

- ¿Pretende decir que ha estado todo este tiempo cubriéndonos de ridículo sin saber lo que hemos estado diciendo?

- No se ponga furioso - dijo Theremon -. No es tan malo como usted dice. Sí he captado una idea general sobre lo que ustedes han intentado explicar al ciudadano medio: que el mundo se verá cubierto de Tinieblas dentro de escasas horas y que la humanidad se volverá loca. Lo que yo quiero saber es la parte científica del asunto.

- No lo haga, no lo haga - estalló Sheerin -. Si se lo pregunta a Aton, empezará a remitirle a libros y más libros, le traerá enciclopedias y monografías, tratados, diagramas y toda la pesca. Se lo explicará de cabo a rabo. Por el contrario, si me lo pregunta a mí se lo expondré en el más profano de los lenguajes.

- De acuerdo; se lo pregunto a usted.

- Entonces, tomaré antes un trago. - Sheerin se quedó mirando a Aton.

- ¿Agua? - gruñó Aton.

- ¡No sea bobo!

- No sea bobo usted. Nada de alcohol ahora. Sería demasiado cómodo emborrachar a mis hombres en estos momentos. No puedo permitirles caer en la tentación.

El psicólogo gruñó para sus adentros. Se volvió hacia Theremon, lo atravesó con la mirada y comenzó.

- Usted sabrá, supongo, que la historia de la civilización de Lagash presenta un carácter cíclico, ¿comprende?, cíclico.

- Lo sé - comentó Theremon con, cautela -; sé, al menos, que ésa es la teoría arqueológica. Pero, ¿ha sido demostrada?

- Más o menos. En este último siglo se ha visto confirmada. El carácter cíclico es (mejor dicho: era) uno de los grandes misterios. Ha habido otras civilizaciones antes de la nuestra, nueve en conjunto, y hay rastros de otras tantas. Alcanzaron un nivel comparable al nuestro y todas, sin excepción, fueron destruidas por el fuego al alcanzar la cúspide de su cultura.

»Y nadie podría decir por qué. Todos los imperios fueron arrasados por el fuego sin dejar tras sí la menor indicación de las causas.

- ¿Tuvieron también una Edad de Piedra?

- Probablemente, aunque nada conocemos de ese período, excepto que el hombre de esa edad era un poco más inteligente que los monos. De modo que podemos olvidarlo.

- Entiendo. Pro siga.

- Hubo muchas explicaciones sobre las catástrofes reiteradas, a cada cual más fantástica. Algunos dijeron que se debía a periódicas lluvias de fuego; otros, que Lagash atravesaba un sol cada equis tiempo; y también los hubo que propusieron hipótesis más descabelladas. Pero hay una completamente diferente que ha sido transmitida y conservada a través de los siglos.

- Lo sé. Se refiere usted a ese mito de las «Estrellas» que se encuentra en el Libro de las Revelaciones de los Cultistas.

- ¡Exactamente! - exclamó Sheerin con satisfacción -. Los Cultistas dijeron que cada dos mil cincuenta años Lagash penetra en una inmensa zona en la que todos los soles desaparecen, sobreviniendo una total oscuridad en todo el mundo. Entonces, las cosas llamadas Estrellas aparecen, despojan a los hombres de su razón y los convierten en semejantes a brutos, de tal manera que los hombres destruyen la civilización que ellos mismos construyeron. Naturalmente, los Cultistas mezclaron todo esto con un montón de nociones místico-religiosas, pero la idea central puede extraerse.

Hubo una corta pausa en la que Sheerin lanzó, un profundo suspiro.

- Ahora, pasaremos a la Teoría de la Gravitación Universal. - Lo dijo de tal manera que incluso las mayúsculas tuvieron su sonido particular. Y, en aquel momento, Aton se apartó de la ventana, bufó con ostentación y salió airadamente de la sala.

Los otros dos se quedaron mirando su partida.

- ¿Qué pasa? - preguntó Theremon.

- Nada de Particular - repuso Sheerin -. Dos hombres tenían que haberse presentado hace varias horas y aún no han aparecido. Es un caso que raya la restricción de personal porque todos, excepto los realmente esenciales, están en el Refugio.

- ¿Cree usted que han desertado?

- ¿Quiénes? ¿Faro y Yimot? Claro que no. Aunque no les convendría no aparecer cuando todo esto empiece. - Se puso en pie de repente y parpadeó -. Por cierto, mientras Aton se encuentra fuera...

Trotó hacia la ventana más cercana, se agachó y de la caja inferior del enmarcado sacó una botella de líquido rojo que brilló sugestivamente cuando la agitó.

- Espero que Aton no sabrá nada de esto - puntualizó mientras volvía a su silla -. No hay más que un vaso. Como invitado de la casa, tiene usted preferencia. Yo tomaré de la botella. - Y escanció un leve y escaso chorrito con sumo cuidado.

Theremon se irguió para protestar, pero Sheerin adoptó una actitud digna.

- Respete a sus mayores, joven.

El periodista se sentó con expresión de angustia en el rostro.

- Sigamos, pues, viejo pícaro.

La nuez de Adán del psicólogo se movió repetidas veces mientras mantenía la botella levantada; luego, con un eructo de satisfacción, comenzó de nuevo.

- Bien, ¿qué sabe usted sobre la ley de la gravitación?

- Nada, excepto que su desarrollo es muy reciente, todavía no lo bastante como para decirse que esté totalmente fundamentada, y que su fórmula es tan difícil que sólo una docena de hombres en Lagash pueden presumir de entenderla.

- ¡Venga, hombre! ¡Absurdo, ridículo! ¡Mentira infame! Puedo resumirle la fórmula en una frase. La Ley de Gravitación Universal estipula que existe una fuerza de atracción entre todos los cuerpos del universo, fuerza que, entre dos cuerpos dados, es proporcional al producto de sus masas partido por el cuadrado de sus distancias.

- ¿Eso es todo?

- ¡Es suficiente! Llevó cuatrocientos años desarrollarla.

- ¿Cómo tanto? Tal y como usted lo ha dicho parece bastante simple.

- Porque las grandes leyes no surgen por inspiración divina, sino que hay que pensar e investigar duramente para encontrarlas. Ordinariamente se obtienen tras el trabajo colectivo de muchos siglos de actividad científica. Después que Genovi 41 descubrió que Lagash tenía un movimiento de traslación alrededor del sol Alfa y no al contrario (y esto ocurrió hace cuatrocientos años), los astrónomos se pusieron a trabajar sobre esta base. Los complejos movimientos de los seis soles fueron registrados, analizados y confrontados. Hipótesis tras hipótesis, las conclusiones primarias eran confrontadas con las secundarias, rectificadas, comprobadas las rectificaciones y nuevamente arriesgadas las hipótesis. Fue un trabajo infernal.

Theremon agitó la cabeza y extendió su vaso para que fuera llenado de nuevo. Sheerin se mantuvo incólume, pero luego sirvió unas cuantas gotas a regañadientes.

- Hace veinte años - continuó - se descubrió que la Ley de Gravitación Universal daba cuenta exacta de los movimientos orbitales de los seis soles. Y fue un gran triunfo.

Sheerin se puso en pie y se dirigió a la ventana, siempre con la botella en la mano.

- Y aquí llegamos al quid de la cuestión. En la última década la eclíptica de Lagash respecto de Alfa fue medida de acuerdo con la ley de gravitación y no coincidió con la órbita que se observaba; ni siquiera cuando se me incluyeron todas las perturbaciones debidas a los otros soles. O la ley no servía o allí había algún otro factor desconocido.

Theremon se levantó y se reunió con Sheerin en la ventana, contemplando, más allá de las vertientes cubiertas de bosque, las cúpulas de Saro City que reverberaban sanguinolentamente recortadas contra el horizonte. El periodista sintió que la tensión de lo incierto corroía sus entrañas mientras lanzaba una rápida ojeada a Beta. Brillaba rojizo en su cenit, pero su tono era apagado y malévolo.

- Continúe, señor - dijo suavemente.

- Con los años, los astrónomos especularon con hipótesis cada vez más absurdas... hasta que Aton tuvo la inspiración de buscar alguna fuente en el Culto. El jefe del Culto, Sor 5, le dio acceso a ciertos datos que simplificaron considerablemente el problema. Aton se puso a trabajar en esta nueva dirección.

»¿Podía haber otro cuerpo planetario opaco como el de Lagash? Si así fuera brillaría tan sólo reflejando la luz solar, y si estuviera formado por rocas azulencas, como gran parte de Lagash, entonces, en medio del abismo rojo del cielo, la constante luminosidad de los otros soles lo haría invisible... borrado por completo.

- ¡Pero eso es una idea desquiciada! - exclamó Theremon.

- ¿Lo cree así? Escuche esto: suponga que ese cuerpo orbita en torno a Lagash y que cuenta con tal masa, órbita y distancia que su atracción coincida con la desviación de la órbita de Lagash según la teoría. ¿Sabe lo que ocurriría?

El periodista negó con la cabeza.

- Pues que alguna que otra vez ese cuerpo se interpondría en el camino de algún sol - dijo Sheerin y apuró lo que quedaba en la botella.

- Sí, supongo que sí - convino Theremon.

- ¡Naturalmente que sí! Pero sólo un sol se encuentra en su plano de revolución. - Señaló con el pulgar al diminuto sol que brillaba en lo alto -. ¡Beta! Y se sabe que el eclipse ocurre sólo cuando la disposición de los soles es tal que Beta debe encontrarse solo en su hemisferio y a la máxima distancia. El eclipse, contando la luna siete veces el diámetro aparente de Beta, cubrirá todo Lagash durante algo más de medio día, de manera que ninguna parte del planeta escapará a los efectos. Ese eclipse tiene lugar una vez cada dos mil cincuenta y nueve años.

La cara de Theremon se había convertido en una máscara inexpresivo.

- Ésa es la historia?

- Ni más ni menos - respondió el psicólogo -. El principio del eclipse comenzará dentro de tres cuartos de hora. Primero el eclipse, luego la Tiniebla universal y, quizás, esas misteriosas Estrellas... después la locura y el final del ciclo.

»Hemos tenido - añadió tras un rato de meditación - dos meses para convencer a Lagash del peligro, pero al parecer no ha sido tiempo suficiente. Ni dos siglos hubieran bastado. Nuestros informes y archivos han sido escondidos en el Refugio y dentro de poco fotografiaremos el eclipse. El próximo ciclo conocerá así la verdad y la humanidad estará preparada para el eclipse siguiente. Conseguir eso es también parte de la historia que usted deseaba.

Theremon abrió la ventana y un ligero soplo de brisa agitó las cortinas. Se asomó al exterior y el viento desordenó sus cabellos mientras permanecía absorto contemplando el resplandor carmesí del sol. Entonces, como en un arrebato, se volvió.

- ¿Está seguro de que las Tinieblas nos volverán locos? ¿A mí también?

Sheerin se sonrió en tanto acariciaba la vacía botella con movimiento inconsciente.

- ¿Acaso sabe usted lo que ocurrirá cuando sobrevengan las Tinieblas, jovencito?

El periodista se quedó apoyado en la pared y reflexionó.

- No. Realmente no puedo ni imaginármelo. Pero ya tengo noticia previa de su existencia. Algo como... como... - gesticuló con las manos - como sin luz. Como una caverna.

- ¿Ha estado usted alguna vez en una caverna?

- ¿En una caverna? ¡Claro que no!

- Lo suponía. Yo lo intenté la semana pasada, solamente para ver qué tal se estaba en la oscuridad. Pero tuve que salir de estampida. Tuve que detenerme cuando ya perdía de vista la entrada y la iluminación se reducía a poder ver apenas la silueta de las paredes. Pero lo que veía en el interior, más al fondo, era la oscuridad completa, la nada. Nunca creí que una persona de mi peso pudiera correr tanto. Ni jamás pensé que se apoderara de mi ser el vacío que aquel lugar me produjo.

- Bueno, si sólo se tratara de eso, imagino que no habría para tanto. Yo no hubiera corrido de haber estado allí.

El psicólogo se le quedó mirando con los ojos contraídos.

- Corre usted mucho, joven. Le desafío a que haga la prueba corriendo las cortinas.

- ¿Para qué? - exclamó Theremon con sorpresa -. Si tuviéramos cuatro o cinco soles brillando en este momento, no dudo que deseáramos amortiguar un poco la luz. Está bien así.

- He ahí la cuestión. Corra la cortina, sólo eso; luego venga aquí y siéntese.

- Como quiera. - Theremon cerró la ventana y tiró de la roja cortina, que se deslizó hasta acaparar toda entrada de luz, dejando la sala en una penumbra teñida de rojo crepuscular.

Los pasos de Theremon resonaron huecamente en el silencio mientras caminaba hacia la mesa. De pronto, se detuvo.

- No puedo verlo, señor - murmuró.

- Siga andando - ordenó Sheerin con voz extraña.

- Pero es que no puedo verlo, señor - El periodista comenzó a respirar agitadamente -. No puedo ver nada.

- ¿Y qué otra cosa esperaba? - dijo la voz sin visible procedencia - ¡Siga y siéntese!

Los pasos volvieron a sonar, vacilantes, aproximándose lentamente. Luego, se escuchó el ruido de un cuerpo que caía sobre un sillón. La voz de Theremon se deslizó débilmente:

- Ya estoy aquí. Me siento... muy... perfectamente.

- ¿Le gusta?

- No... nada. Es más bien horrible. Las paredes parecen... - Se detuvo -. Parece como si se estuvieran acercando. Espero de un momento a otro que se ciernan sobre mí y yo tenga que verme obligado a empujarías. Pero... ¡no me he vuelto loco! De hecho, creo que no es tanto como esperaba.

- Perfecto. Vuelva a correr las cortinas.

Hubo un ruido de pasos precipitados, la silueta del cuerpo de Theremon destacándose contra la cortina. Luego, el alivio de las cortinas deslizándose, provocando un leve pero feliz chirrido de anillas resbalando sobre rieles. La roja luz inundó la sala y Theremon miró fijamente al sol mientras lanzaba un gemido de alegría.

Sheerin se inclinó hacia adelante, esgrimió su índice y dijo:

- Fíjese que ha sido sólo una habitación a oscuras.

- Pero pudimos aguantar - dijo Theremon satisfecho.

- Sí, con una habitación a oscuras sí podríamos. Dígame, ¿estuvo por casualidad en la Exposición Centenaria de Jonglor?

- No, estaba demasiado lejos de donde me encontraba por entonces. Seis mil millas son demasiadas incluso para una exposición.

- Pues yo sí estuve. ¿Recuerda haber oído algo sobre el Túnel del Misterio, que, según decían, superaba todas las marcas en el terreno de la diversión y el entretenimiento?

- Sí, durante los dos primeros meses. ¿Acaso no era tan divertido como dijeron?

- No demasiado. El Túnel del Misterio era, efectivamente, un túnel de una milla de longitud... sin luz. Uno se metía en un pequeño vehículo abierto y se recorría el túnel

entero, ¿me entiende?, la oscuridad plena en unos quince minutos. Fue muy celebrado mientras duró.

- ¿Celebrado?

- No le quepa duda. El miedo suele fascinar. De ahí que se considere tan gracioso que uno coja a otro por sorpresa gritando ¡Uh!, y sandeces por el estilo. De ahí también que el Túnel del Misterio fuera tan popular. La gente salía asustada, medio muerta de miedo, jadeando, pero alegre porque había pagado por ello.

- Espere un momento, creo que ahora recuerdo... Hubo muertos de verdad, literalmente muertos por miedo. Y corrieron rumores de que iban a cerrar el Túnel a causa de ello.

- ¡Quite, quite! - exclamó el Psicólogo -. Sí, hubo dos o tres muertos. Pero eso no fue nada. Se indemnizó a los familiares y el Consejo de Jonglor City se las arregló para que se olvidara el asunto. Después de todo, argumentaron, si los débiles cardíacos quieren meterse en el túnel, es asunto suyo... por otra parte, no volvió a suceder. Se tornaron medidas oportunas y en la entrada fueron instalados servicios médicos a fin de someter a revisión física a todos los parroquianos. Lo que son las cosas, eso hizo que el precio aumentara.

- ¿Qué pasó luego?

- Nada de particular pero también algo muy particular. La gente salía del túnel sin ningún cambio aparente, con la única excepción de que se negaba a entrar en los otros edificios; ni palacios, casas, bloques de apartamentos, pensiones, cabañas, chozas, o lo que fuere, ni en ningún otro edificio de la Exposición...

- ¿Quiere usted decir - preguntó Theremon, asombrado - que se negaban a abandonar el espacio abierto?

¿Dónde dormían, entonces?

- En los espacios abiertos.

- Debieron haberles forzado a entrar.

- Debieron, debieron, usted lo ve muy fácil. Lo que no sabe es que a la menor alusión prorrumpían en ataques de histeria que, en el mejor de los casos, acababa llevándoles a romperse la cabeza contra una pared. Si uno era introducido en cualquier lugar cerrado no podía ser abandonado a menos que le fuera suministrada alguna dosis de tranquilizantes o una eficiente camisa de fuerza.

- Sin duda debieron enloquecer.

- Fue exactamente lo que ocurrió. Uno de cada diez que entraron en el túnel se volvió majareta. Los psicólogos fueron llamados y nosotros hicimos lo único que podíamos hacer: cerrar el túnel.

- ¿Qué pudo sentir esa gente? - preguntó Theremon.

- Ni más ni menos que lo que usted sintió cuando creyó que las paredes lo estaban ahogando en la oscuridad. Hay un término psicológico que describe el miedo a la ausencia de luz. Nosotros lo llamamos claustrofobia por que la carencia de luz siempre tiene lugar en espacios cerrados. ¿Comprende la similitud?

- Y aquella gente del túnel?

- Se trataba de personas cuya estructura mental no podía soportar el miedo a la sensación de ahogo que produce la oscuridad. Quince minutos sin luz es tiempo suficiente. Usted mismo acaba de experimentar algo que se parece al miedo en los escasos dos minutos que ha mantenido la habitación a oscuras.

»Los que enloquecieron en el túnel poseían lo que llamamos «fijación claustrofóbica». Su miedo latente a la oscuridad y a los lugares cerrados se encontraba, digamos, en período de gestación, incubado, y la experiencia que pasaron lo sacó a relucir. Este miedo entró en actividad y casi podemos asegurar que de una manera permanente. He ahí lo que quince minutos de oscuridad pueden conseguir.



Hubo una larga pausa y la frente de Theremon se fue contrayendo lentamente hasta formar un frunce.

- No creo que sea así, no lo creo.

- Querrá decir que no quiere usted creerlo - replicó Sheerin -. Usted tiene miedo de creer. ¡Mire la ventana!

Theremon obedeció y el psicólogo continuó sin interrumpirse.

- Imagínese ahora las Tinieblas... por todas partes. Ninguna luz, nada de luz, ni el menor punto luminoso. Las casas, los árboles, los campos, la tierra, el cielo... todo se ha convertido en una mancha negra, vacía. Excepto las Estrellas que estarán en lo alto, que ni siquiera sabemos cómo son. ¿Puede concebirlo?

- Sí, creo que sí - murmuró Theremon sombríamente.

- ¡Miente usted! - golpeó la mesa con él puño violentamente. - ¡No puede concebirlo, no es capaz de hacerlo! su cerebro no puede forjar semejante panorama, como tampoco puede forjar lo infinito ni lo eterno. Por eso se limita a intentarlo según las especulaciones. Una fracción del pensamiento vive esa realidad mentalmente, sufre sus consecuencias. Pero cuando lo objetivo tiene lugar, el cerebro humano no puede abarcar lo que escapa a su comprensión. ¡Enloquecerá completa y permanentemente! ¡Y no hay la menor opción!

»Y un par de milenios - añadió tristemente - llenos esfuerzo se convertirán en ceniza. Mañana no quedará a sola ciudad indemne en todo Lagash.

- No tiene por qué ser así - replicó Theremon, recuperando parte de su equilibrio mental -. Todavía no entiendo cómo voy a volverme loco por el simple hecho de no ver un sol en el cielo... pero si ocurriera, si todos nos volviéramos locos perdidos, ¿por qué vamos a destruir las ciudades? ¿Cómo podríamos hacerlo?

- Si usted estuviera rodeado de oscuridad - dijo Sheerin con irritación -, ¿qué desearía por, encima de todas las cosas? ¿Qué es lo que cada hombre desearía instintivamente? La luz, maldita sea, ¡la luz!

- ¿Y...?

- ¿De dónde obtendría entonces la luz?

- Lo ignoro - dijo Theremon con ambigüedad.

- ¿Qué es lo único que proporciona luz, aparte del sol?

- ¿Cómo quiere que lo sepa?

Se mantenían frente a frente con las caras a pocos centímetros de distancia.

- Condenado papanatas, me deslumbra usted con su brillante inteligencia. ¿Nunca ha visto un incendio forestal? ¿Nunca ha ido al campo y ha encendido fuego para cocinar? Ese fuego sirve para algo más que quemar el combustible culinario o los árboles del bosque. También proporciona luz, y eso lo sabe todo quisque. Y cuando venga la oscuridad todos pedirán luz a gritos, y harán todo lo posible por conseguirla.

- ¿Quemarán bosques, entonces?

- Quemarán todo lo que encuentren delante. Sólo desearán luz y sentirán la necesidad de quemar cualquier cosa. Los bosques no están al lado de uno, de modo que echarán mano de lo más cercano. Obtendrán luz... ¡porque todos los núcleos habitados estallarán en ingentes llamas!

Se habían sostenido mutuamente la mirada como si lo que estuvieran discutiendo fuera un asunto personal en el que mostrar fuerza y argumentos. Entonces Theremon se quedó sin habla. Su respiración estaba todavía agitada cuando advirtió el repentino griterío que venía de la sala contigua.

Cuando Sheerin habló, dio la sensación de que se esforzaba por trascender lo que sus palabras decían.

- Creo que estoy oyendo la voz de Yimot. Sin duda él y Faro han regresado. Vayamos a ver lo que ocurre con ellos.

- ¡Debemos saberlo! - Murmuró Theremon con esfuerzo. Se levantó lanzando un hondo suspiro de alivio. La tensión se había roto.

La sala estaba alborotada por los miembros de la plantilla del Observatorio, que rodeaban a dos jóvenes con las ropas desordenadas. Aton, abriéndose paso a través del gentío, se encaró agriamente con los recién llegados.

- ¿Os dais cuenta que falta menos de media hora para el comienzo del fin? ¿Dónde habéis estado?

Faro 24 se sentó y se restregó las manos. Sus mejillas aparecían enrojecidas por el cambio de temperatura.

- Yimot y yo acabamos de terminar un experimento ideado por nosotros mismos, consistente en provocar una oscuridad artificial y una fingida aparición de las Estrellas, a fin de proporcionar un anticipo sobre el cual la gente pudiera juzgar lo que vendrá.

Hubo un confuso murmullo entre el auditorio y una repentina expresión de curiosidad apareció en la mirada de Aton.

- No se nos había ocurrido esto antes - dijo -. ¿Cómo caísteis en ello?

- Bien - repuso Faro -, la idea se nos ocurrió hace tiempo a Faro y a mí, y hemos estado trabajándola en los ratos libres. Yimot sabía de una casa en la ciudad que una vez fue un museo o algo parecido. El caso es que la compramos y...

- ¿De dónde sacasteis el dinero? - interrumpió Aton con precipitación.

- De la cuenta bancaria - saltó Yimot 70 - Nos costó sólo dos mil créditos. - Y añadí defensivamente -: Bueno, ¿qué pasa? Mañana, dos mil créditos serán sólo dos mil pedazos de papel. Nada más.

- Claro - asintió Faro -. La compramos y empezamos a pintarla de negro desde el techo hasta el sótano, de manera que se pareciera a la oscuridad todo lo posible. Luego hicimos en el techo diminutos agujeros, que luego teníamos que cubrir con delgadas láminas metálicas por la parte del tejado de la casa. Las láminas debían desplazarse simultáneamente por mediación de un interruptor. Esta parte del trabajo no pudimos llevarla a cabo por nosotros mismos, así que tuvimos que llamar a un carpintero, un electricista y algunos más... el dinero no tenía importancia. La cuestión era que pudiéramos obtener un poco de luz a través de aquellos agujeros en el techo, de modo que dieran el aspecto de un firmamento estrellado.

Durante la pausa que siguió ninguna respiración se atrevió a interrumpir el silencio. Finalmente, dijo Aton:

- No teníais derecho a hacerlo en privado.

- Lo sé, señor - dijo Faro, contrito -, pero, francamente, Yimot y yo pensamos que el experimento podía resultar peligroso. De tener éxito, esperábamos más o menos volvernos medio locos... desde que Sheerin se ha dedicado a insistir sobre esa cuestión. Así que deseábamos correr el riesgo nosotros solos. Naturalmente, si al acabar seguíamos conservando la cordura lo hubiéramos desarrollado en gran escala a fin de propiciar la inmunidad colectiva a sus efectos. Pero las cosas no ocurrieron como esperábamos.

- ¿Por qué? ¿Qué pasó?

- Al principio nos entrenamos permaneciendo con los ojos cerrados. La Oscuridad es algo asfixiante que le hace sentir a uno que las paredes y el techo se le vienen encima para aplastarlo. El caso es que nos metimos en la habitación y activamos el conmutador. Las láminas metálicas se desplazaron y los agujeros mostraron sus leves manchitas de luz...

- ¿Y?

- Pues eso... nada. Eso es lo triste del asunto. Que nada ocurrió. Se trataba solamente de un techo agujereado que no parecía sino un techo agujereado. Lo intentamos una y otra vez (de ahí que hayamos regresado tan tarde), pero sin obtener el menor resultado.

Siguió un profundo silencio de consternación, y todos los ojos se posaron en Sheerin, que, sentado en la mayor inmovilidad, iba a abrir la boca.

Pero Theremon fue el primero en hablar.

- Por supuesto, Sheerin, usted sabía lo que resultaría de esa teoría de los agujeros ideada por usted, ¿no es cierto? - Al hablar resaltaba las palabras.

Sheerin alzó una mano.

- Un momento, un momento. Déjenme pensar un poco. - Cruzó los dedos y luego, cuando la expresión de su mirada reveló que ya nada había que le produjera sorpresa o desconcierto, levantó la cabeza -. Evidentemente...

Pero no pudo acabar. De algún lugar situado por encima de ellos vino un considerable estrépito. Beenay, poniéndose en pie, se lanzó escaleras arriba.

- ¡Qué diantre! - exclamó mientras corría.

El resto vino después.

Las cosas ocurrieron con precipitación. Una vez en la cúpula, Beenay se quedó mirando horrorizado las destrozadas placas fotográficas y al hombre que había junto a ellas; entonces, se lanzó furiosamente contra el intruso, echándole las manos al cuello. Hubo un violento forcejeo; entretanto, el resto de los hombres del Observatorio fueron llegando. Antes de darse cuenta, el extraño tenía sobre sí el peso de media docena de hombres terriblemente airados.

Entonces apareció Aton, jadeando pesadamente.

- ¡Ponedlo en pie!

Hubo un leve movimiento de resistencia, pero, finalmente, el extraño, con las ropas desordenadas y la cabeza cubierta de magulladuras, fue levantado. Llevaba una corta barba amarilla, según el afectado estilo de los Cultistas.

Beenay no cedió la presa con que sujetaba al intruso.

- ¿Por qué lo has hecho? - le gritó salvajemente -. Esas placas...

- No era lo que me interesaba - respondió el Cultista fríamente. Fue una casualidad.

- Entiendo - dijo Beenay, que no dejaba de mirarlo con fiereza -. Ibas tras las cámaras.

El tropiezo con las placas ha sido entonces una coincidencia afortunada para ti, pues. Si has hecho algo a mi cámara o a cualquier otra... te juro que morirás lentamente. Como hay Dios que así ha de ocurrir...

Aton lo sujetó de una manga.

- ¡Basta ya! ¡Déjelo!

El joven técnico vaciló y su brazo se resistió todavía unos segundos. Aton lo apartó con un gesto y se encaró con el Cultista.

- Usted es Latimer, ¿no?

El Cultista se inclinó y señaló el símbolo que había sobre su cadera.

- Soy Latimer 25, adjunto de tercera clase a Su Serenidad Sor 5.

- Y usted - añadió Aton enarcando las blancas cejas - vino con Su Serenidad cuando él me visitó la semana pasada, ¿me equivoco?

Latimer se inclinó por segunda vez.

- Y bien, ¿qué es lo que quiere?

- Nada que usted vaya a darme voluntariamente - dijo Latimer.

- Lo envía Sor 5, supongo... ¿o es algo suyo en particular?

- No responderé a esa pregunta.

- ¿Han venido con usted otros visitantes?

- Tampoco responderé a ésta.

Aton se le quedó mirando largamente.

- Muy bien, señor. Dígame ahora qué es lo que su maestro desea de mí. Basta ya de coqueteos. Hace tiempo que pagué el favor.

Latimer sonrió levemente, pero nada dijo.

- Le solicité - continuó Aton agriamente - unos datos que sólo el Culto podía suministrarme, y me fueron proporcionados. Gracias nuevamente, señor. A cambio, prometí probar la verdad esencial del credo del Culto.

- No hay necesidad de probarla - replicó orgullosamente el otro -. Está suficientemente probada en el Libro de las Revelaciones.

- Sí para cierta canalla. Pero no pretenda confundir mis conocimientos. Me ofrecí a formular bases científicas de sus creencias. ¡Y lo hice!

Los ojos del Cultista se encogieron con amargura.

- Sí, usted lo hizo. Pero con la sutileza del zorro, pues al mismo tiempo que obtenía una explicación de nuestras creencias, trastornó todo lo que se le puso por delante. Usted convirtió la Oscuridad y las Estrellas en un fenómeno natural y alteró su verdadero significado. Eso fue una blasfemia.

- Si es así, la culpa no es mía. El hecho existe. ¿Qué puedo hacer sino constatarlo?

- Su «hecho» no es más que un fraude y un engaño.

- Cómo lo sabe usted? - exclamó Aton irritado.

- ¡Lo sé! - dijo el otro con entonación pletórica de fe y seguridad.

El director cambió el color de su faz, Beenay susurró una amenaza. Aton le hizo una señal para que callara.

- ¿Qué quiere Sor 5 de nosotros? Imagino que aún debe opinar que es peligroso para las almas el que intentemos advertir al mundo de la amenaza que se avecina. No obtendremos ningún éxito si se empeña en considerarlo de esa manera.

- El atentado ha causado bastantes desperfectos. Hay que detener esa viciosa forma de obtener información mediante diabólicos instrumentos. Obedecemos la voluntad de las Estrellas y sólo lamento que mi torpeza les haya prevenido cuando intentaba desarticular sus infernales ingenios.

- No le habría reportado ningún bien - replicó Aton -. Todos nuestros datos, excepto aquellos que recogeremos por experiencia directa, se encuentran ya a salvo y situados más allá del alcance de cualquier destrucción. - Sonrió con los labios apretados -. Lo que no evita que usted sea considerado por nosotros como un criminal.

Se volvió entonces a los hombres situados tras él.

- Que alguien llame a la policía de Saro City - dijo.

- Condenación, Aton - exclamó Sheerin con disgusto -, ¿qué le ocurre? No hay tiempo para eso. Déjeme que yo me ocupe de él.

- No hay tiempo para hacer el ganso, Sheerin - dijo Aton con fastidio -. Haga el favor, pues, de dejar que yo haga las cosas a mi manera. Usted es aquí un completo extraño, y no debe olvidarlo.

- Explíqueme entonces - dijo Sheerin - por qué tenemos que molestarnos llamando a la policía. El eclipse de Beta comenzará dentro de escasos minutos y tenemos aquí un hombre que está deseando dar su palabra de honor de que no nos causará más problemas.

- No voy a hacer tal cosa - saltó prontamente el Cultista -. Ustedes son libres de hacer cuanto les venga en gana, pero les advierto que si me dejan ir a mi aire me las apañaré para terminar lo que he venido a hacer. Si ésta es la palabra de honor que esperarán de mí, creo que será mejor para todos ustedes llamar a la policía.

- Eres un tunante decidido, ¿eh? - dijo Sheerin con una Sonrisa -. Pero voy a explicarte unas cuantas cosas. ¿Ves al muchacho que está junto a la ventana? Es un tipo fuerte, violento, muy hábil con los puños... Y no pertenece al Observatorio, además. Una vez comience el eclipse, no tendrá nada que hacer aquí excepto, en todo caso, hincharse un ojo. Luego estoy yo, demasiado pesado para soltar unos cuantos puñetazos, pero empeñado en la idea, vaya.

- ¿Y qué quiere decirme con eso? - preguntó el Cultista inquieto.

- Escucha y te lo diré - fue la respuesta -. Tan pronto comience el eclipse, el señor Theremon y yo te conduciremos a una habitación cerrada que no cuenta más que con una puerta, una fuerte cerradura y ninguna ventana. Permanecerás allí mientras dure.

- Y después - exclamó agitado Latimer - no habrá nadie para dejarme salir. Sé tan bien como usted lo que significa la llegada de las Estrellas... lo sé incluso mejor que usted. Ustedes se volverán locos y no querrán liberarme. Asfixia o muerte por inanición, ¿no es eso lo que piensa? Más o menos lo que debía haber esperado de un grupo de científicos. Pero no daré mi palabra, no conseguirán que me esté quieto. Es una cuestión de principios y no discutiremos más el asunto.

Aton parecía turbado. Sus desorbitados ojos mostraban una buena dosis de agitación.

- Pero, Sheerin, encerrándolo...

- ¡Por favor, señor! - exclamó Sheerin con impaciencia -. No he pensado ni por un momento ir tan lejos. Latimer ha intentado una jugarreta pero yo no soy psicólogo sólo porque me gusta el sonido de la palabra. - Hizo un guiño al Cultista -. Vamos, hombre, no - habrás pensado que iba a exponerte a morir de hambre, ¿verdad? Sólo intentaba algo de menor monta, mi querido Latimer. Fíjate. Si te ponemos bajo llave no verás la Oscuridad ni tampoco las Estrellas. No hace falta estar muy enterado del credo fundamental del Culto para llegar a la conclusión de que permanecer oculto cuando las Estrellas aparezcan significa la pérdida del alma inmortal. Ahora bien, yo creo que tú eres un hombre de bien. Por ello, aceptaré tu palabra de honor de que no nos causarás molestias en cuanto te decidas a ofrecérmela..

Una agitación pareció recorrer el cuerpo de Latimer.

- ¡Está bien, tienen ustedes mi palabra de honor! - dijo, y añadió seguidamente con saña -: Pero me consuela saber que todos quedarán condenados por este acto. Giró sobre sus talones y se dirigió precipitadamente hacia el alto taburete que había junto a la puerta.

- Tome asiento junto a él - dijo Sheerin indicando con la cabeza al columnista -. Sólo como simple formulismo. ¡Eh, Theremon!

Pero el periodista no se movió. Se había quedado pálido hasta la raíz del cabello.

- ¡Miren! su dedo apuntaba al cielo y su voz era áspera y gutural.

Como obedeciendo una orden, todas las miradas siguieron la dirección del dedo y contemplaron el espectáculo sin respirar.

¡Beta estaba menguando por un lado!

El escaso trozo de oscuridad que ofrecía quizá no fuera mayor que una uña, pero para los aterrorizados observadores aquello que veían significaba el inicio de la maldición.

La observación de los hombres duró un corto segundo, casi tan corto como la confusión que siguió a continuación, que desapareció en cuanto cada uno se entregó a su labor prescrita. No había tiempo para emociones en aquellos momentos. Los hombres se habían transformado exclusivamente en científicos con trabajo que hacer. Hasta el mismo Aton se había evaporado.

- El primer instante de la superposición debe haber ocurrido hace quince minutos - dijo Sheerin -. Un poco pronto, pero no está mal si tenemos en cuenta las dificultades que han acompañado los cálculos. - Miró a su alrededor y se acercó a Theremon, que se había quedado mirando por la ventana.

- Aton está furioso - murmuró -. Se perdió el momento inicial de la superposición con todo el jaleo de Latimer y si ahora se le pone uno delante corre el peligro de ser arrojado por la ventana.

Theremon asintió con la cabeza y se sentó. Sheerin lo miró con sorpresa.

- Por el diablo, oiga - exclamó -. Está usted temblando.

- ¿Qué? - Theremon se humedeció los secos labios e intentó sonreír -. No me siento muy bien, ¿qué quiere que haga?

- No irá a perder el control, ¿verdad?

- ¡No! - gritó Theremon, indignado -. ¿Acaso tengo otra alternativa? Jamás creí en todo este galimatías... hasta este momento. Déme una opción, dígame qué puedo hacer. Usted ha estado preparándose durante dos meses para este acontecimiento.

- Tiene razón, claro - comentó Sheerin pensativo -. ¡Escuche! ¿Tiene usted familia... padres, esposa, hijos?

Theremon negó con la cabeza.

- Va usted a hablar del Refugio, ¿eh? No tiene que preocuparse por eso. Tengo una hermana, pero está a dos mil millas de aquí. Ni siquiera sé su dirección.

- Bueno, entonces, ¿qué me dice de usted mismo? Puede ir allí, aún hay tiempo; desde que lo dejé queda una plaza libre. Después de todo aquí no es necesario.

- Vaya - dijo Theremon mirando al otro con cansancio -. Usted cree que estoy asustado. Piense lo que quiera, señor. Soy periodista y me ha sido encomendado conseguir un reportaje. Es lo que intento hacer.

Una amplia sonrisa cruzó la cara del psicólogo.

- Entiendo, honor profesional y todo eso.

- Puede llamarlo así. Pero, amigo mío, daría mi brazo derecho por una botella de ese reparador de ánimos que tenía usted antes, aunque fuera la mitad de pequeña. Si algún camarada suyo necesita un trago, ése soy yo.

Entonces saltó. Sheerin estaba dándole codazos.

- ¿No oye eso? Escuche.

Theremon siguió el movimiento de la mandíbula del otro y miró al Cultista, que, olvidado de todo cuanto acontecía a su alrededor, contemplaba la ventana con una expresión de poseso, al tiempo que entonaba una casi inaudible salmodia.

- ¿Qué dice? - susurró el columnista.

- Está citando el Libro de las Revelaciones, capítulo quinto - replicó Sheerin. Luego, con urgencia -: Aguarde un momento y escuche.

La voz del Cultista habíase alzado en una repentina plegaria de fervor.

- «Y ocurrió que, por aquellos días, el Sol, Beta, habitó en solitaria vigilia en la mansión celeste por el más largo de los períodos conocidos, mientras cumplía su revolución; tanto duró su recorrido que, en mitad de su revolución, solitario, encogido y frío, cesó de brillar sobre Lagash.

»Y los hombres se reunían en las plazas públicas y en los caminos para comentar y maravillarse de la señal, pues una extraña depresión había ocupado sus almas. Su mente se turbó y su lengua tornóse confusa, pues las almas de los hombres aguardaban la venida de las Estrellas.

»Y en la ciudad de Trigon, Vendret 2 vino y dijo a los hombres de Trigon: «¡Helo ahí, oh pecadores! Hablabais con desdén de los caminos de la virtud, pero ya ha llegado el tiempo de rendir cuentas. Por fin, la Gruta se aproxima para devorar Lagash; y con Lagash, todos sus moradores.»

»Y mientras esto decía, el labio de la Gruta de la Oscuridad sobrepasó el borde de Beta, de modo que todo Lagash quedó sin su luz. Grandes fueron los gritos de los hombres mientras contemplaban la desaparición, y grande también el estremecimiento que desconsoló sus almas.

»Y ocurrió que la Oscuridad de la Gruta cayó sobre Lagash y ya no hubo más luz en toda la superficie de Lagash. Los hombres quedaron como ciegos y nadie podía ver a su vecino aunque sentía su aliento contra su rostro.

»Y en el interior de esta negrura aparecieron las Estrellas en cantidades inmensas, y era tal la belleza y de tal modo encantaba todo lo creado, que hasta las hojas de los árboles entonaron cánticos llenos de admiración.

»Y en aquel momento las almas de los hombres se separaron de sus cuerpos, reduciéndose éstos al estado de las bestias; en verdad, fue como si el mundo se hubiera convertido en una selva; así, por las entizonadas calles de Lagash los hombres prorrumpieron en salvajes gritos.

»Entonces, se extendió desde las Estrellas el Fuego Celestial y, allí donde tocaba, las ciudades de Lagash convertíanse en caos de llamas y destrucción; tanto que, de los hombres y las obras de los hombres, nada quedó.

»Desde entonces...»

Hubo una sutil alteración en el tono de Latimer. Sus ojos permanecían ausentes, pero de alguna manera llamó la atención de los otros dos. Fácilmente, sin la menor pausa para tomar aliento, el timbre de su voz cambió y las sílabas se volvieron más líquidas.

Theremon, cogido por sorpresa, lo miró fijamente. Las palabras siguieron luego el tono anterior. Había habido un elusivo cambio en el acento, un débil cambio en la caída de las vocales; pero nada más... quizá ni el mismo Latimer comprendiera lo que había ocurrido.

- Seguramente cambió a alguna lengua de otro ciclo, con toda probabilidad del tradicional ciclo segundo. Era la lengua en la que fue escrito primariamente el Libro de las Revelaciones.

- No importa. Ya he oído bastante. - Theremon se echó atrás en la silla y se mesó el cabello - Me siento mucho mejor ahora.

- ¿De veras? - Sheerin pareció sorprenderse.

- Se lo explicaré. Me he puesto verdaderamente nervioso hace un rato. Entre su explicación de la gravitación y el comienzo del eclipse he estado al borde de un ataque de nervios. Pero eso - y señaló con el pulgar al gualdibarbado Cultista -, eso es exactamente lo que mi niñera solía contarme. Me he reído de esas cosas durante toda mi vida. No voy a permitir que me asusten ahora.

Suspiró profundamente y continuó con cierta alegría:

- Si voy a seguir contándole lo angelito que soy, mejor será que aparte mi silla de la ventana.

- Sí, pero debería usted hablar mas bajo - comentó Sheerin - Aton acaba de asomar la cabeza por la puerta y le ha lanzado a usted una mirada capaz de asesinarle.

- Había olvidado al viejo - dijo con una mueca. Luego, poniendo en ello el máximo cuidado, apartó la silla de la ventana mientras lanzaba miradas de disgusto por encima del hombro -. Se me acaba de ocurrir que deben haber fabricado alguna clase de inmunidad contra la locura de las Estrellas.

El psicólogo no respondió en seguida. Beta había ya rebasado su cenit y el haz de sanguínea luz que penetraba por la ventana se deslizaba por el suelo hasta el punto de alcanzar casi las piernas de Sheerin. Contempló pensativamente aquel color arcilloso y luego, inclinándose, echó una fugaz mirada al sol.

El mordisco del eclipse habíase agrandado hasta alcanzar ahora un tercio de Beta. Se estremeció súbitamente y, cuando pudo serenarse, sus mejillas no conservaban ya el generoso color que otrora prodigaban. Con una sonrisa que era casi una excusa, apartó también su silla.

- En estos momentos, poco más de dos millones personas en Saro City habrán convertido el Culto en religión mayoritaria. - Luego, con ironía -: Por una hora al menos, el Culto gozará de una prosperidad nunca vista. Pero, ¿qué me estaba diciendo?

- Iba a preguntarle cómo se las apañan los Cultistas para transmitir de ciclo en ciclo el manejo del Libro de las Revelaciones, y cómo es que se escribió por primera vez en

Lagash. Debe haber alguna especie de inmunidad, pues, si todos se volvían locos, ¿quién pudo haber escrito el libro?

Sheerin se quedó mirando con tristeza al periodista.

- Pues mire, joven, no hay respuesta documentada sobre eso, pero tenemos unos cuantos indicios para suponer qué ocurrió. Hay tres clases de personas que resultan relativamente ilesas. Primero, las que por alguna razón ignota no ven las Estrellas: los que se meten en la cama en aquel momento o los que se emborrachan al comienzo del eclipse. Pero vamos a descartarlos porque no son realmente testigos.

»Luego están los niños menores de seis años, para quienes el mundo es todavía demasiado nuevo y extraño para reparar en las Estrellas o asustarse de la Oscuridad. El fenómeno sería considerado como uno de tantos artículos del catálogo de sorpresas que depara el mundo. ¿No lo cree usted así?

- Imagino que sí - replicó el otro con cierto gesto de duda.

- Por último, están aquellos que poseen una mente demasiado grosera para comprender el hecho, algo así como ancianos y retrasados mentales, que, verdaderamente, quedarían escasamente afectados. Bien, entre la incoherente memoria de los niños y los relatos de los que quedaron a medio enloquecer se formaron posiblemente las bases del Libro de las Revelaciones.

»Claro que, por otra parte, el libro se basó, primeramente, en el testimonio de aquellos que por lo menos tenían alguna cosa que contar, es decir, los niños y los retrasados. Luego, seguramente fue editado y reeditado en el curso de los ciclos.

- ¿Supone usted - interrumpió Theremon - que el libro fue transmitido a través de los ciclos de la misma manera que nosotros nos hemos transmitido las bases para teoría de la gravitación universal?

Sheerin hizo una mueca.

- Tal vez, pero el método exacto poco importa ahora, el caso es que lo hicieron. El punto al que quiero llegar es que el libro sólo puede contribuir a confundir más las cosas, por muy basado que esté en hechos auténticos. Por ejemplo, ¿recuerda el experimento con los agujeros en el techo llevado a cabo por Faro y Yimot, el que no funcionó?

- Sí.

- ¿Y sabe usted por qué no func...? - Se detuvo y se puso en pie alarmado. Aton se acercaba con el rostro completamente consternado -. ¿Qué ha ocurrido?

Aton se detuvo a su lado y Sheerin pudo sentir la presión de sus dedos sobre su codo.

- ¡No tan alto! - La voz de Aton manaba henchida de contenida tortura -. Acabo de hablar con el Refugio por la línea privada.

- ¿Están en apuros? - preguntó Sheerin con angustia.

- Ellos, no. - Aton remarcó significativamente el pronombre -. Hace un rato que precintaron la puerta y permanecerán enterrados hasta pasado mañana. Están a salvo. Pero la ciudad, Sheerin... es la ruina. No puede hacerse ni idea... - Comenzó a sufrir dificultades en la vocalización.

- ¿Y? - soltó Sheerin con impaciencia -. ¿Qué ocurre con la ciudad? - Luego, con una sospecha -: ¿Cómo se encuentra?

Los ojos de Aton relampaguearon irritados ante la insinuación, pero pronto volvieron al anterior brillo de ansiedad.

- No lo entiendo. Los Cultistas se han puesto en acción. Están convenciendo a la masa para que tome por asalto el Observatorio, prometiendo a cambio la absolución de sus pecados, la salvación, cualquier cosa. ¿Qué haremos, Sheerin?

La cabeza de Sheerin se inclinó y sus ojos se perdieron en una completa y prolongada abstracción. Luego, alzó la mirada y dijo con crispación:



- ¿Hacer? ¿Acaso hay algo por hacer? Nada hay que pueda hacerse. ¿Saben esto los hombres?

- ¡Claro que no!

- ¡Perfecto! Siga sin decirles nada. ¿Cuánto falta?

- Apenas una hora.

- Lo único que podemos hacer es arriesgarnos. Llevará algún tiempo organizar una fuerza considerable y aún más traerlos hasta aquí. Estamos a más de cinco millas de la ciudad...

Se quedó mirando la ventana, por la que se divisaban las cúpulas de los edificios de las afueras; más allá, la borrosa sombra de la ciudad misma, como envuelta por una niebla que inundara el horizonte.

- Llevará tiempo - repitió - . Sigán trabajando y recen por que el eclipse acabe antes.

Beta estaba seccionado por la mitad, mostrando una leve curva que se adentraba en la parte todavía brillante del sol. Era como un gigantesco párpado que fuera adormeciendo el ojo del mundo.

El débil murmullo de la sala se fue convirtiendo en pasto del olvido y su atención vagó por los campos que se divisaban desde la ventana. Los insectos parecían sufrir el terror calladamente. Los objetos iban desvaneciéndose.

Una voz zumbó en su oído y se sobresaltó.

- ¿Algo va mal? - preguntó Theremon.

- ¿Eh?... No, no. Vuelva a su silla. Aquí estorbamos. - Se retiraron a su esquina aunque el psicólogo permaneció mudo por un tiempo. Con un dedo se palpaba el cuello. Luego, alzó la mirada repentinamente.

- ¿Tiene usted dificultades en la respiración?

El periodista abrió los ojos y aspiró repetidas veces.

- No, ¿por qué?

- He estado en la ventana demasiado tiempo. La disminución de la luz ha debido afectarme. Las dificultades respiratorias son el primer síntoma de un ataque de claustrofobia.

Theremon volvió a aspirar nuevamente.

- Bueno, parece que a mí no me ha afectado. Mire, otro compañero.

Beenay había interpuesto su cuerpo entre la luz y la pareja sita en la esquina y Sheerin se dirigió a él con premura.

- Eh, Beenay.

El astrónomo cambió el peso de su cuerpo de un pie a otro y sonrió débilmente.

- ¿Qué pensarías si me sentara un rato y habláramos? Mis cámaras están preparadas y no hay nada que hacer hasta el eclipse total. - Hizo una pausa y miró al Cultista, que quince minutos antes había abierto un pequeño libro enfrascándose en su lectura -. ¿Ha dado problemas esa rata?

Sheerin sacudió la cabeza. Sus hombros se contrajeron mientras parecía concentrarse en sus conductos respiratorios.

- ¿Tienes dificultades al respirar, Beenay?

Beenay olfateó el aire.

- Creo que no soy yo el que huele mal, Sheerin.

- Creo que es claustrofobia - se excusó Sheerin.

- ¡Ah, vamos! A mí me afecta de manera distinta. Me da la sensación de que mis ojos me persiguen. Las cosas comienzan a zumbar... bueno, todo se vuelve confuso. Y frío también.

- Oh, frío, claro que sí. Pero eso no es ninguna ilusión - observó Theremon -. Yo tengo los juanetes como dentro de una nevera.

- Lo que necesitamos es mantener nuestras mentes ocupadas en algo distinto - apuntó Sheerin -. Estaba diciéndole hace un momento, Theremon, por qué el experimento de Faro se convirtió en humo.

- Aún no había comenzado - replicó Theremon. Alzó una rodilla y la sujetó en el aire con las manos cruzadas en torno a ella.

- Bueno, pues comenzaba a decirle que fallaron por tomar el Libro de las Revelaciones al pie de la letra. No hay probablemente ninguna razón para tomar las Estrellas en sentido físico. Debe tratarse, indudablemente, de la necesidad de luz que la mente experimenta al encontrarse en la Oscuridad total. Creo que las Estrellas consisten justamente en esta desesperada ilusión de luz.

- En otras palabras - intervino Theremon -, usted supone que las Estrellas son fruto de la locura y que no tienen ninguna otra causa. Entonces, ¿qué van a fotografiar los hombres de Beenay? ¿Por qué están preparados para fotografiar algo?

- Tal vez para probar que es una ilusión; o para probar lo contrario. Luego...

Pero Beenay había aproximado su silla y vieron en su rostro la expresión de un repentino y exaltado entusiasmo.

- Oiga, me alegra infinito que se ocupen de ese asunto. - guiñó los ojos y alzó un dedo - He estado cavilando sobre esas Estrellas y he llegado a una idea ingeniosa. Claro que no son sino migajas del pensamiento y no me he ocupado del todo en ello, pero pienso que es interesante. ¿No quieren oírlo?

Fingió no estar del todo decidido, pero Sheerin se acomodó en la silla y dijo:

- Adelante, yo te escucho.

- Allá va. Supongamos que hay otros soles en el universo. - Hizo un leve aspaviento -. Quiero decir soles que se encuentran muy alejados y son demasiado pequeños para verlos. Suena como si hubiera estado leyéndolo en algún relato fantástico, ¿eh?

- No necesariamente. Aunque, ¿no queda eliminada esa posibilidad por el hecho de que, según la ley de Gravitación, debieran hacerse evidentes por su fuerza de atracción?

- No, si están muy lejos - replicó Beenay -, verdaderamente lejos, algo así como cuatro años-luz o más. Nunca podríamos detectar sus perturbaciones porque son demasiado pequeñas. Pongamos entonces que hay un montón de soles muy lejanos, una docena o dos.

- Buena idea para un artículo en el suplemento dominical. ¡Dos docenas de soles a ocho años-luz de distancia en el universo! ¡Nada menos! Eso reduciría la relevancia de nuestro mundo - dijo Theremon.

- Es sólo una idea - dijo Beenay con un guiño -, pero usted la ha captado a fondo. Durante un eclipse, esas docenas de soles se volverían visibles porque ya no habría ningún sol real que las ocultara con su más poderosa luz. A la distancia a que se encontrarían aparecerían como muy pequeños, como pequeñas cuentas de marfil. Claro que los Cultistas hablan de millones de Estrellas, pero sin duda es una exageración. No hay lugar en el universo capaz de contener un millón de soles sin tocarse los unos con los otros.

Sheerin había estado escuchando con creciente interés.

- Creo que has acertado en algo, Beenay. Una exageración es exactamente lo que ocurrió en otros tiempos. Como sabes, nuestra mente no puede concebir un número mayor que el cinco; más allá sólo contamos con el concepto «mucho». Una docena podría convertirse perfectamente en un millón. ¡Ha sido una gran idea!

- Aún tengo otra idea también ingeniosa - añadió Beenay -. ¿Has pensado alguna vez lo que sería una gravitación de problema simple si tuvieras un sistema suficientemente simple? Supón que tienes un universo en el que hay sólo un planeta y un único sol. El planeta rotaría en un perfecto eclipse y la naturaleza exacta de la fuerza gravitacional sería tan evidente que sería aceptada como un axioma. Los astrónomos de un mundo tal darían

con la gravedad probablemente antes de que inventaran el telescopio. La observación a simple vista sería suficiente.

- Pero, ¿sería un sistema dinámicamente estable? - preguntó Sheerin dudoso.

- ¡Claro! Se trataría del caso modelo. Comprobado matemáticamente, aunque son las aplicaciones filosóficas lo que me interesa.

- Es agradable pensar sobre eso - admitió Sheerin - como una abstracción... algo así como el gas perfecto, o el cero absoluto.

- Claro - continuó Beenay -, está el problema de que la vida sería imposible en un planeta así. No habría comida ni luz suficiente, y en su rotación sobre su eje habría media parte de Luz y media de Oscuridad. No puedes esperar que haya vida (que depende fundamentalmente de la luz) ni que se desarrolle en tales condiciones. Aparte...

La silla de Sheerin fue despedida hacia atrás y él se puso repentinamente en pie.

- Aton va a encender luces.

Beenay soltó una exclamación, se volvió para mirar y se quedó con la boca abierta.

Aton permanecía con los brazos llenos de estacas de un pie de longitud y una pulgada de anchura. Miró al trío y se dirigió a Sheerin y Beenay.

- Venga, a trabajar. Usted, Sheerin, venga aquí y ayúdeme.

Sheerin correteó hasta el anciano y una por una fueron colocando las estacas en candeleros metálicos adosados a las paredes.

Adoptando los movimientos del que ejecuta el más sagrado ritual, Sheerin encendió una ancha y tosca cerilla y se la pasó a Aton, que aplicó la llama a la punta de las estacas.

Las llamas vacilaron un rato como si temieran consumir la madera, pero luego, casi repentinamente, se hincharon iluminando la cara de Aton con resplandor amarillo. Retiró la cerilla y un espontáneo y flamígero jolgorio oscureció la ventana.

¡Las estacas estaban coronadas por una ondeante llama de seis pulgadas! La sala se había llenado de resplandor amarillo.

La luz no era poderosa, incluso podía decirse que era más débil que la ya atenuada luz solar. Las cabezas de las estacas ardían con llama temblorosa, provocando sombras bailoteantes. Humeaban como un desafortunado día en la cocina. Pero emitían luz amarilla.

No era de despreciar esta luz después de cuatro horas de un progresivamente mortecino Beta. El mismo Latimer había apartado los ojos de su libro y la contempló admirado.

Sheerin, extendiendo los brazos a la antorcha que tenía más cerca, exclamó para sí mismo extasiado:

- ¡Hermoso! ¡Hermoso! Nunca antes me había percatado de cuán maravilloso es el amarillo.

Pero Theremon miró las antorchas con desconfianza. Oisqueó el tufo que producían y comentó:

- ¿Qué bichos son éstos?

- Simplemente madera - dijo Sheerin.

- No, no es posible. Si no se está quemando. La llama se limita a arder en la punta, pero no quema la parte restante.

- He ahí lo más bello de todo. Es un mecanismo eficiente de luz artificial. Hemos fabricado unos cuantos centenares, pero la mayor parte fue llevada al Refugio, obviamente. Tome el núcleo de una caña, séquelo y úntelo con grasa animal. Luego, acérquele fuego y la grasa arderá poco a poco. Esas antorchas arderán casi media hora sin parar. Ingenioso, ¿no cree? Fue un trabajo desarrollado por uno de nuestros muchachos en la Universidad de Saro.

Tras la momentánea sensación, la quietud había regresado a la cúpula del Observatorio. Latimer había acercado su silla a una antorcha y continuaba leyendo bajo su luz, moviendo los labios en la monótona invocación de las Estrellas. Beenay había vuelto nuevamente a

sus cámaras y Theremon vio la oportunidad de añadir ciertos comentarios a las notas que había escrito para el Chronicle de Saro City.

Pero, al advertir la divertida luz de los ojos de Sheerin, otra cosa vino a desplazar de su mente el propósito de escribir aquellos comentarios. Otra cosa que no era sino que el cielo se había convertido en un horrible vacío púrpura y violeta, como si fuera una gigantesca berenjena.

El aire se había vuelto más denso. El crepúsculo, como un cuerpo palpable, inundaba la sala y el agitado círculo amarillo que coronaba las antorchas dificultaba la contemplación de los colores situados más allá. Luego, pudo apreciarse el crecimiento del humo y del intenso olor que las materias combustionadas producían entre secos chisporroteos; más tarde, los objetos iban adentrándose en las sombras inescrutables, como el blando almohadón de la silla de uno de los hombres que trabajaban en torno a la mesa central o el gesto espontáneo de algún otro que intentaba mantener la compostura en la creciente noche que inundaba la sala.

Fue Theremon el primero en escuchar el extraño ruido. Era más bien una vaga e incoherente impresión de sonido que hubiera resultado imperceptible de no extenderse sobre la cúpula un silencio de muerte.

El periodista se enderezó al tiempo que apartaba su libro de notas. Contuvo la respiración y permaneció alerta; luego, no sin resistencia, caminó entre el solaroscopio y una de las cámaras de Beenay, deteniéndose ante la ventana.

El silencio saltó hecho pedazos nada más articular una palabra:

- ¡Sheerin!

Todas las ocupaciones cesaron en ese instante. El psicólogo estuvo prontamente a su lado. Aton se les unió. Incluso Yimot 70, sentado en lo alto frente al ocular del gigantesco solaroscopio, detuvo su trabajo y miró hacia abajo.

Fuera, Beta era apenas un rescoldo que lanzaba una última y desesperada mirada sobre Lagash. El horizonte que se delineaba más allá de Saro se había perdido en la Oscuridad, y la carretera que unía la ciudad con el Observatorio era una línea de roja tiniebla bordeada por apenas dibujados árboles que, en la parte boscosa, se habían convertido en incongruente masa negra.

Pero era la carretera lo que había llamado su atención, pues a lo largo de ella tomaba cuerpo otra sombra masa, mucho más amenazante si cabe.

- ¡Son los lunáticos organizados por los Cultistas!

- ¿Cuánto falta para el eclipse total? - preguntó Sheerin a Aton.

- Quince minutos, pero... estarán aquí en menos de cinco.

- Calma, usted cuide que sus hombres sigan trabajando. Nosotros haremos lo demás. Este lugar está construido como una fortaleza. Aton, échele una ojeada a nuestro joven Cultista. Theremon, venga conmigo.

Sheerin se lanzó hacia la puerta y Theremon se le pegó a los talones. Bajaron las escaleras que giraban en torno a un eje central, descendiendo a una zona poblada de luz incierta.

El primer impulso les había llevado quince pies más abajo, de manera que los débiles resplandores de la habitación inundada de amarillo apenas arrojaron débiles reflejos hasta su total desaparición. Ahora, tanto por arriba como por abajo, estaban rodeados de la misma sombra crepuscular que antes contemplara desde la ventana.

Sheerin se detuvo con una mano comprimiéndose el pecho.

- No puedo... respirar. - Su voz sonaba como una seca tos -. Baje... usted solo... cierre todas las puertas.

Theremon bajó unos cuantos peldaños, luego se giró.

- ¡Espere! ¿Puede aguantar un minuto? - Estaba jadeando. El aire entraba y salía de sus pulmones como si fuera melaza y había allí como un pequeño germen del pánico abriéndose camino por entre las Tinieblas y dentro de su propio cerebro.

¡Al fin Theremon tenía miedo de la oscuridad!

- Aguarde, volveré en un segundo. - Acto seguido, se lanzó escaleras arriba, subiendo de dos en dos escalones; penetró en la sala de la cúpula, cogió una antorcha y de nuevo se internó en la escalera. Corría con tal ímpetu que el humo inundó sus ojos dejándolo casi ciego, y llevaba la llama tan pegada al rostro que parecía querer besarla.

Sheerin abrió los ojos cuando comprobó que Theremon estaba a su lado. Este le dio un leve codazo.

- Vamos, ánimo, acabo de conseguir lo que más falta le hacía. Ya tenemos luz.

Sujetó la antorcha en lo alto de su brazo erguido y comenzó a bajar de puntillas, cuidando que el psicólogo se mantuviera en el interior del área iluminada.

Las oficinas de la planta baja, ausentes de toda iluminación, estremecieron de horror a los dos hombres.

- Aquí - dijo bruscamente Theremon y cedió la antorcha a Sheerin -. Puedo oírlos fuera.

Del exterior llegaban ruidos de movimiento y gruñidos sin palabras.

Pero Sheerin tenía razón; el Observatorio estaba construido como una fortaleza. Levantado en el último siglo, cuando el estilo neogavotano había llegado a su punto culminante en arquitectura, había sido diseñado con mayor estabilidad que belleza y más consistencia que elegancia.

Las ventanas estaban protegidas por rejas a base de barras de hierro de una pulgada de grosor, hundidas en el antepecho. Los muros manifestaban sólida albañilería que ni un terremoto podría inmutar. Y la puerta mayor no era sino una mole de roble reforzada con hierro. Theremon corrió los pestillos y los metales resonaron con prolongado chirrido.

Al otro extremo del pasillo, Sheerin maldecía en voz baja. Señaló la cerradura de la puerta trasera que había sido limpiamente forzada con palanqueta y dejada completamente inútil.

- Por aquí debió entrar Latimer - dijo.

- Bueno, no nos quedemos aquí - dijo Theremon con impaciencia -. Arreglemos como sea esa cerradura... y mantenga la antorcha apartada de mis ojos, el humo me está matando. Había arrimado una pesada tabla contra la puerta mientras hablaba y en pocos minutos levantó una poderosa barricada que tenía poco de simetría y belleza.

De algún lugar, amortiguadamente, alcanzaron a oír un ruido de puños contra la puerta; los berridos y chillidos, que ahora podían oírse procedentes del exterior, conferían a la escena un viso de irrealidad.

La gente había salido de Saro City con sólo dos cosas en la cabeza: el logro de la salvación Cultista mediante la destrucción del Observatorio, y un miedo enloquecedor que les obligaba a todo menos a paralizarse. No había tiempo para pensar en vehículos, armas o dirigentes, ni siquiera en organizarse. Tan sólo pensaban en llegar al Observatorio y asaltarlo con las manos desnudas.

Y ahora, cuando por fin estaban allí, el último destello de Beta, el postrer gemido de una agonizante llama, relampagueó triste y pobremente sobre una humanidad a la que abandonaba dejándola sin otra compañía que el miedo al universo.

- ¡Volvamos a la cúpula! - exclamó Theremon.

En la cúpula, sólo Yimot, en el solaroscopio, permanecía en su puesto. El resto estaba ahora ocupado con las cámaras y Beenay estaba dando instrucciones con extraña voz.

- No me falléis ninguno. Quiero tomar a Beta justo antes del eclipse total y luego cambiar la placa rápidamente. Tomaréis una cámara cada uno... Ya sabéis cuánto tiempo... de exposición se necesita...

Hubo un susurro de asentimiento.

Beenay se pasó una mano por los ojos.

- ¿Arden todas las antorchas? Ya veo que sí. - con cierta dificultad en su postura, parecía apoyarse en el respaldo de la silla -. Ahora, recordad... no intentéis obtener buenas fotografías. No quiero brillantes como sacar dos estrellas de un solo disparo. Con una hay de sobra. Y... si os sentís mal, apartaos de la cámara.

En la puerta, Sheerin susurró a Theremon:

- Señáleme a Aton. No puedo verlo.

El periodista no pudo responder inmediatamente. Las vagas siluetas de los astrónomos parecían difuminadas en la oscuridad general, pues las antorchas habíanse convertido en meros borrones amarillos.

- Está oscuro - murmuró.

Sheerin soltó su mano.

- Aton. - Dio unos pasos -. ¡Aton!

Theremon se movió tras él y lo cogió por el brazo.

- Espere, yo lo conduciré.

Caminó como pudo a través de la sala. Hundió sus ojos en las Tinieblas y su mente en el caos que había en ellas.

Nadie parecía oírlos ni prestarles atención. Sheerin tropezó contra la pared.

- ¡Aton! - llamó.

El psicólogo advirtió que unas manos lo rozaban, se detuvo y escuchó una voz:

- ¿Es usted, Sheerin?

- ¡Aton! - Pareció recuperar el aliento -. No se preocupe por los exaltados. Aguantaremos.

Latimer, el Cultista, se puso en pie y en su rostro pudo verse la desesperación. Pero su palabra había sido dada y romper el juramento hubiera significado poner en peligro mortal su alma. Sin embargo, esa palabra había surgido a la fuerza y no por su libre voluntad. ¡Pronto vendrían las estrellas! No podía permanecer allí inmóvil... y no obstante había dado su palabra.

La cara de Beenay se iluminó lejanamente cuando alzó la vista para contemplar el último rayo de Beta, y Latimer, viéndolo inclinado sobre su cámara, tomó una decisión. Sus uñas se hundieron en la palma de sus manos mientras se ponía cada vez más tenso.

Trastabilló al ponerse en movimiento. Ante él sólo había sombras; el suelo que debía estar bajo sus pies carecía de sustancia. Entonces, alguien surgió bruscamente a su lado y se lanzó sobre él, dirigiendo sus dedos curvados contra su garganta.

Dobló la rodilla y la incrustó en el cuerpo de su asaltante.

- Déjeme levantarme, le mataré.

Theremon apretó los dientes y murmuró mientras hacía presión sobre Latimer:

- ¡Rata traidora!

El periodista pareció advertir entonces muchas cosas a un tiempo. Oyó graznar a Beenay ordenando tomar precipitadamente las cámaras; luego, tuvo la extraña sensación de que el último reflejo de luz solar había desaparecido por completo.

Simultáneamente, escuchó una última exclamación de Beenay y un entrecortado grito de Sheerin, histérico chillido que se quebró en un áspero y repentino silencio; extraño, mortecino silencio exterior.

Y Latimer había quedado medio cojo en su frustrado ataque. Theremon miró a los ojos al Cultista y vio el resplandor del blanco que reflejaba el débil amarillo de las antorchas.

Vio la burbuja babeante de los labios de Latimer y escuchó que de su garganta surgía un gemido animal.

Dominado por la sedante fascinación del miedo, apartó un brazo y volvió los ojos hacia la oscuridad de la ventana.

¡Más allá brillaban las estrellas!

No las tres mil seiscientas Estrellas inválidas que pueden verse a simple vista en la Tierra; Lagash estaba en el centro de una gigantesca constelación. Treinta mil espléndidos soles derramaban chorros de luz con tal serenidad e indiferencia que parecían más fríos que un helado de viento que atravesara el mundo.

Theremon se puso en pie; su garganta se negaba a dejar pasar el aliento y todos los músculos de su cuerpo permanecían en intenso estado de terror. Se estaba volviendo loco y lo advertía, y alguna parte de sí mismo que aún conservaba un mínimo de cordura luchaba por escapar del abrazo de aquel negro pánico. Era verdaderamente horrible volverse loco y darse cuenta de ello... saber que en apenas un minuto, a pesar de conservar la presencia física, la mente se ha internado en las vastas regiones de la demencia. Pues no otra cosa era la Oscuridad... la Oscuridad y el Frío y la Maldición. Los brillantes muros del universo parecían haber estallado y esparcido sus bloques macizos de luz, dejando escasos huecos negros entre los que se filtraba el vacío.

Tropezó contra alguien que caminaba a gatas y cayó sobre él. Se llevó las manos a la garganta, gateó hacia la llama de las antorchas que ocupaban su loca visión.

- ¡Luz! - aulló.

Aton, en algún lugar, estaba gritando, lloriqueando terriblemente como un niño asustado.

- Las Estrellas... todas las Estrellas... nada sabíamos... nunca supimos nada. Pensábamos en seis estrellas para todo el universo pero las Estrellas no podían verse y la Oscuridad eterna eterna eterna y las paredes cayendo sobre nosotros que nada sabíamos nada podíamos saber nada nunca nada...

Sobre el horizonte que podía contemplarse desde la ventana, en la dirección de Saro City, un resplandor aural comenzó a vislumbrarse, tomar consistencia y crecer, estallando en fuertes brillos que, sin embargo, no pertenecían a la salida de ningún sol.

Nuevamente, la noche estaba allí.

## **Philip K. Dick - ACTO DE NOVEDADES**

Las luces brillaban tarde en el gran edificio comunal de departamentos Abraham Lincoln, porque esta era la noche. Todas las Almas, los residentes, todos los seiscientos residentes, estaban obligados por su estatuto a asistir abajo, al salón comunal subterráneo. Entraban apresuradamente, hombres, mujeres y niños. En la puerta Bruce Corley, operando su lector de identificaciones nuevo y bastante caro, verificaba cada una de ellas por turno para asegurarse de que nadie de afuera, de otro edificio de departamentos comunal, se colara. Los residentes se sometían de buen modo, y todo avanzaba muy rápido.

—¿Hey Bruce, cuánto nos retrasará? —preguntó el viejo Joe Purd, el residente más antiguo del edificio; se había pasado con su esposa y dos niños el día en que el edificio había sido inaugurado, en mayo de 1980. Su esposa estaba ya muerta y los niños habían crecido, se habían casado y marchado, pero Joe permanecía.

—Mucho —dijo Bruce Corley—, pero es a prueba de error, quiero decir, no es sólo subjetivo—. Hasta ahora, en su trabajo permanente como sargento de armas, había admitido a la gente sólo con su habilidad para reconocerla. Pero de ese modo había dejado entrar al menos a un par de agitadores de la Mansión de la Colina Petirrojo y habían desbaratado la reunión entera con sus preguntas y comentarios. No ocurriría de nuevo.

Haciendo circular copias de la agenda, el Sr. Wells sonrió fijamente y cantó:

—Item 3A, Partida para Reparaciones del Techo, ha sido movido a 4A. Por favor tomen nota de ello—. Los residentes aceptaron sus agendas y luego se dividieron en dos corrientes fluyendo a lados opuestos del salón; la facción liberal del edificio se sentó a la derecha y los conservadores a la izquierda, cada una ignorando inconspicuamente la existencia de la otra. Unas pocas personas no comprometidas (residentes nuevos o excéntricos) ocuparon asientos atrás, autoconscientes y silenciosos mientras el salón zumbaba con muchas conversaciones pequeñas. El tono, el estado de ánimo de la habitación, era tolerante, pero los residentes sabían que esta noche habría un enfrentamiento. Presumiblemente, ambos bandos estaban preparados. Aquí y allí documentos, peticiones, recortes de períodos sonaban conforme eran leídos e intercambiados, pasando de manos atrás y adelante.

En el escenario, sentado tras la mesa junto con los cuatro fiduciarios gobernadores del edificio, el consejero Donal Klugman se sentía mal del estómago. Un hombre pacífico, se encogía ante estas violentas riñas. Incluso antes, cuando se sentaba entre la audiencia, encontraba que eran demasiado para él, y esta noche tendría que tomar parte activa; el tiempo y la marea habían hecho rotar el puesto hasta llegar a él, como ocurría con cada residente por turno, y por supuesto tenía que ser la noche en que el asunto de la escuela alcanzaría su clímax.

El salón casi se había llenado y ahora Patrick Doyle, el actual piloto celeste del edificio, luciendo nada contento en su larga túnica blanca, levantó sus manos pidiendo silencio.

—La oración de apertura —llamó roncamente, se aclaró la garganta y sacó una pequeña tarjeta—. Cada uno por favor cierre sus ojos e incline la cabeza. —Miró a Klugman y los fiduciarios, y Klugman asintió para que continuara—. Padre Celestial—, dijo Doyle—, nosotros, los residentes del edificio de departamentos comunal Abraham Lincoln Te pedimos que bendigas nuestra asamblea esta noche. Hum, pedimos que en Tu misericordia nos permitas reunir los fondos para las reparaciones del techo que parecen imperativas. Pedimos que nuestros enfermos sean curados y nuestros desempleados encuentren trabajos, y que al procesar las solicitudes de aquellos que desean vivir entre nosotros mostremos sabiduría con quienes admitamos y con quienes rechazamos. Además pedimos que nadie del exterior se nos cuele y desbarate nuestras vidas ordenadas y respetuosas de la ley, y finalmente pedimos en particular que, si es Tu voluntad, Nicole Thibodeaux sea liberada



de sus dolores de cabeza por sinusitis que han hecho que no aparezca ante nosotros en la televisión últimamente, y que esos dolores de cabeza no tengan nada que ver con esa vez, hace dos años, que podemos recordar, cuando ese tremoyista permitió que un fardo cayera y le golpeará en la cabeza, mandándola al hospital por varios días. En todo caso, amén.

La audiencia concordó:

—Amén.

Levantándose de su silla, Klugman dijo:

—Ahora, antes de iniciar los asuntos de la reunión, tendremos unos pocos minutos de nuestro propio talento presentado para nuestro disfrute. Primero, las tres chicas Fettersmoller del departamento número 205. Ejecutarán un baile de zapatilla suave al son de la melodía de «Construiré una escalera hasta las estrellas».

Volvió a tomar asiento, y al escenario salieron tres niñas de pelo rubio, familiares para la audiencia por los muchos shows de talentos anteriores.

Mientras las chicas Fettersmoller en sus pantalones de rayas y chaquetas plateadas brillantes se deslizaban sonrientes en su danza, la puerta que daba al salón exterior se abrió y un participante retrasado, Edgar Stone, apareció.

Había llegado tarde, esta noche, porque había estado calificando las pruebas de grado de su vecino de al lado, el Sr. Ian Duncan, y mientras estaba parado en la entrada su mente seguía en la prueba y la pobre demostración que Duncan, quien apenas lo sabía, había hecho. Le había parecido ver, aun antes de terminar la prueba, que Duncan había reprobado.

En el escenario, las chicas Fettersmoller cantaban con sus voces chillonas, y Stone se preguntaba por qué había venido. Quizás por no otra razón que para evitar la multa, siendo obligatorio para los residentes estar aquí, esta noche. Estos espectáculos de talentos aficionados, presentados tan a menudo, no significaban nada para él; recordaba los viejos tiempos cuando la televisión brindaba entretenimiento, buenos espectáculos presentados por profesionales. Ahora por supuesto todos los profesionales que servían para algo estaban contratados por la Casa Blanca, y la televisión se había vuelto educativa, no de entretenimiento. El Sr. Stone pensó en las viejas grandes películas de madrugada con cómicos como Jack Lemmon y Shirley MacLaine, y entonces miró una vez más a las chicas Fettersmoller y gruñó.

Corley, oyéndolo, lo miró severamente.

Al menos se había perdido la oración. Presentó su identificación a la nueva máquina de Corley y ella lo dejó pasar al pasillo descendente hacia un asiento vacante. ¿Estaría Nicole viendo esto, esta noche? ¿Estaría un buscador de talentos de la Casa Blanca presente en alguna parte entre la audiencia? No vio caras desconocidas. Las chicas Fettersmoller estaban perdiendo su tiempo. Tomando asiento, cerró los ojos y escuchó, incapaz de soportar mirar. Nunca lo lograrán, pensó. Tendrán que encararlo, y también sus ambiciosos padres; no tienen talento, como el resto de nosotros... Los Departamentos Abraham Lincoln han aportado poco a la reserva cultural de la nación, a pesar de su sudorosa y tenaz determinación, y ustedes no van a ser capaces de cambiar eso.

La desesperanza de la posición de las chicas Fettersmoller le hizo recordar una vez más las pruebas que Ian Duncan, temblando y con una cara como de cera, había colocado en sus manos temprano esa mañana. Si Duncan fallaba estaría aun peor que las chicas Fettersmoller porque ni siquiera estaría viviendo en Abraham Lincoln; caería hasta perderse de vista —su vista, en todo caso— y revertiría a una antigua y despreciada condición: se encontraría una vez más viviendo en un cuarto, trabajando en una tarea manual como todos ellos lo habían hecho en su adolescencia.

Por supuesto también le sería reintegrado el dinero que había pagado por su departamento y su plusvalía, una gran suma que representaba la única inversión importante

en la vida de ese hombre. Desde cierto punto de vista, Stone le envidiaba. ¿Qué haría yo, se preguntó mientras yacía sentado con los ojos cerrados, si recuperara mi plusvalía justo ahora, en un gran montón de dinero? Quizás, pensó, emigraría. Compraría una de esas carcachas baratas e ilegales que regatean en esos lotes que...

Los aplausos lo despertaron. Las chicas habían terminado, y él, también, se unió en el aplauso. Sobre la plataforma, Klugman movió los brazos pidiendo silencio.

—Muy bien, gentes, sé que disfrutando eso, pero hay un montón más en reserva, esta noche. Y también está la parte de negocios de la reunión, no debemos olvidarlo. —Sonrió hacia ellos.

Sí, pensó Stone. Los negocios. Y se sintió tenso, porque él era uno de los radicales en Abraham Lincoln que quería abolir la escuela de gramática del edificio y mandar a los niños a la escuela pública de gramática donde estarían completamente expuestos a niños de otros edificios. Era la clase de idea que encontraba oposición. Y aun así, en las últimas semanas, había ganado apoyo. Qué experiencia tan ensanchadora sería, sus niños descubrirían que la gente en los otros edificios de departamentos no era diferente de ellos. La barreras existentes entre la gente de todos los departamentos de derribarían y surgiría un nuevo entendimiento.

En fin, así le parecía a Stone, pero los conservadores no lo veían de ese modo. Demasiado pronto, dijeron, para revolverse así. Surgirían pleitos cuando los niños chocaran acerca de cuál edificio era superior. Con el tiempo ocurriría... pero no ahora, no tan pronto.

Arriesgando una severa multa, Ian Duncan se perdió la asamblea y permaneció en su departamento esa tarde, estudiando textos oficiales del Gobierno sobre la historia político-religiosa de los Estados Unidos, polrel, como eran llamados. Estaba flojo en esto, lo sabía; apenas podía comprender los factores económicos, y menos aun todas las ideologías políticas y religiosas que habían ido y venido durante el siglo veinte, contribuyendo directamente con la presente situación. Por ejemplo, el surgimiento del Partido Democrático-Republicano. Una vez había habido dos partidos, ocupados en altercados antieconómicas, en luchas por el poder, del mismo modo que los edificios luchaban ahora. Los dos partidos se habían fusionado, como en 1985. Ahora había sólo el único partido, que gobernaba a una sociedad estable y pacífica, y todo el mundo pertenecía a él. Todo el mundo pagaba sus tributos y asistía a las reuniones y votaba, cada cuatro años, por un nuevo Presidente, por el hombre que creían le gustaba más a Nicole.

Era agradable saber que ellos, la gente, tenía el poder de decidir quién se volvería el esposo de Nicole, cada cuatro años; en cierto sentido le daba al electorado un poder supremo, incluso por sobre la misma Nicole. Por ejemplo, este último hombre, Taufic Negal. Las relaciones entre él y la Primera Dama eran bastante frías, indicando que a ella no le gustaba mucho esta última elección. Pero por supuesto, siendo una primera dama, ella nunca lo dejaría entrever.

«¿Cuándo fue que empezó la posición de Primera Dama a asumir un estatura mayor que la de Presidente?» inquiría el texto polrel. En otras palabras, cuándo se volvió matriarcal nuestra sociedad, se dijo Ian Duncan. Sé la respuesta a esa, como en 1990. Hubo indicios antes de ello; el cambio llegó gradualmente. Cada año el Presidente se volvía más oscuro, y la Primera Dama mejor conocida, más gustada, por el público. Fue el público quien lo provocó. ¿Fue una necesidad de madre, de esposa, señora, o quizás los tres juntos? De cualquier modo tuvieron lo que querían; recibieron a Nicole y ciertamente ella es las tres cosas y mucho más.

En la esquina de su sala el aparato de televisión dijo taaaaang, indicando que estaba a punto de encenderse. Con un suspiro, Ian Duncan cerró su libro de texto oficial del

Gobierno de los Estados Unidos y volcó su atención hacia la pantalla. «Un especial, sobre de las actividades en la Casa Blanca» especuló. «Un tour más, tal vez, o un escrutinio completo (de profundidad masivamente detallada) de una nueva afición o interés de Nicole. ¿Ha empezado a coleccionar tazas de loza china? Si es así, tendremos que ver todos y cada uno de los azules Royal Albert.»

Como era seguro, las facciones redondas y con papada de Maxwell Jamison, el secretario de prensa de la Casa Blanca, aparecieron en la pantalla. Levantando su mano, Jamison hizo su gesto familiar de saludo.

—Buenas, gente de esta tierra nuestra, —comenzó solemnemente—. ¿Se han preguntado alguna vez cómo sería descender al fondo del Océano Pacífico? Nicole lo ha hecho, y para responder a esa pregunta ha reunido en el Salón Tulipanes de la Casa Blanca a tres de los más destacados oceanógrafos del mundo. Esta noche ella les pedirá que relaten sus historias, y ustedes las oirán, también, porque fueron grabadas en vivo, apenas hace un rato con las facilidades de la Oficina de Asuntos Públicos de la Cadena Triádica Unificada.

Y ahora a la Casa Blanca, se dijo Ian Duncan. Al menos vicariamente. Nosotros, quienes no podemos encontrar nuestro camino hasta allí, quienes no tenemos talentos que pudieran interesar a la Primera Dama incluso por una tarde: nosotros tenemos que ver de todos modos, a través de la ventada cuidadosamente regulada de nuestro aparato de televisión.

Esta noche realmente no quería verla, pero parecía prudente hacerlo; podría haber un examen rápido sorpresivo en el programa, al final. Y una buena calificación en un examen rápido bien podría neutralizar la mala calificación que seguramente había obtenido en la prueba de política, que ahora estaba siendo corregida por su vecino el Sr. Stone.

En la pantalla florecieron ahora unas facciones adorables, tranquilas, la piel clara y los ojos negros, inteligentes, la cara sabia y aun así alegre de la mujer que había llegado a monopolizar su atención, de quien una entera nación, casi un planeta entero, vivía pendiente obsesivamente. Al verla, Ian Duncan se sintió envuelto por el miedo. Le había fallado, los podridos resultados de sus pruebas eran de alguna forma conocidos por ella y aunque no diría nada, la desilusión estaba allí.

—Buenas tardes —dijo Nicole con su voz suave, sedosamente grave.

—Es así —Ian Duncan se encontró mascullando—. No tengo cabeza para las abstracciones; quiero decir, toda esta filosofía político-religiosa; no tiene sentido para mí. ¿No podría concentrarme en la realidad concreta? Debería estar horneando ladrillos o haciendo zapatos. —Debería estar en Marte, pensó, en la frontera. Estoy fracasando allí afuera; a los treinta y dos años estoy fuera, y ella lo sabe. Déjame ir, Nicole, pensó con desesperación. No me hagas más exámenes, porque no tengo oportunidad de pasarlos. Incluso este programa sobre el fondo del océano; para cuando haya terminado habré olvidado todos los datos. No le sirvo de nada al Partido Democrático-Republicano.

Pensó en su hermano. Al podría ayudarme. Al trabajaba para Loony Luke, en una de sus junglas de carcachas, vendiendo los pequeños barcos de estaño y plástico que incluso la gente derrotada podía costearse, naves que podían, si la suerte las acompañaba, hacer un viaje exitoso de ida a Marte. Al, se dijo, tú podrías conseguirme una carcacha, en buen estado.

En la pantalla de televisión Nicole estaba diciendo:

—...y realmente, es un mundo con mucho encanto, con entidades luminosas que sobrepasan en variedad y pura maravilla deliciosa cualquier otra cosa encontrada en otros planetas. Los científicos calculan que hay más formas de vida el océano...

Su cara se desvaneció, y una secuencia mostrando extraños, grotescos peces surgió en lugar suyo. Esto es parte de la línea deliberada de propaganda, se dio cuenta Ian Duncan. Un esfuerzo por apartar nuestras mentes de Marte y de la idea de alejarse del Partido... y de

ella. En la pantalla un pez de ojos bulbosos lo miró, y su atención, a pesar suyo, fue capturada. Caramba, pensó, es un mundo extraño, el de allá abajo. Nicole, pensó, me tienes atrapado. Si tan sólo Al y yo hubiésemos tenido éxito; podríamos estar actuando ahora mismo para ti, y seríamos felices. Mientras tú entrevistas a oceanógrafos mundialmente famosos, Al y yo estaríamos tocando discretamente en el trasfondo, quizás una de las «Invenciones en dos partes» de Bach.

Yendo hasta el armario de su departamento, Ian Duncan se agachó y cuidadosamente levantó un objeto envuelto en tela y lo puso bajo la luz. Teníamos tanta fe juvenil en esto, recordó tiernamente, desenvolvió la garrafa; entonces, haciendo una inspiración profunda, sopló un par de notas huecas en ella. Los Hermanos Duncan y su Banda de Garrafas de Dos Hombres, habían sido él y Al, tocando sus propios arreglos para dos garrafas de Bach y Mozart y Stravinsky. Pero el cazador de talentos de la Casa Blanca, el canalla. Nunca les dio una audición honesta. Había sido hecha, les dijo. Jesse Pigg, el fabuloso artista de la garrafa de Alabama, había llegado a la Casa Blanca primero, entreteniendo y encantando a la docena más o menos de miembros de la familia Thibodeaux reunida allí con su versión de «Derby Ram» y «John Henry» y otras por el estilo.

—Pero —había protestado Ian Duncan—, esta es garrafa clásica. Nosotros tocamos sonatas del fallecido Beethoven.

—Nosotros les llamaremos —dijo apresuradamente el buscador de talentos—. Si Nicky muestra interés en algún momento en el futuro.

¡Nicky! Había palidecido. Imaginen ser tan íntimo de la Primera Dama. El y Al, farfullando sin objeto, se habían retirado del escenario con sus garrafas, haciendo campo para el próximo acto, un grupo de perros vestidos con disfraces Isabelinos representando personajes de Hamlet. Los perros tampoco lo habían logrado, pero poco servía de consuelo.

—Me han dicho —estaba diciendo Nicole—, que hay tan poca luz en las profundidades del océano que... bien, observen a este extraño prójimo. —Un pez, portando una linterna luminosa delante suyo, nadó cruzando la pantalla de TV.

Sobresaltándole, hubo un golpetear en la puerta del departamento. Con ansiedad Duncan fue a abrir; encontró a su vecino el Sr. Stone allí parado, luciendo nervioso.

—¿No estaba en lo de Todas las Almas? —dijo el Sr. Stone—. ¿No revisarán y se darán cuenta? —Tenía en sus manos la prueba corregida de Duncan.

—Dígame cómo me fue —dijo Duncan. Se preparó.

Entrando en el departamento, Stone cerró la puerta tras sí. Miró el aparato de televisión, vio a Nicole sentada con los oceanógrafos, la escuchó por un momento, y entonces dijo abruptamente con una voz ronca:

—Le fue bien —levantó la prueba que traía en la mano.

—¿La pasé? —se asombró Duncan.

No podía creerlo. Aceptó los papeles, los examinó con incredulidad. Y entonces comprendió lo que había ocurrido. Stone había conspirado para que él pasara; había falsificado la calificación, probablemente por motivos humanitarios. Duncan levantó su cabeza y se miraron el uno al otro, sin hablar. Esto es terrible, pensó Duncan. ¿Que haré ahora? Su reacción lo sorprendió, pero allí estaba.

Yo quería fallar, se dio cuenta. ¿Por qué? Para así poder salir de aquí, y así tener una excusa para dejar todo esto, mi departamento y mi trabajo, e irme. Emigrar con nada más que mi camisa a mi espalda, en un carcacha que se cae a pedazos en el momento que se posa en la selva marciana.

—Gracias —murmuró sombríamente.

—Podrá hacer lo mismo por mí alguna vez —dijo Stone con una voz rápida.

—Oh sí, estaré feliz de hacerlo —respondió Duncan.

Escurriéndose de vuelta fuera del departamento, Stone lo dejó a solas con el aparato de televisión, su garrafa, los papeles falsamente corregidos, y sus pensamientos.

Al, tienes que ayudarme, se dijo. Tienes de sacarme de esto; no puedo ni salir por mí mismo.

En la pequeña estructura en la parte de atrás de Jungla de Carcachas N° 3, Al Duncan estaba sentado con sus pies sobre el escritorio, fumando un cigarrillo y viendo la gente pasar, la acera y la gente y las tiendas del centro de Reno, Nevada. Más allá del brillo de las carcachas nuevas estacionadas con banderas ondeantes y cintas cayendo en cascada desde ellos, vio una figura esperando, escondiéndose detrás del anuncio con las letras «LOONY LUKE».

Y él no fue la única persona que vio la figura; por la acera venían un hombre y una mujer con un pequeño niño trotando delante de ellos, y el chico, exclamando, brincaba arriba y abajo, gesticulando excitado:

—¡Hey, papi, mira! ¿Sabes que es eso? Mira, es la papuula.

—Oh, vaya —dijo el hombre con una sonrisa—, sí que lo es. Mira, Marion, allí hay una de esas criaturas marcianas, escondiéndose debajo de ese letrero. ¿Qué te parece si vamos a conversar con ella? —Empezó a ir en esa dirección, junto con el chico. La mujer, sin embargo, continuó por la acera.

—¡Ven, mami! —urgió el chico.

En su oficina, Al tocó ligeramente los controles del mecanismo dentro de su camisa. La papuula salió de debajo del letrero de LOONY LUKE, y Al hizo que se deslizara con sus seis patas cortas y macizas hacia la acera, su sombrero redondo y tonto resbalando sobre una antena, sus ojos cruzándose y descruzándose conforme distinguía a la mujer. Habiéndose establecido el tropismo, la papuula caminó con esfuerzo tras ella, para delicia del chico y su padre.

—¡Mira, papi, está siguiendo a mami! ¡Hey mami, date la vuelta y mira!

La mujer miró para atrás, vio al organismo de forma de plato con su cuerpo anaranjado con forma de insecto, y se rió. Todo el mundo ama a las papuulas, pensó Al. Mira la divertida papuula marciana. Habla, papuula; di hola a la agradable dama que está riéndose de ti.

Los pensamientos de la papuula, dirigidos a la mujer, alcanzaron a Al. La estaba saludando, diciéndole lo agradable que era conocerla, calmándola y coaccionándola hasta que se devolvió por la acera hacia ella, reuniéndose con su niño y su marido, así que ahora los tres estaban juntos de pie, recibiendo los impulsos mentales que emanaban de la criatura marciana que había venido a la Tierra sin planes hostiles, sin capacidad para provocar problemas. La papuula los amaba, también, así como ellos la amaban, les decía justo ahora, les transmitía la gentileza, la cálida hospitalidad que se acostumbraba en su propio planeta.

Que lugar maravilloso debía ser Marte, sin duda estaban pensando el hombre y la mujer, conforme la papuula vertía sus recuerdos, su actitud. Dios, no es frío ni esquizoide, como la sociedad terrícola; nadie espía a nadie, ni califica sus innumerables exámenes políticos, ni los reporta a los comités de Seguridad del edificio semana de por medio. Piensen en ello, les decía la papuula mientras se quedaban como clavados en la acera, incapaces de seguir adelante. Ustedes son su único jefe, allí, libres para trabajar su tierra, creer en sus propias creencias, volverse ustedes mismos. Mírense, temerosos incluso de estar aquí escuchando. Temerosos de...

Con una voz nerviosa el hombre le dijo a su esposa:

—Mejor nos vamos.

—Oh, no —imploró el niño—. Quiero decir, vaya, ¿qué tan seguido puedes hablar con una papuula? Debe pertenecer a esa jungla de carcachas, allí...

El chico señaló, y Al se encontró bajo el agudo, observador escrutinio del hombre.

—Por supuesto —dijo el hombre—. Aterrizaron aquí para vender carcachas. Nos está trabajando justo ahora, suavizándonos—. El encantamiento se desvaneció visiblemente de su cara—. Allí está el hombre sentado, operándola.

Pero, la papuula pensó, aun así lo que les digo es cierto. Incluso si es un gancho de venta. Usted puede ir allí, a Marte, por sí mismo. Usted y su familia pueden ver con sus propios ojos, si tienen el coraje para liberarse. ¿Puede hacerlo? ¿Es un hombre de verdad? Compre una carcacha Loony Luke... cómprela mientras todavía tiene la oportunidad, porque usted sabe que algún día, tal vez dentro de no mucho, la ley va a ser traída abajo. Y ya no habrá más junglas de carcachas. No más fisura en la pared de la sociedad autoritaria por la cual unos pocos —una poca gente afortunada— puede escapar.

Tocando con los controles en su abdomen, Al aumentó la potencia. La fuerza de la psique de la papuula aumentó, atrayendo al hombre, tomando control de él. Usted debe comprar un carcacha, urgió la papuula. Plan de pagos fáciles, garantía de servicio, muchos modelos para escoger. El hombre dio un paso hacia el lote. Apresúrese, le dijo la papuula. En cualquier momento las autoridades pueden cerrar el lote y su oportunidad se habrá ido para siempre.

—Así es como lo arreglaron —dijo el hombre con dificultad—. El animal seduce a la gente. Hipnosis. Tenemos que irnos. —Pero no se fue; era demasiado tarde: iba a comprar un carcacha, y Al, en la oficina con su caja de controles, estaba conduciendo al hombre hacia adentro.

Sin apresurarse, Al se puso de pie. Hora de salir y cerrar el trato. Apagó la papuula, abrió la puerta de la oficina, salió al lote, y vio una figura que una vez le fuera familiar caminando entre las carcachas, hacia él. Era su hermano Ian y no lo había visto en años. Por Dios, pensó Al. ¿Qué querrá? Y en un momento como este...

—Al —llamó su hermano, saludando—. ¿Puedo hablar contigo un segundo? ¿No estás demasiado ocupado, verdad? —Sudando y pálido, se acercó, viendo a los lados en forma temerosa. Se había deteriorado desde la última vez que Al lo había visto.

—Escucha —dijo Al enojado. Pero ya era demasiado tarde; la pareja y su niño se había soltado y se movían rápidamente calle abajo.

—No pretendía molestarte —murmuró Ian.

—No me estás molestando —dijo Al mientras miraba apesadumbrado a las tres gentes que se iban—. ¿Cual es el problema Ian? No te ves bien; ¿estás enfermo? Ven, entra en la oficina—. Condujo a su hermano adentro y cerró la puerta.

—Encontré mi garrafa —comenzó Ian—. ¿Recuerdas cuando tratábamos de llegar a la Casa Blanca? Al, tenemos que tratar una vez más. Para ser honesto, no puedo seguir así; no puedo soportar ser un fracasado con lo que estuvimos de acuerdo era lo más importante en nuestras vidas—. Jadeando, se secó la frente con su pañuelo, sus manos temblando.

—Yo ya ni siquiera tengo mi garrafa —dijo Al.

—Debes. Bueno, podríamos grabar cada uno nuestras partes por separado con mi garrafa y luego sintetizarlas en una cinta, y presentarlo a la Casa Blanca. Esta sensación de estar atrapado; no sé si puedo seguir viviendo con ella. Tengo que volver a tocar. Si empezáramos a practicar ahora mismo las «Variaciones Goldberg», en dos meses podríamos...

Al lo interrumpió:

—¿Todavía vives en ese sitio? ¿Ese Abraham Lincoln?

Ian asintió.

—¿Y todavía tienes ese puesto allá en Palo Alto, todavía eres inspector de equipo? — No podía entender por qué su hermano estaba tan alterado—. Diablos, si pasara lo peor puedes emigrar. Tocar la garrafa está fuera de discusión; no he tocado en años, desde la última vez que te vi, de hecho. Espera un minuto—. Movi6 las perillas del mecanismo que controlaba la papuula; cerca de la acera la criatura respondi6 y empez6 a regresar lentamente a su lugar bajo el letrero.

—Creí que estaban todas muertas —dijo Ian viéndola.

—Lo están.

—Pero esa de allí se mueve y...

—Es falsa —dijo Al—. Un títere. Yo lo controlo. —Mostr6 a su hermano la caja de controles—. Hace que la gente salga de la acera. De hecho, se supone que Luke tiene una de verdad con base en la cual modela éstas. Nadie lo sabe con seguridad y la ley no puede tocar a Luke porque técnicamente ahora es un ciudadano de Marte. No pueden hacer que muestre la verdadera, si es que la tiene—. Al se sent6 y encendi6 un cigarrillo —Falla en tu examen polrel—, le dijo a Ian —pierde tu departamento y recupera tu dep6sito original; tráeme el dinero y veré que recibas una carcacha condenadamente buena que te llevará a Marte. ¿Bien?

—Traté de fallar en mi examen —dijo Ian—, pero no me dejaron. Arreglaron el resultado. No quieren que me vaya.

—¿Quiénes son «ellos»?

—El hombre del departamento de al lado. Ed Stone es su nombre. Lo hizo deliberadamente; vi la expresi6n en su cara. Tal vez crey6 que me hací a un favor... No lo sé —Mir6 a su alrededor—. Es una pequeña y agradable oficina la que tienes aquí. ¿Duermes en ella, no? Y cuando se traslada, te trasladas con ella.

—Sí —dijo Al—. Siempre estamos listos para despegar. —La policí a casi lo habí a pescado varias veces, a pesar incluso de que el lote podí a alcanzar velocidad orbital en seis minutos. La papuula habí a detectado que se aproximaban, pero no con el adelanto suficiente para un escape confortable; generalmente era apurado y desorganizado, con una parte de su inventario de carcachas dejado atrás.

—Estás un salto delante de ellos —se divirti6 Ian—. Y aun así no te preocupa. Supongo que todo está en la actitud.

—Si me agarran —dijo Al—, Luke pagará mi fianza —La imponente, poderosa figura de su jefe estaba siempre allí, respaldándole, así que ¿de qué tenía que preocuparse? El magnate de las carcachas conocí a un millón de trucos. El clan Thibodeaux limitaba sus ataques contra él a artículos para intelectuales en las revistas populares y en la TV, hablando como arpías de la vulgaridad de Luke y el mal estado de sus vehí culos; le tenían un poco de miedo, sin duda.

—Te envidio —dijo Ian—. Tu prestancia. Tu calma.

—¿No tiene tu apartamento un piloto celeste? Habla con él.

—De nada sirve —la voz de Ian era amarga—. Ahora es Patrick Doyle y está tan mal como yo. Y Don Klugman, nuestro gerente, está todavía peor; es un saco de nervios. De hecho todo nuestro edificio está cargado de ansiedad. Quizás tenga que ver con los dolores de sinusitis de Nicole.

Mirando a su hermano, Al vio que de veras hablaba en serio. La Casa Blanca y todo lo que representaba significaban tanto para él; todavía dominaban su vida, como lo habí an hecho cuando eran niños.

—Por tu bien —dijo Al quedamente—, conseguiré mi garrafa y practicaré. Haremos un intento más.

Sin habla, Ian lo mir6 con la boca abierta de gratitud.

Sentados juntos en la oficina de negocios del Abraham Lincoln, Don Klugman y Patrick Doyle estudiaban la solicitud que el Sr. Ian Duncan, del Nº 304, les había presentado. Ian deseaba aparecer en el show de talentos bisemanal, y en un momento en que un buscador de talentos de la Casa Blanca estuviera presente. La solicitud, vio Klugman, era rutinaria, excepto porque Ian proponía hacer su presentación en conjunto con otro individuo que no vivía en el Abraham Lincoln.

Doyle dijo:

—Es su hermano. Una vez me lo contó; ellos dos solían hacer este acto, hace años. Música barroca con dos garrafas. Una novedad.

—¿En cual casa de departamentos vive su hermano? —Preguntó Klugman. La aprobación de la solicitud dependería de cómo estaban las relaciones entre el Abraham Lincoln y el otro edificio.

—En ninguna. Vende carcachas para ese Loony Luke, ustedes saben. Esas naves pequeñas y baratas que apenas llegan a Marte. Vive en uno de los lotes, hasta donde entiendo. Los lotes se cambian de lugar; es un existencia nómada. Estoy seguro que han oído de ellos.

—Sí —concordó Klugman—, y está completamente fuera de discusión. No podemos presentar ese acto en nuestro escenario, no con un hombre como ése involucrado. No hay razón para que Ian Duncan no toque su garrafa; es un derecho político básico y no me sorprendería si es una actuación satisfactoria. Pero va contra nuestra tradición tener a alguien de afuera participando; nuestro escenario es para nuestra propia gente exclusivamente, siempre lo ha sido y siempre lo será. Así que no hay necesidad de discutir esto. —Miró al piloto celeste con expresión crítica.

—Es verdad —dijo Doyle—, pero es un pariente de sangre de uno de los nuestros, ¿cierto? Es legal que uno de nosotros invite a un pariente a mirar los shows de talentos... así que ¿por qué no dejarlo participar? Esto significa mucho para Ian; creo que sabes que ha estado fallando, últimamente. El no es una persona muy inteligente. De hecho, debería estar haciendo un trabajo manual, supongo. Pero si tiene habilidad artística, por ejemplo este concepto de la garrafa...

Examinando sus documentos, Klugman vio que un cazador de talentos de la Casa Blanca debería estar asistiendo a un show en el Abraham Lincoln en dos semanas. Los mejores actos del edificio serían, por supuesto, programados para esa noche... los Hermanos Duncan y su Banda de Garrafas Barroca tendrían que competir exitosamente para poder obtener ese privilegio, y había una cantidad de actos que —pensó Klugman— eran probablemente superiores. Después de todo, garrafas... y ni siquiera garrafas electrónicas, además.

—Está bien —dijo en voz alta a Doyle—. Estoy de acuerdo.

—Estás mostrando tu lado humano —dijo el piloto celeste, con una sonrisa de sentimentalismo que disgustó a Klugman—. Y creo que todos disfrutaremos a Bach y Vivaldi como lo tocan los Hermanos Duncan en sus garrafas inimitables.

Klugman, encogiéndose, asintió.

La gran noche, cuando empezaron a entrar en el auditorio en el primer piso de los Departamentos Abraham Lincoln, Ian Duncan vio, deslizándose detrás de su hermano, la figura chata y de paso apresurado de la criatura marciana, la papuula. Se detuvo en seco.

—¿Traerás eso contigo?

—No entiendes. ¿Acaso no tenemos que ganar?

Tras una pausa, Ian respondió:

—No de ese modo —Bueno, él entendía; la papuula atraparía a la audiencia como había atrapado al tráfico de la acera. Ejercería su influencia extrasensorial en ellos,



coaccionándoles para que tomaran una decisión favorable. Vaya con la ética de un vendedor de carcachas, comprendió Ian. Para su hermano, esto parecía perfectamente normal; si no podían ganar con su ejecución de las garrafas, ganarían por medio de la papuula.

—Oh —dijo Al, haciendo un gesto—, no seas tu propio peor enemigo. En lo único que estamos metidos es en una pequeña técnica subliminal de ventas, como la que han estado usando por un siglo, es un método antiguo y de buena reputación para inclinar la opinión de la gente a tu favor. Quiero decir, enfrentémoslo, no hemos tocado la garrafa profesionalmente en años. Tocó los controles en su cintura y la papuula se apresuró a alcanzarles. De nuevo tocó Al los controles...

Y en la mente de Ian surgió un pensamiento persuasivo, ¿por qué no? Todos los demás lo hacen.

Con dificultad dijo:

—Quítame esa cosa, Al.

Al se encogió de hombros. Y el pensamiento, que había invadido la mente de Ian desde afuera, gradualmente se retiró. Y aun así, quedó un pequeño residuo. Ya no estaba seguro de su posición.

—No es nada comparado con lo que la maquinaria de Nicole puede lograr —señaló Al, viendo la expresión de su cara—. Una papuula por acá y allá, contra ese instrumento de cobertura planetaria en que Nicole ha convertido a la televisión, allí tienes el verdadero peligro, Ian. La papuula es tosca; tú sabes que estás siendo trabajado. No es así cuando escuchas a Nicole. La presión es tan sutil y tan completa...

—No sé nada de eso —dijo Ian—, sólo sé que a menos que tengamos éxito, a menos que lleguemos a tocar en la Casa Blanca, la vida hasta donde me importa, no vale la pena vivirla. Y nadie puso esa idea en mi cabeza. Es como me siento; es mi propia idea, maldita sea. —Mantuvo la puerta abierta, y Al entró en el auditorio, cargando su garrafa por el mango. Ian lo siguió, y un momento después los dos estaban en el escenario, frente al salón parcialmente lleno.

—¿Alguna vez la has visto? —preguntó Al.

—La veo todo el tiempo.

—Quiero decir, en realidad. En persona. Es decir, de carne y hueso.

—Por supuesto que no —dijo Ian. Ese era el punto de tener éxito, de llegar a la Casa Blanca. La verían realmente, no sólo la imagen de tele, no sería ya más una fantasía, sería verdadero.

—Yo la vi una vez —dijo Al—. Acababa de colocar el lote, la Jungla de Carcachas No 3, en la avenida comercial principal de Shreveport, Louisiana. Era temprano en la mañana, como las ocho. Vi autos oficiales que venían; naturalmente pensé que era la policía; empecé a despegar. Pero no era. Era un desfile de autos, con Nicole en él, que iba a dedicar un nuevo edificio de departamentos, el más grande que se ha construido.

—Sí —dijo Ian—. El Paul Bunyan —El equipo de fútbol de Abraham Lincoln jugaba cada año contra su equipo, y siempre perdía. El Paul Bunyan tenía cerca de diez mil residentes, y todos ellos provenían de la clase administrativa; era un edificio de departamentos exclusivo de miembros activos del Partido, con pagos mensuales únicos enormes.

—Deberías haberla visto —dijo Al pensativo mientras se sentaba frente a la audiencia, su garrafa sobre el regazo. Tanteó a la papuula con su pie; se había colocado bajo su asiento, fuera de la vista—. Sí —murmuró—, de veras deberías haberla visto. No es lo mismo que en tele, Ian. De veras que no.

Ian asintió. Había comenzado a sentirse aprehensivo, ahora; en pocos minutos serían presentados. Había llegado su prueba.

Viéndole agarrar su garrafa fuertemente, Al dijo:

—¿Uso la papuula o no? Tú decides —Levantó una ceja.

—Usala —dijo Ian.

—Bien —dijo Al, poniendo la mano dentro de su saco. Lentamente movió los controles. Y, saliendo de debajo de su asiento, la papuula rodó hacia adelante, sus antenas moviéndose en forma rara, sus ojos cruzándose y descruzándose.

Al momento la audiencia se puso alerta, la gente se inclinó hacia adelante para ver, algunos de ellos riendo con deleite.

—Miren —dijo un hombre excitado. Era el viejo Joe Purd, tan ansioso como un niño—. ¡Es la papuula!

Una mujer se puso de pie para ver con más claridad, y Ian pensó para sí, Todos quieren a la papuula. Nosotros ganaremos, toquemos la garrafa o no. ¿Y entonces qué? ¿Conocer a Nicole nos hará aun más infelices de lo que somos? ¿Es eso lo que sacaremos de este descontento masivo, sin esperanza? ¿Un dolor, una carestía que no puede ser nunca satisfecha en este mundo?

Era demasiado tarde para echarse atrás, ahora. La puertas de auditorio se habían cerrado y Don Klugman se estaba levantando de su asiento, golpeando la mesa para poner orden.

—Bien, gentes —dijo en su micrófono de solapa—. Vamos a tener una pequeña exhibición de talento, ahora mismo, los Hermanos Duncan y sus Garrafas Clásicas con un mosaico de melodías de Bach y Handel que deberían poner sus pies a bailar. —Sonrió de lado a Ian y Al, como diciendo, ¿Qué les parece esa introducción?

Al no le prestó atención; manipuló sus controles y miró pensativamente a la audiencia, luego al fin levantó su garrafa, miró a Ian y comenzó a golpetear con el pie. «La pequeña fuga en sol menor» abrió su mosaico, y Al comenzó a soplar la garrafa, emitiendo el vivaz tema.

Bum, bum, bum. Bum-bum bum-bum bum bum de dum. De bum, De bum, de de-de bum... Sus mejillas se pusieron rojas e hinchadas conforme soplabla.

La papuula vagó por el escenario, y luego bajó, con una serie de movimientos tontos e incómodos, hasta la primera fila de la audiencia. Había empezado a trabajar.

Las noticias colocadas en el tablero del boletín comunal afuera de la cafetería del Abraham Lincoln de que los Hermanos Duncan habían sido escogidos por el cazador de talentos para actuar en la Casa Blanca sorprendió a Edgar Stone. Leyó el anuncio una y otra vez, preguntándose cómo el pequeño, nervioso y encogido hombre se las había arreglado para hacerlo.

Ha habido trampa, se dijo Stone. Así como lo pasé en sus pruebas de política... ha conseguido a alguien más que le falsifique unos cuantos resultados en la línea de talento: él mismo había oído las garrafas; había estado presente en ese programa, y los Hermanos Duncan, Garrafas Clásicas, simplemente no eran así de buenos. Eran buenos, había que admitirlo... pero intuitivamente sabía que había algo más involucrado.

Muy dentro de sí sintió enojo, un resentimiento por haber falsificado la calificación de la prueba de Duncan. Yo lo puse en el camino del éxito, se dio cuenta Stone; yo lo salvé. Y ahora está camino a la Casa Blanca.

No era de extrañar que Duncan hubiera sacado una calificación tan pobre en el examen de política, se dijo Stone. Estaba ocupado practicando con su garrafa; no tiene tiempo para las realidades comunes y corrientes que los demás tenemos que enfrentar. Debe ser grandioso ser un artista, pensó Stone con amargura. Estás exento de todas las reglas, puedes hacer lo que quieras.

Seguro que me ha hecho quedar como un tonto.

Caminando a zancadas hacia el salón del segundo piso, Stone llegó a la oficina del piloto celeste del edificio; tocó el timbre y la puerta se abrió, mostrándole una vista del piloto celeste inmerso en su trabajo de escritorio, su cara arrugada de cansancio.

—Um, padre —dijo Stone—, me gustaría confesarme. ¿Tiene usted unos minutos? Es muy urgente para mi mente, mis pecados, quiero decir.

Rozando su frente, Patrick Doule asintió:

—Sssi —murmuró—. O llueve o diluvia; me han llegado diez residentes hoy hasta ahora, pidiendo usar el confesionario. Adelante. —Apuntó hacia la cámara que abría a su oficina—. Siéntese y enchúfese. Estaré escuchando mientras lleno estas formas 4-10 de Boise.

Lleno de furiosa indignación, sus manos temblando, Edgar Stone pegó los electrodos del confesionador en los puntos correctos de su cráneo, y entonces, tomando el micrófono, empezó a confesarse. Los tambores de cinta de la máquina giraban mientras hablaba.

—Movido por una falsa piedad —dijo—, violé una regla del edificio. Pero estoy preocupado principalmente no con el acto en sí sino con los motivos tras él; el acto es meramente el resultado de una falsa actitud hacia mis compañeros residentes. Esta persona, mi vecino el Sr. Duncan, salió muy mal en su reciente prueba polrel y yo lo vi expulsado de Abraham Lincoln. Me identifiqué con él porque inconscientemente me considero un fracasado, tanto como residente de este edificio como hombre, así que falsifiqué su calificación para indicar que había pasado. Obviamente, habrá que aplicar una nueva prueba polrel al Sr. Duncan y la que yo calificué tendrá que ser anulada. —Miró al piloto celeste, pero no hubo reacción.

Eso se hará cargo de Ian Duncan y su Garrafa Clásica, se dijo Stone.

Para entonces el confesionador había analizado su confesión; escupió una tarjeta, y Doyle se puso de pie cansadamente para recibirla. Luego de un cuidadoso estudio levantó la vista.

—Sr. Stone —dijo—, el punto de vista expresado aquí es que su confesión no es una confesión. ¿Qué es lo que realmente tiene en su mente? Regrese y comience de nuevo; usted no ha hurgado lo bastante hondo como para sacar el material genuino. Y le sugiero que empiece por confesar lo que confesó incorrectamente consciente y deliberadamente.

—No hay tal cosa —dijo Stone, pero su voz (incluso para él) sonaba endeble—. Tal vez pueda discutir esto con usted informalmente. Yo falsifiqué la calificación de la prueba de Ian Duncan. Ahora bien, mis motivos para hacerlo...

Doyle le interrumpió.

—¿No estará celoso de Duncan? Con lo de su éxito con la garrafa. ¿El premio Casa Blanca?

Se produjo un silencio.

—Podría ser —admitió Stone al fin—. Pero no cambia el hecho de que de a por derecho Ian Duncan no debería estar viviendo aquí, debería ser expulsado, independientemente de mis motivos. Mire en el Código de edificios de departamentos comunales. Sé que hay una sección que cubre una situación como ésta.

—Pero usted no puede salir de aquí —dijo el piloto celeste—, sin confesar; tendrá que satisfacer a la máquina. Usted está intentando forzar la expulsión de un vecino para satisfacer sus propias necesidades emocionales. Confiese eso, y entonces tal vez podamos discutir la regulación del código en lo que concierne a Duncan.

Stone gruñó y una vez más fijó los electrodos a su cráneo.

—Está bien —rechinó los dientes—. Odio a Ian Duncan porque es artísticamente dotado y yo no. Estoy dispuesto a ser examinado por un jurado de doce residentes de entre mis vecinos para ver cuál es la pena por mi pecado; ¡pero insisto que a Duncan se le haga

otra prueba polre! No cederé con esto; él no tiene derecho a vivir aquí entre nosotros. ¡Es moral y legalmente incorrecto!

—Al menos está siendo honesto, ahora —dijo Doyle.

—De hecho —dijo Stone—, yo disfruto la música de las bandas de garrafa; me gustó su música, la otra noche. Pero debo actuar del modo que creo conviene a los intereses comunales.

El confesionador, le pareció, hizo un bufido de escarnio cuando escupió una segunda tarjeta. Pero quizás era tan sólo su imaginación.

—Está usted profundizando —dijo Doyle, leyendo la tarjeta—. Mire esto —Le pasó la tarjeta a Stone—. Su mente es un motín de motivos confusos, ambivalentes. ¿Cuándo fue la última vez que se confesó?

Sonrojándose, Stone musitó:

—Creo que en agosto pasado. Pepe Jones era el piloto celeste entonces.

—Habrá que hacer un montón de trabajo con usted —dijo Doyle, encendiendo un cigarrillo y reclinándose en su sillón.

El número de apertura en su presentación en la Casa Blanca, habían decidido después de mucha discusión, sería la «Chaconna en re». A Al siempre le había gustado, a pesar de las dificultades involucradas, los silencios dobles y todo. Incluso pensar en la chaonna ponía nervioso a Ian. Deseó, ahora que había sido decidido, haberse sostenido en la más sencilla «Quinta suite para chelo sin acompañamiento». Pera era demasiado tarde. Al había mandado la información al Secretario de A y R (Artistas y repertorio) de la Casa Blanca, Harold Slezak.

—No te preocupes, te toca la segunda garrafa en esto. ¿Te importa ser segunda garrafa conmigo? —dijo Al.

—No —dijo Ian. Era un alivio, de hecho, Al tenían una parte mucho más difícil.

Afuera del perímetro de la Jungla de Carcachas N° 3 la papuula se movió, zigzagueando por la acera mientras se deslizaba, persiguiendo quedamente a un prospecto de venta. Sólo eran las diez de la mañana y todavía no había llegado nadie digno de atrapar. Hoy el lote se había posado en la sección montañosa de Oakland, California, entre las curvadas calles bordeadas de árboles de la mejor zona residencial. Al otro lado de la calle, frente al lote, Ian podía ver al Joe Louis, un edificio de departamentos de forma peculiar pero llamativo de un millar de unidades, en su mayoría ocupadas por Negros acomodados. El edificio, bajo sol de la mañana, lucía especialmente limpio y cuidado. Un guardia, con placa y pistola, patrullaba la entrada, deteniendo a cualquiera que tratara de entrar sin vivir allí.

—Slezak tiene que aprobar el programa —le recordó Al—. Tal vez Nicole no quiera oír la «chaonna»; ella tiene gustos muy especializados y cambian todo el tiempo.

En su mente Ian vio a Nicole, sentada en su enorme cama, con su camisón rosado y lleno de encajes, su desayuno en una bandeja a su lado mientras revisaba los programas que le presentaban para su aprobación. Ya ha oído de nosotros, pensó. Ella conoce nuestra existencia. En ese caso, en realidad existimos. Como un niño que tiene que tener a su madre vigilando lo que hace; estamos siendo traídos a la existencia, validados consensualmente, por la mirada de Nicole.

¿Y cuando aparte su mirada de nosotros, entonces qué? ¿Qué pasa con nosotros después? ¿Nos desintegramos, nos hundimos de nuevo en el olvido?

De vuelta, pensó, a átomos amorfos y aleatorios. Al lugar de donde vinimos... el mundo del no ser. El mundo en el que hemos estado todas nuestras vidas, hasta ahora.

—Y —dijo Al—, podría pedirnos un encore. Podría incluso solicitar una favorita en particular. Lo he investigado, y parece que algunas veces pide oír «El granjero feliz», de

Schumann. ¿Tienes eso presente? Mejor trabajamos «El granjero feliz», por si acaso. — Sopló unos cuantos tut tuts en su garrafa, pensativo.

—No puedo hacerlo —dijo Ian abruptamente—. No puedo continuar. Significa demasiado para mí. Algo irá mal; no la complaceremos y nos echarán a patadas. Y no seremos capaces de olvidarlo nunca.

—Mira —empezó Al—. Tenemos la papuula. Y eso nos da... —se detuvo. Un hombre mayor, alto y de hombros anchos vestido con un costoso traje azul de fibra natural con rayas finas venía por la acera—. Mi Dios, si es Luke en persona —dijo Al. Se veía asustado—. Sólo lo he visto dos veces antes en mi vida. Algo debe andar mal.

—Mejor retraes la papuula —dijo Ian. La papuula había empezado a moverse hacia Loony Luke.

Con una expresión perpleja en su cara, Al dijo:

—No puedo —Tocaba desesperado los controles de la papuula en su cintura—. No responde.

La papuula alcanzó a Luke, y Luke se agachó, la recogió y continuó hacia el lote, la papuula bajo el brazo.

—Ha tomado precedencia sobre mí —dijo Al. Miró a su hermano aturdido.

La puerta de la pequeña estructura se abrió y entró Luke.

—Recibimos un reporte de que has estado usando esto en tu tiempo libre, para propósitos personales —le dijo a Al, con voz grave y queda—. Se te dijo que no lo hicieras, las papuulas pertenecen a los lotes, no a los operadores.

—Oh, vamos, Luke —dijo Al.

—Deberías despedirte —dijo Luke—, pero eres un buen vendedor, así que te retendré por un tiempo. Mientras tanto, tendrás que llenar tu cuota sin ayuda —Agarrando más fuerte la papuula, empezó a retirarse—. Mi tiempo es valioso, tengo que irme. —Vio la garrafa de Al—. Ese no es un instrumento musical, es algo para echar whisky dentro.

—Escucha, Luke, —dijo Al— esto es publicidad. Tocar para Nicole significa que la red de Junglas de Carcachas aumentará de prestigio, ¿captaste?

—Yo no quiero prestigio —dijo Luke, deteniéndose en la puerta—. No le organizo fiestas a Nicole Thibodeaux. Que ella dirija la sociedad en la forma que quiera y yo dirigiré las junglas del modo que yo quiera. Ella me deja en paz y no la dijo en paz y así está bien para mí. No lo revuelvas. Dile a Slezak que no puedes presentarte y olvida el asunto, ningún hombre adulto en sus cinco sentidos soplaría en una botella vacía, de todos modos.

—Pero allí es donde estás equivocado —dijo Al—. Puede hallarse arte en las formas más mundanas y cotidianas de la vida, como estas garrafas, por ejemplo.

—Ahora no tienes una papuula para ablandar a la Primera Familia para ti. Mejor piensa en ello... ¿de veras esperas lograrlo sin la papuula? —dijo Luke, escarbándose los dientes con un palillo de plata.

Luego de una pausa Al le dijo a Ian:

—Él tiene razón. La papuula lo hizo por nosotros. Pero, diablos, vayamos de todos modos.

—Tienes agallas —dijo Luke—. Pero no sentido común. Aun así, no me queda más remedio que admirarte. Puedo ver por qué has sido un vendedor de primera para la organización, no te rindes. Toma la papuula la noche que toques en la Casa Blanca y devuélvela la mañana siguiente —Le lanzó la criatura redonda y de ojos saltones a Al. Atrapándola, Al la apretó contra su pecho como una gran almohada. No le gustamos a Nicole. Demasiada gente se le ha escapado de entre los dedos por nuestra culpa; somos una gotera en la estructura de mamá y mamá lo sabe—. Sonrió, mostrando dientes de oro.

—Gracias, Luke —dijo Al.

—Pero yo operaré la papuula —advirtió Luke—. Por control remoto. Soy un poco más diestro que tú, después de todo, yo las construí.

—Seguro —respondió Al—. Tendré las manos ocupadas tocando, de todos modos.

—Sí —dijo Luke—, necesitarás ambas manos para esa botella.

Algo en el tono de Luke puso a Ian Duncan incómodo. ¿Qué estará tramando? se preguntó. Pero en cualquier caso él y su hermano no tenían opción; tenían que tener a la papuula trabajando para ellos. Y sin duda Luke podía hacer un buen trabajo operándola, ya había demostrado su superioridad sobre Al, justo ahora, y como dijo Luke, Al estaría ocupado soplando su garrafa. Pero aun así...

—Loony Luke —preguntó Ian— ¿alguna vez te has reunido con Nicole? —Fue un pensamiento repentino de su parte, una intuición repentina.

—Seguro —dijo Luke sin perturbarse—. Hace años. Tenía algunos títeres de mano, mi papá y yo viajábamos por ahí presentando espectáculos de títeres. Finalmente nos presentamos en la Casa Blanca.

—¿Qué pasó allí? —preguntó Ian.

Luke, luego de una pausa, respondió:

—No le interesamos. Dijo algo acerca de que los títeres eran indecentes.

Y tú la odias, se dio cuenta Ian. Nunca la perdonaste.

—¿Lo eran? —le preguntó a Luke.

—No —respondió Luke—. Es cierto, uno de los actos era de desnudo, teníamos títeres coristas. Pero nadie nunca lo objetó. Fue muy duro para mi papá pero a mí no me importó. —Su cara estaba imperturbable.

—¿Era Nicole la Primera Dama hace tanto tiempo? —preguntó Al.

—Oh, sí —dijo contestó—. Ella ha ocupado el cargo durante setenta y tres años, ¿no lo sabían?

—Eso es imposible —dijeron Al e Ian, casi al unísono.

—Seguro que lo es—, dijo Luke—. Ella es realmente vieja, ahora. Una abuela. Pero todavía luce bien, supongo. Lo sabrán cuando la vean.

Anonadado, Ian dijo:

—En la televisión...

—Oh, sí —concordó Luke—. En la tele luce como de veinte. Pero busquen en los libros de historia por sí mismos, dñense cuenta. Los hechos están todos allí.

Los hechos, se dio cuenta Ian, no significan nada cuando tú puedes ver con tus propios ojos que ella luce más joven que nunca. Y nosotros lo vemos cada día.

Luke, estás mintiendo, pensó. Lo sabemos, todos lo sabemos. Mi hermano la vio, Al lo habría dicho, si de veras fuera así. La odias, ese es tu motivo. Sacudido, le volvió la espalda a Luke, no queriendo tener que ver nada con el hombre, ahora. Setenta y tres años en el cargo; eso significaría que Nicole tenía casi noventa, ahora. Se estremeció con la idea, la bloqueó fuera de su mente. O al menos trató de hacerlo.

—Buena suerte chicos —se despidió Luke, masticando su palillo de dientes.

Mientras dormía, Ian Duncan tuvo un terrible sueño. Una odiosa mujer vieja con garras verduscas y retorcidas lo rasguñaba, gimoteándole que hiciera algo; no sabía qué era porque su voz, sus palabras, eran borrosas hasta ser indistinguibles, tragadas por su boca de dientes quebrados, perdidas en el hilo de saliva retorcido que le bajaba hasta la barbilla. Luchaba por liberarse.

—Por Cristo —le llegó la voz de Al—. Despierta, tenemos que poner el lote el movimiento, se supone que estemos en la Casa Blanca en tres horas.

Nicole, se dio cuenta Ian mientras se sentaba adormilado. Era ella en la que había soñado, anciana y gastada, pero todavía ella.

—Está bien —murmuró mientras se levantaba inseguro del camastro—. Escucha, Al —dijo—, ¿supón que ella es vieja, como dijo Luke? ¿Y entonces qué? ¿Qué haremos?

—Tocaremos —dijo Al—. Tocaremos nuestras garrafas.

—Pero no podría pasar por eso —dijo Ian—. Mi habilidad para ajustarse es demasiado frágil. Esto se está convirtiendo en una pesadilla; Luke controla la papuula y Nicole es vieja, ¿qué sentido tiene continuar? ¿No podríamos volver a verla solamente en la tele y tal vez por una vez en nuestra vida a gran distancia, como hiciste tú en Shreveport? Eso es suficiente para mí, ahora. Eso quiero, la imagen, ¿bien?

—No —dijo Al obstinadamente—. Tenemos que terminar esto. Recuerda, siempre puedes emigrar a Marte.

El lote se había elevado ya, se estaba moviendo hacia la costa este y Washington, D.C.

Cuando aterrizaron, Slezak, un individuo rotundo, pequeño y activo, los recibió calurosamente; estrechó sus manos mientras caminaban hacia la entrada de servicio de la Casa Blanca.

—Su programa es ambicioso —les dijo, rebosante—, pero si pueden cumplirlo, está bien conmigo, con nosotros acá, la Primera Dama quiero decir, y en particular la Primera Dama que es activamente entusiasta de todas las formas de arte original. De acuerdo con sus datos biográficos ustedes hacen un estudio comprensivo de las grabaciones discográficas primitivas de los tempranos mil novecientos, tan temprano como 1920, de las bandas de garrafas que sobrevivieron a la guerra civil, así que son auténticos garrafistas, excepto por supuesto porque tocan música clásica, no folklórica.

—Si señor —aseguró Al.

—¿Podrían ustedes, sin embargo, meter algún número folklórico? —preguntó Slezak mientras pasaban los guardas en la entrada de servicio y entraban en la Casa Blanca, por el largo y alfombrado corredor con sus candelas artificiales colocadas a intervalos—. Por ejemplo, les sugerimos «Rockabye My Sarah Jane». ¿Tienen esa en sus repertorio? Si no...

—La tenemos —dijo Al cortante—. La añadiremos cerca del final.

—Bien —dijo Slezak, empujándoles amablemente delante suyo—. Ahora, ¿podría preguntarles qué es esta criatura que van cargando? —Miró a la papuula con algo menos que entusiasmo—. ¿Está viva?

—Es nuestro animal tótem —dijo Al.

—¿Quieren decir un hechizo supersticioso? ¿Una mascota?

—Exacto —afirmó Al—. Con ella calmamos la ansiedad. —Dio unos golpecitos en la cabeza de la papuula—. Y es parte de nuestro acto, baila mientras tocamos. Ya sabe, como un mono.

—Bueno, pues que me condenen —dijo Slezak, recuperando su entusiasmo—. Ya veo. Nicole estará encantada, ella adora las cosas suaves y peludas. —Sostuvo una puerta abierta delante de ellos.

Y allí estaba ella sentada.

¿Como podía estar Luke tan equivocado? Pensó Ian. Era incluso más adorable que en la tele, y muy distinta; esa era la diferencia principal, la fabulosa autenticidad de su apariencia, su realidad para los sentidos. Los sentidos sabían la diferencia. Allí estaba sentada, con pantalones de algodón azul desteñido, mocasines en sus pies, una camisa blanca abotonada descuidadamente a través de la cual podía ver —o imaginaba que podía ver— su piel bronceada, suave... qué informal era, pensó Ian. Careciendo de toda pretensión o exhibicionismo. Su pelo corto, exponiendo su nuca y orejas bellamente formadas. Y, pensó, tan condenadamente joven. Parecía no tener ni veinte. Y la vitalidad. La tele no podía captarlo, el delicado brillo de color todo a su alrededor.

—Nicky —dijo Slezak—, estos son los garrafistas clásicos.

Ella volvió a ver para arriba, de lado; había estado leyendo un periódico. Entonces sonrió:

—Buenos días —dijo—. ¿Ya desayunaron? Podríamos servirles algo de tocino canadiense y panecillos horneados y café, si quieren. —Su voz, extrañamente, no parecía provenir de ella; se materializaba desde la parte superior de la habitación, casi en el cielo raso. Viendo hacia allí, Ian vio un grupo de altavoces y se dio cuenta de que una barrera de vidrio los separaba de Nicole, una medida de seguridad para protegerla. Se sintió decepcionado y aun así comprendió por qué era una necesidad. Si algo le ocurriera...

—Ya comimos, Sra. Thibodeaux —dijo Al—. Gracias —El, también, miraba hacia los altavoces.

Ya comimos, Sra. Thibodeaux, pensó Ian locamente. ¿No es más bien totalmente al revés? ¿No está ella, sentada allí con sus pantalones azules y su camisa de algodón, no está ella devorándonos?

Ahora el Presidente, Taufic Negal, un hombre oscuro, delgado, pulcro, entró y se colocó detrás de Nicole, y ella levantó su cara hacia él y dijo:

—Mira, Taffy, tienen una de esas papuulas, ¿no te parece divertido?

—Sí —dijo el Presidente, de pie junto a su esposa.

—¿Podría verla? —le pidió Nicole a Al—. Déjenla venir acá. —Hizo una señal, y la pared de vidrio comenzó a levantarse.

Al dejó caer la papuula y ella se deslizó hacia Nicole, por debajo de la barrera de seguridad levantada, brincó, y de pronto Nicole la sostuvo con sus fuertes manos, mirándola intensamente.

—Diantre —dijo—, no está viva, es sólo un juguete.

—Ninguna sobrevivió —dijo Al—. Hasta donde sabemos. Pero este es un modelo auténtico, basado en remanentes encontrados en Marte. —Dio un paso hacia ella...

La barrera de vidrio volvió a colocarse en su lugar. Al quedó separado de la papuula y allí se quedó, boquiabierto como un tonto, aparentemente muy contrariado. Entonces, como por instinto, tocó los controles en su cintura. No ocurrió nada por un rato, y entonces, al fin, la papuula se estremeció. Se deslizó de las manos de Nicole y saltó de nuevo al suelo. Nicole exclamó sorprendida, sus ojos brillantes.

—¿La quieres, querida? —preguntó su esposo—. Podemos indudablemente conseguirte una, incluso varias.

—¿Que hace? —le preguntó Nicole a Al.

Slezak barbotó:

—Baila, madam, cuando ellos tocan, tiene ritmo en sus huesos ¿correcto, Sr. Duncan? Tal vez podrían ustedes tocar algo ahora, una pieza cortita, para mostrarlo a la Sra. Thibodeaux. —Se restregó las manos. Al e Ian se volvieron a ver.

—S-seguro —afirmó Al—. Ah, podríamos tocar algo de Schubert, ese arreglo de «La trucha». Bueno, Ian, prepárate. —Desabotonó la cubierta protectora de su garrafa, le levantó y la sostuvo incómodamente. Ian hizo lo mismo—. Este es Al Duncan, en la primera garrafa —dijo Al—. Y a mi lado está mi hermano en la segunda garrafa, trayéndoles un concierto de favoritos clásicos, comenzando con un poquito de Schubert — Y entonces, a una señal de Al, ambos comenzaron a tocar.

Bump bump-bump BUMP-BUMP buuump, bump, ba-bumpo bumpo bup-bup-bup-bup-bupppp. Nicole se rió.

Hemos fracasado, pensó Ian. Dios, ha ocurrido lo peor: somos ridículos. Dejó de tocar; Al continuó, sus mejillas rojas e infladas con el esfuerzo de tocar. Parecía no darse cuenta de que Nicole sostenía su mano delante de su boca para tapar la risa, lo que le divertían ellos y sus esfuerzos. Al siguió tocando, solo, hasta terminar la pieza, y entonces él, también, bajó su garrafa.



—La papuula —dijo Nicole, tan inalteradamente como le fue posible—. No bailó. Ni un pequeño paso; ¿por qué no? —Y de nuevo rió, incapaz de detenerse.

Al dijo tiesamente:

—Yo... no tengo control sobre ella, está bajo control remoto, justo ahora—. Dirigiéndose a la papuula, dijo— Mejor bailas.

—Oh, de veras, esto es maravilloso —dijo Nicole—. Mira —se dirigió su esposo—, tiene que rogarle que baile. Baila, cualquiera que sea tu nombre, cosa-papuula de Marte, o más bien imitación de cosa-papuula de Marte —Punzó a la papuula con la punta de su mocasín, tratando de animarla—. Vamos, pequeña y antigua criatura sintética y linda, hecha toda de alambres. Por favor —La papuula saltó hacia ella. La mordió.

Nicole chilló. Sonó un agudo pop detrás de ella, y la papuula se desvaneció hecha partículas que giraban. Una guardia de seguridad de la Casa Blanca apareció, su rifle en las manos, mirándola intensamente y a las partículas flotantes; su cara estaba calmada pero sus manos y el rifle temblaban. Al comenzó a maldecirse, repitiendo las palabras una y otra vez, las mismas tres o cuatro, sin parar.

—Luke —dijo entonces, a su hermano—. Lo hizo. Venganza. Es nuestro fin —Se veía gris, agotado. Reflexivamente comenzó a empacar su garrafa una vez más, pasando por los movimiento paso a paso.

—Están bajo arresto —vociferó un segundo guardia de la Casa Blanca, apareciendo detrás de ellos y apuntando su rifle hacia ambos.

—Seguro —lo tranquilizó Al como de piedra, su cabeza asintiendo, oscilando vacuamente—. No tuvimos nada que ver con ello, así que arréstenos.

Poniéndose de pie con la ayuda de su esposo, Nicole caminó hacia Al e Ian.

—¿Me mordió porque me reí? —preguntó con voz queda.

Slezak estaba parado allí secándose la frente. No dijo nada; sólo los miraba sin verlos.

—Lo siento —dijo Nicole—. ¿Le hice enojar, no? Es una lástima, habíamos disfrutado su acto.

—Luke lo hizo —dijo Al.

—«Luke» —Nicole le estudió—. Loony Luke, quieres decir. Es el dueño de esas terribles junglas de carcachas que van y vienen a sólo un paso de la ilegalidad. Sí, sé a quién te refieres, lo recuerdo —y mirando a su marido— Supongo que mejor lo hacemos arrestar.

—Lo que digas —convino su esposo, escribiendo en un talón de papel.

—Todo este asunto de las garrafas... ¿era sólo una cubierta para un acto hostil hacia nosotros, no? Un crimen contra el estado. Vamos a tener que revisar la filosofía completa de invitar ejecutantes aquí... quizás ha sido un error. Le da demasiado acceso a cualquiera que tenga intenciones hostiles hacia nosotros. Lo siento —Se veía triste y pálida, ahora, cruzó los brazos y se quedó balanceándose hacia atrás y adelante, pérdida en sus pensamientos.

—Créeme, Nicole... —empezó Al.

Introspectivamente, ella comenzó a hablar:

—Yo no soy Nicole; no me llames así. Nicole Thibodeaux murió hace años. Yo soy Kate Rupert, la cuarta que toma su lugar. Soy sólo una actriz que luce lo bastante como la Nicole Original como para poder mantener su puesto, y a veces deseo, cuando pasa algo como esto, no tenerlo. Hay un Consejo en alguna parte que gobierna... ni siquiera los he visto nunca —A su esposo le preguntó—, ¿Ellos saben acerca de esto, no?

—Sí —afirmó—, ya fueron informados.

—Ya ven —le dijo a Al—, él, incluso el Presidente, tiene de hecho más poder que yo—. sonrió apagadamente.

—¿Cuántos atentados ha habido contra tu vida? —inquirió Al.

—Seis o siete —murmuró ella—. Todos por razones psicológicas. Complejos de Edipo sin resolver o algo por el estilo. En realidad no me importa. —Se volvió hacia su marido, entonces—. La verdad creo que esos dos hombres, allí... —Señaló hacia Al e Ian—. No parecen saber qué ocurre, tal vez son inocentes. —A su esposo y a Slezak y al guardia de seguridad les dijo— ¿Tienen que ser destruidos? No veo por qué no pueden sólo erradicar una parte de sus células de memoria y dejarlos ir. ¿Por qué no hacen eso?

Su esposo se encogió de hombros.

—Si quieres que sea de ese modo.

—Sí —aseguró ella—. Preferiría eso. Haría mi trabajo mas fácil. Llévenlos al centro médico en Bethesda y luego déjenlos ir; démosle una audiencia a los próximos ejecutantes.

Un guardia de seguridad empujó a Ian en la espalda con su pistola.

—Bajando por el corredor, por favor.

—Está bien —murmuró Ian, agarrando su garrafa—. ¿Pero qué pasó? se preguntó. No lo entiendo del todo. Esta mujer no es Nicole y lo que es peor, ya no hay más Nicole en ninguna parte; es sólo la imagen de televisión, la ilusión, y tras ella, detrás de ella, manda otro grupo por completo. Un Consejo de alguna clase. ¿Pero quiénes son ellos y cómo llegan al poder? ¿Alguna vez les conoceremos? Llegamos tan lejos; casi parecemos saber lo que ocurre. La realidad tras la ilusión... ¿No pueden contarnos el resto? ¿Que diferencia haría ahora? ¿Cómo...?

—Adiós —le estaba diciendo Al.

—¿Qué? —lo miró, horrorizado—. ¿Por qué dices eso? ¿Nos van a dejar ir, no?

—No recordaremos quién es el otro. Tienes mi palabra; no se nos permitirá mantener ningún lazo como ese. Así que... —Le tendió la mano—. Así que adiós, Ian. Logramos llegar a la Casa Blanca. Tampoco recordarás eso, pero es cierto, lo logramos. —Sonrió torcidamente.

—Muévanse —les conminó el guardia de seguridad.

Sosteniendo sus garrafas, los dos caminaron bajando por el corredor, hacia la puerta y la ambulancia médica negra que estaba al final.

Era de noche, e Ian Duncan se encontró en la esquina desierta de una calle, frío y temblando, parpadeando bajo la luz blanca de la plataforma de carga de un monorriel urbano. ¿Que estoy haciendo aquí?, se preguntó, confundido. Miró su reloj de pulsera; eran las ocho en punto. ¿Se supone que esté en la Reunión de Todas las Almas, no? pensó confundido.

No puedo perderme otra, se dio cuenta. Dos seguidas; es una multa terrible, es la ruina económica. Empezó a caminar.

El edificio familiar, el Abraham Lincoln con toda su red de torres y ventanas, yacía extendido adelante; no estaba lejos y se apresuró, respirando profundamente, tratando de mantener un buen paso uniforme. Debe haber terminado, pensó. Las luces del gran auditorio subterráneo central no estaban prendidas. Maldita sea, resopló con desesperación.

—¿Todas las Almas acabó? —preguntó al portero mientras entraba en el lobby, sosteniendo su identificación en alto.

—Está un poco confundido, Sr. Duncan —dijo el portero, guardando su pistola—. Todas las Almas fue anoche, hoy es viernes.

Algo anda mal, se dio cuenta Ian. Pero no dijo nada; sólo asintió y corrió hacia el elevador.

Cuando salía del elevador en su propio piso, se abrió una puerta y una figura furtiva lo llamó:

—Hey, Duncan.

Era Corley. Cuidadoso, porque un encuentro así podía ser desastroso, Ian se le acercó.

—¿Qué ocurre?

—Un rumor —le informó Corley rápido, con una voz llena de temor—. Sobre tu última prueba polrel; alguna irregularidad. Van a levantarte a las cinco o a las seis mañana y aplicarte un quiz sorpresa. —Miró arriba y abajo del corredor— Estudia los tardíos ochentas y los movimientos religio-colectivistas en particular. ¿Lo tienes?

—Seguro —dijo Ian, con gratitud—. Y muchísimas gracias. Tal vez pueda hacer lo mismo... —Se interrumpió, porque Corley había corrido a meterse de vuelta en su propio departamento y cerrado la puerta; Ian estaba solo.

Ciertamente muy gentil de su parte, pensó mientras seguía caminando. Probablemente me salvó el pellejo, de ser expulsado a la fuerza de aquí para siempre.

Cuando llegó a su departamento se puso confortable, con todos sus libros de referencia sobre la historia política de los Estados Unidos abiertos a su alrededor. Estudiaré toda la noche, decidió. Porque tengo que ganar ese quiz, no tengo opción.

Para mantenerse despierto, encendió la tele. En ese momento el cálido y familiar ser, la presencia de la Primera Dama, fluyó en movimiento y empezó a llenar la habitación.

—...y en nuestro espectáculo musical de esta noche, —estaba diciendo—, tendremos un cuarteto de saxofón que interpretará temas de las óperas de Wagner, en particular de mi favorita, «Die Maistersinger». Creo que verdaderamente encontraremos es una profundamente gratificante y ciertamente enriquecedora experiencia digna de atesorar. Y, después de todo, mi esposo el Presidente y yo hemos dispuesto traerles de nuevo un viejo favorita suyo, el chelista de renombre mundial, Henri LeClercq, con un programa de Jerome Kern y Cole Potter. —Sonrió, y en su pila de libros de referencia, Ian Duncan sonrió de vuelta.

Me pregunto cómo sería tocar en la Casa Blanca, se dijo. Actuar ante la Primera Dama. Lástima que nunca aprendí a tocar ningún tipo de instrumento musical. No puedo actuar, ni escribir poemas, bailar o cantar; nada. Así que, ¿qué esperanza hay para mí? Ahora, que si viniera de una familia musical, si hubiera tenido un padre o hermanos que me enseñaran cómo...

Sombrío, garabateó unas pocas notas sobre el levantamiento del Partido Fascista Cristiano Francés de 1975. Y luego, atraído como siempre por el aparato de televisión, dejó su pluma y se volvió a ver el aparato. Nicole estaba ahora exhibiendo una pieza de mosaico de Delft que había recogido, explicó, en una pequeña tienda en Vermont. Qué colores pálidos tan deliciosos tenía... miró, fascinado, cómo sus fuertes, delgados dedos acariciaban la lustrosa superficie de lustre negro del mosaico.

—Vean el mosaico —murmuraba Nicole con su voz profunda—. ¿No desearían tener un mosaico como este? ¿No es adorable?

—Sí.

—¿A cuántos de ustedes les gustaría ver algún día un mosaico de estos? —preguntó Nicole—. Levanten sus manos.

Ian levantó su mano esperanzado.

—Oh, un verdadero montó de ustedes —dijo Nicole, con su sonrisa radiante, íntima—. Bueno, tal vez más tarde tendremos otro tour de la Casa Blanca. ¿Les gustaría?

Ian brincaba arriba y abajo en su sillón.

—Sí, me gustaría.

En la pantalla de la TV ella sonreía directamente hacia él, parecía. Y así él devolvió la sonrisa. Y luego, reluciente, sintiendo que un gran peso descendía sobre él, por fin regresó a sus libros de referencia. De vuelta a las duras realidades de su diaria, interminable vida.

En la ventana de su apartamento algo golpeteó y una voz lo llamó quedamente.

—Ian Duncan, no tengo mucho tiempo.

Volviéndose, miró hacia afuera, en la oscuridad de la noche, una figura flotando, una construcción con forma como de huevo cerniéndose. Dentro de ella un hombre le hacía señas enérgicamente, llamando todavía. El huevo produjo un sonido sordo de putt-putt, sus cohetes apagándose mientras el hombre abría de una patada la esclusa del vehículo y se levantaba para salir.

—¿Vienen ya por mí para este quiz? —se preguntó Ian Duncan. Se puso de pie, sintiéndose desvalido. Tan pronto... no estoy listo, todavía.

Enojado, el hombre del vehículo volvió los jets hasta que el fuego blanco y constante de su escape se encontró con la superficie del edificio; el cuarto tembló y cayeron trozos de recubrimiento. La ventana colapsó cuando el calor de las turbinas pasó por ella. Por el boquete expuesto el hombre gritó una vez más, tratando de atraer las facultades de Ian Duncan.

—¡Hey, Duncan! ¡Apresúrate! ¡Ya tengo a tu hermano; va de camino en otra nave! —El hombre, mayor, vistiendo un costoso traje azul de fibra natural con líneas delgadas, se bajó con destreza del vehículo con forma de huevo que flotaba y cayó de pie en la habitación—. Tenemos que ir yéndonos si queremos lograrlo. ¿No me recuerdas? Tampoco Al. Chico, me quito el sombrero ante ellos.

Ian Duncan lo miró, preguntándose quién era y quién era Al y qué estaba ocurriendo.

—Los sicólogos de Mamá hicieron un buen, buen trabajo con ustedes—, jadeó el hombre mayor —Esa Bethesda; debe ser todo un lugar. Espero que nunca me lleven allí—. Vino hacia Ian, lo atrapó por el hombro. —La policía está cerrando todas mis junglas de carcachas; tengo que largarme a Marte y los llevo conmigo. Trata de componerte; yo soy Loony Luke; tú no me recuerdas pero lo harás cuando estemos todos en Marte y veas de nuevo a tu hermano. Vamos—. Luke lo empujó hacia el boquete en la pared de la habitación, donde una vez estuvo la ventana, y hacia el vehículo; era llamado carcacha, cayó en cuenta Ian, lo que flotaba más allá.

—Está bien —dijo Ian, preguntándose qué podría llevar consigo. ¿Qué necesitaría en Marte? ¿Cepillo de dientes, pijamas, un abrigo grueso? Miró apresuradamente a su alrededor en el departamento, una última mirada. A lo largo sonaban las sirenas de la policía.

Luke se encaramó de vuelta en la carcacha, e Ian lo siguió, asiéndose de la mano extendida del hombre mayor. El piso de la carcacha estaba lleno de criaturas anaranjadas de ojos saltones que se arrastraban, cuyas antenas se agitaban hacia él. Papuulas, recordó, o algo parecido.

Ahora estarás bien, estaban pensando las papuulas. No te preocupes, Loony Luke te sacó a tiempo, apenas a tiempo. Ahora sólo relájate.

—Sí —dijo Ian. Se recostó contra el costado de la carcacha y se relajó; por primera vez en muchos años se sintió en paz.

La nave salió disparada hacia arriba, dentro del vacío de la noche y hacia el nuevo planeta que estaba más allá.

## **Philip K. Dick - ORFEO CON PIES DE ARCILLA**

En las oficinas de Asesores Concord para el Servicio Militar, Jesse Slade miraba por la ventana hacia abajo en la calle, observando todo lo que negaba su camino hacia la libertad, flores y hierba, la oportunidad de un camino largo y desconocido hacia nuevos lugares. Suspiró.

—Perdón, señor —murmuró disculpándose el cliente que estaba al otro lado de su escritorio—. Creo que lo estoy aburriendo.

—En lo absoluto —dijo Slade, tomando conciencia una vez más de sus imperiosos deberes—. Veamos...—. Examinó los papeles con los que su cliente, un tal Walter Grossbein, se presentaba ante él. —Cree usted, señor Grossbein, que su oportunidad más favorable para evitar el servicio militar tiene que ver con un problema crónico de audición disminuida diagnosticada con anterioridad por médicos civiles como una laberintitis aguda. Hmmm—. Slade estudió los documentos pertinentes.

Sus deberes, los cuales no disfrutaba, consistían en localizar formas de evitarle a sus clientes presentarse ante el servicio militar. La guerra contra las Cosas no había sido llevada a cabo de la manera más adecuada en los últimos tiempos; se habían reportado demasiados accidentes desde la región de Próxima... y con estos reportes se habían disparado los negocios para los Asesores Concord para el Servicio Militar.

—Señor Grossbein —dijo Slade, pensativamente—, he notado que cuando usted entró en mi oficina tendía a desviarse hacia un lado al caminar.

—¿Lo hice? —preguntó el señor Grossbein, sorprendido.

—Sí, y me he dicho, este hombre tiene un severo daño en su sentido del equilibrio. Pues sabrá, señor Grossbein, que eso se relaciona con el oído. La audición, desde una perspectiva evolutiva, es un desarrollo del sentido del equilibrio. Algunas criaturas acuáticas de orden inferior incorporan un grano de arena y lo emplean como punto de referencia dentro de sus fluidos corporales, y gracias a este método pueden decir si suben o bajan.

—Creo que entiendo —dijo el señor Grossbein.

—Dígalo, entonces —dijo Jesse Slade.

—Yo... frecuentemente me voy hacia un lado u otro mientras camino.

—¿Y por las noches?

El señor Grossbein frunció el ceño, y entonces dijo lleno de felicidad:

—Yo, eh, encuentro casi imposible orientarme en la noche, en la oscuridad, cuando no puedo ver.

—Bien —dijo Jesse Slade, y comenzó a escribir sobre la forma B-30 del servicio militar de su cliente—. Creo que esto hará que lo eximan —dijo.

Felizmente, el cliente dijo:

—No puedo agradecerle lo suficiente.

Oh, claro que puede, pensó Jesse Slade para sí mismo. Nos puede agradecer con la cantidad de cincuenta dólares. Después de todo, sin nuestra ayuda sería un pálido cuerpo sin vida en algún barracón de algún distante planeta, no muy lejos de ahora.

Y, pensando en planetas distantes, Jesse Slade sintió una vez más el anhelo. La necesidad de escapar de su pequeña oficina y del proceso de tratar con clientes adinerados a los que tenía que enfrentar, día tras día.

Debe haber otra vida aparte de esta, se dijo Slade. ¿Acaso esto es todo lo que hay en mi existencia?

A través de su ventana un anuncio de neón brillaba allá abajo en la calle día y noche. Proyecto Musa, se leía en el anuncio, y Jesse Slade sabía lo que significaba. Voy a ir allí,

se dijo. Hoy. A la hora del café de las diez y media; ni siquiera voy a esperar la hora del almuerzo.

Mientras se ponía su abrigo, el señor Hnatt, su supervisor, entró en la oficina y dijo:

—Slade, ¿qué hay de nuevo? ¿Por qué esa mirada de fiera atrapada?

—Verá, voy a salir, señor Hnatt —le dijo Slade—. A escapar. Le he dicho a quince mil hombres cómo escapar del servicio militar; ahora es mi turno.

El señor Hnatt le palmeó su espalda.

—Buena idea, Slade; ha trabajado demasiado. Tómese unas vacaciones. Tome un viaje por el tiempo y viva una aventura en alguna civilización distante... le hará bien.

—Gracias, señor Hnatt —dijo Slade—. Haré exactamente eso. —Y dejó su oficina tan pronto como sus pies pudieron llevárselo fuera del edificio y abajo a la calle hacia el brillante anuncio de neón de Proyecto Musa.

La chica atrás de la caja, de pelo rubio, con ojos grandes y verdes y una figura que lo impresionó por su ingeniería, su suspensión, por así decirlo, le sonrió y dijo:

—El señor Manville lo verá en un momento, señor Slade. Por favor, permanezca sentado. Encontrará auténticos Harper's Weekly del siglo diecinueve sobre la mesa, ahí. —Y agregó—: Y algunos Mad del siglo veinte, esos grandes clásicos satíricos de la calidad de Hogarth.

De manera tensa, el señor Slade se sentó y trató de leer; encontró un artículo en el Harper's Weekly diciendo que la construcción del Canal de Panamá era imposible y que ya casi había sido abandonada por los diseñadores franceses... esto retuvo su atención por un momento (el razonamiento era tan lógico, tan convincente) pero después de unos breves momentos, su antiguo tedio y su inquietud, como una niebla crónica, retornaron. Levantándose, una vez más se aproximó al escritorio.

—¿No ha llegado el señor Manville todavía? —preguntó con esperanza.

Atrás de él una voz masculina dijo:

—Usted, ahí en la caja.

Slade dio la vuelta. Y se encontró frente a un hombre alto y de cabello oscuro, con una intensa expresión, los ojos ardiendo.

—Usted —dijo el hombre—, está en el siglo equivocado.

Slade tragó saliva.

Acercándose hacia él, el hombre de cabello oscuro dijo:

—Soy Manville, señor. —Extendió su mano y estrecharon ambas. —Debe irse —dijo Manville—, ¿Lo entiende, señor? Tan pronto como sea posible.

—Pero yo quiero emplear sus servicios —murmuró Slade.

Los ojos de Manville brillaron.

—Quiero decir que debe irse al pasado. ¿Cuál es su nombre? —Hizo un gesto con gran énfasis—. Espere, me está llegando. Jesse Slade, de Concord, calle arriba, allá.

—Correcto —dijo Slade impresionado.

—Muy bien, ahora a los negocios —dijo el señor Manville—. A mi oficina. —Dirigiéndose a la chica excepcionalmente bien construida de la caja, dijo: —Que nadie nos moleste, señorita Frib.

—Sí, señor Manville —dijo la señorita Frib—. Me encargaré de ello, no tema, señor.

—Lo sé, señorita Frib. —El señor Manville condujo a Slade al interior de una oficina bien amueblada. Viejos mapas e impresiones decoraban las paredes; los muebles... Slade miró atónito. De la etapa Americana Temprana, con clavijas de madera en lugar de clavos. Arce de Nueva Inglaterra, toda una fortuna.

—Todo está bien... —comenzó a decir.

—Sí, puede sentarse en esa silla de Director —le dijo el señor Manville—. Pero tenga cuidado; lo puede tumbar si se inclina hacia delante. Tratamos de mantenerla en buen estado aplicándole aceite de castor o cosas por el estilo. —Ahora parecía irritado, al tener que discutir semejantes nimiedades—. Señor Slade —dijo bruscamente—, le hablaré directamente, obviamente es usted un hombre con un elevado intelecto, así que podemos saltarnos los protocolos.

—Sí —dijo Slade—, por favor hágalo.

—Nuestros convenios de viajes en el tiempo son de una naturaleza específica; de ahí el nombre «Musa» ¿Capta el significado?

—Eh —dijo Slade desconcertado pero intentándolo—. Veamos. Una musa es un organismo cuya función es...

—Inspiración —cortó bruscamente el señor Manville—. Slade, usted no es..., encarémoslo... precisamente un hombre creativo. Es por eso que se siente aburrido y sin plenitud. ¿Pinta? ¿Compone? ¿Hace esculturas de hierro fundido con restos de naves espaciales o con deshechas sillas de jardín? No. No hace nada de eso; es absolutamente pasivo. ¿Correcto?

Slade asintió:

—Ha acertado, señor Manville.

—No he acertado a nada —dijo el señor Manville irritado—. No me sigue, Slade. Nada lo hará creativo porque usted no posee la creatividad en su interior. Es demasiado ordinario. No voy a hacer que comience a pintar con los dedos o a tejer canastas. No soy un analista Jungiano de los que creen que el arte es la respuesta. —Estirándose hacia atrás apuntó su dedo hacia Slade—. Mire, Slade. No podemos ayudarlo si no tiene la voluntad de ayudarse a sí mismo primero. Ya que no es creativo, lo más que puede esperar, y aquí sí podemos ayudarlo, es inspirar a otros que son creativos. ¿Lo ve?

Después de un momento Slade dijo:

—Lo entiendo, señor Manville. Sí.

—Correcto —dijo Manville asintiendo—. Así, puede usted inspirar a un músico famoso, como Mozart o Beethoven, o a un científico como Albert Einstein, o a algún escultor como Sir Jacop Epstein... cualquiera de un gran número, escritores, músicos, poetas. Puede, por ejemplo, conocer a Sir Edward Gibbon durante sus viajes al Mediterráneo y conversar con él casualmente para decirle algo así como... «Hmmm, vea todas estas ruinas antiguas a nuestro alrededor. Me pregunto cómo un imperio tan poderoso como el de Roma vino a caer en este estado de deterioro... ¿cómo cayó en la ruina?... semejante caída...»

—Buen Dios —dijo Slade fervientemente—, ya veo, Manville; lo he captado. Le repito a Gibbon la palabra caída una y otra vez, y con esto tiene la idea de su gran historia de Roma, «Declive y caída del Imperio Romano». Y... —Estaba temblando—. Yo habría ayudado.

—¿Ayudó? —dijo Manville—. Slade, esa no es la palabra adecuada. Sin usted no habría existido tal obra. Usted, Slade, podría ser la musa de Sir Edward. —Se inclinó hacia delante y tomó un puro Upmann, de alrededor de 1915, y lo encendió.

—Creo —dijo Slade—, que me gustaría reflexionar sobre esto. Quiero estar seguro de inspirar a la persona adecuada, quiero decir, todos ellos merecen ser inspirados, pero...

—Pero quiere encontrar a la persona en términos de sus propias necesidades psíquicas —convino Manville, soplando una fragante nube azul—. Llévase nuestro catálogo. —Le paso un gran folleto publicitario, brillante, a todo color y en tercera dimensión—. Llévelo a casa, léalo y vuelva con nosotros cuando esté listo.

—Dios lo bendiga, señor Manville —dijo Slade.

—Y cálmese —dijo Manville—. El mundo no se va a terminar... lo sabemos aquí en Proyecto Musa porque lo hemos visto. —Sonrió y Slade se las arregló para devolverle la sonrisa.

Dos días después Jesse Slade regresó a Proyecto Musa.

—Señor Manville —dijo—, sé a quien quiero inspirar. —Inspiró profundamente—. He estado pensando y pensando, y lo más significativo para mí sería si pudiera viajar al pasado a Viena e inspirar a Ludwig van Beethoven con la idea de su Sinfonía Coral, sabe usted, ese tema del cuarto movimiento que canta el barítono, que va bum-bum de-da de-da bum-bum, hijas de Elsysium; lo conoce. —Se sonrojó—. No soy músico, pero toda mi vida he admirado la novena de Beethoven y especialmente...

—Ya está hecho —dijo Manville.

—¿Eh? —Slade no comprendió.

—Ya se ha llevado a cabo, señor Slade. —Manville se veía impaciente mientras se sentaba en su gran escritorio con tapa corrediza de roble, de alrededor de 1910. Sacando una gruesa carpeta negra forrada con duela de metal empezó a hojear las páginas—. Hace dos años una señora Ruby Welch de Montpelier, Idaho, retornó a Viena para inspirar a Beethoven con el tema para el movimiento coral de su Novena. —Manville cerró de golpe la carpeta y se dirigió a Slade—: Bueno, ¿cuál es su segunda opción?

Tartamudeando, Slade dijo:

—Yo... tendría que pensar. Deme tiempo.

Examinando su reloj, Manville dijo de manera abrupta:

—Le doy dos horas. Hasta las tres de la tarde. Buen día, Slade. —Se levantó y Slade automáticamente hizo lo mismo.

Una hora más tarde en su atestada oficina de Asesores Concord para el Servicio Militar, Jesse Slade se dio cuenta en un luminoso y preciso instante, a quién quería inspirar y con qué. Enseguida se puso su abrigo, se disculpó ante un comprensivo señor Hnatt, y corrió de prisa calle abajo hacia el edificio de Proyecto Musa.

—Bien, señor Slade —dijo Manville al verlo entrar—. Regresó muy pronto. Vamos a mi oficina. —Avanzó a grandes zancadas, marcando el camino—. Correcto. Hagámoslo. —Cerró la puerta una vez que ambos entraron.

Jesse Slade humedeció sus labios resecos y entonces dijo, tosiendo:

—Señor Manville, quiero ir al pasado e inspirar a... bien, permítame explicarle. ¿Conoce usted la edad de oro de la ciencia ficción, entre 1930 y 1970?

—Sí, sí —dijo Manville con impaciencia, frunciendo el ceño mientras escuchaba.

—Cuando estaba en la Universidad —dijo Slade—, haciendo mi maestría en literatura Inglesa, tuve, desde luego, que leer una buena cantidad de obras de ciencia ficción del siglo veinte. De todos los escritores notables de ciencia ficción había tres que se destacaban por encima de los demás. El primero era Robert Heinlein con su Historia del Futuro. El segundo, Isaac Asimov con sus épicas series sobre la Fundación. Y... —Inspiró hondamente mientras se estremecía—. El hombre sobre el que hice mi tesis. Jack Dowland. De los tres, Dowland era considerado el más grande. Sus historias sobre el Mundo Futuro comenzaron a aparecer en 1957, tanto en revistas en forma de cuentos, como en libros, como novelas completas. Para 1963, Dowland era considerado como...

—Hmmm —dijo el señor Manville, abriendo su carpeta negra y comenzando a hojearla—. Escritores de ciencia ficción del siglo veinte, un tema más bien especializado... afortunadamente para usted. Veamos.

—Espero —dijo Slade en voz baja—, que no lo hayan tomado.



—Aquí hay un cliente —dijo el señor Manville—, Leo Parks de Vacaville, California. Regresó e inspiró a A.E. van Vogt para evitar que escribiera historias de amor y westerns y lo intentara en cambio con la ciencia ficción. —Dando vueltas a más páginas, dijo el señor Manville—: Y el año pasado, Julie Oxen, una señorita de la ciudad de Kansas, y cliente nuestra, pidió que se le permitiera inspirar a Robert Heinlein para su Historia del Futuro... ¿fue a Heinlein al que mencionó, señor Slade?

—No —dijo Slade—, fue Jack Dowland, el más grande de los tres. Heinlein fue notable, pero investigué lo suficiente sobre esto, señor Manville, y Dowland fue el más grande.

—No, no se ha hecho —decidió Manville cerrando su carpeta negra. Del cajón de su escritorio extrajo una forma—. Llame esto, señor Slade —dijo—, y este asunto comenzará a moverse. ¿Conoce el año y el lugar en el cual Jack Dowland comenzó a trabajar en su historia del Mundo Futuro?

—Sí, lo conozco —dijo Slade—. Estaba viviendo en un pequeño pueblo sobre la Ruta 40 en Nevada, un poblado llamado Purpleblossom, que apenas consistía en tres gasolineras, un café, un bar y una almacén general. Dowland se había trasladado ahí para conseguir la atmósfera; quería escribir historias del Viejo Oeste en forma de guiones para televisión. Tenía la esperanza de hacer un buen negocio.

—Veo que conoce su tema —dijo Manville, impresionado.

Slade continuó:

—Mientras vivía en Purpleblossom escribió un buen número de guiones del oeste pero de alguna manera los encontró insatisfactorios. De cualquier modo, permaneció ahí, tratando de escribir tanto en otros géneros como libros para niños y artículos sobre sexo premarital en adolescentes para las revistas de lujo de aquellos tiempos... y entonces, repentinamente y en un solo momento, en el año de 1956, cambió a la ciencia ficción e inmediatamente produjo la novela corta más notable vista hasta esa fecha en el género. Ese fue el consenso de toda la gente en ese entonces, señor Manville, he leído la historia y estoy de acuerdo. Se llamaba «El padre sobre la pared» y aún aparece en antologías de vez en cuando; es la clase de cuento que nunca morirá. Y la revista en la que apareció, *Fantasy & Science Fiction*, será recordada siempre por haber publicado el primer relato de Dowland en su edición de agosto de 1957.

Asintiendo, el señor Manville dijo:

—Y esta es la opus magna que quiere inspirar. Ésta, y todo lo que siguió.

—Tiene toda la razón, señor —dijo el señor Slade.

—Llene su forma —dijo Manville—, y nosotros haremos el resto. —Le sonrió a Slade y Slade, confiado, le devolvió la sonrisa.

El operador de la nave temporal, un joven robusto y bajo, con corte de pelo al rape y con fuertes rasgos, le dijo brevemente a Slade:

—Bien, compañero, ¿estás listo o no? Hazte la idea.

Slade inspeccionó por última vez su traje del siglo veinte que Proyecto Musa le había dado... uno de los servicios por la cuota más bien alta que había tenido que pagar. Corbata angosta, pantalones sin dobladillo, y una camisa a rayas Ivy League... sí, decidió Slade, por lo que conocía de la época era auténtico, al igual que los zapatos Italianos puntiagudos y los calcetines firmes y coloridos. Pasaría sin ninguna dificultad como un ciudadano de los Estados Unidos de 1956, incluso en Purpleblossom, Nevada.

—Ahora escucha —dijo el operador, mientras aseguraba el cinturón de seguridad alrededor de la cintura de Slade—, tienes que recordar un par de cosas. Primero, la única manera de regresar al 2040 es conmigo; no puedes volver caminando. Y segundo, tienes

que ser muy cuidadoso para no cambiar el pasado... quiero decir, límitate a tu simple tarea de inspirar a este individuo, este Jack Dowland, y déjalo así.

—Desde luego —dijo Slade perplejo por la amonestación.

—Muchos clientes —dijo el operador, —y te sorprendería saber cuántos, enloquecen cuando llegan al pasado; desarrollan ilusiones de poder y quieren hacer toda clase de cambios, eliminar las guerras, el hambre y la pobreza, sabes. Cambiar la historia.

—No haré eso —dijo Slade—. No tengo el menor interés en abstractas empresas cósmicas de tal magnitud.

Para él, inspirar a Jack Dowland era lo suficientemente cósmico. Y podía sentir la suficiente empatía hacia la idea para entender la tentación. En su propio trabajo había visto toda clase de gente.

El operador cerró con un portazo el casco de la nave temporal, se aseguró que Slade estuviera bien atado con las correas, y entonces tomó asiento frente a los controles. Chasqueó un interruptor y un momento más tarde Slade estaba en camino rumbo a sus vacaciones, lejos del monótono trabajo de la oficina... hacia 1956 y lo más cerca que iba a estar jamás de un acto creativo en su vida.

El cálido sol del mediodía de Nevada caía a plomo, cegándolo; Slade echó un vistazo, buscando nerviosamente con la vista dónde estaba el pueblo de Purpleblossom. Todo lo que podía ver eran rocas y arena sin interés, el desierto interminable con un camino único y angosto que transitaba entre secos arbustos.

—Hacia la derecha —dijo el operador, y volvió a introducirse en la nave temporal, apuntado—. Camina por ahí, te llevará como diez minutos. Espero que entiendas tu contrato. Será mejor que lo saques y lo leas.

Del bolsillo interior de su traje estilo 1950, Slade sacó el contrato grande y amarillo que había hecho con Proyecto Musa.

—Dice que tengo treinta y seis horas. Que me recogerás aquí en este lugar y que es mi responsabilidad estar aquí; si no lo hago, y no puede regresar a mi propio tiempo, la compañía no se hace responsable.

—Correcto —dijo el operador y volvió a entrar en la nave temporal—. Buena suerte, Slade. O, debería llamarte, musa de Jack Dowlands. —Sonrió abiertamente, un poco en son de burla y otro poco con amigable simpatía, y entonces el casco se cerró tras de él.

Jesse Slade se hallaba solo en el desierto de Nevada, a un cuarto de milla del pequeño pueblo de Purpleblossom.

Comenzó a caminar, sudando, secándose el cuello con su pañuelo.

No tuvo problema en localizar donde vivía Jack Dowland ya que sólo existían siete casas en el poblado. Slade subió los peldaños sobre el desvencijado porche, viendo de reojo el jardín lleno de latas vacías, ropas tendidas, accesorios de plomería abandonados... estacionado junto al camino vio un arcaico carro abandonado, arcaico incluso para el año de 1956.

Tocó el timbre, se ajustó la corbata con nerviosismo, y una vez más repasó en su mente lo que pensaba decir. En este momento de su vida, Jack Dowland no había escrito ciencia ficción; era importante recordar eso... de hecho era el punto clave. Esta era la encrucijada crítica de su vida, de su historia, esta fatídica llamada a la puerta. Desde luego que Dowland no sabía eso. ¿Qué estaba haciendo en su casa? ¿Escribiendo? ¿Leyendo los chistes de algún diario de Reno? ¿Durmiendo?

Ruidos de pasos. Con tirantez, Slade se preparó.

La puerta se abrió. Una joven mujer con ligeros pantalones de algodón, su cabello atado hacia atrás con un listón, lo inspeccionó con calma. Slade se dio cuenta que tenía unos pies

pequeños y hermosos. Usaba zapatillas; su piel era suave y brillante, y él se encontró mirándola fijamente, desacostumbrado a ver tanto en una mujer. Sus tobillos estaban completamente desnudos.

—¿Sí? —preguntó la mujer de manera agradable pero con un toque de fatiga. Slade se dio cuenta en ese momento que estaba aspirando; ahí en la sala estaba una aspiradora con tanque General Electric... su sola existencia probaba que los historiadores estaban equivocados; la aspiradora con tanque no había desaparecido en 1950 como pensaban.

Slade, minuciosamente preparado, dijo con suavidad:

—¿Señora Dowland? —La mujer asintió. En ese momento un niño pequeño pareció asomarse atrás de su madre—. Soy un admirador de la monumental obra de su marido... —Oh, pensó, eso no está bien—. Ahem —se corrigió, utilizando una expresión típica de ese período del siglo veinte según los libros—: Tsk, Tsk —dijo—. Lo que quiero decir es esto, señora. Conozco muy bien la obra de su marido, Jack. He cruzado los páramos del desierto, viniendo desde muy lejos para llegar aquí y observarlo en su hábitat. —Sonrió lleno de esperanza.

—¿Conoce la obra de Jack? —Parecía sorprendida, pero completamente complacida.

—En la televisión —dijo Slade—. Buenos guiones los suyos. —Y asintió.

—Usted es inglés, ¿verdad? —dijo la señora Dowland—. Bien, ¿quiere pasar? —Mantuvo la puerta abierta—. Jack está trabajando ahora arriba en el ático... el ruido de los niños lo molesta. Pero sé que le gustaría detenerse y hablar con usted, especialmente si condujo desde tan lejos. Usted es el señor...

—Slade —dijo—. Muy agradable el domicilio que tienen.

—Gracias —Lo condujo hacia una cocina fresca y oscura en el centro de la cual se veía una mesa de plástico con cartones encerados de leche, platos de plástico, azucarero, tazas cafeteras y otros objetos sorprendentes.

—Jack —llamó ella desde el primer tramo de las escaleras—. Aquí está un admirador tuyo. ¡Quiere verte!

Arriba a lo lejos una puerta se abrió. Se oyó el sonido de los pasos de una persona y, mientras Slade permanecía rígido, Jack Dowland apareció, joven y con buen aspecto, con su cabello castaño ligeramente delgado, con un suéter y unos pantalones flojos, su cara delgada y con aspecto inteligente se veía sombría y con el ceño fruncido.

—Estoy trabajando —dijo de manera cortante—. Aunque lo hago en casa es como cualquier otro empleo. —Miró de un vistazo a Slade—: ¿Qué desea? ¿Qué quiere decir con eso de que es un «admirador» de mi obra? ¿Cuál obra? Dios mío, hace meses que no vendo nada, estaba a punto de cambiar de idea sobre a qué dedicarme.

—Jack Dowland —dijo Slade—, eso es porque no ha encontrado todavía el género adecuado. —Oyó su propia voz temblorosa, este era el momento.

—¿Desearía una cerveza, señor Slade? —preguntó la señora Dowland.

—Gracias —dijo—. Jack Dowland —dijo Slade—, estoy aquí para inspirarlo.

—¿De dónde viene usted? —preguntó Dowland con desconfianza—. ¿Y por qué trae esa corbata tan rara?

—¿Rara en qué sentido? —preguntó Slade, sintiéndose nervioso.

—Con el nudo abajo y no alrededor de su nuez de Adán. —Dowland caminó alrededor de él, ahora, estudiándolo críticamente—. ¿Y por qué trae la cabeza rapada? Es demasiado joven para estar calvo.

—Es la moda de esta época —dijo Slade débilmente—. Es preciso traer la cabeza rapada, al menos en Nueva York.

—¡La cabeza rapada y un cuerno! —dijo Dowland—. Sé qué es usted. Una especie de maniático. ¿Qué quiere?

—Yo quería elogiarlo —dijo Slade.

Ahora se sentía enojado; una nueva emoción, la indignación, lo llenaba... no estaba siendo tratado propiamente y lo sabía.

—Jack Dowland —dijo, tartamudeando un poco—, sé más sobre su obra que usted mismo; sé que su género adecuado no son los guiones sobre el oeste sino la ciencia ficción. Será mejor que me escuche, soy su musa. —Se quedó en silencio, entonces, respirando ruidosamente y con dificultad.

Dowland se le quedó viendo fijamente, y luego levantó la cabeza y estalló en carcajadas.

Sonriendo también, la señora Dowland dijo:

—Bien, yo sabía que Jack tenía una musa pero pensé que era mujer. ¿No son todas las musas del sexo femenino?

—No —dijo Slade colérico—, Leon Parks de Vacaville, California, inspiró a A.E. van Vogt, y era de sexo masculino. —Se sentó junto a la mesa de plástico, sintiendo sus piernas demasiado tambaleantes para sostenerlo—. Escúcheme, Jack Dowland...

—Por el amor de Dios —llámame Jack o Dowland—, pero no de ambos modos; no es natural la forma en que hablas. Traes el «té cruzado», ¿o qué? —Hizo la seña como si inspirará algo.

—¿Té? —repitió Slade, sin entender—. No, sólo una cerveza, por favor.

Dowland dijo:

—Pongamos esto en claro. Estoy ansioso por regresar a trabajar. Aunque lo haga en casa, es trabajo.

No había tiempo ahora para que Slade enunciara todos sus elogios. Lo había preparado cuidadosamente; aclarando su garganta, comenzó:

—Jack, si puedo llamarlo así, me pregunto por qué diablos no ha intentado escribir ciencia ficción. Creo que...

—Te diré por qué —interrumpió Jack Dowland. Empezó a moverse hacia delante y hacia atrás, con sus manos en los bolsillos de sus pantalones—. Porque va a haber una guerra con bombas de hidrógeno. El futuro es sombrío. ¿Quién quiere escribir acerca de eso? ¡Cristo! —Sacudió la cabeza—. Y de cualquier modo, ¿quién lee esa cosa? Adolescentes con problemas en la piel. Inadaptados. Y es basura. Nómbrame una buena historia de ciencia ficción, solo una. Compré una revista en un autobús una vez que fui a Utah. ¡Basura! No voy a escribir esa basura aunque me paguen bien, y he visto que no pagan bien... como un centavo por palabra. ¿Quién puede vivir con eso? —Indignado, comenzó a subir las escaleras—. Voy a volver a trabajar.

—Espere —dijo Slade, sintiéndose desesperado. Todo estaba yendo mal—. Escúcheme, Jack Dowland.

—Vaya insistencia en hablar de esa manera tan rara —dijo Dowland. Pero se detuvo a esperar—. ¿Y bien? —demandó.

Slade dijo:

—Señor Dowland, vengo del futuro. —Se suponía que no debía decir eso, el señor Manville se lo había advertido con severidad, pero en ese momento parecía la única manera, lo único que detendría a Jack Dowland.

—¿Qué? —dijo Dowland alzando la voz—. ¿De dónde?

—Soy un viajero del tiempo —dijo Slade débilmente, y se quedó en silencio.

Dowland regresó hacia él.

Cuando llegó al punto dónde estaba la nave temporal, Slade encontró al robusto y bajo operador en el suelo junto a ésta, leyendo el diario.

—De vuelta sano y salvo, Slade. Vamos, marchémonos. —Abrió el casco y guió a Slade a su interior.

—Lléveme de vuelta —dijo Slade—. Sólo lléveme de vuelta.

—¿Cuál es el problema? ¿No disfrutaste de tu labor inspiradora?

—Sólo quiero regresar a mi propio tiempo —dijo Slade.

—Muy bien —dijo el operador, levantando una ceja. Aseguró a Slade a su asiento y tomaron el camino de regreso.

Cuando llegaron a Proyecto Musa, el señor Manville lo estaba aguardando.

—Slade —dijo—, venga conmigo. —Su expresión era oscura—. Tenemos que hablar.

Cuando estuvieron solos en la oficina de Manville, Slade comenzó:

—Estaba de mal humor, señor Manville. No me culpe. —Se sostenía la cabeza, sintiéndose vacío e inútil.

—Usted... —Manville se quedó mirándolo fijamente lleno de incredulidad—. ¡Falló en inspirarlo! ¡Esto nunca había sucedido antes!

—Quizá pueda regresar una vez más —dijo Slade.

—Dios mío —dijo Manville—, no sólo falló en inspirarlo... lo volvió en contra de la ciencia ficción.

—¿Cómo lo supo? —preguntó Slade. Tenía la esperanza de mantener el asunto en silencio, sería un secreto que se llevaría a la tumba con él.

Manville dijo, con mordacidad:

—Todo lo que tuve que hacer fue mantenerme viendo las referencias relacionadas con la literatura del siglo veinte. Media hora después de su partida, todos los textos de Jack Dowland, incluyendo la media página dedicada a él en la Enciclopedia Británica... se desvanecieron.

Slade no dijo nada; se quedó mirando fijamente hacia el suelo.

—Así que me puse a investigar —dijo Manville—. Utilicé las computadoras de la Universidad de California para buscar todas las citas existentes sobre Jack Dowland.

—¿Encontró alguna? —murmuró Slade.

—Sí —dijo Manville—, había un par. Minúsculas, en artículos técnicos especializados que trataban de manera minuciosa y exhaustiva ese período. Porque, gracias a usted, Jack Dowland es ahora completamente desconocido para la gente... y lo fue incluso durante su propia época. —Levantó un dedo hacia Slade, señalándolo con ira—. Gracias a usted, Jack Dowland jamás escribió su historia épica del Mundo Futuro. Gracias a su «inspiración» continuó escribiendo guiones del oeste para la televisión, y murió a los cuarenta y seis años como un escritorzuelo completamente desconocido.

—¿No escribió nada de ciencia ficción? —preguntó Slade, incrédulo. ¿Lo había hecho tan mal? No podía creerlo; es cierto que Dowland había rechazado con amargura cada sugerencia que Slade le había hecho... cierto que se había regresado a su ático con una actitud mental bastante peculiar después de discutir con Slade. Pero...

—Bien —dijo Manville—, existe un relato de ciencia ficción de Jack Dowland. Muy corto, mediocre y totalmente desconocido. —Abriendo el cajón de su escritorio extrajo una revista amarillenta y antigua que le arrojó a Slade—. Un cuento corto llamado ORFEO CON PIES DE ARCILLA, escrito con el seudónimo de Philip K. Dick. Nadie lo leyó, nadie lo lee ahora... es la descripción de la visita a un tal Jack Dowland por... —Miró con furia a Slade—, por un bienintencionado idiota del futuro con la idea trastornada de inspirarlo para escribir la historia mitológica del mundo por venir. Y bien, Slade. ¿Qué tiene que decir?

—Utilizó mi visita como base para el cuento. Obviamente —dijo Slade con dificultad.

—Y con eso consiguió el único dinero que habría de obtener escribiendo ciencia ficción... muy poco, desgraciadamente, pero lo suficiente para justificar el intento y el tiempo empleado. Usted está en el relato, yo estoy en el relato, Dios Santo, Slade, debe haberle contado absolutamente todo.

—Lo hice —dijo Slade—. Para convencerlo.

—Pues bien, no quedó convencido. Pensó que era una clase de loco. Escribió la historia con una perspectiva mental amarga. Permítame preguntarle: ¿Estaba trabajando cuando usted llegó?

—Sí —dijo Slade—, pero la señora Dowland dijo...

—¡No hay, no hubo, ninguna señora Dowland! Dowland nunca se casó. Debió haber sido la esposa de algún vecino con la que Dowland tenía alguna aventura. No hay duda que estaba furioso; impidió la cita que tenía con esa chica quienquiera que haya sido. Ella aparece en el relato, también; lo escribió todo y luego abandonó su casa de Purpleblossom y se mudó a Dodge, City en Kansas.

Ambos permanecieron en silencio.

—Eh —dijo por fin Slade—, bien, ¿podría intentarlo de nuevo? ¿Con alguien más? Estaba pensando en Paul Ehrlich y su bala mágica, su descubrimiento de la cura del...

—Escuche —dijo Manville—. También he estado pensando. Va a volver pero no para inspirar al doctor Ehrlich ni a Beethoven ni a Dowland ni a nadie como ellos, a nadie útil a la sociedad.

Con temor, Slade volteó a mirarlo.

—Va a volver —dijo Manville entre dientes— para cortar la inspiración de gente como Adolf Hitler, Karl Marx y Sanrome Clinger...

—¿Cree usted que soy tan ineficaz que...? —murmuró Slade.

—Exactamente. Comenzaremos con Hitler en su periodo de encarcelamiento después del primer fallido intento de hacerse del poder en Bavaria. La época en la que le dictó «Mi Lucha» a Rudolf Hess. He discutido esto con mis superiores y todo está planeado; estará usted ahí como compañero de celda, ¿lo entiende? Y le recomendará a Hitler, así como le recomendó a Jack Dowland, que escriba. En este caso, una detallada autobiografía que exponga en detalle su programa político para el mundo. Y si todo va bien...

—Entiendo —murmuró Slade, mirando fijamente el piso de nuevo—. Es una idea... iba a decir que era una idea inspirada pero no sé si darle ya valor a esa palabra.

—No me dé el crédito de la idea —dijo Manville—. La obtuve de ese pobre cuento olvidado, ORFEO CON PIES DE ARCILLA; así es cómo finaliza. —Le dio vuelta a las páginas hasta que llegó a la parte que quería—. Lea esto, Slade. Encontrará que el relato lo trae aquí hasta encontrarse conmigo, y luego se marcha a investigar todo lo posible sobre el Partido Nazi para así poder instar a Adolf Hitler a no escribir su autobiografía y, de ahí, posiblemente, prevenir la Segunda Guerra Mundial. Y si falla con Hitler, lo intentaremos con Stalin, y si falla con Stalin, entonces...

—Correcto —farfulló Slade—, lo entiendo; no tiene que explicármelo con tantos detalles.

—Y usted lo hará —dijo Manville—, porque en ORFEO CON PIES DE ARCILLA dice estar de acuerdo.

Slade asintió.

—Cualquier cosa. Para tratar de compensar.

—Es un tonto. ¿Cómo pudo hacerlo tan mal? —le dijo Manville.

—Fue un mal día —replicó Slade—. Estoy seguro que podré hacerlo mejor la próxima vez. —Quizá con Hitler, pensó. Quizá pueda hacer un trabajo excelente para cortarle la inspiración, mejor que el que cualquiera haya hecho en la historia.

—Le llamaremos la antimusa —dijo Manville.

—Una buena idea —dijo Slade.

Con cansancio, dijo Manville:

—No me felicite; felicite a Jack Dowland. Está también en su relato. Ya al final.

—¿Y así es cómo termina? —preguntó Slade.

—No —dijo Manville—, finaliza conmigo presentándole una factura.... el costo de mandarlo al pasado para acabar con la inspiración de Adolfo Hitler. Quinientos dólares, por adelantado. —Dijo extendiéndole su mano—. Sólo por si no vuelve.

Resignadamente, sintiéndose miserable, Jesse Slade, de la manera más lenta posible, sacó su cartera del bolsillo de su traje del siglo veinte.

Orpheus with clay feet ©1964

## **Fritz Leiber - EL HOMBRE QUE NUNCA LLEGABA A JOVEN**

Maot se está impacientando. Muchas veces, al caer de la tarde, se encamina lentamente a donde la tierra negra se encuentra con la arena arnarwa y allí se queda, avizorando el desierto, hasta que empiezan a soplar los vientos.

Yo en cambio me siento de espaldas a la mampara de cañas y contemplo el Nilo.

No es únicamente porque está llegando a joven. También empieza a hastiarse de los campos. Deja a mi cuidado las tareas de labranza y prodiga su atención al rebaño. Cada día lleva las cabras y las ovejas más lejos a pastorear.

Yo he estado viendo los síntomas durante mucho tiempo. En el transcurso de las últimas generaciones los campos cultivados se han vuelto cada vez más escasos y se los riega con menos diligencia. Se diría que llueve más a menudo. Las casas se han tornado más simples, meras tiendas cercadas por muros. Y cada año hay alguna familia que recoge sus rebaños y emprende la lenta marcha hacia el oeste.

¿Por qué aferrarme tan tenazmente a estas pobres reliquias de civilización, yo que he visto a los hombres del rey Keops desarmar piedra por piedra la Gran Pirámide y transportarla de nuevo a las montañas?

Me he preguntado a menudo por qué yo nunca llego a joven. Ese hecho es todavía para mí un misterio tan grande como el de los labriegos de tez morena que se arrodillan con temerosa veneración cuando paso a su lado.

Envidio a los que llegan a jóvenes. Sueño con desprenderme de esta cáscara de sensatez y responsabilidad, con zambullirme en un período de amores borrascosos y pasiones intensas, los años felices que preceden al fin.

Pero sigo siendo un hombre barbado de unos treinta años, y visto hoy la piel de cabra como otrora vestí el jubón o la toga, siempre a punto de dar el gran salto, pero sin llegar jamás a darlo.

Tengo la impresión de que siempre fui así. Ni siquiera puedo recordar mi propio desentierro, y eso es algo que todo el mundo recuerda.

Maot es sutil. No pide lo que quiere, pero al anochecer, cuando regresa a casa, se sienta lejos del fuego y murmura incitantes fragmentos de canciones y se frota los párpados con pigmento verde para hacerse deseable a mis ojos, y trata por todos los medios de contagiarme su desasosiego. Me tienta a interrumpir el trabajo abrasador del mediodía y me hace ver lo robustas que se están poniendo nuestras cabras y ovejas.

Ya no quedan más hombres jóvenes entre nosotros. Cuando llegan a jóvenes, o acaso antes, todos toman el camino del desierto. Incluso patriarcas desdentados, macilentos, se levantan de sus sepulcros y sin detenerse casi a reponer sus fuerzas con las vituallas y los brebajes excavados con ellos, juntan sus manadas y sus esposas y parten, cojeando, rumbo al poniente.

Recuerdo el primer desentierro que presencié. Era en un país de maquinarias y humo e incesantes noticias. Pero lo que voy a relatar ocurrió en un remanso donde había aún granjas pequeñas y caminos estrechos y formas de vida simples.

Había dos viejecitas llamadas Flora y Helena. Seguramente ellas mismas habían sido desenterradas hacía unos pocos años, pero eso no lo recuerdo. Creo que yo era algo así como un sobrino, pero no estoy seguro.

Empezaron a visitar a una vieja tumba en el cementerio, a un kilómetro del pueblo. Recuerdo los ramilletes de flores que traían cuando regresaban. Sus rostros severos, plácidos, habían empezado a agitarse. Yo veía que el dolor iba entrando en sus vidas.

Pasaron los años. Sus visitas al cementerio se hicieron más frecuentes. Una vez, al acompañarlas, advertí que la borrosa inscripción de la lápida se iba tomando más nítida y



clara, al igual que las facciones de los rostros de las dos ancianas. «John, amante esposo de Flora...»

A menudo Flora sollozaba hasta la medianoche, y Helena iba y venía por la casa con el semblante atribulado. Llegaban los parientes y les decían palabras de consuelo, pero con eso sólo parecían ahondarles el dolor.

Por último la lápida llegó a ser totalmente nueva, y el césped que la cubría se puso verde y tierno y desapareció en la húmeda tierra pardusca. Como si estas fueran las señales que sus oscuros instintos habían estado aguardando, Flora y Helena dominaron su pena y visitaron al pastor y al encargado de la funeraria y al médico, e hicieron ciertos arreglos.

En un frío día de otoño, cuando las rizadas hojas castañas remolineaban entre los árboles, partió el cortejo: el vacío coche fúnebre, los silenciosos automóviles negros. En el cementerio vimos a un par de hombre provistos de palas que se alejaban discretamente de la tumba recién abierta. Entonces, mientras Flora y Helena lloraban desconsoladamente y el pastor pronunciaba palabras solemnes, una caja larga y estrecha fue retirada de la tumba y transportada a la carroza.

En la casa desatornillaron y levantaron la tapa del féretro, y vimos a John, un anciano ceroso con una larga vida por delante.

Al día siguiente, en obediencia a lo que al parecer era un antiguo ritual, lo sacaron del ataúd, y el hombre de la funeraria le extrajo de las venas un líquido acre y le inyectó la sangre roja. Luego lo llevaron y lo acostaron en una cama. Al cabo de algunas horas de petrificada espera, la sangre empezó a actuar. El hombre se agitó, y el primer hálito de vida le resonó ásperamente en la garganta. Flora se sentó en la cama y lo estrechó contra su pecho en un tímido abrazo.

Pero estaba muy enfermo y necesitado de reposo, y el médico le indicó por señas a Flora que saliera de la alcoba. Recuerdo la expresión de su rostro en el momento de cerrar la puerta.

También yo hubiera debido sentirme feliz, pero me parece recordar que tuve la sensación de que había un no sé qué de malsano en todo el episodio. Tal vez nuestras primeras experiencias de las grandes crisis de la vida nos afecten siempre en esa forma.

Estoy enamorado de Maot. Los centenares de mujeres que antes he amado en mi largo errar por el mundo no desmedran la sinceridad de mi afecto. Yo no entré en su vida, ni en la de las otras, como lo hacen normalmente los amantes: desde la tumba o en la pasión de una terrible querrela. Yo siempre voy a la deriva.

Maot sabe que en mí hay algo extraño. Pero no deja que eso interfiera en sus esfuerzos por hacerme hacer lo que ella quiere.

Amo a Maot y sé que en última instancia accederé a su deseo. Pero antes quiero seguir un tiempo más a la orilla del Nilo y de la magnífica pompa que su pasar conjura.

Mis primeros recuerdos son siempre los más difíciles, y lucho con todas mis fuerzas por interpretarlos. Tengo la sensación de que si pudiera retroceder un paso más en la memoria llegaría a poseer una sabiduría aterradora. Pero, al parecer, nunca puedo hacer el esfuerzo necesario.

Esos recuerdos comienzan sin nada que los preceda, en nubes y torbellinos, en oscuridad y miedo. Soy ciudadano de una grande y lejana nación, no uso barba y visto ropas feas y incómodas, pero por mi aspecto y mi edad no soy distinto del que soy ahora. El país es cien veces más grande que Egipto, y sin embargo es sólo uno de tantos. Todos los pueblos del mundo se conocen entre sí, y el mundo es redondo, no plano, y flota en una inmensidad sin límites, jalonada por archipiélagos de soles, no circunscripta por una bóveda tachonada de estrellas.

Hay máquinas en todas partes, y las noticias dan la vuelta al mundo como un grito, y los deseos son muchos. Existe una abundancia jamás soñada, oportunidades sin par. Y sin

embargo los hombres no son felices. Viven con miedo. Miedo, si la memoria no me engaña, de una guerra que nos envolverá y acaso destruirá a todos y que se cierne sobre nosotros como una amenaza de oscuridad.

Las armas que tienen preparadas para esa guerra son terribles. Grandes máquinas que navegan sin timonel, no a través del agua sino del aire, dando la vuelta al mundo para ir a destruir una ciudad enemiga. Otras que surcan el cielo como dardos hasta más allá del aire, para venir a atacarnos desde las estrellas. Nubes envenenadas. Partículas letales de polvo luminoso.

Pero las peores de todas son las armas que sólo se rumorean.

Durante meses que parecen eternidades esperamos el estallido de esa guerra. Sabemos que los errores ya fueron cometidos, que se han dado los pasos irrevocables, que se han perdido las últimas oportunidades. Sólo esperamos el momento.

Se diría que debiera existir alguna razón especial para que hayamos llegado a tales extremos de horror y desesperanza. Como si hubiera habido otras guerras mundiales anteriores y hubiésemos luchado desesperadamente por salir de ellas prometiéndonos que esa sería la última. Pero de esas guerras nada recuerdo. Y bien pudiera ser que el mundo y yo hayamos sido creados a la sombra de esa catástrofe, en un desierto universal.

Lentos pasan los meses. De pronto, misteriosamente, increíblemente, la guerra empieza a replegarse. Las tensiones se alivian. Las nubes se disipan. Hay gran actividad, conferencias y planes. Se multiplican las esperanzas de una paz duradera.

Pero no dura. En súbito holocausto, surge un opresor llamado Hitler. Curioso que este nombre me vuelva a la memoria después de tantos milenios. Sus ejércitos se despliegan por todo el globo.

Pero sus triunfos son efímeros. Sus soldados son rechazados y Hitler cae en el olvido. Al final, es un oscuro agitador, casi un desconocido.

Otra paz, entonces, pero tampoco duradera. Una nueva guerra, menos cruenta que la anterior, que también trae consigo un período más apacible.

Y así sucesivamente.

Algunas veces pienso (debo aferrarme a esto) que en otras eras el tiempo ha de haber fluido en el sentido opuesto y que, en violenta reacción a la postrer guerra total, ha de haber vuelto sobre sus pasos para desandar su primitivo curso. Que nuestras vidas presentes no son más que un retorno y un retroceso. Una gran retirada.

En ese caso es posible aún que el tiempo vuelva a invertir su curso. Quizá tengamos otra posibilidad de escalar la valla.

Pero no...

El pensamiento se ha desvanecido en las ondas del Nilo.

Otra familia se marcha del valle en este día. Toda la mañana han estado escalando penosamente la garganta de arena. Y ahora, al volver las cabezas para contemplar acaso por última vez el borde de los amarillos acantilados, se perfilan contra el cielo de la mañana: motas verticales los hombres, motas horizontales las bestias.

Junto a mí, Maot los sigue con la mirada. Pero no hace ningún comentario. Está segura de mí.

El acantilado queda otra vez desierto. Pronto habrán olvidado al Nilo con sus turbadores fantasmas de recuerdos.

Nuestra vida entera es un olvidar y un retornar. Del mismo modo que las madres absorben a los niños, así los grandes pensamientos son absorbidos por las mentes geniales. Al principio están en todas partes. Nos rodean como el aire. Luego hay una merma. Ya no todos los hombres los conocen. Y surge entonces un gran hombre y los toma para sí, y se convierten en un secreto. Sólo subsiste la inquietante convicción de que algo maravilloso se ha desvanecido.

He visto a Shakespeare desescribir las grandes tragedias. He visto a Sócrates despensar los profundos pensamientos. He oído a Jesús desdecir las divinas palabras.

Hay una inscripción en la piedra, y parece eterna. Al volver, siglos después, la encuentro igual, apenas un poco menos borrosa, y pienso que ella, el menos, puede durar. Pero un día llega un escriba y laboriosamente rellena los surcos hasta que queda tan solo la piedra lisa.

Entonces solo él sabe lo que allí estaba escrito. Y cuando llega a joven, ese conocimiento se extingue para siempre.

Lo mismo ocurre con todo cuanto hacemos. Nuestras casas se vuelven nuevas y las desmantelamos, y arrumbamos los materiales en minas y canteras, bosques y campos. Nuestras ropas se vuelven nuevas y las abandonamos. Y nosotros mismos nos volvemos nuevos y olvidamos y buscamos ciegamente una madre.

Ahora todos se han marchado. Solo Maot y yo nos demoramos.

No pensé que ocurriría tan pronto. Ahora que estamos acercándonos al fin, la naturaleza parece apresurarse.

Supongo que aquí y allá, a lo largo del Nilo, ha de haber otros rezagados, pero a mí me gusta pensar que nosotros somos los últimos, los últimos que veremos desaparecer los sembrados, los últimos que miraremos el río sabiendo algo de lo que antaño simbolizó, antes de hundirse en el eterno olvido.

Nuestro mundo es el del triunfo de las causas perdidas. Después de esa segunda guerra de que hablé hubo en mi país natal, del otro lado del mar, un largo período de paz. Había en ese entonces entre nosotros un pueblo primitivo al que llamábamos indios, un pueblo desdeñado y dominado, obligado por nosotros a vivir aislado, en áreas miserables. No nos causaban ninguna preocupación. Si alguien nos hubiera dicho que tenían poder para dañarnos, nos habríamos reído.

Pero repentinamente surgió entre ellos una chispa de rebelión. Formaron bandas, se procuraron arcs y armas inferiores y vinieron a nosotros en pie de guerra.

Nosotros los enfrentamos en pequeñas batallas que jamás eran del todo decisivas. Ellos persistían, volvían siempre a la lucha, tendían emboscadas a nuestros hombres y nuestras carretas, nos hostigaban sin cesar y finalmente sus incursiones se volvieron respetables.

Sin embargo, los considerábamos tan insignificantes que hasta encontramos tiempo para librar entre nosotros una guerra civil.

El desenlace de esa guerra fue triste. Una porción de la población de piel oscura fue esclavizada y obligada a trabajar para nosotros en las casas y los campos.

Las fuerzas de los indios crecieron de una manera formidable. Poco a poco nos expulsaron de los anchos ríos y llanuras del oeste medio, obligándonos a atravesar las boscosas montañas hacia el este.

En la costa oriental los resistimos durante algún tiempo, principalmente por habernos aliado con una nación isleña transoceánica, a la que cedimos nuestra independencia.

Hubo un hecho alentador. Los negros esclavizados fueron reunidos y amontonados en navíos y traídos a las playas australes de este continente, y aquí fueron liberados o puestos en manos de tribus guerreras que finalmente les concedieron libertad.

Pero la presión de los indios, esporádicamente ayudados por aliados extranjeros, fue en aumento. Ciudad por ciudad, pueblo por pueblo, caserío por caserío, levantamos nuestras viviendas y también nosotros nos embarcamos para surcar el mar. Hacia el final los indios se tornaron extrañamente pacíficos, y los últimos cargamentos de hombres parecían huir no tanto por miedo físico sino por el terror sobrenatural que inspiraban las verdes florestas silenciosas que habían engullido sus hogares.

En el sur los aztecas empuñaron sus cuchillos de vidrio y sus espadas con filo de pedernal y echaron a los... creo que se llamaban españoles.

Un siglo más y todo el continente occidental cayó en el olvido, salvo algunas vagas, obsesivas remembranzas.

La tiranía y la ignorancia crecientes, una incesante contracción de las fronteras, rebeliones de los oprimidos, que a su vez se convertían en opresores: estos hechos constituyeron la siguiente era de la historia.

Una vez pensé que la marea había cambiado de rumbo. Surgió un pueblo pujante y disciplinado, el pueblo romano, y sometió bajo su férula a la mayor parte del mundo debilitado.

Pero esa estabilidad resultó transitoria. Una vez más los gobernados se levantaron contra los gobernantes. Los romanos fueron expulsados: de Inglaterra, de Egipto, de la Galia, de Asia, de Grecia. De los campos yermos surgió Cartago para disputarle y arrebatarle a Roma su hegemonía. Los romanos buscaron refugio en Roma, su importancia menguó, se perdieron en un laberinto de migraciones.

Sus ideas revitalizantes resplandecieron durante un siglo glorioso en Atenas, luego cesaron de gravitar.

Después de eso, la declinación continuó a un ritmo uniforme. Ya nunca más me dejé engañar con el pensamiento de que el curso de las cosas había cambiado.

Excepto esta última vez.

Porque era pétreo y seco, porque el sol lo bañaba a raudales, porque estaba lleno de templos y sepulcros, porque era afecto a las tradiciones y a la calma, pensé que Egipto podría perdurar. El casi inmutable correr de los siglos alentó en mí esa creencia. Pensaba que si no habíamos llegado al momento crucial habíamos al menos llegado al reposo.

Pero han comenzado las lluvias, los templos y sepulcros llenan los peñascos de los acantilados, y la tradición y la calma han dado paso a los impacientes afanes del nómada.

Si hay un momento crucial, no llegará hasta que el hombre sea uno con las bestias.

Y Egipto deberá desaparecer como todo lo demás.

Mañana Maot y yo emprenderemos la marcha. Ya hemos reunido nuestros animales y enrollado nuestra tienda.

Maot arde de juventud. Está muy cariñosa.

Será extraño andar por el desierto. Pronto, demasiado pronto, nos daremos nuestro último y más dulce beso, y ella parloteará conmigo como una niña y yo velaré por ella hasta que encontremos a su madre.

O quizá un día la abandonaré en el desierto, y su madre la encontrará.

Y yo, yo seguiré eternamente.

## **Fredric Brown - LOS ONDULANTES**

Definiciones del diccionario abreviado Webster-Hamlin, edición de 1998:

Ondulante: un invasor.

Invasor: inórgano de la clase radio.

Inórgano: ente incorpóreo, invasor.

Radio: 1. clase de inórganos. 2. frecuencia etérea entre la luz y la electricidad. 3. (obsoleto) método de comunicación usado hasta 1957

Las salvas inaugurales de la invasión no fueron estruendosas, pero fueron oídas por millones de personas. George Bailey estaba entre esos millones. Elijo a George Bailey porque fue el único que llegó a tener una vaga intuición de lo que pasaba.

George Bailey estaba borracho, y dadas las circunstancias no se lo podía culpar por ello. Estaba escuchando avisos radiales de la clase más repulsiva. No porque él quisiera escucharlos, desde luego, sino porque su jefe, J.R. McGee de la red MID, le había dicho que los escuchara.

George Bailey escribía avisos para la radio. Lo único que odiaba más que la publicidad era la radio. Y ahora dedicaba su tiempo libre a escuchar irritantes y nauseabundos avisos comerciales en una emisora rival.

- Bailey - había dicho J.R. McGee -, deberías familiarizarte más con lo que hacen otros. Especialmente, deberías estar informado sobre lo que hacen los clientes nuestros que usan varias emisoras. Francamente, te sugiero...

Uno no se opone a las francas sugerencias del jefe si quiere conservar un trabajo de doscientos dólares por semana.

Pero uno puede beber whisky sours mientras escucha. George Baile bebía whisky sours.

Además, entre una tanda comercial y otra, jugaba al gin rummy con Maisie Hetterman, una atractiva dactilógrafa pelirroja del estudio. Era el departamento de Maisie y la radio de Maisie (George, por principios, no tenía radio ni televisor), pero George había traído el licor.

- ...sólo los mejores tabacos - decía la radio - entran dit-dit-dit cigarrillo favorito del país...

George miró la radio.

- Marconi - dijo.

Desde luego quería decir Morse, pero como los whisky sours lo habían mareado un poco su primera corazonada se acercó más a la verdad que la de cualquier otro. Era Marconi, en cierto modo, de un modo muy especial.

- ¿Marconi? - preguntó Maisie.

George, que odiaba hablar con la radio encendida, se inclinó para apagarla.

- Quise decir Morse - dijo -. Morse, como en los boy scouts o en el cuerpo de señales.

En un tiempo fui boy scout.

- Vaya si has cambiado - dijo Maisie.

George suspiró.

- Alguien se creará problemas, transmitiendo en código en esa longitud de onda.

- ¿Qué decía?

- ¿Decía? Ah, quieres decir qué decía la señal. S..., la letra S. Dit-dit-dit es S. SOS es dit-dit-dit da-da-da dit-dit-dit.

- ¿La O es da-da-da?

George sonrió.

- Dilo de nuevo, Maisie. Me gusta: Y creo que tú también eres da-da-da.

- George, quizá sea realmente un SOS. Enciéndela de nuevo.

George la encendió de nuevo. El aviso de cigarrillos aún estaba en el aire.

- ...caballeros del gusto más dit-dit-dit ...guido prefieren el gusto superior de los cigarrillos dit-dit-dit. En su nuevo paquete, que los conserva dit-dit-dit y ultrafrescos...

- No es un SOS. Son sólo esos.

- Como una tetera, o... Oye, George, quizá sea un truco publicitario.

George meneó la cabeza.

- En ese caso no tapanía el nombre del producto. Espera un minuto hasta que...

Extendió la mano y movió la perilla de la radio un poco a la derecha y un poco a la izquierda, y una expresión incrédula le inundó la cara. Movié la perilla hacia el extremo izquierdo, tanto como podía. No había ninguna estación allí, ni siquiera el zumbido de una nota de transmisión, pero la radio decía dit-dit-dit, dit-dit-dit.

Movié la perilla hacia el extremo derecho. Dit-dit-dit.

George apagó la radio y miró a Maisie sin verla, lo cual no era fácil.

- ¿Algo malo, George?

- Espero que sí - dijo George Bailey -. Por cierto espero que sí.

Pensó en tomar otra copa y cambió de idea. Tuvo la repentina corazonada de que algo importante estaba ocurriendo y quería estar sobrio para evaluar las cosas.

No tenía la menor idea de cuán importante era.

- George, ¿qué quieres decir?

- No sé qué quiero decir. Maisie, demos un paseo hasta el estudio, ¿eh? Creo que habrá cosas interesantes.

5 de abril de 1957; ésa fue la noche en que llegaron los ondulantes.

Había empezado como una noche más. Ya no lo era..

George y Maisie esperaron un taxi, pero como no venía ninguno tomaron el subterráneo. Ah sí, los subterráneos aún funcionaban en esos días. Los dejó a una cuadra del edificio de la emisora.

El edificio era un manicomio. George, sonriendo, atravesó el lobby llevando a Maisie del brazo, tomó el ascensor hasta el quinto piso y sin ninguna razón dio un dólar al ascensorista. Nunca en su vida había dado propina a un ascensorista.

El joven le dio las gracias.

- Le conviene no acercarse a los gerentes, señor Bailey - dijo -. Le arrancarán las orejas a dentelladas a cualquiera que tan sólo se atreva a mirarlos.

- Maravilloso - dijo George.

Desde el ascensor fue directamente hacia la oficina del propio J.R. McGee.

Se oían voces estridentes detrás de la puerta de vidrio. George estiró la mano hacia el picaporte y Maisie trató de detenerlo.

- Pero George - susurró -, ¡te despedirá!

- Hay momentos para todo - dijo George -. Aléjate de la puerta, primor.

Apartó a Maisie con suavidad pero también con firmeza.

- Pero George, ¿qué te propones...?

- Observa - dijo él.

Entreabrió la puerta y las voces frenéticas cesaron. Al asomar la cabeza todos los ojos se volvieron hacia él.

- Dit-dit-dit - dijo -. Dit-dit-dit.

Se echó hacia atrás y hacia un costado justo a tiempo para escapar del vidrio astillado por el pisapapeles y el tintero que atravesaron el panel de la puerta.

Aferró a Maisie y corrió hacia las escaleras.

- Ahora beberemos una copa, - le dijo.

Había una multitud en el bar de enfrente, pero era una multitud extrañamente silenciosa. Por respeto al hecho de que la mayoría de los clientes eran gente de la radio ese bar no tenía televisor sino un gran gabinete de radio, y casi todos estaban agolpados alrededor.

- Dit - decía la radio -. Dit-dad-da-di-daditda-dit...

- ¿No es hermoso? - le susurró George a Maisie.

Alguien movió la perilla. Alguien preguntó qué banda era ésa y alguien dijo: «La policial.» Alguien dijo «Busca la onda corta», y alguien la buscó. «Esto debería ser Buenos Aires», dijo alguien. «Ditd-da-dit», dijo la radio.

Alguien se pasó los dedos por el pelo y dijo: «Apaguen esa maldita cosa.» Alguien la apagó y alguien la encendió de nuevo.

George sonrió y se dirigió hacia un reservado donde había visto a Pete Mulvaney sentado a solas con una botella delante. George y Maisie se sentaron frente a Pete.

- Hola - dijo George, muy serio.

- Demonios - dijo Pete, que era jefe del personal de investigación técnica de la radio.

- Una bella noche, Mulvaney - dijo George - ¿Viste la luna remontando las algodonosas nubes cual un áureo galeón arrojado sobre olas de plateada cresta en un huracanado...

- Cállate - dijo Pete -. Estoy pensando.

- Whisky sour - le dijo George al mozo. Se volvió hacia Pete -. Piensa en voz alta, para que oigamos todos. Pero antes, ¿cómo escapaste del manicomio de enfrente?

- Me patearon, me echaron, me despidieron.

- Choca esos cinco. Y luego explícate. ¿Les dijiste dit-dit-dit?

Pete lo miró con repentina admiración.

- ¿Eso hiciste?

- Tengo una testigo. ¿Qué hiciste tú?

- Les dije lo que pensaba que era y creen que estoy loco.

- ¿Lo estás?

- Sí.

- Bien - dijo George -. Entonces queremos oírlo... - Chasqueó los dedos. - ¿Qué pasa con la televisión?

- Lo mismo. El mismo sonido en audio, y la imagen tiembla y se desdibuja con cada punto o guión. En este momento es sólo un borrón.

- Maravilloso. Y ahora dime qué ocurre. No me importa lo que sea, mientras no sea una trivialidad, pero quiero saber.

- Creo que es el espacio. El espacio está distorsionado.

- El viejo amigo, el espacio - dijo George Bailey.

- George - dijo Maisie -, cállate por favor. Quiero oír esto.

- El espacio - dijo Pete - también es finito. - Se sirvió otra copa. - Recorres cierta distancia en cualquier dirección y vuelves al punto de partida. Como una hormiga arrastrándose alrededor de una manzana.

- Mejor una naranja - dijo George.

- De acuerdo, una naranja. Ahora supongamos que las primeras ondas de radio jamás emitidas acaban de terminar el viaje de vuelta. En cincuenta y seis años.

- ¿Cincuenta y seis años? Pero pensé que las ondas de radio viajaban a la misma velocidad que la luz. Si es así, en cincuenta y seis años sólo pudieron recorrer cincuenta y seis años-luz, y eso no puede ser todo el universo porque se sabe que hay galaxias a millones o quizá miles de millones de años-luz. No recuerdo las cifras, Pete, pero nuestra galaxia sola tiene mucha más extensión que cincuenta y seis años-luz.

Pete Mulvaney suspiró.

- Por eso digo que el espacio debe estar distorsionado. Hay un atajo en alguna parte.

- ¿Un atajo tan corto? No puede ser.

- Pero George, escucha lo que se está recibiendo. ¿Entiendes el código?

- Ya no. No a esa velocidad, al menos.

- Bien, yo sí lo entiendo - dijo Pete -. Ésa es la jerga de los primeros radioaficionados norteamericanos. Son los sonidos que llenaban el aire antes que se iniciaran las emisiones radiales normales. Es la jerga, las abreviaturas, la cháchara del granero al altillo de los aficionados con claves, con cohesores Marconi o detectores Fessenden... y pronto oírás un solo de violín. Te diré cuál es.

- ¿Cuál?

- El Largo de Handel. El primer disco fonográfico transmitido por radio. Fessenden lo emitió desde Brant Rock en 1906. Oírás su CQ-CQ en cualquier momento. Te apuesto un trago.

- De acuerdo. ¿Pero qué era el dit-dit-dit que empezó todo esto?

Mulvaney sonrió.

- Marconi, George. ¿Cuál fue la señal más poderosa jamás emitida, cuándo y por quién?

- ¿Marconi? ¿Dit-dit-dit? ¿Hace cincuenta y seis años?

- Eres un buen alumno. La primera señal transatlántica, el 12 de diciembre de 1901. Durante tres horas la gran estación de Marconi en Poldhu, con postes de más de sesenta metros, envió una S intermitente, dit-dit-dit, mientras Marconi y dos asistentes, en St. Johns, Terranova, remontaban una antena a ciento veinte metros en una cometa hasta que al fin captaron la señal. A través del Atlántico. George, con chispas que saltaban de las grandes botellas de Leyden en Poldhu y 20.000 voltios brincando de las tremendas antenas...

- Un minuto, Pete, hay algo que no encaja. Si eso fue en 1901 y la primera emisión radial fue en 1906, pasarán cinco años antes que la emisión de Fessenden llegue aquí por la misma ruta. Aun si hay un atajo de cincuenta y seis años-luz en el espacio y aun si esas señales no se debilitaron tanto en el viaje como para que no podamos oír las... es una locura.

- Te previne que lo era - dijo Pete desanimadamente -. Caray. esas señales serían tan infinitesimales después de viajar tan lejos que en la práctica no existirían. Más aún, están en todas las bandas, desde las microondas para arriba, y en todas tienen la misma fuerza. Y, como dices tú, ya hemos recibido casi cinco años en dos horas, lo cual no es posible. Te dije que era una locura.

- Pero...

- Sshhh. Escucha - dijo Pete.

Una voz borrosa pero inequívocamente humana venía de la radio, mezclándose con los chasquidos del código. Y luego una música débil y cascada, pero inequívocamente de violín. El Largo de Handel.

Sólo que de pronto se agudizó como si escalara de clave en clave, hasta volverse tan estridente que lastimaba el oído. Y siguió hasta pasar el límite de lo audible y no pudieron oír la más.

- Apaguen ya esa maldita cosa - dijo alguien. Alguien la apagó, pero esta vez nadie volvió a encenderla.

- Yo mismo no lo creía - dijo Pete -. Y hay otro elemento en contra, George. Esas señales afectan también la televisión, y las ondas de radio no tienen la longitud adecuada para eso. - Meneó la cabeza lentamente. - Tiene que haber otra explicación, George. Cuanto más lo pienso, más me convenzo de que estoy equivocado.

Tenía razón: estaba equivocado.

- Descabellado - dijo el señor Ogilvie.



Se quitó las gafas, frunció el ceño, y se las caló de nuevo. Miró a través de ellas los papeles que tenía en la mano y los arrojó desdeñosamente sobre el escritorio. Los papeles resbalaron hasta descansar contra la placa triangular que rezaba:

B.R. OGILVIE

Jefe de redacción

- Descabellado - repitió.

Casey Blair, su mejor reportero, sopló un anillo de humo y lo atravesó con el índice.

- ¿Por qué? - preguntó.

- Porque... caramba, es absolutamente descabellado.

- Ahora son las tres de la mañana - dijo Casey Blair -. La interferencia ha durado cinco horas y no hay un solo programa por televisión ni por radio. Todas las estaciones importantes de radio y televisión del mundo entero han dejado de transmitir. Por dos razones. Una, sólo estaban gastando corriente. Dos, las secretarías de Comunicaciones de sus respectivos gobiernos les solicitaron que cesaran de transmitir para colaborar en las campañas de rastreo. Hace cinco horas, desde el comienzo de la interferencia, que están trabajando con todo lo que tienen. ¿Y qué han averiguado?

- ¡Es descabellado! - dijo el jefe de redacción.

- De acuerdo, pero es cierto. Greenwich, a las once de la noche hora de Nueva York (traduciré todas las horas a la de Nueva York) encontró algo en la dirección de Miami. Viró hacia el norte hasta que a las dos la dirección era aproximadamente la de Richmond. Virginia. A las once San Francisco encontró algo en la dirección de Denver; tres horas más tarde viró al sur, hacia Tucson. En el hemisferio sur: señales captadas en Ciudad del Cabo, Sudáfrica, viraron de la dirección de Buenos Aires a la de Río de Janeiro, mil quinientos kilómetros al norte. Nueva York a las once recibía señales débiles de Madrid, pero a las dos no recibía ninguna señal. - Soltó otro anillo de humo. - ¿Quizá porque las antenas de cuadro que usan sólo giran en un plano horizontal?

- Absurdo.

- Me gusta más «descabellado», señor Ogilvie. Es descabellado, pero no absurdo. Yo estoy muerto de miedo. Esas líneas, y todas las señales de que hemos oído hablar, corren en la misma dirección si uno las toma como líneas rectas trazadas como tangentes de la Tierra en vez de curvarlas alrededor de la superficie. Yo lo hice con un pequeño globo terráqueo y un mapa estelar. Convergen en la constelación de Leo. - Se inclinó y tocó con el índice la primera página del artículo que acababa de entregar. - Las estaciones que están directamente bajo Leo no reciben ninguna señal. Las estaciones que están en lo que sería el perímetro de la Tierra respecto de ese punto reciben las señales más fuertes. Escuche, si prefiere haga revisar esas cifras por un astrónomo antes de publicar la nota, pero hágalo pronto... a menos que quiera leer la noticia en otros diarios primero.

- Pero la ionosfera, Casey... ¿no se supone que detiene todas las ondas de radio y las hace rebotar?

- Claro que sí. Pero quizá hay una filtración. O quizá las señales pueden atravesarla desde afuera aunque no puedan salir desde adentro. No es una pared sólida.

- Pero...

- Lo sé, es descabellado. Pero allí está. Y nos falta sólo una hora para cerrar. Será mejor que mande esta nota pronto y la haga componer mientras hace revisar mis datos y direcciones. Además, usted querrá cerciorarse de algo más.

- ¿Qué?

- Yo no tenía los datos para corroborar la posición de los planetas. Leo está en la eclíptica; un planeta podría interponerse entre aquí y allá. Marte, tal vez.

Los ojos del señor Ogilvie se iluminaron y se opacaron de nuevo.

- Blair - dijo -, si usted se equivoca seremos el hazmerreír del mundo.

- ¿Y si tengo razón?

El jefe de redacción tomó el teléfono y ladró una orden.

Titular del 6 de abril del Morning Messenger de Nueva York, última edición (6 de la mañana):

INTERFERENCIA RADIAL VIENE DEL ESPACIO

SE ORIGINA EN LEO

Seres ajenos al sistema solar intentarían comunicarse.

Todas las emisiones de radio y televisión fueron suspendidas.

Las acciones de las empresas radiales y televisivas abrieron varios puntos por encima de la cotización del día anterior, y luego bajaron abruptamente hasta mediodía, cuando una moderada estampida de compradores las hizo subir un poco.

La reacción del público era ambigua; la gente que no tenía radio salió precipitadamente a comprar una, y las ventas subieron, especialmente en aparatos portátiles y de mesa. Por otra parte, no se vendió ningún televisor. Con la suspensión de las emisiones no había imágenes en las pantallas, ni siquiera imágenes borrosas. Los circuitos de audio, cuando se los encendía, emitían el mismo murmullo que los receptores de radio. Lo cual, como Pete Mulvaney le había señalado a George Bailey, era imposible; las ondas de radio no pueden activar los circuitos de audio de los televisores. Pero éstas los activaban, y eran ondas de radio.

En los aparatos de radio aparecían ondas de radio, aunque horriblemente trituradas. Nadie podía escucharlas mucho tiempo. Había momentos fugaces en que, por varios segundos consecutivos, uno podía reconocer la voz de Will Rogers o Geraldine Farrar, o pescar instantes de la pelea Dempsey-Carpentier o la excitación de Pearl Harbor (¿recuerdan Pearl Harbor?). Pero las cosas dignas de oírse eran raras. En general era una mezcla ininteligible de radioteatro, publicidad y jirones desafinados de lo que una vez había sido música. Era totalmente indiscriminado, y totalmente insoportable.

Peco la curiosidad es una motivación poderosa. Hubo un breve auge de venta de radios por unos días.

Hubo otros auges, menos explicables, más difíciles de analizar. Hubo un alza repentina en la venta de escopetas y armas portátiles que evocaba el pánico causado en 1938 por los marcianos de Wells-Welles. Las Biblias se vendían tanto como los libros de astronomía, y los libros de astronomía se vendían como pan caliente. Una zona del país demostró un repentino interés en los pararrayos; los constructores fueron inundados con pedidos de instalación inmediata.

Por alguna razón que nunca se ha aclarado del todo hubo una fiebre de venta de anzuelos en Mobile, Alabama; todas las ferreterías y tiendas deportivas los vendieron en pocas horas.

Las bibliotecas públicas y las librerías fueron despojadas de los libros de astrología y los libros sobre Marte. Sí, sobre Marte, pese a que Marte estaba en ese momento del otro lado del sol y que toda nota periodística sobre el tema enfatizaba que ningún planeta se interponía entre la Tierra y la constelación de Leo.

Algo extraño ocurría, y no se disponía de noticias sobre las novedades excepto a través de los diarios. La gente se apiñaba frente a los edificios de los diarios a la espera de cada edición. Los jefes de producción enloquecían.

La gente también se reunía en pequeños grupos de curiosos alrededor de los silenciosos estudios y estaciones de emisión, hablando en voz baja como en un velorio. Las puertas de la emisora estaban cerradas, aunque había un portero encargado de hacer entrar a los

técnicos que intentaban encontrar una respuesta al problema. Algunos de los técnicos que habían trabajado el día anterior acababan de pasar más de veinticuatro horas en vela.

George Bailey despertó al mediodía, con sólo una pequeña jaqueca. Se afeitó y duchó, salió, tomó un desayuno ligero y se sintió mejor. Compró las primeras ediciones de los diarios de la tarde, las leyó, sonrió.

Su corazonada había sido correcta: fuera lo que fuese, no era una trivialidad.

Pero ¿qué era?

Las últimas ediciones de los diarios de la tarde lo anunciaron.

INVADEN LA TIERRA

SEGÚN CIENTÍFICO

El cuerpo treinta y seis era el mayor que tenían; lo usaron. Ni un solo diario fue distribuido esa tarde. Los repartidores eran prácticamente asaltados cuando iniciaban su recorrido. Vendían diarios en vez de repartirlos; los más listos los vendían a un dólar el ejemplar. Los tontos y honestos que no querían venderlos porque pensaban que los diarios correspondían a los clientes regulares del reparto los perdieron de todos modos. La gente se los arrebató.

Las últimas ediciones apenas cambiaron el titular. Es decir, apenas desde un punto de vista tipográfico. Pero el cambio en el significado era tremendo. Decía:

INVADEN LA TIERRA

SEGÚN CIENTÍFICOS

Es increíble el efecto que puede producir una sola S.

Carnegie Hall rompió esa noche todas las tradiciones con una conferencia a última hora. Una conferencia no programada ni publicitada. El profesor Helmetz había bajado del tren a las once y media y una multitud de reporteros lo estaba esperando. Helmetz, de Harvard, había sido el científico (en singular) que figuraba en el primer titular.

Harvey Amhers, jefe del directorio del Carnegie Hall, se había abierto paso en la multitud. En el trayecto perdió las gafas, el sombrero y el aliento. pero aferró el brazo de Helmetz y se colgó de él hasta que recobró el habla.

- Queremos que hable usted en Carnegie, profesor - gritó al oído de Helmetz -. Cinco mil dólares por una conferencia sobre los invasores.

- Desde luego. ¿Mañana a la tarde?

- ¡Ahora! Tengo un taxi esperando. Venga.

- Pero...

- Le conseguimos público. ¡De prisa! - Se volvió hacia la multitud. - Abran paso. Es imposible oír al profesor aquí. Vengan al Carnegie Hall y él les hablará. Y corran la voz en el camino.

Tanto se corrió la voz que el Carnegie Hall estaba atestado cuando el profesor empezó a hablar. Poco después instalaron un sistema de altoparlantes para que la gente de afuera pudiera oír. A la una de la mañana las calles estaban atestadas en cuadras a la redonda.

No había en la Tierra un patrocinador con un millón de dólares a su nombre que no hubiera dado gustosamente un millón de dólares por el privilegio de patrocinar esa conferencia en televisión o radio, pero no fue emitida por radio ni por televisión. Ambas líneas estaban ocupadas.

- ¿Alguna pregunta? - dijo el profesor Helmetz.

Un reportero de la primera fila se adelantó a los demás.

- Profesor - erijo -, ¿todas las estaciones rastreadoras de la Tierra han confirmado lo que usted nos dijo esta tarde sobre los cambios de dirección?

- Sí, absolutamente. Alrededor del mediodía todas las indicaciones direccionales empezaron a debilitarse. A las tres menos cuarto, hora del Este, cesaron por completo. Hasta entonces las ondas radiales procedían del cielo, cambiando continuamente de dirección con respecto a la superficie de la Tierra, pero constantes con respecto a un punto en la constelación de Leo.

- ¿Qué estrella de Leo?

- Ninguna estrella visible en nuestros mapas. Tampoco venían de un punto en el espacio o de una estrella demasiado débil para nuestros telescopios.

- Pero a las tres menos cuarto de la tarde de hoy (o mejor dicho de ayer, pues ya ha pasado medianoche) todos los rastreadores de dirección dejaron de funcionar. Aun así las señales persistían, y venían de todas partes por igual. Todos los invasores estaban aquí.

»No se puede llegar a otra conclusión. Ahora la Tierra está rodeada, totalmente cubierta, por ondas de tipo radial que no tienen un punto de origen, que viajan incesantemente alrededor de la Tierra en todas las direcciones, cambiando de forma a voluntad. Esa forma actualmente sigue imitando las señales radiales originadas en la Tierra que les llamaron la atención y las trajeron aquí.

- ¿Cree usted que era de una estrella que no podemos ver, o pudo haber sido realmente un mero punto en el espacio?

- Quizá de un punto en el espacio. ¿Y por qué no? No son criaturas materiales. Si vinieron aquí desde una estrella, tiene que ser una estrella muy oscura para que nos resulte invisible, pues estaría relativamente cerca de nosotros... a sólo veintiocho años-luz, que es muy poco en términos de distancias estelares.

- ¿Cómo puede usted saber la distancia?

- Partiendo del muy razonable supuesto de que iniciaron el viaje cuando descubrieron nuestras señales de radio: la emisión en código de Marconi hace cincuenta y seis años, las eses intermitentes. Como ésa fue la forma adoptada por los primeros en llegar, suponemos que iniciaron el viaje cuando encontraron esas señales. Las señales de Marconi, viajando a la velocidad de la luz, habrían llegado a un punto a veintiocho años-luz de distancia hace veintiocho años; los invasores, viajando también a la velocidad de la luz, necesitarían el mismo tiempo para llegar hasta nosotros.

»Como sería de esperar, sólo los primero en llegar cobraron forma de código Morse. Los siguientes llegaron con la forma de otras ondas que encontraron y pasaron, o quizás absorbieron, en su viaje a la Tierra. Ahora están vagando alrededor de la Tierra, como quien dice, fragmentos de los últimos programas que se irradiaron, pero todavía no han sido identificados.

- Profesor, ¿puede usted describir a uno de esos invasores?

- Tanto como puedo describir una onda de radio. De hecho, son ondas de radio, aunque no provengan de ninguna emisora. Son una forma de vida que depende del movimiento de las ondas, tal como nuestra forma de vida depende de la vibración de la materia.

- ¿Tienen tamaños diferentes?

- Sí, en dos sentidos de la palabra tamaño. Las ondas de radio se miden de cresta a cresta, medida que se conoce como longitud de onda. Como los invasores cubren todo el espectro de recepción de nuestros aparatos de radio y televisión es obvio que sucede una de dos cosas: o vienen en todos los tamaños cresta-a-cresta o cada cual puede cambiar su medida cresta-a-cresta para adaptarse a la sintonía de cualquier receptor.

»Pero eso es sólo en cuanto a la longitud cresta-a-cresta. En un sentido puede decirse que una onda de radio tiene una longitud general determinada por su duración. Si una emisora irradia un programa que tiene una duración de un segundo, una onda que lleva ese programa tiene un segundo-luz de longitud, unos 300.000 kilómetros. Un programa de

media hora continua está, por así decirlo, en una onda continua de media hora-luz de longitud, y así sucesivamente.

»Tomando esa forma de longitud, cada invasor varía en longitud desde unos miles de kilómetros, una duración de una pequeña fracción de segundo, hasta un millón de kilómetros de longitud, una duración de varios segundos. El fragmento continuo más largo de cualquier programa que se haya observado ha sido de unos siete segundos.

- Pero, profesor Helmetz, ¿por qué supone usted que esas ondas son seres vivientes, una forma de vida? ¿Por qué no meras ondas?

- Porque si fueran «meras ondas» como dice usted, seguirían ciertas leyes, tal como la materia inanimada sigue ciertas leyes. Un animal puede trepar cuesta arriba, por ejemplo; una piedra no puede hacerlo a menos que la impulse una fuerza externa. Estos invasores son formas de vida porque demuestran volición, porque pueden cambiar de rumbo, y ante todo porque conservan su identidad; dos señales nunca se confunden en el mismo receptor de radio. Se siguen una a otra pero no llegan simultáneamente. No se mezclan como lo harían normalmente las señales en la misma longitud de onda. No son «meras ondas».

- ¿Diría usted que son inteligentes?.

El profesor Helmetz se quitó las gafas y las lustró pensativamente.

- Dudo que alguna vez lo sepamos - dijo -. La inteligencia de tales seres, si existe, estaría en un plano tan distinto del nuestro que no habría un punto común desde el cual iniciar una comunicación. Nosotros somos materiales; ellos son inmateriales. No existe un terreno común a ambos.

- Pero si tienen algún grado de inteligencia...

- Las hormigas son inteligentes, en cierto modo. Llámelo instinto si quiere, pero el instinto es una forma de inteligencia; al menos las capacita para realizar algunas de las cosas que la inteligencia las capacitaría para realizar. Aun así no podemos establecer comunicación con las hormigas, y es mucho menos probable que podamos establecer comunicación con estos invasores. La diferencia genérica entre la inteligencia de las hormigas y la nuestra no sería nada comparada con la diferencia genérica entre la inteligencia de los invasores, si la tienen, y la nuestra. No, dudo que alguna vez nos comuniquemos.

El profesor estaba en lo cierto. Jamás se llegó a establecer comunicación con los invasores.

Las acciones de las compañías radiales se estabilizaron en la bolsa al día siguiente. Pero un día después alguien hizo al doctor Helmetz una pregunta crucial y los diarios publicaron su respuesta:

- ¿Reiniciar las emisiones? No sé si alguna vez lo haremos. Por cierto no podremos hacerlo hasta que se vayan los invasores, y no tienen por qué irse. A menos que la comunicación radial sea perfeccionada en algún planeta lejano y sean atraídos hacia allá.

»Pero al menos algunos de ellos regresarían en cuanto reiniciáramos las transmisiones.

Las acciones de la radio y la televisión bajaron prácticamente a cero en una hora. Sin embargo, no hubo escenas frenéticas en centros financieros; no hubo ventas frenéticas porque no había compras, ni frenéticas ni de ninguna clase. Ninguna acción de las radios cambió de manos.

Los empleados y actores de radio y televisión empezaron a buscar otro trabajo. Los actores no tuvieron problema en encontrarlo. Todas las demás formas de espectáculo florecían como nunca.

- Van dos - dijo George Bailey. El barman le preguntó qué quería decir.

- No sé, Hank. Es sólo una corazonada.

- ¿Qué clase de corazonada?  
- Ni siquiera sé eso. Báteme otro de éstos y luego me iré.  
La batidora eléctrica no funcionaba y Hank tuvo que batir la bebida a mano.  
- Buen ejercicio. Es justo lo que necesitas - dijo George -. Te quitará un poco de grasa:  
Hank gruñó, y el hielo tintineó alegremente mientras él inclinaba la coctelera para servir el trago.  
George Bailey se tomó su tiempo para beberlo y luego salió a un chaparrón de primavera. Se detuvo bajo el toldo y esperó un taxi. También había un viejo esperando.  
- Qué tiempo - dilo George.  
El viejo le sonrió.  
- Lo ha notado ¿verdad?  
- ¿Eh? ¿Si he notado qué?  
- Sólo observe un rato, amigo. Sólo observe un rato.  
El viejo siguió su camino. No pasaba ningún taxi vacío y George estuvo bastante tiempo allí hasta que se dio cuenta. Se le aflojó la mandíbula. Luego cerró la boca y entró de nuevo en el bar. Fue a una cabina telefónica y llamó a Pete Mulvaney.  
Marcó tres números equivocados hasta que al fin lo atendió Pete.  
- Habla George Bailey, Pete. Escucha, ¿te has fijado en el tiempo?  
- Claro que sí. No hay relámpagos, y tendría que haberlos en una tormenta como ésta.  
- ¿Qué significa, Pete? ¿Los invasores?  
- Claro. Y esto es sólo el comienzo si... - Un crujido en la línea le tapó la voz.  
- Eh, Pete, ¿aún estás allí?  
El sonido de un violín. Pete Mulvaney no tocaba el violín.  
- Eh, Pete, ¿qué cuernos...?  
De nuevo la voz de Pete.  
- Ven aquí, George. El teléfono no durará mucho tiempo. Trae... - Hubo un zumbido y luego una voz dijo -: ...vengan a Carnegie Hall. Las mejores melodías vienen...  
George colgó bruscamente.  
Caminó por la lluvia hasta la casa de Pete. En el camino compró una botella de whisky. Pete había empezado a decirle que trajera algo y tal vez era eso.  
Era eso.  
Se sirvieron un trago cada uno y brindaron. Las luces fluctuaron brevemente, se apagaron, y luego se encendieron de nuevo pero con menos intensidad.  
- No hay relámpagos - dijo George -. No hay relámpagos y pronto no habrá iluminación. Están adueñándose del teléfono. ¿Qué hacen con los relámpagos?  
- Supongo que los comen. Deben comer electricidad.  
- No hay relámpagos - dijo George -. Demonios. Puedo arreglarme sin teléfono, y las velas y las lámparas de aceite no alumbran mal... pero echaré de menos los relámpagos. Me gustan los relámpagos. Demonios.  
Las luces se apagaron por completo.  
Pete Mulvaney bebió despacio en la oscuridad. Dijo:  
- Luz eléctrica, refrigeradores, tostadoras eléctricas, aspiradoras...  
- Tocadiscos automáticos - dijo George -. Piénsalo, no habrá que aguantarlos más. No habrá más altoparlantes, ni... Oye, ¿y las películas?  
- No habrá películas, ni siquiera mudas. No puedes hacer funcionar un proyector con una lámpara de aceite. Pero escucha, George, no habrá automóviles... ningún motor de gasolina funciona sin electricidad.  
- ¿Por qué no, si usas una manivela en vez de conectar el arranque?  
- La chispa, George. ¿Cómo crees que se produce la chispa?  
- Correcto. Tampoco habrá aviones, entonces. ¿Ni siquiera aviones de reacción?

- Bien, supongo que algunos aviones de reacción podrían adaptarse a la falta de electricidad, pero no harías mucho con ellos. Un avión de reacción tiene más instrumentos que motor, y todos esos instrumentos son eléctricos. Y no puedes hacer volar ni aterrizar esos aviones por intuición.

- No habrá radar. Pero ¿para qué lo necesitamos? No habrá más guerras en mucho tiempo.

- Un tiempo demasiado largo.

George se incorporó de golpe.

- Oye, Pete, ¿y la fisión atómica? ¿La energía atómica? ¿Aún funcionará?

- Lo dudo. Los fenómenos subatómicos son básicamente eléctricos. Te apuesto a que también pierden los neutrones sueltos.

(Había ganado la apuesta; el gobierno no había anunciado que una bomba A probada ese día en Nevada se había apagado con el siseo de un cohete mojado y que las pilas atómicas estaban dejando de funcionar.)

George meneó la cabeza lentamente, intrigado.

- Tranvías y autobuses - dijo -, transatlánticos... Pete, esto significa que volveremos a la fuente original de los caballos de fuerza. Los caballos. Si quieres invertir, compra caballos. Sobre todo yeguas. Una yegua reproductora valdrá mil veces su peso en platino.

- Correcto. Pero no olvides el vapor. Aún tendremos máquinas de vapor, estacionarias y móviles.

- Claro, tienes razón. De nuevo el caballo de hierro para los viajes largos. Pero el noble bruto para los cortos. ¿Sabes montar, Pete?

- Sabía, pero creo que ya estoy un poco viejo. Me inclinaré por una bicicleta. Oye, será mejor que consigas una bicicleta mañana a primera hora, antes que todos corran a comprarlas. Sé que yo iré a comprar una.

- Buen dato. Y yo solía ser buen ciclista. Será magnífico sin autos que estorben. Y otra cosa...

- ¿Qué?

- También compraré una corneta. Tocaba una cuando era chico y puedo empezar de nuevo. Y quizá luego me encierre en alguna parte y escriba esa nove... Oye, ¿qué pasará con la imprenta?

- Se imprimirían libros mucho antes de la electricidad, George. Llevará un tiempo readaptar la industria editorial, pero seguirá habiendo libros. Gracias a Dios.

George Bailey sonrió y se levantó. Caminó hasta la ventana y observó la noche. La lluvia había cesado y el cielo estaba limpio.

Un tranvía estaba parado, sin luces, en medio de la calle. Un auto se detuvo, luego arrancó más despacio, se detuvo de nuevo; los faros se opacaban rápidamente.

George miró el cielo y bebió un sorbo de whisky.

- No hay más relámpagos - dijo con tristeza -. Echaré de menos los relámpagos.

El cambio fue menos violento de lo que nadie hubiera imaginado.

El gobierno, en una sesión de emergencia, tomó la sabia decisión de crear un comité con autoridad absolutamente ilimitada y debajo de él sólo tres comités subsidiarios. El comité principal, llamado Secretaría de Readaptación Económica, tenía sólo siete miembros y su función era coordinar los esfuerzos de los tres comités subsidiarios y decidir, rápidamente y sin apelaciones, toda querrela jurisdiccional entre ellos.

El primero de los tres comités subsidiarios era la Secretaría de Transporte. Inmediatamente se hizo cargo, en forma temporaria, de los ferrocarriles. Ordenó que las máquinas Diesel fueran llevadas a vías laterales y abandonadas, organizó el uso de las locomotoras de vapor y resolvió los problemas creados por ferrocarriles sin telegrafía ni

señales eléctricas. Luego decretó qué se debía transportar: alimentos en primer lugar, luego carbón y fuel oil, y artículos manufacturados esenciales en el orden de su importancia relativa. Un cargamento tras otro de radios nuevas, cocinas eléctricas, refrigeradores y otros artículos inútiles fueron amontonados irrespetuosamente a lo largo de las vías para ser usados más tarde como chatarra.

Todos los caballos fueron declarados bajo protección gubernamental, clasificados de acuerdo con su capacidad, y puestos a trabajar o a reproducir. Los caballos de tiro eran usados sólo para los acarrees más esenciales. El programa de reproducción recibió el mayor énfasis posible; la secretaría estimó que la población equina se duplicaría en dos años, se cuadruplicaría en tres, y que en seis o siete años habría un caballo en cada garaje del país.

Los granjeros, privados provisionalmente de sus caballos, y con los tractores oxidándose en los campos, recibieron instrucciones para usar bovinos para arar y otras faenas, incluyendo el acarreo de corta distancia.

El segundo comité, la Secretaría de Reempleo Humano, funcionaba tal como uno deduciría del título. Otorgaba beneficios por desempleo a los millones privados temporariamente de trabajo y contribuía a reemplearlos, una tarea no tan difícil teniendo en cuenta el gran incremento de la demanda de mano de obra en muchos campos.

En mayo de 1957 había treinta y cinco millones de desocupados; en octubre, quince millones; en mayo de 1958, cinco millones. En 1959 la situación estaba totalmente dominada y la demanda competitiva ya empezaba a elevar los salarios.

El tercer comité tenía la función más difícil de los tres. Se llamaba Secretaría de Readaptación de las Fábricas. Encaraba la tremenda tarea de convertir fábricas llenas de máquinas operadas por electricidad y, en su mayoría, adaptadas para producir otras máquinas operadas por electricidad, para la producción, sin electricidad, de artículos esencialmente no eléctricos.

Las pocas máquinas de vapor estacionarias disponibles trabajaban las veinticuatro horas en esos primeros días, y lo primero que se les encomendó fue la activación de los tornos, estampadores, cepillos mecánicos y molinos que trabajaban para fabricar más máquinas de vapor estacionarias de todos los tamaños. Éstas, a su vez, fueron puestas a trabajar para fabricar aún más máquinas de vapor. El número de máquinas de vapor creció exponencialmente, tal como el número de caballos. El principio era el mismo. Uno podría, y muchos lo hicieron, referirse a esas primeras máquinas de vapor como a sementales. Al menos, no faltaba metal para fabricarlas. Las fábricas estaban llenas de maquinaria no convertible que esperaba para ser fundida.

Sólo cuando las máquinas de vapor - base de la nueva economía fabril - estuvieron en plena producción, fueron asignadas a la maquinaria destinada a manufacturar otros artículos: lámparas de aceite, ropas, cocinas de carbón, cocinas de petróleo, bañeras, y camas.

No todas las grandes fábricas fueron convertidas. Pues mientras continuaba el período de conversión, las artesanías individuales se desarrollaron en miles de lugares. Pequeños talleres de uno o dos operarios fabricaban y reparaban muebles, zapatos, velas, todas las cosas que podían hacerse sin maquinaria compleja. Al principio esos pequeños talleres hicieron pequeñas fortunas porque no tenían competencia de la industria pesada. Más tarde, compraron pequeñas máquinas de vapor para impulsar pequeñas máquinas y sobrevivieron, creciendo con el florecimiento causado por la normalización del empleo y el poder adquisitivo, expandiéndose gradualmente hasta que muchos de ellos rivalizaron con las fábricas más grandes en productividad y las superaron en calidad.



Durante el período de readaptación económica hubo sufrimiento, pero menos del que había habido durante la gran depresión de la década del treinta. Y la recuperación fue más rápida.

La razón era obvia: al combatir la depresión, los legisladores trabajaban en la oscuridad. No conocían la causa - mejor dicho, conocían mil teorías conflictivas sobre la causa - y no conocían el remedio.

Los trababa la idea de que el problema era temporario y se solucionaría por sí solo si no intervenían.

En pocas palabras, no sabían de qué se trataba, y mientras ellos experimentaban el fenómeno cobraba proporciones gigantescas.

Pero la situación que enfrentaba el país, y todos los demás países en 1957, era nítida y obvia. No habría más electricidad. Había que volver al vapor y la tracción a sangre.

Era así de sencillo y, claro, y no había peros ni alternativas. Y toda la gente - excepto los chiflados de siempre - respondió.

En 1961...

Era un lluvioso día de abril y George Bailey esperaba bajo el techo de la pequeña estación de ferrocarril de Blakestown, Connecticut, para ver quién vendría en el de las 3:14.

Entró a las 3:25 y frenó entre bufidos, tres vagones de pasajeros y uno para el equipaje. La portezuela del vagón de equipajes se abrió. Descargaron una bolsa de correspondencia y la portezuela se cerró de nuevo. No había equipaje, de modo que quizá no hubiera pasajeros.

De pronto, al ver a un hombre alto y moreno que bajaba del estribo del último vagón, George Bailey soltó un hurra de alegría.

- ¡Pete! ¡Pete Mulvaney! ¿Qué diablos...?

- ¡Bailey, por todos los cielos! ¿Qué haces aquí?

George aferró la mano de Pete.

- ¿Yo? Yo vivo aquí. Hace dos años. Compré el Blakestown Weekly en el 59, por una bicoca, y me hice cargo... redactor, reportero y ordenanza. Tengo un impresor que me ayuda con esa parte, y Maisie se encarga de las noticias sociales. Ella es...

- ¿Maisie? ¿Maisie Hetterman?

- Ahora es Maisie Bailey. Nos casamos cuando compré el diario y nos mudamos aquí.

¿A qué has venido, Pete?

- Viaje de negocios. Sólo pasaré la noche. Debo ver a un tal Wilcox...

- Ah, Wilcox. Nuestro excéntrico local... pero no me interpretes mal; es un individuo bastante listo. Bien, podrás verlo mañana. Ahora vendrás conmigo. Cenarás y dormirás en casa. Maisie se alegrará de verte. Vamos, tengo el carro afuera.

- Claro. ¿Has terminado con el asunto que te traía aquí?

- Sí. Sólo venía a enterarme de quién llegaba en el tren. Y has llegado tú, así que vamos.

Subieron al carro, y George empuñó las riendas y azuzó a la yegua:

- Vamos, Bessie. - Luego preguntó: - ¿Qué haces aquí, Pete?

- Investigo. Para una compañía de gas. Estuve trabajando en una gasa incandescente más eficaz, que dará más luz y será menos destructible. El tal Wilcox nos escribió que tenía algo en esa línea; la compañía me envió a echarle un vistazo. Si tiene lo que él dice, lo llevaré conmigo a Nueva York y dejaré que los abogados de la compañía se arreglen con él.

- ¿Cómo andan los negocios, por lo demás?

- Muy bien, George. Gas, ésa es la clave ahora. En cada casa nueva se instalan cañerías para eso, y en muchas de las viejas. ¿Qué cuentas tú?

- Nos va bien. Por suerte teníamos una de esas viejas linotipias que fundía los tipos con un mechero de gas, de modo que la instalación ya estaba hecha. Y nuestra casa está encima de la oficina y el taller, de modo que sólo tuvimos que prolongar las cañerías hacia arriba. El gas es grandioso. ¿Cómo anda Nueva York?

- Bien George. Ha llegado a tener un millón de habitantes, y se ha estabilizado allí. No hay apiñamiento y sobra lugar para todos. El aire... vaya, es mejor que Atlantic City, sin el humo de los escapes.

- ¿Aún hay suficientes caballos?

- Casi. Pero lo que está de moda es la bicicleta; las fábricas no alcanzan a cubrir la demanda. Hay un club de ciclistas en casi todas las cuadras, y los que están físicamente capacitados van y vienen del trabajo en bicicleta. Les hace bien, además; en pocos años los médicos estarán en apuros.

- ¿Tú tienes una bicicleta?

- Claro, una anterior a la invasión. Hago un promedio de siete kilómetros diarios en ella, y como igual que un caballo.

George Bailey rió.

- Diré a Maisie que incluya un poco de heno en la cena. Bien, aquí estamos. Alto, Bessie.

Arriba se abrió una ventana, y Maisie se asomó y miró hacia abajo.

- ¡Hola, Pete! - saludó.

- Un plato extra, Maisie - dijo George -. Subiremos pronto, en cuanto guarde la yegua y le muestre a Pete la planta baja.

Cuando salieron del establo, hizo entrar a Pete por la puerta trasera del taller.

- ¡Nuestra linotipia! - anunció orgullosamente, señalándola.

- ¿Cómo funciona? ¿Dónde está tu máquina de vapor?

George sonrió.

- Aún no funciona; todavía ponemos los tipos a mano. Sólo pude conseguir una máquina de vapor y tuve que usarla para imprimir. Pero he mandado pedir una para la linotipia, y llegará en un mes. Cuando la tengamos, Pop Jenkins, mi impresor, me enseñará a manejarla y se quedará sin trabajo. Con la linotipia en marcha, puedo encargarme de todo personalmente.

- ¿No es duro para Pop?

George meneó la cabeza.

- Pop espera ese día con ansiedad. Tiene sesenta y nueve años y quiere jubilarse. Se quedará sólo hasta que yo pueda arreglarme sin él. Aquí está la imprenta... una pequeña Miehle, una joya; y la hacemos trabajar bastante. Y aquí al frente tienes la oficina. Desordenada, pero eficaz.

Mulvaney echó una mirada y sonrió.

- George, creo que has encontrado tu vocación. Tenías pasta para editor de pueblo.

- ¿Pasta? Me enloquece hacerlo. Me divierte más que nadie. Créaslo o no, trabajo como un perro y me gusta. Ven arriba.

En la escalera, Pete preguntó:

- ¿Y la novela que ibas a escribir?

- A medio terminar, y no está mal. Pero no es la novela que iba a escribir; entonces era un cínico. Ahora...

- George, creo que los ondulantes fueron tus mejores amigos.

- ¿Ondulantes?

- Dios mío, ¿cuánto tardan las palabras nuevas en llegar de Nueva York al campo? Los invasores, desde luego. Un profesor cuya especialidad es estudiarlos describió a uno de

ellos como un lugar ondulante en el éter, y «ondulante» prendió en el público... Qué tal, Maisie. Luces espléndida.

Comieron lentamente. Casi disculpándose, George le trajo cerveza, en botellas frías.

- Lo lamento, Pete, no tengo nada más fuerte para ofrecerte. Pero últimamente no he bebido. Supongo...

- ¿Tú estás abstemio, George?

- No exactamente abstemio. No hice un juramento ni nada por el estilo, pero hace casi un año que no bebo ningún licor fuerte. No sé por qué, pero...

- Yo sé - dijo Pete Mulvaney -. Yo sé exactamente por qué no bebes... porque yo no bebo mucho tampoco, por la misma razón. No bebemos porque no hay por qué beber... Oye, ¿eso no es una radio?

George rió.

- Un recuerdo. No la vendería por nada del mundo. De vez en cuando me gusta mirarla y pensar en el palabrerío horrible que yo inventaba para ella. Y luego me acerco, muevo la perilla y no hay nada. Sólo silencio. A veces el silencio es lo más maravilloso del mundo, Pete. Claro que no podría hacer eso si hubiera un poco de electricidad, porque entonces habría invasores. Supongo que la situación sigue siendo la misma.

- Sí, la Secretaría de Investigación revisa diariamente. Tratan de obtener corriente con un pequeño generador activado por una turbina de vapor. Pero no hay caso; los invasores la absorben en cuanto es generada.

- ¿Suponen que ellos se irán?

Mulvaney se encogió de hombros.

- Helmetz piensa que no. Piensa que se propagarán en proporción con la electricidad disponible. Aun si el desarrollo de la emisión de radio en otra parte del universo los atrajera hacia allí, algunos se quedarían aquí... y se multiplicarían como moscas en cuanto intentáramos usar de nuevo la electricidad. Entretanto viven de la electricidad estática del aire. ¿Qué hacen aquí en la noche?

- ¿Qué hacemos? Leemos, escribimos, nos visitamos, vamos a los grupos de aficionados... Maisie es presidenta de los Actores de Blakestown, y yo hago pequeños papeles. Al no haber cine todo el mundo se interesa en el teatro y hemos descubierto verdaderos talentos. Y está el club de damas y ajedrez, y los viajes en bicicleta y los picnics... el tiempo no alcanza para todo. Por no mencionar la música. Todo el mundo toca un instrumento, o lo intenta.

- ¿Tú?

- Claro, la corneta. Primera corneta de la Silver Concert Band, con partes solistas. Y... ¡cielos! Esta noche hay ensayo, y damos un concierto el domingo a la tarde. Lamento dejarte, pero...

- ¿Puedo ir y participar? Tengo mi flauta en el maletín, y...

- ¿Flauta? Nos faltan flautas. Tráela y Perkins, nuestro director, prácticamente te obligará a quedarte para el concierto del domingo... Y sólo faltan tres días, así que ¿por qué no? Tráela ahora mismo; tocaremos algunas viejas melodías para entonamos. ¡Eh, Maisie, deja esos platos y ven a acompañarnos con el piano!

Mientras Pete Mulvaney iba al cuarto de huéspedes a sacar su flauta del maletín, George Bailey tomó su corneta de la tapa del piano y sopló unas notas suaves y plañideras. Un sonido perfecto; tenía los labios en buena forma esa noche.

Y con ese objeto brillante y plateado en la mano se acercó a la ventana y se puso a mirar la noche. Afuera oscurecía y había cesado la lluvia.

Un brioso caballo pasó al trote y se oyó el timbre de una bicicleta. Enfrente alguien rasgueaba una guitarra y cantaba. George inhaló profundamente y soltó el aire despacio.

El olor de la primavera era suave y dulce en el aire húmedo.

Paz y atardecer.  
Un trueno rodando a lo tejos.  
Demonios, pensó, si tan sólo hubiera unos relámpagos.  
Echaba de menos los relámpagos.

### **Philip K. Dick - EL OJO DE LA SIBILA**

¿Cómo es que nuestra antigua República Romana se protege a sí misma en contra de aquellos que la destruirían? Nosotros, los romanos, aunque sólo mortales como el resto de los mortales, hacemos uso de la ayuda que seres enormemente superiores a nosotros nos brindan. Esas sabias y amables entidades, originarias de mundos desconocidos para nosotros, están listas para asistir a la República cuando se encuentra en peligro. Cuando no se encuentra en peligro, ellos se ocultan de nuestra vista para regresar cuando los necesitemos.

Tomemos el caso del asesinato de Julio César: un caso que se encontraba aparentemente cerrado cuando aquellos que conspiraron para matarlo fueron asesinados. ¿Pero cómo, nosotros los romanos, determinamos quién intencionalmente había cometido este asqueroso acto infame? Y, más importante aún, ¿cómo llevamos a la justicia a esos conspiradores? Tuvimos ayuda exterior; tuvimos la asistencia de la Sibila de Cumas, quien sabe desde miles de años antes lo que sucederá, y nos da, en forma escrita, su consejo. Todos los romanos son conscientes de la existencia de los Libros Sibilinos. Los abrimos cuando la necesidad surge.

Yo mismo, Philos Diktos de Tyana, he visto los Libros Sibilinos. Muchos ciudadanos romanos importantes, especialmente miembros del Senado, los han consultado. Pero yo he visto a la Sibila misma y por mi propia experiencia se algo sobre ella, algo que pocos hombres saben. Ahora que soy viejo —a mi gran pesar, pero con la necesidad que ata a todos los hombres mortales— estoy dispuesto a confesar que un día, aunque por accidente, supongo, en el curso de mis deberes presbiterianos, vi como la Sibila es capaz de ver bajo los compartimientos del tiempo; yo se lo que le permite hacer esto, se cómo ella se desarrollaba fuera de la anterior Sibila griega en Delphi, en aquella grande y venerada tierra, Grecia.

Pocos hombres saben esto y quizá la Sibila, alargando su mano a través del tiempo para llamarme la atención por hablar en voz alta, me silenciará para siempre. Es bastante posible, por tanto, que antes de que termine este pergamino, sea hallado muerto. Mi cabeza estará partida y abierta como uno se esos melones demasiado maduros provenientes de Levante los cuales, nosotros los romanos, valoramos demasiado. En cualquier caso, al ser viejo, con atrevimiento y descaro hablaré.

Había estado riñendo con mi esposa esa mañana —no era viejo entonces, y el terrible asesinato de Julio César había apenas sucedido. En aquel momento nadie estaba seguro de quién era el culpable. ¡Alta traición contra el Estado! El asesinato más siniestro— mil cuchillos hirieron el cuerpo del hombre que había venido para estabilizar nuestra temblorosa sociedad... con la aprobación de la Sibila, en su templo; hemos visto los libros que ella ha escrito para este

efecto. Sabíamos que ella había previsto que Cesar llevaría su armada sobre el río hasta Roma, para aceptar la corona del cesar.

—Tú, tonto ingenuo —me estaba diciendo mi esposa aquella mañana—. Si la Sibila fuera tan sabia como tu crees, habría anticipado ese asesinato.

—Quizá lo hizo —respondí.

—Creo que ella es una farsante —me dijo mi esposa Xantippe, haciendo muecas como sólo ella sabe hacer, lo cual es muy repulsivo. Ella es —debería decir era— de una clase social más alta que la mía, y siempre me hacía conciente de eso—. Ustedes los sacerdotes hacen esos textos; ustedes mismos los escriben, dicen lo que creen de una manera tan vaga que cualquier clase de interpretación puede hacerse de eso. Ustedes están engañando a los ciudadanos, especialmente a los acomodados. Con eso ella quiere decir, a su propia familia.

Le dije con furia, levantándome abruptamente de la mesa del desayuno:

—Ella es una inspiración, una profetisa, conoce el futuro. Evidentemente no había manera de que el asesinato de nuestro gran líder, a quien la gente amaba tanto, pudiera ser evitado.

—La Sibila es una broma de mal gusto— dijo mi esposa y, en su codiciosa y glotona forma usual, empezó a untar mantequilla en otro pedazo de pan.

—He visto los grandes libros y...

—¿Cómo es que ella conoce el futuro? —exigió mi esposa.

En cuanto a eso tuve que admitir que no sabía; estaba cabizbajo. Yo, un sacerdote de Cumas, servidor del Estado Romano. Me sentí humillado.

—Es un juego de dinero, un timo —mi esposa estaba diciendo mientras yo daba zancadas hacia la puerta.

Aunque estaba apunto de amanecer —la bella Aurora, la diosa del amanecer, estaba mostrando aquella luz blanca sobre el mundo, la luz que consideramos sagrada, y de la cual muchas de nuestras inspiradas visiones provienen— me dirigí, caminando, al amado templo donde trabajo.

Nadie más había llegado aún, excepto los guardias armados, inútilmente parados afuera; me echaron un vistazo sorprendidos de verme tan temprano, y luego me saludaron con la cabeza al reconocerme. Con la excepción de un reconocido sacerdote del templo en Cumas, nadie tiene permitido entrar; aún el mismo Cesar debía depender de nosotros.

Al entrar, pase por la gran bóveda llena de gas, en la cual el gran trono de piedra de la Sibila brillaba de humedad en la penumbra; sólo unas pobres y escasas antorchas habían estado encendidas.

Me paré y me quedé totalmente callado, congelado, cuando vi algo que nunca antes se me había revelado. La Sibila, con su largo cabello negro atado en un ajustado nudo, sus brazos cubiertos y sentada en su trono, se inclinaba hacia delante, y vi, entonces, que no estaba sola.

Dos criaturas se mantenían de pie detrás de ella, dentro de una burbuja redonda. Parecían hombres, pero cada uno de ellos tenía una cosa más, no

estoy seguro, aún ahora, de qué tenían de más, pero no eran mortales. Eran dioses. Tenían ranuras en lugar de ojos, sin pupilas. En lugar de manos, tenían pinzas, como las tiene un cangrejo. Sus bocas eran sólo agujeros, y me di cuenta de que ellos, no lo quiera Dios, eran mudos.

Parecían estar hablando con la Sibila, pero por medio de un gran hilo de forma que en cada uno de sus extremos había una caja. Una de las criaturas sostenía la caja al lado de su cabeza, y la Sibila escuchaba en la caja utilizando su otro extremo. La caja tenía números y botones, y el hilo estaba amontonado en un rollo, así que se podía extender.

Esos eran los Inmortales. Pero, nosotros los romanos, nosotros los mortales, habíamos creído que todos los Inmortales habían abandonado el mundo hace mucho tiempo. Esto era lo que nos habían dicho. Evidentemente ellos habían regresado —al menos por un corto tiempo— para darle información a la Sibila.

La Sibila se dirigió hacia donde estaba e, increíblemente, su cabeza atravesó toda la cámara llena de gas hasta encontrarse cerca de la mía. Estaba sonriendo, me había descubierto. Ahora podía oír la conversación entre ella y los Inmortales; graciosamente ella la hizo audible para mí.

—...sólo uno de muchos —estaba diciendo el más alto de los dos Inmortales—. Mas está por venir, pero no por algún tiempo. La oscuridad de la ignorancia está por venir, luego de un periodo dorado.

—¿No hay forma en que esto pueda ser evitado?— preguntó la Sibila, con esa voz melodiosa que nosotros atesoramos demasiado.

—Augusto reinará bien —dijo el más alto de los Inmortales—, pero después de el, vendrán hombres diabólicos y trastornados.

El otro Inmortal dijo:

—Debes entender que un nuevo culto surgirá en torno a una Criatura Luminosa. El culto crecerá, pero sus textos verdaderos estarán codificados y los verdaderos mensajes estarán perdidos. Hemos previsto una falla en la misión de la Criatura Luminosa, será torturada y asesinada, como lo fue Julio. Y después de eso...

—Mucho después de eso —dijo el más alto de los Inmortales—, la civilización misma se levantará de la ignorancia una vez más, luego de dos mil años, y luego...

La Sibila jadeó:

—¿Todo ese tiempo, Padres?

—Todo ese tiempo. Y luego, cuando empiecen a cuestionarse, a buscar y encontrar algo para aprender sobre sus verdaderos orígenes, su divinidad, los asesinatos empezarán otra vez, la represión y la crueldad, y otra era oscura empezará.

—Puede ser evitado —dijo el otro Inmortal.

—¿Puedo ayudar? —dijo la Sibila.

Gentilmente los dos Inmortales dijeron:

—Estarás muerta para entonces.

—¿No habrá sibila que tome mi lugar?

—Nadie. Nadie resguardará la República dos mil años a partir de ahora. Y, asquerosos hombres con pequeñas ideas corretearan y escarbarán de un lado a otro como ratas; sus huellas se cruzarán una y otra vez por el mundo en la medida en la que ellos busquen poder y compitan por falsos honores, por la superioridad el uno con el otro—. Y luego ambos Inmortales le dijeron a la Sibila, —para entonces no serás capaz de ayudar a la gente.

Abruptamente los dos Inmortales se desvanecieron, así como el rollo del hilo y las cajas con números por las que hablaban y fueron persuadidos, como por la sola presencia de la mente y el espíritu. La Sibila se sentó por un momento, y después levantó sus brazos de manera que por medio del mecanismo que los egipcios nos enseñaron, una de las blancas páginas se levantó hacia ella, para que ella quizá escribiera. Pero entonces hizo una cosa curiosa, y esto que voy a narrar es lo que más miedo me da, más miedo de lo que ya he contado.

Alargando la mano entre los pliegues de su toga sacó un Ojo. Puso el ojo en el centro de su frente, no era un ojo del todo como los de nosotros, con pupilas, pero más o menos como eso, era como el ojo-ranura de los Inmortales, pero no del todo. Tenía bandas oblicuas hacia un lado que se movían de una a otra... No tengo palabras para describir esto, siendo tan solo un sacerdote por medio del entrenamiento formal y de las clases, pero la Sibila en realidad volteó hacia mí y, con el Ojo, miró mi pasado y luego entonces lloró tan fuerte que hizo temblar las paredes del templo; las piedras cayeron y las víboras que se encontraban debajo de las ranuras de las piedras silbaron. Lloró llena de consternación y horror por lo que vio, en mi pasado, y su extraño tercer ojo permanecía aún en su frente; continuaba mirando.

Y entonces se cayó, como si se desmayara. Corrí hacia ella para echarle una mano. Toqué a la Sibila, mi amiga, esa gran y amada amiga de la República, mientras ella se sentía mareada y se balanceaba hacia adelante llena de consternación por lo que vio más allá, bajo los túneles y pasadizos del tiempo. Porque era a través de ese Ojo que la Sibila veía lo que tenía que ver, para instruirnos y prevenirnos de algo. Y para mí fue evidente que algunas veces veía cosas tan terribles y espantosas para ella como para soportarlas, y que nosotros deberemos de manejar, intentar manejarlas, mientras podamos.

Mientras sostenía a la Sibila, una cosa extraña sucedió. Entre los arremolinados gases vi figuras que empezaban a tomar forma.

—No debes dar por hecho que son reales —dijo la Sibila; escuché su voz y con todo y eso, aunque entendí sus palabras sabía que aquellas figuras eran, de hecho, reales. Vi un barco gigante, sin velas ni remos... Vi una ciudad con altos y flacos edificios, llena de vehículos diferentes a cualquiera que haya visto antes. Y con todo me moví hacia ellos y ellos se movieron hacia mí, hasta el momento en que las figuras se arremolinaron detrás de mí, separándome de la Sibila—. Veo esto con el Ojo de Gorgon —me estaba



diciendo la Sibila—. Es el Ojo que Medusa tomó por detrás y por delante, el ojo de todos los destinos —has caído en...

Y después de eso sus palabras se habían ido.

Jugué en el césped con mi cachorro, sorprendido por una botella de Coca-Cola que habían dejado en el jardín trasero de nuestra casa, no se quién la había dejado allí.

—Philip, la cena esta servida, métete ya —me dijo mi abuela que se encontraba en el vestíbulo de atrás. Vi que el sol se ponía.

—Ok —le respondí. Pero continué jugando. Había encontrado una enorme telaraña, y en ella estaba atrapada una abeja, mordida por la araña. Empecé a desenvolver a la abeja, pero me mordió.

A la mañana siguiente me encontraba leyendo las tiras cómicas que aparecían en la Gaceta Periodística de Berkeley. Leí sobre Brick Bradford y como encontró civilizaciones perdidas provenientes de hace miles de años.

—¡Mamá! —le dije a mi madre—. Ve esto, es estupendo. Paredes de ladrillo bajo este arrecife, velo mamá, y además en el fondo. —Me mantenía mirando fijamente a los cascos, provenientes de los viejos tiempos, que la gente utilizaba, y una extraña sensación llenaba mi ser; no sabía por qué.

—Ciertamente eso está bastante lejos de la diversión —decía mi abuela con voz disgustada—. Debería leer algo que le aproveche más. Esas tiras cómicas son basura.

Lo siguiente que recuerdo es que estaba en la escuela, sentado y viendo a una mujer bailar. Su nombre era Jill y era de un grado superior al nuestro, el sexto. Tenía puesto uno de esos vestidos para la danza del vientre y su velo cubría la parte baja de su cara. Pero pude ver sus adorables y encantadores ojos, esos ojos llenos de sabiduría. Me recordaban los ojos de alguien más, de alguien que alguna vez conocí, pero ¿quién tiene una niña jamás conocida?

Después, la señora Redman nos puso a hacer una composición y escribí acerca de Jill. Escribí sobre tierras extrañas donde Jill vivía, donde bailaba sin nada puesto sobre su cintura. Luego, la señora Redman habló con mi madre por teléfono y yo estaba berreando en el exterior diciendo, en términos oscuros, que eso tenía que ver con un sostén o algo por el estilo. En ese entonces nunca lo entendí; había mucho que no entendía. Parecía tener unos recuerdos y, sin embargo, no tenían nada que ver con el hecho de haber crecido en Berkeley y asistido a la Escuela de Gramática en Hillside, o con mi familia, o con la casa en la que vivíamos... tenían que ver con serpientes. Ahora sé porqué soñaba con serpientes: serpientes sabias, no serpientes malévolas, sino con aquellas que susurran sabiduría.

De cualquier forma, mi composición fue muy bien considerada por el director principal de mi escuela, el señor Bill Gaines luego de que escribí, en todo momento, que Jill utilizaba algo sobre la cintura. Luego decidí ser un escritor.

Una noche tuve un raro sueño. Quizá me encontraba en la preparatoria, preparándome para ir a la universidad de Berkeley el siguiente año. Soñé que, en la profundidad de la noche —y no fue como un sueño regular, realmente fue real— detrás de un cristal vi a esta persona del espacio exterior en un satélite o algo por el estilo, y venía para acá. El no podía hablar; sólo me miró con sus ojos graciosos.

Más o menos dos semanas después, tenía que llenar un cuestionario en el que me preguntaban qué quería ser cuando sea grande, y pensé en el sueño del hombre de otro universo, así que escribí:

#### VOY A SER UN ESCRITOR DE CIENCIA FICCIÓN

Eso puso loca a mi familia, pero entonces, cuando se volvieron locos, me volví obstinado. De todos modos mi novia, Ysabel Lomax, me dijo que no sería bueno para eso y que de cualquier manera no ganaría dinero, que la ciencia ficción era tonta y que sólo gente con barros la leía. Así que me convencí de escribir ciencia ficción, porque la gente con barros debe tener a alguien escribiendo para ellos, de otra manera sería injusto, escribir solamente para la gente con complexiones perfectas. Los Estados Unidos de América están cimentados en la justicia; esto es lo que el señor Gaines nos enseñó en la Escuela de Gramática en Hillside, y como el había sido capaz de fijar mi atención en aquella época, cuando nadie más lo hizo, tiendo a admirarlo.

En la preparatoria fui un fracasado porque sólo me sentaba para escribir y escribir todo el día, y todos los maestros me gritaban y decían que era un comunista por que no hacía lo que me pedían.

—¿A sí? —solía decir. Eso me llevó a parodiar al decano de los estudiantes. Me dijo en una voz peor que la que mi abuelo tenía, que si no mejoraba mis calificaciones sería expulsado.

Aquella noche tuve otro de aquellos sueños vívidos. En esta ocasión me encontraba en el carro de una mujer, y ella iba manejándolo. Sólo que era como uno de esos carruajes viejos estilo romano, y ella estaba cantando.

El siguiente día, cuando tenía que ir a ver al señor Erlaud, el decano de los estudiantes, escribí en el pizarrón, en latín:

#### UBI PECUNIA REGNET

Cuando regresó su rostro se tornó rojo, debido a que el enseña latín y sabe lo que significa. «Donde el dinero gobierna.»

—Esto es lo que escribiría una persona izquierdista que se queja —me dijo. Así que escribí algo más, mientras se sentó para echarle un vistazo a mis notas en el cuaderno. Escribí:

#### UBI CUNNUS REGNET

Eso pareció ponerlo perplejo.

—¿Donde aprendiste esa oración en particular en latín? —me dijo.

—No se —le dije. No estaba seguro, pero me parecía que en mis sueños ellos estaban hablando conmigo en latín. Quizá era solo mi propio cerebro dando vueltas y reanudando mi clase de Latín 1A, para principiantes en la que fui realmente muy bueno, sorprendentemente, por que no estudié.

El siguiente sueño vívido como ese, vino dos noches antes de que aquel monstruo, o bien aquellos monstruos, mataran al presidente Kennedy. Vi todo sucediendo en mi sueño, dos noches antes pero, más que cualquier cosa, más vívido aún, vi a mi novia Ysabel Lomax observando a los conspiradores realizar su diabólica hazaña, e Ysabel tenía un tercer ojo.

Mis amigos me llevaron después con una psicóloga porque, luego de que el presidente fue asesinado, me volví realmente extraño. Sólo me sentaba, le daba vueltas a algo como empollando, y luego me retiraba.

Fue una elegante y pulcra dama a la que me mandaron, una tal Carol Heims. Era muy hermosa y no dijo que estaba loco, dijo que me debería de alejar de mi familia y salirme de la escuela. Dijo que el sistema escolar te aísla de la realidad y de aprender técnicas para desarrollarte en situaciones reales, y que escribiera ciencia ficción.

Y lo hice. Trabajé en una tienda de televisores, barriendo el piso, desensolviendo y acomodando los nuevos equipos de televisión. Me mantenía pensando que cada televisor era como un gran ojo, creo, esto me preocupaba. Le comenté a Carol Heims sobre mi sueño, que había estado teniendo toda mi vida, sobre la gente del espacio, y hablar en latín, y que creía que debía de haber mucho más, pero que nunca me acordaba de todo cuando me despertaba.

—Los sueños no llegan a comprenderse completamente —me dijo la señorita Heims. Estaba sentado ahí, preguntándome como luciría en un vestido y bailando la danza del vientre, desnuda por encima de la cintura; me di cuenta que al hacer esto la hora de terapia se iba más rápido—. Existe una nueva teoría que es parte de tu inconsciente colectivo, que se extiende quizá unos miles de años en el pasado... y en sueños estás en contacto con eso. Así que, si eso es cierto, los sueños son válidos y muy valiosos.

Estaba ocupado imaginando sus caderas moviéndose sugestivamente de lado a lado, pero alcancé a escuchar lo que me dijo; era algo sobre la bondadosa sabiduría de sus ojos. Siempre pensaba en esas sabias víboras, por alguna razón.

—He estado soñando con libros —le dije—. Libros abiertos asíéndose frente a mí. Libros enormes, muy valiosos. Sagrados, como la Biblia.

—Eso tiene que ver con tu carrera como escritor —dijo la señorita Heims.

—Esos libros son viejos. Como de unos mil años. Y nos están advirtiéndome sobre algo. Un terrible asesinato, muchos asesinatos. Y sobre policías

poniendo a gente en prisión por sus ideas, pero haciéndolo en forma secreta, declarando en falso para incriminar a la gente. Y siempre estoy viendo a esa mujer que se parece a usted, pero está sentada en un inmenso trono de piedra.

Después la señorita Heims fue transferida a otra parte del país y no pude verla más. Me sentí realmente mal, y me ocultaba de mí mismo en mi escritura. Vendí una historia para una revista llamada «Fortaleciendo los Hechos de la Ciencia», la cual hablaba sobre razas superiores que habían aterrizado en la Tierra y dirigían nuestros asuntos secretamente. Nunca me pagaron.

Ahora soy viejo, y me arriesgo al contar esto, pero a fin de cuentas, ¿qué tengo que perder? Una vez me solicitaron escribir un pequeño ensayo para la revista «Narraciones Extraordinarias y Aventuras en el Planeta-Amor». Ellos me dieron un pequeño bosquejo del argumento que querían ver escrito, así como una fotografía en blanco y negro de la portada.

Me quedé mirando fijamente la fotografía; mostraba a un romano o a un griego —de cualquier manera, vestía una toga— y tenía en su pecho un caduceo, el cual es el signo médico: dos serpientes enroscadas, solo que en realidad tenían originalmente ramos de olivo.

—¿Cómo sabes que eso se llama un «caduceo»? —me preguntó Ysabel (ahora vivíamos juntos, y siempre me estaba diciendo que hiciera más dinero y que fuera como su familia, que era de una clase acomodada.)

—No lo sé —le dije, y me sentí curioso. Y luego comencé a ver, agitándose violentamente, una actividad fosfénica de colores en mis dos ojos, como aquellos gráficos de arte moderno abstracto que dibujan Paul Klee y otros— en vívidos colores, cuchilladas de ráfagas de luz con una muy rápida duración.

—¿Qué fecha es hoy? —le grité a Ysabel, quien se encontraba sentada secándose el pelo y leyendo la revista Harvard Lampoon.

—Es 1974 —me respondió.

—Entonces la tiranía está en el poder, si sólo es 1974 —le dije.

—¿Qué? —me respondió asombrada, mirándome fijamente.

En ese momento dos seres aparecieron a cada lado de ella, encapsulados en sus vasijas de sistema interno, dos globos que flotaban y mantenían su atmósfera y temperatura.

—No le digas ni una palabra más a ella —me advirtió uno de ellos—. Borraremos su memoria; pensará que se quedó dormida y tuvo un sueño.

—Ya recuerdo —dije, presionando mis manos en mi cabeza. Había tenido lugar la anamnesia; recordé que venía de tiempos antiguos y que, antes de eso, venía de la estrella Albemuth, de donde venían esos dos Inmortales—. ¿Porqué están de regreso? —dije—. ¿Para...

—Deberemos trabajar enteramente a través de mortales ordinarios —dijo J'Annis. El era el más sabio de los dos Inmortales—. Ahora no hay Sibila, para ayudar, para darle consejo a la República. A través de los sueños estamos

comunicándonos con la gente aquí y allá, para despertarlos; ellos están empezando a entender que el Precio de la Liberación está siendo pagado por nosotros, para liberarlos del Mentiroso, que ahora los gobierna.

—¿No están ellos conscientes de su existencia? —pregunté.

—Ellos sospechan. Ven hologramas nuestros proyectados en el cielo, los cuales utilizamos para distraerlos; ellos imaginan que estamos flotando por allá.

Sabía que estos Inmortales estaban en las mentes de los humanos, no en los cielos de la Tierra y que, distrayendo la atención hacia fuera estaban libres una vez más para ayudar hacia dentro, como ellos habían siempre ayudado: al Mundo interior.

—Traeremos la primavera a este mundo de invierno —dijo F'fr'am, sonriendo—. Levantaremos las barreras que aprisionan a esta gente que gime bajo una tiranía que ven en forma opaca. ¿Tú la viste? ¿Sabías sobre los movimientos y andadas de la policía secreta, los equipos casi-militares que destruyen toda la libertad de expresión, todos aquellos que disidieron?

Ahora, a mi vieja edad, pongo a la vista este relato para todos ustedes, mis amigos romanos, aquí en Cumae, donde vive la Sibila. Pasé, ya sea por casualidad o por designio, a un futuro lejano, a un mundo de tiranía, de invierno, el cual no se pueden imaginar. Y vi a los Inmortales que nos asistieron y también asisten a aquellos ¡dos mil años a partir de ahora! Aunque esos mortales en el futuro están —escúchenme— ciegos. Les han quitado la vista debido a mil años de represión; ellos han sido atormentados y limitados, en la misma forma en como limitamos a los animales. Pero los Inmortales los están despertando, los van a despertar, debería decir, a tiempo para salvarlos.

Y entonces los dos mil años de invierno terminarán; abrirán sus ojos. A causa del sueño y de inspiraciones secretas, sabrán, aunque he dicho a ustedes todo esto en mi antigua y vaga forma.

Déjenme terminar con este verso de nuestro gran poeta Virgilio, un buen amigo de la Sibila, y sabrán a través del mismo, lo que yace más allá, por que la Sibila ha dicho que aunque no se aplicará a nuestro tiempo, aquí en Roma, se aplicará a aquellos que están dos mil años de nosotros, trayéndoles una promesa de auxilio:

«Ultima Cumaei venit iam carmines aetas;  
magnus ab integro saeculorum nascitur ordo.  
Iam redit et Virgo, redeunt Saturnia regna;  
iam nova progenies, caelo demittitur alto.  
Tu modo nascenti puero, quo ferrea primum  
desinet, ac toto surgent gens aurea mundo,  
casta fave Lucina; tuus iam regnat Apollo.»

Pondré esto en la extraña lengua llamada castellano, la cual aprendí a hablar durante mi tiempo en el futuro, antes de que los Inmortales y la Sibila me trajeran de vuelta aquí, cuando mi trabajo allá en aquel tiempo había terminado:

«Por fin, el Tiempo Final anunciado por la Sibila llegará:  
la procesión de la eternidad vuelve a su origen.  
La Virgen regresa y Saturno reina como antes;  
una nueva raza del cielo en las alturas desciende.  
La Diosa del Nacimiento, sonrío al bebé recién nacido,  
en cuyo tiempo la Prisión de Acero caerá en ruinas,  
y una raza dorada surge por todos lados.  
¡Apolo, el rey legítimo, está restaurado!»

Por desgracia ustedes, mis queridos amigos romanos, no vivirán para ver esto. Pero lejos, a lo largo de los corredores del tiempo, en los Estados Unidos de América (uso aquí palabras extrañas para ustedes), el demonio caerá, y esta pequeña profecía de Virgilio, que la Sibila inspiró en él, se hará realidad.

¡La primavera esta renaciendo!

FIN

11 de septiembre de 1978

Querida Pat:

Luego de platicar contigo esta noche, recordé que las primeras imágenes hipnagógicas que vi luego de mi anamnesis de febrero de 1974, consistieron en la Sibila de Cumas con un tercer ojo o ajna; quien me decía que ella había visto a los conspiradores que mataron a los Kennedy, al doctor King y a mi amigo el obispo Pike, y que los conspiradores serían destruidos. Me mostró de cerca una breve visión momentánea de ellos, y todos ellos vestían caros trajes de negocios provenientes de establecimientos en el este. Luego, llegue a darme cuenta de que ella hablaba de Nixon y su gente.

Te comentaré completamente sobre todo esto cuando te vea. Te quiero presentar esta égloga de Virgilio (su cuarta), el cual creo firmemente está relacionado con estos asuntos (la traducción es mía):

Ultima Cumaei venit iam carmines aetas;  
magnus ab integro saeculorum nascitur ordo.

Iam redit et Virgo, redeunt Saturnia regna;  
iam nova progenies, caelo demittitur alto.  
Tu modo nascenti puero, quo ferrea primum  
desinet, ac toto surgent gens aurea mundo,  
Casta fave Lucina; tuus iam regnat Apollo.

Por fin el Tiempo Final anunciado por la Sibila llegará:  
la procesión de la eternidad vuelve a su origen.  
La Virgen regresa y Saturno reina como antes;  
una nueva raza del cielo en las alturas desciende.  
La Diosa del Nacimiento, sonrío al bebé recién nacido,  
en cuyo tiempo la Prisión de Acero caerá en ruinas,  
y una raza dorada surge por todos lados.  
¡Apolo, el rey legítimo, está restaurado!

En mi opinión, esta égloga se refiere a nuestro propio tiempo. La otra noche, durante un estado hipnagógico, escuché esta sentencia: “El líder Apolo está próximo a regresar.” Previamente, y luego de algunos años, me dijeron que “Santa Sofía nacerá de nuevo, anteriormente ella no fue aceptable.” También escuché que “El Buda está en el parque.” Y soñé con un gran libro dividido en dos partes; la primera había terminado en donde Sidartha estaba durmiendo, y ahora debería ser despertado. Para mí, todas estas oraciones se refieren a la misma cosa: la reencarnación entre nosotros, una vez más, del Rey Inmortal, el cual gobernará –la Era Dorada que los romanos, a través de la Sibila, esperaron con ansia y que los apostólicos cristianos anticiparon tan profundamente; pero que anticiparon, por desgracia, muy pronto pues no iba a venir durante su tiempo.

Por tanto la dirección de mis pensamientos toman un giro místico y profético, con un sentido de la inminente Parusía, en la cual yo creo completamente (y, de hecho, totalmente). Aunque tiendo a verlo en términos cristianos, creo que el Salvador quien o bien esta por nacer o, de hecho, ya nació se extiende más allá del alcance de cualquier religión, esas expectativas Zoroastrianas así como aquellas pertenecientes a otros sistemas religiosos serán completamente satisfechas.

El sueño en mi novela Fluyan Mis Lágrimas, Dijo el Policía se refiere a este evento por venir; fue de hecho un sueño real que yo tuve, y sabía que debía poner en la novela. En la novela las palabras “Felix” y “rey” [que en inglés se escribe “king”] se sitúan juntas –en el momento en el que escribí la novela, pensé que Felix era sólo un nombre... no me di cuenta de que había escrito “el Rey Feliz” [que en inglés se escribe “The Happy King”] que es, de hecho, el rey que hemos estado esperando.

Esta carta es una comunicación privada entre nosotros dos; no quiero manifestar mis expectativas en forma abierta. Pero, creo, cada día el cumplimiento de esta profecía de Virgilio está más cerca. Por supuesto, mucha gente en la historia ha creído esto, y esta es la razón por la que no quiero hablar públicamente. Me urge que veas la película *El Hombre que Cayó Sobre La Tierra* interpretada por David Bowie; es un estudio bastante bello de toda esta situación. K. W. [Jeter] va a verla una y otra vez, obteniendo un nuevo significado cada vez que la ve.

Admito que puedo ser un tonto o un lunático, pero en mi secreta mente honestamente siento tales ansias por esto, y un sentido de su inminencia: creo que la Prisión de Acero ya ha caído –la caída de Nixon y su policía tiránica– en que a decir verdad, la verdadera verdad, Apolo (quienquiera que signifique; llámenlo Cristo, Apolo, Buda, Santa Sofia, Sidartha, el que sea) el rey legítimo está restaurado –no mil años a partir de ahora o siquiera un año a partir de ahora... sino en este preciso momento, mientras realizamos las actividades rutinarias de nuestras vidas diarias, ellos están llevándolo de contrabando a través del río hacia Inglaterra (oculto la razón para creerlo), un bebé recién nacido, el cual no es humano sino transhumano, ultrahumano, lo que deseas ponerle: el Hombre Inmortal. Esto es lo que me mantiene con vida esta ansiosa expectación. “Die Zeit ist da!” como dijo Klingsor en Parsifal. “¡El Tiempo ha llegado!” Siento las emocionantes fuerzas celestiales en su propia emoción, lo que siento yo reflejo. Bueno, si estoy mal esto al menos me mantiene para sobrellevar algunos años muy tristes.

Phil

#### COMENTARIOS ADICIONALES

Los fragmentos 15 y 16 que aparecen en el “*Tractates Cryptica Scriptura*” de la novela VALIS dicen lo siguiente:

15. *La Sibila de Cumas protegió a la República Romana y le hizo advertencias oportunas. En el siglo I E.C. previó el asesinato de los hermanos Kennedy, el doctor King y el obispo Pike. En los cuatro hombres asesinados percibió los dos comunes denominadores: en primer lugar, defendían las libertades de la República y, en segundo lugar, cada uno de ellos era un líder religioso. Por eso fueron asesinados. La República, una vez más, se había convertido en un César. «El Imperio nunca tuvo fin.»*

16. *En marzo de 1974 la Sibila dijo: “Los conspiradores han sido descubiertos y deberán comparecer ante la justicia.” Los descubrió con el*



*tercer ojo o ajna, el ojo de Siva que da discernimiento interior, pero cuando se vuelve hacia afuera, fulmina con un calor que diseca. En agosto de 1974 tuvo lugar el juicio que había prometido la Sibila.*

En cuanto a la carta anteriormente presentada y con respecto al juego de letras entre las palabras “Felix” y “rey,” los fragmentos 18 y 19 del “*Tractates*” mencionan lo siguiente:

18. *El tiempo real llegó a su término en el 70 E.C. con la caída del templo de Jerusalén. Volvió a comenzar en 1974. El periodo transcurrido entre ambas fechas fue una interpolación perfectamente espuria que imitó como un mono la creación de la Mente. «El Imperio nunca tuvo fin», pero en 1974 se envió un mensaje cifrado como señal de que la Edad de Acero había llegado a su término; el mensaje comprendía dos palabras: REY FELIX, lo cual se refiere al Rey Feliz (o Justo).*

19. *El mensaje cifrado de dos palabras, REY FELIZ, no tenía por destinatarios a los seres humanos, sino a los descendientes de Ijnaton, la raza de tres ojos que, en secreto, habita entre nosotros.*

El fragmento 13 hace mención a Apolo:

13. *Dijo Pascal “Toda historia no es sino un hombre inmortal que aprende de continuo.” Se trata del Inmortal al que veneramos sin conocer su nombre. “Vivió mucho tiempo atrás, pero aún sigue vivo” y “El Apolo Capital está a punto de regresar.” El nombre cambia.*

Como se ha venido comentando, las ideas plasmadas en el cuento aquí presentado se extienden, no de manera natural, en las novelas VALIS y Radio Libre Albemuth. En 1991 Lawrence Sutin publicó el libro *In Pursuit of VALIS: Selections From the Exegesis*, en el cual aparece lo que a su consideración es lo más rescatable del *Exégesis* de Philip K. Dick. Ese libro de unas 8,000 páginas que Dick escribió para tratar de explicar la experiencia mística que empezó el 3 de febrero de 1974. Posteriormente, en el libro *The Shifting Realities of Philip K. Dick*, Lawrence Sutin incorpora otras partes del *Exégesis*. Naturalmente, muchas de las ideas que se mencionan en el cuento “*El Ojo de la Sibila*” se pueden encontrar en varias partes del *Exégesis*.

Con respecto a la escena de la bailarina de la danza del vientre, existe una curiosa anécdota. Resulta que Philip K. Dick no conocía personalmente al escritor Robert Anton Wilson, el cual era amigo de D. Scott Appel y Kevin C.

Briggs los que por aquel tiempo realizaban la serie de entrevistas a Dick que aparecieron posteriormente en el libro *The Dream Connection*. En una ocasión Robert se encontraba en su hotel y Philip andaba por ahí. Scott y Kevin se morían por las ganas por presentarlos, de “juntar a estos dos genios,” en palabras de Scott Appel. Así que llevaron a Philip a la habitación en la que se encontraba Robert Antón Wilson. El estaba en su balcón contemplando una escena en el motel de enfrente. Hacía una exhibición de bailarinas. Bailaban la danza del vientre. Philip se puso al lado de Robert y sin dirigirse palabra alguna, se quedaron anonadados contemplando la danza del vientre.

No hacían más que contemplar, en silencio, los vientres de las bailarinas. Scott y Kevin se sentaron en una mesa pequeña en la habitación, mirándose el uno al otro y murmurando consternados: “¿Eso es todo? Bueno, en algún momento las bailarinas tienen que dejar de bailar” Luego de unos cinco minutos, Philip miró a Robert Anton. Scott tenía el dedo en su grabadora, listo para registrar lo que sería una interesantísima conversación entre esos dos genios. Philip dijo: “Como lo que escribes, hombre.” Robert le dio las gracias a Phil y dijo: “También me gusta lo que escribes.” Luego los dos volvieron su atención a las bailarinas.

Después de unos minutos más, Philip dijo: “Bueno, me tengo que ir. Me están esperando.” Robert respondió que era un placer conocerlo y Phil dijo: “Es también un placer para mi conocerte.” Se despidió y se fue. Esa fue la gran reunión de los dos genios y lo que se dijeron. Como escribe Scott, “en algunas ocasiones la magia hace su trabajo y, en otras, las bailarinas de la danza del vientre.” Scott comenta también que fue este incidente lo que quizá inspiró a Phil para agregar la escena de la bailarina de la danza del vientre en la historia “*El Ojo de la Sibila*.”

Y eso es todo, si leíste hasta aquí muchas gracias.

## **Robert Silverberg - EL OCASO DE LOS MITOS**

Durante unos años nos dedicamos a invocar a los grandes personajes del pasado, para descubrir cómo eran. Eso ocurría a mediados del siglo CXXV: del 12.400 al 12.450, digamos. Invocamos a César y a Antonio, y también a Cleopatra. Reunimos a Freud, a Marx y a Lenin en la misma habitación y les dejamos hablar. Convocamos a Winston Churchill, que por cierto resultó una decepción (ceceaba y bebía demasiado), y a Napoleón, un tipo espléndido. Entramos a saco en diez milenios de historia para divertirnos.

Pero al cabo de medio siglo, el juego empezó a aburrirnos. En aquella época nos aburríamos fácilmente. De modo que empezamos a invocar a los personajes míticos, los dioses y, los héroes. Parecía mucho más romántico, y estábamos viviendo una de las épocas románticas de la Tierra.

Yo ostentaba el cargo de celador del Salón del Hombre, y allí fue donde construyeron la máquina, de modo que fui testigo de su desarrollo desde el primer momento. La tarea había sido encomendada a Leor el Constructor. Había construido ya las máquinas que invocaban a los personajes reales, de modo que ésta, aunque algo más complicada, no debía plantearle serios problemas. Tenía que alimentarla con otro tipo de datos, llenarla de arquetipos y de corrientes psíquicas, pero el proceso de reconstrucción fundamental sería el mismo. Ni por un solo instante dudó del éxito.

La nueva máquina de Leor tenía varillas de cristal y aristas de plata. Una esmeralda gigantesca estaba incrustada en su tapadera de doce ángulos.

- Simples adornos - me confió Leor -. Podía haber construido una sencilla caja negra. Pero el brutalismo está pasado de moda.

La máquina ocupaba todo el Pabellón de la Esperanza en la Fachada norte del Salón del Hombre. Tapaba el hermoso mosaico fluorescente del Pabellón, aunque el mosaico continuaba proyectando bellísimos reflejos sobre las pulidas superficies de las pantallas de exhibición. Alrededor del 12.570 Leor dijo que estaba dispuesto a poner su máquina en marcha.

Dispusimos el mejor tiempo posible. Armonizamos los vientos, desviando un poco los del oeste y empujando todas las nubes hacia el sur. Enviamos nuevas lunas a danzar por la noche en pasmosas formaciones, haciendo que de cuando en cuando se reunieran para componer el nombre de Leor. Llegó gente de toda la Tierra, acampando en tiendas susurrantes sobre la gran llanura que empieza en el umbral del Salón del Hombre. La excitación era muy intensa y se propagaba a través del límpido aire.

Leor hizo sus últimos preparativos. El comité de asesores literarios conferenció con él acerca del orden en que se desarrollarían los acontecimientos. Habíamos escogido las horas diurnas para la primera demostración, y habíamos teñido el cielo ligeramente de púrpura para mejorar el efecto. La mayoría de nosotros llevábamos nuestros cuerpos más jóvenes, aunque había algunos que decían que querían aparecer como hombres maduros en presencia de aquellas figuras fabulosas surgidas del amanecer del tiempo.

- Todo está a punto - anunció Leor.

Pero antes se pronunciaron los discursos de rigor. El Presidente Peng saludó cordialmente a todos los presentes. El Procurador de Plutón, que se encontraba de visita entre nosotros, felicitó a Leor por la abundancia de sus inventos. Nistim, que cumplía su tercer o cuarto mandato como Metabolizador General, estimuló a todos los presentes a acceder a un nivel superior. Luego, el jefe de ceremonial me hizo una seña. No, dije, sacudiendo la cabeza, soy muy mal orador.

Ellos replicaron que era mi obligación, como celador del Salón del Hombre, explicar lo que íbamos a presenciar.

De mala gana, avancé unos pasos.

- Hoy veréis los sueños del antiguo género humano hechos realidad - dije, esforzándome en encontrar las palabras apropiadas -. Las esperanzas del pasado, y supongo que también las pesadillas, andarán entre vosotros. Vamos a ofreceros una visión de las figuras imaginarias por medio de las cuales los antiguos intentaron dar una estructura al universo. Esos dioses, esos héroes, resumen unos patrones de causa y efecto, utilizados como fuerzas organizadoras alrededor de las cuales podían cristalizar las culturas. Algo desconocido para nosotros, y muy interesante. Gracias.

Antes de empezar, Leor dijo:

- Debo explicar una cosa. Algunos de los seres que vais a ver fueron puramente imaginarios, inventados por poetas tribales, como mi amigo acaba de sugerir. Pero otros se basaron en verdaderos seres humanos que vivieron en la Tierra como mortales vulgares, y que después de su muerte fueron mitificados, siéndoles atribuidas cualidades sobrehumanas. Hasta que aparezcan, no sabremos qué figuras pertenecen a una categoría determinada, pero yo puedo deciros cómo detectar su origen, una vez las hayáis visto. Los que fueron seres humanos antes de convertirse en mitos tendrán una leve aureola, una sombra, una oscuridad en el aire a su alrededor. Esa aureola es el rastro de su humanidad esencial, que no puede ser borrada por ningún fabricante de mitos. Eso es lo que he aprendido en mis experimentos preliminares. Y, ahora, vamos a empezar.

Leor desapareció en las entrañas de la máquina. Una sola nota, profunda y clara, resonó en el aire. Súbitamente, sobre el escenario que daba a la llanura, apareció un hombre desnudo, parpadeando, mirando a su alrededor.

Desde el interior de la máquina la voz de Leor anunció:

- Este es Adán, el primero de todos los hombres.

Adán cruzó el escenario y se acercó al Presidente Peng, el cual le saludó solemnemente y le explicó lo que estábamos haciendo.

Adán se cubría las vergüenzas con las manos.

- ¿Por qué estoy desnudo? - preguntó -. Ir desnudo es pecado.

Le indiqué que cuando llegó al mundo iba desnudo, y que al invocarle de aquel modo no hacíamos más que respetar la autenticidad.

- Pero yo he comido la manzana - objetó Adán -. ¿Por qué me traéis aquí consciente de mi vergüenza, y no me dais nada para ocultarla? ¿Es justo eso? ¿Es consecuente? Si queríais un Adán desnudo, teníais que haber traído a un Adán que no hubiera comido aún la manzana. Pero...

La voz de Leor anunció:

- Esta es Eva, la madre de todos nosotros.

Apareció Eva, también desnuda, aunque su larga y sedosa cabellera ocultaba la curva de sus senos. Sin el menor rastro de timidez, sonrió y tendió una mano a Adán, el cual se precipitó hacia ella.

¡Cúbrete! ¡Cúbrete!

Mirando a los millares de espectadores, Eva dijo fríamente:

- ¿Por qué tengo que cubrirme, Adán? Esa gente también va desnuda. Por lo visto, estamos de nuevo en el Edén.

- Esto no es el Edén - dijo Adán -. Esto es el mundo de los hijos de los hijos de los hijos de los hijos de nuestros hijos.

- Me gusta este mundo - dijo Eva -. Es muy tranquilo.

Leor anunció la llegada de Pan, el de los pies de cabra.

Ahora, Adán y Eva estaban rodeados por la aureola de la humanidad esencial. El detalle me sorprendió, puesto que dudaba de que hubieran existido un Primer Hombre y una Primera Mujer en los cuales pudieran basarse las leyendas; pero supuse que debía tratarse de alguna representación simbólica del concepto de la evolución del hombre. Pero Pan, el monstruo semihumano, también llevaba la aureola. ¿Había existido un ser semejante en el mundo real?

En aquel momento no lo comprendí. Pero más tarde me di cuenta de que si bien no había existido nunca un hombre con pies de cabra, habían existido hombres que se comportaron como se comportaba Pan, dando origen a la creación de aquel lujurioso dios. En cuanto al Pan que salió de la máquina de Leor, no permaneció mucho tiempo sobre el escenario. Corrió a mezclarse con los espectadores, riendo y agitando los brazos.

- ¡El Gran Pan ha vuelto! - gritó -. ¡El Gran Pan ha vuelto!

Cogió entre sus brazos a Milian, la esposa anual de Divud, el Arquivista, y se la llevó hacia un bosquecillo.

- Honor que me hace - dijo Divud, el marido-anual de Milian.

Leor continuó manipulando en su máquina.

Invocó a Héctor y a Aquiles, a Orfeo, a Perseo, a Loki y a Absalón. Invocó a Medea, a Casandra, a Odiseo, a Edipo. Invocó a Toth, al Minotauro, a Eneas, a Salomé. Invocó a Shiva y a Gilgamesh, a Viracocha y a Pandora, a Príapo y a Astarté, a Diana, a Diámedes, a Dionisio, a Deucalion. La tarde se apagó y las resplandecientes lunas se encendieron en el cielo y Leor continuó trabajando. Nos dio a Clitemnestra y a Agamenón, a Elena y a Menelao, a Isis y a Osiris. Nos dio a Damballa y a Geudenibo y a Legba. Nos dio a Baal. Nos dio a Sansón. Nos dio a Krishna. Despertó a Quetzalcoatl, a Adonis, a Holger, a Kali, a Ptah, a Thor, a Jason, a Nimrod, a Set.

La oscuridad se hizo más intensa y los seres míticos aparecían sobre el escenario y se derramaban por la llanura. Se mezclaban unos con otros antiguos enemigos intercambiando habladurías, antiguos amigos estrechándose las manos, miembros del mismo panteón abrazando a sus rivales. Se mezclaban con nosotros, también, los héroes escogiendo mujeres, los monstruos tratando de parecer menos monstruosos, los dioses buscándose adoradores.

Quizás era suficiente. Pero Leor continuó trabajando. Era su momento de gloria.

De la máquina salieron Rolando y Oliver, Rustum y Sohrab, Caín y Abel, Damon y Pythias, Orestes y Pilades, Jonathan y David. De la máquina salieron San Jorge, San Vito, San Nicolás, San Cristóbal, San Valentín, San Judas. De la máquina salieron las Furias, las Arpías, las Pléyades, las Parcas, las Normas. Leor era un romántico, y no conocía la moderación.

Todos los que aparecían llevaban la aureola de la humanidad.

Pero las maravillas acaban por empalagar. La gente del siglo CXXVI se distraía fácilmente y se aburría con la misma facilidad. La cornucopia de milagros no estaba agotada, ni mucho menos, pero me di cuenta de que numerosos espectadores abandonaban la llanura y emprendían el regreso a sus hogares. Los que estábamos cerca de Leor teníamos que quedarnos, desde luego, aunque estuviéramos abrumados por aquellas fantasías y agobiados por su abundancia.

Un anciano de barba blanca envuelto en una espesa aureola salió de la máquina. Llevaba un delgado tubo de metal.

- Este es Galileo - dijo Leor.

- ¿Quién es? - me preguntó el Procurador de Plutón, ya que Leor, cada vez más cansado, había dejado de describir a sus fantasmas.

Tuve que pedir la información por radio al Salón del Hombre.

- Un dios moderno de la ciencia - le dije al Procurador -, al cual se atribuye el descubrimiento de las estrellas. Su deificación se produjo después de ser perseguido por la Inquisición.

Tras la aparición de Galileo, Leor evocó a otros dioses de la ciencia: Newton y Einstein, Hipócrates y Copérnico, Oppenheimer y Freud. Habíamos conocido a algunos de ellos antes, en la época en que evocábamos a personajes reales de épocas pretéritas, pero ahora tenían otro aspecto, ya que habían pasado por las manos de los fabricantes de mitos. Llevaban emblemas de sus funciones especiales, y pasaban entre nosotros ofreciéndose para curar, para enseñar, para explicar. No se parecían en nada a los verdaderos Newton, Einstein y Freud que habíamos visto. Tenían una estatura tres veces superior a la de los hombres, y sus ceños despedían relámpagos.

Luego llegó un hombre alto y barbudo, con la cabeza ensangrentada.

- Abraham Lincoln - dijo Leor.

- El antiguo dios de la emancipación - le dije al Procurador, tras algunas investigaciones.

Luego llegó un hombre joven y apuesto, con una deslumbrante sonrisa y una cabeza también ensangrentada.

- John Kennedy - dijo Leor.

- El antiguo dios de la juventud y de la primavera - le dije al Procurador -. Un símbolo del cambio de estaciones, de la derrota del invierno por el verano.

- Ese fue Osiris - dijo el Procurador -. ¿Acaso hubieron dos?

- Hubieron muchos más - dije -, Baldur, Tammuz, Mithra, Attis...

- ¿Por qué necesitaban tantos? - inquirió el Procurador.

Leor dijo:

- Ahora me tomaré un descanso.

Los dioses y héroes estaban entre nosotros. Empezó una época de francachelas.

Medea salía con Jason, Agamenón se reconcilió con Clitemnestra, y Teseo y el Minotauro vivían en el mismo albergue. Yo tuve ocasión de hablar con John Kennedy, el último de los mitos que había salido de la máquina. Como a Adán, el primero, le fastidiaba encontrarse aquí.

- Yo no fui ningún mito - insistió -. Fui un ser vivo, que estudió en la Universidad y pronunció discursos.

- Te convertiste en un mito - dije -. Viviste, y moriste, y al morir fuiste transfigurado.

Dejó escapar una risita.

- ¿En Osiris? ¿En Baldur?

- Parece apropiado.

- Te lo parecerá a ti. La gente dejó de creer en Baldur mil años antes de que yo naciera.

- Para mí - dije -, Osiris, Baldur y tú sois contemporáneos. Tú perteneces al mundo antiguo. Estás separado de nosotros por miles de años.

- ¿Y soy el último mito que salió de la máquina?

- Sí.

- ¿Por qué? ¿Acaso los hombres dejaron de fabricar mitos después del siglo XX?

- Tendrías que preguntárselo a Leor. Pero creo que estás en lo cierto: tu época fue el final de la era de los mitos. Después de tu época no podíamos creer ya en cosas tales como mitos. No necesitábamos mitos. Cuando superamos la era de las dificultades, entramos en una especie de paraíso donde cada uno de nosotros vivía su propio mito. En consecuencia, ¿por qué habíamos de levantar a algunos hombres a grandes alturas entre nosotros?

Me dirigió una extraña mirada.

- ¿De veras crees eso? ¿Que vives en un paraíso? ¿Que los hombres se han convertido en dioses?

- Pasa algún tiempo en nuestro mundo - le dije -, y Compruébalo por ti mismo.

Ignoro cuáles fueron sus conclusiones, porque no se me presentó la ocasión de volver a hablar con él, a pesar de que a menudo me encontraba con dioses y con héroes. Estaban en todas partes. Algunos de ellos eran pendencieros o ladrones, pero el hecho no nos afectaba demasiado, ya que su conducta era, en nuestra opinión, la que correspondía a unos arquetipos de épocas tan pretéritas. Y algunos eran amables. Viví una breve aventura amorosa con Perséfone. Escuché, extasiado, el canto de Orfeo.. Krishna danzó para mí.

Dionisio revivió el arte perdido de destilar licores y nos enseñó a beber y a emborracharnos.

Taliesin nos recitó incomprensibles y maravillosas baladas.

Aquiles lanzó su jabalina para nosotros.

Fue una época de maravillas, pero, pasada la novedad, los mitos empezaron a fastidiarnos. Había demasiados, y eran demasiado ruidosos, demasiado activos, demasiado exigentes. Querían que les amásemos, que les escuchásemos, que nos inclinásemos ante ellos, que escribiéramos poemas acerca de ellos. Formulaban preguntas - algunos de ellos - interesándose por el funcionamiento interno de nuestro mundo, y nos desconcertaban, ya que apenas conocíamos las respuestas.

Leor nos había proporcionado una espléndida diversión. Pero todos estábamos de acuerdo en que ya era hora de que los mitos se marcharan. Los habíamos tenido con nosotros por espacio de cincuenta años, y era más que suficiente. Les rodeamos, y empezamos a meterlos de nuevo en la máquina. Los héroes eran los más fáciles de capturar, a pesar de su fuerza. Contratarnos a Loki para que les engañara y les hiciera regresar al Salón del Hombre. «Allí os esperan importantes tareas», les dijo, y ellos se apresuraron a acudir, a fin de demostrar lo que valían. Loki les metió en la máquina y Leor les facturó a sus lugares de origen. Así nos libramos de Heracles, Aquiles, Héctor, Perseo, Cuchulainn y otros tipos de la misma calaña.

Después de aquello se presentaron muchos de los demoníacos y dijeron que estaban tan cansados de nosotros como nosotros de ellos, y se metieron en la máquina voluntariamente. Así nos libramos de Kali, Legba, Set y muchos más.

Algunos nos obligaron a emplear la fuerza. Odiseo se disfrazó de Breeel, el secretario del Presidente Peng, y nos hubiera engañado para siempre si el verdadero Breeel, al regreso de unas vacaciones en Júpiter, no hubiese descubierto el fraude. Y entonces Odiseo luchó. Kori nos planteó problemas. Edipo profirió horribles maldiciones cuando fuimos a por él. Dédalo se agarró a Leor y suplicó: «¡Déjame quedar, hermano! ¡Déjame quedar!»

Año tras año nos dedicamos a la tarea de localizarlos y capturarlos, hasta que llegó el día en que supimos que nos habíamos librado de todos. La última en marcharse fue Casandra, que había estado viviendo sola en una isla lejana, envuelta en harapos.

- ¿Por qué nos trajisteis aquí? - preguntó -. Y, después de habernos traído, ¿por qué nos echáis?

- El juego ha terminado - le dije -. Ahora nos divertiremos con otras cosas.

- Debisteis dejarnos aquí - dijo Casandra -. La gente que no tiene mitos propios, obra juiciosamente al tomar prestados los de otros, y no como simple diversión. ¿Quién consolará vuestras almas en los negros tiempos que se avecinan? ¿Quién guiará vuestros espíritus cuando empiecen los sufrimientos? ¿Quién explicará el desastre que caerá sobre vosotros? ¡Desastre! ¡Desastre!

- Los desastres de la Tierra - le dije - son cosas del pasado de la Tierra. Nosotros no necesitamos mitos.

Cassandra sonrió y se metió en la máquina. Y desapareció.

Y entonces llegó la época del fuego y de la agitación, ya que cuando los mitos se hubieron marchado llegaron los invasores, descendiendo del cielo. Y nuestras torres quedaron derruidas y nuestras lunas cayeron. Y los extranjeros de ojos fríos se quedaron entre nosotros, haciendo lo que les venía en gana.

Y los supervivientes de entre nosotros llamaron a los viejos dioses, a los héroes desaparecidos.

¡Loki, ven!

¡Aquiles, defiéndenos!

¡Shiva, libéranos!

¡Heracles! ¡Thor! ¡Gawain!

Pero los dioses permanecen silenciosos, y los héroes no vienen. La máquina que resplandecía en el Salón del Hombre está rota. Leor, su constructor, ha desaparecido de este mundo. Los chacales se pasean por nuestros jardines, y nuestros amos cabalgan por nuestras calles. Nos hemos convertido en esclavos. Y estamos solos bajo el pavoroso cielo. Y estamos solos.



## **Fritz Leiber - EL NÚMERO DE LA BESTIA**

- Me gustaría... - dijo el Joven Capitán, jefe de policía de Chicago Alto, el turbulento satélite colocado sobre el meridiano centro-oeste de la parte terrestre de la ciudad -. Me gustaría que las razas telepáticas de la galaxia no fueran siempre tan veraces y silenciosas.

- ¿Tus cuatro sospechosos son telépatas? - preguntó el Viejo Teniente.

- Sí. Y también me gustaría tener más de media hora para decidir a cuál he de acusar. Pero Tierra ha metido la nariz en el asunto y está presionando. Si no lo puedo deducir razonando, lo tendré que hacer a ojo. Me conceden solamente media hora.

- En ese caso no deberías perderla con un viejo cascarrabias retirado como yo.

El Joven Capitán negó decididamente con la cabeza.

- No. Tú piensas. Ahora tienes tiempo para hacerlo.

El Viejo Teniente sonrió.

- A veces me gustaría no tenerlo. Y dudo poder darte alguna pista sobre los telépatas, Jim. Es cierto que últimamente he estado estudiando por mi cuenta los sistemas de pensamiento extranjeros con Kla-Kla el marciano, pero...

- No he venido a ti en busca de un especialista en telepatía - puntualizó el Joven Capitán rápidamente.

- Muy bien entonces, Jim. Tú sabrás lo que haces. Oigamos tu caso. Y ponme al corriente del asunto. No estoy muy al tanto de las noticias.

El Joven Capitán le miró con escepticismo.

- Todo el mundo en Chicago Alto ha oído algo del asesinato, cometido en la persona del delegado del partido pacifista arcturiano, a menos de cien metros de aquí.

- Yo no he oído nada - dijo el Viejo Teniente -. ¿Quiénes son los arcturianos? Créeme, para un vejstorio como yo, el ahora es solamente un período histórico más. Mejor será que consultes a otra persona, Jim.

- No. Los arcturianos son los primeros humanoides de origen inconexo que han aparecido en la Galaxia. Inconexos con los humanos de la Tierra porque, aunque son mamíferos bípedos sin pelo, tienen tres ojos, y seis dedos en cada mano. Una de sus hembras protagoniza actualmente ese escándalo burlesco de «La estrella y la liga».

- También en mis tiempos la policía hubiese pensado que no convenía quitar el ojo de un asunto como éste - dijo el Viejo Teniente, asintiendo -. ¿Los arcturianos son telépatas?

- No. Luego hablaremos de la telepatía. Los arcturianos están divididos en dos partidos: los que quieren ingresar en la Unión Comercial y abrir sus planetas a naves espaciales extranjeras, entre ellas las de la Tierra, el partido pacifista, en una palabra, y los que desean una política de estricta no relación, que, hasta donde llega nuestra experiencia, conduce indefectiblemente a la guerra. El partido belicista es, por un escaso margen, el más fuerte de los dos. Cualquier acontecimiento puede desequilibrar la balanza.

- ¿Y ese delegado del partido pacifista vino tranquilamente a la Tierra y se dejó cepillar antes de bajar de Chicago Alto?

- Exacto. El asunto tiene mal aspecto, Sean. Parece que nosotros queramos la guerra. Los demás miembros de la Unión Comercial miran ya con bastante escepticismo el pacifismo que puedan encerrar las intenciones de la Tierra con respecto a toda la Galaxia. Para ellos, el asunto arcturiano es una prueba. Dicen que aceptamos a los polarianos, a los antareanos y a los demás porque su cultura y forma son tan diferentes a las nuestras. Dicen que no cuesta nada admitir en teoría la igualdad con un abejorro, por ejemplo, y luego jugarle la mala pasada.

»Pero, preguntan nuestros críticos galácticos, ¿desearían, o estarían dispuestos a aceptar los terrícolas la igualdad con una raza humanoide? ¿Sabe? A veces es más difícil reconocer

que tu propio hermano es un ser humano que darle el título a un campesino anónimo del otro lado del globo. Dicen, sigo con nuestros críticos galácticos, que de puertas para afuera los terrícolas van a trabajar por la paz con los arcturianos y, secretamente, van a sabotearla.

- Incluso mediante el asesinato.

- Eso es, Sean. Así que mientras no podamos colgar este asesinato a los extranjeros, y mejor, a los extremistas del partido belicista arcturiano, algo que creo pero no puedo probar de ninguna manera, correrá por la Unión el rumor de que la Tierra quiere la guerra, al tiempo que los arcturianos terrofóbicos tendrán el camino labrado.

- Dejemos el trasfondo, Jim. ¿Cómo se cometió el asesinato?

Permitiéndose una amarga sonrisa, el Joven Capitán dijo tristemente:

- A pesar de que toda la Galaxia es un laboratorio de venenos y una tienda de armamento, a pesar de lo disponibles que están los medios de disfrazarse y desvanecerse, los métodos de aproximación repentina y de huida instantánea, y estoy seguro de que cualquier día de éstos nos encontraremos con un criminal utilizando una máquina del tiempo, el asesinato se cometió con un instrumento romo y su autor fue uno de los cuatro extranjeros domiciliados en el mismo campamento que el miembro del partido pacifista.

»Es desagradable, ¿no crees?, imaginarse al pobre fulano atrapado por el tentáculo de un pulpoide o por las pinzas de un marciano negro. Para ser francos, Sean, hubiese preferido que el asesino fuese más delicado en su modus operandi. Me hubiese permitido dejar el asunto en manos de los chicos de la ciencia.

- Yo también me alegraba cuando podía delegar en los físicos - corroboró el Viejo Teniente -. Es maravilloso lo que las luces coloreadas y el crepitar de los contadores Geiger hacen para descargar la tensión de un vulgar policía. ¿Esos cuatro extranjeros que mencionaste son telépatas?

- Exacto, Sean. Oscuras personalidades, también. Matones a sueldo los cuatro, lo que complica las cosas. Y cada uno de ellos asume el típico punto de vista telepático. ¡Dios, cómo me exaspera! ¡Que debamos saber cuál de ellos es el culpable sin hacer preguntas! Saben de sobra que los terrícolas no somos telépatas, pero se siguen parapetando en la pretensión de que todo habitante inteligente del Cosmos debe ser telépata.

»Si de entrada les dices que tu mente es totalmente ciega, sorda y muda a los pensamientos de los demás, actúan como si hubiesen cometido una falta social imperdonable y se cierran fingiendo que no te han oído. ¡Y háblales de buscar un lenguaje común! Son como la mujer que espera que adivines el porqué de su enfado sin soltar prenda. Son como...

- Bueno, bueno, yo también tuve que vérmelas en mis tiempos con algunos telépatas, Jim. Supongo que la otra cara del dilema que debes resolver es que si acusas oficialmente a uno de ellos, y aciertas, entonces confesará como un buen animalillo, utilizando el lenguaje normal, y te dirá quién ordenó el asesinato y todo lo demás, y todo irá sobre ruedas. Pero si no aciertas, será un insulto mortal a toda su raza, y por extensión a todos los telépatas, y los sistemas solares abandonarán la Unión y harán todo lo posible por jugarnos malas jugadas. Puesto que, según la ficción de los telépatas, «tú mismo eres un telépata y deberías haber sabido que era inocente, y sin embargo le has acusado».

- Tienes toda la razón, Sean - admitió el Joven Capitán, apenado -. Como te he dicho al principio, los veraces y silenciosos telépatas son unos intelectuales de pacotilla. Todos se niegan a revelar los pensamientos de un semejante suyo a un no telépata. Puedo entenderlo, aunque, con un solo confidente, la Policía trabajaría diez veces mejor. ¡Pero todas esas nobles ficciones idealistas me sacan de quicio! ¡Si yo gobernase la Unión...!

- Jim, se te acaba el tiempo. Supongo que me pides ayuda para decidir a quién acusar. Es decir, si decides intentarlo y no cerrar la boca, esconder la cabeza y esperar.

- Tengo que intentarlo, Sean. Tierra lo exige. Pero tal como están las cosas, tengo una probabilidad entre cuatro, puesto que cada uno es tan sospechoso como los demás. A mis ojos, son cuatro chicos igual de malos.

- Describeme a tus sospechosos rápidamente. - El Viejo Teniente cerró los ojos.

- Primero, Tlik-Tcha el marciano - empezó el Joven Capitán, contándolos con sus dedos -. Un escarabajo negro y desagradable. ¡Menudo es! Contuvo el aire veinte minutos y luego me lo soltó a la cara. Cada vez que le preguntaba algo, imprimía «sin comentario» en blanco y negro en su pecho. ¡En caracteres Garamond!

- Anímate, Jim. Podrían haber sido mayúsculas rústicas. El siguiente.

- Hilav, el antareano multibraquial. Estuvo todo el interrogatorio agitando lentamente los tentáculos. ¡Creo que trataba de hipnotizarme! Se me ocurrió que podía estar hablando en clave, pero el intérprete dijo que no. Al final soltó un silbido muy largo, como un insulto desvergonzado. El silbido no significaba nada, me dijo el intérprete, al tiempo que me aconsejaba educadamente serenidad.

»El tercer cliente es Fa, el rigeliano compuesto. Se arrancó un miembro, uno de verdad, por supuesto, no artificial, y jugueteó con él mientras le hacía preguntas. Me costaba mantener la atención en lo que estaba diciendo. ¡Esperaba que después se arrancase la cabeza! También lo hizo, cuando volvía a su celda.

- Los telépatas pueden ser exasperantes - dijo el Viejo Teniente -. Siempre me costaba recordar lo cansador que debía ser para ellos mantener una conversación oral. Como si un hombre, capaz de hablar, se empeñase en mantener una conversación a base de lápiz y papel, y encima, esperando que el interlocutor escribiese sus opiniones con estilo. ¿Tu cuarto sospechoso, Jim?

- Jorrakak, el centrípedo polariano. Se torció en forma de un gran signo de interrogación cuando me dirigí a él. Parecía más una cobra gigante de piel negra y espesa. También estuvo todo el tiempo murmurando para sí, muy bajo. El intérprete dijo que repetía una y otra vez: «¡Oh, Dios padre! ¿Cuándo alejarás de mí este cáliz?» A mitad del interrogatorio extendió a Donovan uno de sus pequeños miembros negros y le dio lo que parecía una bolita de billar rosa.

- Muy feo, muy feo - observó el Viejo Teniente, meneando la cabeza mientras sonreía -. ¿Así que éstos son tus cuatro sospechosos, Jim? ¿Los cuatro caballos de carreras de fina estampa entre los que tienes que apostar por uno?

- Ellos son. Cada uno tuvo oportunidad de hacerlo. Todos tienen fama de criminales y pueden haber sido contratados para cometer el asesinato, bien por los extremistas del partido belicista arcturiano, bien por cualquier organización extranjera hostil a la Tierra, la Liga de las Bestias, por ejemplo, con sus ceremoniales pseudorreligiosos.

- No estoy de acuerdo en lo de la Liga. Pero no olvides a nuestros propios extremistas de mente sanguinaria - le recordó el Viejo Teniente -. También hay demonios entre nosotros, Jim.

- Es cierto, Sean. Pero independientemente de quien pague por el crimen, uno de los cuatro fue el agente. Porque para rematar el problema y liarlo con un nudo gordiano de un metro de espesor, cada uno de los sospechosos ha recibido últimamente, y sin que podamos localizar su origen, una gran cantidad de dinero, suficiente en cada caso para pagar el asesinato.

Recostándose, el Viejo Teniente dijo:

- ¿No me dilas? Háblame de eso, Jim.

- Bueno, ya sabes que el precio de la vida de cualquier ser de la Galaxia es mil veces la moneda que se utilice como valor. No es una regla aleatoria tan mala. En este caso, la unidad fueron marcianos de oro, que ni son de oro ni están apoyados por la pequeña burocracia de Marte, pero...

- Ya lo sé. Sólo te quedan unos minutos, Jim. ¿Cuánto fueron las cantidades exactas que recibieron?

- Hilav, el antareano multibraquial, recibió mil veinticuatro marcianos de oro; Jorrakak, el centripedo polariano, mil marcianos de oro; Fa, el compuesto rigeliano, mil setecientos veintiocho marcianos de oro y Tlik-Tcha, el coleopteroide marciano, seiscientos sesenta y seis marcianos de oro.

- ¡Ah! - dijo el Viejo Teniente lentamente -. El número de la bestia.

- ¿Cómo dices, Sean?

El Viejo Teniente citó con voz pausada:

- «Aquí está la sabiduría. El que tenga inteligencia calcule el número de la bestia, porque es número de hombre.» El Apocalipsis, Jim, el último libro de la Biblia.

- Lo conozco - dijo el Joven Capitán saltando de la silla nerviosamente -. Y también sé cuáles son las siguientes palabras, aunque sólo porque son las preferidas de los chiflados numerólogos que tanto abundan en la estación. Las siguientes palabras son: «Su número es seiscientos sesenta y seis». ¡Dios Santo! Se trata de Tlik-Tcha, ¿es el número de sus marcianos de oro! Hemos sabido desde siempre que la Liga de las Bestias tomó muchos de sus ceremoniales de la Tierra. ¿Por qué no entonces de su Biblia? Sean, viejo sabio, voy a hacer realidad tu presentimiento. - El Joven Capitán se levantó -. Vuelvo a la estación, voy a reunir a los cuatro y a acusar a Tlik-Tcha delante de los demás.

El Viejo Teniente levantó una mano.

- Un momento, Jim - dijo rápidamente -. Vas a ir a la estación, vas a reunir a los cuatro, sí, pero vas a acusar a Fa, el rigeliano.

El Joven Capitán se sentó involuntariamente.

- Pero eso no tiene sentido - protestó -. El número de Fa es mil setecientos veintiocho. No encaja en nuestra pista. No es el número de la bestia.

- Las bestias tienen toda clase de números, Jim. El que tú buscas es mil setecientos veintiocho.

- ¿Por qué, Sean? Dame tus razones.

- No, no hay tiempo. Y seguramente no me creerías. Me pediste consejo y te lo he dado. Acusa a Fa, el rigeliano.

- Pero...

- Eso es todo, Jim.

Minutos más tarde, el Joven Capitán todavía sentía la comezón de su enfado. Pero estaba de vuelta en la estación y el momento de decidir pesaba tenazmente sobre él. Qué loco había sido, se dijo a sí mismo, de perder el tiempo con un viejo decrepito como aquél. Qué caradura de hombre, dando consejos - órdenes prácticamente - que se negaba a justificar, comportándose con los caprichos y la cabezonería - ¡sí, y la insolencia! - que sólo un hombre jubilado se puede permitir.

Miró los cuatro rostros extranjeros que tenía al otro lado de la mesa: el de Tlik-Tcha, como una bola de ébano con sus tres receptores hundidos profundamente; el de Jorrakak, como un gran penacho negro temblando ligeramente; el de Fa, pálido y humanoide, pero excesivamente grande, como la máscara funeraria de un emperador; el de Hilav, un racimo de ojos parpadeando alternativamente salpicado de mandíbulas verduzcas. Deseó poder mezclarlos a todos en una bolsa y sacar con un guantelete de acero a uno de ellos.

La habitación apestaba a desinfectante y a extranjero, el hedor familiar de la antigua estación de policía aunque mucho más variado. El Joven Capitán sintió el sudor que goteaba por su frente. Abrió de par en par la ventana que tenía junto a él y la habitación se inundó del murmullo que llenaba el edificio central del satélite. No aligeró la atmósfera, pero por un momento pareció sentirse menos oprimido.

Luego miró otra vez los cuatro rostros y sintió de nuevo la desesperación de estar en una vía muerta. «Elige un número - pensó -. Cualquiera de uno a dos mil. Elige un rostro. Cree en la suerte. Sean es un viejo lobo cabezota, pero los muchachos dicen que siempre tenía una maldita buena suerte.»

Extendió un dedo.

- En el nexa de estas mentes reunidas - dijo en voz alta - publico la verdad que comparto con la suya: Fa...

Eso fue todo cuanto pudo decir. El rigeliano se levantó de un salto, volteó su cabeza y la lanzó contra la ventana abierta.

Pero si el Joven Capitán no había estado ágil para el pensamiento, estaba bien preparado para la acción. Atrapó la cabeza cuando pasaba junto a él, esquivando un mordisco. Entonces una voz diminuta que surgía de la cabeza dijo las palabras que estaba deseando oír:

- Deje que la verdad que nuestras mentes comparten sea publicada más tarde. Primero, por favor, lléveme a mi fuente de aliento...

Al día siguiente, el Viejo Teniente y el Joven Capitán hablaron largamente del asunto.

- ¿Así que no atrapaste a los cómplices de Fa en el edificio central? - preguntó el Viejo Teniente.

- No, Sean, se escaparon. Y de haber podido hubiesen desaparecido con la cabeza de Fa.

- ¿Pero, sin embargo, nuestro asesino lo confesó todo? ¿Contó toda la historia, dio el nombre de sus jefes, y proporcionó datos suficientes para encerrarles de una vez por todas?

- Desde luego. Cuando uno de esos telépatas decide hablar, es un placer oírle. Lo hace con arte, como el mismo Shakespeare. Pero ahora, Sean, quiero repetirme la pregunta que ayer no pudiste contestar. Aunque reconozco que lo hago con una actitud muy diferente. Me impresionaste mucho, pero debo admitir que nunca hubiese seguido tu consejo a ciegas, como lo hice, si llego a tener otro clavo donde agarrarme. Además, estaba muy impresionado por aquella cita de la Biblia que recordaste tan oportunamente. A no ser que me digas que no significaba lo que parecía.

»Pero seguí tu consejo, y me sacó de uno de los mayores atolladeros de mi vida. Y, por añadidura, con una palmadita en el hombro de Tierra. Así que déjame preguntarte, Sean, en nombre de lo que para mí es más sagrado: ¿cómo supiste con tanta certeza de cuál de los cuatro se trataba?

- No lo supe, Jim. Es más correcto decir que lo supuse.

- ¡Maldito fulero! ¿Quieres decir que sólo fue una suposición afortunada?

- No tanto como eso, Jim. Fue una suposición, de acuerdo, pero una suposición con fundamento. Todo el secreto radica en los números, por supuesto, en el número de marcianos de oro, los números de nuestras cuatro bestias. Los seiscientos sesenta y seis de Tlik-Tcha señalaban obsesivamente que trabajaba para la Liga de las Bestias, puesto que se pirran por los símbolos y sacan el número en cuestión cada vez que pueden. Pero eso no nos lleva a ningún sitio: la Liga, aunque critica frecuentemente a los terrícolas, nunca ha deseado fomentar una guerra interestelar.

»Los mil de Jorrakak indicaban que recibió el dinero de alguna organización de terrícolas, o de alguna fuente extranjera que utiliza el sistema decimal. Estos mil de Jorrakak no nos llevan a ninguna parte.

»Respecto a los mil veinticuatro de Hilav: ese número es la décima potencia de dos. Por lo que sé, ninguna especie natural de seres utiliza el sistema binario. Sin embargo, es la regla entre los robots. Eso nos conduce a que Hilav trabajaba para la Hermandad Interestelar de Máquinas de Negocios Libres o para alguna organización similar. Como tú

y yo sabemos, los robots no tocan tambores de guerra ni funden plomos de la paz, puesto que siempre son los principales perdedores.

»Sólo nos quedan los mil setecientos veintiocho de Fa. Jim, lo primero que me dijiste de los arcurianos fue que eran bípedos hexadáctilos. Seis dedos en una mano significan doce en las dos. Y con una certeza mortal, los seres equipados de esta forma por la naturaleza utilizarán el sistema duodecimal, el más conveniente por muchas razones. En el sistema duodecimal, «mil» no es diez por diez por diez, sino doce por doce por doce. Exactamente mil setecientos veintiocho en nuestro sistema decimal. Como habías dicho, un millar de la unidad en curso es el precio de la vida de un ser. Alguien que reciba «mil» marcianos de oro de un arcuriano tendrá mil setecientos veintiocho en su bolsillo según nuestra numeración.

»La cuantía de la bolsa de Fa me pareció un indicio inequívoco de que le pagaba el partido belicista arcuriano. El hombre se debió sentir muy a gusto recibiendo esos setecientos veintiocho de más. Un matón más experimentado se hubiese reído de la idea de sacar tajada de una vulgar diferencia en los sistemas de numeración.

El Joven Capitán se tomó tiempo antes de contestar. Sonrió con incredulidad varias veces, y, en una de ellas, movió la cabeza. Por fin dijo:

- ¿Y tú me empujaste a acusar sin más suposición que ésa?

- Te sirvió, ¿o no? - respondió con un guiño el Viejo Teniente -. Y tan pronto Fa empezó a confesar, debiste pensar que yo tenía razón sin ninguna posibilidad de duda. Los telépatas son siempre veraces.

El Joven Capitán le miró con extrañeza.

- ¿No podría ser que, Sean... - dijo lentamente -, no podría ser que tú mismo fueses un telépata? ¿Que sea ése el sistema de pensamiento extranjero que has estado estudiando con tu docto brujo marciano?

- Si lo fuese, lo diría... - Se detuvo. Guiñó un ojo -. ¿O no?

## **Robert Silverberg - MOSCAS**

Aquí yace Cassiday, clavado en una mesa.

No quedaba mucho de él: el receptáculo del cerebro, unos cuantos nervios sueltos, un miembro. La repentina implosión se había cuidado del resto. Sin embargo, quedaba lo suficiente. Las doradas no necesitaban más para actuar. Le habían encontrado entre los restos de la nave destrozada cuando ésta pasara ante su zona, más allá de Iapetus. Estaba vivo. Podían repararlo. Los otros que quedaban en la nave eran casos perdidos.

¿Repararlo? Claro. ¿Acaso uno ha de ser humano para mostrarse humanitario? Repararlo, no faltaba más Y cambiarlo. Las doradas eran creativas.

Lo que quedaba de Cassiday fue puesto en dique seco sobre una mesa, en una esfera dorada de fuerza. No había cambio de estaciones allí; sólo el brillo de los muros, el calor invariable. Ni día ni noche; ni ayer ni mañana. Las formas iban y venían en torno a él. Le regeneraban paso a paso, mientras yacía en una inmovilidad total, sin ningún pensamiento. El cerebro estaba intacto, pero aún no funcionaba. Poco a poco, el resto del hombre surgía de nuevo: tendones y ligamentos, huesos y sangre, el corazón, los codos... Montículos alargados de tejido daban paso a diminutos botones que crecían en ampollas de carne. Unir las células, reconstruir a un hombre de sus propias ruinas... Nada difícil para las doradas. Tenían habilidad. Pero todavía les quedaba mucho que aprender, y Cassiday podía ayudarlas en eso.

Día a día progresaba la reconstrucción total de Cassiday. No lo despertaban. Yacía envuelto en calor, inmóvil, sin pensar, como llevado por la marea. La carne nueva era rosada y suave como la de un bebé. El endurecimiento epitelial vendría un poco más tarde. El mismo Cassiday servía como modelo. Las doradas lo estaban duplicando, lo construían de nuevo a partir de sus propias cadenas polinucleótidas, decodificaban sus proteínas y las reedificaban a partir de ese patrón. Una tarea fácil para ellas. ¿Por qué no? Una burbuja de protoplasma podía hacerlo... por sí misma. Las doradas, que no eran protoplasmáticas, podían hacerlo por otros.

Introdujeron algunos cambios en el patrón. Por supuesto. Eran artistas y había mucho que querían aprender.

Mirad a Cassiday:

el dossier.

NACIMIENTO: 1 de agosto de 2316.

LUGAR: Nyak, Nueva York.

PADRES: Varios.

NIVEL ECONÓMICO: Bajo.

NIVEL EDUCACIONAL: Medio.

OCUPACIÓN: Técnico de combustibles.

ESTADO CIVIL: Tres relaciones legales. Duración: ocho meses dieciséis meses y dos meses.

ALTURA: Dos metros.

PESO: 96 kilos.

COLOR DEL PELO: Rubio.

OJOS: Azules.

SANGRE TIPO: A+

NIVEL DE INTELIGENCIA: Elevado.

INCLINACIONES SEXUALES: Normales.

Observadlas ahora, transformándole.

El hombre completo estaba ante ellas, fundido nuevamente, dispuesto para el renacimiento. Faltaban los ajustes definitivos. Tomaron el cerebro gris en su envoltura rosada y lo introdujeron, viajando por los entresijos de la mente, deteniéndose ahora en esta cueva, echando después el ancla en la base de aquel acantilado. Operaban, pero lo hacían limpiamente. No había resecciones mucosas, ni hojas brillantes que cortaran la carne y el hueso, ni un rayo láser en funcionamiento, ni un martilleo torpe en las meninges tiernas. El acero frío no cortaba las sinapsis. Las doradas tenían mayor sutileza. Ellas mismas disponían el circuito que era Cassiday. Aumentaban la fuerza, reducían el ruido. Y lo hacían suavemente.

Cuando hubieron acabado con él, era mucho más sensible. Sentía ansias nuevas. Y le habían concedido ciertas habilidades.

Lo despertaron.

- Estás vivo, Cassiday - dijo una voz susurrante -. Tu nave quedó destruida. Tus compañeros murieron. Sólo tú sobreviviste.

- ¿Qué hospital es éste?

- No estás en la Tierra. Volverás allí pronto. Levántate, Cassiday. Mueve la mano derecha. La izquierda. Dobla las rodillas. Llena los pulmones. Abre y cierra los ojos varias veces. ¿Cómo te llamas, Cassiday?

- Richard Henry Cassiday.

- ¿Cuántos años tienes?

- Cuarenta y uno.

- Mira este reflejo. ¿Qué ves?

- A mí mismo.

- ¿Tienes alguna pregunta que hacer?

- ¿Qué me habéis hecho?

- Te reparamos. Estabas casi destrozado.

- ¿Me cambiasteis en algo?

- Te hicimos más sensible a los sentimientos de tus congéneres.

- ¡Ah! - dijo Cassiday.

Seguid a Cassiday mientras viaja, de regreso a la Tierra.

Llegó en un día en el que se había programado la nieve. Una nieve ligera, que se fundía rápidamente. Una cuestión de estética, más que una manifestación auténtica del tiempo. Era magnífico poner de nuevo los pies en el mundo. Las doradas habían dispuesto diestramente su regreso, poniéndole a bordo de su nave destrozada y dándole el impulso suficiente para que se situara al alcance de una nave de salvamento. Los monitores lo habían detectado y recogido. «¿Cómo sobrevivió al desastre sin ninguna herida, astronauta Cassiday?» «Muy sencillo, señor. Estaba fuera de la nave cuando sucedió aquello. Hubo una implosión y todos murieron. Sólo quedé yo para contarlos.»

Lo llevaron a Marte, lo examinaron, lo retuvieron algún tiempo en un área de descontaminación situada en la Luna y por fin lo enviaron de regreso a la Tierra. Llegó con la tormenta de nieve, un hombre alto de paso brioso, con los callos adecuados en los lugares adecuados. Contaba con pocos amigos, ningún pariente, dinero suficiente para vivir una temporada y algunas ex esposas a las que visitar. Según la ley, tenía derecho a un año de permiso con paga completa por el accidente. Se proponía aprovechar la licencia.

Aún no había empezado a utilizar su nueva sensibilidad. Las doradas lo habían planeado de modo que su capacidad no entrara en funcionamiento hasta que regresara a su mundo. Ahora había llegado, y era el momento de servirse de ella. Las criaturas siempre curiosas



que vivían más allá de Iapetus aguardaban pacientemente mientras Cassidy buscaba a las personas que lo habían amado.

Empezó su búsqueda en el Distrito Urbano de Chicago, porque allí se hallaba el puerto espacial, justo en las afueras de Rockford. La avenida deslizante lo llevó rápidamente a la torre de caliza adornada con brillantes incrustaciones de ébano y metal violeta. Allí, en el Televector Central de la localidad, Cassidy comprobó la situación actual de sus anteriores esposas. Se mostró paciente, un hombre enorme de rostro apacible, apretando los botones adecuados y aguardando con calma a que los contactos se unieran en algún punto en las profundidades de la Tierra. Cassidy nunca había sido violento. Era tranquilo. Y sabía esperar.

La máquina le dijo que Beryl Fraser Cassidy Mellon vivía en el Distrito Urbano de Boston. La máquina le dijo que Lureen Holstein Cassidy vivía en el Distrito Urbano de Nueva York. La máquina le dijo que Mirabel Gunryk Cassidy Milman Reed vivía en el Distrito Urbano de San Francisco.

Esos nombres despertaron recuerdos: el calor de la carne, el aroma de los cabellos, el contacto de las manos, el sonido de una voz. Susurros de pasión. Gritos de desprecio. Jadeos amorosos.

Cassiday, devuelto a la vida, fue a ver a sus ex esposas.

Encontramos a una, sana y salva.

Beryl tenía las pupilas lechosas, los ojos verdosos donde debían de haber sido blancos. Había perdido peso en los últimos diez años y su tez se tensaba como pergamino sobre los huesos. Un rostro devastado, los pómulos presionando bajo la piel, a punto de horadar. Cassidy había estado casado con ella durante ocho meses cuando tenía veinticuatro años. Se habían separado porque ella insistía en presentar la Solicitud de Esterilidad. En realidad él no deseaba hijos, pero se sintió ofendido por la maniobra. Ahora, lo recibió acostada en una cama de espuma tratando de sonreírle sin que se le resquebrajaran los labios.

- Dijeron que habías muerto.

- Escapé. ¿Qué tal te ha ido, Beryl?

- Ya puedes verlo. Me estoy sometiendo a una cura.

- ¿Una cura?

- Me aficioné a la trilina. ¿No lo ves? ¿No ves mis ojos, mi cara? Me deshizo. Pero significaba la paz. Como desconectar el alma. Sólo que un año más me habría matado. Ahora estoy en tratamiento. Me libraron de ello el mes pasado. Me están reconstruyendo el sistema a base de prótesis. Estoy rellena de plástico. Pero viva.

- Te volviste a casar? - preguntó Cassidy.

- Me dejó hace tiempo. He pasado sola cinco años. Sola con la trilina. Aunque por fin la he dejado. - Parpadeó penosamente -. Tú pareces relajado, Dick. Siempre fuiste muy tranquilo. Sereno y seguro de ti mismo. Tú nunca te entregarías a la trilina. Cógeme la mano, ¿quieres?

Cogió aquella garra seca. Sintió el calor que se desprendía de ella, la necesidad de amor. Algo semejante a una oleada lo inundó, un latido de anhelo que se filtraba a través de él y ascendía hasta las doradas, que vigilaban allá lejos.

- Una vez me amaste - dijo Beryl. Entonces éramos muy tontos los dos. Ámame de nuevo. Ayúdame a recuperarme. Necesito tu fuerza.

- Claro que te ayudaré - aseguró Cassidy.

Dejó el apartamento y se fue a comprar tres cubos de trilina. Al volver, activó uno de ellos y lo puso en la mano de Beryl. Los ojos verdes y lechosos giraron aterrados.

- ¡No! - gimió.

El dolor que surgía de su alma destrozada era exquisito en su intensidad. Cassiday lo aceptó plenamente. Luego, ella apretó el puño y la droga entró en su metabolismo. Y de nuevo la inundó la paz.

Veán a la siguiente, con un amigo.

El anunciador dijo:

- El señor Cassiday está aquí.

- Que entre - contestó Mirabel Gunryk Cassiday Milman Reed.

La puerta se abrió con un resplandor, y Cassiday pasó por ella a un ambiente lujoso, de ónix y mármol. Rayos de palisandro dorado formaban un marco de madera pulido sobre el que yacía Mirabel. Indudablemente, disfrutaba con la sensación de la madera dura contra su grueso cuerpo. Una cascada de pelo de cristal coloreado le caía hasta los hombros. Había sido esposa de Cassiday durante dieciséis meses en 2346. Entonces era una chica delgada y tímida, pero apenas si la reconocía ahora en aquella mole de carne mimada y satisfecha.

- Te has casado bien - observó.

- A la tercera fue la vencida - asintió Mirabel -. Siéntate. ¿Una copa? ¿Ajusto el ambiente?

- Está bien así. - Seguía en pie -. Siempre deseaste una mansión lujosa, Mirabel. Fuiste la más intelectual de mis esposas, pero ansiabas la comodidad. Supongo que te sentirás cómoda ahora.

- Mucho.

- ¿Feliz?

- Disfruto de mi comodidad - respondió Mirabel -. No leo mucho ya, pero me siento cómoda.

Cassiday observó lo que parecía ser una mantita arrugada, algo púrpura, suave y ocioso, que se acurrucaba en su regazo. Tenía varios ojos. Mirabel lo acariciaba con las manos.

- ¿De Ganimedes? - preguntó él -. ¿Un animalito doméstico?

- Sí. Mi marido me lo trajo el año pasado. Me es muy querido.

- Todo el mundo los aprecia. Creo que son caros.

- Pero encantadores - dijo Mirabel -. Casi humanos. Muy devotos. Supongo que pensarás que soy tonta, pero se ha convertido en la cosa más importante de mi vida. Más que mi marido incluso. Le quiero, compréndelo. Estoy acostumbrada a que los demás me quieran, pero no hay muchas cosas a las que haya podido amar.

- ¿Me dejas que lo vea? - preguntó Cassiday suavemente.

- Con cuidado.

- Desde luego.

Cogió aquella criatura de Ganimedes. Su textura era extraordinaria, lo más suave que había visto en su vida. Algo tembló de aprensión en el interior del cuerpo del animal. Cassiday detectó un temor semejante en Mirabel, mientras él sostenía a su querido animalito. Acarició a la criatura, que latió ahora afectuosamente. Bandas de iridiscencia brillaban al contacto de sus manos. Ella le preguntó:

- ¿Qué haces ahora, Dick? ¿Algún trabajo para la línea espacial?

Ignoró la pregunta.

- Dime aquel verso de Shakespeare, Mirabel. Aquel sobre las moscas y los chicos traviesos.

En la frente pálida se marcaron unas arrugas.

- Es del Rey Lear - dijo -. Espera. Sí. Lo que las moscas son para los chicos traviesos, eso somos nosotros para los dioses. Nos matan para divertirse.

- Eso es - asintió Cassidy.

Sus grandes manos se enroscaron súbitamente en torno a la criatura de Ganimedes. Ésta se tornó de un gris mustio. Fibras sinuosas saltaron en su superficie reventada. Cassidy lo dejó caer al suelo. El grito de horror, dolor y pérdida que estalló en los labios de Mirabel casi lo anonadó, pero aceptó y transmitió aquel sentimiento.

- Moscas y muchachos traviesos - explicó -. Mi diversión, Mirabel. Soy un dios ahora, ¿lo sabías? - Su voz era serena y alegre -. Adiós. Y gracias.

Otra más que espera su visita, henchida de nueva vida.

Lureen Holstein Cassidy, de treinta y un años, pelo oscuro, ojos grandes y embarazada de siete meses, era la única de sus esposas que no había vuelto a casarse. Su habitación, en Nueva York, era pequeña y austera. Había sido una muchacha gordita cuando estuviera casada con Cassidy durante dos meses, hacía cinco años, y estaba mucho más gorda ahora, si bien él ignoraba hasta qué punto aquel aumento de tamaño se debía al embarazo.

- ¿Te casarás ahora? - preguntó.

Sonriendo, ella agitó la cabeza.

- Tengo dinero y estimo mucho mi independencia. Jamás me metería en otra relación como la nuestra. Con nadie.

- ¿Y el bebé? ¿Lo tendrás?

Asintió con vehemencia.

- ¡He luchado mucho para conseguirlo! ¿Crees que fue fácil? ¡Dos años de inseminaciones! ¡Una fortuna en facturas! Con máquinas rodeándome por todas partes, baterías elevadoras de la fertilidad... No se trata de un niño no deseado. Me ha costado mucho lograrlo.

- Interesante - dijo Cassidy -. Visité también a Mirabel y a Beryl. Cada una de ellas tenía su propio bebé. A su estilo. Mirabel tenía una bestezuela de Ganimedes; Beryl, su dependencia de la trilina, y se sentía muy orgullosa de desembarazarse de ella. Y tú un bebé que has concebido sin ayuda del hombre. Las tres buscabais algo... Resulta interesante.

- ¿Te encuentras bien, Dick?

- Muy bien.

- Tu voz suena tan monótona... Y dices unas cosas... Me asustas un poco.

- Sí... ¿Sabes hasta qué punto fui amable con Beryl? Le compré unos cubos de trilina. Y cogí al animalito de Mirabel y le rompí el... Bueno, no el cuello. Lo hice tranquilamente. Nunca fui un hombre apasionado.

- Creo que te has vuelto loco, Dick.

- Siento tu temor. Crees que voy a hacerle algo a tu bebé. El temor no me interesa, Lureen. En cambio el dolor... Sí, eso vale la pena analizarlo. La desolación. Quiero estudiarla. Quiero ayudarlas a ellas a estudiarlo. Creo que es lo que ellas desean conocer. No huyas de mí, Lureen. No quiero herirte, no así.

Era pequeña, no muy fuerte y estaba torpe por el embarazo. Cassidy la asió suavemente por las muñecas y la atrajo hacia sí. Sentía ya las nuevas emociones que surgían en Lureen, la autocompasión tras el terror. Y aún no le había hecho nada...

¿Cómo se mataba a un feto a dos meses del término?

¿Un golpe brutal en el vientre? No, demasiado grosero, demasiado bestial. Sin embargo, Cassidy no había ido allí armado de abortivos, una píldora de ergotina, un rápido inductor de espasmos. Alzó la rodilla bruscamente, lamentando aquella vulgaridad. Lureen se encogió. La golpeó por segunda vez, esforzándose por hacerlo con toda serenidad, pues sería un error gozarse en la violencia. Un tercer golpe parecía lo indicado. Al fin, la soltó.

Ella permanecía consciente, gimiendo de dolor. Cassidy se hizo receptivo a ese sentimiento. Comprendió que el niño no había muerto aún. Tal vez no muriera. Pero, desde luego, nacería tarado. Adivinaba en Lureen la conciencia de que podía dar a luz a un ser defectuoso. El feto habría de ser destruido. Y ella tendría que empezar otra vez. Todo aquello era muy triste.

- ¿Por qué? - murmuró Lureen -. ¿Por qué?

Entre los observadores, la equivalencia a la desilusión.

En cierto modo, las cosas no se habían desarrollado como las doradas suponían. Incluso ellas podían equivocarse por lo visto, conocimiento que les resultó muy grato. Sin embargo, había que hacer algo con respecto a Cassidy.

Le habían dado poderes. Era capaz de detectar y transmitirles las puras emociones de los otros. Lo cual les resultaba muy útil, pues con esos datos tal vez obtuvieran la comprensión de los seres humanos. Pero al concederle el poder de transmitir las emociones de los demás, se habían visto obligadas a bloquear las suyas. Y eso distorsionaba los datos.

Se había vuelto demasiado destructivo, aunque sin el menor goce. Había que corregir eso. Porque Cassidy compartía con demasiada intensidad la naturaleza de las doradas. Ellas podían divertirse con Cassidy, ya que les debía la vida. Pero Cassidy no podía divertirse con los demás.

Se pusieron en contacto con él a través de la línea de comunicación y le dieron sus instrucciones.

- No - dijo Cassidy -. Ya habéis terminado conmigo. No necesito volver ahí.

- Hay que hacer unos ajustes precisos.

- No estoy de acuerdo.

- No será por mucho tiempo.

A pesar de su opinión en contra, Cassidy tomó la nave que se dirigía a Marte, incapaz de desobedecer las órdenes de las doradas. En Marte transbordó a otra nave que hacía la ruta de Saturno y convenció a los tripulantes para que pasaran cerca de Iapetus. Las doradas se apoderaron de él una vez estuvo a su alcance.

- ¿Qué vais a hacer conmigo? - preguntó Cassidy.

- Cambiaremos la onda. Ya no serás sensible a las emociones de los demás. Nos informarás de tus propias emociones. Te devolveremos la conciencia, Cassidy.

Protestó, pero fue inútil.

Dentro de la esfera brillante de luz dorada procedieron a sus ajustes. Entraron en él, lo alteraron y dirigieron sus percepciones hacia sí mismo, de modo que sintiera su propia tristeza como un buitre que le desgarrara las entrañas. Eso sería muy informativo. Cassidy protestó hasta que se quedó sin fuerzas para protestar, y cuando recobró la conciencia ya era demasiado tarde.

- No - murmuró. Bajo la luz amarillenta, veía los rostros de Beryl, Mirabel y Lureen -. No debíais haberme hecho esto. Me estáis torturando... como se tortura a una mosca...

No hubo respuesta. Lo enviaron de nuevo a la Tierra. Lo devolvieron a la torre de caliza, a la avenida deslizante, a la casa de placer de la calle 48, a las islas de luz que ardían en el cielo, a los once billones de personas. Lo soltaron entre ellas para que sufriera y les informara de sus sufrimientos. Ya llegaría el momento de liberarlo, pero no todavía.

Aquí yace Cassidy, clavado en su cruz.

## **Fredric Brown - LOS MONSTRUOS SONRIENTES**

La espacionave procedente de Andrómeda II giraba, como una peonza, dominada por poderosas fuerzas. El ser de Andrómeda, fuertemente atado al asiento del piloto, volvió los tres protuberantes ojos de una de sus cabezas hacia los otros cuatro tripulantes de la nave, asegurados en las literas de la cabina.

- Vamos a estrellarnos - dijo.

Así fue.

Elmo Scott apretó el tabulador de su máquina de escribir y escuchó cómo el carro se deslizaba y hacía tocar la campanita. Le pareció divertido y lo volvió a hacer. Pero no había ninguna palabra escrita en la hoja de papel puesta en la máquina.

Encendió un cigarrillo y se quedó contemplándolo. Al papel, no al cigarrillo, naturalmente. Aún no había escrito nada.

Inclinó su silla para atrás y se volvió para mirar al gran perro Doberman que dormía en el centro matemático de la alfombra. Luego dijo:

- ¡Qué perro más afortunado!

El Doberman se despertó y movió la pequeña cola que tenía. No dio ninguna otra contestación.

Elmo Scott volvió a mirar al papel. Seguían sin aparecer las palabras que él esperaba. Puso los dedos sobre el teclado y escribió: «Ya es tiempo que todos los hombres buenos vengan en ayuda de la gente.» Contempló las palabras que acababa de escribir y sintió el leve contacto de una idea rozarle la mejilla.

Llamó:

- ¡Toots! - Y una joven morena y simpática que llevaba un traje casero azul, salió de la cocina y se puso a su lado. El la enlazó por la cintura.

- Tengo una idea - dijo él.

Ella leyó las palabras escritas en la máquina.

- Es lo mejor que has escrito en tres días - dijo -, aparte aquella carta renovando la suscripción al periódico. Y pienso que la carta era aun mejor.

- Oh, cállate - dijo Elmo -. Estoy hablando de lo que voy a hacer con esta frase. La voy a convertir en un argumento de fantasía científica, palabra tras palabra. No puede fallar. Fíjate.

Sacó el brazo de la cintura de ella y escribió bajo la primera frase: «Ya es tiempo que todos los monstruos buenos vengan en ayuda de la gente». Y dijo:

- ¿Entiendes la idea, Toots? Ya se va pareciendo al principio de una novela de fantasías científicas. Los Monstruos Buenos. Atiende al próximo paso.

Debajo de las dos primeras frases, escribió: «Ya es tiempo que todos los monstruos buenos vengan en ayuda de...». Se interrumpió.

- ¿Qué pondré, Toots? ¿La Galaxia o el Universo?

- Será mejor que te pongas a ti mismo - dijo ella -. Porque si no consigues tener una novela terminada y cobrada dentro de dos semanas, perderemos esta casita en la montaña y tendremos que volver a la ciudad andando y tú tendrás que dejar de escribir novelas y volver al periódico y...

- Basta, Toots. Ya sé todo eso. Lo sé muy bien.

- Sin embargo, lo mejor que puedes hacer es escribir: «Ya es tiempo que todos los monstruos buenos vengan en ayuda de Elmo Scott».

El gran Doberman se estiró en la alfombra y dijo:

- No los necesitáis.

Las dos cabezas humanas se volvieron hacia el animal.

La joven morena golpeó en el suelo con un pie elegantemente calzado.

- ¡Elmo! - dijo -. Haciendo trucos como éste. Así es como gastas el tiempo que debías dedicar a escribir. Aprendiendo ventriloquía.

- No, Toots - dijo el perro -. No es eso.

- ¡Elmo! Cómo puedes hacer que mueva la boca como si... - Los ojos de ella fueron del rostro del perro al de Scott y se detuvo sin concluir la frase. Si es que Elmo Scott no se sentía lleno de terror, entonces era mejor actor que Humphrey Bogart. Ella volvió a decir: ¡Elmo! pero esta vez su voz era un pequeño gemido asustado y no golpeó el suelo con el pie. En vez de ello, prácticamente se dejó caer en la rodilla de Elmo y si él no la hubiese abrazado, hubiera caído de allí al suelo.

- No te asustes, Toots - dijo el perro.

Elmo Scott volvió a sentirse dueño de sí mismo.

- Quien quiera que seas, no llames a mi esposa Toots - dijo -. Su nombre es Dorothy.

- Tú la llamas Toots.

- Eso... eso es diferente.

- Ya veo por qué - dijo el perro. Su boca se abrió como si estuviera riendo -. El concepto que entró en tu mente cuando usaste la palabra «esposa» es muy interesante. Entonces éste es un planeta bisexual.

Elmo dijo:

- Este es un... qué... ¿De qué estás hablando?

- En Andrómeda II - dijo el perro - tenemos cinco sexos. Pero nosotros somos una raza altamente desarrollada, desde luego. La vuestra es altamente primitiva. Quizá debiera decir bajamente primitiva. Vuestro lenguaje tiene palabras que se prestan a confusión; no es matemático. Pero como dije antes, veo que estáis en el período bisexual. ¿Cuánto tiempo hace desde que érais monosexuales? Y no niegues que una vez lo fuisteis; puedo leer la palabra «amiba» en tu mente.

- Si puedes leer en mi mente - dijo Elmo - ¿por qué tengo que hablar?

- Ten en cuenta a Toots, quiero decir Dorothy - dijo el perro -. No podríamos mantener una conversación entre los tres, ya que vosotros dos no sois telépatas. De cualquier forma, pronto seremos más en la conversación. He llamado a mis compañeros - volvió a reír -. No dejéis que os asusten, no importa en qué forma se presenten. Son simplemente monstruos buenos.

- ¿Monstruos? - preguntó Dorothy -. ¿Quieres decir que son seres de otros mundos? Eso es lo que Elmo quiere significar por monstruos, pero tú no eres...

- Yo soy exactamente eso. Un habitante de otro mundo. Naturalmente no veis mi apariencia real. Tampoco veréis las de mis compañeros. Ellos, igual que yo, están temporalmente animando los cuerpos de criaturas de baja inteligencia. En nuestros cuerpos verdaderos, os aseguro que nos clasificaríais como monstruos verdaderos. Uno de nosotros tiene cinco miembros y dos cabezas, cada una de las cuales tiene tres ojos colocados en los extremos de tentáculos.

- ¿Dónde están, entonces, vuestros cuerpos? - preguntó Elmo.

- Están muertos... Espera, ya veo que esta palabra tiene mayor significado para ti de lo que pensé al principio. Están inutilizados, temporalmente inhabitables y necesitan reparaciones, dentro del casco fundido de nuestra espacionave. Salimos del hiperespacio demasiado cerca de un planeta. Este planeta. Nos hemos estrellado.

- ¿Dónde? ¿Quieres decir que hay realmente una espacionave cerca de aquí? ¿Dónde? - Los ojos de Elmo casi salían de sus órbitas mientras se dirigían al perro.

- Eso no te importa, Terrestre. Si la nave fuese descubierta y examinada por vosotros, posiblemente descubriríais el secreto de los viajes espaciales antes de que estéis preparados para ello. La estructura cósmica sería quebrantada. - Luego gruñó -: Tal como están las

cosas ya hay bastantes guerras cósmicas ahora. Nosotros estábamos huyendo de una nave de Betelgeuse cuando salimos del hiperespacio dentro de vuestra atmósfera.

- Elmo - dijo Dorothy -. ¿De qué Belén estáis hablando? ¿No era todo bastante absurdo antes de que empezara a hablar de una nave de Belén?

- No - dijo Elmo con resignación. -. Se ve que no lo era -. Porque en aquel momento una ardilla acababa de entrar en la habitación a través de un agujero que había en la tela metálica de la puerta.

La ardilla dijo:

- Salud, señores. Hemos recibido tu mensaje, Uno.

- Ves lo que quiero decir - dijo Elmo.

- Todo va bien, Cuatro - dijo el Doberman -. Esta pareja servirá para nuestro propósito perfectamente. Te presento a Elmo Scott y a Dorothy Scott; no la llames Toots.

- Zi zeñor. Mucho guzto de conozerles.

La boca del Doberman volvió a abrirse como si riera. Esta vez no podía haber error.

- Quizá será mejor que explique el acento de Cuatro - dijo -. Nos hemos separado, cada uno de nosotros entrando en el cuerpo de una criatura de baja mentalidad y, desde ese punto de observación, nos hemos puesto en contacto con la mente de algún miembro de la especie dominante, aprendiendo de esta mente su lenguaje, su nivel de inteligencia y el grado de su imaginación. Entiendo de vuestra reacción, que Cuatro ha aprendido el idioma de alguna mente que lo habla de un modo ligeramente diferente de vosotros.

- Dezde luego - dijo la ardilla.

Elmo se estremeció.

- No es que supiera que lo hagáis, pero tengo curiosidad por saber por qué no habéis entrado en el cuerpo de uno de la raza dominante, directamente.

El perro pareció ofendido. Era la primera vez que Elmo veía a un perro ofendido, pero el Doberman se las arregló para dar esa impresión.

- Eso es algo que no debe ni pensarse - declaró -. La ética universal nos impide el entrar en posesión de cualquier criatura que tenga una inteligencia por encima del nivel cuarto. Los de Andrómeda estamos en el nivel veintitrés y veo que los Terrestres tenéis...

- ¡Espera! - dijo Elmo -. No me lo digas. Puede darme un complejo de inferioridad. ¿O quizá no?

- Pienso que zí lo haría - dijo la ardilla.

El Doberman dijo:

- De modo que podéis comprender que no es simplemente coincidencia que nosotros los monstruos de otro mundo nos manifestemos a ti, que eres un escritor de lo que llamáis fantasía científica. Hemos estudiado muchas mentes y la tuya es la primera que hemos encontrado capaz de aceptar el hecho de que somos visitantes de Andrómeda. Si mi compañero Cuatro, por ejemplo, hubiese tratado de explicar la situación a la mujer cuya mente ha estudiado, ella probablemente se hubiese vuelto loca.

- Zin duda - dijo la ardilla.

Una gallina metió la cabeza por el agujero de la puerta, cacareó, volvió a retirarse.

- Por favor, dejad entrar a Tres - dijo el Doberman -. Temo que no os será posible comunicaros directamente con él. Nos hemos encontrado con que la operación necesaria para modificar la estructura de la garganta de este animal, para que pueda hablar vuestro idioma, requiere una técnica bastante complicada. Además eso no importa mucho. Puede comunicarse telepáticamente con uno de nosotros, y nosotros podremos transmitir sus comentarios hasta vosotros. Por el momento os envía sus saludos y os pide que abráis la puerta.

El cacareo de la gallina - Elmo se dio cuenta de que se trataba de un gran ejemplar negro - sonaba irritado y Elmo dijo:

- Será mejor que abras la puerta, Toots.

Dorothy Scott se levantó de las rodillas de Elmo y abrió la puerta. Luego volvió el rostro asustado hacia Elmo y luego se dirigió al Doberman.

- Hay una vaca que atraviesa el jardín y se dirige hacia aquí - dijo -. No me vas a decir que ella...

- Él - corrigió el Doberman -. Sí, ése debe ser Dos. Y dado que vuestro idioma es completamente inadecuado, ya que solamente dispone de dos géneros, quizás será mejor que nos llaméis a todos nosotros por «él». Nos ahorrará confusiones. Desde luego, nosotros tenemos cinco sexos diferentes, como ya os he explicado.

- No nos has aclarado este punto todavía - dijo Elmo, interesado.

Dorothy dirigió una breve mirada a Elmo.

- Será mejor que no lo expliques. ¡Cinco sexos diferentes! Y todos viviendo juntos en la misma espacionave. Supongo que son necesarios los cinco para... uh...

- Exactamente - dijo el Doberman -. Y ahora, si me haces el favor de abrir la puerta a Dos, estoy seguro que...

- ¡No lo haré! - dijo Dorothy - ¿Hacer entrar a una vaca? ¿Crees que estoy loca?

- Nosotros podemos hacer que lo seas - dijo el perro. Elmo miró del perro a su esposa.

- Más vale que abras la puerta, Dorothy - aconsejó.

- Excelente consejo - dijo el Doberman -. Incidentalmente, quiero deciros que no vamos a abusar de vuestra hospitalidad, ni os pediremos que hagáis nada que no sea razonable.

Dorothy abrió la puerta y la vaca entró agitando la cola.

Miró a Elmo y luego dijo:

- ¿Qué hay, amigazo? ¿Qué vientos soplan por aquí?

Elmo cerró los ojos.

El Doberman le preguntó a la vaca:

- ¿Dónde está Cinco? ¿Has estado en contacto con él?

- Yeah - dijo la vaca -. Viene. El tipo a quien estudié había cogido un tablón, Uno. ¿Quiénes son esos muñecos?

- El que lleva pantalones es un escritor - dijo el perro -. El que lleva faldas es su esposa.

- ¿Qué es una esposa? - dijo la vaca. Lanzó a Dorothy una mirada que la hizo sonrojar -. Me gustan más las faldas - dijo -. Hola, guapa.

Elmo saltó de su silla y se dirigió a la vaca.

- Oye, tú... - Ya no pudo decir más. Su ira se disolvió en risa, casi risa histérica, y volvió a dejarse caer en la silla.

Dorothy lo miró indignada.

- ¡Elmo! Es que vas a permitir que una vaca...

Casi se ahogó con esa palabra cuando vio el rostro de Elmo, y luego ella también empezó a reír. Se dejó caer en las rodillas de Elmo tan fuerte que éste gimió.

El Doberman también estaba riendo.

- Celebro que vosotros tengáis ese sentido del humor - dijo con aprobación -. En realidad, ésa es una razón por la que os hemos escogido a vosotros. Pero vamos a ser serios por un momento.

Ahora no había ni rastro de risa en su voz. Dijo:

- No haremos daño a ninguno de los dos, pero seréis vigilados. No os acerquéis al teléfono ni abandonéis la casa mientras nosotros estemos aquí. ¿Está claro?

- ¿Cuánto tiempo vais a estar aquí? - dijo Elmo -. Sólo tenemos comida para unos cuantos días.

- Eso será suficiente. Podremos construir una nueva espacionave en cuestión de horas. Veo que eso te sorprende; debo explicar que trabajaremos en una dimensión más lenta.

- Comprendo - dijo Elmo.



- ¿De qué está hablando, Elmo? - dijo Dorothy.

- Una dimensión más lenta - dijo Elmo -. Yo mismo la usé en una de mis novelas. Uno se traslada a otra dimensión donde la velocidad del tiempo es diferente; pasas un mes allí y regresas sólo unos cuantos minutos u horas después, de acuerdo con el tiempo transcurrido en tu propia dimensión.

- ¿Y tú inventaste eso? Elmo, qué maravilloso.

Elmo sonrió al Doberman y dijo:

- ¿De modo que eso es todo lo que queréis? ¿Que os dejemos estar aquí hasta que hayáis construido una nave? ¿Y que os dejemos tranquilos y no avisemos a nadie que tenemos visitantes de otro mundo?

- Exactamente. - El perro parecía estar muy satisfecho - Y no os molestaremos sin necesidad. Pero os vigilaremos. Cinco o yo haremos la guardia.

- ¿Cinco? ¿Dónde está?

- No os alarméis, en este momento está debajo de vuestra silla, pero no os causará ningún daño. No os fijasteis cuando entró por el agujero de la puerta hace unos instantes. Cinco, te presento a Elmo y Dorothy Scott. No la llames Toots.

Hubo un rápido sonido como de castañuelas debajo de la silla. Dorothy gritó y levantó los pies hasta las rodillas de Elmo. Elmo trató de hacer lo mismo con los suyos, con unos resultados sorprendentes.

Hubo una risa sibilante que emergía de debajo de la silla. Una voz silbante dijo:

- No os preocupéis amigos. Yo no sabía hasta ahora que lo acabo de leer en vuestras mentes, que el mover mi cola de este modo era un aviso de que iba a... Piensa en la palabra por mí. Gracias. Atacar.

Una serpiente de cascabel de casi dos metros se arrastró de debajo de la silla y se enroscó al lado del Doberman.

- Cinco no os hará daño - dijo el perro -. Ninguno de nosotros lo intentará.

- Seguro, no os molestaremos - dijo la ardilla.

La vaca se reclinó en la pared, cruzó sus patas delanteras y dijo:

- Por éstas, amigos. - El o ella miró evidentemente a Dorothy y dijo -: Guapa, no debes preocuparte por eso que piensas. Estoy domesticado. - Luego empezó a rumiar tranquilamente.

- Tú mismo has hecho bromas peores que ésta - dijo el Doberman - Y es de admirar que Dos pueda gastar bromas en un idioma que acaba de aprender. Puedo ver una pregunta en tu mente. Por qué seres de inteligencia muy desarrollada deben tener un sentido del humor proporcionado. La respuesta es obvia si piensas en ello; ¿no es cierto que tu propio sentido del humor está más desarrollado que el de las criaturas que tienen menos inteligencia que tú?

- Sí - admitió Elmo -. Pero quisiera preguntar algo más. Andrómeda es una constelación, no una estrella. Sin embargo me dijiste que vuestro planeta es Andrómeda II. ¿Cómo es posible?

- En realidad venimos del planeta de una estrella en Andrómeda para la cual no tenéis nombre; está demasiado lejos para que aparezca en vuestros telescopios. Simplemente la llamé por un nombre que sería familiar para vosotros. Para vuestra comodidad llamé a la estrella según la constelación.

Cualquier sospecha - de qué, no podía decirlo - que Elmo Scott tuviera, se acababa de evaporar.

La vaca se enderezó.

- Bueno, ¿qué esperamos para largarnos?

- Nada, supongo - dijo el doberman -. Cinco y yo nos turnaremos en la guardia.

- Id adelante y empezad a trabajar - dijo la serpiente de cascabel -. Yo haré la primera guardia. Media hora; eso os dará un mes allí.

El Doberman asintió. Se levantó dirigiéndose a la puerta, que abrió con el morro después de levantar el pestillo con la cola. La ardilla, la gallina y la vaca le siguieron.

- Ya nos veremos, guapa - dijo la vaca.

- Hazta luego, zeñores - dijo la ardilla.

Casi dos horas después, el Doberman que estaba entonces de guardia, levantó la cabeza repentinamente.

- Ya se van - dijo.

- ¿Cómo? - dijo Elmo Scott.

- Su nueva espacionave acaba de despegar. Ha entrado en el hiperespacio y está acelerando hacia Andrómeda.

- Has dicho su nave. ¿Por qué no has ido con ellos?

- ¿Yo? Desde luego que no voy. Yo soy Rex, tu perro. ¿No te acuerdas? Sólo que Uno, el que usaba mi cuerpo, me ha dejado una comprensión de lo sucedido y un bajo nivel de inteligencia.

- ¿Un bajo nivel?

- Parecido al tuyo, Elmo. Dice que se desvanecerá, pero no hasta que te lo haya explicado todo. ¿Qué te parece si me das comida? Estoy hambriento. ¿Quieres darme la comida, Toots?

Elmo dijo:

- No llames a mi esposa... Dime, ¿eres realmente Rex?

- Desde luego que soy Rex.

- Dale la comida, Toots - dijo Elmo -. Espera, tengo una idea. Vamos todos a la cocina de modo que podamos seguir hablando.

- ¿No me darás doble ración? - preguntó el Doberman.

Dorothy estaba sacando la comida del perro de la nevera.

- Desde luego, Rex.

El perro se colocó en su rincón de la cocina.

- Qué te parece si preparas algo de comer para nosotros, Toots - sugirió Elmo -. Estoy hambriento. Mira, Rex, ¿cómo es que se fueron de este modo, sin despedirse de nosotros?

- Me dejaron a mí para decirnos adiós de su parte. Y te hicieron un favor, Elmo, para compensarte por tu hospitalidad. Uno te examinó el cerebro y encontró la barrera psicológica que te ha impedido el idear nuevos argumentos para tus novelas. La destruyó. De modo que ahora podrás escribir de nuevo. Ni mejor ni peor que antes, quizá, pero al menos no te sentirás impotente, delante de una hoja de papel en blanco.

- Qué importa eso ahora - dijo Elmo -. ¿Qué hay de la nave que no pudieron reparar? ¿La dejaron aquí?

- Desde luego. Pero sacaron sus cuerpos y los repararon. Eran verdaderos monstruos, desde luego. Dos cabezas cada uno y cinco miembros y podían usarlos como piernas o como brazos; con seis ojos cada uno, tres en cada cabeza, colocados al extremo de largos tentáculos. Quisiera que los hubieras visto.

Dorothy estaba colocando la comida en la mesa.

- ¿No te importará una comida fría, Elmo? - preguntó.

Elmo la miró sin verla y dijo:

- ¿Eh? - y luego se volvió hacia el perro. El Doberman estaba en su rincón inclinado sobre una gran fuente de comida, que Dorothy acababa de poner en el suelo a su lado. Dijo:

- Gracias Toots - y empezó a tragar con gran ruido de mandíbulas. Elmo se preparó un sándwich y empezó a comer. El Doberman terminó su comida, bebió algo de agua y se tendió a los pies de Elmo.

Elmo lo miró.

- Rex, si puedo encontrar la espacionave que abandonaron no tendré que volver a escribir historias - dijo -. Puedo hallar bastantes cosas dentro para... Oye, voy a hacerte una proposición.

- Ya sé - dijo el Doberman - Si te digo dónde está, buscarás «una» Doberman para que tenga compañía y te dedicarás a la cría de perritos Doberman. Bien, quizá no lo sabes, pero de todos modos vas a hacer precisamente esto. El monstruo llamado Uno puso esa idea en tu cabeza; me dijo que yo también tenía que sacar algo de provecho de todo este asunto.

- Conforme, pero ¿me dirás dónde está el aparato?

- Te lo diré, ahora que te has terminado ese sándwich. Era algo que parecía una mota de polvo, si la hubieses visto, encima del pedazo de jamón cocido que te has comido. Era casi submicroscópico. Te lo acabas de tragar.

Elmo Scott se llevó las manos a la cabeza. La boca del Doberman estaba abierta; cualquiera habría dicho que se estaba riendo de él.

Elmo lo amenazó con un dedo.

- ¿Quieres decir que tendré que seguir escribiendo novelas toda mi vida?

- ¿Y por qué no? - preguntó el Doberman -. Ellos decidieron que realmente serías más feliz de ese modo, y con la barrera psicológica destruida no te será difícil. Ya no tendrás que empezar por: - Ya es tiempo que todos los hombres buenos... - Incidentalmente, no fue ninguna casualidad que sustituyeras monstruos por hombres; fue la idea de Uno. Ya se encontraba aquí, en mi interior, observándote. Y divirtiéndose mucho, además.

Elmo se levantó y empezó a pasearse por la cocina.

- Parece que han sido más listos que yo en todo, excepto en una cosa, Rex - murmuró - Esto no me lo podrán quitar, si tú cooperas.

- ¿Cómo?

- Podemos ganarnos una fortuna. ¡Rex, el único perro del mundo que habla! Puedo darte collares con diamantes incrustados y podrás comer bistecs de ternera y todo lo que quieras. ¿Lo harás?

- ¿Sí haré el qué?

- Hablar.

- Woof - dijo el Doberman.

Dorothy Scott miró a Elmo Scott.

- ¿Por qué has hecho eso, Elmo? Siempre me has dicho que no le pidiese que hiciera nada.

- No sé - dijo Elmo -. Se me ha olvidado. Bien, creo que lo mejor será que vuelva a escribir mi novela. - Pasó por encima del perro y se dirigió a la máquina de escribir en la otra habitación.

Se sentó delante de ella y luego llamó.

- Eh, Toots.

Dorothy entró y se puso a su lado.

Elmo dijo:

- Creo que tengo una idea. Esa frase de «Ya es tiempo que todos los monstruos buenos vengan en ayuda de Elmo Scott» contiene una idea estupenda. Casi puedo sacar el título de ahí. «Los Monstruos Risueños». Se trata de un individuo que quería escribir una novela de fantasía científica y de repente su... uh... perro. Puedo hacer que sea un Doberman como Rex y... Bien, espera hasta que la leas.

Puso una hoja limpia de papel en la máquina y escribió el título:

LOS MONSTRUOS SONRIENTES

## **Harry Harrison - EL MECÁNICO**

El viejo tenía cara de pocos amigos, lo cual significaba que alguien iba a pasar un mal rato. Dado que estábamos solos, no se necesitaba una gran dosis de inteligencia para imaginar que ese alguien sería yo. Me adelanté a hablar, por aquello de que la mejor defensa es un buen ataque.

- Me marchó. No se moleste en decirme el desagradable trabajo que ha inventado para mí, puesto que me marchó, y no querrá usted revelarles los secretos de la compañía a una persona que ha dejado de pertenecer a ella...

El rostro del viejo se distendió en una amplia sonrisa y me pareció oírle cloquear mientras pulsaba un botón de su escritorio. Uno de los cajones de la mesa se abrió y el viejo sacó de él un grueso documento legal.

- Este es su contrato - dijo -. Establece cómo y hasta cuándo trabajará usted aquí. Un contrato encuadrado en acero y vanadio que no podría usted romper con una trituradora molecular.

Me incliné rápidamente, cogí el contrato y lo lancé al aire con un solo movimiento. Antes de que llegara al suelo había desenfundado mi Solar y, disparando contra él, lo reduje a cenizas.

El viejo volvió a apretar el botón y sacó otro contrato del cajón. Su sonrisa se hizo más amplia si cabe.

- Tenía que haber dicho un duplicado de su contrato... como éste.

Hizo unas rápidas anotaciones.

- Le descontarán trece créditos de su sueldo por el importe del contrato que ha destruido... así como cien créditos de multa por disparar un Solar en el interior de un edificio.

Me dejé caer sobre una silla derrotado, esperando que descargara el golpe. El viejo palmeó cariñosamente mi contrato.

- De acuerdo con este documento, no puede usted marcharse. Nunca. En consecuencia, tengo un pequeño trabajo que creo va a gustarle. Un trabajo de reparación. La baliza luminosa de Centauro se ha apagado. Es una baliza Mark III...

- ¿Qué clase de baliza? - pregunté.

Había reparado balizas hiperespaciales de un extremo a otro de la Galaxia y estaba convencido de haber trabajado en todos los tipos o modelos que se habían fabricado. Pero nunca había oído hablar de aquella.

- Una Mark III - repitió el viejo socarronamente -. Creo que es el tipo más antiguo de baliza que se ha fabricado... y en la Tierra nada menos. Teniendo en cuenta su emplazamiento en uno de los planetas del Centauro, no me extrañaría nada que fuera la primera baliza espacial que se instaló.

Contemplé las fotografías que me entregó el viejo y me estremecí de horror.

- ¡Esto es una monstruosidad! Parece más una destilería que una baliza... y por lo menos tiene quinientos metros de altura. Soy mecánico, no arqueólogo. Este montón de chatarra tiene más de dos mil años. Será mejor darlo de baja e instalar una baliza nueva.

El viejo se inclinó por encima de su mesa, echándome el aliento a la cara.

- Costaría un año instalar una baliza nueva..., además de ser demasiado cara..., y esa reliquia se encuentra en una de las principales rutas. En la actualidad algunas de nuestras naves se ven obligadas a dar un rodeo de quince años-luz.

Volvió a echarse hacia atrás, se secó las manos en su pañuelo y me recitó el Párrafo Cuarenta y Cuatro de las Obligaciones de la Compañía.

- Este departamento recibe el nombre oficial de Mantenimiento y Reparación, cuando en realidad tendría que llamarse Fuente de Complicaciones. Las balizas hiperespaciales están fabricadas para durar eternamente... o casi eternamente. Cuando una de ellas se estropea, no es nunca un accidente, y repararla no es nunca un asunto sin importancia.

Me lo estaba diciendo a mí... el tipo que hacía todo su trabajo sentado cómodamente en una oficina dotada de aire acondicionado.

Empezó a divagar.

- ¡Cómo me gustaría mandar todo esto al diablo! Me dedicaría tranquilamente a la construcción de naves y me ahorraría muchos quebraderos de cabeza. Pero las cosas son como son. Y ahora poseo una flota de naves que están equipadas para hacerlo casi todo... manejadas por un montón de irresponsables como usted.

Asentí lúgubrementemente a su índice acusador.

- ¡Cómo me gustaría prenderles fuego a todos ustedes! Pilotos, mecánicos, soldados y cuantos intervienen en las reparaciones. Tengo que intimidar, sobornar y chantajear a la gente para que haga un sencillo trabajo. Si usted está asqueado, imagine cómo estaré yo. ¡Pero las naves tienen que seguir viajando! ¡Las balizas tienen que funcionar!

Era una despedida, y me apresuré a ponerme en pie. El viejo me entregó las notas acerca del Mark III y dedicó su atención a otros papeles, como si yo hubiera dejado de existir. En el instante en que llegaba a la puerta, el viejo alzó la mirada y me apuntó de nuevo con su índice.

- Y no se haga ilusiones vanas sobre la posibilidad de eludir su contrato. Podemos retener la cuenta corriente que posee en el Banco de Algol II mucho antes de que usted consiga sacar el dinero.

Sonreí sin demasiadas ganas, lo reconozco, como si nunca se me hubiese ocurrido la idea de mantener en secreto aquella cuenta. Mientras me dirigía hacia el vestíbulo traté de imaginar un medio de transferir el dinero subrepticamente... sabiendo que en aquel mismo instante el viejo estaba planeando algún medio para evitarlo.

El asunto resultaba muy deprimente, de modo que me detuve a echar un trago antes de dirigirme al espaciuuerto.

Cuando la nave estuvo dispuesta, yo tenía ya una ruta trazada. La baliza más próxima a la averiada de Centauro se encontraba en uno de los planetas de Beta Circinus, y hacia allí debía encaminarme primero. Un corto viaje de sólo nueve días por el hiperespacio.

Para comprender la importancia de las balizas hay que comprender el hiperespacio. No es que haya mucha gente que lo entienda, pero resulta bastante fácil darse cuenta de que en ese no-espacio las normas ordinarias no tienen aplicación. La velocidad y las medidas son un problema de afinidad y no hechos constantes.

Las primeras naves que entraron en el hiperespacio no tenían ningún lugar adonde ir... ni ningún medio para saber si se habían movido. Las balizas resolvieron aquel problema y abrieron todo el universo. Están construidas sobre planetas y generan enormes cantidades de energía. La energía es convertida en radiaciones que son proyectadas a través del hiperespacio. Cada baliza tiene un código de señales que forma parte de sus radiaciones y representa un punto mensurable en el superespacio. La triangulación y la cuadratura de las señales de la baliza para convertirlas en datos destinados a la navegación se llevan a cabo de acuerdo con sus propias reglas. Las reglas son complicadas y variables, pero al fin y al cabo son reglas que un navegante puede seguir.

Para un salto hiperespacial son necesarias por lo menos cuatro balizas para una exacta orientación. Si se trata de un viaje largo, los navegantes utilizan hasta siete u ocho. De modo que cada una de las balizas es importante y todas tienen que estar funcionando. De atender a su funcionamiento nos encargamos los otros mecánicos y yo.

Viajamos en naves perfectamente equipadas con todo el material necesario; sólo un hombre en cada nave, porque la pesada maquinaria destinada a la reparación no deja espacio para más. Debido a la verdadera naturaleza de nuestro trabajo, pasamos la mayor parte del tiempo volando a través del espacio normal. Después de todo, cuando una baliza sufre una avería, ¿cómo puede ser localizada? A través del hiperespacio no, desde luego. Lo único que puede hacerse es acercarse el máximo a ella utilizando otras balizas y luego terminar el viaje por el espacio normal. Esto puede exigir meses enteros de navegación, y a menudo los exige.

El trabajo que me había encargado el viejo no parecía ofrecer perspectivas demasiado desagradables. Partiendo de los supuestos que me facilitó la baliza de Beta Circinus, le planteé un complicado problema de ocho incógnitas al piloto automático, utilizando como puntos de referencia todas las balizas a las cuales podía llegar. El piloto me proporcionó una ruta con un aproximado punto de llegada; con un factor de seguridad que formaba parte de la estructura y que yo no podía eliminar de la máquina.

Hubiera preferido correr el riesgo de estrellarme contra un planeta próximo a pasar el tiempo enjaulado a través del espacio normal. Pero, al parecer, la técnica sabía también esto. El piloto automático proporcionaba siempre un factor de seguridad, de modo que uno no podía meterse dentro de un sol, por mucho que lo intentara. Estoy convencido de que al prever aquel factor de seguridad la técnica no obedeció a motivos humanitarios. Lo único que le importaba a la técnica era no perder la nave.

A través de un salto de veinticuatro horas el robot analizador escudriñó todas las estrellas, comparándolas con el espectro del Próximo Centauro. Finalmente hizo sonar un timbre y parpadear una luz. Miré a través del ocular.

Una última lectura con la fotocélula me dio la magnitud aparente, y una comparación con su magnitud absoluta mostró su distancia. No era tan larga como yo había creído: un vuelo de seis semanas, día más día menos. Después de marcar un rumbo en el piloto automático me introduje en el tanque de aceleración y me quedé dormido.

El tiempo transcurrió rápidamente. Rellené mi cámara por vigésima vez y casi terminé un curso de física nuclear por correspondencia. La mayoría de los mecánicos siguen esos cursos. Tienen un valor en sí mismos, ya que uno no sabe nunca qué clase de extraños elementos tendrá que manejar. Además, la compañía le paga a uno de acuerdo con las especialidades que domina. Todo esto, unido a un poco de pintura al óleo y unos ejercicios de gimnasia, me ayudó a pasar el tiempo. Estaba dormido cuando sonó el timbre de alarma que anunciaba la presencia de un planeta.

El planeta dos, donde según los antiguos mapas estaba situada la baliza, era una especie de globo de aspecto húmedo y pulposo. Trabajé duramente para poder utilizar con provecho las antiguas directrices, y finalmente localicé la zona correcta. En este oficio se aprende muy pronto cuándo y dónde se arriesga la propia piel. Por lo tanto, envié un Ojo Volador a la atmósfera exterior para que efectuara una investigación preliminar.

Los que habían instalado la baliza habían sido lo suficientemente perspicaces como para escoger un lugar fácilmente localizable, equidistante sobre una línea entre dos de los picos montañosos más altos. Tras haber localizado los picos, hice que el Ojo recorriera la distancia existente entre el primero y el segundo. El Ojo tenía un hocico y una cola de radar, y procuré que coincidieran respectivamente con cada uno de los picos. Al producirse la coincidencia corté los controles del Ojo y empecé a descender.

Desconecté el radar, conecté el tele-explorador y me senté a esperar que la baliza apareciera en la pantalla.

La imagen parpadeó, quedó automáticamente enfocada... y una gran pirámide apareció en la pantalla. Refunfuñando, hice girar el Ojo en círculos, examinando el terreno

circundante. Era un terreno llano, pantanoso, sin la menor elevación. Lo único que sobresalía en un radio de diez millas era aquella pirámide..., que decididamente no era mi baliza.

¿O acaso lo era?

Hice descender más el Ojo. La pirámide era un burda construcción de piedra, completamente lisa. En la cima se divisaba un débil resplandor. La examiné más de cerca. En la cumbre de la pirámide había una cavidad llena de agua. Al verla me pareció recordar algo.

Fijando el Ojo en una ruta circular, rebusqué entre los planos del Mark III... y allí estaba. La baliza tenía un plano de sedimentación y encima de él una cavidad destinada a contener agua; el agua era utilizada para enfriar el reactor que proporcionaba energía al monstruo. Si el agua estaba aún allí, la baliza también estaba allí... en el interior de la pirámide. Los indígenas, que no habían sido mencionados por los imbéciles que construyeron la cosa, habían edificado una hermosa y recia pirámide de piedra alrededor de la baliza.

Dirigí otra mirada a la pantalla y comprobé que había fijado el Ojo en una órbita circular a unos veinte pies sobre la pirámide. La cima del montón de piedra estaba ahora cubierta de una especie de lagartos, al parecer las formas de vida locales. Iban armados con lo que parecían ballestas y trataban de alcanzar al Ojo: una nube de flechas y de piedras volaba en todas direcciones.

Conecté el circuito que devolvería automáticamente el Ojo a la nave.

A continuación me dirigí a la cocina para echar un buen trago. Mi baliza no sólo estaba encerrada en el interior de una montaña de piedra hecha a mano, sino que mi presencia había conseguido irritar a los seres que la habían construido. Un buen comienzo para un trabajo; un comienzo capaz de inducir a un hombre más fuerte que yo a buscar consuelo en la bebida.

Normalmente un mecánico permanece alejado de las civilizaciones indígenas. Son veneno puro. A los antropólogos puede no importarles que les diseccionen en beneficio de su ciencia, pero un mecánico no está dispuesto a ninguna clase de sacrificio por su trabajo. Por este motivo la mayoría de las balizas están situadas en planetas deshabitados. Si una baliza tiene que ser instalada en un planeta habitado, suele colocarse en algún lugar inaccesible.

Los motivos de que aquella baliza hubiera sido instalada al alcance de las garras locales se me escapaban de momento. A su debido tiempo me interesaría por ellos. Lo primero que tenía que hacer era establecer contacto. Para establecer contacto tiene uno que conocer el idioma local.

Y para esto hacía mucho tiempo que yo había ideado un sistema a prueba de imprudencias.

Tenía un «espía» que había construido yo mismo. Parecía un trozo de roca de un pie de longitud aproximadamente. Una vez en el suelo pasaba completamente inadvertido, pero resultaba un poco desconcertante verlo flotar. Localicé una ciudad indígena a unos mil kilómetros de distancia de la pirámide y dejé caer el Ojo. Aterrizó de noche a orillas del revolcadero de fango local. Allí acudirían a revolcarse los indígenas en gran número durante el día. Por la mañana, cuando llegaron los primeros indígenas, puse en marcha el aparato de grabación.

Al cabo de unos cinco días locales tenía un mar de conversación indígena en el archivador de la máquina de traducir y había anotado unas cuantas frases. Esto resulta muy fácil cuando se dispone de una máquina archivadora. Uno de los lagartos le gargarizó algo a otro, y el segundo se volvió en redondo. Anoté aquella expresión con la frase: «¡Eh, George!», y esperé una oportunidad para utilizarla. Aquel mismo día, más tarde, divisé a



uno de ellos que iba solo y le grité: «¡Eh, George!» La frase gargarizó a través del altavoz en el idioma local y el lagarto se volvió en redondo.

Cuando uno tiene suficientes frases de referencia como ésta en el archivador de la máquina de traducir, la máquina se encarga de llenar las lagunas existentes. En cuanto la MT fue capaz de traducir de corrido cualquier conversación que oyera, pensé que había llegado el momento de establecer contacto.

Lo encontré con bastante facilidad. Era una versión centáurica de un pastor: apacentaba un rebaño de una forma de vida local especialmente repugnante, en las marismas situadas en las afueras de la ciudad.

Yo tenía uno de los Ojos oculto en una especie de caverna y aguardé a que pasara por delante de ella.

Esto ocurrió al día siguiente. Susurré por el micrófono:

- ¡Bienvenido, nieto pastor! El espíritu de tu abuelo te habla desde el paraíso.

El pastor se detuvo como si acabaran de pegarle un tiro. Antes de que pudiera moverse pulsé un interruptor, y un montón de dinero local, una especie de conchas de diversos colores, salió rodando de la cueva y aterrizó a sus pies.

- Ahí va algún dinero del paraíso, porque has sido un buen muchacho. - No procedía del paraíso, desde luego: la noche anterior lo había extraído de la Tesorería -. Vuelve mañana y charlaremos un poco - le grité a la figura que se alejaba precipitadamente.

Me complació muchísimo comprobar que antes de emprender la huida recogía el dinero.

Después de aquello el Abuelo del paraíso sostuvo muchas conversaciones íntimas con su Nieto, el cual no pudo resistir la tentación del dinero celeste. El Abuelo no había estado en contacto con las cosas desde su muerte, y el Pastor se alegró de poder satisfacer su curiosidad.

Me enteré de todo lo que necesitaba saber acerca de la historia, pasada y reciente, de aquel pueblo, y la información que obtuve no fue precisamente agradable.

Además de la pirámide construida alrededor de la baliza había una pequeña guerra alrededor de la pirámide.

Todo había empezado con el seísmo. Al parecer, los lagartos locales vivían en las distantes marismas cuando fue instalada la baliza, pero los constructores no les habían dado demasiada importancia. Eran una raza inferior que habitaba en un lejano continente. La idea de que la raza pudiera desarrollarse y llegar hasta aquel continente no se les había ocurrido a los mecánicos de la baliza. Pero eso fue precisamente lo que sucedió.

Un pequeño seísmo geológico formó un puente de tierra entre los dos continentes, y los lagartos empezaron a afluir al valle de la baliza. Y encontraron un brillante templo de metal del cual fluía un continuo chorro de agua mágica; el agua destinada a enfriar el reactor, que se renovaba a través de un condensador atmosférico instalado en el techo. La radiactividad del agua no perjudicaba a los indígenas. Produjo algunas mutaciones que resultaron beneficiosas.

Se edificó una ciudad alrededor del templo y, con el paso de los siglos, fue alzándose la pirámide alrededor de la baliza. Una categoría especial de sacerdotes servía al templo. Todo marchó bien hasta que uno de los sacerdotes violó el templo y destruyó las aguas sagradas. Desde entonces se habían producido revueltas, asesinatos y destrucciones. Pero las aguas sagradas no volvieron a fluir. Ahora, muchedumbres armadas luchaban alrededor del templo todos los días y un grupo de sacerdotes vigilaba la fuente sagrada.

Y yo tenía que meterme en medio de aquel jaleo y reparar la baliza.

La cosa hubiera resultado bastante fácil de haber tenido cierta libertad de acción. Hubiera podido hacer una fritada de lagartos, arreglar la baliza y largarme. Pero las «formas de vida indígenas» estaban muy bien protegidas. En mi nave había células espías,

las cuales no había conseguido localizar en su totalidad, y a mi regreso proporcionarían un interesante informe de mis actividades.

Había que emplear la diplomacia. Suspiré y saqué el equipo de plasticarne.

Utilizando como modelo tres instantáneas que había tomado del Pastor, moldeé una pasable cabeza de reptil sobre mis propias facciones. La quijada quedaba un poco corta, ya que yo no poseía sus dentadas mandíbulas, pero esto no tenía demasiada importancia. Mi aspecto no tenía que ser exactamente igual que el suyo, sino únicamente parecido, lo suficiente para tranquilizar a los indígenas. Es natural. Si yo fuera un ignorante aborigen de la Tierra y me tropezara con un Espicano, cuyo aspecto recuerda el de un pez disecado, echaría a correr inmediatamente. Pero si el Espicano llevara un vestido de plasticarne que le diera un aspecto vagamente humanoide, no vacilaría en acercarme a él para entablar conversación por lo menos. Esto era lo que yo me proponía hacer.

Cuando estuvo modelada la cabeza, la uní a un atractivo traje de plástico verde, añadiéndole una cola. Estaba realmente satisfecho de que aquellos seres tuvieran cola. Los lagartos no iban vestidos y yo deseaba llevarme un montón de equipo electrónico. Moldeé la cola sobre un armazón de metal, y en el hueco así formado introduje todo el material que podía necesitar. A continuación me puse el traje.

Me contemplé en un espejo. El efecto era horrible, pero eficaz. La cola arrastraba por el suelo, pero esto hacía mayor el parecido.

Aquella noche llevé la nave hacia las colinas más próximas a la pirámide, un lugar seco al que los anfibios indígenas no se acercarían. Un poco antes del amanecer, el Ojo me cogió por debajo de los hombros y emprendimos el vuelo. Planeamos por encima del templo, a unos dos mil metros, hasta que se hizo de día, y entonces nos dejamos caer.

Nuestra llegada debió constituir un gran espectáculo. El Ojo estaba camuflado para que pareciera un lagarto volador, una especie de pterodáctilo de cartón, y sus alas, que se agitaban lentamente, no tenían nada que ver con nuestro vuelo, desde luego. Pero bastaba para impresionar a los indígenas. El primero que tropezó conmigo se puso a gritar y cayó de espaldas. Los otros llegaron corriendo. Se apolonaron unos encima de otros, y cuando aterricé en la plaza, situada enfrente del templo, llegaban los sacerdotes.

Plegué mis brazos en un saludo regio.

- ¡Salud, oh nobles servidores del Gran Templo! - dije.

Desde luego no lo dije en voz alta, sino que me limité a susurrarlo para que pudiera ser captado por el micrófono que llevaba oculto en el cuello. El micrófono trasladó mis palabras a la MT, y la traducción surgió por el altavoz que llevaba en la mandíbula.

Los indígenas parlotearon y la traducción surgió casi instantáneamente. Tenía el volumen muy alto y toda la plaza resonó.

Algunos de los más crédulos se aplastaron contra el suelo y otros huyeron gritando. Un tipo receloso levantó una lanza, pero nadie volvió a intentarlo después de que el Ojo pterodáctilo hubo agarrado al belicoso indígena para dejarlo caer en una charca.

Aprovechando la sorpresa general, me acerqué a las puertas del templo.

- He de hablar con vosotros, nobles sacerdotes - dije.

Y antes de que encontraran una respuesta adecuada me había colado en el templo.

El templo era un pequeño edificio construido contra la base de la pirámide, y esperé no quebrantar demasiados tabúes entrando en él. Nadie me detuvo, de modo que la cosa parecía marchar bien. Me encontré en una sala de forma alargada, con una especie de piscina en uno de los extremos. En la piscina chapoteaba un viejo reptil, uno de los jefes evidentemente. Me dirigí hacia él. Me acogió con una mirada fría, de pez, y luego gruñó algo.

La MT susurró a mi oído:

- ¡En nombre de los trece pecados! ¿Quién eres y qué estás haciendo aquí?

Erguí mi escamosa figura en un noble gesto y señalé hacia el techo.

- He venido en nombre de tus antepasados para ayudarte. Estoy aquí para reparar las Aguas Sagradas.

Esto despertó un murmullo de conversaciones detrás de mí, pero no pareció convencer al jefe. Se hundió lentamente en el agua hasta que sólo fueron visibles sus ojos. Luego volvió a emerger y me apuntó con un dedo amenazador.

- ¡Eres un embustero! ¡Tú no eres ningún antepasado nuestro! Vamos a...

- ¡Un momento! - grité antes de que llegara tan lejos en sus palabras que le resultara imposible retroceder -. He dicho que tus antepasados me han enviado aquí en calidad de emisario... No soy uno de tus antepasados. No trates de hacerme ningún daño si no quieres que la cólera de los Muertos se vuelva contra ti.

Mientras pronunciaba estas palabras me volví hacia los otros sacerdotes, utilizando el movimiento para disimular el lanzamiento de una bomba de humo detrás de mí. La bomba abrió un hermoso agujero en el suelo, con un gran despliegue de ruido y de humo.

El Primer Lagarto supo entonces que yo hablaba en serio e inmediatamente convocó una reunión de sacerdotes. Tuvo lugar en la piscina pública, desde luego, y yo tuve que meterme en ella. Chapoteamos y gargarizamos durante una hora hasta dejar sentados los extremos más importantes de la operación.

Descubrí que todos ellos eran sacerdotes nuevos; los anteriores habían sido hervidos por haber permitido que las Aguas Sagradas dejaran de fluir. Yo les expliqué que estaba allí únicamente para ayudarles a recobrar las aguas. Cuando esto hubo quedado en claro salimos de la piscina dejando grandes charcos de agua y de fango en el suelo. Nos acercamos a una puerta cerrada y vigilada que conducía al interior de la pirámide. Mientras la abrían, el Primer Lagarto se volvió hacia mí.

- Ya debes de conocer la norma - me dijo -. Después de lo ocurrido con los antiguos sacerdotes fue ordenado que en adelante sólo los ciegos podrían entrar en el recinto sagrado.

Puedo jurar que al pronunciar aquellas palabras sonreía, si treinta dientes asomando por lo que parecía una raja en una vieja maleta pueden llamarse una sonrisa.

Hizo una seña a un sacerdote que se acercó portando un brasero de carbones encendidos lleno de hierros calentados al rojo. Dejó el brasero en el suelo, removió los carbones, sacó uno de los hierros y se volvió hacia mí. Estaba a punto de aplicar el hierro a uno de mis ojos cuando reaccioné.

- Desde luego - dije -, la norma es la ceguera. Pero, en mi caso, tendréis que cegarme antes de que abandone el sagrado recinto, no ahora. Necesito mis ojos para ver y reparar la Fuente de las Aguas Sagradas. Cuando las aguas vuelvan a fluir, yo mismo me aplicaré el hierro candente.

Tardaron medio minuto en digerir aquello, pero acabaron por reconocer que tenía razón. El verdugo local hizo una mueca de disgusto y añadió un poco más de carbón al brasero. La puerta se abrió de par en par y entré en la pirámide; a continuación la puerta volvió a cerrarse detrás de mí y me encontré a solas en la oscuridad.

Pero no por mucho tiempo... Oí un ruido cerca de mí y decidí encender mi linterna. Tres sacerdotes se acercaban al lugar donde me encontraba: las cuencas de sus ojos eran un deforme montón de carne quemada. Sabían lo que yo deseaba, y me señalaron el camino sin pronunciar una sola palabra.

Una agrietada escalera de piedra nos condujo ante una sólida puerta de metal, de la cual colgaba un letrero redactado con una escritura arcaica: BALIZA MARK III. PROHIBIDA LA ENTRADA A TODA PERSONA AJENA AL SERVICIO. Los constructores de la baliza habían confiado de un modo absoluto en la eficacia del letrero, ya que la puerta no

tenía cerradura. Uno de los lagartos hizo girar el pomo y nos encontramos en el interior de la baliza.

Con los sacerdotes ciegos tropezando detrás de mí, localicé el cuarto de máquinas y encendí las luces. En las baterías de emergencia había un resto de carga, lo suficiente para proporcionar una débil claridad. Los reguladores e indicadores parecían encontrarse en buen estado; los revisé cuidadosamente y descubrí lo que ya había sospechado.

Uno de los lagartos había conseguido abrir una caja destinada a proteger los interruptores, los había estado manoseando y había cambiado accidentalmente la posición de uno de ellos: esto había producido el trastorno.

Mejor dicho, había iniciado el trastorno. La cosa no va a solucionarse volviendo a su posición normal el interruptor de la válvula del agua. Aquella válvula sólo debía ser utilizada en el curso de una reparación después de haber humedecido la pila. Como el agua había sido cortada mientras la pila estaba funcionando, los dispositivos de seguridad habían humedecido automáticamente la carga.

Hacer surgir de nuevo el agua no era ningún problema, pero en el reactor no quedaba ningún combustible.

No iba a complicarme la vida con el problema del combustible. La mejor solución sería instalar un nuevo generador. Yo tenía uno en la nave que era diez veces menor que el de la baliza y producía cuatro veces más energía. Antes de enviar a buscarlo revisé el resto de la baliza. En dos mil años tenía que haber alguna señal de desgaste.

Los mecánicos de aquella época remota habían trabajado bien, tuve que reconocerlo. El noventa por ciento de la maquinaria no tenía partes móviles y, en consecuencia, no había sufrido ningún desgaste. Otras partes habían sido reforzadas, previendo su posible desgaste. El conducto alimentador de agua que descendía del techo, por ejemplo. Las paredes del conducto tenían unos tres metros de espesor... y la abertura del conducto no era mayor que mi cabeza. De todos modos, había algunas cosas que yo podía hacer y anoté las piezas que necesitaba.

Las piezas, entre ellas el nuevo generador, estaban en la nave. El Ojo se encargó de recogerlas y de colocarlas en una caja metálica. Una hora antes de que amaneciera, el Ojo depositó la caja en el exterior del templo y se marchó sin ser visto.

Contemplé a los sacerdotes a través de mi «espía» mientras trataban de abrirla. Cuando se dieron por vencidos les grité unas órdenes a través de un altavoz instalado en la caja. Se pasaron la mayor parte del día arrastrando la pesada caja por el templo y subiéndola por las angostas escaleras que conducían a la baliza. Entretanto, me tomé un sueño reparador. Cuando desperté, la caja estaba junto a la puerta de entrada a la baliza.

Las reparaciones no me llevaron mucho tiempo, aunque los sacerdotes ciegos gruñeron lo suyo cuando me oyeron abrir un boquete en la pared para encajar el nuevo generador. Incluso coloqué un aparato en el conducto del agua para que sus Aguas Sagradas tuvieran la habitual radiactividad refrescante cuando empezaron a fluir de nuevo. En cuanto hube terminado con todo esto hice lo que los lagartos estaban esperando.

Conecté el interruptor que daba paso al agua.

Transcurrieron unos minutos mientras el agua empezaba a gorgotear a través del seco conducto. Luego llegó un rugido del exterior de la pirámide que debió de sacudir sus paredes de piedra. Entrechocando mis manos por encima de mi cabeza, me dispuse a enfrentarme con la ceremonia de quemar mis ojos.

Los lagartos ciegos estaban esperándome junto a la puerta, y su aspecto mohíno no presagiaba nada bueno. Cuando empujé la puerta descubrí el motivo de aquella actitud: la habían cerrado y atrancado por la parte exterior.

- Hemos decidido - dijo un lagarto - que te quedes aquí para siempre cuidando de las Aguas Sagradas. Nosotros atenderemos a todas tus necesidades.

Una deliciosa perspectiva: pasar toda la vida encerrado en una baliza con tres lagartos ciegos. A pesar de su hospitalidad no podía aceptarla.

- ¡Cómo! ¡Os atrevéis a disponer a vuestro antojo del mensajero de vuestros antepasados!

Había dado todo el volumen a mi altavoz y la vibración casi me arrancó la cabeza de cuajo.

Los lagartos gruñeron algo, y yo ajusté mi Solar para que proyectara un rayo delgado como la hoja de un cuchillo y lo hice correr alrededor de la jamba de la puerta. Al cabo de un instante la puerta se derrumbó en medio de un gran estrépito.

Bajé corriendo las escaleras, abriéndome paso entre la multitud de asombrados sacerdotes y fui a enfrentarme con el Primer Lagarto, que seguía en su piscina. Al ver que me acercaba, se hundió lentamente debajo del agua.

- ¡Qué falta de cortesía! - grité -. Los antepasados están muy enojados, y sólo por su gran bondad permiten que las aguas fluyan de nuevo. Ahora tengo que marcharme. ¡Adelante con la ceremonia!

El verdugo estaba demasiado asustado para moverse, de modo que me acerqué al brasero y cogí uno de los hierros candentes. Una presión en las sienes hizo caer sobre mis ojos una lámina de acero debajo de la piel de plástico. A continuación apliqué el hierro candente a mis ficticias cuencas, y el plástico despidió un impresionante olor a quemado.

Un grito se alzó de la multitud mientras yo dejaba caer el hierro y zigzagueaba ciegamente. Tengo que admitir que la cosa resultó bastante fácil.

Antes de que pudieran reaccionar apreté el interruptor y mi pterodáctilo de plástico entró volando. No pude verlo, desde luego, pero supe que había llegado cuando los garfios de sus garras aferraron las láminas de acero de mis hombros.

Cuando alcé las láminas que cubrían mis ojos y practiqué unos agujeros en el chamuscado plástico, pude ver la pirámide disminuyendo de tamaño detrás de mí, el agua derramándose de la base y una alegre multitud de reptiles revolcándose en su corriente radiactiva. Pasé revista a los hechos para comprobar si había olvidado alguna cosa.

Primero: La baliza estaba reparada.

Segundo: Los sacerdotes tenían que estar satisfechos.

El agua fluía de nuevo, mis ojos habían sido debidamente quemados y ellos volvían a encontrarse en una posición preponderante. A lo cual había que añadir:

Tercero: El hecho de que, si se producía otra avería en la baliza, los sacerdotes no pondrían obstáculos al mecánico que acudiera a repararla en las mismas condiciones. Por lo menos yo no había hecho nada que pudiera despertar su antagonismo hacia los futuros mensajeros de sus antepasados.

De todos modos mientras me despojaba del disfraz de lagarto pensé que no me disgustaría en absoluto que, llegado el caso, encargaran el trabajo a otro mecánico.

## **Alexander Kazantzev - EL MARCIANO**

El espíritu de la «catástrofe marciana» se instaló en el comedor de oficiales del Gueorgui Sedov. Nadie experimentaba ya deseos de contar las aventuras árticas; los marineros y los hombres de las estaciones polares recordaban los detalles de la explosión en la taiga, se excitaban, discutían... Nuestro «Decamerón septentrional», como decía el capitán, había encallado sobre un banco de arena...

- A usted, Alexander Petrovich, le corresponde volver a ponerlo a flote - se dirigió a mí, riendo -. Que el escritor nos cuente ahora algo fantástico, puesto que el mensajero del Cosmos nos ha dejado en esta disposición de ánimo.

- ¡Sí, sí! - se animaron los presentes -. ¡Cuéntenos algo de lo cual no pueda creerse una sola palabra!

- Y la nave interplanetaria, ¿creyeron en ella? - inquirí, bromeando.

- Los americanos dicen: «Nosotros creemos en Dios; el resto se paga al contado». En mi opinión, hay muchas cosas que podrían ser adquiridas a cambio de mi dinero.

- Tantas, que no podrían rechazarse - observó el piloto, un hombre de una estatura enorme, siempre silencioso, calzado con unas flexibles botas de piel de perro. Tenía que escoger el emplazamiento para un aeródromo sobre una de las islas, lo que explicaba su presencia a bordo del Sedov.

- Imposible creerlo... Pero imposible también rechazarlo - dijo pensativamente Netaiev, el navegante.

- Entonces, ¿quieren que cuente una cosa en la cual no sea posible creer? - pregunté, habiendo ya decidido colocar entre los relatos poco complicados sobre la vida ártica que había oído aquí la historia de una vida distinta, increíble, imposible, pero...

Al principio me escucharon con una leve desconfianza, con una sonrisa condescendiente o estimulante, la misma quizá que esboza el lector al volver esta página, en espera de una ficción...

En mi relato se tratará del presente, de una sola entrevista en una estancia triste con el techo lleno de manchas de humedad y las mesas cubiertas de manchas de tinta del aeroclub central Tchkalov en Tuchino, en los alrededores de Moscú.

Aquel día, yo estaba de servicio en el aeroclub. No, no soy aviador, no se asombren. Aficionados a la astronáutica, habíamos creado hace unos años una sección de astronáutica, una organización que se proponía favorecer los futuros viajes interplanetarios. En fecha no demasiado lejana se burlaban de nosotros, llamándonos «lunáticos» a causa de nuestro sueño de volar un día hacia la Luna. Lo soportábamos todo estoicamente, hacíamos propaganda de nuestra querida astronáutica, tratando de reunir a nuestro alrededor a todos aquellos a los cuales podíamos comunicar la fe en los viajes cósmicos; habíamos creado toda clase de comités: astronavegación, técnica de reacción, astronomía y biología del vuelo cósmico, etc. Ahora ya no se burlan de la sección de astronáutica, que cuenta entre sus miembros a numerosos sabios, famosos aviadores, estudiantes, ingenieros, escritores... personas jóvenes, personas de edad madura, ancianos, investigadores, pedantes y soñadores..

En resumen, en mi calidad de organizador de la sección de astronáutica tuve ocasión, a raíz del lanzamiento de los primeros satélites artificiales de la Tierra, de estar al servicio del aeroclub. Después de haber charlado amistosamente con dos muchachas y un joven que soñaban con volar nada menos que a Marte, al quedarme solo me dediqué a ojear las cartas que habían llegado.

Había algunas muy interesantes. Un joven escribía:

«Tengo dieciocho años, acabo de terminar mis estudios secundarios, no he hecho nada aún en la vida y quisiera hacer mucho por la ciencia. He oído decir que se proyectaba

poner un perro en el satélite artificial de la Tierra para enviarlo al espacio cósmico. Desde luego, es más importante para la ciencia que el lugar sea ocupado por un hombre. Les ruego que accedan a ayudarme a ofrecer mis servicios para el vuelo experimental al Cosmos. Estoy seguro de que tendría tiempo de transmitir por radio todas mis sensaciones... Y vería el globo terrestre del lado de las estrellas...»

Otra carta estaba escrita por una mujer:

«Soy un ama de casa, tengo cuarenta y seis años y no he hecho nada en la vida. Permítanme que sirva a la ciencia y que me ofrezca para el estudio del estado del cuerpo humano en el curso del vuelo cósmico. Sé que no todos los cohetes regresan...»

Un mecánico de los ferrocarriles de Transbaikalia escribía:

«Soy un apasionado de la técnica, entiendo mucho de mecanismos y estoy dispuesto a estudiar. Podría ser útil como miembro de la tripulación de una nave cósmica...»

Dicho sea de paso, en nuestro país y en el extranjero hay decenas de millares de hombres que arden en deseos de tomar parte en los próximos viajes cósmicos.

Medité en esta particularidad asombrosa del carácter humano. ¿Cuál es la fuerza que empuja al hombre hacia las estrellas, que le arranca de la Tierra? ¿Es la sed de conocimientos, una sed ardiente, insaciable, inextinguible! La misma que empujaba a los exploradores polares, hombres apasionados, poseídos en el sentido más noble de la palabra, avanzando siempre a través de los hielos infranqueables, de las tormentas de nieve y del frío hacia un punto misterioso llamado polo y representado en los mapas por una mancha blanca... La misma fuerza que impulsaba a los audaces navegantes a cruzar las vastas extensiones de los océanos, desafiando todos los peligros, en busca de unas tierras lejanas, bellas porque eran desconocidas... La que guía a los intrépidos que escalan las paredes heladas de una cima inviolada, inaccesible, sobre la cual no hay nada a excepción de un viento impetuoso, una vista deslumbrante y una sensación embriagadora...

Los objetivos y las alturas hacia las cuales tiende hoy el hombre no tienen comparación con nada de lo que alcanzó hasta ahora.

Así es la naturaleza humana, admirable por ello...

Le vi en el momento en que cruzaba el patio del aeroclub. Me disponía a entrar, pero me quedé, como si supiera que venía a verme. Había captado algo raro en él, o en su porte, no sabría decirlo, cuando se dirigía hacia la puerta de entrada.

Aquella sensación se acentuó cuando le vi de cerca (¡Efectivamente, venía a verme!). No era su pequeña estatura, ni sus movimientos tímidos, ni la evidente desproporción del cuerpo, de los brazos y de las piernas, ni siquiera su cráneo abombado y completamente desprovisto de cabellos... Lo que me impresionó fue la expresión de sus grandes ojos inteligentes, alterada por los cristales increíblemente convexos de sus gafas. Estas acercaban a mí sus enormes ojos, un poco tristes, penetrantes e infinitamente comprensivos.

Atribuí a aquellas gafas extraordinarios la impresión que me había causado el visitante y le ofrecí un asiento.

Después de haber dejado sobre la mesa un voluminoso manuscrito, me miró con una amable sonrisa y captó, sin duda, un leve espanto en mis ojos, tal vez incluso comprendió que yo tenía que leer demasiados manuscritos y que me inspiraban cierta aprensión. El caso es que dijo:

- No, no se trata de una consulta literaria.

Le miré con aire interrogador.

- Sé que es prematuro aún hablar de un viaje interplanetario real, de la composición eventual de la tripulación... Aunque, Quizás, no falten ya los solicitantes. Por eso quisiera, desde este momento, obtener el apoyo de su sección.

El que tenía delante de mí no era un hombre joven, no podía bromearse con él, comprometerle a estudiar los dominios de las ciencias que algún día necesitaría un astronauta.

Comprendió mi pensamiento, no sé cómo, y me dijo que no era astronauta, ni geólogo, ni médico, ni ingeniero. Buscaba un apoyo para asegurarse una plaza entre los miembros de la tripulación del primer navío que partiera hacia Marte, porque... porque todo el mundo tenía derecho a regresar a su punto de origen.

Me sentí incómodo. Recordé haber leído en 1940 la carta del director de unos grandes almacenes de Sverdlovsk que solicitaba también que le ayudaran a regresar a Marte. En todos los demás aspectos aquel hombre era completamente normal.

El visitante sonrió. Leí en sus ojos que también esta vez lo había comprendido todo.

¡Diablo! Quizás en Marte habían renunciado a comunicar sus ideas con ayuda de las ondas sonoras, es decir, haciendo vibrar el aire. Me di cuenta de que no solamente él, sino también yo, adivinaba sus pensamientos... Lo más fácil era tomarle por un enfermo...

- Sí - dijo el visitante -. Al principio me encerraron varias veces en clínicas mentales, hasta que comprendí que era inútil tratar de convencer a los hombres.

Me pregunté si no sería suya la carta que había leído un día, antes de la guerra.

El visitante señaló el manuscrito.

- Hubiera podido escribirlo en ruso o en inglés, en francés o en holandés, en alemán, en chino o en japonés, empleando una de las escrituras que se usan en la Tierra...

Tratando de ser cortés, abrí el manuscrito y enarqué las cejas al ver la página cubierta de extraños signos. ¿Qué significaba aquello? ¿Una mixtificación? ¿O un síntoma de enfermedad?

- A un ser razonable le resulta imposible - continuó el visitante - inventar en la soledad un idioma desconocido, transmitiendo con toda su expresividad las ideas y los sentimientos comprensibles para los hombres; a un ser razonable le resulta imposible, si se encuentra solo, inventar una escritura para transcribir todas las riquezas de un idioma semejante. Comprenderá usted que este manuscrito sólo ha podido ser escrito por el representante de una tribu lejana, antigua, sabia, que existe efectivamente en un mundo severo en vías de aniquilamiento.

- Pero, ¿cómo leerlo? - exclamé, no pudiendo contenerme.

Inmediatamente, capté detrás de las maravillosas gafas la expresión de una afectuosa bondad.

- Durante el último siglo, la civilización terrestre ha dado un verdadero salto. Han pasado ustedes de la comprensión de la ley de conservación de la energía a la utilización de la energía de la materia, del oscurantismo a la creación de máquinas que multiplican la fuerza del cerebro y lo reemplazan en muchas de sus funciones. Me siento feliz al saberme contemporáneo del florecimiento de esta civilización en un planeta joven y rico que, poseyendo una masa suficiente, no pierde su atmósfera ni su agua y que nunca estará amenazado de muerte.

Yo había comprendido ya a mi interlocutor.

- ¿Y cree usted - inquirí - que las máquinas de calcular electrónicas podrán descifrar este manuscrito?

- Sus máquinas lo leerán y usted comprenderá quién lo ha escrito.

Yo había comprendido ya por quién había sido escrito. Me daba cuenta del carácter ridículo e insólito de la situación, y mis manos temblaban. ¿Quién se interesaría por esta entrevista, el mundo entero, o únicamente unos cuantos alienistas?

Los ojos que podían transmitir y leer los pensamientos me miraban a través de los cristales convexos de las gafas. Ante aquellos ojos, ¿eran posibles la mentira o la doblez, la falsedad o la hipocresía?



Nos separamos, mi visitante y yo, tras convenir en que volveríamos a encontrarnos en aquella misma estancia pasados seis meses, exactamente.

Y luego... luego salí de viaje a bordo del Gueorgui Sedov y aquí estoy desde hace muchos meses.

- ¡Un momento! - dijo el navegante Netaiev, en tono casi indignado, alzando sus ojos claros y dilatados en aquel momento -. ¿Y el manuscrito? ¿Qué pasó con él?

- Las historias de locos siempre tienen algo de divertido - observó alguien.

Netaiev, irritado, se volvió hacia él.

- Creo que el relato no ha terminado - dijo el capitán, y me miró, acechando mi respuesta.

- Desde luego que no - admití.

- ¿Tiene usted el manuscrito? - inquirió vivamente Netaiev -. ¿Podríamos echarle una ojeada?

- No. No lo tengo. El relato, en efecto, tiene una continuación. Después de la entrevista que acabo de contar, un sabio muy notable acudió a nuestra Unión de Escritores. Su nombre es pronunciado con respeto por los matemáticos del mundo entero. Se trata de un hombre muy interesante. Un tipo nuevo de sabio. Alto, bien formado, de aire deportivo, excelente jugador de tenis, buen ajedrecista, conocedor de la literatura... El y yo discutíamos mucho acerca de cuestiones literarias. Después de la Revolución, a la edad de dieciséis años, empezó sus estudios universitarios; a los veinte años era ya licenciado, y al cumplir los veintiocho fue elegido académico.

- ¡Oh! ¡Ya sé de quién se trata! - exclamó Netaiev.

- El sabio nos habló de la técnica electrónica del cálculo. Indudablemente han oído ustedes hablar de las máquinas cibernéticas capaces, no sólo de realizar los cálculos más complicados, que requerirían los esfuerzos de varias generaciones de matemáticos, sino también de resolver problemas lógicos, poseyendo una memoria llamada electrónica, es decir, capaces de traducir con la ayuda de un diccionario automático de un idioma a otro, e incluso de revisar el texto traducido.

Cuando le llevé a mi casa en mi automóvil, el académico me confió que había realizado un audaz experimento... Había presentado a la Gran máquina de calcular electrónica de la Academia de Ciencias, capaz entre otras cosas de jugar pasablemente al ajedrez, un programa según el cual tenía que adivinar el tema de una obra de teatro con la sola lectura de la lista de los personajes. Cuando se trataba de una obra mediocre, estereotipada, en la cual todo se hallaba efectivamente distribuido de antemano, la máquina indicaba con precisión quién era el bueno o el malo, cuándo el profesor engañaría a la pobre estudiante, cuándo intervendría el profesor noble, y cuál sería el final, feliz, por supuesto...

Pero, tal como me dijo el académico, la máquina electrónica poseía además una facultad de las más valiosas. Podía realizar centenares de miles de tentativas por segundo, y dentro de poco llegaría al millón por segundo. Aplicando el método de eliminación, utilizando una enorme cantidad de tentativas, podía descifrarse en muy poco tiempo toda clase de escrituras secretas, todas las claves... El académico hizo observar que los jeroglíficos egipcios y la escritura cuneiforme hubieran podido ser descifradas por las máquinas en un plazo muchísimo más breve que el que invirtieron los sabios del siglo pasado...

Era lo que yo esperaba, como tal vez habrán supuesto ustedes.

Prudentemente, le conté al académico la historia del extraño visitante y de su manuscrito. Estalló en una risa juvenil y contagiosa. Confieso que quedé un poco desconcertado por su actitud. Continué conduciendo en silencio. Cuando llegamos a la calle Bolchaia Kalujaskaia, el académico se apeó y me estrechó la mano. Reteniéndola unos instantes, me dijo, con aire travieso:

- Bueno, vamos a arriesgarnos. Tenemos una máquina experimental. Por las noches está libre. Si consigue usted convencer a mis colaboradores, los jóvenes... Podríamos tratar de descifrar algunas páginas del principio...

- Y del final - añadí.

De nuevo se echó a reír.

- A condición de que sean descifrables.

Cuando me presenté en la Academia de Ciencias con el manuscrito, los jóvenes colaboradores del académico, advertidos ya por su jefe, me esperaban con impaciencia y se echaron sobre el manuscrito, hojeándolo, discutiendo qué programa de desciframiento convendría proponer.

¡Ah, el programa de desciframiento! ¡Cuántas veces hubo que cambiarlos

- ¿No se llegaba a ningún resultado? - inquirió Netaiev.

- No. Muchos de los científicos se dieron por vencidos. En cuanto al académico, reía, bromeaba, pero... intervenía y proponía otro programa.

- ¿Y luego?

- Transcurrieron varios meses... Un día, el académico declaró que, manejada correctamente, una máquina cibernética podía descifrar incluso la iluminación nocturna de la ciudad en forma de una obra poética... De pronto, pareció entreverse el principio de algo coherente. El académico cesó de bromear, se mostró irritable, exigente... La máquina descifraba ahora no sólo durante la noche, sino también durante el día. Los cálculos de filtración del agua a través de una presa quedaron marginados; alguien los reclamaba imperiosamente, en tanto que nosotros... presentábamos un nuevo programa a la máquina, ahora con más seguridad.

- ¿Leyó usted el manuscrito? - inquirió Netaiev.

- Sí, las primeras páginas.

- ¿Y qué? ¿Y qué?

- Pues bien, la máquina de calcular eléctrica, aumentando la capacidad del cerebro humano, del mismo modo que una excavadora a vapor aumenta la potencia de los músculos, descifró las primeras páginas del diario escrito, día por día, por un Marciano que en circunstancias trágicas se había quedado en la Tierra, en 1908...

Imaginen mi emoción cuando a través de los ojos de un ser llegado del mundo de los desiertos marchitos, descubrí la belleza generosa y pródiga de nuestro planeta, la multitud infinita de sus formas vegetales asombrosas, deslumbrando la imaginación del extranjero con su diversidad inconcebible, nuestro mundo animal desarrollado en miríadas de pequeños arroyos independientes de la vida, cada uno de ellos de una belleza perfecta a su manera... Y, en la cumbre, el hombre, dueño de la naturaleza, que el representante de otro planeta había encontrado por fin...

¡Ah! ¡Cómo le impresionó el hecho de que los seres de la Tierra se parecieran a él, habitante del lejano Marte! Es cierto que los seres de la Tierra, los hombres, pensaban, intercambiaban sus ideas de un modo raro, haciendo vibrar el aire, produciendo unos sonidos con ayuda de los cuales no sólo podían dar a conocer las ideas, sino también disimularlas...

Aquel visitante de otro planeta trató de imitar a los hombres, hasta conseguir anunciarles quién era por medio de la reproducción de sonidos. Pero los comerciantes siberianos y el uriadnik sólo vieron en él a un extranjero, y por añadidura loco, y le encerraron en un manicomio.

Pasó cincuenta años entre los hombres, escribiendo su diario. No hemos leído aún todas las páginas, pero me he prometido a mí mismo descifrarlas todas y publicarlas en mi novela El Marciano, que empiezo con este relato. En el diario del marciano veremos a través de los ojos del representante de una tribu sabia y antigua que en su viejo planeta

había alcanzado la forma superior de la sociedad, que, hace millones de años, había pasado la fase del desarrollo que nos es contemporánea, a través de los ojos del marciano veremos nuestra vida, nos veremos a nosotros mismos, nuestros actos y las relaciones entre los hombres puestos al desnudo por sus gafas mágicas, veremos la mentira y la falsedad, la gazmoñería y la hipocresía que no pueden existir, si la idea no es disimulada por una vibración convencional del aire, y que no existirán cuando la mente de los hombres se haya desarrollado del todo.

¿Qué opinó de nosotros cuando empezó a conocernos? ¿Y más tarde, cuando fue testigo de las guerras mundiales? ¿Qué pensó de unos seres que resolvían sus diferencias con el derramamiento de sangre, que obligaban a otros a trabajar para ellos, haciendo desgraciados a unos para hacer felices a otros?

Después de haber leído el diario del marciano puede verse la vida terrestre desde un observatorio inigualable... Y en las últimas páginas nos enteraremos de su deseo de regresar a su planeta, tan inhóspito pero tan querido para él, aportando la energía desbordante de los hombres que ayudarán a prolongar en millones de años la vida sobre Marte, cada vez más árido.

Leeremos su diario y comprenderemos qué clase de hombre... perdón, quiero decir de marciano... era. Sí, me emociona pensar en nuestra nueva entrevista. ¿Acaso alguno de ustedes no se sentiría emocionado al pensar que a su lado se encontraba alguien llegado de nuestro futuro, que nos juzgaba de acuerdo con las leyes de nuestro ensueño?

Se estableció un breve silencio.

- ¡Ah, si pudiéramos leer todo el diario! - dijo finalmente Netaiev.

- Lo leerá usted, se lo prometo - afirmé -. Pero, ¡un momento! Habíamos quedado en que no creerían nada de lo que contara...

Netaiev sonrió, con aire condescendiente, y el capitán me amenazó con el dedo:

- Si no nos obligaran a efectuar la travesía del Sur, me gustaría ir a verle al aeroclub el día que estuviera usted de servicio.

Subí al puente. Resultan sorprendentes estas estrellas del Ártico. Diríase que están más próximas que en ninguna otra parte.

Netaiev me esperaba.

- Allí está Marte - dijo, señalando una estrella rojiza.

Mirando aquella lucecita de un mundo desconocido me quedé pensativo.

Guardamos silencio durante largo rato. Luego, Netaiev murmuró:

- Allí... en la sección de astronáutica... ¿no sería posible que me tuvieran en cuenta? Un navegante... las estrellas le son familiares... En el Cosmos, yo podría ser también un buen navegante.

Nos separamos para ir a acostarnos.

Pero otro hombre me esperaba. Era el piloto. Quería hablarme a solas.

Escuché su petición y estreché su mano.

Los hombres como él serán sin duda los que conducirán los primeros navíos cósmicos.

El Gueorgui Sedov continuó su ruta bajo las estrellas.

## **Burt Filer - MARCHA ATRÁS**

Lo primero que vio fue a Sally mirándole fijamente. Estaba sentada en el amplio lecho y tenía cuatro dedos de su mano izquierda introducidos en su boca. Por algún motivo, se envolvió en la sábana y la mantuvo alrededor de su cuerpo con el otro brazo, como sorprendida súbitamente por un desconocido. Fletcher se incorporó.

- ¿Qué pasa? ¿Qué hora es?

Se sentía raro y más fatigado de lo normal. Su voz había sonado ronca y le dolían las dos piernas, la sana y la otra.

- Ha empezado la marcha atrás - dijo Sally. Sus dientes castañetearon, como siempre que experimentaba una intensa emoción. Sus largos cabellos castaños cayeron hacia adelante, con un rizo en vanguardia.

Fletcher inclinó la mirada hacia el brazo que mantenía engarfiado alrededor de su rodilla sana. Estaba quemado por el sol y pecoso, tal como agosto solía ponerlo. Pero, ¿de qué año futuro era el agosto que había hecho esto? Los dedos estaban embotados, las uñas recomidas, y el propio brazo aparecía dos veces más hinchado que cuando Fletcher se acostó.

Sally se retrepó en la almohada, parpadeando, al borde de las lágrimas.

- Estás más viejo - dijo -, mucho más viejo. ¿Por qué lo has hecho?

Fletcher apartó la sábana y apoyó los pies en el suelo.

- No lo sé, de veras que no lo sé. Pero dicen que esto le cambia a uno por completo.

Andando apresuradamente por encima de la vieja alfombra verde que habían trasladado al dormitorio después de un prolongado servicio en la planta baja, se contempló en el espejo del tocador. Al principio no daba crédito a sus ojos.

El hombre de negocios, algo obeso pero todavía atractivo, de treinta y seis años, había desaparecido. El hombre del espejo se parecía más a un pescador siciliano, nudoso y curtido por el viento. Fletcher observó durante unos largos segundos las venas azules que envolvían sus antebrazos y pantorrillas como redes de pescar. Las dos pantorrillas. La izquierda, aunque torcida como siempre, era ahora más gruesa. Parecía fuerte, pero le dolía.

El rostro de Fletcher era diez años más viejo. Grabado en los surcos que rodeaban sus ojos veíase el desencanto que la edad aporta a través de una vida de forzadas sonrisas. Y aunque el vello de su pecho estaba decolorado por el sol, pudo ver fácilmente que buena parte de él era realmente blanco. Fletcher cerró los ojos y se apartó del espejo.

Acercándose de nuevo a Sally, se sentó en el borde de la cama y apoyó una mano en el hombro de su esposa.

- Debo de haber tenido un buen motivo. No tardaremos en descubrirlo.

No eran más que las seis de la mañana, pero no podían pensar ya en dormir, naturalmente. Se vistieron. Sally descendió a la planta baja delante de él, todavía esbelta a los treinta y cuatro años, y todavía deseable. La envidia de muchos.

Sally giró a la izquierda y entró en la cocina, seguida de Fletcher, el cual continuó andando hacia el garaje. Su pretexto para el aislamiento eran los velocípedos, del mismo modo que para Sally lo era el desayuno. «Dejadme solo y me acostumbraré a ello - pensó Fletcher -. Dejadla sola y también ella se acostumbrará.»

Dio la vuelta alrededor de su automóvil hasta llegar a su banco de trabajo y encendió la luz. Los velocípedos le infundieron una momentánea sensación de seguridad, brillando allí, tan esbeltos, tan funcionales. Levantando el suyo, comprobó la tensión de la cadena. Perfecta.

Dejó caer la rueda trasera en los rodillos libres. Montando, pedaleó contra una leve resistencia, tal como siempre había soñado que deberían ser los caminos.

Tal vez lo serían ahora, con aquellas piernas. ¿Por qué había pasado diez años torturando los músculos de un lisiado? Por vanidad, quizás. Pero a costa de perder aquellos diez años para siempre, parecía irrazonable.

Fletcher estaba sudando, y el velocímetro sobre los rodillos marcaba treinta. Pedaleó con más fuerza y el velocímetro marcó cincuenta.

¿Debía llamar a la Central del Tiempo? No, ya le habían advertido que no le prestarían ninguna clase de ayuda. Se limitarían a decirle que en algún punto, diez años en el futuro, había acudido a ellos con la petición de ser retrotraído al presente... y que antes de dar el salto su mente había sido acondicionada debidamente.

Lamentable, Mr. Fletcher, pero es el único modo de minimizar la contaminación y la paradoja temporales. Algo fastidioso, la paradoja. Su mente pertenece al Fletcher del presente; no tiene usted conocimiento del futuro. Se hace usted cargo, desde luego...

Lo que él sabía era que el cuerpo de cuarenta y pico de años de Fletcher había sido retrotraído para ser utilizado por la mente del Fletcher de treinta y seis años, casi como una bestia de carga.

Y el Fletcher de treinta y seis años sólo podía preguntarse por qué.

Mucha gente trataba de escapar de alguna infelicidad en sus últimos años. A menudo, la cosa daba resultado. Se convertían inevitablemente en anacrónicas incongruencias entre los que en otro tiempo fueron contemporáneos suyos. Pero, a la edad de Fletcher, diez años no significaban demasiado, y suponía que todo el mundo se acostumbraría a él. Pero, ¿se acostumbraría Sally?

Sesenta, marcaba el velocímetro. Fletcher observó con cierta sorpresa que había estado pedaleando a aquella velocidad durante quince minutos. Era preferible reducir la marcha, y ahorrar energías para el viaje. ¡Qué fuerza! Tal vez aprendería a jugar al tenis. Podía verse a sí mismo derrotando a Dave Schenk, con Sally de espectadora. Ahora, Fletcher estaba sonriendo. Sally se alegraría. Ahora tenía un viejo fuerte, en vez de un joven blando, de un pobre lisiado. Polio. El había sido uno de los últimos. Otros hombres habían mantenido las puertas abiertas para él desde siempre, y él aprendió a sonreír...

El velocímetro volvía a marcar los cincuenta. Y, ¿dónde estaba el desayuno? Su cuerpo tenía hambre. ¿Qué había hecho, este cuerpo? Sabiendo por amarga experiencia la lentitud con que respondía al ejercicio, Fletcher llegó a la conclusión de que los diez años perdidos habían sido dedicados casi exclusivamente al desarrollo físico.

Pero, ¿para qué? ¿Alguna crisis, que podría afrontar con más fortaleza en el segundo rodeo? ¿Y por qué había decidido ser retrotraído a esta mañana, precisamente?

- ¡Fletch, el desayuno está listo! - llamó Sally.

La voz era más firme y sosegada. Desmontando, Fletcher se quedó de pie, con las manos en los bolsillos, contemplando cómo perdía velocidad, hasta pararse del todo, la plateada rueda.

Sally no quería discutir. Al menos durante una temporada. Había sucedido lo mismo con la pierna de Fletcher, antes de que contrajeran matrimonio. Fletcher apagó la luz y se dirigió a la cocina.

- Aquí se está más fresco - dijo.

Al sentarse, notó que la silla estaba más dura. Tenía menos carne en las nalgas. Sally se acercó con dos platos y se sentó. No al otro lado de la mesa, sino al lado de Fletcher. Una muestra de confianza. Comieron lentamente, en silencio.

Fletcher contempló el perfil de su esposa. Con los cabellos recogidos detrás de la nuca, tenía un aire muy patricio. Nariz recta, boca seria. Como Anastasia, había dicho Dave

Schenk. Sally le sorprendió mirándola, empezó a sonreír, cambió de idea y soltó su tenedor.

Le miró rectamente a los ojos.

- Creo que lo hice yo, Fletch - dijo.

Inclinó un poco la frente, esperando un golpecito tranquilizador, y Fletcher se lo dio.

El día fue muy caluroso. Al cabo de una hora estaban pedaleando a la brillante luz del sol y se habían detenido para quitarse los jerseys. Sally parecía alegre. Por primera vez, quizás, Fletcher la sorprendió observando con aire maravillado su cuerpo, especialmente su pierna. En su fuero interno, Fletcher se regocijó. En voz alta, dijo:

- ¡Adelante, mis guerreros!

Y pedaleó con más fuerza, situándose en cabeza.

Se dirigían hacia la Storm King Mountain. De cuando en cuando, un automóvil pasaba rápidamente junto a ellos, pero no tardaron en abandonar la carretera. Tenían, exclusivamente para ellos, el camino de tierra que conducía a la alberca. Zumaques lampiños a la izquierda, y un centenar de pies de aire desnudo a la derecha.

- ¡Eh! - dijo Sally -. No tan aprisa.

Desmontando, se sentaron debajo de un inmenso arce. Sally reclinó la cabeza sobre un hombro de Fletcher y deslizó una mano entre su brazo y sus costillas.

- ¡Oh! - exclamó, y enarcó las cejas.

Permanecieron sentados allí unos instantes. Encima de ellos, las ramas se extendían a través del camino. Debajo, el Hudson trazaba una enorme ese, con una isla verde y redonda en un extremo. Era un río ancho y viejo, moviéndose lentamente. A lo lejos, unas cuantas lanchas de motor zumbaban como abejorros, dejando pequeñas estelas blancas detrás de ellas. Reptando a lo largo de la orilla opuesta, un tren de pasajeros se dirigía a Nueva York.

Olía como en primavera. Levantándose, Sally se acercó a las bicicletas y cogió una sombrilla blanca. Regresó haciendo girar el mango entre sus dedos.

- Lista - dijo.

Reemprendieron la marcha. Fletcher subió la cuesta sin cambiar de desarrollo, tal como hacía Dave Schenk. ¡Ojalá estuviera ahora con ellos!

Alrededor de las once llegaron a la cumbre. Era un pequeño parque, muy poco frecuentado, al parecer, y en él se encontraba el depósito de agua de la compañía de electricidad. Sally extendió la comida que traía preparada sobre una mesa de madera roída por la lluvia y el viento. Luego se sentó sobre una ancha repisa de granito. Fletcher empezó a encender una fogata.

Le costaba un poco de trabajo, ya que había olvidado traerse unas teas y tuvo que trocear unas cuantas ramitas para que prendiera el fuego. Se pinchó el dedo pulgar, frunció el ceño, se chupó el dedo y levantó la mirada.

Sally estaba de nuevo en pie, recogiendo más flores. De cuando en cuando se interrumpía para proyectar su mirada por encima del río. El paisaje era incluso más espectacular aquí, ya que se encontraban a una altura de trescientos o cuatrocientos pies directamente encima del agua.

Unos cuantos pies más allá de la línea principal del arrecife había un promontorio herboso. Una sombrilla blanca ondeaba por encima del heno y de las enredaderas silvestres. Fletcher intuyó el peligro y tomó aliento para llamar a Sally.

Sally gritó al tiempo que sus piernas desaparecían de la vista. Retorciéndose en el aire, se agarró frenéticamente a dos puñados de hierba.

Sólo estaba a veinte metros de distancia, pero entre ellos se interponían la fogata y la vieja mesa de madera. Fletcher apoyó ambas manos sobre la humeante chimenea de piedra y saltó. Era un metro de altura, pero hubiera saltado igualmente metro y medio. Una

docena de pasos, cada uno de ellos más rápido y más largo que el anterior, le llevaron hasta la mesa. Inclino la cabeza y levanto la pierna derecha para saltar, echando hacia atrás la más débil. Experimentó un intenso dolor y estuvo a punto de caer. Necesitó andar cuatro pasos para rehacerse, y otros cuatro pasos para llegar junto a Sally.

Se precipitó hacia las dos delgadas muñecas que se deslizaban hacia abajo, y agarró una.

Sally volvió a gritar, esta vez de dolor. Fletcher la alzó hasta la altura de su barbilla, con las dos manos alrededor de la pequeña mano blanca de su esposa. Reclinándose hacia atrás sobre sus rodillas, la izó del todo. Luego empezó a temblar y trató de ayudar a Sally a ponerse en pie. Su pierna izquierda le falló.

Cayendo al lado de Sally, permaneció tendido sobre el cálido granito y trató de controlar el ritmo de su respiración. Por algún motivo, le resultó difícil. El rostro de Sally se agitó delante de él y mientras perdía el conocimiento se oyó a sí mismo repitiendo

- Este es el motivo, este es el motivo...

Los párpados de Fletcher estaban ardiendo, de modo que los abrió y miró directamente al sol. Llevaba más de una hora tendido allí. Sally... Su mente dio un salto hacia atrás y el aliento se encalló en su garganta. Pero, no, todo había pasado, Sally estaba ahora tendida a su lado. Fletcher se incorporó sobre un codo. Su pierna oscilaba entre el entumecimiento y un insoportable dolor, y tenía muy mal aspecto.

Pero la muñeca de Sally no lo tenía mejor. La espuma que rodeaba sus labios daba fe de ello. Mientras Fletcher movía suavemente su cabeza para apartarla del abismo, Sally gimió.

Fletcher tardó diez minutos en llegar a la mesa y regresar con una botella de vino. No habían traído agua. Roció la frente de Sally y luego acercó el gollete a sus labios. Sally se reanimó, se desmayó, volvió a reanimarse.

Sally había descendido la mitad de la cuesta cuando encontró a unos excursionistas. El jeep llegó a las tres, y a las cuatro estaban los dos en la sala de ortopedia del Hospital de Rockland.

Fletcher se encontraba aún bajo los efectos del anestésico y no se había recuperado del todo del shock. Mientras le contaba al reportero lo que había ocurrido, al hombrecillo casi le caía la baba. El suceso había tenido lugar en sábado. El miércoles siguiente, cuando les dieron de alta y regresaron a casa, la historia aparecía aún en la cuarta página de los periódicos. En el porche había un cesto de plástico amarillo lleno de telegramas y de cartas sin abrir.

En el hospital no habían podido estar mucho tiempo solos. De modo que después de que Sally hubo preparado el café se sentó enfrente de Fletcher en la mesa de la cocina y preguntó:

- ¿Cómo te has sentido?

- Bien. Un poco desorientado, quizás.

- Sí. - Sally inclinó la mirada hacia su taza -. Fletcher, supongo que la primera vez que fuimos allí, me caí.

Fletcher asintió.

- Tal como era antes, no hubiese podido salvarte. - Contempló el yeso que recubría su pierna -. Diez años míos por todos los tuyos. Volvería a hacerlo.

- No resultó barato - dijo Sally.

- No, no resultó barato.

Aquella noche hicieron el amor. Fletcher había estado preocupado por aquel aspecto del problema, y descubrió que sus temores eran justificados hasta cierto punto. Diez años establecen una diferencia. Sally procuró tranquilizarle y Fletcher se quedó dormido; algo apaciguado, pero sabiendo lo que iba a suceder.

Fletcher se tiñó el pelo y se sometió a una operación de cirugía estética. Ganó cinco kilos de peso. Su aspecto era muy parecido al del Fletcher de treinta y seis años. Su nombre quedó envuelto en una especie de leyenda, y cuando cambió de empleo su sueldo casi se duplicó.

Su pierna izquierda no se soldó nunca satisfactoriamente, y a pesar de todo lo que hizo para remediar la situación se encontró en el mismo lugar donde había empezado. El y Sally no tuvieron hijos y terminaron divorciándose, dos años más tarde. Sally volvió a casarse, pero Fletcher permaneció solo.



## **Bob Shaw - LUZ DE OTROS DÍAS PERDIDOS**

Abandonamos el pueblo, y enfilamos las empinadas cuestas de la carretera que conducían hacia el país del cristal lento.

Nunca había visto aquellos grandes caserones y, al primer momento, los encontré un poco insólitos... un efecto que acentuaban aún más mi imaginación y las circunstancias. La turbina del coche giraba suave y silenciosamente en el aire saturado de humedad, hasta tal punto que nos parecía estar siguiendo las curvas de la carretera en alas de una paz sobrenatural. A la derecha, la montaña se abría a un valle de pinos milenarios, de una increíble perfección; y por todas partes se erguían los cuadrados de cristal lento bebiendo ávidamente la luz. De tanto en tanto, un destello del sol en sus tendedores daba una ilusión de movimiento, pero en realidad aquellos parajes estaban desiertos. Las hileras de ventanas alineadas en el flanco de la montaña contemplaban desde hacía años el valle, y los hombres las limpiaban tan sólo por la noche, cuando la presencia humana no podía alterar en nada la sed de imágenes del cristal.

Era algo fascinante, pero ni Selina ni yo hablábamos de las ventanas. Creo que nos detestábamos hasta tal punto que nos negábamos a ensuciar cualquier cosa nueva que surgiera mezclándola con nuestros conflictos emocionales. Empezaba a comprender que aquella idea de unas vacaciones había sido una estupidez. Me había dicho que aquello pondría de nuevo las cosas en su lugar, pero naturalmente esto no evitaba que Selina siguiera estando embarazada y, lo que era peor, no impedía que se sintiera furiosa por el hecho de estar embarazada.

Para dar falsas razones a nuestra evidente contrariedad por aquel hecho habíamos hecho correr los comentarios habituales, es decir, que queríamos tener niños... sólo que más tarde, en su tiempo. El embarazo de Selina nos había costado su bien pagado empleo, al mismo tiempo que la nueva casa cuya compra estaba en tratos y cuyo precio superaba con mucho las posibilidades de los ingresos que me proporcionaba mi poesía. Pero el origen real de nuestras dificultades era que nos habíamos hallado de pronto enfrentados al hecho de que las gentes que quieren tener niños más tarde en realidad no quieren tenerlos en absoluto. Nuestros nervios se estremecían ante la inevitabilidad del hecho de que nosotros, que nos habíamos creído tan diferentes, habíamos caído también en la misma trampa biológica que cualquier otra criatura estúpida y fornicadora que hubiera existido nunca.

La carretera nos condujo a lo largo de la ladera sur del Ben Cruachan, y acabamos por ver de tanto en tanto el gris y lejano Atlántico. Había reducido la velocidad para gozar mejor del paisaje, cuando observé el cartel clavado en uno de los postes de una cerca. Anunciaba: «CRISTAL LENTO: Alta calidad, bajo precio. J. R. Hagan.» Bajo un repentino impulso detuve el coche en la cuneta, maldiciendo por lo bajo cuando las duras hierbas rascaron fuertemente la carrocería.

- ¿Por qué nos paramos? - preguntó sorprendida Selina, girando su delicada cabeza, cuya cabellera era como una aureola de plateado humo.

- Mira ese cartel. Vamos a ver lo que tienen. Quizá los precios sean razonables por aquí.

La voz de Selina tenía un tono de hastiado descontento, pero mi idea me seducía lo suficiente como para que no le prestara atención. Tenía la convicción, sin el menor fundamento, de que el hecho de hacer algo extravagante, sin sentido, fuera de lo normal, pondría las cosas en su sitio.

- Anda, ven - le dije -. El ejercicio nos hará bien. Hace ya demasiado que no salimos del coche.

Ella se alzó de hombros de una forma que me dolió, y saltó al suelo. Nos metimos en un sendero hecho con arcilla prensada a distintos niveles, sujeta por redondos troncos de madera. Serpenteaba entre los árboles que cubrían la colina. A su final había una casona

baja. Tras el achaparrado edificio de piedra, altos bastidores de cristal lento contemplaban la impresionante vista del Cruachan que se alzaba imponente hasta las aguas del Loch Linnhe. La mayor parte de los cristales eran perfectamente transparentes, pero algunos de ellos eran oscuros como paneles de ébano pulido.

Mientras nos acercábamos a la casa a través de un patio pavimentado escrupulosamente limpio, un hombre de mediana edad, alto, vestido con un traje de lana color gris ceniza, nos hizo señas para que nos acercáramos. Estaba sentado en el muro de argamasa que cerraba el patio, fumando su pipa y contemplando la casa. Al otro lado a ventana del edificio, una mujer joven, con ropas anaranjadas, estaba de pie, con un bebé entre los brazos, pero no nos prestó la menor atención y desapareció a nuestra llegada.

- ¿El señor Hagan? - dije.

- Exactamente. Vienen para ver el cristal, ¿no? Bueno, han elegido ustedes el lugar adecuado - Hagan se expresaba con un tono claro que iba más allá del acento de los Highlands que el oído no acostumbrado confunde a menudo con el irlandés. Poseía uno de esos rostros tranquilos e inexpresivos que uno halla entre los campesinos y entre los filósofos de edad avanzada.

- Oh - dije -, hemos visto su cartel. Estamos de vacaciones, ¿sabe?

Selina, que habitualmente es prolija por naturaleza con los desconocidos, no decía nada. Miraba hacia la ventana, ahora desierta, con una expresión que consideré un tanto intrigada.

- Así que vienen de Londres, ¿eh? Bueno, repito que han elegido el mejor lugar... y el mejor momento. Ni yo ni mi mujer vemos a mucha gente por esta época. No es la estación, ¿saben?

Me eché a reír.

- ¿Significa esto que podemos comprar un poco de cristal sin tener que hipotecar nuestra casa?

- ¡Oh, no me digan eso! - Hagan mostró una sonrisa desarmada -. Acabo de perder todo el beneficio que esperaba conseguir con la transacción. Rosa... mi mujer, ¿saben?... dice que nunca sabré ser vendedor. Pero siéntense, y charlaremos un rato - señaló el muro de argamasa, luego miró dubitativamente la inmaculada falda blanca de Selina -. Esperen, iré a casa a buscar una manta - se alejó cojeando levemente y penetró en el edificio, cerrando la puerta a sus espaldas.

- Quizá no haya sido una idea tan genial el venir aquí - le dije a Selina -, pero al menos podrías mostrarte amable con él. Presiento que podemos hacer un buen negocio.

- ¡Oh! - dijo ella, con una calculada brutalidad -. Seguro que incluso tú te has dado cuenta del traje tan viejo que llevaba su mujer. Seguro que no va a hacerle ningún regalo a unos extraños.

- ¿Era su mujer?

- Por supuesto que era su mujer.

- Bueno, bueno - dije -. Pero de todos modos procura ser un poco amable con él. No quiero que se sienta a disgusto.

Selina resopló algo irritada, pero esbozó una pálida Sonrisa cuando Hagan regresó, y me sentí un poco más tranquilo. Es extraño como uno puede amar a una mujer y sin embargo desear al mismo tiempo que el cielo la meta bajo las ruedas de un tren.

Hagan colocó una manta a cuadros sobre el muro, y nos sentamos, un poco intimidados por hallarnos transferidos, de nuestra vida de ciudadanos, a un medio tan absolutamente campesino. En las lejanas pizarras del Loch, más allá de los vigilantes cuadrados del cristal lento, una ligera bruma oscilaba suavemente, dejando una estela blanca en dirección al sur. El aire procedente de la montaña parecía invadir nuestros pulmones, suministrándonos más oxígeno del que necesitábamos.

- Hay algunos comerciantes de vidrio de por aquí - comenzó Hagan -, que ensalzan a los extranjeros como ustedes las bellezas del otoño en esta parte de Argyll, o incluso de la primavera, o del invierno. Yo nunca lo hago cualquier cretino sabe que un lugar que no se ve hermoso en verano nunca lo será. ¿Qué cree usted al respecto?

Asentí condescendentemente con la cabeza.

- Tan sólo le ruego que mire atentamente en dirección a Mull, señor...

- Garland.

- ...señor Garland. Eso es lo que comprará usted si compra mi cristal, y nunca se ve más hermoso de lo que puede verlo en este mismo instante. El cristal se halla perfectamente en fase, ninguno de mis cristales tiene menos de diez años de espesor... y una ventana de un metro veinte le costará tan sólo doscientas libras.

- ¡Doscientas libras! - se escandalizó Selina -. ¡Pero este es el precio que piden en Scenedows, en pleno Bond Street!

Hagan sonrió pacientemente, luego me estudió para ver si yo sabía lo suficiente sobre el cristal lento como para apreciar lo que él acababa de decir. Su precio era mucho más elevado de lo que había esperado, pero... ¡diez años de espesor! El cristal barato que uno puede encontrar en los almacenes como Vistaplex o Panorama no es más que cristal ordinario de medio centímetro recubierto con un barniz de cristal lento, cuyo espesor es como máximo de diez o doce meses.

- Tú no entiendes, querida - dije, decidido a comprar -. Ese cristal durará como mínimo diez años, y está en fase.

- ¿Pero eso no significa tan sólo que sigue el curso de las horas?

Hagan sonrió de nuevo, dándose cuenta de que me había ganado.

- ¡Tan sólo, dice usted! Le pido mil perdones, señora Garland, pero usted no parece comprender el milagro, el verdadero y auténtico milagro de precisión mecánica que se necesita para fabricar un pedazo de cristal en fase. Cuando digo que el cristal tiene diez años de espesor, quiero decir que la luz necesita diez años para atravesarlo. De hecho, cada uno de estos cristales tiene diez años-luz de espesor... más de diez veces la distancia desde aquí a la estrella más próxima... lo cual quiere decir que una diferencia en espesor real de tan sólo un millonésimo de segundo equivaldría a...

Se detuvo unos instantes para desviar su vista hacia la casa. Yo aparté mi mirada del Loch y vi de nuevo a la mujer joven tras la ventana. Los ojos de Hagan estaban inundados de una especie de ávida adoración que me intranquilizó al tiempo que me persuadía de que Selina estaba equivocada. Por lo que sabía, los maridos nunca miran así a las esposas... al menos a las suyas propias.

La mujer permaneció a la vista algunos segundos, luego desapareció de nuevo en las profundidades de la habitación. De repente tuve la impresión, nítida aunque inexplicable, de que era ciega. Me dije que tal vez Selina y yo nos habíamos introducido en un complejo de emociones tan violento como el nuestro.

- Les pido perdón - dijo Hagan -: creí que Rose iba a llamarme. Veamos... ¿dónde estábamos? Ah, sí. Diez años-luz, comprimidos en un centímetro de espesor, significa que...

Dejé de escucharle, en parte porque ya estaba decidido, en parte porque había oído muchas veces la historia del cristal lento, pese a lo cual aún no había comprendido sus principios. Uno de mis amigos, que tenía una sólida formación científica, había intentado en una ocasión hacérmelo comprender diciéndome que considerara una lámina de cristal lento como un holograma que no necesitaba de la luz coherente de un laser para reconstituir las informaciones vitales, y en la cual todos los fotones ordinarios de luz pasaban a través de un conducto en espiral enrollado en la parte exterior del rayo de

captación de cada uno de los átomos del cristal. Aquella jerga no sólo no me había aclarado nada, sino que me había afianzado en mi convicción de que una mente tan poco técnica como la mía se interesaba menos en las causas que en los efectos.

A los ojos del individuo medio, el efecto más importante era que la luz tardaba mucho tiempo en atravesar una lámina de cristal lento. Los cristales nuevos eran siempre de un negro color jade, puesto que nada los había atravesado aún, pero uno podía situar por ejemplo su cristal cerca de un lago, en mitad de un bosque, y el paisaje surgiría quizás al cabo de un año. Si entonces se transportaba el cristal para instalarlo en un triste apartamento ciudadano, el apartamento - durante el siguiente año - parecería dominar el lago y los bosques que lo rodeaban. Y durante aquel año no sería tan sólo una imagen exacta e inmóvil de aquel paisaje, sino que el agua ondularía y lanzaría sus destellos bajo el sol, los silenciosos animales acudirían a beber, los pájaros cruzarían el cielo, la noche sucedería al día, las estaciones seguirían su eterno ritmo. Hasta que un día - al cabo de un año -, la belleza encerrada en los conductos subatómicos se agotaría, y sería sustituida por el sempiterno y gris paisaje urbano.

Más allá de su interés como novedad, el éxito comercial del cristal lento estaba basado en el hecho de que disponer de un tal paisaje equivalía, en el plano emotivo, a la posesión del paisaje en sí. El más humilde troglodita podía así contemplar maravillosos paisajes cubiertos por la bruma... ¿y quién podía afirmar que no le pertenecían? El hombre que realmente posee unas tierras o un jardín o un bosque bien cuidado no pasa todo su tiempo arrastrándose por el suelo, palpando, oliendo o saboreando lo que posee para demostrar su propiedad. Todo lo que recibe de ella son imágenes luminosas, y gracias al cristal lento se podían transportar estas imágenes a las minas de carbón, a bordo de los submarinos, a las celdas penitenciarias.

En varias ocasiones había intentado escribir breves poemas sobre este cristal encantado, pero para mí el tema es tan excepcionalmente poético que paradójicamente se halla fuera del alcance de la poesía... al menos de la mía. Además, las mejores poesías habían sido ya escritas, bajo una inspiración vidente, por gentes que habían muerto mucho antes de que se descubriera el cristal lento. Por ejemplo, no tenía ni remotamente la menor esperanza de igualar los versos de Moore:

A menudo, en la tranquila noche,  
Antes de que el sueño me encadene  
El Recuerdo adorado trae junto a mí  
La luz de otros días perdidos...

Bastaron algunos años para que el cristal lento pasara, del estado de curiosidad científica, al de industria respetable. Y con gran sorpresa de nosotros, los poetas - al menos de aquellos de nosotros que seguimos persuadidos de que la belleza sobrevivirá incluso a la muerte de las flores -, las manifestaciones de esta industria no se diferenciaban en nada a las de cualquier otra empresa comercial. Había buenos scenedows que costaban una barbaridad, y había cristales inferiores que costaban muchísimo menos. El espesor - medido en años - era un factor importante del precio, pero también lo era el problema del espesor real, o sea la fase.

Incluso con los más perfeccionados métodos de fabricación, el control del espesor quedaba un poco al azar. Un error de bulto podía significar que un espesor previsto para cinco años tuviera por ejemplo cinco años y medio, lo cual traía como consecuencia que la luz que penetrara en él en verano saldría por el otro lado en invierno; un pequeño error podía hacer que el sol saliera de medianoche a mediodía. Esas inexactitudes tenían su particular encanto - un buen número de trabajadores nocturnos, por ejemplo, preferían ver

el sol en sus horas de descanso -, pero en general era mucho más costoso comprar scenedows, que permanecían estrechamente fieles al tiempo real.

Selina no pareció muy convencida cuando Hagan terminó de hablar. Agitó la cabeza con un gesto casi imperceptible, y comprendí que había entendido mal. Repentinamente, la cascada de su cabello color estaño fue agitada por un soplo de viento frío, y enormes gotas de límpida lluvia empezaron a caer desde un cielo casi desprovisto de nubes.

- Le firmaré inmediatamente un cheque - dije sin esperar más, y sentí como los verdes ojos de Selina se clavaban coléricos en mí -. ¿Se encargará usted de enviármelo?

- Por supuesto - dijo Hagan, levantándose -. El transporte no presenta ningún problema. ¿Pero no preferirían llevárselo ustedes mismos?

- Bueno... sí, si usted no tiene ningún inconveniente - me sentía confuso por la confianza que le otorgaba a mi firma.

- Buscaré un buen cristal para ustedes. Esperen aquí. Se lo embalaré rápidamente en un marco de transporte.

Hagan se dirigió cojeando pendiente arriba hacia la serie de cristales, a través de algunos de los cuales la visión del Linnhe era soleada, mientras se veía nuboso a través de otros. Otros incluso eran de un color profundamente negro.

Selina se levantó el cuello de su chaqueta.

- Al menos podría habernos invitado a su casa - dijo -. No debe haber tantos imbéciles que pasen por aquí como para que se permita tratarlos tan mal.

Me esforcé en hacer caso omiso del calificativo, y me enfraqué en la redacción del cheque. Una enorme gota cayó sobre el dorso de mi mano, salpicando el papel.

- De acuerdo - dije -, vayamos bajo el alero mientras aguardamos a que vuelva.

Especie de gusano, pensé, dándome cuenta de que nuestras relaciones se iban agriando cada vez más. Tuve que ser un perfecto imbécil para casarme contigo. Un imbécil de primera, el mejor de todos. Y ahora que te has apoderado de una parte de mí, jamás, jamás, jamás conseguiré liberarme.

Con el estómago dolorosamente contraído, corrí tras Selina hasta la pared de la casa. Tras la ventana, el salón, muy limpio pese al fuego de leña, estaba vacío, pero había un montón de juguetes esparcidos por el suelo: cubos alfabéticos, una carretilla del mismo color que las zanahorias recién rayadas... Mientras contemplaba todo aquello, el niño llegó corriendo desde la habitación contigua y empezó a dar patadas a los cubos. No me vio. Unos instantes más tarde la mujer entró y lo cogió en brazos, con una risa franca y jovial. Se acercó a la ventana, como había hecho antes, y yo esboqué una sonrisa de circunstancias que ni ella ni el niño me devolvieron.

Un sudor frío perló mi frente. ¿Era posible que tanto ella como el niño fueran ciegos? Me eché a un lado.

Selina lanzó un gritito, y me giré hacia ella.

- ¡La manta! - dijo -. ¡Se va a empapar!

Atravesó corriendo el patio, bajo la lluvia, arrancó la manta del muro y regresó, también corriendo, a la puerta de la casa. Algo protestó convulsivamente en mi subconsciente.

- ¡Selina! - exclamé -. ¡No entres!

Pero ya era demasiado tarde. Selina había empujado la puerta de madera y permanecía inmóvil, con una mano sobre la boca, contemplando el interior de la casa. Me acerqué a ella y tomé la manta de sus dedos sin fuerza.

Mientras cerraba la puerta, mis ojos se posaron en el interior de la casa. El salón escrupulosamente limpio donde acababa de ver a la mujer y al niño no era en realidad más que un triste amasijo de viejos muebles, periódicos antiguos, ropa sucia y vajilla por lavar.

Era húmedo, pestilente, totalmente abandonado. Lo único que reconocí de mi visión a través de la ventana fue la pequeña carretilla, rota, con la pintura desconchada.

Cerré enérgicamente la puerta, ordenándome olvidar lo que acababa de ver. Hay hombres que viven solos y saben arreglárselas, pero hay otros que no pueden.

Selina estaba pálida.

- No comprendo - murmuró -. No comprendo.

- El cristal lento funciona en ambos sentidos - le dije con voz suave -. La luz sale de la casa del mismo modo que entra en ella.

- ¿Quieres decir que...?

- No lo sé. Y no nos concierne. Ahora cálmate... Hagan vuelve ya con nuestro cristal.

El tumulto de mi estómago comenzaba a apaciguarse.

Hagan llegó al patio, trayendo un marco rectangular recubierto de plástico. Le tendí el cheque, pero él estaba observando el rostro de Selina. Pareció comprender instantáneamente que nuestros dedos desprovistos de comprensión habían hurgado en su alma. Selina apartó la mirada. Parecía envejecida, enferma, y sus ojos estaban obstinadamente clavados en el horizonte.

- Deme la manta, señor Garland - dijo finalmente Hagan -. No tenía que haberse molestado por ella.

- No importa. Aquí tiene su cheque.

- Muchas gracias. - Seguía examinando a Selina, Con un aire sorprendentemente suplicante -. Me siento muy feliz de haber llegado a un acuerdo con ustedes.

- Yo soy quien está encantado - dije, con el mismo formalismo desprovisto de todo significado. Tomé el pesado rectángulo y conduje a Selina hacia el sendero que conducía a la carretera. Cuando llegábamos ya arriba de los poco empinados peldaños de arcilla, resbaladizos ahora, Hagan llamó:

- ¡Señor Garland!

Me giré a mi pesar.

- No fue culpa mía - dijo, con voz firme -. Un conductor irresponsable los mató a los dos en la carretera de Oban, hace seis años. Mi hijo tenía tan sólo siete años cuando ocurrió. Creo que tengo derecho a conservar algo.

Asentí lentamente con la cabeza, sin decir nada, y reemprendí la marcha, apretando a mi mujer contra mí, saboreando la alegría de estar junto a ella. En el recodo del sendero, miré hacia atrás a través de la lluvia y vi a Hagan sentado, con los hombros erguidos, en el mismo lugar donde lo habíamos visto por primera vez.

Miraba fijamente hacia la casa, pero fui incapaz de decir si había alguien en la ventana.

### **Philip K. Dick - JUEGO DE GUERRA**

El hombre alto recogió del cesto de alambre los recordatorios recibidos por la mañana, se sentó a su escritorio de la Sección Control de Importaciones Terran y los distribuyó para leerlos; luego se colocó los lentes de iris y encendió un cigarrillo.

- Buenos días - saludó a Wiseman la voz metálica y gárrula de la primera memoria cuando pasó el pulgar por la línea de la cinta empastada.

Continuó escuchando, distraído, mientras miraba por la ventana la playa de estacionamiento.

- Escuche, ¿se puede saber qué les pasa a ustedes? Les enviamos ese lote de... (Se produjo una pausa mientras el que hablaba, gerente de ventas de una tienda por secciones de Nueva York, buscaba su referencia)... juguetes ganimedianos. Bien saben que deben

estar aprobados antes de la campaña de compras de otoño, a fin de tenerlos en depósito para la época de Navidad - gruñó el gerente de ventas -. Los juguetes bélicos volverán a estar en demanda este año. Tenemos pensado comprar gran cantidad - dijo para concluir.

Wiseman siguió presionando con el pulgar hasta escuchar el nombre y título del que hablaba.

- Joe Hauch - chirrió la voz del memorandum -; sección niños de Appeley.

Ah, pensó Wiseman para sí. Dejó la cinta a un lado y tomó otra en blanco, dispuesto a contestar. De pronto dijo, a media voz.

- ¿Qué sucede con esos juguetes ganimedianos?

Creyó recordar que el laboratorio de prueba los había recibido hacía tiempo; por lo menos un par de semanas.

Por esa época se prestaba especial atención a todos los productos ganimedianos. En el último año las lunas habían superado su habitual ambición económica y, de acuerdo a los servicios de inteligencia, habían empezado a tramar algún tipo de acción militar abierta contra ciertos intereses que competían con los suyos, entre los cuales los Tres Planetas Internos ocupaban el primer lugar. Sin embargo, hasta el momento no había ocurrido nada. Las exportaciones mantenían su calidad habitual; no habían aparecido bromas pesadas, ni pintura tóxica para lamer, ni cápsulas llenas de microbios.

A pesar de eso...

Una comunidad con tanta inventiva como los ganimedanos podían darse el lujo de demostrar su capacidad de creación en el campo que se le antojase. Podían encarar la subversión, por ejemplo, como cualquier otro tipo de actividad, con gran despliegue de imaginación y cierto sentido del humor.

Wiseman salió de la oficina y se dirigió al edificio anexo en el que funcionaban los laboratorios de prueba.

Rodeado de un montón de productos de consumo semi-desarmados, Pinarío levantó la vista hacia su jefe, Leon Wiseman, que acababa de cerrar la última puerta del laboratorio.

- Me alegro que haya venido - dijo Pinarío -. Le aconsejaría que se coloque un traje profiláctico: no debemos arriesgarnos.

Wiseman lo miró con expresión adusta, sin dejarse impresionar por el tono placentero de su empleado. Sabía que Pinarío sólo trataba de ganar tiempo, pues su trabajo tenía cinco días de atraso, por lo menos, y presentía, sin duda, que esta reunión con su jefe no sería muy agradable.

- He venido por esas tropas de choque para invadir la ciudadela a seis dólares el juego - dijo Wiseman, caminando entre pilas de artículos de diverso tamaño aún sin desempacar que esperaban su turno para las pruebas correspondientes y el visto bueno final.

- ¡Oh!, ese juego de soldaditos ganimedianos - dijo Pinarío, con alivio.

Con respecto a ese artículo tenía la conciencia tranquila. Todos los probadores del laboratorio conocían las instrucciones especiales del gobierno cheyenne sobre los Peligros de Contaminación para las Poblaciones Urbanas Inocentes por partículas de Culturas Enemigas, un memorandum extremadamente complicado recibido de las esferas oficiales. Siempre le quedaba un último recurso de defensa: consultar los registros y citar el número de la directiva.

- Los he separado del resto - explicó, disponiéndose a acompañar a Wiseman - porque los creo muy peligrosos.

- Vamos a ver - dijo Wiseman -. ¿Crees que es una precaución necesaria o es un caso más de paranoia con respecto a un «medio foráneo»?

- Está justificado - afirmó Pinarío -, sobre todo por tratarse de artículos destinados a los niños.

Siguieron el trayecto señalado por algunos carteles hechos a mano hasta llegar a un boquete en la pared que revelaba una habitación lateral.

La extraña escena que vio en el centro del cuarto hizo detener de golpe a Wiseman: un maniquí de plástico, con las medidas de un niño de cinco años y vestido con ropas corrientes, estaba sentado en el suelo, rodeado de juguetes. En ese momento el maniquí estaba hablando.

- Esto me aburre - dijo -. Hagan algo diferente.

Después de una breve pausa, volvía a repetir lo mismo: «Esto me aburre, hagan algo diferente».

Todos los juguetes esparcidos por el suelo, provistos de mecanismos que respondían a instrucciones verbales, cumplieron el ciclo completo de sus diversas acciones y volvieron a empezar.

- Nos permite ahorrar salarios - explicó Pinario -. Este montón de basura debe cumplir todo un repertorio de funciones para que el comprador quede satisfecho de su inversión. Si nosotros nos encargáramos de hacerlos funcionar no podríamos movernos de aquí.

Frente al maniquí había un grupo de soldados ganimedianos y una ciudadela especialmente construida para rechazar el ataque de los mismos. Los soldados trataban de acercarse a hurtadillas efectuando diversas maniobras complicadas, pero al oír las palabras del maniquí habían hecho alto. En ese momento se estaban reagrupando.

- ¿Registras todo esto en cinta? - preguntó Wiseman.

- Por supuesto - respondió Pinario.

Los soldados, de unos quince centímetros de altura, estaban contruidos con el termoplástico casi indestructible que había hecho famosos a los fabricantes ganimedianos. Lucían uniformes de material plástico, una síntesis de varios trajes militares usados en las Lunas y en los planetas vecinos. En cuanto a la ciudadela, era un bloque de metal oscuro y amenazador, similar a los fuertes tradicionales con las superficies superiores salpicadas de orificios para espiar y un puente levadizo que quedaba oculto. En su torrecilla más elevada ondeaba una bandera de colores.

Se oyeron algunos estampidos sibilantes producidos por una serie de proyectiles que arrojaba la ciudadela y que explotaban en medio del grupo de soldados dispuestos al ataque rodeándolos de un nube de humo.

- Está respondiendo al ataque - observó Wiseman.

- Sí, pero en última instancia sale perdiendo - explicó Pinario -. Así debe ser. Considerada desde un punto de vista psicológico, representa la realidad exterior los doce soldados, por otra parte, representan para el niño sus propios esfuerzos para enfrentar obstáculos. Al participar en el asalto a la ciudadela, el niño desarrolla la capacidad para enfrentarse a un mundo hostil. Eventualmente resultará vencedor, pero sólo después de poner todo su esfuerzo y paciencia en la lucha. Al menos eso indica el folleto de instrucciones - concluyó Pinario, entregando un ejemplar a Wiseman.

Wiseman echó una mirada al folleto.

- Las pautas de asalto ¿varían siempre? - preguntó.

- Hace una semana que lo estamos probando y todavía no han repetido el mismo tipo de asalto. Bueno, tenemos varias unidades en acción.

Los soldados se arrastraban en torno a la ciudadela, acercándose cada vez más. Varios mecanismos de medición asomaron en las paredes del fuerte para determinar los movimientos de los soldados. Estos usaban, para esconderse, los distintos juguetes que estaban siendo probados.

- Poseen orientación objetiva - explicó Pinario - y pueden aprovechar ciertas características accidentales del terreno. Por ejemplo, si encuentran a su paso una casa de



muñecas qué estamos probando, trepan por ella como si fueran ratones. Se meten por todas partes.

Para demostrar lo que afirmaba tomó una nave espacial de buen tamaño y la sacudió: cayeron dos soldados.

- ¿En qué proporción consiguen su objetivo los asaltos? - preguntó Wiseman.

- Hasta ahora han tenido éxito en uno de cada nueve asaltos - dijo Pinario -; pero en la parte posterior de la ciudadela hay un tornillo que puede regularse para obtener una mayor proporción de intentos logrados.

Los dos se abrieron paso entre los soldados que avanzaban y se inclinaron para examinar la ciudadela de cerca.

- Aquí está la fuente de energía - explicó Pinario -. Muy ingenioso. Las instrucciones para los soldados también emanan de aquí. Un polvorín con transmisión de alta frecuencia.

Abrió la parte posterior de la ciudadela para mostrar a su jefe el compartimiento destinado a depósito de proyectiles. Cada bala constituía un elemento de instrucción. Para formar un modelo de asalto las balas, arrojadas al aire, vibraban y volvían a reagruparse en un orden distinto. Así se lograba obtener el factor azar. Pero como había un número finito de balas, debía haber también un número finito de asaltos.

- Estamos tratando de determinar todos los patrones de asalto - dijo Pinario.

- ¿No se puede acelerar el proceso?

- No, hay que darle el tiempo necesario; puede ser que posea mil pautas distintas y entonces...

- ...es posible que el siguiente - dijo Wiseman, terminando el pensamiento del otro - describa un ángulo de noventa grados y tire contra la persona que esté más cerca.

- O quizá algo peor - admitió Pinario, sombrío -. Ese paquete de energía posee unos cuantos ergos; está preparado para funcionar durante cinco años, pero si toda saliera simultáneamente...

- Continúe las pruebas - ordenó Wiseman.

Se miraron entre ellos y luego volvieron la atención a la ciudadela. Para entonces los soldados se habían acercado al fuerte; de súbito, un muro de la ciudadela se bajó parcialmente dejando al descubierto la boca de un cañón; los soldados se tiraron cuerpo a tierra.

- Nunca había visto esto - dijo Pinario.

Hubo un silencio. Transcurridos algunos minutos el maniquí del niño, sentado entre los juguetes, dijo:

- Esto me aburre. Hagan algo diferente.

Los dos hombres se estremecieron mientras los soldados volvían a levantarse para reagruparse.

Dos días después apareció en la oficina el supervisor de Wiseman, un hombre bajo y morrudo, con ojos saltos y expresión iracunda.

- Escuche: tiene que sacarme esos juguetes de la fase de prueba - dijo Fowler -. Tiene tiempo hasta mañana.

Iba a salir de la oficina cuando Wiseman lo detuvo.

- Se trata de algo muy serio - explicó -; venga al laboratorio y verá que está sucediendo.

Fowler lo acompañó, aunque sin dejar de argumentar durante todo el trayecto.

- Parece no tener noción del capital que algunas firmas han invertido en estos artículos - le decía en el momento de entrar en el laboratorio -. Por cada artículo de muestra que usted tiene aquí hay en la Luna una nave o un depósito con miles de ellos esperando el permiso oficial para entrar aquí.

Como no había rastros de Pinario, Wiseman empleó su propia llave.

Rodeado de juguetes, como antes, el maniquí construido por los hombres del laboratorio continuaba sentado en el suelo. En torno a él, varios juguetes cumplían con su ciclo mecánico. El ruido ensordecedor de todos los aparatos en funcionamiento hizo dar un respingo a Fowler.

- Este es el artículo en cuestión - dijo Wiseman, inclinándose hacia la ciudadela -. Como puede ver, hay doce soldados. Considerando ese número, la energía de que disponen y los complejos datos de instrucción...

- Hay sólo once soldados - dijo Fowler interrumpiéndolo.

- Quizá alguno se ha escondido por ahí - dijo Wiseman.

- Tiene razón - dijo, detrás de ellos, una voz.

Era Pinario; su rostro tenía una extraña expresión.

- Ordené que se organizara una búsqueda. Falta uno.

Los tres permanecieron en silencio.

- Quizá fue destruido por la ciudadela - se atrevió a decir Wiseman.

- Pero según las leyes de la materia - dijo Pinario -, si lo destruyó ¿qué hizo con los restos?

- Es posible que los haya transformado en energía - aventuró Fowler mientras examinaba la ciudadela.

- Tuvimos una idea ingeniosa - dijo Pinario -; cuando nos dimos cuenta de que había desaparecido un soldado pesamos la ciudadela y los once restantes. El peso total es exactamente igual al peso del juego completo, es decir a la ciudadela más los doce soldados. Por lo tanto, debemos dar por sentado que está dentro, en alguna parte - concluyó, señalando la ciudadela que en ese momento apuntaba hacia los soldados que avanzaban para atacar.

Al mirarla de cerca, algo dijo a Wiseman que la ciudadela había cambiado; no estaba como antes.

- Vamos a ver; pasen las cintas - dijo Wiseman.

- ¿Qué? - preguntó Pinario ruborizándose - ¡Oh! naturalmente.

Se acercó al maniquí y, después de desconectarlo, sacó el tambor que contenía la cinta de grabación visual. Temblando, la llevó hasta el proyector.

Después de sentarse, los tres hombres observaron las secuencias grabadas iluminándose una tras otra, hasta que se les cansaron los ojos. Los soldados avanzaban, retrocedían, recibían el fuego, se levantaban y volvían a avanzar...

- Paren esa cinta - ordenó Wiseman súbitamente.

Volvieron a pasar la última secuencia.

Un soldado, con movimientos lentos, se acercaba a la base de la ciudadela; un proyectil, que le estaba destinado, estalló muy cerca del soldado y el humo de la explosión lo ocultó por un momento. Entretanto, el resto de los soldados corrió precipitadamente tratando de escalar las paredes del fuerte. El soldado, que emergió de entre la nube de polvo, continuó su marcha. Cuando llegó junto al muro, una sección de éste se corrió hacia atrás.

El soldado, mimetizado con la mugrienta pared de la ciudadela, usó el extremo de su rifle como destornillador y se quitó la cabeza, después un brazo y por último ambas piernas. Las partes así separadas pasaron por la apertura de la ciudadela; uno de los brazos y el rifle quedaron para lo último. Cuando todo lo demás hubo pasado, esas partes también se arrastraron dentro de la ciudadela y desaparecieron. La apertura volvió a cerrarse.

Hubo un largo silencio quebrado, al fin, por la voz enronquecida de Fowler.

- El padre del niño creará que éste ha perdido o destruido uno de los soldados. Al disminuir paulatinamente el número de piezas del juego, el niño parece culpable.

- ¿Qué sugiere usted? - dijo Pinario.

- Manténganlo funcionando - dijo Fowler mientras asentía -. Que cumpla todo su ciclo, pero no lo dejen solo.

- Desde ahora en adelante me encargaré de que siempre haya alguien en la habitación - dijo Pinario.

- Será mejor que se quede usted - observó Fowler.

Wiseman pensó, tal vez sería mejor que todos nos quedáramos junto al juego; por lo menos dos: Pinario y yo. Me intriga saber qué hizo con las piezas. ¿Qué pudo hacer?

Al finalizar la semana la ciudadela había absorbido cuatro soldados más.

Observando a través de un monitor, Wiseman no pudo percibir ningún cambio en la apariencia del fuerte. Naturalmente, el crecimiento era interno y tenía lugar en un sitio oculto.

Continuaban los eternos asaltos; los soldados se arrastraban hasta el fuerte y éste arrojaba una andanada de proyectiles para defenderse.

Mientras tanto, habían seguido recibiendo nuevos productos ganimedianos y juguetes último modelo llegaban a la oficina para ser inspeccionados.

- ¿Y ahora qué? - preguntó Wiseman para sí.

El primero era un artículo de apariencia bastante simple: un traje de cow-boy del lejano oeste americano; al menos así decía la descripción, pero él prestó al folleto una atención somera. ¡Al diablo con lo que decían los ganimedianos!

Abrió la caja en la que venía el traje y lo desdobló. Hecho con una tela agrisada, tenía una calidad indefinida. ¡Qué trabajo deficiente!, pensó. Apenas se parecía al traje tradicional de cow-boy. Las costuras eran vagas, indefinidas y cuando lo tomaba entre las manos la tela se estiraba, deformándose. Sin darse cuenta, había tirado hacia afuera el interior de un bolsillo que quedó colgando.

- No entiendo; - dijo Wiseman -. Va a ser muy difícil vender este traje.

- Pruébatelo - sugirió Pinario - ya verás.

Wiseman consiguió meterse el traje a duras penas.

- ¿Es peligroso?

- No - contestó Pinario -. Ya lo he probado; fue concebido con intención de entretener y creo que puede ser efectivo. Hay que usar la imaginación para hacerlo accionar.

- ¿En qué sentido?

- En cualquier forma.

Naturalmente, al ver el traje Wiseman se puso a pensar en cow-boys. Se imaginó en el rancho, cabalgando por el campo mientras, a los costados del sendero, un rebaño de ovejas negras rumiaba heno con el característico movimiento lento y circular de las quijadas inferiores. Se detuvo junto al cerco de alambre de púas, sostenido por un poste de vez en cuando, y siguió contemplando las ovejas. En cierto momento, y aparentemente sin motivo alguno, los animales formaron una larga fila y se alejaron hacia una colina sombría, que él no podía ver con claridad.

Había, contra el horizonte, algunos árboles aislados. Un polluelo de gavián se remontó hacia el cielo aleteando para darse impulso, como si tratara de llenarse los pulmones de aire para volar más alto, pensó. El halcón planeó vigorosamente por algunos minutos y después se deslizó con suavidad. Wiseman recorrió el paisaje con la vista, tratando de descubrir la posible presa.

Ante sí, el campo seco, rasurado por las ovejas que habían pastado en él, se extendía bajo el sol estival. Algunas langostas saltarinas salpicaban la planicie; de pronto, en medio del camino, apareció un sapo. Estaba casi enterrado en un montículo de tierra y sólo la parte superior de su cuerpo permanecía al descubierto.

Se inclinó y, armándose de coraje, trató de acariciar la cabeza del sapo, cubierta de verrugas, cuando oyó a sus espaldas la voz sonora de un hombre.

- ¿Te gusta mucho?

- Sí, claro - respondió Wiseman.

Respiró profundamente, aspirando el olor a pasto seco que le llenó los pulmones.

- ¿En qué se distingue el sapo macho de la hembra? ¿Por las manchas, quizá?

- Por qué me lo preguntas? - dijo el hombre que continuaba detrás de él, fuera de su campo visual.

- Aquí hay un sapo.

- ¿Podría hacerte algunas preguntas? Curiosidad, simplemente.

- Por supuesto - respondió Wiseman.

- ¿Cuántos años tienes?

La pregunta era fácil.

- Diez años y cuatro meses - respondió, orgulloso.

- ¿Dónde estás en este momento?

- En el campo; este rancho es del señor Gaylor. Mi padre nos trae a mamá y a mí todos los fines de semana, siempre que puede.

- Vuélvete y mírame bien - dijo el hombre -, a ver si me conoces.

Apartó la mirada del sapo semienterrado y, al volverse de mala gana, vio a un adulto de rostro alargado y nariz irregular.

- Usted es el que entrega el gas - dijo -; trabaja para la compañía de gas butano.

Miró alrededor y, como era de esperar, el camión estaba estacionado allí cerca.

- Dice mi padre que el butano es muy caro, pero no hay otro...

El hombre lo interrumpió.

- Por curiosidad, solamente. ¿Cómo se llama la compañía de butano?

- Lo dice en el camión - dijo Wiseman mientras leía los grandes caracteres pintados en el costado del vehículo - «Pinarío Distribuidora de Butano. Petaluma. California». Usted es el señor Pinarío.

- ¿Puedes jurar que tienes diez años y estás en un campo cerca de Petaluma, California? - preguntó el señor Pinarío.

- Claro - replicó el otro.

Más allá del campo vio algunas colinas arboladas. Sintió deseos de ir hasta ellas y vagabundear; estaba cansado de estar quieto, hablando sin moverse.

- Hasta luego - dijo, mientras empezaba a caminar -. Tengo que hacer un poco de ejercicio.

Salió corriendo por el sendero de grava, dejando solo al señor Pinarío. Las langostas, asustadas, saltaban a su paso. Echó a correr, cada vez más rápido hasta que empezó a jadear.

- ¡Leon! - llamó el señor Pinarío - deja de correr.

- Quiero llegar hasta esas colinas - dijo Wiseman con la voz entrecortada, pues aún seguía trotando.

Súbitamente sintió un fuerte golpe; cayó de bruces y trató de levantarse con gran esfuerzo.

Un tenue resplandor se produjo en el aire seco del mediodía. Sintió miedo y trató de alejarse. Frente a él comenzó a materializarse un objeto; era una pared plana...

- No podrás llegar hasta esas colinas - dijo el señor Pinarío a sus espaldas -. Será mejor que te quedes en tu lugar; es peligroso, puedes chocar contra algo.

Wiseman tenía las manos húmedas de sangre; al caer se había cortado.

Miró la sangre, azorado...

Mientras lo ayudaba a quitarse el traje de cow-boy, Pinarío le decía:

- Es el juguete más malsano que pueda pedirse; al poco tiempo de usarlo, el niño será incapaz de enfrentar la realidad contemporánea. Mire como ha quedado.

Poniéndose de pie con mucha dificultad, Wiseman examinó el traje que Pinario le había quitado a la fuerza.

- No está mal - dijo, temblándole la voz -. Evidentemente estimula cierta tendencia a la enajenación que pueda haber latente. Reconozco haber abrigado siempre cierta añoranza por volver a la niñez, especialmente a ese período en que vivíamos en el campo.

- Fíjate que dentro de la fantasía has logrado incorporar ciertos elementos reales - dijo Pinario -, para prolongarla todo el tiempo posible. De no haberte llamado a la realidad habrías incorporado al sueño la pared del laboratorio para imaginar que se trataba del granero.

- Ya... había empezado a ver el viejo edificio donde se ordeñaba - admitió Wiseman -; donde los granjeros iban a buscar la leche.

- Después de cierto tiempo habría sido imposible sacarte de allí - dijo Pinario.

Si esto le sucede a un adulto, ¿qué pasará con un niño?, pensó Wiseman.

- Eso que ves allí - dijo Pinario - ese juego, es una novedad excéntrica. ¿Quieres verlo? No hay prisa, sin embargo.

- Me encuentro bien - afirmó Wiseman, y tomando el tercer artículo comenzó a desenvolverlo.

- Se llama «Síndrome» - dijo Pinario -; es muy semejante al antiguo juego de Monopolio.

El juego estaba compuesto de un cartón, dados, piezas que representaban a los jugadores y dinero para jugar. Traía también certificados de acciones.

- Es como todo ese tipo de juegos - dijo Pinario -, sin molestarse en leer las instrucciones -. Obviamente consiste en comprar el mayor número de acciones. Vamos a llamar a Fowler para que participe; se necesitan por lo menos tres participantes.

El jefe de la sección no tardó en reunirse con ellos, y los tres se sentaron a una mesa con el juego de Síndrome en el centro.

- Todos los jugadores empiezan con la misma base - explicó Pinario - como se acostumbra en este tipo de juego. Durante el desarrollo del mismo la situación de los participantes va cambiando de acuerdo con el valor de las acciones que adquieren en los diversos síndromes económicos.

Los síndromes estaban representados por unos objetos de plástico, de colores vivos y tamaño pequeño, semejantes a las viejas casas y hoteles del juego de Monopolio.

Arrojaban el dado y, según los puntos que sacaban, movían las piezas sobre el cartón; de acuerdo con los puntos obtenidos hacían ofertas para comprar propiedades; compraban, pagaban multas, cobraban multas y a veces volvían por un rato a «las cámaras de descontaminación».

Mientras tanto, a sus espaldas, los siete soldaditos volvían a atacar la ciudadela, una y otra vez.

- Eso me aburre - dijo el niño maniqué -. Hagan algo diferente.

Los soldados se reagruparon y empezaron un nuevo ataque, acercándose cada vez más a la fortaleza.

Inquieto e irritado, Wiseman exclamó:

- Me pregunto cuánto tiempo tiene que seguir funcionando eso para que podamos descubrir su finalidad.

- No podemos saberlo - dijo Pinario, clavando la mirada en una acción de mercado color púrpura y oro que Fowler acababa de adquirir -. Esa me viene bien, es de una mina de uranio en Plutón. ¿Cuánto pide por ella?

- Tiene un alto valor - murmuró Fowler, mirando apreciativamente sus otras acciones -. Puede ser que haga un trueque.

¿Cómo puedo concentrarme en el juego - pensó Wiseman - si esa cosa se acerca cada vez más, Dios sabe a qué punto crítico? ¡Ojalá supiera para qué fue construida! Para llegar a un punto crítico de masa...

- Un momento - dijo lenta y cautelosamente, dejando sobre la mesa su paco de acciones -. ¿No les parece que esa ciudadela puede ser una pila?

- ¿Pila de qué? - preguntó Fowler, ensimismado en el juego.

- Dejen de jugar - ordenó Wiseman en voz alta.

- La idea es interesante - dijo Pinarío, dejando a un lado sus fichas -; puede convertirse en una bomba atómica poco a poco. Va agregando masa hasta que... - se interrumpió -... no, ya hemos pensado en eso. No contiene elementos pesados. Es sólo una batería que dura cinco años, mas una cantidad de pequeños mecanismos, manejados mediante instrucciones transmitidas por la misma batería. Con esos elementos no se puede hacer una pila atómica.

- Creo que sería conveniente salir de aquí - dijo Wiseman.

Su reciente experiencia con el traje de cow-boy le había inspirado gran respeto por los artifices ganamedianos. Si el traje era un juguete pacífico...

Mirando por encima del hombro Fowler anunció:

- Ahora quedan sólo seis soldados.

Wiseman y Pinarío se pusieron de pie simultáneamente. Era cierto; sólo quedaba la mitad del grupo de soldados. Otro más había quedado integrado a la ciudadela.

- Llamemos a servicios militares y pidamos un experto en bombas - dijo Wiseman -, para que la examine. Esto no corresponde a nuestro departamento.

Y volviéndose hacia su jefe agregó:

- ¿No está de acuerdo?

- Primero terminemos el partido - dijo Fowler.

- Es mejor estar seguros - dijo Wiseman.

Su expresión distraída denotaba que estaba completamente absorto en el juego y deseaba seguir hasta el final.

- ¿Cuánto ofrecen por mi acción de Plutón? - preguntó -. Estoy dispuesto a aceptar ofertas.

Hizo un trueque con Pinarío y así, entretenidos, continuaron jugando una hora más. Pasado ese tiempo fue evidente para todos que Fowler estaba ganando control de los diversos tipos de acciones. Había podido acumular cinco síndromes de minas, dos de fábricas de plástico, un monopolio de algas y los siete síndromes de ventas al por menor. Como consecuencia de haber logrado el control de las acciones, había acumulado casi todo el dinero.

- Yo salgo - dijo Pinarío - ¿Alguien quiere comprar lo que me queda? - preguntó, señalando las acciones insignificantes que no le dan control de nada.

Wiseman ofreció el dinero que le quedaba para comprar las últimas acciones y con el producto de la compra reinició el juego, esa vez sólo contra Fowler.

- Es evidente que este juego es una réplica de aventuras económicas típicamente infra-culturales - dijo Wiseman -. Los síndromes de ventas minoristas son, sin lugar a dudas, acciones ganamedianas.

Empezó a entusiasmarse. En dos oportunidades el dado le resultó favorable y eso le permitió agregar algunas acciones a su escaso capital.

- Los niños que participen en este juego - comentó - adquirirán una sana actitud con respecto a la realidad económica. Los preparará para desenvolverse en la vida.

Pero pocos minutos después su marcador cayó sobre un gran recuadro de acciones pertenecientes a Fowler y la multa consiguiente lo despojó de todos sus recursos. Tuvo que renunciar a dos acciones importantes; el fin estaba a la vista.

Pinario echó una mirada a los soldados que avanzaban contra la ciudadela.

- ¿Sabes una cosa, Leon? - preguntó -. Creo que estoy de acuerdo contigo; esto puede ser una terminal de bomba, una especie de estación receptora. Cuando tenga toda la cuerda acumulada tal vez la energía transmitida desde Ganimedes provoque una explosión.

- ¿Creen que eso es posible? - preguntó Fowler mientras distribuía pilas de dinero de acuerdo a su valor.

- ¿Quién sabe de lo que son capaces? - dijo Pinario caminando con las manos en los bolsillos -. ¿Terminaron de jugar?

- Falta poco - dijo Wiseman.

- Les digo eso - explicó Pinario - porque ahora sólo quedan cinco soldados. Está actuando con más celeridad. Tardó una semana en incorporar el primer soldado, y para el séptimo sólo necesitó una hora. No me sorprendería que el resto, los cinco que quedan, se fueran en una hora.

- Terminamos - anunció Fowler, que acabó dueño de todas las acciones y hasta el último dólar.

- Llamaré a los servicios militares para que examinen la ciudadela - dijo Wiseman apartándose de Fowler que quedaba solo a la mesa. En cuanto a este juego - agregó -, es sólo una imitación del juego terráqueo de Monopolio.

- Tal vez no han advertido que ya lo tenemos, aunque con otro nombre - dijo Fowler.

Después de estampar el sello de admisibilidad sobre el juego de Síndrome informaron al importador. Wiseman llamó desde su oficina a los servicios militares para pedirles ayuda.

- Enseguida le enviaremos un experto en bombas - dijo una voz suave desde el otro extremo de la línea -. Tal vez convenga dejar el objeto hasta que llegue el técnico.

Wiseman agradeció al empleado y cortó; se sintió inútil. No habían podido descubrir el misterio de la ciudadela y ahora el asunto estaba fuera de sus manos.

El experto en bombas, un joven de pelo muy corto, les sonrió amablemente mientras dejaba su equipo en el suelo. Vestía traje mecánico común, sin ninguna protección especial.

- Mi primera recomendación - dijo después de mirar rápidamente la ciudadela - sería desconectar las tomas de la batería; o, si lo prefieren, podemos dejar que se cumpla todo el ciclo y desconectaremos las cargas antes de que se produzca cualquier reacción. En otras palabras; dejaremos que los últimos elementos móviles penetren en la ciudadela y, en cuanto estén dentro, desconectaremos las tomas, las abriremos y veremos qué es lo que está pasando.

- ¿No es peligroso? - preguntó Wiseman.

- No creo - dijo el experto -; al menos no detecto signos de radioactividad.

Se sentó en el suelo, frente a la parte posterior de la ciudadela, con un alicate cortante.

Quedaban sólo tres soldados.

- Ya no tardará - dijo el joven, entusiasmado.

Quince minutos más tarde, uno de los soldados restantes se arrastró hasta la base de la ciudadela, se quitó la cabeza, un brazo, las piernas, el tronco y desapareció, en trozos, por la apertura que tenía ante sí.

- Ahora quedan dos - anunció Fowler.

Diez minutos después, uno de los dos soldados que quedaba siguió al anterior.

Los presentes se miraron entre sí.

- Estamos llegando al final - sentenció Pinario, con la voz enronquecida.

El último soldado se abrió paso hacia la ciudadela. A pesar de los proyectiles disparados, continuó su camino.

- Desde un punto de vista lógico - dijo Wiseman en voz alta, para romper la tensión -, debería requerir más tiempo a medida que avanza el proceso, puesto que hay menos soldados en los que concentrar la acción. Tendría que haber empezado rápido para después hacerse menos frecuente, y el último soldado debería haber tardado por lo menos un mes para...

- Baje la voz - dijo el experto, amable -. Por favor.

El soldado número doce había llegado a la base del fuerte. Igual que los precedentes empezó a desarticularse.

- Tenga listo el alicate - graznó Pinario.

Las partes del soldado se introdujeron en la ciudadela. La apertura empezó a cerrarse lentamente. Desde adentro se escuchó un zumbido. Hubo signos de actividad.

- ¡Ya, por el amor de Dios! - gritó Fowler.

El técnico cortó con las tenacillas la toma positiva de la batería. Una chispa se desprendió de la herramienta y el joven dió un brinco; el alicate saltó de la mano y se deslizó por el suelo.

- ¡Jesús! - exclamó -. Parece que dí en tierra.

Un poco mareado, se inclinó para recoger el alicate.

- Tenía la mano apoyada sobre el armazón de esa cosa - dijo Pinario, excitado.

El joven recogió el alicate y se puso en cuclillas, buscando a tientas la toma.

- Tal vez si lo envuelvo en un pañuelo - murmuró, tomando el alicate mientras buscaba un pañuelo en el bolsillo -. ¿Alguien puede darme algo para envolver ésto? No quiero que me tire al suelo; quién sabe cuántos...

- Démelo a mí - pidió Wiseman, quitándole el alicate y, haciendo a un costado a Pinario, cerró las muelas del alicate en torno a la toma.

- Demasiado tarde - dijo Fowler, con calma.

Aturdido por un rumor constante que sentía en la cabeza, Wiseman casi no pudo oír la voz de su jefe; se tapó los oídos con las manos haciendo un esfuerzo inútil por no escuchar el ruido. Parecía pasar directamente de la ciudadela a su cerebro, transmitida por el hueso. Nos demoramos demasiado - pensó -; nos tiene en su poder. Ganó porque somos muchos y empezamos a discutir entre nosotros...

Escuchó una voz en su cerebro:

- Lo felicito por su fortaleza; usted ha ganado.

Tuvo una agradable sensación de triunfo.

- Había tantas posibilidades en contra - continuó la voz - que cualquier otro habría fracasado.

Entonces supo que todo estaba bien. Se había equivocado.

- Lo que acabas de lograr - continuó la voz -, puedes repetirlo en cualquier momento de tu vida. Siempre podrás triunfar sobre tus adversarios; si eres paciente y constante podrás triunfar; el universo, después de todo, no es un lugar apabullante...

Estaba de acuerdo. Es cierto, pensó, irónicamente; tiene razón.

- Son personas comunes - dijo la voz, tranquilizándolo -. Aunque eres uno solo, un individuo contra todos, nada tienes que temer. Deja pasar el tiempo y no te preocupes.

- Así lo haré - dijo en voz alta.

El zumbido disminuyó paulatinamente; la voz se apagó.

- Terminó - dijo Fowler después de una larga pausa.

- No entiendo nada - confesó Pinario.

- Esa es la finalidad - dijo Wiseman -. Se trata de un juguete de apoyo psicológico; contribuye a darle confianza en sí mismo al niño. La destrucción de los soldados pone fin a



la separación que existe entre él y el mundo; se confunde con el medio hostil y, al hacerlo, logra dominarlo.

- Entonces no es perjudicial - dijo Fowler.

- ¡Tanto trabajo para nada! - gruñó Pinario y, dirigiéndose al experto en bombas agregó -. Lamento haberlo hecho venir.

La ciudadela abrió sus puertas de par en par. Doce soldados, completos e intactos, salieron de adentro. El ciclo se había cumplido; una vez más podía comenzar la serie de asaltos.

- No voy a aprobarlo - anunció repentinamente Wiseman.

- ¿Qué dice? - preguntó Pinario - ¿Porqué?

- No me inspira confianza. Es demasiado complicado para lo que hace.

- Explíquese - pidió Fowler.

- No hay nada que explicar - continuó Wiseman -. Tenemos aquí un artefacto muy complicado y todo lo que hace es desarmarse y volverse a armar. Tiene que haber algo más que nosotros no podemos...

- Pero es terapéutico - interpuso Pinario.

- Lo dejo a tu criterio, Leon - dijo Fowler -, si tienes dudas, no lo apruebes. No están de más ciertas precauciones.

- Tal vez me equivoque - dijo Wiseman -, pero no puedo menos que pensar una cosa: ¿Para qué fabricaron esto? Creo que aún no lo sabemos.

- ¿Tampoco aprobaremos el traje de cow-boy norteamericano? - dijo Pinario.

- No. Sólo el otro juego - dijo Wiseman - ese... Síndrome, o como se llame.

Se inclinó para ver a los soldados asaltar la ciudadela. Otra vez las bocanadas de humo, más actividad, ataques simulados, cuidadosas retiradas...

- ¿En qué estás pensando? - preguntó Pinario, mirándolo atentamente.

- Tal vez su único objeto sea distraernos - dijo Wiseman -; mantener nuestras mentes ocupadas para que no nos demos cuenta de algún otro hecho.

Tenía una vaga intuición, una inquietud, pero no podía precizarla.

- Un anzuelo - dijo -, mientras sucede algo más en lo que no reparamos. Por eso es tan complicado, para despertar nuestras sospechas. Fue construido con ese fin.

Confundido aún, puso el pie frente a un soldado; éste se refugió detrás del zapato, escondiéndose de los monitores de la ciudadela.

- Debe ser algo que tenemos ante nuestros propios ojos - dijo Fowler - y no lo percibimos.

- Sí - dijo Wiseman, preguntándose si lograrían encontrarlo -. De todos modos queda aquí, donde podemos observarlo.

Se sentó cerca, dispuesto a mirar el accionar de los soldados. Se puso lo más cómodo posible, preparándose para esperar mucho, mucho tiempo.

Esa misma tarde, a las seis, Joe Hauck, gerente de ventas de la tienda para niños Appeley, paró el coche frente a su casa; bajó y subió rápidamente los escalones.

Llevaba bajo el brazo un paquete grande; era una muestra, de la que se había apropiado.

- ¡Hola! - chillaron sus hijos Bobby y Laura cuando entró - ¿Nos trajiste algo, papaíto?

Se pusieron a saltar en torno suyo, impidiéndole el paso. Su esposa dejó la revista que estaba leyendo y lo miró desde la cocina.

- Es un nuevo juego que les he traído - dijo Hauck, sintiéndose alegre al desatar el paquete.

No veía por qué razón no podía, de vez en cuando, llevarse alguno de los paquetes con los nuevos juguetes. Había pasado semanas en el teléfono, tratando de que Control de

Importaciones aprobara la mercadería. Después de tanto tira y afloja, sólo uno de los tres artículos había sido aprobado.

Mientras los chicos se iban con el juego, su esposa murmuró en voz baja:

- Más corrupción en las altas esferas.

Nunca aprobaba que él trajera a su casa artículos del negocio.

- Tenemos miles de esos juegos - contestó Hauck -; el depósito está lleno, uno más o menos no tiene importancia. Nadie notará que falta.

A la hora de la cena los niños leyeron cuidadosamente las instrucciones, estudiándolas palabra por palabra. Era lo único que les interesaba.

- No leáis mientras coméis - los reprendió la madre.

Recostándose en el respaldo de la silla, Joe Hauck con mentó sus experiencias del día.

- Y después de tanto tiempo, ¿sabes qué aprobaron? Un miserable artículo. Con mucha suerte y una campaña intensa tal vez saquemos alguna ganancia. Lo que se hubiera vendido muy bien es ese invento de las tropas de choque. Pero está estancado indefinidamente.

Encendió un cigarrillo, dispuesto a descansar. Estaba disfrutando de la tranquilidad del hogar, la compañía de su esposa y sus hijos.

- Papá, ¿quieres jugar? - preguntó su hija -. Dice que cuantos más jugadores mejor.

- Por supuesto - replicó Joe Hauck.

Mientras su mujer retiraba los platos de la mesa, los niños y él extendieron el cartón; sacaron el dado, el facsímil de dinero y las acciones. No tardó en concentrarse en el juego, que absorbió toda su atención. Le volvieron a la mente reminiscencias de juegos de su niñez y, con habilidad y recursos originales, empezó a acumular acciones. Cuando el juego estaba por terminar había logrado apoderarse de casi todos los síndromes.

Se recostó, suspirando satisfecho.

- Eso es todo - dijo a los niños -. Reconozco que tengo un poco de ventaja; después de todo, tengo cierta experiencia en este tipo de juego.

Se puso a levantar del cartón las valiosas acciones; estaba orgulloso y satisfecho.

- Lamento haberles ganado, chicos.

- No has ganado - respondió la niña.

- Has perdido - afirmó el varón.

- ¿Queeeeé? - exclamó Joe Hauck.

- La persona que termina con más acciones, pierde - aclaró Laura.

- ¿Ves? - dijo, mostrándole la hoja de instrucciones -. La finalidad es desprenderte de tus acciones. Papá, estás fuera del juego.

- ¡Al diablo con todo! - exclamó, frustrado - ¿Qué clase de juego es este? No es divertido.

- Ahora continuamos el juego nosotros dos - dijo Bobby -; después veremos quién gana.

Mientras se apartaba de la mesa, Joe Hauck murmuró.

- No entiendo. ¿Qué podrá ver la gente en un juego en que el ganador termina sin nada?

Los chicos continuaban con el juego. A medida que el dinero y las acciones pasaban de una mano a otra, el entusiasmo de los niños iba en aumento. Cuando el juego llegó a su etapa final estaban tan concentrados que era imposible sacarlos de su embeleso.

- No conocen Monopolio - dijo Hauck -, por eso este juego tonto les gusta.

De todas maneras, lo importante era que Síndrome gustara a los chicos. Eso quería decir que sería fácil venderlo, y eso le bastaba.

Los niños aprendieron con facilidad a entregar su capital; demostraban mucha ansiedad por desprenderse de sus acciones y del dinero, agitados y felices.

Laura levantó la vista un momento, los ojos brillantes de satisfacción.

- Es el mejor juego educativo que has traído a casa, papá - dijo.



## **David Langford - TRAS EL INCIERTO HORIZONTE, A MANO DERECHA**

En lo alto, sin armar jaleo, las estrellas se estaban apagando una a una.

Mientras tanto, la sesión vespertina de reclutamiento de la Patrulla Cósmica iba bastante bien, con el Agente Cósmico Mac Malsenn como atracción principal. Malsenn estaba demostrando el virtuosismo de que era capaz un Agente bien entrenado haciendo malabarismos con doce sacos llenos de gránulos de tulio, sacos que pesaban veinte kilos cada uno. De los malabarismos se encargaba la mano izquierda, mientras que la derecha manejaba los increíblemente sensibles controles del aparato de manipulación genética con el que estaba creando una especie hasta ahora desconocida de whelk telepático. Mientras, su tranquila voz iba enunciando lacónicamente las jugadas que hacía en treinta y cinco partidas simultáneas de ajedrez 4-D; sus piernas, sujetas con cadenas, se movían con increíble precisión mientras iban esquivando los mortíferos pozos de lava y las pieles de plátano utilizadas en la Etapa número 10 del Curso de Asalto para Comandos. Naturalmente, llevaba los ojos vendados. El observador casual quizá no llegara a darse cuenta de que sus pensamientos estaban en otra parte, absortos en la belleza de su amada, Laura, quien esa misma mañana le había dicho que podía considerarla como su prometida. Malsenn tenía la vaga idea de que «prometida» quería decir «amigueta», y estaba la mar de contento.

Inspirados por su actuación, los reclutas se empujaban unos a otros por el privilegio de convertirse en Agentes Cósmicos y matar a todas las formas de vida alienígenas que les diera la gana. La prueba básica de entrada era una sencilla combinación de examen físico y mental concebida por el mismo Malsenn. De la puerta trasera de la estación de reclutamiento iban emergiendo interminables colas de inválidos con el cerebro destrozado que se agitaban débilmente para ocupar el mejor sitio en los montones de camillas apiladas unas sobre otras. La Patrulla Cósmica no quería debiluchos: se trataba de una organización tan exclusiva que, invariablemente, el único Agente que participaba en sus grandes desfiles y marchas era Malsenn (lo cual le daba a los envidiosos la oportunidad para murmurar que siempre perdía el paso).

De repente, el transeptor colocado en el canino derecho de Malsenn empezó a sonar. Malsenn rechinó los dientes, lo cual tuvo el efecto accidental de poner en marcha una muela del juicio que emitió inmediatamente toda su reserva de refranes, entre los que figuraban algunos tan interesantes como «Planetoide rodado no cría musgo» y «Más vale parsec en mano que cien años luz volando». Mientras tanto, su canino izquierdo iba diciendo:

- Esto es un mensaje grabado. El Agente Cósmico se encuentra muy ocupado. Por favor, deje su mensaje al oír el tercer pip, momento en el cual este mecanismo se desconectará automáticamente. Pip...

- ¡Malsenn, sé que estás ahí! - Era la voz de Alkloyd, el comandante de la Flota Estelar, cuya osadía y capacidad de iniciativa podían rivalizar con las de la babosa. Malsenn suspiró, metió su lengua en la cavidad borrado del diente donde estaba el transeptor y, mientras iba dictando un ininterrumpido torrente de jugadas de ajedrez por un lado de esa misma lengua, utilizó el otro lado para decir:

- Ahora estoy un poco atareado. ¿Es importante?

- Prueba a levantar la vista.

Malsenn miró hacia arriba.

- Está negro - dijo -. Mucho.

- ¿No te das cuenta de que en lo alto las estrellas se están apagando una a una sin armar jaleo?

- Un momento... - Un solo fruncimiento de las bien entrenadas cejas de Malsenn convirtió la venda en un montón de tela calcinada que se dispersó como si fuera confetti -. ¡¡¡ $8/3\pi^2$ !!! - maldijo -. Cielo santo, Alkloyd... parece que en lo alto las estrellas se estén apagando una a una sin...

- Ya lo sé, ya lo sé - dijo el Comandante con un chillido histérico que le hizo sentir una cierta dentera a Malsenn -. Y, ahora, ¿quieres hacer algo al respecto? Tengo la impresión de que este asunto es de los que te van como un guante. Bueno, tengo que cortar... es hora de tomar el café.

Malsenn empezó a moverse a toda velocidad, dictando mates en dos o tres jugadas mientras se enfrentaba a los últimos y letales aros antimateria de la pista de obstáculos, haciendo un trabajo algo apresurado en los genes del wheelk: su prisa tuvo como efecto que las señales que había sobre la concha de la criatura que había tenido la intención de que mostraran la Oda a una urna griega, exquisitamente caligrafiada se limitarían a formar una no muy hermosa transcripción mecanografiada de Gunga Din.

Tras haber roto sus cadenas, Malsenn corrió hacia el espaciopuerto tan deprisa que provocó unos cuantos informes sobre OVNIS curiosamente borrosos que volaban a baja altitud. Su pequeña nave de exploración, el Ratoncillo Estelar, le aguardaba en el espaciopuerto, armada con revienta-universos de varias tallas y totalmente repostada de combustible. En menos tiempo del que hace falta para entrar por una escotilla Malsenn ya había entrado por la escotilla, se había lanzado sobre los controles y había dejado atrás el sistema solar; sólo entonces, con la concentración en el deber momentáneamente relajada, se dio cuenta de que su mano izquierda seguía haciendo malabarismos con doce sacos repletos de gránulos de tulio. Los dejó caer al suelo y preparó el rumbo hacia donde había estado Sirio: en lo alto, la estrella se había apagado sin armar jaleo. Como siempre, el impulsor intergaláctico del Ratoncillo Estelar se basaba en un nuevo y asombroso principio concebido por Malsenn mientras estudiaba modelos de goma de los patoides centurianos en su bañera. El Impulsor Axiomático tenía de raro que en ningún momento superaba la velocidad de la luz; en vez de ello, su campo antilógico redefinía dicha velocidad como algo infinito (más o menos), asegurándose con ello de que no hubiera ninguna necesidad de excederla.

Un subproducto de esta variación axiomática era que se podía utilizar el  $E=mc^2$  de Einstein para extraer una cantidad infinita de energía de una masa finita: la fusión de un solo átomo de hidrógeno bastaba para cualquier viaje, y dejaba un superávit de energía infinito que era preciso almacenar en pilas.

Y, entonces, lo imposible sucedió. En una transición tan rápida que la vida de Malsenn sólo consiguió pasar ante sus ojos utilizando la velocidad de varios millones de imágenes por segundo, el fondo del universo se desprendió. Un instante después volvió a su sitio de costumbre, y el aturrido Agente Cósmico descubrió que su entorno había cambiado por completo. El Ratoncillo Estelar ya no existía; y sólo uno de los sacos con gránulos de tulio seguía a su lado en aquella extraña e iridiscente envoltura de un material indefinible pero indiscutible. A través de aquel algo iridiscente vio una terrible mueca sardónica y una barba igualmente terrible... una mueca sardónica y una barba que sólo podían pertenecer a su viejo enemigo, el archidemonio satánico, el crítico y sibarita de los megagenocidios. ¡Nivek!

- ¡Ja, ja! - dijo el malvado -. ¡Volvemos a encontrarnos, maldito Agente Cósmico! ¿Cómo podías imaginarte mi más reciente aparato, mi trampa-botella de Klein, un invento

todavía más satánico que la caspa? ¿Cómo podías imaginarte que en cuanto dejaras la protección de la Tierra yo podría redefinir el espacio de tal forma que, pese a que las botellas de Klein carecen de interior o exterior, tú te encontrarías aparentemente dentro de ella? ¿Cómo podías imaginarte que...?

- La verdad es que ya me esperaba todo esto y he permitido que me atraparas - dijo Malsenn, sopesando disimuladamente el saco con los gránulos de tulio. Tenía la corazonada de que podían resultarle útiles.

- ¿Cómo podías imaginarte que permitiendo que te atrapara estabas cayendo en una trampa? - dijo Nivek.

- Y tú - replicó Malsenn -, ¿cómo podías imaginarte que permitiéndome caer en una trampa has caído en una trampa? ¡Dado que para esta botella de Klein el interior y el exterior son lo mismo, puedo redefinirme en un momento como situado fuera de ella, con lo cual te dejo atrapado! - Y, con un poderoso esfuerzo de voluntad, Malsenn retorció la estructura conceptual de lo que, para entendernos, podría calificarse de realidad. La contigüidad espacial se dobló por varios sitios con un crujido oxidado y se oyó un ruido terrible, como si una gran cantidad de gigantes rojas y enanas blancas estuvieran entregándose a repugnantes perversiones (como así estaba ocurriendo, de hecho). La botella de Klein eructó y se volvió del revés, dejando fuera a Malsenn mientras Nivek se quedaba dentro, irremediamente atrapado. Por desgracia, atrapado en el interior junto a Nivek estaba todo el universo conocido.

- Mi bobo adversario, no pensarías que me había olvidado de cerrar la botella con un tapón conceptual, ¿verdad?

- De acuerdo, demonio. Has ganado este asalto, pero cuando nuestras espadas vuelvan a cruzarse seré yo quien tenga las mejores cartas. No me cabe duda de que eres tú quien está haciendo apagarse las estrellas, ¿eh?

Malsenn oyó un horrible raspar: Nivek se estaba acariciando la barba.

- Sí. Necesito fuentes de energía, y he encerrado al 99% de los soles conocidos dentro de esferas Dyson para utilizar su potencia. Así conseguiré la energía suficiente para ponerle fin a este universo tan mundano.

Malsenn estaba sorprendidísimo.

- Nivek, me asombras. ¿Por qué no estás utilizando las sanguijuelas energéticas chupa-galaxias en las que solías confiar? ¿O los generadores nova? ¿Por qué no usar los sistemas de calefacción central accionados por el fuego planetario?

- Últimamente me he vuelto un poco ecologista - dijo Nivek, subrayando sus palabras con un ademán más bien lánguido -. ¿Te has fijado? Hay muy poca gente capaz de domesticar los ademanos rigelianos.

- No me extraña. Por lo lánguidos que son, el que los hace parece a punto de morir. Pero, ¿qué opinarías de regodearte un poco y revelarme el ingenioso sistema con el que pretendes ponerle fin al universo? De esa forma podré... bueno, podré mostrar el debido terror.

- Por supuesto que no.

- ¡Naña naña, naña naña, el viejo Nivek es tonto y no tiene ningún plan!

El señor del mal cayó de lleno en la sutil trampa de manipulación psicológica tendida por Malsenn.

- ¡Sí lo tengo, sí lo tengo, sí lo tengo! - respondió con astucia jesuítica -. ¡Mi intención es duplicar todo el universo!

- Vaya, parece algo bastante... constructivo - dijo Malsenn, no muy convencido.

- Ah, pero incluso la más pequeña partícula del nuevo universo ocupará el mismo espacio que el viejo. Bang.

- Astuto, diabólicamente astuto - admitió el Agente Cósmico -. Pero aún tenemos que ocuparnos del muy singular asunto de la singularidad.

- Pero si en mi plan no hay ninguna singularidad...

- Por eso es tan singular. Debes comprender que en estos tiempos todos los planes contienen por lo menos un agujero negro o una singularidad.

El rostro de Nivek se iluminó de alegría.

- Estupendo. Tú mismo me has dado el medio de eliminarte - graznó, lleno de felicidad -. ¡Lo único que debo hacer es apretar este botón, y te verás precipitado inexorablemente hacia los inescapables confines de una singularidad cercana! ¿Tienes algunas últimas palabras que pronunciar?

- No pienso darte esa satisfacción, canalla - logró jadear Malsenn por entre sus apretadas mandíbulas.

Nivek anotó esas palabras en un volumen sobre cuya tapa había escrito ÚLTIMAS PALABRAS DE AGENTES CÓSMICOS: por lo menos Malsenn tuvo la satisfacción de ver cómo tenía que hacer tres intentos antes de escribir correctamente «satisfacción». Un instante después, la cabeza de guerra hizo impacto en la punta de su caftán y, con una extraña sensación de plátanos implosionando, al universo de Malsenn se le desprendieron el fondo, la tapa y unos cuantos lados.

E, inmediatamente, se encontró cayendo hacia un punto del espacio cuyos inmensos trastornos y distorsiones hacían que la luz de las estrellas trazara pautas tan enloquecidas como las de una pantalla de televisión cuando la emisora termina la programación o llega la hora del noticiero. El ir y venir de las ondas gravitatorias hizo que Malsenn sintiera una extraña incomodidad parecida al mareo espacial. Siguiendo una desesperada intuición, Malsenn se arrancó la bota izquierda y la arrojó hacia un lado. La fuerza de reacción causada por haber arrojado la bota hizo que dejara de caer hacia aquella singularidad indecentemente desnuda y le puso en órbita. Mientras se ajustaba su casco espacial de bolsillo, Malsenn se dio cuenta de que sus dedos seguían sujetando el saco con los gránulos de tulio. La corazonada de que le resultarían útiles era más fuerte que nunca. Pero su poderosa mente estuvo meditando en ello sin resultado alguno durante muchas horas mientras su cuerpo circulaba, - para ser más precisos, elipsaba - junto a la zona donde el espacio se caía por el sumidero. ¿No habría forma alguna de escapar? De repente recordó un artículo que había leído mientras visitaba 1978 por razones de trabajo: un artículo que explicaba las irracionales propiedades de las singularidades. Al parecer, si uno esperaba el tiempo suficiente, la singularidad acabaría emitiéndolo irremediablemente todo, fuera lo que fuese. Aquello no había sido comprobado, sobre todo porque nadie había esperado los eones necesarios... ¡pero parecía ser su única esperanza!

Malsenn extrajo toda la variedad de equipo microelectrónico que llevaba invariablemente incorporado a sus dientes y ropa interior y se puso a trabajar con su caja de microherramientas. Microdestornilladores, micromartillos pilones, microserruchos... todo fue utilizado en el curso de su laboriosa construcción de una cámara de hibernación improvisada, un ordenador de varios megabites improvisado y una almohada improvisada. Más pronto o más tarde las aleatorias leyes del azar debían hacer que una réplica del Ratoncillo Estelar fuera emitida por la singularidad... ¡y lo único que debía hacer era esperar! Programó al ordenador para que montara guardia y esperase la emisión de cualquier Ratoncillo Estelar que se presentara, así como la de cierto ingenio distinto que necesitaría... y después apretó el interruptor que le haría caer en trance durante un período tan prolongado que sus whelks de genes alterados tendrían tiempo de desarrollar la inteligencia, echarle una buena mirada a lo que les rodeaba, y empezar una apresurada

degeneración antes de que la más pequeña fracción del tiempo necesario hubiera empezado a aproximarse al punto de comenzar a transcurrir... Y, mientras apretaba el interruptor, Malsenn recordó claramente, horrorizado, el ejemplar de la Revista de Física Moderna que se había detenido a contemplar despectivamente una fracción de segundo mientras pasaba a través de 1979 tras haberse ocupado de sus asuntos.

- Oh, no - tuvo tiempo de pensar, antes de que la nada cayera sobre él como un pastel de arroz arrojado desde 10.000 metros de altura.

Pasaron  $10^{10}$  años. Todas las estrellas del universo acabaron agotándose, y una o dos cosas muy raras brotaron de la singularidad. Cuando habían transcurrido  $10^{65}$  años, la primera predicción de aquel artículo que había recordado resultó ser cierta: en una escala de tiempo tan vasta toda la materia fluye igual que un líquido, y poco después Malsenn, su ordenador y toda su ropa se habían fundido convirtiéndose en una masa esférica perfecta. Cuando habían pasado  $10^{1500}$  años, varios objetos todavía más extraños pasaron velozmente junto a la pelota, huyendo de la singularidad... y ahora la masa esférica era una masa esférica de hierro más caliente, dado que en semejante escala temporal toda la materia es radioactiva y acaba convirtiéndose en hierro (es sorprendente la cantidad de física que se puede aprender leyendo incluso la peor clase de ciencia ficción). Muchísimo tiempo después sucedió lo inesperado, como debe ocurrir más pronto o más tarde. Debido al más puro y aleatorio azar, un artefacto emergió de la singularidad, un artefacto que muy bien podría haber sido diseñado para devolverle su forma anterior a la masa esférica que en un tiempo fue Malsenn. Desgraciadamente, no había nadie capaz de poner en marcha tal artefacto, y éste se alejó a la deriva hasta que eones después acabó siendo adorado por una raza de whelks inteligentes. A éste siguieron varios fracasos parecidos, hasta que por fin un deus ex machina emergió de la singularidad en perfecto estado de funcionamiento, se puso en marcha y apuntó hacia la dirección correcta. Malsenn fue restaurado instantáneamente a su forma original y su ordenador le despertó de inmediato, pues entre los despojos que orbitaban la singularidad a esas alturas ya había varios Ratoncillos Estelares, así como dos o tres máquinas del tiempo, aunque esas máquinas se encontraban casi ocultas por grandes masas de ediciones de las obras de Shakespeare mecanografiadas por monos. Y así fue como en casi nada de tiempo, relativamente hablando (de hecho pasaron unas cuantas semanas), Malsenn se encontró de camino a una nueva confrontación con Nivek... armado con su nave, una máquina del tiempo y un saco lleno de gránulos de tulio.

La máquina del tiempo empezó a hacer encaje de bolillos con las líneas temporales y la realidad se vio estirada en varias direcciones incompatibles; un hervor de minúsculos agujeros negros fue liberado para perturbar toda la historia conocida (el que aterrizó en Calcuta causó una cierta conmoción), y la mismísima textura del espacio se vio doblada, grapada, cosida, encuadernada y mutilada: cuando Malsenn terminó con ella, los restos se encontraban francamente desgastados, y a partir de entonces hubo que manejarlos con mucho cuidado.

- ¡No tan deprisa! ¡No tan deprisa, demonio! ¡Contra la pared! ¡No toques ese botón! - Y, diciendo esas palabras, Malsenn irrumpió en la sala de control secreta de Nivek, astutamente ubicada en el núcleo de Betelgeuse, lo cual había costado una auténtica fortuna en aire acondicionado. Incluso su mente concienzudamente entrenada había necesitado diez minutos para deducir su localización -. ¡Ja! ¿Cómo podías imaginarte que era posible derrotar a un Agente Cósmico? ¿Cómo podías imaginarte que volvería para frustrar tus sucios planes? Y ahora, mantente bien lejos de ese botón...



Nivek sonrió con una de sus peores sonrisas, y la más que maltratada textura del espaciotiempo tembló un poquito.

- Jie, jie, jie - dijo.

- ¿Por qué sonríes? - inquirió Malsenn.

- Porque hace varios minutos que apreté el botón.

Malsenn se lanzó hacia el Ratoncillo Estelar y descubrió que una impenetrable puerta de neutronio le bloqueaba el camino. Para salvar el universo sólo contaba con su pistola lanzarrayos, que nunca le había fallado, su saco con gránulos de tulio, que todavía no había tenido ocasión de fallarle, y la granada revienta-universos que colgaba de su cinturón. Y allí estaba Nivek junto a su repugnante botella de Klein, sonriendo y con la cabeza llena de pensamientos escatológicos... ¿Sería éste realmente el fin? Las cosas ya estaban abultándose con un brillo tembloroso a medida que el universo duplicado empezaba a materializarse dentro de los mismísimos confines del original. Sólo Malsenn no estaba siendo duplicado, ya que había estado ausente durante el inicio del proceso. Y de repente una cegadora comprensión iluminó su mente, una comprensión tan inesperada y deslumbrante como una amnistía fiscal: ¡la solución estaba en sus manos! En unos pocos segundos le había quitado el seguro a la granada revienta-universos, metiéndola en la mano de Nivek y conceptualizándose en el seguro refugio de la iridiscente botella de Klein. Y, justo cuando cerraba el tapón a su espalda, la granada estalló con un chasquido apagado y no hubo más universo.

- No hubo más remedio que destruir el universo para salvarlo - dijo Malsenn con voz abatida, mientras el nuevo esquema de las cosas completaba sin oposición alguna su viaje hacia la existencia y empezaba a lamentarlo. El nuevo Nivek, tan aturdido por la maniobra de Malsenn como el antiguo, fue fácilmente reducido tras una breve lucha que destruyó toda la base secreta y provocó una erupción solar con la forma de un ademán rigeliano particularmente feo.

De regreso a la nueva y mejorada Tierra, Malsenn le narró sus hazañas cósmicas a la nueva versión de Laura (cuyos bostezos de agudo entusiasmo parecían ser los mismos de siempre).

- Pero - le dijo ella, asombrada -, ¿por qué sigues llevando ese saco con veinte kilos de gránulos de tulio?

Malsenn le dirigió una sonrisa enigmática.

- Bueno, tengo la corazonada de que algún día me resultarán muy útiles.

En lo alto, sin armar jaleo, las estrellas estaban volviendo a encenderse una a una.

## **Philip K. Dick - IMPOSTOR**

- Uno de estos días voy a tomarme tiempo - dijo Spence Olham en el desayuno. Miró a su mujer -. Creo que me he ganado un descanso. Diez años es mucho tiempo.

- ¿Y el Proyecto?

- La guerra será ganada sin mí. Esta bola de arcilla nuestra no está realmente en mucho peligro. - Olham se sentó a la mesa y encendió un pitillo -. Las máquinas de noticias alteran los despachos para hacer aparecer que los Extraespaciales están sobre nosotros. ¿Sabes cómo me gustaría pasar mis vacaciones? Me gustaría hacer una excursión de camping a estas montañas en las afueras de la ciudad, donde fuimos aquella vez. ¿Recuerdas? Yo cogí zumaque venenoso y tú casi pisaste una culebra.

- El Bosque Sutton - Mary comenzó a retirar los platos -. El Bosque se incendió hace unas semanas. Creí que lo sabías. Alguna especie de rayo.

Olham se combó.

- ¿Y no intentaron nunca hallar la causa? - Se contrajeron sus labios -. A nadie le importa ya nada. Todo en lo que pueden pensar es en la guerra.

Apretó las mandíbulas, representándose todo el cuadro en su mente, los Extraespaciales, la guerra, las naves-aguja

- ¿Cómo podríamos pensar en otra cosa cualquiera?

Olham asintió. Ella tenía razón, desde luego. Las pequeñas naves negras de Alpha-Centauri habían desviado fácilmente a los cruceros de Tierra, dejándolos como indefensas tortugas. Habían sido combates unidireccionales, todos en dirección a la Tierra.

Todos hacia allí hasta que fue demostrada la ampolla protectora de los «Laboratorios Westinghouse». Tendida en torno a las principales ciudades, y finalmente al propio planeta, la ampolla era la primera defensa real, la primera respuesta legítima a los Extraespaciales... como los etiquetaron las máquinas de noticias.

Pero ganar la guerra era ya otra cosa. Cada laboratorio, cada proyecto estaba trabajando noche y día, interminablemente, para encontrar algo mejor: un arma de combate positivo. Su propio proyecto, por ejemplo. Durante todo el día, año tras año.

Olham se puso en pie, dejando a un lado su pitillo.

- Como la espada de Damocles - dijo -. Siempre pendiente sobre nosotros. Me estoy cansando. Todo lo que deseo es tomar un largo descanso. Pero supongo que todo el mundo siente lo mismo.

Cogió la chaqueta del perchero y salió al porche. En cualquier momento aparecería el rápido microvehículo que le transportaría al Proyecto.

- Espero que Nelson no se retrase - dijo mirando su reloj -. Son casi las siete.

- Aquí llega ya el micro - dijo Mary, ojeando entre las hileras de casas. El sol brillaba tras los tejados, reflejándose contra las gruesas planchas de plomo. La colonia estaba tranquila; sólo unas pocas personas parecían afanarse -. Hasta luego. Trata de no excederte en el trabajo, Spence.

Olham abrió la portezuela del vehículo y se deslizó en su interior, recostándose en su asiento con un suspiro... Había un hombre mayor con Nelson.

- ¿Y bien? - preguntó Olham -. ¿Algunas noticias interesantes?

- Lo acostumbrado - respondió Nelson -. Unas cuantas naves extraespaciales alcanzaron a otro asteroide abandonado por razones estratégicas.

- Todo irá bien cuando llevemos el Proyecto a la fase final. Quizá sea sólo la propaganda de las máquinas de noticias, pero en el último mes ya me he aburrido de todo eso. Todo parece tan torvo y serio, una vida tan incolora, tan sin motivo...

- ¿Cree usted que la guerra es en vano? - dijo de pronto el hombre de más edad -. Usted mismo es una parte íntegra de ella.

- Aquí el mayor Peters - anunció Nelson.

Olham y Peters se estrecharon las manos. Olham estudió al otro.

- ¿Qué es lo que le trae tan de mañana? - preguntó -. No recuerdo haberle visto a usted antes en el Proyecto.

- No, no estoy con el Proyecto - respondió Peters -, pero conozco algo de lo que está usted haciendo. Mi trabajo es completamente diferente.

Una mirada se cruzó entre él y Nelson. Olham la observó y frunció el ceño. El vehículo estaba ganando velocidad, cruzando como una centella el pelado terreno sin vida hacia el distante borde de los edificios del Proyecto.

- ¿En qué se ocupa usted? - preguntó Olham -. ¿O no se le permite hablar de ello?

- Estoy con el Gobierno - respondió Peters -. Con el FSA, el Organismo de Seguridad.

- ¿Ah? - Olham alzó una ceja -. ¿Es que hay en esta región alguna infiltración enemiga?

- En realidad estoy aquí para verle a usted -, señor Olham.

Olham quedó desconcertado. Consideró las palabras de Peters, pero no pudo sacar nada en limpio.

- ¿Para verme a mí? ¿Y por qué?

- Estoy aquí para detenerle como espía del Espacio exterior. Por eso me he levantado tan temprano esta mañana. Atrápale, Nelson...

El arma presionó en el costado de Olham. Las manos de Nelson temblaban de emoción y tenía la cara pálida. Respiró profundamente.

- ¿Hemos de matarlo ahora? - cuchicheó a Peters -. Creo que deberíamos hacerlo. No podemos esperar.

Olham miró fijamente a la cara de su amigo. Abrió la boca para hablar, pero no le salieron las palabras. Ambos hombres le tenían clavada una mirada torva, rígida de espanto. Olham se sintió mareado. Le dolía y daba vueltas la cabeza.

- No comprendo... - murmuró.

En aquel momento el vehículo dejó el suelo y se elevó en dirección al espacio. Bajo ellos, el Proyecto fue empujándose hasta desaparecer. Olham cerró la boca.

- Podemos esperar un poco - dijo Peters -. Quiero hacerle primero algunas preguntas.

Olham lanzó una inexpressiva mirada, al precipitarse el vehículo por el espacio.

- La detención se ha efectuado perfectamente - dijo Peters en el videoteléfono, en cuya pantalla aparecieron las facciones de jefe de Seguridad -. Un peso quitado de cualquier mente.

- ¿Alguna complicación?

- Ninguna. Entró en el vehículo sin sospechas. No pareció pensar que mi presencia era demasiado insólita.

- ¿Dónde se encuentran ahora?

- En camino exterior, justamente dentro de la ampolla protectora. Nos estamos moviendo a velocidad máxima. Puede decirse que ha pasado el período crítico. Me satisface que los propulsores de despegue hayan funcionado debidamente. De haber habido algún fallo en ese momento...

- Déjeme verle - dijo el jefe de Seguridad.

Miró directamente a donde estaba Olham sentado, con las manos en el regazo, y la mirada fija adelante.

- Así que ése es el hombre - dijo mirando a Olham durante unos momentos. Olham no dijo nada. Finalmente, el jefe hizo un gesto de asentimiento a Peters -. Está bien. Ya basta.

- Una débil huella de disgusto arrugó sus facciones -. Ya he visto lo que deseaba. Ha hecho

usted algo que se recordará durante mucho tiempo. Están preparando alguna especie de citación para ustedes dos.

- No es necesario - dijo Peters.

- ¿Cuánto peligro hay ahora? ¿Existe aún mucha probabilidad de que...?

- Hay alguna probabilidad, pero no demasiada. Desde mi punto de vista, esto requiere una frase clave verbal. En todo caso, hemos de correr el riesgo.

- Notificaré a la base Luna la llegada de ustedes.

- No - Peters meneó la cabeza -. Posaré el vehículo en el exterior, más allá de la base. No quiero que corra ningún riesgo.

- Como desee.

Los ojos del jefe flamearon al mirar de nuevo a Olham. Luego se desvaneció su imagen y la pantalla quedó en blanco.

Olham desvió la mirada a la ventanilla. El vehículo estaba atravesando ahora la ampolla protectora, precipitándose cada vez a mayor velocidad. Peters se apresuraba en la tarea de la apertura total de los propulsores. Tenía miedo, una prisa frenética, a causa de él.

En el asiento de su lado, Nelson se agitaba inquieto

- Creo que deberíamos hacerlo ya - dijo -. Daría cualquier cosa por acabar ya con esto.

- Tranquilízate - dijo Peters -. Conduce todavía para que pueda hablarle.

Se deslizó al lado de Olham, mirándole a la cara. Tendió ahora una mano y le tocó cautelosamente, primero en un brazo y luego en la mejilla.

Olham no dijo nada. Si pudiese hacérselo saber a Mary, pensó de nuevo. Si pudiese hallar algún medio de hacérselo saber... Miró en derredor. ¿Cómo? ¿El videoteléfono? Nelson estaba junto a él, empuñando el arma. No había nada que pudiese hacer. Estaba cogido, atrapado.

¿Pero por qué?

- Escuche - dijo Peters -. Quiero hacerle algunas preguntas. Usted sabe a dónde nos dirigimos. Nos movemos en dirección a Luna. Dentro de una hora alunizaremos en el extremo opuesto, en la parte desolada. Y una vez lo hagamos, usted será entregado inmediatamente a un equipo de hombres que espera allí. Su cuerpo será destruido en seguida. ¿Lo comprende? - Consultó su reloj -. Dentro de dos horas sus partes serán desperdigadas por el terreno. No quedará nada de usted.

Olham pugnó por salir de su letargo.

- ¿Puede usted decirme...?

- Seguramente, se lo diré - asintió Peters -. Hace dos días recibimos un informe de que una nave del Espacio exterior había penetrado la ampolla protectora. La nave soltó un espía en forma de robot humanoide. El robot debía destruir un ser particular humano y ocupar su lugar... - Peters miró tranquilamente a Olham, y prosiguió -: En el interior del robot había una Bomba-U. Nuestro agente no sabía cómo sería detonada, pero conjeturó que podría realizarse por una determinada frase hablada, o cierto grupo de palabras. El robot viviría la vida de la persona que mataba, asumiendo sus acostumbradas actividades, su trabajo, su vida social. Había sido construido para parecerse a esa persona. Nadie notaría la diferencia.

El rostro de Olham se tornó blanco como la tiza.

- La persona a la que debía personalizar el robot - prosiguió Peters - era Spence Olham, un alto funcionario de uno de los Proyectos de investigación. Y debido a que este proyecto particular estaba aproximándose a su fase crucial, la presencia de una bomba animada moviéndose hacia el centro del mismo...

Olham se miró fijamente las manos. ¡Pero yo soy Olham!

- Una vez el robot hubiese localizado y matado a Olham, era una simple cuestión asumir su vida. El robot fue soltado de la nave posiblemente hace ocho días. La sustitución se realizó durante el último fin de semana, cuando Olham fue a dar un pequeño paseo por los cerros.

- ¡Pero yo soy Olham! - repitió, volviéndose a Nelson sentado ante los controles -. ¿Es que no me reconoces tú? Tú me has conocido durante veinte años. ¿No recuerdas cómo íbamos al colegio juntos? - Se puso en pie -. Tú y yo estuvimos en la Universidad. Ocupamos la misma habitación. - Se dirigió a Nelson.

- ¡Apártate de mí! - gruñó Nelson.

- Escucha. ¿Recuerdas nuestro segundo año? ¿Recuerdas aquella muchacha? ¿Cómo se llamaba...? - Se frotó la frente -. Aquella del cabello negro. La que conocimos donde Ted

- ¡Calla! - Nelson agitó frenéticamente su arma -. No quiero oír nada más. ¡Tú le mataste! Tú máquina.

Olham le miró fijamente.

- Estás equivocado - dijo -. No sé lo que sucedió, pero el robot no me alcanzó nunca. Algo debió ir mal. Quizá la nave se estrellara. - Se volvió a Peters -. Yo soy Olham, lo sé. No se me ha hecho ningún traspaso. Soy el mismo que siempre he sido. - Recorrió su cuerpo con sus manos -. Debe haber algo para probarlo. Llévame de nuevo a Tierra. Un examen de rayos X, un estudio neurológico, algo por el estilo os lo demostrará. O quizá podamos encontrar la nave estrellada.

Ni Peter ni Nelson hablaron.

- Yo soy Olham - repitió de nuevo -. Sé que lo soy. Pero no puedo demostrarlo.

- El robot - dijo Peters - no se percataría de que no era el verdadero Spence Olham. Se convertiría en Olham tanto de mente como de cuerpo. Se le habría dado un sistema de memoria artificial, un falso recuerdo. Tendría su mismo aspecto, sus memorias, sus pensamientos e intereses, realizaría su trabajo... Pero habría una diferencia. Dentro del robot habría una Bomba-U, dispuesta a explotar a la frase detonadora - Peters se apartó un poco -. Ésa es la única diferencia. Por eso es que le estamos llevando a la Luna. Ellos le desarticularán y quitarán la bomba. Quizás explote, pero no importará, por lo menos allí.

Olham volvió a sentarse, lentamente.

- No tardaremos en llegar - dijo Nelson.

Se tendió hacia atrás, pensando frenéticamente, al descender la nave. Bajo ellos estaba la superficie de la Luna. cubierta de hoyos, la interminable extensión de ruina. ¿Qué podía hacer él? ¿Qué lo salvaría?

- Prepárese - dijo Peters.

En pocos minutos estaría muerto. Allá abajo podía ver una motita, un edificio de alguna clase. Había hombres en él, el equipo de demolición, esperando hacerle trizas. Le descuartizarían, le arrancarían piernas y brazos, le harían pedazos. Y cuando no encontrasen ninguna bomba, se sorprenderían; lo sabrían entonces, pero sería demasiado tarde.

Olham miró en torno a la pequeña cabina. Nelson seguía sosteniendo su arma. No había probabilidad alguna por aquella parte. Si pudiese conseguir un médico, hacer que le examinasen... era la única manera. Mary podía ayudarlo. Los pensamientos corrían desolados en su cerebro. Sólo quedaban unos cuantos minutos, un brevísimo espacio de tiempo. Si pudiese entrar en contacto con ella, comunicarse como fuese...

- Tranquilo - dijo Peters. El vehículo descendió lentamente, dando un tope en el áspero suelo.

- Escuche - dijo con voz estropajosa Olham -. Puedo probar que soy Spence Olham. Consiga un médico. Tráigalo aquí...

- Allí está la patrulla - apuntó Nelson -. Vienen hacia aquí - lanzó una nerviosa ojeada a Olham -. Espero que no suceda nada.

- Nos habremos ido antes de que empiecen a actuar - dijo Peters -. Estaremos fuera en un momento. - Se puso su traje de presión, y tomó el arma de Nelson -. Yo le vigilaré entretanto - dijo.

Nelson se puso a su vez su traje de presión con torpe apresuramiento.

- ¿Qué hay de él? - Señaló a Olham -. ¿También necesitará uno?

- No - respondió Peters meneando la cabeza -. Los robots probablemente no necesiten oxígeno.

El grupo de hombres estaban casi junto a la nave. Se detuvieron, esperando. Peters los señaló.

- ¡Adelante! - Agitó su mano y los hombres se acercaron cautelosamente; envaradas y grotescas figuras en sus inflados trajes.

- Si se abre la portezuela - dijo Olham -, será mi muerte. Seré asesinado.

- Abrid la portezuela - dijo Nelson, tendiendo la mano al picaporte.

Olham le observó. Vio la mano del hombre apretarse en torno al metal. En un momento, la portezuela se abriría, saldría expelido el aire del interior, él moriría, y entonces ellos se percatarían de su error. Quizás en algún otro tiempo, cuando no hubiese guerra, los hombres no actuarían así, enviando apresuradamente a un individuo a la muerte, porque tuvieran miedo. Todo el mundo estaba asustado, todo el mundo estaba dispuesto a sacrificar al individuo debido al miedo del grupo.

Él iba a morir porque ellos no podían esperar a estar seguros de su culpabilidad. No había tiempo suficiente.

Miró a Nelson. Había sido su amigo durante años. Habían ido a la escuela juntos. Había sido padrino de su boda. Y ahora Nelson iba a matarle. Pero Nelson no era un malvado; no era su culpa. Era la época. Seguramente pasó lo mismo durante las plagas. Cuando los hombres mostraban una lacra, se les mataba también, sin un momento de vacilación, sin pruebas, por la sola sospecha. En épocas de peligro no había otro medio.

No los reprochaba. Pero tenía que vivir. Su vida era demasiado preciosa para ser sacrificada. Olham pensó rápidamente. ¿Qué podía hacer? ¿Había algo? Miró en derredor.

- Ya va - dijo Nelson.

- Tienes razón - dijo Olham. El sonido de su propia voz le sorprendió. Era la fuerza de la desesperación -. No tengo necesidad de aire. Abre la puerta.

Nelson y Peters le miraron con alarmada curiosidad.

- Adelante. Abridla. No supone ninguna diferencia. - La mano de Olham desapareció en el interior de su zamarra -. Me pregunto hasta dónde podréis correr.

- ¿Correr?

- Tenéis quince segundos de vida. - En el interior de su zamarra se retorcieron sus dedos, con su brazo súbitamente rígido. Se relajó, sonriendo ligeramente -. Estabais equivocados sobre la frase de disparo. Sí, estabais equivocados al respecto. Catorce segundos ahora.

Dos rostros impresionados le miraron fijamente desde sus trajes de presión. Luego pugnaron, se apresuraron, abrieron la portezuela. El aire salió clamoreante, esparciéndose en el vacío. Peter y Nelson fueron expelidos de la nave. Olham fue tras ellos, pero asiendo la portezuela tiró de ella cerrándola. El sistema automático de presión produjo un furioso ruido de escape de gases, restaurando el aire. Olham respiró con un escalofrío.

Un segundo más y...

A través de la ventanilla vio cómo los dos hombres se unían al grupo que se desperdigaba corriendo en todas direcciones, vio cómo ambos alunizaban, uno tras otro y, sentado ante el panel de control, reguló los dispositivos de gobierno. Y aún tuvo tiempo,

mientras la nave se enderezaba en el aire, de ver cómo los dos hombres abajo se ponían en pie y miraban arriba, con las bocas abiertas.

- Lo siento - murmuró Olham -, pero yo he de volver a Tierra.

Y dirigió la nave por donde habían venido.

Era de noche. Chirriaban los ensamblajes internos de la nave, perturbando la fría oscuridad. Olham se inclinó sobre la pantalla del video. Se formó gradualmente la imagen; la llamada se había efectuado sin dificultad. Lanzó un suspiro de alivio.

- Mary - dijo.

La mujer le miraba.

- ¡Spence! - jadeó -. ¿Dónde estás? ¿Qué ha sucedido?

- No puedo decírtelo. Escucha. He de hablar rápidamente, pues pueden interrumpir esta llamada en cualquier momento. Ve a las instalaciones del Proyecto y llama al doctor Chamberlain. En caso de que no se encuentre allí, lleva a casa a otro doctor cualquiera. Haz que lleve un equipo completo, rayos X fluoroscopio..., en fin, todo.

- Pero...

- Haz lo que te digo. Aprisa. Tenlo dispuesto en una hora. - Olham se inclinó hacia la pantalla -. ¿Todo va bien? ¿Estás sola?

- ¿Sola?

- ¿Hay alguien contigo? ¿Ha... ha entrado en contacto contigo Nelson o cualquiera?

- No, Spence. No lo comprendo...

- Está bien. Te veré en casa dentro de una hora. Y no le digas nada a nadie. Lleva a Chamberlain u a otro con cualquier pretexto.

Cortó la comunicación y consultó su reloj. Y poco después abandonaba la nave, introduciéndose en la oscuridad. Tenía media milla de camino.

Echó a andar.

Una luz aparecía en la ventana, la luz del estudio. La contempló, arrodillándose junto a la valla. No había ningún ruido, tampoco movimientos de ninguna clase. Consultó su reloj a la luz de las estrellas. Había pasado casi una hora.

Un vehículo atravesó la calle, prosiguiendo su rauda carrera.

Olham miró a la casa. El doctor debía haber llegado ya. Debía estar dentro, esperando con Mary. Un pensamiento le asaltó. ¿Habría podido abandonar la casa? Quizá la hubieran interceptado. Quizá fuera a caer en una trampa.

¿Pero qué otra cosa podía hacer?

Con registros, fotografías e informes de un médico, había una probabilidad de demostrar quién era. Si pudiera ser examinado, si pudiera permanecer con vida el tiempo suficiente para que lo estudiaran...

Podía probarlo de esa manera. Era probablemente la única forma. Su única esperanza residía en el interior de la casa. El doctor Chamberlain era un hombre respetado. Era el médico del personal del Proyecto. Él lo sabría; su palabra en la cuestión pesaría decisivamente. Podía superar con hechos la histeria, la locura que los dominaba.

Locura... eso era. Si tan sólo quisieran esperar, actuar despacio, tomarse su tiempo. Pero no podían esperar. Él tenía que morir, morir en seguida, sin pruebas, sin ninguna especie de juicio o examen. El más simple test lo diría, pero ellos no tenían tiempo ni para esto. Sólo podían pensar en el peligro. En el peligro, y en nada más.

Se puso en pie y se dirigió hacia la casa. Cuando llegó al porche, hizo una pausa, escuchando. Ningún ruido todavía. La casa estaba absolutamente silenciosa.

Demasiado en silencio.

Olham permaneció en el porche, inmóvil. Trataban de estar callados en el interior... ¿Por qué? Era una casa pequeña; a muy poca distancia de la puerta, Mary y el doctor Chamberlain deberían estar en pie. Sin embargo, él no podía oír nada, ningún ruido o voces, nada en absoluto. Miró la puerta. Era una puerta que había abierto y cerrado miles de veces, cada mañana y cada noche.

Puso la mano en el picaporte. Luego, de pronto, apartó la mano y tocó el timbre, que repicó en alguna parte de la casa. Olham sonrió al oír movimiento.

Mary abrió la puerta. Y tan pronto como la vio se dio cuenta.

Y corrió, precipitándose a los matorrales. Un oficial de Seguridad apartó del camino a Mary, disparando el paso. Apartando los matorrales, Olham contorneó el costado de la casa, y dando un brinco corrió desesperadamente en la oscuridad. El haz luminoso de un foco trazó un círculo a su paso.

Atravesó el camino, franqueó una valla y siguió corriendo por un césped. Le perseguían hombres, oficiales de Seguridad, gritándose unos a otros mientras se aproximaban. Olham jadeaba buscando aliento, con restallante vaivén de su pecho.

El rostro de su mujer... lo había adivinado al instante. Los labios contraídos, y los aterrorizados y lastimeros ojos... ¡Suponiendo que él hubiera seguido adelante, empujado la puerta y entrado...! Ellos habían registrado su llamada y acudido en seguida. Quizás ella creyera lo que ellos le habían contado. Sin duda, también pensaba que él era el robot.

Olham corrió sin descanso. Estaba despegándose de los oficiales, dejándolos atrás. Al parecer no eran buenos corredores. Trepó una colina y descendió por el otro lado. En un momento volvería a estar en la nave. ¿Pero adónde iría esta vez? Se detuvo. Podía ver la nave, recortada contra el cielo, donde la había aparcado. La instalación del Proyecto estaba a su espalda; él se encontraba en los lindes de la selva, entre los lugares habitados y donde comenzaban los bosques y la desolación. Atravesó un erial y se internó en la arboleda. Al llegar a la nave se abrió la portezuela por donde se asomó Peters, enmarcado contra la luz y llevando en brazos un arma pesada. Olham se detuvo, rígido. Peters miró en torno, en la oscuridad.

- Sé donde estás, en algún sitio - dijo -. Ven aquí, Olham. Los hombres de Seguridad te rodean por todas partes.

Olham no se movió.

- Escúchame. Te atraparemos muy pronto. Al parecer sigues sin creer que no eres el robot. La llamada a tu mujer indica que te encuentras aún bajo la ilusión creada por tus memorias artificiales.

»Pero tú eres el robot. Tú eres el robot y en tu interior está la bomba. En cualquier momento puedes pronunciar la frase detonadora, o quizá la pronuncie cualquier otro. Y cuándo eso suceda, la bomba lo destruirá todo en muchas millas a la redonda. El Proyecto, las mujeres, todos nosotros desapareceremos. ¿Lo comprendes?

Olham siguió callado. Estaba a la escucha. Hombres se movían hacia él, deslizándose a través de los árboles.

- Si no sales - prosiguió Peters -, te atraparemos. Sólo será cuestión de tiempo. No tratamos ya de trasladarte a la base Luna. Serás destruido a la vista y habremos de correr el riesgo de que detone la bomba. He dado órdenes a todos los oficiales de Seguridad disponibles en la zona. Están registrando toda la región, centímetro a centímetro. No hay ningún lugar donde puedas ir. En torno a este bosque hay un cordón de hombres armados. Te quedan unas seis horas antes de que el último centímetro sea cubierto.

Olham se apartó de allí y Peters siguió hablando; no le había visto en absoluto, pues estaba demasiado oscuro. Pero Peters tenía razón. No había lugar adonde pudiera ir. Estaba



más allá de la instalación, en el lindero donde comenzaban los bosques. Podía ocultarse durante algún tiempo, pero a la larga le atraparían.

Sólo era cuestión de tiempo.

Olham echó a andar a través del bosque. Milla a milla, cada parte de la región se estaba midiendo, registrando, estudiando, examinando. El cordón se estrechaba cada vez más, reduciendo el espacio libre.

¿Qué le quedaba? Había perdido la nave, la única esperanza de huida. Ellos estaban en su casa; su mujer estaba con ellos, creyendo, sin duda, que el verdadero Olham había muerto. Apretó los puños. Recordó que en algún lugar cercano había una aguja-nave del Espacio exterior estrellada, y entre sus restos, los del robot. En algún lugar cercano se había estrellado y destrozado la nave. Se lo habían dicho.

Y en su interior yacía destruido el robot.

Una débil esperanza le agitó. ¿Y si pudiese encontrar los restos? ¿Si pudiese mostrarles, los restos de la nave, el robot...?

¿Pero dónde? ¿Dónde podía encontrarlo?

Siguió adelante, perdido en pensamientos. En algún lugar, no demasiado lejos, probablemente. La nave debía haber esperado aterrizar no lejos del Proyecto y el robot habría esperado hacer a pie el resto del camino. Subió la ladera de una colina y miró en derredor. Estrellada e incendiada. ¿Había alguna pista, alguna sugerencia? ¿Había leído u oído algo? Algún lugar cercano, a distancia de marcha... Algún lugar relativo selvático, un remoto paraje donde no habría gente...

De pronto, Olham sonrió. Estrellada e incendiada...

El bosque Sutton.

Apresuró el paso.

Era la mañana. Los rayos de sol se filtraban entre los árboles, hasta el hombre agazapado en el borde del claro. Olham alzaba la cabeza de cuando en cuando, escuchando. Ellos no estaban lejos, sólo a cinco minutos. Sonrió.

Allá abajo, desperdigada a través del claro y entre los troncos carbonizados de lo que había sido el bosque Sutton, había una enmarañada masa de restos. Destellaban a la luz del sol, y no le había costado mucho encontrarlos. El bosque Sutton era un lugar que él conocía bien; había recorrido aquellos alrededores muchas veces en su vida, cuando era más joven. Había sabido dónde encontrar los restos. Un pico emergía de sopetón y así, una nave que descendía y no estaba familiarizada con el bosque tenía pocas probabilidades de evitarlo.

Ahora, agazapado, miraba a la nave o lo que quedaba de ella...

Olham se puso en pie. Podía oír a sus perseguidores, a poca distancia, juntos, y hablando bajo. Se puso tenso. Todo dependía de quien le viera primero. Si era Nelson, no tendría ninguna opción. Nelson dispararía de inmediato. Estaría muerto antes de que ellos vieran los restos. de la nave. Pero si tuviera tiempo de llamarles la atención, de contenerlos por un momento... Esto era todo cuanto necesitaba. Una vez vieran la nave, él estaría a salvo.

Pero si disparaban primero...

Crujió una rama carbonizada. Apareció una figura, que avanzaba insegura. Olham respiró profundamente. Sólo quedaban unos cuantos segundos, quizá los últimos segundos de su vida. Alzó los brazos, escudriñando intensamente.

Era Peters.

- ¡Peters! - Olham agitó los brazos. Peters alzó su arma, apuntando -. ¡No dispaes! - gritó Olham con voz quebrada -. ¡Espera un momento! ¡Mira cerca de mí, a través del claro!

- ¡Le he encontrado! - gritó Peters a sus compañeros.

Aparecieron los hombres de Seguridad, surgiendo de la maleza incendiada que los rodeaba.

- ¡No disparéis! - volvió a gritar Olham -. Mirad cerca de mí! ¡La nave, la nave-aguja! ¡La nave del Espacio! ¡Mirad!

Peters vaciló. El arma penduló.

- ¡Está ahí! - dijo rápidamente Olham -. Sabía que la encontraría aquí. El bosque incendiado. Ahora me creeréis. Encontraréis los restos del robot en la nave. Mirad, ¿queréis?

- Hay algo allá abajo - dijo uno de los hombres nerviosamente.

- ¡Disparad! - clamó una voz.

Era Nelson.

- Esperad - atajó Peters volviéndose -. Yo estoy al mando. Que nadie dispare. Quizás esté diciendo la verdad.

- ¡Disparad! - repitió Nelson -. Él mató a Olham. En cualquier momento puede matarnos a nosotros. Si la bomba explota...

- ¡Cállate! - conminó Peters avanzando hacia el declive -. Fíjate en eso - dijo mirando abajo. Llamó a dos hombres, haciendo un gesto con la mano para que se acercaran -. Bajad ahí y ved lo que es eso - les ordenó.

Los hombres bajaron por el declive, a través del claro. Se inclinaron, hurgando en las ruinas de la nave.

- ¿Qué hay? - gritó Peters.

Olham contuvo la respiración. Sonrió un poco. El robot debía estar allí; no había tenido tiempo de mirar, pero tenía que estar. Una repentina duda le asaltó. ¿Y suponiendo que el robot hubiese vivido lo bastante como para ir a otra parte? ¿Y suponiendo que su cuerpo hubiera quedado completamente destruido, reducido a cenizas por el fuego?

Se pasó la lengua por los labios resecos. El sudor brotó en su frente. Nelson le estaba mirando fijamente, y con el rostro lívido aún. Su pecho subía y bajaba a impulsos de la agitación que le dominaba.

- Matadlo - repitió -. Antes de que él nos mate a nosotros.

Los dos hombres se pusieron en pie.

- ¿Qué habéis encontrado? - dijo Peters. Sostenía con firmeza su arma -. ¿Hay algo ahí?

- Parece que sí. Es una nave-aguja, sí. Hay algo junto a ella.

- Voy a verlo - Peters pasó ante Olham, y éste le vio descender por el declive e ir hacia donde estaban los hombres. Los demás le siguieron, fisgando.

- Hay una especie de cuerpo - dijo Peters -. ¡Miradlo!

En el suelo, encorvado y retorcido de forma extraña, había una grotesca figura. Parecía humana, pero estaba encorvada de una manera muy rara, con los brazos y piernas disparados en todas direcciones. Tenía la boca abierta, y los ojos vidriosos y fijos.

- Como una máquina desvencijada - murmuró Peters.

- ¿Y bien? - dijo Olham, sonriendo levemente.

Peters le miró.

- No puedo creerlo. Estuvo usted diciendo la verdad todo el tiempo.

- El robot no me alcanzó nunca - dijo Olham. Sacó un pitillo y lo encendió -. Quedó destruido al estrellarse la nave. Todos ustedes estaban demasiado ocupados con la guerra para preguntarse por qué un paraje boscoso se había incendiado de repente. Ahora ya lo saben.

Permaneció fumando y contemplando cómo los hombres arrastraban de la nave los grotescos restos. El cuerpo estaba tieso y los brazos y piernas rígidos.

- Ahora encontrarán la bomba - dijo Olham.

Los hombres depositaron el cuerpo en el suelo. Peters se inclinó sobre él.

- Creo que veo el escondite del artefacto - dijo.

Tendió una mano tocando el cuerpo.

El pecho del cadáver estaba abierto. Dentro del boquete brillaba algo metálico. Los hombres lo miraron sin hablar.

- Eso nos hubiese destruido a todos, si hubiese vivido - dijo Peters -. Ese objeto metálico, ahí.

Hubo un silencio completo.

- Creo que le debemos a usted algo - dijo Peters a Olham -. Esto debió haber sido una pesadilla para usted. De no haber huido, le hubiésemos...

Se detuvo.

Olham arrojó su pitillo.

- Yo sabía, desde luego, que el robot no había conseguido alcanzarme nunca. Pero no tenía manera alguna de probarlo. A veces no es posible demostrar debidamente una cosa. Ese fue todo el trastorno. No había medio alguno de que yo pudiera demostrar que era yo mismo.

- ¿Qué le parecen unas vacaciones? - dijo Peters -. Creo que podríamos destinarle un mes. Podría usted serenarse, relajarse del todo.

- Creo que lo que más deseo ahora es irme a casa - dijo Olham.

- Está bien, pues - dijo Peters -. Como prefiera.

Nelson se había agazapado en el suelo, junto al cadáver. Tendió su mano hacia el brillo del metal visible en el interior del pecho.

- No lo toques - dijo Olham -. Podría estallar aún. Será preferible que intervenga en ello el equipo de demolición.

Nelson no dijo nada. De súbito asió el metal, metiendo su mano en la cavidad del pecho. Tiró.

- ¿Qué estás haciendo? - gritó Olham.

Nelson se puso en pie. Estaba sosteniendo el objeto metálico. Su rostro estaba lívido de terror. Era una navaja metálica, una navaja-aguja del Espacio exterior, cubierta de sangre.

- Esto lo mató - murmuró Nelson -. Mi amigo murió a causa de esto. - Miró a Olham -. Tú lo mataste con esto y lo dejaste junto a la nave.

Olham estaba temblando. Le castañeteaban los dientes. Miró la navaja del cuerpo.

- Ése no puede ser Olham - dijo. Su mente era un torbellino. ¿Estaba equivocado? Jadeó -. Pero si ése es Olham, entonces yo debo ser...

No completó la frase. La ráfaga del estallido fue visible en todo el trayecto a Alpha Centauri.

## **F. Valverde Torné - EL HOMBRE MECANICO**

El doctor Krul se disponía a abandonar su consulta cuando oyó el zumbido del aparato de intervisión. Pulsó el botón de respuesta y en la pantalla apareció el rostro femenino, orlado de una cabellera rubia, de su ayudante.

- Doctor, acaba de llegar un nuevo paciente.
- Iba a marcharme ya...
- Se lo he dicho, pero ha insistido mucho en verle.

Por lo común los pacientes del doctor Krul no acostumbraban insistir si llegaban tarde a la consulta, aunque esto no solía ocurrir. Se les asignaba previamente una hora, y jamás se había dado el caso de que acudiera uno sólo sin haber sido citado con anterioridad.

- ¿Tenía hora fijada? - preguntó a su ayudante.
- Creo que no.
- ¿No está segura?

- Es que no ha querido darme su nombre. Sin embargo, estoy segura de que han venido todos los que tenía anotados para hoy. Creo que debería verle, doctor, a pesar de todo.

El doctor Krul guardó silencio, aunque estaba intrigado. Su trabajo se reducía exclusivamente a una rutina, en la cual casi todos los casos apenas se diferenciaban de los demás: trastornos cerebrales más o menos agudos, pero que se solucionaban satisfactoriamente en un par de sesiones. La insistencia de su ayudante, pues, no podía ser caprichosa.

- Está bien - accedió -. Haré una excepción. Dígame que pase.

Volvió a abotonarse la bata blanca y esperó de pie en medio del despacho.

Sus ojos, acostumbrados a penetrar en el interior de su pacientes, tropezaron con un muro infranqueable cuando se encontraron frente a la fría mirada del desconocido. Era un hombre alto, de movimientos algo torpes, con el pelo extrañamente negro, de reflejos metálicos azulados. Su tez aceitunada parecía una máscara animada de una vida absurda, aunque su expresión era tan enigmática como su mirada.

La penumbra del atardecer penetraba a través de la ventana difuminando las sombras. El doctor Krul encendió la luz.

En seguida comprendió que se hallaba ante un hombre completamente distinto de todos los pacientes que habían desfilado por su consulta a lo largo de toda su carrera, aunque no podía definir en qué consistía la diferencia.

«Vivimos en un mundo donde los hombres carecen de problemas - había escrito una vez en uno de sus trabajos científicos para la Revista de la Academia de la Mente -. Sólo el cerebro continúa encerrando misterios ocultos. Tal vez sus mayores trastornos sean en gran parte motivados por la ausencia de problemas más allá de la especialización del individuo dentro de una sociedad en la cual sólo cuenta con un lugar sin horizontes. Sería conveniente, tal vez, acostumbrar al hombre de nuevo a la idea del fracaso. La necesidad de confiar en sus propias fuerzas imprimiría un sentido nuevo a su vida, y podría perseguirse un fin. Frente a la máquina, el hombre defendió la libertad. Pero al final la ha sacrificado también y ahora sólo cuenta con la más estúpida de las felicidades: la absoluta.»

Ignoraba por qué aquel hombre que tenía delante le hacía recordar estas ideas, que casi habían estado a punto de arruinar su carrera de doctor de la Mente. Acaso la razón estaba en que el desconocido parecía tener impresa en su rostro inmóvil la imagen de algo parecido a la muerte. Era una impresión sin fundamento que, no obstante, producía inquietud.

- Bien, siéntese - invitó el doctor.

El desconocido lo hizo maquinalmente, hasta el punto de que el doctor Krul pensó que se habría caído al suelo si no le hubiera acercado rápidamente la butaca.

- ¿Qué es lo que le ocurre? - preguntó, esforzándose en dar a sus palabras una entonación profesional.

El desconocido tardó unos segundos en responder. Lo hizo cuando el doctor iba a repetir la pregunta. Su voz monótona carecía de inflexiones, y su tono casi arañaba los oídos.

- No lo sé. Por eso he venido.

El doctor Krul se sentó frente a él, sin dejar de mirarle. Su interés creció cuando, tras preguntarle por su nombre, el desconocido respondió:

- No lo sé.

Esto, aunque poco frecuente, no era un síntoma extraño.

- Muéstreme su placa de identificación.

- No tengo.

Esto no era extraño, sino sencillamente imposible. En aquella sociedad supertécnica, cada hombre era un número, un lugar, una ocupación, una pieza que podía ser sustituida, pero que no podía tener duplicados. Prácticamente no podía ocurrir, pero en el caso insólito de que un hombre consiguiera desprender de su cuerpo su placa de identificación, sería automáticamente destruido. La placa era la única garantía de la vida, y también de una dignidad incomprensible, seguramente, por las pasadas civilizaciones, cuando en el mundo existía la enfermedad y el dolor. A veces el doctor Krul se había preguntado hasta qué punto el hombre se había redimido de la tiranía de la máquina, si en realidad no habían caído en un maquinismo más sutil, más cruel, hipócritamente disfrazado con una apariencia de libertades falsas.

Ahora el problema adquiriría consistencia viva, y trató de ordenar sus ideas.

- A ver si he comprendido bien - dijo, analizando cuidadosamente el significado de las palabras -. ¿Quiere decir que ha logrado quitarse la placa?

- Quiero decir, simplemente, que no la tengo.

Para probar su afirmación, el desconocido le mostró el pecho desnudo. Su piel era tan aparentemente muerta como la de su rostro. Era una impresión indefinible, como una certeza sin pruebas, un convencimiento que iba más allá de la razón.

El doctor Krul llamó a su ayudante, encendiendo el intervisor.

- Puede marcharse - dijo -. Creo que permaneceré aquí mucho tiempo.

El rostro de la muchacha denotó una fugaz sorpresa, pero se limitó a preguntarle si de veras no necesitaba nada.

- No. Pero mañana le ruego que venga temprano.

- Muy bien. Buenas noches, doctor.

Al apagar el intervisor el doctor se enfrentó de nuevo con su problema. El caso ni siquiera podía haber sido imaginado, como no fuera por alguno de los cerebros desquiciados que tenía que tratar diariamente. Algo imposible. Pero allí estaba. Era como una demostración palpable de sus íntimas ideas, que jamás se había atrevido a confesarse a sí mismo. Aquel hombre era auténticamente libre. ¿O acaso no era... un hombre? Su imaginación iba demasiado lejos, sin duda. Debía existir una explicación lógica. Era preciso que pusiera freno a sus divagaciones imaginativas para enfrentarse fría y científicamente a la realidad. Hacía tiempo que había aprendido a no creer en los milagros.

- ¿Cómo lo hizo? - inquirió, esforzándose por mantenerse tranquilo.

- ¿Quiere decir cómo me desprendí de la placa?

- Eso mismo.

- No creo haberlo hecho. Al menos, no lo recuerdo.

- Pudo hacerlo alguien más. Eso es importante. ¿Entiende?

- Tal vez no la tuve nunca. De lo contrario, habría quedado una cicatriz.

Esto era verdad. Pero, ¿qué significaba este detalle frente a la evidencia de un imposible hecho realidad?

- Su caso deberá ser denunciado a las autoridades. ¿Se da cuenta?

- Pero yo he venido a ver al doctor. Necesito ayuda.

- De acuerdo. Bien, dígame por qué... ¿Qué le ocurre?

- Se lo he dicho. No sé quién soy. No recuerdo nada. Me he encontrado a mí mismo en la calle. Fue como si hubiera surgido de la nada. El instante anterior no había existido para mí. Deseo recordar, saber de dónde vengo. Esto es todo.

El doctor hundió sus manos en sus cabellos. Fue un movimiento estúpido, pero no se le ocurrió otra cosa para ordenar sus ideas. Los casos de amnesia eran frecuentes, aunque no abarcaban la totalidad del pasado. Además, aquel hombre hablaba como si su drama interior no le afectara lo más mínimo, como si deseara saber solamente por curiosidad. Era un enigma íntegro. Un antiguo robot se hubiera comportado como él, sólo que esta idea era la más disparatada de todas. Durante siglos los hombres mecánicos habían permanecido olvidados totalmente. La civilización se había librado de aquel azote... ¡Cielos! ¿Por qué pensaba de aquel modo? El doctor Krul rechazó sus pensamientos, casi con un sentimiento de vergüenza. No debía olvidar que era uno de los más notables científicos de una época que había superado todas las debilidades.

- Tendré que hacerle una exploración cerebral - dijo.

- Bien, confío en usted.

- ¿Tiene miedo? - preguntó el doctor con una chispa de esperanza.

- Hay muchas cosas que desconozco. En realidad lo ignoro todo.

- ¿Tiene idea de la muerte?

- Estoy seguro de que no piensa matarme.

- Claro. Sólo trato de saber un poco más de su conciencia antes de hacer la exploración.

- Mi conciencia... - murmuró el desconocido, reflexivo. Por primera vez pareció que su expresión perdía su rigidez para ensombrecerse un poco. Pero fue un gesto tan fugaz que el doctor lo atribuyó a una ilusión de los sentidos, a una materialización del deseo de descubrir en aquellas facciones un poco de humanidad.

- Su amnesia es total en cuanto al tiempo - dijo -, pero no en cuanto a sus otras facultades. Su memoria sólo falla en una dirección. Debería haber olvidado el lenguaje. Sin embargo, habla.

La fiebre de la investigación se apoderó vivamente del doctor. El hecho de que el desconocido careciera de placa de identificación excluía toda posibilidad de un fraude. Se hallaba frente a un imposible viviente. Recordó todo lo que había leído acerca de la era de la mecanización que en el pasado marcó el camino crucial y decisivo de la humanidad. El hombre tuvo que enfrentarse con la máquina, que se había convertido en su enemigo mortal. La lucha había sido espantosa. Nunca el hombre había estado tan cerca de su destrucción total, víctima de la misma perfección de su propia obra.

Pero todo esto estaba demasiado lejos en el pasado, todo estaba muerto. Del resultado de aquella lucha algo sustancial había cambiado. El mundo era distinto, pero la conciencia, de la cual aquel ser parecía carecer, era la misma.

- Pase - indicó el doctor al desconocido, abriendo una puerta -. intentaremos saber qué secretos se ocultan en su cerebro.

Mientras el doctor ponía a punto toda la complejidad electrónica del explorador cerebral, observaba de reojo al paciente, que se mantenía impasible.

«Esto impresiona a todos los que por primera vez se tienen que someter a ese monstruo devorador de conciencias - pensó el doctor con un estremecimiento -. Sin embargo, este

hombre ni siquiera se inmuta. No es posible que el autodomínio llegue tan lejos... a menos que se carezca de nervios.»

Con la misma impasibilidad, el desconocido se dejó poner el casco, de donde partían una serie de cables, conectados al explorador electrónico. El doctor apagó la luz y clavó sus ojos en la pantalla... donde comenzaron a dibujarse una serie de rayas sinuosas...

La bella ayudante del doctor Krul llegó temprano a la consulta. También ella había observado algo extraño en el último visitante del día anterior, hasta el punto de que su recuerdo, unido al desacostumbrado comportamiento del doctor, la había mantenido toda la noche preocupada, contando las horas, hasta que el sol comenzó a romper las tinieblas.

Al sentarse frente a su mesa conectó el intervisor. El doctor no estaba en el campo visual de la pantalla, pero oyó su voz sensiblemente alterada.

- ¿Quiere venir, por favor? - dijo, omitiendo su acostumbrado saludo.

Era lo que la muchacha deseaba oír.

- En seguida, doctor.

Le encontró examinando unos gráficos.

- Acérquese y vea esto - dijo sin levantar los ojos, cuando su ayudante entró en el despacho -. Son los resultados de una exploración cerebral. Écheles un vistazo.

Ella lo hizo en silencio. Después se incorporó, perpleja.

- No lo entiendo - confesó.

- Lo entenderá cuando le explique que está usted viendo el gráfico de las ondas cerebrales de algo que hacía siglos creíamos exterminado: un hombre mecánico.

- ¿Un... robot? - musitó ella con un hilo de voz.

- Comprendo que le cueste trabajo creerme.

- ¡Pero eso es imposible! Debe... debe de haber un error.

- No lo hay.

El doctor se dirigió a la puerta que daba paso a la habitación contigua. Al abrirla, sus goznes chirriaron levemente. Era la primera vez que la muchacha lo advertía.

- Acérquese - añadió el doctor -. Prepárese para ver algo horrible. Me he visto obligado a destruirle. Era mi deber. Pero esta historia no terminará aquí. Presiento que una gran amenaza se cierne de nuevo sobre el mundo. Sospecho que esto no es más que el principio de una nueva lucha entre hombres y máquinas. Y esta vez es posible que el resultado sea distinto.

La muchacha se debatió entre el horror que le producían las palabras del doctor y su propia razón, que rechazaba aquella pavorosa idea. Un estremecimiento la hizo vacilar antes de franquear el umbral.

Fue suficiente un solo paso para comprobar con sus propios ojos la espantosa verdad. Después se detuvo paralizada, mientras el doctor sumergía sus manos en agua.

- Haga lo mismo que yo. Debe descargar la tensión de sus nervios.

Ella reaccionó de pronto y huyó, perseguida por la visión de aquel ser mecánico, tumbado en el suelo, mostrando sus entrañas blandas, orgánicas, en medio de un charco de sangre ROJA...

## **Howard Fast - OVNI**

- Nunca lees en la cama - le dijo el señor Nutley a su mujer.
- Antes sí, ¿te acuerdas? - contestó la señora Nutley -. Pero luego descubrí que me bastaba con quedarme quieta y ordenar mis pensamientos.
- Te envidio. Nunca tienes dificultad para dormirte.
- Oh, sí. Algunas veces. Para ser completamente franca - agregó -, creo que las mujeres hacemos menos alharaca que ustedes los hombres.
- Yo no hago alharaca - protestó el señor Nutley, dejando de lado su «New Yorker» y apagando la luz del velador. Es algo muy desagradable. No padezco de insomnio, pero se me ocurre una idea y me da vueltas y vueltas en la cabeza.
- ¿Tienes una idea esta noche?
- Sólo que Ralph Thompson es un tipo insoportable, pero no sé si eso se puede llamar una idea.
- Eso no basta para mantenerte despierto. Debo admitir que yo siempre lo he encontrado muy agradable como vecino. Podríamos tener vecinos peores, sabes.
- Supongo que sí.
- ¿Por qué estás enojado con él? - preguntó la señora Nutley, tapándose bien para protegerse contra el frío de la habitación.
- Porque nunca estoy seguro si me está tomando el pelo o hablando en serio. Todos los artistas y escritores son insoportables, pero ninguno tan insoportable como él. Como yo me traslado a la ciudad todos los días y pongo el traste sobre una silla para ganarme la vida honradamente, me transformo, según él, en parte del establishment y en objeto de sus bromas.
- Pues sí, estás molesto - dijo la señora Nutley.
- No lo estoy. ¿Por qué pasa una hora antes de que yo pueda contestar sus imbéciles observaciones de una manera ingeniosa?
- Porque eres una persona honesta y considerada, y me alegro mucho de que seas así. ¿Qué te dijo?
- La forma en que lo dijo - replicó el señor Nutley -. Entre desprecio y mofa. Dijo que vio un plato volador al anochecer, que bajó y se posó en el pequeño valle detrás de la colina.
- Bueno, eso no es muy ingenioso que digamos. Probablemente caíste en la trampa y le dijiste que los platos voladores no existen.
- Me voy a dormir - dijo el señor Nutley. Se dio vuelta, se estiró, se tapó bien y se quedó callado. Después de un minuto o dos le preguntó a la señora Nutley si dormía.
- No, estoy despierta.
- Pues le dije que por qué no iba al valle para ver dónde había aterrizado. Me contestó que él no entra sin permiso en la propiedad de gente millonaria.
- ¿Cree en realidad que somos millonarios?
- Un hombre que ve platos voladores puede creer cualquier cosa. ¿Qué le pasa a este país? Nadie veía platos voladores cuando yo era chico. A nadie lo asaltaban en la calle. Nadie se drogaba. Te pregunto a ti: ¿Oíste alguna vez hablar de platos voladores cuando eras chica?
- Creo que no había platos voladores cuando éramos chicos - dijo la señora Nutley.
- Claro que no.
- Antes no existían, a lo mejor ahora sí.
- Eso es ridículo.
- No necesariamente - dijo la señora Nutley suavemente -. Los ven toda clase de personas.



- Lo que sólo significa que el mundo está lleno de locos. Dime una cosa, si existen los platos voladores, ¿qué es lo que quieren?

- Curiosear.

- ¿Cómo es eso?

- Bueno - dijo la señora Nutley -, nosotros somos curiosos, ellos también son curiosos.

¿Por qué no?

- Porque es esa clase de razonamiento la que hace que el mundo esté como está. Ésa es una suposición sin fundamento. Si las personas como tú estuvieran más en contacto con la realidad del mundo, todos estaríamos mejor.

- ¿Qué quieres decir con eso de personas como yo?

- Personas que no saben absolutamente nada del mundo real.

- ¿Como yo? - preguntó dulcemente la señora Nutley. No se enojaba casi nunca.

- ¿Qué haces todo el día aquí en estos barrios o suburbios o lo que sean, a cien kilómetros de Nueva York?

- Siempre estoy atareada, - respondió ella.

- Estar atareado no es suficiente -. El señor Nutley había comenzado uno de sus discursos instructivos, pensó la señora Nutley. Ocurrían cada quince días aproximadamente, cuando padecía de insomnio -. Todas las personas deben justificar su existencia.

- Haciendo dinero. Siempre me dices que tenemos suficiente dinero.

- Nunca he mencionado el dinero. Cuando los chicos entraron en la universidad y tú dijiste que ibas a hacer un doctorado en biología vegetal, yo aprobé tu proyecto. ¿No fue así?

- Así fue. Te mostraste muy comprensivo.

- No me refiero a eso, sino al hecho de que han transcurrido dos años desde que obtuviste el título y no haces absolutamente nada. Pasas los días aquí, sin hacer nada.

- Estás enojado conmigo ahora - dijo la señora Nutley.

- No estoy enojado.

- Estoy ocupada continuamente. Trabajo en el jardín. Colecciono especímenes.

- Tienes jardinero. Le pago ciento diez dólares por semana. Tienes cocinero. Tienes mucama. Los otros días leí en el «Sunday Observer» un artículo acerca de la vida sin objeto que lleva la mujer de la clase media alta.

- Sí, yo también lo leí - dijo la señora Nutley.

- Nunca me permites decir lo que quiero, sin interrupciones - dijo con enojo el señor Nutley -. Estábamos hablando de platos voladores, que tú pareces aceptar como si existieran.

- Pero ahora estamos hablando de otra cosa, ¿no? Estás disgustado porque no encuentro trabajo en alguna universidad como bióloga vegetal para poder demostrar que tengo una función en la vida. En ese caso, nunca nos veríamos, y yo te quiero.

- ¿Dije algo yo de conseguir trabajo en una universidad? En realidad, hay cuatro universidades en treinta kilómetros a la redonda, y cualquiera te aceptaría de buen grado.

- Ésa es una suposición. Me quedo con mi casa, que me gusta mucho.

- Entonces, aceptas el aburrimiento. Aceptas una existencia gris y sin sentido. Aceptas...

- Sabes bien que no debes ponerte en este estado a esta hora de la noche - dijo con dulzura la señora Nutley -. Después te cuesta mucho más dormirte. ¿No quieres un vaso de leche tibia?

- ¿Por que no me dejas terminar de decir lo que quiero?

- Te voy a traer la leche. Siempre te duermes después.

La señora Nutley se levantó de la cama, encendió el velador de la mesa de luz, se puso la bata y bajó a la cocina. Puso la leche a calentar en un hervidor. De un frasco de la

alacena sacó un paletito de Seconal y puso un poco del polvo en el vaso. Agregó luego la leche y la revolvió con una cuchara. Después regresó al dormitorio. Su marido tomó la leche bajo su mirada aprobadora.

- Tu leche tibia es mágica - dijo el señor Nutley. - Me pongo así de este humor porque no me puedo dormir.

- Ya lo sé.

- Es que pienso que estás sola todo el día aquí...

- Si a mí me encanta este lugar.

Ella aguardó hasta que la respiración de su marido se hizo regular.

- Mi pobre amor - dijo con un suspiro. Esperó diez minutos más. Luego se levantó de la cama, se puso unos viejos pantalones vaqueros, botas, una camisa y un pulóver, y bajando las escaleras silenciosamente salió de la casa.

Atravesó el jardín hasta el invernadero. La luna estaba tan brillante que no tuvo necesidad de usar la linterna que llevaba en el cinturón. En el invernadero estaba su mochila con los especímenes vegetales que había coleccionado y catalogado las tres últimas semanas. Apreciaba tanto el cuidado con que catalogaba cada espécimen y la manera con que lo envolvía en musgo húmedo, así como el hecho de que dejara los hongos para el último día con el fin de que estuvieran frescos y turgentes, que eso le proporcionaba un cálido sentimiento de satisfacción que duraba días. Además, le pagaban muy bien por su trabajo. El señor Nutley tenía mucha razón. Una persona que tenía un oficio u ocupación especial debía ser remunerada por el mismo. Ella tenía una cartera vieja en un cajón de la cómoda, llena de diamantes pequeños. Claro que los diamantes eran tan comunes en su planeta como los guijarros en nuestra tierra, y por eso no tenía remordimientos de conciencia.

Se puso la mochila al hombro, abandonó el invernadero y se encaminó por el sendero que subía la montaña adentrándose en el valle que estaba escondido detrás, donde se encontraba generalmente escondido el plato volador, cómodo y protegido de la mirada de los incrédulos y cínicos.

Caminaba con el paso largo y tranquilo de una mujer de cincuenta años, aunque el trabajo que realizaba al aire libre la mantenía en muy buen estado físico. Pensó qué bien le haría al señor Nutley si pudiera pasar sus días en el campo, al aire libre, en lugar de en una oficina en la ciudad.

## **Philip K. Dick - EL CASO RAUTAVAARA**

Los tres técnicos de la esfera flotante monitorizaban fluctuaciones en los campos magnéticos interestelares, e hicieron un buen trabajo hasta el momento en que murieron.

Fragmentos de basalto, viajando a velocidad enorme en relación con la esfera, rompieron la barrera y anularon la provisión de aire. Los dos ejemplares masculinos tardaron en reaccionar y no hicieron nada. La joven técnica finlandesa, Agneta Rautavaara, logró ponerse el casco de emergencia, pero los tubos se enredaron; aspiró y murió: una muerte melancólica, estrangulada en su propio vómito. Así terminó la tarea de exploración de la esfera flotante Ex208.

Faltaba un mes para que los técnicos fueran relevados y volvieran a la Tierra.

Nosotros no podíamos llegar a tiempo para salvar a las tres personas de la Tierra, pero enviamos un robot para ver si alguna de ellas podía ser regenerada. A las personas de la Tierra no les gustamos, pero en este caso la esfera de exploración estaba operando en nuestra vecindad. En esas emergencias hay normas que rigen para todas las razas de la galaxia. A nosotros no nos interesaba ayudar a las personas de la Tierra, pero siempre nos atenemos a las normas.

Las normas nos imponían el intento de restaurar la vida de los tres técnicos muertos, pero permitimos que un robot asumiera la responsabilidad, y tal vez en eso nos equivocamos. Además, las normas nos exigían notificar a la nave terrestre más cercana sobre la calamidad, y optamos por no hacerlo. No defenderé esta omisión ni analizaré nuestros razonamientos de entonces.

El robot nos comunicó que no había encontrado funciones cerebrales en los dos ejemplares masculinos y que su tejido neural había degenerado. En cuanto a Agneta Rautavaara, podían detectarse ligeras ondas cerebrales. De modo que en el caso de Rautavaara el robot iniciaría un intento de restauración. Sin embargo, como no podía tomar una decisión por su cuenta, se comunicó con nosotros. Le dijimos que hiciera el intento. Por lo tanto, la responsabilidad - la culpa, si se quiere - es nuestra. Si hubiéramos estado en el lugar, habríamos actuado de otra manera. Aceptamos el cargo.

Una hora más tarde el robot comunicó que había restaurado funciones cerebrales significativas en Rautavaara suministrando al cerebro la sangre rica en oxígeno del cuerpo muerto. El oxígeno, aunque no las sustancias nutritivas, venía del robot. Le indicamos que empezara la síntesis de sustancias nutritivas procesando el cuerpo de Rautavaara, usándolo como materia prima. Esta fue la decisión más profundamente objetada después por las autoridades de la Tierra. Pero no teníamos ninguna otra fuente de sustancias nutritivas. Como nosotros somos plasma, no podíamos ofrecer nuestros cuerpos.

Las autoridades objetaron que podríamos haber utilizado los cuerpos de los compañeros de Rautavaara muertos. Pero entendíamos que los otros cuerpos, de acuerdo con los informes del robot, estaban demasiado contaminados por la radiactividad y por lo tanto resultarían tóxicos para Rautavaara; las sustancias nutritivas derivadas de esas fuentes pronto le envenenarían el cerebro. Si ustedes no aceptan nuestra lógica, nos tiene sin cuidado; así era la situación tal cual la reconstruimos desde nuestro punto remoto. Por eso digo que nuestro verdadero error consistió en mandar un robot en vez de ir nosotros mismos. Si desean acusarnos, que nos acusen de eso.

Pedimos al robot que se pusiera en contacto con el cerebro de Rautavaara y nos transmitiera sus pensamientos para que pudiéramos evaluar el estado físico de sus células neurales.

La impresión que recibimos fue alentadora. Fue entonces cuando notificamos a las autoridades de la Tierra. Les informamos sobre el accidente que había destruido la Ex208;

les informamos que dos de los técnicos, los ejemplares masculinos, estaban irrecuperablemente muertos; les informamos que gracias a nuestros rápidos esfuerzos el único ejemplar femenino estaba revelando actividad cefálica estable, es decir, que el cerebro estaba vivo.

- ¿El qué? - dijo la persona de la Tierra que operaba la radio, en respuesta a nuestro llamado.

- Estamos suministrándole sustancias nutricias derivadas de su cuerpo...

- Santo cielo - dijo la persona de la Tierra que operaba la radio -. No pueden alimentarle el cerebro de ese modo. ¿Para qué sirve un cerebro solo?

- Para pensar - dijimos.

- De acuerdo. Ahora nos encargaremos nosotros - dijo la persona de la Tierra que operaba la radio -. Pero habrá una investigación.

- ¿No fue correcto salvarle el cerebro? - preguntamos -. A fin de cuentas, la psique está localizada en el cerebro. El cuerpo físico es un instrumento mediante el cual el cerebro se relaciona con...

- Denme la ubicación de la Ex208 - dijo la persona de la Tierra que operaba la radio -. Enviaremos una nave de inmediato. Debieron notificarnos al instante en vez de tratar de rescatarla por cuenta de ustedes. Las aproximaciones no entienden las formas de vida somáticas.

Para nosotros es ofensivo oír el término aproximaciones. Es un mote de la Tierra que alude a nuestro origen en el sistema de Próxima Centauri. Implica que no somos auténticos, que somos mera simulación de vida.

Ésa fue nuestra recompensa en el caso Rautavaara. Ser ridiculizados. Y por cierto hubo una investigación.

En las profundidades de su cerebro lesionado, Agneta Rautavaara probó el vómito ácido y sintió miedo y aversión. Alrededor de ella la Ex208 estaba hecha trizas. Vio a Travis y Elms; estaban deshechos en trozos sanguinolentos, y la sangre se había congelado. El hielo cubría el interior de la esfera. No hay aire, no hay temperatura... ¿Qué me mantiene con vida? se preguntó. Levantó las manos y se tocó la cara: o trató de tocarse la cara. El casco, pensó. Me lo puse a tiempo.

El hielo, que lo cubría todo, empezó a derretirse. Los brazos y piernas cercenados de sus dos compañeros se unieron a los cuerpos. Los fragmentos de basalto incrustados en el casco de la esfera se desprendieron y echaron a volar.

El tiempo, advirtió Agneta, está retrocediendo. ¡Qué extraño!

El aire volvió; Agneta oyó el zumbido opaco del indicador. Travis y Elms se levantaron penosamente. Miraron en derredor, desconcertados. Ella tuvo ganas de reír, pero la situación era demasiado seria. Aparentemente la fuerza del impacto había causado una perturbación local del tiempo.

- Siéntense - les dijo.

- Yo... bueno, tienes razón - dijo roncamente Travis. Se sentó ante la consola y apretó el botón que lo sujetaba con firmeza al asiento. Elms, sin embargo, se quedó de pie.

- Chocamos con partículas de gran tamaño - dijo Agneta.

- Sí - dijo Elms.

- De gran tamaño y con impacto suficiente como para perturbar el tiempo - dijo Agneta - De modo que hemos vuelto al instante antes del hecho.

- Bien, en parte es por causa de los campos magnéticos - dijo Travis. Se restregó los ojos; le temblaban las manos -. Quitate el casco, Agneta. No lo necesitas.

- Pero el impacto está por producirse - dijo ella.

Los dos hombres la miraron.

- El accidente se repetirá - dijo ella.
- Pamplinas - dijo Travis -. Sacaré la Ex de aquí. - Tecleó varias llaves de la consola. - No habrá impacto.
- Agneta se quitó el casco. Se descalzó, recogió las botas... y entonces vio la figura. La figura estaba detrás de ellos tres. Era Cristo.
- Miren - les dijo Agneta a Travis y Elms.
- La figura usaba una túnica blanca tradicional y sandalias; tenía el pelo largo y pálido como bañado por un claro de luna. La cara barbada era mansa y sabia. Como en los holoavisos de las iglesias en la Tierra, pensó Agneta. Con túnica y barba, sabio y manso, y los brazos ligeramente levantados. Hasta tiene aureola. ¡Qué raro que nuestros preconceptos sobre Dios fueran tan acertados!
- Dios mío - dijo Travis. Ambos hombres miraban, y ella miraba también -. Ha venido por nosotros.
- Bien, yo no me opongo - dijo Elms.
- Claro, tú no te opones - dijo rencorosamente Travis -. No tienes mujer ni hijos. ¿Y qué dices de Agneta? Ella tiene sólo trescientos años; es una niña.
- Yo soy la viña, vosotros sois las ramas - dijo Cristo -. Quien permaneciere en mí, conmigo en Él, dará fruto en abundancia, pues arrancados de mí no podéis hacer nada.
- Sacaré la Ex de este vector - dijo Travis.
- Hijos míos - dijo Cristo -, no estaré mucho más con vosotros.
- Bien - dijo Travis. La Ex se movía ahora a velocidad máxima hacia el eje de Sirio; el mapa estelar mostraba un flujo masivo.
- Demonios, Travis - dijo furiosamente Elms -. Ésta es una gran oportunidad. Es decir, ¿cuántas personas han visto a Cristo? Es decir, él es Cristo. ¿No es verdad? - preguntó a la figura.
- Yo soy el Camino, la Verdad, y la Vida - dijo Cristo -. Nadie puede llegar al Padre sino a través de mí. Quien me conoce a mí, también conoce a mi Padre. Desde este momento lo conocéis y lo habéis visto.
- Bien dicho - dijo Elms, la cara radiante -. ¿Ves? Quiero manifestar que estoy muy contento de conocerlo, señor... - Se interrumpió. - Iba a decir «señor Cristo». Qué tontería. Cristo, señor Cristo, siéntese. Siéntate. Puedes ocupar mi lugar o el de la señorita Rautavaara, ¿verdad, Agneta? Este es Walter Travis; él no es cristiano, pero yo sí; he sido cristiano toda mi vida. Bien, casi toda mi vida. No sé qué dirá la señorita Rautavaara. ¿Qué dices, Agneta?
- Basta de tonterías, Elms - dijo Travis.
- Él va a juzgarnos - dijo Elms.
- Si alguien oye mis palabras y no las guarda fielmente - dijo Cristo -, no soy yo quien lo condenará, pues no he venido para condenar el mundo sino para salvar el mundo; quien me rechace y niegue mis palabras ya tiene su juez.
- Bien dicho - dijo Elms, cabeceando gravemente.
- Sé tolerante con nosotros - le dijo Agneta a la figura, atemorizada -. Los tres hemos sufrido un trauma importante. - De pronto se preguntó si Travis y Elms recordarían que habían muerto, que sus cuerpos habían sido destruidos.
- La figura sonrió, tranquilizadora.
- Travis - dijo Agneta, inclinándose sobre él -. Quiero que me escuches. Ni tú ni Elms sobrevivieron al accidente, no sobrevivieron a las partículas de basalto. Por eso él está aquí. Yo soy la única que no... - Titubeó.
- Murió - concluyó Travis -. Nosotros estamos muertos, y él ha venido a buscarnos. Estoy preparado, Señor - le dijo a la figura -. Llévame.

- Llévalos a ambos - dijo Travis -. Yo mandaré un pedido de auxilio. Y diré lo que ocurre aquí. Lo informaré antes de que me lleve o trate de llevarme.

- Tú estás muerto - le dijo Elms.

- Aún puedo enviar un informe radial - dijo Travis, pero tenía la resignación pintada en la cara.

- Dale un poco de tiempo a Travis - le dijo Agneta a la figura -. Él no entiende bien. Pero supongo que ya lo sabes; tú lo sabes todo.

La figura asintió.

Nosotros y el Comité de Investigación de la Tierra escuchamos y observamos esta actividad en el cerebro de Rautavaara, y comprendimos juntos lo que había ocurrido. Pero no nos pusimos de acuerdo en nuestra evaluación. Mientras las seis personas de la Tierra lo consideraban pernicioso, nosotros lo considerábamos magnífico, tanto para Agneta Rautavaara como para nosotros. Mediante su cerebro lesionado, restaurado por un robot mal instruido, estábamos en contacto con el otro mundo y los poderes que lo gobiernan.

La actitud de las personas de la Tierra nos consternaba.

- Está alucinando - dijo el vocero de las personas de la Tierra -. Porque no recibe datos sensorios. Porque su cuerpo está muerto. Miren lo que han hecho.

Señalamos que Agneta Rautavaara era feliz.

- Lo que debemos hacer - dijo el vocero humano - es desconectar ese cerebro.

- ¿Y perder el contacto con el otro mundo? - objetamos, -. Ésta es una espléndida oportunidad para visualizar la vida después de la muerte. El cerebro de Agneta Rautavaara es nuestra lente. La causa científica pesa más que la humanitaria.

Ésta fue la posición que tomamos en la investigación. Era una posición sincera, no oportunista.

Las personas de la Tierra decidieron mantener el cerebro de Rautavaara en pleno funcionamiento con transducción de audio y video, que desde luego era grabada; entretanto, las medidas contra nosotros quedaron en suspenso.

A mí me fascinaba personalmente la idea terrestre del Salvador. Para nosotros era una concepción rara y exótica, no porque fuera antropomórfica sino porque implicaba un tratamiento escolar del alma del difunto. Suponía una suerte de mesa examinadora que hacía una lista de buenas y malas acciones; un boletín de calificaciones trascendente como los que se usan en la escuela primaria.

Para nosotros ésta era una concepción primitiva del Salvador, y mientras yo observaba y escuchaba - mientras nosotros observábamos y escuchábamos como entidad poliencefálica - me pregunté cuál habría sido la reacción de Agneta

Rautavaara ante un Salvador, un Guía del Alma, basado en nuestras expectativas. A fin de cuentas, su cerebro era mantenido por nuestro equipo, por el mecanismo que nuestro robot había llevado originalmente al lugar del accidente. Habría sido riesgoso desconectarlo; ya se habían producido muchas lesiones cerebrales. Todo el artefacto, incluyendo el cerebro, había sido transferido a la sede de la investigación judicial, una zona neutral comprendida entre el sistema Próxima Centauri y el sistema sol.

Más tarde, en una discusión aparte con mis compañeros, sugerí que intentáramos insertar nuestra concepción del Guía del Alma Después de la Muerte en el cerebro artificialmente mantenido en Rautavaara. La razón: sería muy interesante ver cómo reaccionaba.

Mis compañeros señalaron de inmediato la contradicción de mi lógica. En la investigación yo había alegado que el cerebro de Rautavaara era una ventana al otro mundo, lo cual justificaba nuestra operación y nos eximía de culpa. Ahora alegaba que lo que ella experimentaba era una proyección de sus propios preconceptos, nada más.

- Ambas proposiciones son verdaderas - dije -. Es una genuina ventana al otro mundo, y es una presentación de las tendencias culturales y raciales de Agneta Rautavaara.

Lo que teníamos, en esencia, era un modelo donde podíamos introducir variables cuidadosamente seleccionadas. Podíamos introducir en el cerebro de Rautavaara nuestra propia concepción del Guía del Alma y por lo tanto ver cómo nuestra versión difería en la práctica de la versión pueril de las personas de la Tierra.

Era una nueva oportunidad de someter a verificación nuestra teología. En nuestra opinión la teología de las personas de la Tierra había sido sometida a suficientes verificaciones y resultaba deficiente.

Decidimos hacerlo, ya que nosotros cuidábamos del aparato que mantenía el cerebro de Rautavaara. Para nosotros, esta cuestión era mucho más interesante que el resultado de la investigación. La culpa es un mero problema cultural; no traspone las fronteras de las especies.

Supongo que las personas de la Tierra podrían juzgar nuestras intenciones como malignas. Yo lo niego, nosotros lo negamos. Más bien considérenlo un juego. Nos causaría cierto goce estético presenciar cómo Rautavaara enfrentaba a nuestro Salvador y no al de ella.

- Yo soy la resurrección - dijo la figura, alzando los brazos ante Travis, Elms y Agneta -. Quien crea en mí, aunque muera vivirá, y quien vive y cree en mí no morirá jamás. ¿Creéis estas palabras?

- Claro que sí - dijo Elms con entusiasmo.

- Pamplinas - dijo Travis.

Yo no estoy segura. En verdad no lo sé, pensó Agneta Rautavaara.

- Tenemos que decidir si iremos con él - dijo Elms -. Travis, tú estás liquidado, acabado. Quédate allí y púdrete... es tu destino. - A Agneta le dijo: - Espero que te decidas por Cristo, Agneta. Quiero que goces de la vida eterna que yo gozaré. ¿No es verdad, Señor? - preguntó a la figura.

La figura cabeceó.

- Travis - dijo Agneta -, creo..., bien, pienso que deberías venir con nosotros. Yo... - No quería insistir en que Travis estaba muerto. Pero él tenía que entender la situación; de lo contrario, como había dicho Elms, estaba condenado. - Ven con nosotros - dijo.

- ¿Entonces irás? - dijo Travis, con amargura.

- Si - dijo ella.

- Tal vez me equivoco - dijo Travis, mirando a la figura -, pero parece estar cambiando.

Ella miró, pero no vio ningún cambio. Sin embargo Elms parecía asustado.

La figura de túnica blanca caminó lentamente hacia Travis. La figura se detuvo junto a Travis, se quedó parada un tiempo y luego, agachándose, mordió la cara de Travis.

Agneta gritó. Elms se quedó pasmado. Travis, amarrado al asiento, pataleaba. La figura lo comió con calma.

- Como ustedes ven - dijo el vocero del Comité de Investigación -, el cerebro debe desconectarse. El deterioro es grave; la experiencia es terrible para ella; debe terminar.

- No - dije yo -. Nosotros los de próxima Centauri encontramos muy interesante este viraje de los acontecimientos.

- ¡Pero el Salvador está devorando a Travis! - exclamó otra persona de la Tierra.

- Acaso en la religión de ustedes - dije - no comen la carne de Dios y beben su sangre? Lo que ha sucedido aquí es una imagen simétrica de esa Eucaristía.

- ¡Ordeno que se desconecte el cerebro! - dijo el vocero del Comité; tenía la cara pálida; el sudor le perlaba la frente.

- Antes deberíamos ver más - dije. Me resultaba muy excitante, esta representación de nuestro sacramento, nuestro sacramento más alto, donde nuestro Salvador nos devora.

- Agneta - susurró Elms -, ¿viste eso? Cristo se comió a Travis. No dejó más que los guantes y las botas.

Oh Dios, pensó Agneta Rautavaara. ¿Qué está ocurriendo? No entiendo.

Se apartó de la figura, acercándose instintivamente a Elms.

- Él es mi sangre - dijo la figura relamiéndose los labios -. Bebo esta sangre, la sangre de la vida eterna. Cuando la haya bebido, viviré para siempre. Él es mi cuerpo, yo no tengo cuerpo propio, soy sólo un plasma. Al comer su cuerpo, obtengo la vida eterna. Ésta es la nueva verdad que proclamo, que soy eterno.

- Nos comerá también a nosotros - dijo Elms.

Sí, pensó Agneta Rautavaara. Lo hará. Ahora podía ver que la figura era una aproximación. Es una forma de vida de Próxima, advirtió. Tiene razón; no tiene cuerpo propio. El único modo en que puede conseguir un cuerpo es...

- Lo mataré - dijo Elms. Tomó el rifle láser de emergencia del gabinete y apuntó a la figura.

- La hora ha llegado - dijo la figura.

- Aléjate de mí - dijo Elms.

- Pronto no me verás más - dijo la figura - a menos que yo beba tu sangre y coma tu cuerpo. Glorificate para que yo viva. - La figura avanzó hacia Elms.

Elms disparó el rifle láser. La figura se tambaleó y sangró. Era la sangre de Travis, comprendió Agneta. En él. No su propia sangre. Es terrible. Se llevó las manos a la boca, aterrada.

- Pronto - le dijo a Elms -. Di: «Soy inocente de la sangre de este hombre.» Dilo antes que sea demasiado tarde.

- Soy inocente de la sangre de este hombre - susurró roncamente Elms.

La figura cayó. Agonizaba, desangrándose. Ya no era un hombre barbado. Era otra cosa, pero Agneta Rautavaara no entendía qué.

- ¿Eli, Eli, lama sabachtani? - dijo la figura. Bajo la mirada de Agneta y Elms, la figura murió.

- Lo maté - dijo Elms -. Maté a Cristo. - Se apuntó a sí mismo con el rifle láser, buscando el gatillo a tientas.

- No era Cristo - dijo Agneta -. Era otra cosa. Lo opuesto de Cristo. - Le quitó el arma a Elms.

Elms lloraba.

Las personas de la Tierra tenían voto mayoritario en el Comité de Investigación, y votaron por la anulación de toda actividad en el cerebro artificialmente mantenido de Rautavaara. Esto nos defraudó, pero no había remedio.

Habíamos visto el comienzo de un experimento científico absolutamente pasmoso: la teología de una raza injertada en la de otra.

Desconectar el cerebro de la persona de la Tierra fue una tragedia científica. Por ejemplo, en lo concerniente a la relación básica con Dios, las personas de la Tierra tenían una actitud diametralmente opuesta a la nuestra. Desde luego esto debe atribuirse al hecho de que son una raza somática, no un plasma como nosotros. Ellos beben la sangre de su Dios, y comen su carne; así alcanzan la inmortalidad. Para ellos no resulta escandaloso. Lo encuentran absolutamente natural. Pero para nosotros es horrendo. ¿Que el adorador coma y beba a su Dios? Espantoso, realmente espantoso. Un ultraje y una vergüenza. Una abominación. Lo superior siempre debería alimentarse de lo inferior; el Dios debe consumir al adorador.



Observamos cómo se cerraba el caso Rautavaara con la desconexión del cerebro, de modo que toda actividad EEG cesó y los monitores no indicaron nada. Sentimos decepción. Para colmo, las personas de la Tierra votaron por imponernos una pena por nuestra conducción de la misión de rescate.

Es asombroso el abismo que separa a las razas que evolucionan en sistemas estelares diferentes. Nosotros hemos tratado de comprender a las personas de la Tierra, y ha sido en vano. También advertimos que ellas no nos comprenden y a su vez repudian algunas de nuestras costumbres. Ello quedó demostrado por el caso Rautavaara. ¿Pero acaso no servíamos al propósito del estudio científico objetivo? Yo mismo quedé azorado ante la reacción de Rautavaara cuando el Salvador comió al señor Travis. Habría deseado ver cómo este santísimo sacramento era realizado con los demás, con Rautavaara y Elms.

Pero fuimos privados de ello. Y el experimento, desde nuestro punto de vista, fracasó. Y ahora vivimos, para colmo, bajo el anatema de una culpa moral innecesaria.

## **Fritz Leiber - LA RAÍZ CUADRADA DE CEREBRO**

- De modo que viaja usted a menudo en platillos volantes, Mr. Satanelli - dijo cortésmente el Joven Modesto,

DODGSON, CHARLES LUTWIDGE. Véase Lewis Carroll. - Universal American Encyclopedia.

alzando su voz sólo lo suficiente para que resultara inteligible a través de la barahúnda de una fiesta en Hollywood, amplificada (la barahúnda) por un techo de veinte pies de altura y por las enormes cajas de resonancia de cinco habitaciones contiguas. Los pesados cortinajes eran discordantemente psicodélicos entre las amplias extensiones de cristal, en tanto que los muebles, con sus cromados y sus trapecios de rubia madera y almohadones tubulares y multicolores como píldoras de barbitúricos, semejaban más unas elegantes máquinas para el tratamiento de enajenaciones o para viajar a través del tiempo que divanes y sillones. Aquí y allí, envueltas en brillantes minitocados y estacionadas como estatuas, veíanse unas jovencitas con aspecto de starlets, de expresiones inteligentes, bellas, desconcertadas o levemente preocupadas, como si hubieran empezado a preguntarse si estaban allí como seres de carne y hueso o como un simple adorno.

El Joven Modesto tenía aquella expresión astuta y manhattaniana que en Nueva York resulta eficaz e incluso agresiva, pero que en Los Angeles, donde el metal es el oro, resulta un poco afeminada. Se había quedado muy serio después de formular su pregunta.

Morpheo Satanelli cubileteó diestramente su martini dentro de su copa, a fin de que no se derramara a consecuencia del cariñoso doble empujón que acababa de recibir de dos hermosas mujeres que no eran starlets, ataviadas respectivamente de azul y dorado. Respondió tranquilamente:

- Al igual que los demás, usted está interesado en los aspectos materiales de mis experimentos con platillos volantes y mis contactos con las gentes del espacio: lo cual encontrará perfectamente explicado en ese compendio del saber humano que es la Universal American Encyclopedia. Mas, para mí, lo espiritual

PERSONALIDAD DUAL, la supuesta distinción y acción potencialmente independiente de cada uno de los hemisferios cerebrales; de uno de los cuales, el izquierdo, proceden todos los impulsos vitales buenos y nobles, en tanto que del otro proceden todas las influencias malignas. Universal American Encyclopedia.

tiene la mayor importancia. «Morpheo, elévate a un plano superior - me sugiere siempre mi áureo Guía -. Te hemos hecho la gracia de esta visión infinita, para que puedas apartar los ojos de tu mezquino entorno terráqueo. Morpheo, ¿recuerdas la luz de la luna sobre Venus? ¿Los ondulantes mares de Mercurio acariciados por suaves lluvias? Morpheo, Morpheo...»

Una mano morena y rapaz, brillante de perlas, agarró el brazo del Joven Modesto.

- Esta es Friday Morphy - interrumpió la anfitriona, empujándole hacia un vestido blanco dentro del cual se encontraba una joven de cabello rubio platino y facciones hispano-irlandesas -. Friday recuerda todas sus vidas pasadas. Estamos registrándolas todas en mi antigua grabadora..., bobinas y bobinas.

Friday sonrió gravemente.

- He vivido y revivido muchas vidas. Ahora mismo, sueca, siglo diecisiete - dijo, con una monotonía musical.

- Eso suena un poco como un viaje a través del tiempo...

MANLIUS, MARCUS CAPITOLINUS, el salvador de Roma durante la invasión de los Galos, en el año 309 antes de Jesucristo. Cayó en desgracia a los ojos de los patricios, y murió ajusticiado el año 384 a. de J.C., despeñado desde lo alto de la roca Tarpeya. - Universal American Encyclopedia.

como ciencia-ficción - intervino un Anciano Vulgar, volviéndose hacia ellos mientras hablaba. Era obeso y parecía discretamente alegre.

- Algo por el estilo - dijo Friday.

El Joven Modesto dirigió una amistosa sonrisa al recién llegado y luego le preguntó cortésmente a Friday:

- Supongo que habla usted el sueco. El sueco del siglo diecisiete, claro.

Friday sacudió la cabeza tristemente.

- Nunca me acuerdo de los idiomas. Sólo de los acentos.

- El tropismo de inteligibilidad universal - explicó Morpheo Satanelli -. Cada mensaje tiende hacia un lenguaje que comprenda el auditorio, casi siempre inglés. De otro modo, los frutos de la mediación se perderían en la traducción, aparte de los gastos que comportaría esta última.

- Declaro - afirmó la Anfitriona con voz chillona - que hay más sabiduría secreta bajo este techo que en aquella inmensa biblioteca subterránea que Helena - Helena Blavatsky - visitó en el Tibet.

Simultáneamente, el Anciano Vulgar murmuró aparte al Joven Modesto:

- Realmente, se encuentra uno con peces muy raros

UVA ESPIN, el fruto de la Ribes grosularia, y también el propio arbusto. El fruto es una baya succulenta, muy sana y agradable, de diversos colores: blanquecina, amarilla, verde y roja. Una especie americana tiene hermosas flores blancas y se cultiva como arbusto ornamental, especie de Lofio, alcanza una longitud de 4 a 5 pies y un peso de 15 a 170 libras. Es pardo oscuro por encima, y blanco sucio debajo, y de aspecto horroroso (siendo conocido también como «pico ancho» y «pez diablo»). Su apetito es voraz, y se alimenta indistintamente de toda clase de peces, devorando ocasionalmente algunas aves, tales como gaviotas y patos. El pejesapo no sirve prácticamente para nada. - Universal American Encyclopedia.

aquí.

Aunque el Joven Modesto pareció momentáneamente regocijado por aquella observación, la cual demostraba que tenía un compañero en sufrimiento, había cierta tensión en su voz cuando dijo:

- Miss Morphy... y sir... Mr. Morpheo me ha estado hablando de sus viajes a bordo de platillos volantes. Estaba a punto de preguntarle qué es lo que hace volar a los platillos.

- Morpheo Satanelli. Para muchos planetas - rectificó el hombre aludido.

- De acuerdo, Satanelli. ¿Tiene algún parentesco con el individuo que dirige el Primer Templo de Culto Satánico en San Francisco? - preguntó el Joven Modesto, convertido en osado por la presencia del Anciano Vulgar junto a él.

- Ninguno - respondió Morpheo secamente -. Anton sigue otro camino - añadió -. En cuanto a la fuerza motriz de los platillos, funcionan por el color de los rayos: verde para la atracción, rojo para la repulsión, amarillo hacia el sol, azul hacia las estrellas, violeta...

- Eso fue lo que Jacob Boehme le dijo a Newton - confirmó Friday.

Morpheo se encogió de hombros.

- Yo no estoy interesado en la técnica. Eso es más propio de Gloriana Grant. - Señaló a la mujer no starlet del vestido dorado, y luego bajó el tono de su voz para informarles -: Ha ofrecido a las Fuerzas Aéreas los planos de la nave espacial que le envió su marido desde Saturno, pidiendo sólo dos millones...

- Tres millones, pero aceptaría dos y medio - rectificó alegremente Gloriana Grant, acercándose a ellos. Una de dos, o tenía un oído excepcional, o era cierto lo que se decía de su finura de oído, especialmente para las palabras relacionadas con el dinero -. Y esos dos millones y medio están destinados ya a un Centro de Supervivencia para cuando el peso de los icebergs hunda el mundo en 1985.

- ¿Su... marido? Si he entendido bien... desde Saturno... ¿sí?... ¿Le ha enviado los planos de una nave espacial mediante una nave espacial? - inquirió el Joven Modesto con una suavidad que sus labios resecos desmentían.

Ella respondió vivamente:

- No, por telepatía: es mucho más seguro, más rápido, libre de vigilancia y, en su aspecto telequinético, el arma secreta maestra del universo. - Luego, su voz se convirtió en un susurro mientras revelaba (apretando el brazo de la mujer no starlet vestida de azul, la cual inclinó la mirada, presa de confusión) -: El Grupo de Asalto Psiónico de Linda Lee, de la Jack Hemlock Society, desintegró el mes pasado por medio de rayos de energía mental

NEURASTENIA, un trastorno nervioso funcional resultante de la debilidad o agotamiento de los centros nerviosos. Entre los síntomas corrientes se encuentran la falta de energía, debilidad, irritabilidad, insomnio, acusado pesimismo, cefalgias, presión en la parte superior de la cabeza, dolor en la espalda, fallos de la memoria, desarreglos menstruales en las mujeres, trastornos sexuales en los hombres y trastornos gastrointestinales. El principal factor predisponente es la masturbación. - Universal American Encyclopedia.

siete satélites-espía rusos. Su destrucción es segura, porque las estaciones de rastreo han estado detectando fragmentos fantasmas de ellos en sus pantallas.

- ¡Hurra por la vieja Linda! - gritó una recia voz masculina desde cierta distancia.

- ¿De veras? - inquirió el Joven Modesto en tono algo estridente, mientras el Anciano Vulgar tiraba subrepticamente de su manga. Resonaron unos pasos detrás de él. Continuó -: En tal caso...

Un robusto brazo uniformado se enroscó alrededor de su hombro por un lado, y una corriente de aliento saturado de alcohol le abofeteó desde el otro. Al volverse, encontró su cara a unas pulgadas de otra cara áspera y papuda, con pelambreira plateada encima y un cuello con tres estrellas debajo.

- Querida Linda - dijo aquella cara -, tendrías ya diecisiete Medallas de Honor del Congreso si yo comandara el Ejército. Gloriana, cariño, ¿cuándo vas a entrar en razón en lo que respecta al precio? - A continuación se dirigió al Joven Modesto -: Le he estado observando, hijo, y puedo asegurarle que no ha aprendido aún a desenvolverse en estos ambientes. ¿Me permite una sugerencia amistosa? No ponga nunca en cuarentena la palabra de las personas interesantes

ANNEBERG, MOSES LOUIS, nació en Alemania y llegó a los Estados Unidos a edad muy temprana. Empezó su carrera como vendedor de periódicos en Chicago, más tarde ingresó en el departamento de circulación del Examiner de Chicago, y en 1904 había ascendido a director de aquel departamento. En 1926 abandonó la organización Hearst para poder dedicarse por entero a sus propias publicaciones, las cuales incluían el Daily Racing Form y el Nation-Wide News Service, y a sus numerosos negocios. Poco después

Anneberg fundó la Miami Tribune, la Radio Guide, la Screen Guide y las Official Detective Stories. En 1936 sorprendió al mundo del periodismo al pagar la suma de 15.000.000 de dólares al contado a Mrs. Eleanor Elverson Patenotre por el Philadelphia Inquirer. En esta publicación se reflejó la capacidad directiva y la política progresista de Moe Anneberg, como es popularmente conocido. El autodidacta Anneberg, que cumplió 59 años el 11 de febrero de 1937, es una verdadera inspiración para la juventud de América. Anneberg se interesó por el arte durante muchos años, posee una hermosa colección de obras maestras antiguas y es también un apasionado pescador. Su finca de Great Neck, en Long Island, es un verdadero palacio, y posee además una residencia de invierno en Miami Beach, un rancho en Wyoming y otras mansiones en Nueva York y Filadelfia. Murió oscuramente en una penitenciaría federal, a la cual había sido enviado por eludir el pago de impuestos. - Universal American Encyclopedia.

que dicen que están trabajando en beneficio de América. Por absurdas que resulten las cosas que dicen, pueden ser ciertas, ¿Tiene la Gente del Espacio observadores entre nosotros? ¿Agentes en la Casa Blanca? ¿Oficiales de enlace en el

ISLAS SHANTAR, un archipiélago del Mar Egeo, separado del continente siberiano por un estrecho canal; tiene una superficie de 1.100 millas cuadradas. La mayor de las diez grandes islas es Shantar. Esas islas no están habitadas, pero son visitadas por los buques mercantes. - Universal American Encyclopedia.

Pentágono? Ni siquiera yo podría decirlo con seguridad... y no lo haría si pudiera. Pero sé esto. - Su mirada se paseó del rostro del Joven Modesto al rostro del Anciano Vulgar -: extirpen el escepticismo de sus mentes y la debilidad de sus corazones. De un extremo a otro del país, tenemos grupos de investigación y de desarrollo que trabajan en todos los problemas del universo: fuerza motriz espacial, energía antigraavedad, incluso la fuerza motriz de los colores de Morpheo. Tenemos grandes cerebros en acción.

- General, si espera que sus cerebros realicen algo, será mejor que les diga que desconecten sus cabezas y sintonicen sus redañas - interrumpió un hombre de rostro ojoso contra cuyo plexo solar, en vez de una corbata, colgaba un racimo de campanillas doradas -. La escalera genética que enseñó a trepar a mis acólitos, pisando firme en los infinitos peldaños del código de la DNA, conduce desde el nivel del ombligo hasta Dios, en ambos sentidos. Hasta hoy, sólo hemos descendido hasta la explosión de los protones que empieza este universo, y ascendido hasta el calor mortal que lo termina, pero, ¿quién sabe cuán lejos podemos haber llegado mañana? Sólo para estar a salvo de las hijas de Kali y de la muerte por el fuego

COMBUSTIÓN, el acto de arder, el estado de ser quemado. La Combustión Espontánea es la Combustión que se produce sin que el hombre ponga nada de su parte para producirla. Una Combustión del cuerpo humano producida por causas internas ocultas, se afirma que ha ocurrido varias veces, la mayoría de los casos en mujeres aficionadas con exceso al alcohol, y muy obesas o muy delgadas. Incendiadas accidentalmente por una brasa o una vela, o incluso por una chispa, se dice que su tronco ha ardido con gran rapidez, dejando un residuo de grasa y de cenizas fétidas, de olor nauseabundo, y conteniendo un hollín muy penetrante. Como posibles causas se han señalado el alcohol que saturaba sus cuerpos, la electricidad, el hidrógeno fosfórico u otros gases inflamables liberados por la descomposición de las estructuras, aunque el tema exige hechos modernos comprobados y elucidación científica reciente. La mayoría de los químicos opinan que la Combustión del

cuerpo humano del modo descrito es una imposibilidad. - Universal American Encyclopedia.

hay que mantenerse centrado. - Inclino la mirada y toco las campanillas doradas de modo que resonaran apagadamente contra el centro de su torso -. Lo mejor para centrarse es el oro. Y después los diamantes - añadió,

- Lo sé - dijo el general, con una sonrisa indulgente -. O'Leary se ocupa de eso.

- En Hight-Ashbury... - intervino una voz.

- Todo lo de Ashbury ha sido trasladado al Cañón Topanga - replicó otra voz.

- Muy interesante - observó el Anciano Vulgar.

El Joven Modesto asintió, con una considerable tensión en su cuello.

Un hombre de baja estatura y músculos de luchador de karate, con atuendo de playboy, entró como un meteoro, acompañado de dos monstruos con rostros de Frankenstein y cuatro beldades microvestidas y recién salidas de algún plató, a juzgar por su maquillaje pancromático.

- Los secretos del universo dejan de serlo en cuanto son atrapados por una cámara cinematográfica - dogmatizó el recién llegado -. A mí me llaman el Niño Prodigio

BONAPARTE, JEROME, nacido en 1784, se convirtió en oficial de marina y al principio de la guerra con Inglaterra se vio obligado a refugiarse con su barco en Nueva York, donde contrajo matrimonio con una joven norteamericana, Elizabeth Patterson, y vivió por espacio de dos años (1785-1789).

BOYER, JEAN PIERRE, Presidente de la República de Haití, fue un mulato, nacido en Port-au-Prince en 1776. Fue educado en Francia y en 1796 ingresó en el servicio militar. - Universal American Encyclopedia.

de Sunset Strip, de modo que escuchen con atención mi profecía de esta noche: cuando llegue, la Gran Película Norteamericana será un filme publicitario de tres horas de duración. Todos nuestros modernos Shakespeares son escritores publicitarios. Cuando esa basura dorada

MUERTE ELÉCTRICA, muerte resultante de la electricidad descargada a través del sistema animal. Cuando la electricidad se aplica a la ejecución de criminales (electrocución), la víctima es sentada en un sillón (silla eléctrica) y atada a él. Un electrodo con una superficie almohadillada húmeda se coloca contra su cabeza o alguna parte contigua. Otro electrodo se coloca contra alguna de las partes inferiores, y una corriente de una dinamo alterna circula durante quince o más segundos. La diferencia de potencial aplicada a los electrodos suele ser de unos 2.200 voltios. Este elevado voltaje es necesario para vencer la resistencia del cuerpo, la cual varía de 20.000 a 60.000 ohmios. Una corriente de tres centésimas (0,3) de amperio suele ser fatal, aunque no siempre. - Universal American Encyclopedia.

dé en el blanco, habrá sabiduría cósmica esparcida por las paredes del Kremlin y de la Ciudad Prohibida.

Con un tic facial inmediatamente reprimido, el Niño Prodigio se alejó, seguido de sus acompañantes.

- Sólo viene a robar nuestras mejores ideas para sus películas - comentó Morpheo en tono acibarado, para añadir inmediatamente -: Claro que, si nuestras ideas se extienden, ¿qué importa el vehículo?

- La mano izquierda ayuda a la mano derecha - aprobó la Anfitriona -. El orgiástico Tantrie, el meditativo Tantric...

- La Pasión Satánica... Estaciones de

DIABLO, el tema de una asombrosa cantidad de especulaciones ociosas. - Universal American Encyclopedia.

la Cruz Invertida... Anton LaVey... - flotó una voz. - Wilhem Reich... La sustancia química del sexo, azul como un bebé... ¿O es sonrosado?

- Ron Hubbard... ¿Ha pagado usted 1.500 dólares por Excalibur?

- Roger Babson... La Fundación rechazó el ensayo de Gloriana, porque demostraba que la gravedad era una ilusión.

- Symmes, Teed, Burroughs.... nuestra tierra hueca.

- Ignatius Donnelly, Hans Hoerbiger, Hans Schiller Bellamy, Immanuel Velikovsky... nuestro mundo golpeado muchas veces por cometas, lunas, planetas... Creo que si fuera hueco no podría resistirlo, pero supongo...

Mientras flotaban aquellas otras voces, el Joven Modesto y el Anciano Vulgar empezaron a alejarse.

La Anfitriona dijo, tras dirigirles una mirada fugaz:

- Tengo la impresión de que esos dos no encajan aquí.

- Dos - dijo Gloriana Grant -. El número de la discordia. Los números son misteriosos.

LOUISIANA, un estado de la parte central del sur de los Estados Unidos; limita con Arkansas, Mississippi, el Golfo de Méjico y Texas; admitido en la Unión el 30 de abril de 1812. En 1936 había en todo el Estado 1.318 blancos, 4.552 mexicanos, 776.326 negros, 1.536 indios, 522 chinos y 52 japoneses. - Universal American Encyclopedia.

- ¡Escépticos! - exclamó Morpheo -. Los números siempre están de acuerdo con uno.

- Es evidente que esa pareja no había estado nunca en Bootcamp Pacific - observó el general.

- ¡Oh! Son unos don nadie - resumió Linda Lee.

El Joven Modesto se sentó en un sillón complicadamente tubular.

- Este es un lugar muy fastidioso - dijo -. Oyendo hablar a esa gente, uno juraría que no pueden pertenecer a una raza que domina los vuelos espaciales

ARMADILLO, nombre hispanoamericano, incorporado al inglés, de varios mamíferos pertenecientes al orden Edentata, familia Dasipodidos, y su típico género Dasipus. El nombre implica que llevan una armadura. Cuando el animal se ve en peligro, puede improvisar un agujero y desaparecer en él con asombrosa rapidez. - Universal American Encyclopedia.

y la energía atómica.

- Pertenecen a ella - observó el Anciano Vulgar -. Y pronto alcanzarán el subespacio y viajarán hasta las estrellas.

- Escribiré un informe veraz, pero me pondrán de patitas en la calle - dijo el Joven Modesto quejumbrosamente -. Y en cuanto a mi artículo para la Enciclopedia Galáctica... -

- Mis jefes son terriblemente incrédulos, también - declaró el Anciano Vulgar -, y los editores de la Galáctica todavía más. Es una suerte que nuestros caminos se hayan cruzado. Tal vez en otra ocasión...

- Sí, bueno... - empezó a decir el Joven Modesto, volviéndose hacia el Anciano Vulgar.

Con un ahogado pop, el sillón de curvas almohadilladas que ocupaba el Anciano Vulgar había desaparecido junto con su ocupante, sin dejar detrás de él más que una momentánea corriente de aire helado.

El Joven Modesto sonrió astutamente y murmuró para sí:

- ...espacio.

Los tubos de su sillón empezaron

CARROLL, LEWIS. Véase Dogdson, Charles Lutwidge. - Universal American Encyclopedia.

a brillar débilmente. Elevándose sólo una fracción de pulgada por segundo, pero adquiriendo rápidamente velocidad, el sillón cruzó silenciosamente el umbral de la puerta, apuntado directamente a Marte.



### **Fredric Brown - POLICIA 1999**

El hombre bajito con el escaso cabello gris y su vulgar traje de color rojo brillante, se detuvo en la esquina de las calles State y Randolph para comprar un microdiario, el Sun Tribune de Chicago, del día 21 de marzo de 1999. Nadie se fijó en él, cuando entró en el superalmacén de la esquina de enfrente, y se sentó a una mesa vacía. Dejó caer una moneda en el automático y mientras la máquina le servía café, miró los titulares escritos en la página diminuta que tenía unas dimensiones de siete por diez centímetros. Sus ojos eran extraordinariamente agudos; podía ver fácilmente los titulares sin la ayuda del microlector. Pero ni en la primera ni segunda página había nada que le interesara; se referían a asuntos internacionales, al tercer cohete que se había lanzado en viaje a Venus y el último desfavorable informe de la novena expedición lunar. Pero en la página tres había dos reportajes sobre las actividades del hampa y sacó un pequeño microlector del bolsillo y lo colocó encima de la página, para leer aquella información mientras bebía el café.

El hombre bajito se llamaba Bela Joad. Este era su nombre verdadero, pero había usado tantos nombres en tantos lugares diferentes, que solamente una memoria fenomenal podía haber llevado el registro de todos ellos, pero él tenía una memoria fenomenal. Ninguno de aquellos nombres había aparecido nunca en los periódicos, ni tampoco su rostro ni su voz habían sido vistos ni oídos en las pantallas de televisión. Menos de una docena de personas, todas ellas desempeñando cargos de importancia en varias jefaturas de Policía, sabían que Bela Joad era el primer detective del mundo.

No estaba a sueldo de ningún Departamento de Policía, no recibía primas ni dinero para sus gastos y nunca había cobrado ninguna recompensa. La razón de aquello podía ser que tenía medios propios de fortuna y se complacía en la investigación del crimen como simple amateur. Pero también podía ser que ganase dinero, gracias a sus actividades contra el crimen, o que consiguiese que los bandidos pagasen de un modo u otro, los gastos de sus campañas contra ellos.

Cualquiera que fuese la razón, él no trabajaba para nadie; trabajaba contra el crimen. Cuando un delito o una serie de delitos le interesaban, se dedicaba a su investigación, a veces de acuerdo con el jefe de Policía de la ciudad donde se habían cometido, a veces operando sin el conocimiento de la Policía, hasta que se presentaba en la oficina del jefe, para entregarle las pruebas que permitirían realizar las detenciones necesarias y obtener las merecidas condenas.

El nunca había aparecido, ni siquiera como testigo, en las salas del juzgado. Y mientras él conocía a los principales personajes del hampa en una docena de ciudades, no había ningún delincuente que pudiese identificarlo, excepto bajo alguna identidad falsa, con otra apariencia, que rara vez volvía a utilizar.

Ahora, mientras bebía su café matinal, Bela Joad leía con atención, a través de su microlector, los dos reportajes del Sun Tribune que le habían llamado la atención. Uno se refería a un caso que había sido uno de sus pocos fracasos, la desaparición, posiblemente el secuestro, del Doctor Ernst Chappel, profesor de criminología en la Universidad de Columbia. El titular decía: «Nueva Pista en el Caso Chappel» pero después de leer toda la información, el detective se dio cuenta de que la pista era nueva sólo para aquel periódico; él mismo la había seguido hasta un callejón sin salida, hacía ya dos años, cuando Chappel acababa de desaparecer.

La otra información se refería a un tal Paul (Gyp) Girard, que había sido absuelto del asesinato de su principal competidor en el control de las casas de juego del Norte de Chicago. Joad leyó el reportaje con minuciosa atención.

Seis horas antes, sentado en una cervecería de Nuevo Berlín, Alemania Occidental, había escuchado las primeras noticias sobre aquella absolución por la pantalla de televisión pública, sin detalles. Había salido en el primer estratoavión para Chicago.

Cuando hubo terminado de leer el microdiario, apretó el botón de su radioreloj de pulsera, el cual estaba en sintonía automática con la estación horaria más próxima y pudo escuchar, con el volumen necesario para que sólo él oyera: «Las nueve y cuatro minutos». Sin duda, el jefe de Policía, Dyer Rand, ya estaría en su despacho.

Nadie se fijó en él cuando dejó el superalmacén. Nadie le prestó atención, mientras caminaba con la muchedumbre a lo largo de la calle Randolph, hasta llegar al gran edificio que albergaba la jefatura de Policía, situado en la esquina de la calle Clark.

La secretaria del jefe Rand aceptó su tarjeta - no la suya verdadera, pero una que Rand podría reconocer fácilmente - sin mirarle dos veces.

Rand le estrechó la mano por encima de su escritorio y luego apretó el botón de su comunicador interno, encendiendo una señal en la mesa de su secretaria que significaba: «Que no se me moleste». Se inclinó hacia atrás en su sillón giratorio y cruzó las manos por encima de los severos y pequeños tres centímetros cuadrados de su camisa violeta y amarilla. Luego dijo:

- ¿Ha leído las noticias de la absolución de Gyp Girard?
- Por eso estoy aquí.

Rand sonrió y luego volvió a quedarse serio.

- Las pruebas que me envió - dijo - eran perfectas, Joad. Debían haber significado una condena a la silla. Pero quisiera que me las hubiera traído en persona, en vez de enviarlas por correo, o que hubiera habido alguna forma de ponerme en contacto con usted. Le habría dicho que posiblemente no íbamos a conseguir que el tribunal le condenase. Joad, algo terrible está sucediendo. Tengo la impresión que usted es la última esperanza que me queda. Si hubiese tenido la oportunidad de hablarle antes...

- ¿Hace dos años?

Rand pareció sorprendido.

- ¿Por qué dice eso?

- Porque hace dos años que el Dr. Chappel desapareció en Nueva York.

- ¡Oh! - dijo Rand -. No, no hay ninguna conexión entre los dos casos.

- Pensé que quizá sabía algo del asunto, cuando mencionó los dos años. No ha estado sucediendo durante tanto tiempo, desde luego, pero es bastante cerca.

Se levantó de su escritorio de plástico y empezó a caminar a lo largo de su oficina.

- Joad - dijo -, durante el pasado - teniendo en cuenta sólo este tiempo, aunque realmente empezó hace cerca de dos años -, de cada diez delitos importantes cometidos en Chicago, siete no han podido ser resueltos. Técnicamente sin solución, desde luego; de cada cinco de esos siete, sabemos quién es el culpable, pero no lo podemos probar. No podemos conseguir que los condenen.

»El hampa nos está venciendo, Joad, mucho más de lo que han hecho en cualquier época desde la era de la prohibición, hace setenta y cinco años. Si esto sigue, vamos a volver a días como aquellos y aún peores.

»Durante los veinticuatro años últimos hemos conseguido condenar a los culpables de ocho de cada diez delitos importantes. Inclusive veinte años atrás - antes de que el uso del detector de mentiras en los Tribunales fuese declarado legal - teníamos un porcentaje superior al que conseguimos ahora. Allá por la década del 1970 al 1980, por ejemplo, conseguíamos el doble de condenas de las que obtenemos ahora; podíamos condenar a los responsables de seis de cada diez crímenes. Este año pasado, sólo han sido tres de cada diez.

»Y el caso es que conozco la razón, pero no sé qué hacer para remediarlo. La razón es que los criminales han dominado el detector de mentiras.

Bela Joad asintió. Luego dijo suavemente:

- Unos cuantos siempre han conseguido engañarlo. El aparato no es perfecto. Los jueces siempre aconsejan a los jurados que recuerden que las indicaciones del detector de mentiras tienen un alto grado de probabilidad, pero no son infalibles; que los resultados obtenidos deben ser considerados como posibles pero no definitivos y que siempre debe haber otra evidencia para apoyarlos. Y siempre han existido algunos raros individuos que pueden contar el más grande embuste delante del detector, sin que las agujas de los gráficos se muevan ni una sola vez.

- Uno en un millón, de acuerdo. Pero, Joad, en estos últimos tiempos, casi todos los jefes del hampa han podido engañar al detector.

- Quiere decir los delincuentes profesionales, no los aficionados.

- Exactamente. Sólo los habituales del delito, los profesionales, miembros del hampa. Si no fuese por eso, pensaría..., no sé lo que pensaría. Quizá que toda la teoría del detector está equivocada.

- Podría eliminar el uso del detector en los Tribunales - dijo Joad - Se han obtenido condenas antes de que su uso fuese legalizado; y antes de que se inventara el detector.

Dyer Rand suspiró y se dejó caer en su sillón neumático.

- Me gustaría hacerlo si pudiera. En este momento quisiera que nunca se hubiese inventado este aparato, o que su uso se haya introducido en los Tribunales. Pero no olvide que la ley que lo legaliza, concede a las dos partes el derecho de pedir su uso ante los jueces. Si un criminal sabe que puede engañarlo, exigirá su uso aunque nosotros no queramos. Y ya me dirá qué posibilidad hay de que un jurado lo condene, cuando el acusado exige el uso del detector de mentiras y éste confirma su inocencia.

- Muy poca, desde luego.

- Menos que nada, Joad. Tomemos este asunto de Gyp Girard, que fue absuelto ayer. Yo sé que él mató a Pete Bailey. Usted lo sabe. Las pruebas que me envió fueron, en circunstancias normales, definitivas. Y sin embargo yo sabía que íbamos a perder el caso. No me habría molestado en llevarlo a los tribunales, si no fuera por una sola cosa.

- ¿Cuál?

- Para hacerle venir aquí, Joad. No tenía ningún otro recurso para ponerme en contacto con usted, y tenía la esperanza de que si leía las noticias de la absolución de Girard, después de las pruebas que me había dado, no dejaría de venir a verme, para saber qué había pasado.

Se levantó y volvió a pasearse por la oficina.

- Joad, voy a volverme loco. ¿Cómo es posible que toda el hampa pueda engañar al detector? Esto es lo que quiero saber y va a ser el caso más importante de toda su vida. Tómese un año o cinco, Joad, pero resuélvalo. Fíjese en la historia de las fuerzas de la Ley. Siempre la policía ha tenido ventaja sobre los criminales en el campo de la ciencia. Ahora los criminales, por lo menos en Chicago, nos llevan ventaja a nosotros. Y si la situación sigue así, si no conseguimos encontrar la respuesta, nos dirigimos hacia una nueva edad media, cuando no era seguro para ningún hombre ni mujer el caminar por la calle después de anochecido. Los mismos fundamentos de nuestra sociedad pueden ser derribados. Nos encontramos enfrentados a algo maligno y muy poderoso.

Bela Joad cogió un cigarrillo de la cajita que había encima del escritorio de Rand; se encendió automáticamente tan pronto como lo tuvo en los labios. Era un cigarrillo verde y Joad sacó dos nubecillas de humo verde por la nariz, antes de contestar, casi sin interés aparente:

- ¿Tiene alguna sugerencia que ofrecer, Rand?

- He tenido dos ideas - dijo Rand -, pero ya las he desechado. La primera es de que las máquinas habían sido preparadas, con el fin de que declarasen a favor de los delincuentes. La segunda es de que los técnicos que las hacen funcionar, se habían puesto de acuerdo con los acusados. Pero he hecho que se investigara tanto a los hombres como a las máquinas, desde todos los puntos de vista posibles y no he podido encontrar nada sospechoso. En los casos importantes he tomado precauciones especiales. Por ejemplo, el detector que usamos en el juicio de Girard era nuevo, recién salido de la fábrica y lo comprobé en esta misma oficina. - Rand se rió -. Puse al Capitán Burke bajo el aparato y le pregunté si era fiel a su esposa. Me contestó que sí y casi rompe la aguja. De aquí salió para el Tribunal, bajo custodia especial.

- ¿Y el técnico que lo hizo funcionar?

- Yo mismo me senté a los controles. Fui a aprender su uso, por las noches, durante cuatro meses.

Bela Joad asintió.

- De modo que no es la máquina ni el técnico. Hemos eliminado estas posibles causas y ahora puedo investigar de aquí en adelante.

- ¿Cuánto tiempo le va a llevar, Joad?

- No tengo la menor idea.

- ¿Puedo ayudarle en algo? ¿Algo que necesite para empezar a trabajar?

- Sólo una cosa, Dyer. Necesito una lista de los delincuentes que han conseguido vencer al detector y el expediente de cada uno de ellos. Sólo de aquellos en los que estemos totalmente seguros de que han cometido los crímenes imputados. Si hay alguna duda razonable, no los ponga en la lista. ¿Cuándo podré tener esta lista?

- Ahora mismo; la tenía hecha pensando en el día que podríamos hablar de este asunto. Es un informe muy largo, de modo que lo he microcopiado - dijo Rand, mientras entregaba a Bela Joad un pequeño sobre.

- Gracias - dijo Joad - No vendré a verle a menos de que tenga alguna información importante o necesite su cooperación. Creo que lo primero que voy a hacer, va a ser preparar un asesinato para que podamos poner al asesino enfrente del detector.

Los ojos de Dyer Rand se abrieron.

- ¿A quién se va a asesinar?

- A mí - dijo Bela Joad sonriendo.

Cuando llegó a su hotel, sacó el sobre que Rand le había dado y pasó varias horas estudiando los microfilms con su microlector de bolsillo, hasta que pudo repetir palabra por palabra su contenido, de memoria. Luego quemó los films y el sobre.

Después de aquello, Bela Joad pagó su cuenta en el hotel y desapareció, pero un hombre bajito que no se parecía ni remotamente a Joad, alquiló un cuarto en un hotel barato, bajo el nombre de Martin Blue. El hotel estaba en Lakeshore Drive, que entonces era el corazón del hampa de Chicago.

El mundo criminal de Chicago había cambiado menos, en cincuenta años, de lo que uno podía suponer. Las pasiones humanas no cambian, o lo hacen muy lentamente. Era cierto que ciertos delitos habían disminuido apreciablemente, pero por el contrario, el juego había aumentado. La seguridad y el bienestar de que todos disfrutaban, era quizás un factor dominante en ese aumento. Ya no había necesidad de ahorrar para la vejez como, en épocas pasadas, habían hecho unos cuantos.

El juego era un campo propicio para los criminales y ellos cultivaban ese campo adecuadamente. Una técnica muy adelantada había aumentado el número de formas de juego, y al mismo tiempo había mejorado la eficiencia de los sistemas utilizados para dar ventaja a los fulleros. El juego con trampa era un negocio enorme y, diariamente ocurrían muertes y luchas entre bandas que se disputaban los derechos territoriales para sus casas de

juego, del mismo modo que habían luchado por las mismas causas en los días idos de la prohibición, cuando el alcohol era el rey del crimen. Aún existían cabarets y clubs nocturnos, pero ése era un negocio de menor importancia. La gente había aprendido a beber con moderación. Y las drogas era una cosa pasada, aunque aún se hacía algún tráfico en ellas.

Todavía habían robos y atracos, aunque no con tanta frecuencia como cincuenta años atrás.

El asesinato era ligeramente más frecuente. Sociólogos y criminólogos diferían respecto a las razones para este aumento en los delitos de esa categoría.

Las armas de defensa y ataque habían, desde luego, mejorado mucho, pero no incluían las atómicas. Todas las armas atómicas y subatómicas eran rígidamente controladas por el Ejército y nunca eran usadas, ni por la policía ni por los delincuentes. Eran demasiado peligrosas; la pena de muerte era obligatoria para cualquiera a quien se encontrara en posesión de un arma atómica.

Pero las pistolas y revólveres que poseían el criminal de 1999, eran muy eficaces. Eran mucho más pequeñas, más compactas y completamente silenciosas. Tanto las pistolas como las municiones estaban hechas de magnesio superduro y eran muy ligeras. El arma más común era la pistola del calibre 16 - tan mortal como la 45 del tiempo pasado, porque los diminutos proyectiles eran explosivos - y hasta una pequeña pistola de bolsillo contenía de cincuenta a cien balas.

Pero volvamos a Martin Blue, cuya entrada en el mundo del hampa coincidió con la desaparición de Bela Joad del hotel de este último.

Se vio muy pronto que Martin Blue no era un hombre agradable. No tenía medios de vida aparente, aparte del juego y parecía perder, en pequeñas cantidades, más de lo que ganaba. Casi se vio metido en dificultades por una cuestión de un cheque sin fondos, que entregó para saldar sus pérdidas en un garito, pero pudo evitar que lo liquidaran pagando al día siguiente en efectivo. Lo único que leía era el Microdiario de las carreras y bebía mucho, casi siempre en una taberna con una sala de juego clandestina en la trastienda que antes había sido propiedad de Gyp Girard. Una vez le dieron una paliza, porque defendió a Gyp Girard ante un comentario del actual propietario, quien dijo que Gyp había perdido el valor y se había vuelto honrado.

Durante una temporada la suerte se volvió contra Martin y éste se vio tan apurado que tuvo que emplearse como camarero, en el bar de un garito en el Boulevard Michigan, llamado Sucio Joe, quizá porque el dueño del local, Joe Zatelli, era considerado como uno de los hombres más bien vestidos de Chicago, y eso en los años de fin de siglo, cuando los trajes de piel de leopardo (piel sintética, pero más fina y cara que la verdadera piel de leopardo) eran muy comunes y todo el mundo usaba ropa interior de seda plástica.

Entonces le sucedió una cosa muy graciosa a Martin Blue. Joe Zatelli lo mató. Lo sorprendió, después de haber cerrado, mientras robaba la caja del bar y en el momento en que Martin daba media vuelta para huir, Zatelli disparó. Hizo tres disparos para asegurarse. Y luego Zatelli, quien nunca había confiado en los cómplices, puso el cuerpo en su coche y lo abandonó en una calleja detrás de un teatrito.

El cuerpo de Martin Blue se levantó y se fue a ver al jefe Rand para decirle personalmente lo que quería que se hiciera.

- Se ha arriesgado mucho, Joad - dijo Rand.

- No lo crea - contestó Blue -. Yo había puesto cartuchos de foguero en su pistola y estaba bien seguro de que usaría aquella arma. Y no se va a enterar de qué clase de cartuchos lleva, a menos de que se trate de matar a otra persona. Tienen toda la apariencia de cartuchos verdaderos. Y además llevaba un chaleco especial bajo el traje. Flexible para facilitar los movimientos y acolchado por encima para que parezca carne al contacto, y

desde luego no pudo sentir el latido del corazón cuando me cogió para llevarme al coche. Y estaba preparado para emitir un sonido como el de las balas explosivas al estallar en el interior.

- ¿Y qué habría pasado si hubiese cambiado de pistola o de balas?

- ¡Oh!, ese chaleco es a prueba de balas de cualquier arma, excepto las atómicas. El peligro estaba en que se le ocurriese alguna forma extravagante de hacer desaparecer el cuerpo. Me las habría arreglado, desde luego, pero se habría estropeado el plan que me ha costado tres meses de preparación. Pero tenía bien estudiada su forma de operar y estaba seguro de lo que haría. Y ahora esto es lo que quiero que haga usted, Dyer.

Los periódicos y programas de televisión de la mañana siguiente, difundieron la noticia de que había sido encontrado el cuerpo de un hombre sin identificar, en cierta callejuela de los barrios bajos. Al mediodía se informó al público de que el muerto había sido identificado como un tal Martin Blue, un ratero de poca categoría que había vivido en Lakeshore Drive, en el corazón de Chicago. Y a la noche, ya se rumoreaba en todos los bares y cabarets de la ciudad que la policía sospechaba de Joe Zatelli, que había sido el patrón de Martin Blue, y que posiblemente lo iban a detener para ponerle ante el detector.

Varios agentes de paisano vigilaron el local de Zatelli, tanto la entrada principal como la trasera, para ver dónde iría si es que salía a la calle. Vigilando el frente del local había un hombre pequeño, con la estatura de Bela Joad o Martin Blue. Desgraciadamente, a Zatelli se le ocurrió salir por la puerta trasera y consiguió despistar a los detectives que le siguieron la pista.

Lo detuvieron a la mañana siguiente, a pesar de todo, y lo llevaron a jefatura. Lo pusieron enfrente del detector de mentiras y le preguntaron qué sabía sobre Martin Blue. Zatelli admitió que Blue había trabajado para él, pero que lo había visto por última vez, cuando Martin había dejado el trabajo, la noche del asesinato. El detector indicó que no mentía.

Entonces los policías se sacaron un as de la manga. Hicieron entrar a Martin Blue en la habitación donde se estaba interrogando a Zatelli. Pero la jugada falló. Las agujas del detector no se movieron ni una fracción de milímetro y Zatelli contempló a Blue y luego a sus interrogadores con gran indignación.

- ¿Qué significa esto? - exigió -. Este tipo ni siquiera está muerto, ¿y me están preguntando si es que yo lo he matado?

Los policías aprovecharon la ocasión de tener a Zatelli allí, para preguntarle sobre unos cuantos crímenes que podía haber cometido, pero pronto se hizo aparente de acuerdo a sus contestaciones y al detector de mentiras que no había cometido ninguno de ellos. Al final lo pusieron en libertad.

Desde luego aquello fue el fin de Martin Blue. Después de mostrarse ante Zatelli en la jefatura, igual podía estar muerto en aquella calleja, para lo que les iba a servir de ahora en adelante.

Bela Joad comentó con el jefe Rand.

- Bien, de todos modos, ahora lo sabemos.

- ¿Qué es lo que sabemos?

- Tenemos la seguridad de que el detector está siendo engañado sistemáticamente. Era posible que se hubieran cometido una serie de detenciones equivocadas con anterioridad. Inclusive las pruebas que le di contra Gerard podían haber estado equivocadas. Pero ahora sabemos que Zatelli venció a la máquina. Solamente siento que Zatelli no hubiera salido por la puerta principal, de modo que yo hubiese podido seguirle; ahora podríamos tener el caso completamente resuelto, en vez de conocer sólo una parte de él.

- ¿Va a regresar? ¿Tendremos que empezar de nuevo? Sí, pero no del mismo modo. Esta vez tengo que estar en el otro extremo de un asesinato, y voy a necesitar su ayuda para eso.

- La tendrá. Pero, ¿no quiere decirme qué es lo que piensa hacer?

- Me temo que no me es posible, Dyer. Es sólo una idea muy vaga. En realidad, la he tenido desde que empecé a trabajar en este asunto. ¿Querrá hacerme otro favor, Dyer?

- Desde luego. ¿Qué es?

- Ponga uno de sus hombres a seguir a Zatelli y que vigile todo lo que haga de ahora en adelante. Ponga otro en la pista de Gyp Girard. En realidad, quisiera que usara todos los hombres de que pueda disponer y que vigilen a cada uno de los hombres de los que estamos seguros de que se han burlado del detector durante estos dos últimos años. Y que se mantengan siempre a distancia, que no dejen que esos tipos se den cuenta de que están siendo seguidos. ¿Podrá hacerlo?

- No sé qué es lo que busca, pero lo haré. ¿No puede decirme nada? Joad, esto es importante. No olvide que no se trata de un caso rutinario. Esto es algo que puede llevar al derrumbe de la ley.

Bela Joad sonrió.

- El asunto no es tan grave, Dyer. La ley que se pueda aplicar contra el hampa, desde luego. Pero usted está consiguiendo su porcentaje usual de condenas para los crímenes y delitos que no son cometidos por profesionales.

Dyer Rand lo miró confuso.

- ¿Y qué es lo que esto tiene que ver con nuestro caso?

- Quizá tenga mucha importancia. Es por esto que aún no le puedo decir nada. Pero no se preocupe. - Joad se inclinó a través de la mesa y golpeó en el hombro del jefe, y en aquel momento los dos parecían, aunque ellos no se dieran cuenta, como si un «foxterrier» le extendiera la pata a un gran «San Bernardo».

- No se preocupe, Dyer. Le prometo que le traeré la solución. Aunque quizá no podrá hacer uso de ella.

- ¿Sabe realmente lo que está buscando?

- Sí. Estoy buscando a un criminólogo que desapareció hace más de dos años. El Dr. Ernst Chappel.

- ¿Usted cree...?

- No estoy seguro. Por esto quiero encontrar al Dr. Chappel.

Y esto fue todo lo que Rand pudo conseguir de Joad. Bela Joad abandonó la oficina de Dyer Rand y regresó al hampa.

Y en el bajo mundo de Chicago apareció una nueva estrella. Quizá deberíamos llamarla una nova más bien que simplemente una estrella, tan rápidamente se convirtió en famoso o notorio. Físicamente, era un hombre bajito, no más alto que Bela Joad o Martin Blue, pero no era una persona de maneras corteses como Joad ni una hiena como Blue. Tenía lo necesario para imponerse en un mundo de malhechores y sabía utilizar bien sus cualidades. Se hizo el dueño de un pequeño club nocturno, pero era sólo para cubrir las apariencias. Detrás de esa fachada, sucedían muchas cosas, cosas de las que la policía aún no podía acusarle, y las que no parecían conocer, pero el bajo mundo estaba bien enterado.

Su nombre era Willie Ecks, y nadie en el mundo del hampa hizo amigos y enemigos con mayor rapidez. Tenía muchos de cada; los primeros eran poderosos y los segundos peligrosos. En otras palabras, ambos eran el mismo tipo de personas.

Su breve carrera fue verdaderamente - si me permiten seguir con mi símil celestial - meteórica. Y por una vez ese símil gastado e inexacto ha sido usado correctamente. Los meteoros no se elevan, como sabe cualquiera que haya estudiado meteorología, la cual no

tiene nada que ver con los meteoros. Los meteoros caen, a veces con gran estruendo. Y eso es lo que le sucedió a Willie Ecks cuando se hubo elevado lo bastante.

Tres días antes, el peor enemigo de Ecks había desaparecido de entre el seno de sus amigos. Dos pistoleros de su banda esparcieron el rumor de que la policía lo había detenido, pero eso era evidentemente un intento de prepararse la coartada, ya que tenían la intención de vengarlo. El rumor fue desacreditado, cuando a la siguiente mañana, se supo que el cuerpo del gangster había sido hallado, con un peso en los pies, en el Lago Azul del Parque Washington.

Y al anochecer del mismo día se empezó a comentar en todos los clubs y en todas las tabernas, que la policía tenía pruebas de quién era el asesino - que había usado un arma atómica prohibida - y que planeaban la detención de Willie Ecks para interrogarlo. Estas cosas se saben rápidamente aunque no se quiera que los demás se enteren.

Fue en el segundo día que había pasado Willie Ecks escondido en un hotel barato en la calle North Clark, un hotel antiguo con ascensores y ventanas en las paredes, y donde sólo unos cuantos amigos fieles sabían que se había refugiado, que uno de esos fieles amigos llamó de cierta manera a la puerta y fue inmediatamente admitido.

El nombre del recién llegado era Mike Leary, y era un acérrimo amigo de Willie y enemigo del caballero que, según los periódicos, había sido hallado en el Lago Azul.

Sus primeras palabras fueron:

- Creo que estás en un lío, Willie.

- Sí - contestó Willie. No había usado depilatorio facial durante los dos últimos días y su cara estaba azul por la barba y aún más azulada por el miedo.

Mike le dijo:

- Hay una salida, Willie. Te va a costar diez de los grandes. ¿Puedes conseguirlos?

- Los tengo. ¿Cuál es la salida?

- Hay un hombre. Yo sé cómo encontrarlo. Nunca lo he usado, pero lo haría si me viera en un lío como el tuyo. El puede arreglar tu asunto, Willie.

- ¿Cómo?

- Te enseñará cómo puedes engañar al detector de mentiras. Puedo conseguir que venga aquí y que arregle esta cuestión. Entonces puedes dejar que las policías te detengan para interrogarte, ¿comprendes? Tendrán que dejarte en libertad o si te llevan ante el juez, no conseguirán que te condenen.

- ¿Y qué pasará si me preguntan, respecto... bien, no importa, sobre otras cosas que puedo haber hecho?

- Ese amigo lo arreglará todo. Por los cinco mil te pondrá en condiciones de que puedas enfrentarte con ese detector y de que no puedan acusarte de nada.

- Antes has dicho diez mil.

Mike Leary hizo una mueca que pretendía ser una sonrisa.

- Yo también tengo que vivir, ¿no es así, Willie? Y me has dicho que tenías los diez grandes, de manera que debes estar dispuesto a pagarlos para salir de este atolladero.

Willie Ecks discutió con él, pero todo en vano. Tuvo que darle a Mike cinco billetes de mil dólares como pago por su intervención en el asunto. No es que ese dispendio le importase mucho, ya que los que pagó fueron billetes de mil dólares muy especializados. La tinta verde con que estaban impresos, se convertiría en violeta dentro de unos días. Ni siquiera en el año 1999 es posible hacer pasar un billete de mil dólares de color violeta, de modo que cuando los billetes cambiasen, Mike Leary también se pondría de color violeta, pero entonces ya sería demasiado tarde para que pudiese remediarlo.

Ya era bien entrada la noche, cuando llamaron a la puerta de la habitación que Willie Ecks ocupaba en aquel hotel Este; es levantó de donde estaba leyendo los periódicos de la tarde y apretó un botón que hizo que la puerta se volviese transparente desde el interior.



Estudió con atención al hombre de aspecto corriente que estaba en el exterior. No puso ninguna atención a los contornos faciales ni al desaliñado traje amarillo que llevaba. Se fijó bastante en los ojos, pero principalmente estudió la forma y colocación de las orejas y las comparó mentalmente con las orejas que había visto en las fotografías que había examinado concienzudamente.

Por fin Willie Ecks volvió a ponerse la pistola en el bolsillo y abrió la puerta.

- Entre - dijo.

El hombre del traje amarillo entró y Willie Ecks cerró la puerta con cuidado y luego dio la vuelta a la llave.

- Estoy muy contento de verle, Dr. Chappel.

Su voz tenía un tono de convicción y en realidad el hombre llamado Willie Ecks estaba satisfecho de su trabajo.

Ya eran las cuatro de la mañana cuando Bela Joad se encontró delante de la puerta del departamento de Dyer. Tuvo que esperarse, allí en el pasillo tenuemente iluminado, el tiempo que necesitó el jefe de Policía para levantarse de la cama y llegar hasta la puerta y luego poner en funcionamiento el tablero transparente por un lado y opaco por el otro y examinar a su visitante.

La cerradura magnética suspiró suavemente y la puerta se abrió. Los ojos de Rand estaban soñolientos y su cabello revuelto. Llevaba unas zapatillas de plástico y un pijama de neonylon arrugado.

Se hizo a un lado para permitir la entrada a Joad y éste pasó hasta el centro de la habitación y se quedó mirando a su alrededor con curiosidad. Era la primera vez que entraba en las habitaciones particulares de Rand. El departamento era como el de cualquier otro soltero de buena posición de aquella época. El mobiliario era sencillo y funcional, cada pared pintada en un tono pastel diferente, levemente fluorescente, emitía un agradable calor radiante, y la suave pero constante caricia de los rayos ultravioleta mantenía a las personas que podían permitirse aquella clase de instalación, saludablemente bronceadas. La alfombra tenía un dibujo de cuadros alternados, de color beige y gris, con piezas sueltas y cambiables, de modo que se compensara el uso en sus diferentes partes. Y el techo, desde luego, era un espejo de una sola pieza, que daba la sensación de altura y espacio.

Rand dijo:

- ¿Buenas noticias, Joad?

- Sí, pero ésta es una entrevista no oficial, Dyer. Lo que voy a decirle tiene que quedar en secreto entre nosotros dos.

- ¿Qué quiere decir?

- Aún parece dormido, Dyer - dijo Joad - Tomemos una taza de café, ¿no? Lo despertará y yo lo necesito.

- Muy bien - dijo Rand. Entró en la pequeña cocina y apretó el botón que calentaba la cafetera automática.

- ¿Lo quiere con coñac? - preguntó desde allí.

- Sí, muchas gracias.

En un minuto, Rand regresó con dos tazas de fragante y humeante café. Esperó con impaciencia hasta que estuvieron confortablemente sentados y hubieron tomado el primer sorbo de café, y entonces preguntó:

- ¿Bien, Joad?

- Antes de empezar, quiero repetir que esta entrevista no es oficial, Dyer. Puedo darle la solución completa del caso, pero solamente lo haré en el bien entendido de que la olvidará cuando yo salga de aquí; que nunca se lo contará a otra persona y de que no tomará ninguna iniciativa a consecuencia de lo que yo le diga.

Dyer Rand se quedó mirando a su huésped incrédulamente.

- ¡No puedo prometerle nada de esto! - dijo -. Soy el jefe de Policía, Joad. Tengo mis deberes para con mi puesto y el pueblo de Chicago.

- Por eso vine aquí, a su departamento, en vez de ir a su oficina. Ahora no está trabajando, Dyer. Esta es su casa y puede hablar como particular.

- Pero...

- ¿Me lo promete?

- ¡No!

- Entonces siento haberle despertado. - Bela Joad suspiró, dejó la taza y empezó a levantarse.

- ¡Espere! No puede hacer eso. No puede irse ahora sin contarme nada.

- ¿Que no puedo?

- Está bien, conforme. Prometeré. Supongo que debe tener buenas razones para pedir algo tan extraordinario, ¿no es así?

- Sí, tengo poderosas razones.

- Bien, entonces aceptaré su palabra de que esto debe de ser así.

Bela Joad sonrió.

- Bien - dijo -. Entonces voy a darle el informe de mi último caso. Porque éste es el último caso en el que trabajo, Dyer. De ahora en adelante me dedicaré a otra clase de trabajo.

Rand lo miró con sorpresa.

- ¿Cómo?

- Voy a enseñar a los malhechores cómo engañar al detector de mentiras.

El jefe de Policía, Dyer Rand, dejó su taza lentamente y se puso en pie. Avanzó un paso hacia el hombre bajito, quien tenía la mitad de su peso y que seguía sentado en la silla de respaldo inclinado.

Bela Joad aún sonreía.

- No lo haga, Dyer - dijo -. Por dos razones. La primera es que no me tocará y yo podría herirle y no quiero. La segunda es que puedo explicárselo todo y es completamente honesto. Siéntese.

Dyer Rand se sentó.

Bela Joad dijo:

- Cuando me explicó que este caso era importante, ni usted mismo sabía hasta dónde llegaba su importancia. Y aún lo será más. Chicago es solamente el principio. Y de paso, gracias por los informes que le pedí. Son exactamente lo que esperaba.

- ¿Los informes? Si todavía están en mi oficina de la jefatura.

- Estaban. Los he leído todos y después los he destruido. Las copias también. Olvídese de ellos. Y no preste demasiada atención a sus estadísticas. También las he leído.

Rand frunció el ceño.

- ¿Y por qué debo olvidarlas?

- Porque confirman lo que Ernie Chappel me ha contado esta noche. ¿Sabe usted, Dyer, que el número de delitos importantes ha descendido mucho más en este último año que el porcentaje en que ha bajado el número de sus condenas obtenidas?

- Ya me he fijado en este detalle. ¿Quiere decir que existe una relación?

- Sin duda alguna. La mayoría de los delitos, un elevado porcentaje del total, son cometidos por delincuentes profesionales, reincidentes. Y, Dyer, esto aún va más lejos. De un total de varios miles de delitos cometidos al año, el noventa por ciento son cometidos por unos cuantos centenares de criminales profesionales. Y dígame, ¿se ha fijado en que el número de criminales profesionales en Chicago ha quedado reducido en un tercio en los dos últimos años? Pues lo ha hecho. Y ésta es la razón de que el número de delitos haya disminuido.

Bela Joad tomó otro sorbo de café y entonces se inclinó hacia delante.

- Gyp Girard, según sus informes, tiene ahora un puesto de refrescos en el West Side, y no ha cometido ningún delito durante todo el año pasado. Desde que consiguió vencer al detector de mentiras. - Siguió contando con los dedos - Joe Zatelli, que era uno de los tipos más duros en el North Side, ahora está llevando su restaurante decentemente. Carey Hutch, Wild Bill Wheeler. - La lista es muy larga. - Usted tiene los informes, y éstos no están completos porque hay muchos nombres que no están en la lista, gente que fueron a ver a Ernst Chappel para que les enseñara cómo engañar al detector de mentiras y después de todo no fueron arrestados. Y nueve de cada diez de ellos - y quizá me quedo corto - no han cometido ningún delito desde entonces

Dyer Rand dijo:

- Continúe, escucho.

- Mi primera investigación del caso Chappel me demostró que había desaparecido voluntariamente. Y ahora sé que Chappel es honrado y un gran hombre. Sabía que no estaba loco, porque era un psiquiatra al mismo tiempo que un criminólogo. Un psiquiatra tiene que estar cuerdo.

»De modo que comprendí que había desaparecido por alguna razón importante. Y cuando, hace nueve meses, me contó usted lo que estaba pasando en Chicago, empecé a sospechar que Chappel podía estar aquí realizando sus proyectos. ¿Empieza a comprender?

- Muy poco.

- Bien, espere. Lo entenderá cuando se forme una idea de cómo un experto psiquiatra puede ayudar a los criminales a engañar al detector.

- ¿Puede hacerlo? Pero... yo...

- Exactamente. Por la forma más elemental de tratamiento hipnótico. Algo que cualquier buen psiquiatra podía hacer hace cincuenta años. Los clientes de Chappel, que desde luego, no saben quién es él ya que para ellos Chappel es un personaje misterioso del hampa, que les ayuda a escapar de la policía, le pagan bien y le dicen qué crímenes serán los que les puede preguntar la policía, si los arrestan. El les dice que incluyan en su relación todos los delitos que hayan cometido en su vida, de modo que la policía no puede cogerles por algún asunto pasado. Y entonces...

- Espere un poco - interrumpió Rand - ¿Cómo puede conseguir que se confíen hasta ese punto?

Joad hizo un gesto de impaciencia.

- Muy sencillo. No le confiesan un solo crimen, ni siquiera a él. El sólo les pide una lista que incluya todo lo que hayan hecho en su vida. Pueden añadir alguna mentira y él no puede saber qué delitos son los verdaderos. De manera que eso no importa.

»Entonces los somete a una ligera hipnosis y les asegura que no son delincuentes ni nunca lo han sido y que nunca han hecho nada de las cosas escritas en la lista que les vuelve a leer. Y eso es todo.

»De modo que cuando les pone enfrente del detector y se les pregunta si es que han hecho esto o aquello, ellos pueden contestar que no y estar convencidos de ello. Por eso el aparato no puede indicar que mientan. Por esa razón Joe Zatelli no se inmutó cuando vio a Martin Blue entrar en aquella habitación. No recordaba que Blue estuviese muerto, excepto por lo que había leído en los periódicos.

Rand se inclinó.

- ¿Dónde está Ernst Chappel?

- No se le debe molestar, Dyer.

- ¿Que no se le debe molestar? ¡Es el hombre más peligroso que existe!

- ¿Para quién?

- ¿Cómo que para quién? ¿Está loco, Joad?

- No estoy loco. Es el hombre más peligroso que existe, pero sólo para los criminales. Fíjese, Dyer. Cuando un delincuente empieza a ponerse nervioso porque la policía lo va a detener, envía a buscar a Ernie o lo va a ver. Y Ernie lo limpia de todos sus pecados y además le convence de que no es un criminal.

» De modo que en nueve de cada diez casos, el individuo en cuestión deja de ser criminal. Dentro de diez o veinte años Chicago no va a tener hampa. El crimen organizado por los criminales profesionales no existirá. Siempre existirán los aficionados, pero comparativamente éstos no tienen importancia. ¿Qué le parece si tomamos un poco más de café?

Dyer Rand se dirigió a la cocina y lo sirvió. Ahora estaba completamente despierto, pero andaba como un sonámbulo.

Cuando volvió, Joad le dijo:

- Y ahora que me he asociado con Ernie, vamos a extender la organización a todas las ciudades del mundo en las que exista un bajo mundo que valga la pena. Adiestraremos personal escogido; ya me he fijado en dos de sus hombres y puede ser que pronto me los lleve conmigo. Vamos a seleccionar nuestros apóstoles - más o menos una docena - muy cuidadosamente. Tienen que poseer las cualidades necesarias para ese trabajo.

- Pero, Joad - protestó Rand -, ¿qué me dice de todos los crímenes que van a quedar sin castigo; de los criminales que escaparán a la justicia?

Bela Joad bebió el resto de su taza de café y se levantó.

- ¿Y qué importa más - dijo -, castigar criminales o terminar con el crimen? O si quiere mirarlo desde un punto de vista moral, ¿debe castigarse a un hombre por un crimen que no recuerda haber cometido, cuando ya no es un criminal?

Dyer Rand suspiró.

- Creo que tiene razón. Yo mantendré mi promesa.

Supongo que ya no le veré más.

- Probablemente, no, Dyer. Y voy a adelantarme a lo que va a decir. Sí, brindaremos juntos en despedida. Una copa de licor, sin el café.

Dyer Rand trajo dos vasos.

- ¿Bebamos por Ernst Chappel? - dijo.

Bela Joad sonrió.

- Lo incluiremos en el brindis, Dyer - dijo -. Pero vamos a beber por todos los hombres que trabajan para terminar su obra. Los médicos trabajan por el día en que la raza será tan fuerte que no serán necesarios médicos; los abogados trabajan por el día en que los pleitos no serán necesarios. Y los policías, criminólogos y detectives trabajan por el día en que ya no serán necesarios, porque el crimen no existirá.

Dyer Rand asintió seriamente y levantó su copa.

Luego bebieron.

### **Brian Aldiss - PLENISOL**

Las sombras de los interminables árboles se alargaron al atardecer y luego desaparecieron, mientras el sol era consumido por un gran montón de nubes en el horizonte. Balank, preocupado, tomó su rifle laser del robot y se lo colocó debajo del brazo, aunque ello significara más peso con que cargar cuesta arriba y a pesar de lo cansado que estaba.

El robot nunca se cansaba. Habían estado trepando por aquellas colinas la mayor parte del día, y Balank tenía todos los músculos doloridos de andar agachado bajo las encinas, con la máquina siempre a su lado, adaptándose a su paso.

Durante casi todo el día sus instrumentos le habían indicado que el hombre lobo estaba muy cerca. Balank permanecía alerta, sospechando de cada árbol. Sin embargo, durante la última media hora el rastro se había desvanecido. Cuando alcanzaran la cumbre de la colina descansarían... o al menos descansaría el hombre. El claro en la cumbre estaba cerca ahora. Bajo las botas de Balank la capa de hojas secas iba haciéndose más delgada.

Había pasado demasiado tiempo con su cabeza inclinada hacia la alfombra pardorada; incluso sus retinas estaban cansadas. Se detuvo, respirando profundamente el aire, y miró a su alrededor. Detrás de ellos, el paisaje, a través de una campiña deshabitada, era espléndido, pero Balank apenas le dedicó una ojeada. El indicador infrarojo del robot dejó oír su aviso y la máquina señaló con una delgada varilla hacia un punto situado delante de ellos. Balank vio al hombre casi en el mismo instante que la máquina.

El desconocido estaba de pie, medio oculto detrás del tronco de un árbol, observando con aire de incertidumbre a Balank y al robot. Cuando Balank levantó una mano en un gesto de saludo, el desconocido respondió con cierta vacilación. Cuando Balank mencionó en voz alta su número de identificación, el hombre salió cautelosamente de su escondite, contestando con su propio número. El robot consultó sus archivos, emitió una señal afirmativa y Balank y él avanzaron.

Al llegar a la altura del hombre vieron que tenía una pequeña garita móvil plantada en el suelo detrás de él. El desconocido estrechó la mano de Balank y dijo que se llamaba Cyfal.

Balank era un hombre alto y delgado, con muy poco pelo y la expresión cerrada de su rostro que podía ser considerada como característica de su época. Cyfal, por su parte, era tan delgado como él pero mucho más bajo, de modo que parecía más robusto; una abundante cabellera cubría todo su cráneo y caía ligeramente sobre su cara. Algo en sus modales, o quizás la expresión de sus ojos, hablaba del raro tipo de hombre cuya existencia discurría principalmente fuera de la ciudad.

- Soy el oficial maderero de esta zona - dijo, y señaló su receptor de muñeca al tiempo que añadía -: Me informaron que podría venir usted a esta zona, Balank.

- Entonces, sabrá que ando detrás del hombre lobo.

- ¿EL hombre lobo? Hay muchos de ellos moviéndose a través de esta región, ahora que las poblaciones humanas están concentradas casi enteramente en las ciudades.

Algo en el tono de la observación sonó a crítica social en los oídos de Balank; miró al robot sin contestar.

- De todos modos, tendrá usted una noche excelente para cazarle - dijo Cyfal.

- ¿A qué se refiere?

- Hay luna llena.

Balank no contestó. Sabía mucho mejor que Cyfal, pensó, que cuando había luna llena los hombres lobo alcanzaban el máximo de su fuerza.

El robot estaba reconociendo los alrededores, haciendo girar lentamente una de sus antenas. Balank le siguió. Hombre y máquina se detuvieron juntos en el borde de un

pequeño acantilado detrás de la garita móvil. El acantilado era como el rizo de espuma sobre una gigantesca ola encrespada del Pacífico, ya que aquí la gran ola de la Tierra que era esta colina alcanzaba su punto más alto. Más allá, se hundía en unos frescos valles. La ladera descendente estaba cubierta de hayas, del mismo modo que la ladera opuesta lo estaba de encinas.

- Ese es el valle del Pracha. Puede ver el río desde aquí - dijo Cyfal, que se había acercado a ellos.

- ¿Ha visto usted a alguien que pudiera ser el hombre lobo? Su verdadero nombre es Gondalug, número de identidad YB5921, de la ciudad de Zagrad.

Cyfal dijo

- Vi alguien esta mañana que seguía este camino. Eran más de uno, creo. - Algo en su tono hizo que Balank le mirase fijamente -. No hablé con ninguno de ellos, ni ellos conmigo.

- ¿Les conoce?

- He hablado con muchos hombres aquí, en los bosques silenciosos, y más tarde he sabido que eran hombres lobo. Nunca me han hecho el menor daño.

Balank dijo

- Pero, usted les teme...

Aquella medio afirmación, medio pregunta, fundió la reserva de Cyfal.

- Desde luego que les temo. No son humanos... no son verdaderos hombres. Son enemigos de los hombres, ¿no es cierto? Poseen poderes mayores que los nuestros.

- Se les puede matar. No tienen máquinas, como nosotros. No son una grave amenaza.

- ¡Habla usted como un hombre de la ciudad! ¿Cuánto hace que anda detrás de ese hombre lobo?

- Ocho días. Le he tenido al alcance de mi laser, pero desapareció. Es un hombre gris, muy peludo, de facciones muy afiladas.

- ¿Quiere quedarse a cenar conmigo? Por favor. Necesito alguien con quien hablar.

Para cenar, Cyfal comió parte de un animal salvaje muerto al que había guisado. Balank, desagradablemente impresionado, comió sus propias raciones que transportaba el robot. En este y en otros sentidos, Cyfal era un anacronismo. Hacía millones de años que apenas se gastaba madera en las ciudades, y la principal tarea de los oficiales madereros consistía en fijar unas señales a los árboles viejos que habían caído peligrosamente, a fin de que las máquinas pudieran volar más tarde por encima de ellos y extraerlos como dientes careados de las mandíbulas del bosque. El puesto de oficial maderero era asignado de un modo creciente a las máquinas, a medida que escaseaban los hombres dispuestos a encargarse de aquella solitaria y peligrosa tarea lejos de las ciudades.

A lo largo de siglos de historia conocida, el género humano había creado máquinas que convirtieron sus ciudades en lugares de deleite. Las antiguas junglas de piedra de la breve adolescencia del hombre estaban tan profundamente enterradas en el olvido como las junglas de carbón del período Carbonífero.

El hombre y las máquinas habían descubierto el modo de crear vida. Se producían nuevos alimentos, que no eran carne ni verduras, y la antigua rueda del pasado estaba rota para siempre, ya que ahora el lazo entre el hombre y la tierra estaba cortado: la agricultura, la tarea de Adán, estaba tan muerta como los buques a vapor.

Las actitudes mentales estaban moldeadas por el cambio físico. A medida que las ciudades fueron capaces de mantenerse a sí mismas, la raza humana descubrió que sólo necesitaba ciudades y los recursos de las ciudades. Las comunicaciones entre ciudad y ciudad eran tan buenas que el viaje físico ya no resultaba necesario; una ciudad estaba separada de otra ciudad por extensiones de vegetación que las aislaban mutuamente como un planeta está aislado de otro planeta. Muy pocos de los habitantes de las ciudades

pensaban siquiera en el exterior; los que iban físicamente al exterior tenían algún elemento de anormalidad en ellos.

- Los hombres lobo crecen en las ciudades como nosotros - dijo Balank -. Sólo en la adolescencia huyen de ellas para refugiarse en lugares agrestes. Supongo que sabe usted eso.

La luz que brillaba por encima de la cabeza de Cyfal parpadeaba de un modo irritante.

- No hablemos de hombres lobo después de la puesta del sol - dijo Cyfal.

- Las máquinas darán cuenta de ellos a su debido tiempo.

- No esté tan seguro de eso. Tienen más dificultades que un hombre para detectar a un hombre lobo.

- Supongo que se da usted cuenta de que eso es crítica social, Cyfal...

Cyfal se encogió de hombros y con la mayor descortesía conectó su receptor de muñeca. Al cabo de unos instantes, Balank hizo lo mismo. El operador se presentó inmediatamente, y Balank pidió que le conectara con el satélite que emitía las noticias.

Quería saber algo nuevo sobre el proyecto de exploración en curso, pero en los archivos no había ninguna novedad. Le comunicaron que volviera a conectar dentro de una hora. Al mirar a Cyfal, vio que éste contemplaba un programa musical; desde el lugar en que se encontraba, las figuras que danzaban en la diminuta pantalla aparecían completamente distorsionadas. Balank se puso en pie y se dirigió a la puerta de la garita.

El robot estaba fuera, siempre alerta. Una claridad fantasmagórica iluminaba el claro. Balank quedó sorprendido al darse cuenta de la rapidez con que había anochecido.

Súbitamente, tuvo conciencia de sí mismo como de un ente, vivo, con un período limitado de vida, la mayor parte del cual había discurrido ya. La introspección era algo tan desusado en él, que se asustó. Se dijo a sí mismo que había pasado demasiado tiempo persiguiendo al hombre lobo y lejos de la ciudad: la soledad empezaba a ejercer sobre él un efecto morboso.

Mientras estaba allí oyó que se acercaba Cyfal. El hombre dijo:

- Lamento haberme mostrado tan descortés cuando lo cierto es que me alegré sinceramente de verle a usted. Lo que pasa es que no estoy acostumbrado al modo de pensar de la gente de la ciudad. Le ruego que me disculpe... Temo que pueda usted pensar, incluso, que soy un hombre lobo.

- ¡Eso es absurdo! Le tomamos a usted una muestra de sangre en cuanto estuvo a la distancia conveniente - explicó.

Sin embargo, se dio cuenta de que Cyfal le tenía intranquilo. Acercándose al robot, cogió su rifle láser y lo deslizó debajo de su brazo.

- Por si acaso - dijo.

- Desde luego. ¿Cree que se encuentra por estos alrededores? Me refiero a Gondalug, el hombre lobo. ¿Tal vez siguiéndole a usted en lugar de que le siga usted a él?

- Como usted ha dicho, hay luna llena. Además, Gondalug no ha comido en varios días. Cuando el gene licantrópico se pone de manifiesto, los hombres lobos no comen alimentos sintéticos.

- ¿Es ese el motivo de que ocasionalmente devoren seres humanos? - Cyfal permaneció silencioso unos instantes y luego añadió -: Pero ellos forman parte de la raza humana... es decir, si se les considera como hombres que se convierten en lobos, y no en lobos que se convierten en hombres. Me refiero a que están más emparentados con nosotros que los animales o las máquinas.

- ¡Que las máquinas, no! - exclamó Balank, con voz alterada -. ¿Cómo podríamos sobrevivir sin las máquinas?

Ignorando aquello, Cyfal dijo

- En mi opinión, los humanos se están convirtiendo en máquinas. Por mi parte, preferiría convertirme en un hombre lobo.

En alguna parte entre los árboles resonó un grito de dolor, que se repitió.

- Es una lechuza - dijo Cyfal.

El sonido pareció retrotraerle al presente y rogó a Balank que entrara en la garita y cerrara la puerta. Sacó un poco de vino, que los dos hombres calentaron, salaron y bebieron juntos.

- Mi reloj es el sol - dijo Cyfal, cuando hubieron charlado un poco -. Me acostaré pronto. ¿Duerme usted también?

- Yo no duermo: descanso despierto.

- A mí no me han hecho la operación. ¿Piensa usted marcharse? ¿Piensa dejarme solo aquí, la noche de la luna llena? - inquirió Cyfal agarrando a Balank por la manga y soltándole luego rápidamente.

- Si Gondalug se encuentra por estos alrededores, quiero matarle esta noche. He de regresar a la ciudad. - Pero vio que Cyfal estaba asustado y se compadeció de él -. Aunque en realidad podría tomarme una hora de descanso: no me he tomado ninguna desde hace tres días.

- ¿Se la tomará usted aquí?

- Desde luego. Vaya a acostarse. Aunque, está usted armado, ¿no?

- A veces, el estar armado no sirve para nada.

Mientras Cyfal preparaba su camastro, Balank conectó de nuevo su receptor de muñeca. En aquel preciso instante se iniciaba el noticiario. Balank volvió a sumergirse en un remoto y terrible futuro.

Las máquinas habían conseguido avanzar ocho millones de años en su exploración del tiempo, pero una desviación en los cuanta del espectro electromagnético había interrumpido su avance. El motivo de esto no había sido descubierto y residía en la cambiante naturaleza del sol, el cual influenciaba fuertemente la estructura del tiempo de su propio diminuto rincón de la galaxia.

Balank sentía curiosidad por saber si las máquinas habían resuelto el problema. Al parecer no era así, ya que la principal noticia del día era que la Plataforma Uno había decidido que las operaciones debían limitarse ahora al espacio de tiempo que había quedado abierto. Plataforma Uno era el nombre de la máquina situada a muchos centenares de siglos adelante en el tiempo, que por primera vez había traspasado la barrera del tiempo y establecido contacto con todas las civilizaciones gobernadas por máquinas posteriores a su propia época.

Era una lástima que únicamente los sentidos electrónicos de las máquinas pudieran avanzar en el tiempo... A Balank le hubiera gustado mucho visitar una de las gigantescas ciudades del remoto futuro.

La compensación era que los exploradores enviaban a su propia época imágenes de aquel mundo. Aquellos paisajes del futuro causaban una profunda impresión a Balank; e incluso mientras seguía el rastro del hombre lobo, una tarea que absorbía casi todas sus facultades, no dejaba de conectar su receptor de muñeca, en busca de todas las imágenes posibles de aquella inaccesible y terrorífica realidad que yacía a mucha distancia en el mismo stratum del tiempo que contenía su propio mundo.

Súbitamente, Balank oyó un ruido en el exterior de la garita y se puso rápidamente en pie. Empuñando el rifle, abrió la puerta y asomó la cabeza, con la mano izquierda apoyada en el marco de la puerta y su receptor de muñeca funcionando aún.

El robot montaba guardia en el exterior, sus sentidos funcionando ininterrumpidamente. Un par de hojas se desprendieron de los árboles; el silencio, aquí, no era nunca absoluto, como podía serlo en las ciudades por la noche; aquí siempre había algo vivo o moribundo.



Mientras su mirada trataba de taladrar la oscuridad - aunque el robot, e incluso el hombre lobo, según decían, veían mucho más claramente que él en esta situación -, su visión quedó oscurecida por la representación del futuro que centelleaba débilmente en su muñeca. Dos fases del mismo mundo estaban yuxtapuestas, una de ellas prometiendo un entorno donde serían necesarios otros sentidos para sobrevivir.

Satisfecho, aunque todavía cauteloso, Balank cerró la puerta y volvió a sentarse y a estudiar la transmisión. Cuando ésta terminó, Balank pidió una repetición. Al darse cuenta de lo abortivo que estaba, Cyfal conectó el mismo programa desde su camastro.

Encima de los desiertos de hielo de la Tierra brillaba un sol azul, demasiado pequeño para mostrar un disco, y desde aquella astilla de luz llegaban todos los cambios terrestres. Su luz era tan brillante como la luz de la luna llena. Todas las antiguas especies primitivas de flora se habían desvanecido hacía mucho tiempo. Los árboles, que por espacio de tantas épocas habían sido una de las formas soberanas de la Tierra, habían desaparecido. Los animales habían desaparecido. Los pájaros se habían desvanecido de los cielos. En los océanos, muy pocas formas de vida prolongaban su existencia.

Nuevas fuerzas habían heredado esta Tierra futura. Era la época de las mayestáticas auroras, de las noches del cero casi absoluto, de las ventiscas que duraban años.

Pero existían aún las ciudades, con sus luces ardiendo con más brillantez que un sol cada vez más frío; y existían las máquinas.

Las máquinas de aquella era remota eran objetos monstruosos y complicados, lentos y acorazados, muy semejantes a los dinosaurios que habían llenado una hora del amanecer de la Tierra. Vagaban por el yermo paisaje en sus ineludibles correrías. Trepaban al espacio, construyendo allí monstruosos brazos unidos por membranas que se extendían lejos de la órbita de la Tierra para recoger energía y el envolver al pobre sol en una amplia red de fuerza magnética.

En el curso natural de su evolución, el sol había alcanzado su fase blanca y enana. Su fase como estrella amarilla, cuando tenía que mantener vida vertebrada, fue muy breve. Ahora avanzaba hacia el período principal de su vida para convertirse en una estrella roja, enana.

Entonces alcanzaría la madurez y arrojaría sobre su tercer planeta la luz de una perpetua luna llena.

El documental presentando esta imagen del futuro incluía un comentario que consistía principalmente en la descripción de las dificultades técnicas con que se enfrentaban la Plataforma Uno y las otras máquinas en aquella época. Era algo demasiado complicado para que Balank pudiera comprenderlo. Levantó la mirada de su receptor y vio que Cyfal se había quedado dormido en su camastro.

Balank contempló al oficial maderero con aire pensativo. La crítica de las máquinas que se había permitido hacer le preocupaba. Naturalmente, la gente siempre estaba criticando a las máquinas, pero, después de todo, la raza humana dependía de ellas cada vez más, y la mayor parte de las críticas eran superficiales. Cyfal parecía dudar del papel absoluto de las máquinas.

Resultaba sumamente difícil decidir cuánto había de verdad en cualquier cosa. En los hombres lobo, por ejemplo. Eran y habían sido siempre enemigos del hombre, y por eso probablemente las máquinas les daban caza de un modo tan implacable: en beneficio del hombre. Pero, por lo que había aprendido en la escuela de patrullas, aquellos seres iban en aumento. ¿Poseían realmente poderes mágicos? Poderes que no estaban al alcance del hombre, que les permitían sobrevivir y medrar como el hombre no podía hacerlo, ni siquiera apoyado por todas las fuerzas de las ciudades. El Hermano Oscuro: así llamaban al hombre lobo, debido a que era como el aspecto nocturno del hombre. Pero no era un

hombre. Aunque nadie podía decir exactamente en que se diferenciaba del hombre, aparte de que podía sobrevivir en condiciones mortales para el hombre.

Con el ceño fruncido, Balank volvió a acercarse a la puerta y se asomó al exterior. La luna estaba trepando por el cielo, proyectando una pálida luz sobre los árboles del claro y sobre el robot. Balank recordó aquel lejano día en que el sol no brillaría ya cálidamente.

El robot estaba conectado para una transmisión, y Balank se preguntó con quién estaría en contacto. Con el Cuartel General, posiblemente, recibiendo órdenes o enviando su informe.

- Me estoy tomando una hora de descanso - dijo Balank -. ¿Alguna novedad?

- Ninguna. Puedes descansar. Yo montaré guardia - dijo el circuito parlante del robot.

Balank volvió a entrar en la garita, se sentó y apoyó la cabeza en sus brazos doblados sobre la mesa. Una hora de descanso le dejaría como nuevo para las próximas setenta y dos horas. Quedó sumido en una semiinconsciencia. Al despertar, una hora más tarde, experimentó la desagradable sensación de que en su cerebro reinaba una especie de confusión.

Antes de que hubiera levantado la cabeza llegó el pensamiento: Nunca vemos ningún ser humano en el remoto futuro.

Se irguió en su asiento. Desde luego, no había sido más que una omisión casual en un breve programa. Los humanos no eran tan importantes como las máquinas, y esto tendría aún más validez en el lejano futuro. Pero ninguno de los documentales había presentado a seres humanos, ni siquiera en las inmensas ciudades. Esto era absurdo: allí habría montones de seres humanos. Las máquinas habían prometido, en la época de la histórica Emancipación, que siempre protegerían a la raza humana.

Bueno, se dijo Balank a sí mismo, estaba diciendo tonterías. Los subversivos comentarios que Cyfal se había permitido hacer habían trastornado sus ideas. Instintivamente, se volvió a mirar al oficial maderero.

Cyfal estaba muerto en su camastro. Su cabeza colgaba fuera de la colchoneta, con la garganta desgarrada. La sangre manaba aún lentamente de la herida, deslizándose hasta el hombro y goteando de allí al suelo.

Obligándose a sí mismo a hacerlo, Balank se inclinó sobre él. Una de las manos de Cyfal aferraba un trozo de piel gris.

¡El hombre lobo les había visitado! Balank se llevó una mano a la garganta, aterrorizado. Era evidente que se había despertado a tiempo para salvar su propia vida, y el hombre lobo había huido.

Permaneció largo rato contemplando con una expresión de piedad y de horror al hombre muerto, antes de tomar el trozo de piel de su mano. Lo examinó con disgusto. Era más suave de lo que había imaginado que podía ser la piel de un lobo. Le dio vuelta en la palma de su mano.

Había una letra impresa en la parte de la piel que no estaba cubierta de pelo.

Era apenas visible, pero Balank la reconoció como una S. No, tenía que ser un araño, una mancha, cualquier cosa menos una letra impresa. Esto significaría que la piel era sintética, y que había sido dejada como una evidencia para confundir a Balank...

Corrió hacia la puerta, empuñando el laser mientras salía, y se asomó al exterior. La luna estaba ahora muy alta en el cielo. Vio al robot avanzando a través del claro hacia él.

- ¿Dónde has estado? - inquirió.

- Patrullando. He oído algo entre los árboles y me ha parecido ver un gran lobo gris, pero no he podido destruirlo. ¿Por qué estás asustado? Estoy registrando un exceso de adrenalina en tus venas.

- Ven y echa una mirada. Alguien ha asesinado al oficial maderero.

Se hizo a un lado mientras el robot entraba en la garita y extendía un par de varillas sobre el cadáver que yacía en el camastro. Mientras el robot efectuaba aquella operación, Balank se guardó el trozo de piel en un bolsillo.

- Cyfal está muerto. Le han destrozado la garganta. Ha sido obra de un animal de gran tamaño. Balank, si has descansado, debemos reanudar ahora mismo la persecución del hombre lobo Gondalug, número de identidad YB5921. Él ha cometido este crimen.

Salieron al exterior. Balank estaba temblando. Dijo:

- Tendríamos que enterrar a ese pobre hombre.

- Si es necesario, podemos regresar cuando sea de día.

Resultaba imposible discutir con las máquinas. El robot había echado a andar, y Balank se vio obligado a seguirle.

Descendieron la ladera de la colina en dirección al río Pracha. La dificultad del descenso no tardó en borrarlo todo de la mente de Balank. Habían seguido a Gondalug hasta allí, y no parecía probable que el hombre lobo pudiese ir mucho más lejos. Más allá del valle se extendían unas mesetas completamente desprovistas de vegetación, en las cuales no habría modo de ocultarse. Gondalug tenía que encontrarse muy cerca, y no podían tardar en descubrirlo, gracias a sus instrumentos, y destruirlo. Con un poco de suerte, les conduciría a cavernas en las cuales encontrarían y exterminarían a otros hombres y mujeres, y tal vez niños, que eran portadores del mortífero gene licantrópico y se negaban a vivir en las ciudades.

Tardaron dos horas en llegar a la parte inferior del valle. De la ladera de la colina se habían desprendido unas rocas enormes que habían ido a caer sobre el lecho del río, creando un paisaje ideal para ocultarse.

- Tengo que descansar un momento - jadeó Balank.

El robot se detuvo inmediatamente. Permanecieron allí, rodeados por el rumor del pequeño río. De pronto, la máquina preguntó

- ¿Por qué has ocultado el trozo de piel de lobo que encontraste en la mano del oficial maderero?

Balank echó a correr, y dio un salto para buscar refugio detrás de la roca más próxima. Mientras caía en el fango, vio el rayo mortífero que pasaba por encima de su cabeza. Corrió de nuevo, en busca de un refugio más seguro al otro lado del río.

Desde la otra orilla, el robot le gritó

- ¡Balank! ¡Te has vuelto loco!

Sabiéndose casi a salvo, Balank replicó

- ¡Regresa a la ciudad, robot! ¡No podrás alcanzarme!

- ¿Por qué has ocultado el trozo de piel que tenía en la mano el oficial maderero?

- ¿Cómo puedes saber que la piel estaba allí? La pusiste tú. Tú mataste a Cyfal, porque sabías cosas acerca de las máquinas que yo ignoraba, ¿no es cierto? Querías que yo creyera que le había matado el hombre lobo, ¿verdad? Las máquinas están matando poco a poco a los hombres, ¿no? Los hombres lobo no existen...

- Estás en un error, Balank. Los hombres lobo existen. Han sobrevivido porque el hombre nunca ha creído realmente que existieran. Pero nosotras creemos que existen, y para nosotros representan una amenaza mucho mayor que la raza humana. De modo que renuncia a tu locura y vuelve aquí. Continuaremos buscando a Gondalug.

Balank no contestó. Se agachó y escuchó a la máquina gruñendo en la otra orilla del río.

Agachado sobre una roca por encima de la cabeza de Balank había un hombre vigoroso de cráneo aplastado. Contemplaba la escena que se desarrollaba debajo de él sin que se alterase un solo músculo de su rostro grisáceo y serio.

La máquina tomó una decisión. Al no obtener respuesta del hombre, se acercó al borde de la roca que Balank había saltado al iniciar su huida. Por un instante pensó en la

posibilidad de transmitir un mensaje pidiendo ayuda, pero la ciudad más próxima, Zagrad, se encontraba a una distancia considerable. Entonces empezó a buscar el lugar más favorable para cruzar el río.

Desde su escondrijo, Balank no perdía de vista al robot. Se dio cuenta de sus intenciones, y comprendió que si permitía que la máquina pasara al otro lado estaba irremisiblemente perdido. Y comprendió también que las dificultades con que tropezaría el robot para franquear las rocas le ofrecían la posibilidad - tal vez la única - de destruirlo. Cogió una piedra de gran tamaño. Cuando el robot estuviera en precario equilibrio sobre una roca se precipitaría contra él, sin darle tiempo a reaccionar, y le golpearía con la piedra haciéndole caer al río.

La máquina era rápida y lista. Balank sólo podría disponer de una fracción de segundo para actuar. Llenó sus pulmones de aire, empuñó fuertemente la piedra, apretó los dientes, y...

Gondalug contemplaba la escena sin que se alterase un solo músculo de su rostro grisáceo. Como si no le afectara en absoluto. Vio lo que había en la mente del hombre, supo que esperaba la fracción de segundo precisa para entrar en acción...

Su propia raza, la del Hermano Oscuro del hombre, actuaba de un modo distinto. Miraba mucho más adelante, como siempre había hecho, de un modo inimaginable para el Homo sapiens. Para Gondalug, el desenlace de aquella pequeña lucha particular no tenía importancia. Sabía que su raza había ganado ya su batalla contra el género humano. Sabía que aún tenía que entablar su verdadera batalla contra las máquinas.

Pero aquel momento llegaría. Y entonces derrotarían a las máquinas. En los largos días en que el sol brillaría siempre sobre la bendita Tierra como una luna llena... en aquellos días, su raza vería terminada su espera y entraría en su propio reino salvaje.

## **Philip K. Dick - VISITA A UN PLANETA EXTRAÑO**

El sol de última hora de la tarde brillaba cegador y caliente, un gran orbe tembloroso en el cielo. Trent se detuvo un momento para recuperar la respiración. En el interior de su casco forrado de plomo, su rostro estaba goteando sudor, gota tras gota de pegajosa humedad que le empañaba el visor y le atragantaba.

Se cambió de hombro la bolsa de emergencia y se subió el cinto de la pistola. Sacó un par de tubos agotados de su tanque de oxígeno y los descartó tirándolos entre las hierbas. Los tubos rodaron y desaparecieron, perdidos en los interminables montones de hojas y matorrales verde rojizos.

Trent comprobó el contador, vio que la lectura era lo bastante baja, y se echó hacia atrás el casco durante un precioso momento.

El aire fresco llenó su boca y nariz. Inspiró profundamente, llenándose los pulmones. El aire olía bien... denso y húmedo y repleto del aroma de las plantas. Exhaló e inspiró nuevamente.

A su derecha se alzaba una gran columna de matorrales color naranja, envolviendo un inestable pilar de cemento. Por todo el llano paisaje se veía una gran extensión de hierba y árboles. En la distancia, una masa de vegetación se alzaba como una pared, una jungla de enredaderas, insectos, flores y matorrales que tendría que atomizar mientras avanzaba lentamente.

Dos inmensas mariposas danzaron pasando junto a él. Grandes formas frágiles, multicolores, que volaron erráticamente a su alrededor, alejándose luego. Por todas partes había vida: bichos y plantas y los animalillos de la espesura, una zumbante jungla de vida por todas partes. Trent suspiró y volvió a colocarse el casco. A lo más que se atrevía era a un par de inspiraciones.

Incrementó el flujo de oxígeno de su tanque y luego alzó el transmisor a sus labios. Lo tuvo un momento en emisión:

- Trent. Probando con el monitor de la Mina. ¿Me oís?

Un momento de estática y silencio. Luego, una débil y fantasmal voz:

- Adelante, Trent. ¿Dónde infiernos estás?

- Sigo yendo hacia el norte. Tengo ruinas delante. Quizá deba dar un rodeo. Parecen muy espesas.

- ¿Ruinas?

- Probablemente Nueva York. Comprobaré con el mapa.

La voz sonaba ansiosa:

- ¿Has encontrado algo?

- Nada. Al menos por el momento. Daré una vuelta e informaré dentro de una hora -

Trent contempló su reloj -. Son las tres y media. Os llamaré antes del anochecer.

La voz dudó:

- Buena suerte. Espero que encuentres algo. ¿Qué tal su suministro de oxígeno?

- Bien.

- ¿Alimentos?

- Tengo bastantes. Quizá encuentre algunas plantas comestibles.

- ¡No corras ningún riesgo!

- No lo haré - Trent apagó el transmisor y lo volvió a colgar de su cinto -. No lo haré - repitió. Sacó su atomizadora, se volvió a colgar la bolsa de emergencia e inició de nuevo el camino, con sus pesadas botas forradas de plomo hundiéndose profundamente en el lujurioso follaje y en el humus de debajo del mismo.

Era poco después de las cuatro cuando los vio. Salieron de la jungla que los rodeaba. Eran dos, machos jóvenes: altos y delgados, y de un color azul grisáceo córneo parecido a la ceniza. Uno de ellos alzó su mano en saludo. Seis o siete dedos, con articulaciones extra.

- Tardes - trompeteó.

Trent se detuvo de inmediato. Su corazón retumbó.

- Buenas tardes.

Los dos jóvenes se le acercaron lentamente. Uno llevaba un hacha; un hacha para cortar follaje. El otro llevaba únicamente sus pantalones y los restos de una camisa de lona. Tenían casi dos metros y medio de altura, sin carne: huesos y ángulos duros y grandes ojos curiosos, con gruesos párpados. También había cambios internos, un metabolismo y una estructura celular radicalmente distintas, la habilidad para utilizar sales radiactivas, un sistema digestivo alterado. Ambos contemplaban a Trent con interés... con creciente interés.

- Oiga - dijo uno -. Usted es un ser humano.

- Así es - dijo Trent.

- Mi nombre es Jackson - el joven extendió su delgada mano azul córneo y Trent la estrechó torpemente. La mano se notaba frágil bajo su guante forrado de plomo. Su propietario añadió -: Mi amigo es Earl Potter.

Trent le estrechó la mano a Potter.

- Saludos - dijo Potter. Hizo una mueca con sus deformes labios -. ¿Podemos mirar su equipo?

- ¿Mi equipo? - repitió Trent.

- Su arma y equipo. ¿Qué es lo que lleva en el cinturón? ¿Y ese tanque?

- Transmisor... oxígeno - Trent les mostró el transmisor -. A pilas. Con un radio de ciento cincuenta kilómetros.

- ¿Es usted de un campo? - preguntó rápidamente Jackson.

- Sí. Allá en Pennsylvania.

- ¿Cuántos?

Trent, se alzó de hombros.

- Un par de docenas.

Los gigantes de piel azulada se mostraron fascinados.

- ¿Cómo han sobrevivido ustedes? A Penn le dieron duro, ¿no? Los estanques deben ser profundos por allí.

- Minas - explicó Trent -. Nuestros antepasados se metieron muy abajo en las minas de carbón cuando comenzó la Guerra. Así dicen los archivos. Estamos bastante bien instalados. Hacemos crecer nuestra propia comida en tanques. Tenemos unas pocas máquinas, bombas, compresores y generadores eléctricos. Algunos tornos manuales.

No mencionó que ahora los generadores tenían que ser puestos en marcha a mano, y que solo la mitad de los tanques seguían operando. Tras trescientos años, el metal y el plástico no servían de gran cosa; a pesar de los continuos arreglos y reparaciones. Todo se estaba desgastando, rompiendo.

- Oiga - dijo Potter -, esto deja como un tonto a Dave Hunter.

- ¿Dave Hunter?

- Dave dice que ya no hay ningún verdadero humano - explicó Jackson. Palpó con curiosidad el casco de Trent -. ¿Por qué no viene de vuelta con nosotros? Tenemos una colonia cerca de aquí... solo a una hora, más o menos, en el tractor: nuestro tractor de caza. Earl y yo estábamos cazando conejos flap-flap.

- ¿Conejos flap-flap?

- Conejos voladores. Buena carne, pero difíciles de cazar... pesan unos doce kilos.

- ¿Con qué los cazan? No será con el hacha.

Potter y Jackson se echaron a reír.

- Mire esto - Potter se sacó un largo tubo de latón de los pantalones. Lo llevaba en el interior de la pernera, a lo largo de su delgadísima pierna.

Trent examinó el tubo. Estaba hecho a mano. Latón blando cuidadosamente trabajado y enderezado. Un extremo tenía forma de boquilla. Miró su interior. Una pequeña aguja metálica estaba alojada en una masa de material transparente.

- ¿Cómo funciona? - preguntó.

- Lo lanza uno, como si se tratase de una cerbatana. Pero una vez el dardo está en el aire, sigue siempre a su objetivo. Tiene que suministrársele el impulso inicial. - Potter se echó a reír -. Yo lo suministro. Un gran soplo.

- Interesante. - Trent le devolvió el tubo. Con elaborado descuido, estudiando los dos rostros azul gris, preguntó -: ¿Soy el primer humano al que han visto?

- Así es - dijo Jackson -. Al Viejo le encantará recibirle. - Había ansiedad en su voz -. ¿Qué me dice? Nos ocuparemos de usted. Lo alimentaremos, le traeremos plantas y animales no radiactivos. ¿Qué le parecería pasar aquí una semana?

- Lo lamento - dijo Trent -. Tengo otro trabajo que hacer. Si paso por aquí de regreso...

Los córneos rostros mostraron desencanto.

- ¿Ni siquiera menos tiempo? ¿Esta noche? Le daremos mucha comida sin radiactividad. Tenemos un excelente desirradiador que el Viejo arregló.

Trent se golpeó el tanque.

- Voy corto de oxígeno. ¿No tendrán un compresor?

- No. No lo necesitamos para nada. Pero quizá el Viejo podría...

- Lo lamento - Trent se puso en marcha -. Tengo que seguir. ¿Están seguros de que no hay humanos en esta región?

- Creíamos que ya no quedaba ninguno en parte alguna. Se oyen rumores de vez en cuando. Pero usted es el primero que vemos - Potter señaló hacia el oeste -. Hay una tribu de rodadores en esa dirección - luego señaló vagamente hacia el sur -. Un par de tribus de insectos.

- Y algunos corredores.

- ¿Los ha visto?

- Vengo de esa dirección.

- Y hacia el norte hay algunos de los subterráneos... esos ciegos y perforadores - Potter hizo una mueca -. No puedo soportarlos, con sus galerías y perforaciones. Pero qué infiernos - sonrió -, cada uno tiene su forma de vida.

- Y hacia el este - añadió Jackson -, donde comienza el océano, hay una gran cantidad de la especie tortuga: el tipo submarino. Nadan por allí, usan esos grandes domos con aire y tanques... A veces salen de noche... Mucha gente sale de noche. Nosotros aún seguimos viviendo de día - se acarició su córnea piel azul grisáceo -. Esto filtra muy bien la radiación.

- Lo sé - dijo Trent -. Hasta la vista.

- Buena suerte - lo contemplaron irse, con sus ojos de gruesos párpados muy abiertos aún por el asombro, mientras el ser humano se abría camino lentamente por la lujuriosa vegetación verde, con su traje de metal y plástico brillando débilmente a la menguante luz del sol.

La tierra estaba viva, repleta de movimiento. Plantas, animales e insectos en una confusión desordenada. Seres diurnos, seres nocturnos, seres terrestres y acuáticos, de formas y en número increíbles que nunca habían sido catalogados y que probablemente jamás lo serían.

Al final de la Guerra, cada centímetro cuadrado de la superficie era radiactivo. Todo ser vivo sometido a rayos beta y gamma. La mayor parte de la vida murió..., pero no toda. Las radiaciones fuertes produjeron mutaciones: a todos los niveles, insectos, plantas y animales. El proceso normal de mutación y selección fue acelerado millones de años en segundos.

Esa descendencia alterada llenaba la Tierra. Una gigantesca horda brillante de seres saturados de radiación. En este mundo, solo aquellas formas de vida que podían usar un suelo radiactivado y respirar aire cargado de partículas podían sobrevivir. Insectos, animales y hombres que podían vivir en un mundo cuya superficie brillaba de noche.

Trent consideró esto hoscamente, mientras se abría paso por la calurosa jungla, quemando con gran experiencia los matorrales y enredaderas con su atomizadora. La mayor parte de los océanos se volatilizaron. Y el agua seguía cayendo aún, empapando el suelo con torrentes de caliente humedad. Aquella jungla estaba mojada... mojada, caliente y llena de vida. A su alrededor correteaban y producían ruidos muchos seres vivos. Apretó con fuerza su atomizadora, y siguió adelante.

El sol se estaba poniendo. Estaba comenzando a ser de noche. Una hilera de recortadas colinas se alzaba frente a él, a lo lejos, a la violácea luz. La puesta de sol iba a ser muy hermosa: a causa de las partículas en suspensión, partículas que aún flotaban desde las explosiones iniciales, hacía siglos.

Se detuvo un momento para mirar. Había recorrido un largo camino. Estaba cansado... y descorazonado.

Los gigantes de piel azul córneo eran una típica tribu mutante. Sapos, se los llamaba. A causa de su piel, ya que se parecía a la de los sapos córneos del desierto. Con sus órganos internos alterados para utilizar las plantas y el aire radiactivos, vivían fácilmente en un mundo en el que él solo podía sobrevivir con su traje forrado de plomo, visor polarizado, tanque de oxígeno, y píldoras de alimentos especiales no irradiados hechos crecer bajo tierra en la Mina.

La Mina... era hora de llamar de nuevo. Alzó su transmisor.

- Trent comprobando de nuevo - murmuró. Se lamió los resecos labios. Tenía hambre y sed. Quizá pudiera encontrar un sitio relativamente «frío», libre de radiación. Quitarse el traje durante un cuarto de hora y lavarse. Librarse del sudor y la suciedad.

Llevaba dos semanas caminando, encerrado en aquel caliente y pegajoso traje forrado de plomo, parecido al de un buzo. Mientras, a su alrededor, incontables formas de vida correteaban y saltaban, sin que les molestasen los mortíferos estanques de radiación.

- Mina - respondió la débil y lejana voz.

- Ya estoy harto por hoy. Me voy a parar a comer y descansar. Basta hasta mañana.

- ¿No hubo suerte? - fuerte desencanto.

- No.

Silencio. Luego:

- Bueno. Quizá mañana.

- Quizá. He encontrado una tribu de sapos. Unos machos jóvenes muy amables, de dos metros y medio de alto - la voz de Trent sonaba amarga -. Caminando por ahí sin más que camisas y pantalones. Con los pies descalzos.

El monitor de la Mina se mostraba desinteresado.

- Lo sé. Tienen suerte. Bueno, duerme algo y llámame mañana por la mañana. Ha llegado un informe de Lawrence.

- ¿Dónde está?

- Hacia el oeste. Cerca de Ohio. Caminando a buen ritmo.

- ¿Algún resultado?



- Tribus de rodadores, insectos y el tipo horador que sale de noche... esas cosas blancas y ciegas.

- Gusanos.

- Sí, gusanos. Nada más. ¿Cuándo volverás a informar?

- Mañana - dijo Trent. Desconectó y se colgó el transmisor del cinto.

Mañana. Contempló la distante hilera de colinas a la luz del anochecer. Cinco años. Y siempre... mañana. Era el último de una larga procesión de hombres enviados al exterior. Llevando preciosos tanques de oxígeno, píldoras alimenticias y una pistola atomizadora. Malgastando sus últimas reservas en una inútil exploración de las junglas.

¿Mañana? Algún mañana, no muy lejano, ya no quedarían más tanques de oxígeno ni píldoras alimenticias. Los compresores y las bombas habrían dejado definitivamente de funcionar. Estropeados para siempre. La Mina quedaría muerta y silenciosa. A menos que establecieran contacto muy pronto.

Se puso en cuclillas, y comenzó a pasar su contador por la superficie, buscando un lugar «frío» en el que desnudarse. Cayó dormido.

- Miradlo - dijo una lejana y débil voz. La conciencia le regresó en una oleada. Trent se despertó sobresaltado, echando mano a su atomizador. Era por la mañana. La grisácea luz solar se filtraba por entre los árboles. A su alrededor se movían unas figuras.

¡Su atomizador... había desaparecido!

Trent se sentó, completamente despierto. Las figuras eran vagamente humanas... pero no mucho. Insectos.

- ¿Dónde está mi arma? - preguntó Trent.

- Tómesele con calma - un insecto avanzó, con los otros detrás. Hacía frío. Trent se estremeció. Se puso torpemente en pie, mientras los insectos formaban un círculo a su alrededor -. Se lo devolveremos.

- Démelo ya - estaba envarado y frío. Se colocó bien el casco y se apretó el cinto. Sentía escalofríos y se estremecía. Las hojas y enredaderas goteaban. Notaba el suelo blando bajo sus pies.

Los insectos conferenciaron. Había diez o doce de ellos. Extraños seres, más parecidos a insectos que a hombres. Tenían caparzones de gruesa y brillante quitina, ojos multifacetados. Nerviosas y vibrátiles antenas mediante las cuales detectaban la radiación.

Su protección no era perfecta. Una dosis fuerte, y estaban acabados. Sobrevivían mediante la detección y una inmunidad parcial. Su comida era tomada indirectamente, primero digerida por pequeños animales de sangre caliente y luego tomada como materia fecal, que ya no tenía partículas radiactivas.

- Es usted un humano - dijo un insecto. Su voz era aguda y metálica. Los insectos eran asexuados, al menos aquellos. Existían otros dos tipos, zánganos machos y una Madre. Aquellos eran guerreros neutros, armados con pistolas y hachas para la vegetación.

- Así es - dijo Trent.

- ¿Qué está haciendo aquí? ¿Hay más como usted?

- Unos cuantos.

Los insectos conferenciaron de nuevo, con sus antenas agitándose locamente. Trent esperó. La jungla estaba comenzando a agitarse con vida. Contempló una masa similar a la gelatina fluyendo hacia arriba por el costado de un árbol hasta llegar a las ramas, con un mamífero semidigerido visible en su interior. Algunas polillas diurnas pasaron revoloteando. Las hojas se agitaban cuando algunos animalillos subterráneos perforaron alejándose de la luz.

- Venga con nosotros - dijo un insecto. Hizo una seña a Trent para que fuera hacia adelante -. Vamos.

Trent lo siguió de mala gana. Caminaron a lo largo de un estrecho sendero, cortado recientemente por las hachas. Las primeras ramas y hojas de la jungla estaban ya creciendo de nuevo.

- ¿Adónde vamos? - preguntó Trent.

- Al Montículo.

- ¿Por qué?

- No le importa.

Contemplando como los insectos caminaban, Trent casi no podía creer que habían sido en algún tiempo seres humanos. O al menos sus antepasados. A pesar de su fisiología increíblemente alterada, los insectos tenían una mentalidad similar a la suya. Su estructura tribal era parecida a la de los estados orgánicos humanos: el comunismo y el fascismo.

- ¿Puedo preguntarle una cosa? - dijo Trent.

- ¿El qué?

- ¿Soy el primer ser humano que han visto? ¿No hay otros por aquí?

- Ya no.

- ¿Hay informes de colonias humanas por algún lugar?

- ¿Por qué?

- Simple curiosidad - dijo ceñudo Trent.

- Es usted el único - el insecto parecía complacido -. Tendremos una bonificación por esto. Por capturarlo. Hay un premio permanente. Nadie lo había ganado antes.

También allí querían un humano. Un humano llevaba consigo una valiosa gnosis, una carga de tradición que los mutantes necesitaban incorporar a sus tambaleantes estructuras sociales. Necesitaban contacto con el pasado. Un ser humano era un brujo, un sabio que podía instruir y enseñar. Enseñar a los mutantes como había sido la vida, como habían actuado y vivido, y que aspecto habían tenido sus antepasados.

Una valiosa posesión para cualquier tribu... especialmente si no existía ningún otro ser humano en la región.

Trent maldijo profusamente. ¿Ninguno? ¿Nadie más? Tenía que haber otros seres humanos... en algún lugar. Si no al norte, hacia el este. Europa, Asia, Australia. En algún lugar, en algún punto del globo. Humanos, con herramientas y máquinas y equipos. La Mina no podía ser la única colonia, el único resto del verdadero hombre. Valiosas curiosidades... condenadas cuando se quemasen sus compresores y se secasen sus tanques de alimento.

Si no tenía suerte pronto...

Los insectos se detuvieron, escuchando. Sus antenas se agitaban suspicaces.

- ¿Qué pasa? - preguntó Trent.

- Nada - volvieron a ponerse en marcha -. Por un momento...

Un destello. Los insectos que abrían la marcha desaparecieron. Un apagado trueno los sacudió.

Trent cayó al suelo. Luchó, enredado en la pegajosa vegetación. A su alrededor los insectos luchaban locamente. Se peleaban con pequeños seres peludos que disparaban rápida y eficientemente sus armas, y que, a corta distancia, pateaban y rasgaban con sus inmensas patas.

Corredores.

Los insectos estaban perdiendo. Se retiraron, retrocediendo por el sendero, desperdigándose por la jungla. Los corredores saltaron tras ellos, impulsándose con sus poderosas patas traseras, como canguros. El último insecto desapareció. Se apagaron los ruidos.

- De acuerdo - dijo un corredor. Se detuvo para respirar, irguiéndose -. ¿Dónde está el humano?

Trent se puso lentamente en pie.

- Aquí.

Los corredores le ayudaron. Eran pequeños, de no más de un metro veinte. Redondos y gruesos, cubiertos por espesas pieles. Pequeños rostros bienhumorados lo contemplaban con preocupación. Ojos como cuentas, narices temblorosas y grandes patas de canguro.

- ¿Está bien? - preguntó uno. Le ofreció a Trent su cantimplora de agua.

- Estoy bien - Trent apartó la cantimplora -. Se llevaron mi atomizador.

Los corredores buscaron por los alrededores. No se veía por ninguna parte el atomizador.

- Déjenlo correr - Trent agitó la cabeza, atontado, tratando de coordinar sus pensamientos -. ¿Qué pasó? ¿Esa luz?

- Una granada - los corredores se hincharon de orgullo -. Tendimos un cable a lo ancho del sendero, atado al seguro.

- Los insectos controlan la mayor parte de esta área - dijo otro -. Tenemos que abrirnos camino luchando - de su cuello colgaban unos prismáticos. Los corredores iban armados con pistolas de balas y cuchillos -. ¿Es usted realmente un ser humano? - preguntó un corredor -. ¿De la especie original?

- Así es - murmuró Trent, con voz algo temblorosa.

Los corredores estaban asombrados. Sus ojos como cuentas se hicieron más grandes. Tocaron su traje de metal, su visor. Su tanque de oxígeno y su bolsa. Uno se acurrucó y con aire experto siguió el circuito de su aparato transmisor.

- ¿De dónde viene usted? - preguntó el líder con su voz parecida a un profundo ronroneo -. Es usted el primer ser humano que vemos en meses.

Trent se atragantó.

- ¿En meses? Entonces...

- No hay ninguno por aquí. Venimos del Canadá. De alrededor de Montreal. Hay una colonia humana allá.

Trent tenía la respiración alterada.

- ¿A una distancia que se pueda hacer caminando?

- Bueno, nosotros la hemos cubierto en un par de días. Pero vamos bastante deprisa - el corredor contempló dubitativo las piernas, recubiertas de metal, de Trent -. No sé, a usted tal vez le cueste más.

Humanos. Una colonia humana.

- ¿Cuántos? ¿Una colonia grande? ¿Avanzada?

- Es difícil recordar. Vi su colonia en una ocasión. En las profundidades de la tierra... Niveles, células. Les cambiamos algunas plantas «frías» por sal. Pero eso fue hace mucho.

- ¿Estaban muy desarrollados? ¿Tenían herramientas... maquinaria? ¿Compresores? ¿Tanques alimenticios que funcionasen?

El corredor se agitó inquieto.

- De hecho, quizá ya no estén allí.

Trent se quedó helado. El miedo lo atravesó como un cuchillo.

- ¿Quizá ya no estén allí? ¿Qué es lo que quiere decir?

- Quizá se hayan ido.

- Ido, ¿a dónde? - la voz de Trent sonaba apagada -. ¿Qué les pasó?

- No lo sé - dijo el corredor -. No sé lo que les pasó. Nadie lo sabe.

Siguió hacia adelante, apresurándose frenéticamente en dirección norte. La jungla dio paso a un bosque terriblemente frío. Grandes árboles silenciosos por todos lados. El aire era seco y tenue.

Estaba exhausto, y solo le quedaba un tubo de oxígeno en el tanque. Después de eso tendría que sacarse el casco. ¿Cuánto tiempo duraría? La primera lluvia le llevaría partículas letales a los pulmones. O el primer viento fuerte que llegase del océano.

Se detuvo, jadeando. Había llegado a lo alto de una larga ladera. Al fondo se extendía una llanura, cubierta de árboles, una extensión de un verde oscuro casi marrón. Aquí y allá brillaba un punto blanco. Algún tipo de ruinas. Una ciudad humana había estado allí hacía tres siglos.

Nada se movía... ningún signo de vida. Ningún signo por parte alguna.

Trent bajó la ladera. A su alrededor, el bosque estaba en silencio. Una sensación opresiva lo llenaba todo. Hasta faltaba el habitual ruido de los animalillos. Animales, insectos, hombres... todo había desaparecido. La mayor parte de los corredores habían emigrado hacia el sur. Los animalillos probablemente habían muerto. ¿Y los hombres?

Llegó a las ruinas. Aquella había sido una gran ciudad en otro tiempo. Probablemente los hombres habían bajado a los refugios antiaéreos, las minas y los metros. Después habían agrandado sus cámaras subterráneas. Durante trescientos años los hombres, verdaderos hombres, habían sobrevivido, viviendo bajo la superficie, usando trajes forrados de plomo cuando salían afuera, haciendo crecer comida en tanques, filtrando su agua, comprimiendo aire libre de partículas. Protegiendo sus ojos contra la cegadora luz del brillante sol.

Y ahora... nada.

Alzó el transmisor.

- Mina - dijo secamente -. Soy Trent.

El transmisor carraspeó débilmente. Pasó largo tiempo antes de que respondiesen. La voz era débil y distante, casi perdida en la estática.

- ¿Y bien? ¿Los encontraste?

- Se han ido.

- Pero...

- Nada. Nadie. Completamente abandonado. - Trent se sentó en un muñón de cemento. Su cuerpo estaba muerto. Se le había escapado toda la vida -. Estuvieron aquí recientemente. Las ruinas no están cubiertas. Deben haberse ido en las últimas semanas.

- No tiene sentido. Mason y Douglas están en camino. Douglas tiene el tractor. Debería llegar ahí en un par de días. ¿Cuanto te durará el oxígeno?

- Veinticuatro horas.

- Le diremos que se apresure.

- Lamento no tener más que informar. Algo mejor - la amargura inundó su voz -. Después de todos esos años... Estuvieron aquí todo el tiempo, y ahora que finalmente llegamos hasta ellos...

- ¿Alguna pista? ¿Puedes saber lo que les pasó?

- Miraré - Trent se puso pesadamente en pie -. Si encuentro algo, informaré.

- Buena suerte - la débil voz se perdió en la estática -. Estaremos a la espera.

Trent devolvió el transmisor a su cinto. Alzó la vista al cielo gris. Era tarde, casi de noche. El bosque era hosco y ominoso.

Un débil manto de nieve estaba cayendo silenciosamente sobre la vegetación color marrón, ocultándola bajo una capa blanca. Nieve mezclada con partículas. Polvo mortal... que aún caía, después de trescientos años.

Encendió la lámpara de su casco. El haz iluminó un pálido círculo frente a él, entre los árboles, entre las derruidas columnas de cemento, los montones de vigas oxidadas. Entró en las ruinas.

En su centro halló las torres e instalaciones. Grandes pilares entrelazados con andamiajes de tubo, aún brillantes. Túneles que se abrían a las profundidades y parecían

estanques oscuros... túneles desiertos y silenciosos. Miró al interior de uno, iluminándolo con la luz de su casco. El túnel bajaba recto, hundiéndose en el corazón de la tierra. Pero estaba vacío.

¿Adónde habían ido? ¿Qué les había pasado? Trent caminó atontado. Allí habían vivido seres humanos, allí habían trabajado, sobrevivido. Habían subido a la superficie. Podía ver los vehículos con cabezas excavadoras aparcados entre las torres, ahora grisáceos por la nieve nocturna. Habían subido y luego... se habían ido.

¿Adónde?

Se sentó bajo la protección de una columna derruida y encendió la calefacción. Su traje se calentó, con un lento y rojizo calor que le hizo sentirse mejor. Examinó el contador: el área estaba «caliente». Si quería comer y beber, tendría que irse a otro lugar.

Estaba cansado. Demasiado cansado para caminar. Se quedó sentado, descansando, hecho un ovillo, con la luz de su casco iluminando un círculo de nieve gris frente a él. La nieve caía silenciosamente encima suyo, y al final quedó cubierto, una masa gris sentada junto al derruido cemento. Tan silencioso e inmóvil como las torres y los andamiajes que lo rodeaban.

Se adormiló. Su calefacción zumbaba suavemente. A su alrededor se alzó un vientecillo, levantando la nieve, lanzándola contra él. Se deslizó un poco hacia adelante, hasta que su casco de metal y plástico quedó apoyado contra el cemento.

Hacia medianoche se despertó. Se irguió, repentinamente alerta. Había algo... un ruido. Escuchó.

A lo lejos, un rugido apagado.

¿Douglas en el tractor? No, aún no... aún pasarían dos días. Se puso en pie, desparramando la nieve. El rugido estaba creciendo, haciéndose más fuerte. Su corazón comenzó a martillar locamente. Miró a su alrededor, con su haz de luz brillando entre la noche.

El suelo se estremeció, vibrando a su través, haciendo tabletear su tanque de oxígeno casi vacío. Alzó la vista al cielo... y se le quedó la boca abierta.

Una estela encendida rasgaba el cielo, incendiando la oscuridad de la madrugada. De un color rojo oscuro, y haciéndose más grande a cada segundo. La contempló, sin cerrar la boca.

Algo estaba bajando... aterrizando.

Un cohete.

El largo casco metálico resplandecía a la luz del sol de la mañana. Los hombres estaban trabajando atareadamente, cargando equipo y suministros. Por los túneles corrían vehículos, trayendo materiales desde los niveles subterráneos hasta la nave que esperaba. Los hombres trabajaban cuidadosa y eficientemente, cada uno enfundado en su traje de metal y plástico, en su escudo, cuidadosamente cerrado, de plomo.

- ¿Cuántos hay en su Mina? - preguntó suavemente Norris.

- Unos treinta - los ojos de Trent estaban clavados en la nave -. Treinta y tres, incluyendo los que están fuera.

- ¿Fuera?

- Explorando. Como yo. Un par están de camino hacia aquí. Deberían llegar pronto. A última hora de hoy, o mañana.

Norris tomó unas notas en su bloc.

- Podemos llevar unos quince con esta carga. Recogeremos al resto la próxima vez. ¿Pueden resistir una semana más?

- Sí.

Norris lo contempló con curiosidad.

- ¿Cómo nos encontró? Hay mucho trecho desde Pennsylvania. Estamos haciendo nuestros últimos viajes. Si hubiera venido un par de días más tarde...

- Unos corredores me guiaron hasta aquí. Dijeron que ustedes se habían ido. Pero no sabían donde.

Norris se echó a reír.

- Nosotros tampoco sabíamos donde.

- Pero deben estar llevando todo esto a algún lugar. Esta nave... Es vieja, ¿no? ¿Reparada?

- Originalmente era algún tipo de bomba. La localizamos y la reparamos... trabajábamos en ella de tiempo en tiempo. No estábamos seguros de lo que queríamos hacer. Aún no lo estamos. Pero sabemos que tenemos que irnos.

- ¿Irnos? ¿Irnos de la Tierra?

- Naturalmente - Norris le hizo una seña para que fuera hacia la nave. Subieron por la rampa hasta una de las compuertas. Norris señaló hacia abajo -. Mire ahí... esos hombres cargando.

Los hombres casi habían acabado. Los últimos vehículos estaban medio vacíos, trayendo los últimos restos de los subterráneos, libros, discos, cuadros, artefactos... los restos de una cultura. Una multitud de objetos representativos metidos en la bodega de la nave para ser llevados lejos de la Tierra.

- ¿Adónde? - preguntó Trent.

- De momento a Marte. Pero no nos vamos a quedar allí. Probablemente seguiremos más lejos, hacia las lunas de Júpiter y Saturno. Quizá Ganimedes nos convenga. Y si no Ganimedes, alguna otra. En el peor de los casos nos podemos quedar en Marte. Es bastante seco y árido, pero no es radiactivo.

- ¿No tenemos ninguna posibilidad aquí... no hay forma en que limpiar las áreas radiactivas? Si pudiéramos enfriar la Tierra, neutralizar las nubes «calientes» y...

- Si hiciéramos eso - dijo Norris -, todos ellos morirían.

- ¿Ellos?

- Los rodadores, corredores, gusanos, sapos, insectos... todos los demás. Las innumerables variedades de la vida. Las innumerables formas adaptadas a esta Tierra... esta Tierra «caliente». Estas plantas y animales utilizan los metales radiactivos. Esencialmente, la nueva base de la vida es una asimilación de las sales metálicas «calientes», sales que son absolutamente mortíferas para nosotros.

- Pero, aún así...

- Aun así, realmente no es nuestro mundo.

- Somos los verdaderos humanos - replicó Trent.

- Ya no. La Tierra está viva, repleta de vida. Crece locamente... en todas direcciones. Somos una forma, una forma vieja. Para vivir aquí tendríamos que restaurar las viejas condiciones, los viejos factores, el equilibrio que había hace trescientos cincuenta años. Un trabajo colosal. Y, si lo lográsemos, si consiguiésemos enfriar la Tierra, no quedaría nada de todo esto.

Norris señaló al gran bosque marrón. Y, tras él, hacia el sur, al inicio de la húmeda jungla que continuaba ininterrumpidamente hasta el estrecho de Magallanes.

- En cierta manera, es lo que nos merecemos. Nosotros hicimos la guerra. Nosotros cambiamos la Tierra. No la destruimos... la cambiamos. La hicimos tan diferente que no podemos seguir viviendo en ella.

Norris señaló las hileras de hombres con casco... hombres enfundados en plomo, en gruesos trajes protectores, cubiertos por capas de metal y cables, contadores, tanques de

oxígeno, escudos, píldoras alimenticias, agua filtrada. Los hombres trabajaban, sudando dentro de sus pesados trajes.

- ¿Los ve? ¿Qué le parecen?

Un trabajador subió, jadeando y resoplando. Por un breve instante alzó su visor e inspiró rápidamente una bocanada de aire. Lo cerró de nuevo con un golpe y, nervioso, lo atornilló en su lugar.

- Dispuestos a irnos, señor. Todo está cargado.

- Cambio de planes - dijo Norris -. Vamos a esperar hasta que los compañeros de este hombre lleguen aquí. Su colonia se está hundiendo. Otro día de espera no nos causará problemas.

- De acuerdo, señor - el trabajador bajó, descendiendo hacia la superficie, una extraña figura en su pesado traje forrado de plomo, esférico casco e intrincado equipo.

- Somos visitantes - le dijo Norris.

Trent tuvo un violento estremecimiento.

- ¿Cómo?

- Visitantes en una planeta extraño. Mírenos. Trajes acorazados y cascos, trajes espaciales... para explorar. Somos una nave que se detiene en un mundo extraño en el que no podemos sobrevivir, deteniéndose un breve período para cargar y despegar de nuevo.

- Cascos cerrados - dijo Trent con una extraña voz.

- Cascos cerrados. Escudos de plomo. Contadores y alimentos y agua especiales. Mire allí.

Un pequeño grupo de corredores estaban apretujados, mirando anonadados a la gran nave brillante. Hacia la derecha, visible entre los árboles, había un poblado de corredores. Campos sembrados en cuadrículas, corrales, y casas de madera.

- Los nativos - dijo Norris -. Los habitantes del planeta. Ellos pueden respirar el aire, beber el agua, comer las plantas. Nosotros no. Este es su planeta... no el nuestro. Ellos pueden vivir aquí, edificar una sociedad.

- Espero que podamos regresar.

- ¿Regresar?

- De visita... algún día.

Norris sonrió tristemente.

- Yo también lo espero. Pero tendremos que conseguir el permiso de sus habitantes... el permiso para aterrizar - sus ojos brillaban divertidos. Y, repentinamente, con dolor. Una súbita agonía que ahogaba todo lo demás -. Tendremos que preguntarles si les parece bien. Y quizá diga no. Quizá no nos acepten...

## **Valentina Zuravleva - LA PIEDRA DE LAS ESTRELLAS**

Hace cinco siglos, un meteorito cayó cerca de la ciudad de Ensisheim, en el Alto Rin. Para que el cielo no volviera a llevárselo lo ataron con cadenas al muro de la iglesia. Un hábil artesano grabó en él estas palabras: «a propósito de esta piedra, son numerosos los que saben mucho, todos saben algo, pero nadie sabe lo suficiente».

Cuando pienso en el meteorito de Pamir, acuden involuntariamente a mi recuerdo aquellas palabras. A propósito de él, yo sé mucho; sin duda más que cualquier otra persona. Pero estoy lejos de saberlo todo. Sin embargo, me acuerdo perfectamente de lo esencial. Tan perfectamente como si datara de ayer.

Hace seis meses, los periódicos anunciaron la caída de un meteorito en el Pamir. Aquella breve información, apenas media docena de líneas, retuvo inmediatamente mi atención.

Tal vez penséis qué podía haber de interesante en un meteorito para un bioquímico. Debo aclarar que los bioquímicos siguen con mucha atención todo lo que concierne a los meteoritos. En los fragmentos de esas «piedras celestes» buscamos el secreto de la aparición de la vida sobre la Tierra. Para ser menos romántico y más concreto, digamos que estudiamos los hidrocarburos contenidos en los meteoritos.

Un poco más tarde, el meteorito del Pamir fue objeto de una segunda información. Una expedición lo había descubierto a cuatro mil metros de altitud, y un helicóptero pudo descolgarlo de aquella percha. Se trataba, decíase, de un bloque de piedra de casi tres metros de longitud que pesaba más de cuatro toneladas.

Al leerlo, pensé que al día siguiente tendría que llamar por teléfono a Nikonov. En aquel preciso instante - a veces se producen esas coincidencias - resonó el timbre del teléfono. Empuñé el receptor. Era Nikonov.

Debo decir ante todo que, desde su época de escolar, Nikonov se ha distinguido siempre por su sangre fría y su placidez. Nunca - y hace casi medio siglo que nos conocemos - le había visto emocionado o alterado. Pero en aquella ocasión, por su voz entrecortada y febril, por sus palabras deshilvanadas, comprendí que sucedía algo extraordinario.

De aquel torrente de palabras retuve una cosa: tenía que dirigirme inmediatamente, con la mayor rapidez posible, al Instituto de astrofísica.

Tomé un taxi.

El vehículo rodó por las calles desiertas, en cuyo espejo de asfalto se reflejaban los anuncios luminosos. Llovía. Pensé en los que no duermen a aquella hora tardía. En los que, inclinados sobre sus microscopios, sobre el frágil cristal de sus probetas, sobre sus páginas cubiertas de fórmulas, buscan lo nuevo. Pensé en el asombroso destino de los descubrimientos: desconocidos hoy de todos, mañana irrumpen en la vida, la cambian, la modifican.

Las ventanas del Instituto aparecían iluminadas. Sin saber por qué, pensé inmediatamente que la causa era el meteorito del Pamir. Pero, ¿qué podía tener de particular, de extraordinario, aquel meteorito?

El Instituto parecía una colmena excitada. Los colaboradores corrían de un lado a otro, atareados y preocupados; por las puertas entreabiertas surgía el sonido de voces excitadas.

Nikonov me esperaba en su despacho. He de admitir que entonces no había concedido una importancia especial a lo que ocurría. Los científicos nos inclinamos a veces a exagerar nuestros éxitos y nuestros sinsabores. Cuando, después de prolongados experimentos, consigo una reacción, siento también deseos de despertar a todo Moscú.

Pero, Nikonov... Había que conocerle para comprender hasta qué punto estaba excitado.

Sin contestar a mi saludo, me apretó fuertemente la mano.



Y aquel apretón de manos rápido, nervioso, me comunicó su emoción.

- ¿Se trata del meteorito del Pamir? - pregunté, adivinando ya la respuesta.

- Sí - respondió.

Nikonov cogió un paquete de fotografías y las desplegó en abanico delante de mí. Eran fotografías del meteorito. Las examiné, esperando ver... Naturalmente no sabía lo que iba a ver. Pero estaba convencido de que se trataba de algo sensacional.

Quedé asombrado, pues, al comprobar que el meteorito era semejante a las docenas de ellos que había podido ver al natural o en fotografía. Un bloque de piedra en forma de cohete, de superficie porosa, y nada más.

Devolví las fotografías a Nikonov, el cual sacudió la cabeza y dijo, con voz ronca que no era la suya:

- No es un meteorito. Bajo el caparazón de piedra hay un cilindro metálico... con un ser vivo en su interior.

Ahora, cuando rememoro los acontecimientos de aquella noche, me parece raro que, durante un largo instante, fuera incapaz de comprender a Nikonov. Sin embargo, todo era muy simple. Pero precisamente por esto el asunto producía una impresión de inverosimilitud, de irrealidad, impidiéndome comprender inmediatamente a Nikonov.

El meteorito era una nave cósmica. La envoltura de piedra, que tenía unos siete centímetros de espesor, recubría un cilindro de metal oscuro, muy denso. Nikonov opinaba (y su opinión quedó confirmada más tarde) que la envoltura en cuestión estaba destinada a proteger al cilindro de los meteoritos y de un peligroso recalentamiento. El aspecto poroso de su superficie procedía de los choques con los micrometeoritos. Sus huellas, muy numerosas, demostraban que el ingenio había estado volando por espacio de muchos años.

- Si el cilindro fuera macizo - dijo Nikonov -, pesaría al menos veinte toneladas. Pero, sin la envoltura de piedra, su peso es ligeramente superior a las dos toneladas. En tres lugares, unos hilos muy finos salen del cilindro. Están rotos. Evidentemente, en el momento de la caída se desprendieron unos aparatos que se encontraban en la parte exterior del cilindro. El galvanómetro, conectado a esos hilos, ha revelado unos leves impulsos eléctricos...

- Pero, ¿por qué tiene que tratarse necesariamente de un ser vivo? - repliqué -. En el interior del cilindro puede haber unos aparatos automáticos.

- Descartado - respondió Nikonov -. Da golpes.

No lo entendí.

- ¿Qué es lo que da golpes?

- El que está dentro del cilindro - la voz de Nikonov tembló -. Cuando alguien se acerca, empieza a dar golpes. Puede ver. Ignoro cómo, pero puede ver.

Resonó el timbre del teléfono. Nikonov cogió el receptor y observé que una sombra cruzaba por su rostro.

- Han sondeado el cilindro - me dijo, soltando el receptor -. Su pared no alcanza los veinte milímetros de espesor. En el interior no hay metal.

En aquel momento se me ocurrió la objeción más lógica. El cilindro no era tan grande. ¿Cómo podían caber en él unos seres vivos? No sólo necesitaban espacio, sino también víveres, agua, dispositivos para el mantenimiento de una temperatura constante, para renovar el aire. ¿Cómo introducir todo aquello en un cilindro de menos de tres metros de longitud y unos sesenta centímetros de diámetro?

Nikonov me escuchó y dijo:

- Dentro de un cuarto de hora iremos a verlo. Espero a alguien. De momento, están colocando el cilindro en una cámara hermética.

- De todos modos, tienes que admitir que esa versión del ser vivo no es realista. No puede haber hombres en el cilindro.

- ¿Hombres? ¿Qué entiendes tú por eso?

- Bueno, seres pensantes.

- ¿Con unos brazos y unas piernas?

Por primera vez aquella noche, Nikonov sonrió.

- Sin duda - contesté.

- No los hay en la nave - dijo Nikonov -. Contiene seres pensantes, pero resulta difícil saber cómo son.

Yo no podía estar de acuerdo con él. Bastaba recordar cómo imaginaban los europeos, antes de los grandes descubrimientos geográficos, a los habitantes de los países desconocidos: hombres de seis brazos o con la cabeza de perro, enanos y gigantes... Y luego se comprobó que en Australia, en América y en Nueva Zelanda, los hombres eran semejantes a los de Europa.

- Las condiciones de vida idénticas, las leyes generales de la evolución, desembocan en los mismos resultados.

- ¿Las leyes generales de la evolución? - inquirió Nikonov -. Pueden admitirse hasta cierto punto. Pero, ¿de dónde sacas las condiciones de vida idénticas?

Me expliqué: la existencia y el desarrollo de las formas superiores de las proteínas sólo son concebibles dentro de unos límites bastante restringidos de temperatura, de presión, de irradiación. De lo cual puede inferirse que el mundo orgánico evoluciona siguiendo unos caminos parecidos.

- Querido amigo - dijo Nikonov -, eres académico y un bioquímico eminente, la mayor autoridad en materia de síntesis bioquímica. Cuando hablas de las síntesis de las proteínas, estoy completamente de acuerdo contigo. Pero el que sabe fabricar ladrillos no es necesariamente experto en arquitectura. Y no lo tomes a mal.

¿Cómo podía tomarlo a mal? A decir verdad, nunca había reflexionado seriamente en la evolución del mundo orgánico en los otros planetas. No era mi especialidad.

- Las ideas que en la Edad Media proliferaban acerca de los hombres con cabeza de perro eran absurdas, efectivamente - continuó Nikonov -. Pero en la Tierra, si se exceptúa el clima, las condiciones de vida son muy parecidas. Por otra parte, cuando cambian las condiciones, cambia el hombre. En América del Sur, en los Andes peruanos, hay una tribu india que vive a 3.500 metros de altitud. Sus miembros son de baja estatura, y su peso medio es de cincuenta kilogramos, pero el volumen de su caja torácica y de sus pulmones es superior en un 50% al de los europeos.

»Como puedes ver, su organismo está adaptado a las condiciones de vida en una atmósfera enrarecida, a costa de una notable modificación del aspecto exterior. Ahora, reflexiona un poco en las considerables diferencias que pueden existir entre las condiciones de vida en la Tierra y en los otros planetas. Tomemos la gravedad, por ejemplo. No sé por qué la has olvidado. En Mercurio, la gravedad es cuatro veces menor que en la Tierra. Si ese planeta estuviera habitado, es poco probable que sus habitantes necesitaran unos miembros inferiores tan desarrollados como los nuestros. En cambio, en Júpiter la gravedad es mucho mayor que en nuestro planeta. En tales condiciones, es muy probable que la evolución de los vertebrados no haya desembocado en la postura vertical...

Había una brecha en el razonamiento de Nikonov, y me dispuse a explotarla.

- Querido amigo - dije -, eres profesor, eres un astrofísico eminente, la mayor autoridad en el campo del análisis espectral de la atmósfera de las estrellas. Cuando hablas de los planetas, estoy completamente de acuerdo contigo. Pero, el que sabe fabricar ladrillos... Resumiendo, olvidas que las manos tienen que estar libres. Sin ello, el trabajo que ha

formado al hombre resultaría imposible. Y, con la postura horizontal, los cuatro miembros sirven como puntos de apoyo.

- Desde luego. Pero, ¿por qué cuatro? ¿Acaso existe un límite?

- Entonces, ¿volvemos a los hombres de seis brazos?

- En los planetas donde la gravedad es muy intensa, ese es sin duda el camino que seguiría la evolución de los vertebrados. Pero, además de la gravedad, existen otros factores. El estado de la superficie del planeta, por ejemplo, tiene una enorme importancia. Si la Tierra estuviera cubierta de un modo permanente y total por el océano, la evolución del mundo animal hubiese sido muy distinta.

- ¡Seríamos sirenas! - ironicé.

- Tal vez - replicó Nikonov, imperturbable -. La vida en el océano evoluciona sin cesar, aunque más lentamente que en tierra firme. Lo que debe ser común a todos los seres dotados de razón, habiten donde habiten, es un cerebro desarrollado, un sistema nervioso complejo, unos órganos para trabajar y para desplazarse que estén adaptados al medio ambiente.

- Sin embargo - dije, sin querer darme por vencido -, no está descartado que en planetas semejantes a la Tierra vivan unos seres racionales semejantes a los hombres.

- No, no está descartado - convino Nikonov -, pero es poco verosímil. Has omitido otro factor importante: el tiempo. El aspecto del hombre no es algo constante. Hace diez millones de años, nuestros antepasados tenían una cola y una facies alargada. ¿Y qué aspecto tendremos dentro de diez millones de años? Es absurdo pensar que siempre seremos como ahora. Tú hablas de los planetas de la misma naturaleza. Existen, indiscutiblemente. Pero es muy poco probable que la evolución de los seres pensantes coincida en ellos en el tiempo. En una palabra, amigo mío, Shakespeare tenía mucha razón cuando puso en boca de Hamlet aquellas famosas palabras: «Hay más cosas en el cielo y en la Tierra, Horacio, de las que sueña tu filosofía».

Me resulta difícil, al cabo de tanto tiempo, recordar con exactitud los términos de aquella conversación con Nikonov. Tanto más por cuanto nos interrumpían continuamente: resonaban los timbres de los teléfonos, los colaboradores entraban y salían del despacho, el propio Nikonov consultaba su reloj cada diez minutos... Pero la conversación en sí me parece memorable. Nuestras hipótesis eran atrevidas, pero la realidad resultó serlo mucho más.

Ahora, todo me parece sencillo. Si la nave, procedente de otro sistema planetario, había podido cruzar las inmensidades del Cosmos, era porque en su planeta de origen el Saber estaba más adelantado de lo que podíamos imaginar. Esta sola circunstancia debió estimularnos a no extraer conclusiones precipitadas...

Nuestra conversación fue interrumpida definitivamente por la llegada del académico Ashtakov, especialista en medicina astronáutica.

Con gran asombro por mi parte, lo primero que preguntó Ashtakov fue:

- ¿Qué clase de motor utilizan?

Me reproché inmediatamente no haber pensado en el motor. La respuesta hubiese permitido aclarar numerosos extremos: el nivel de evolución de los recién llegados, la duración de su viaje por el Cosmos, la distancia recorrida, la aceleración que podían soportar...

- No hay ningún motor - respondió Nikonov -. Debajo del caparazón de piedra hay un cilindro metálico completamente liso.

- ¡Ah! - exclamó Astakhov. Meditó unos instantes, mientras su rostro reflejaba el mayor de los asombros -. Entonces... eso significa que poseen un motor antigravitacional. Han dominado la gravitación.

- Probablemente - asintió Nikonov -. Esa es también mi opinión.

- ¿Cómo? - inquirí - ¿Es posible controlarla?

- En principio, sí, indiscutiblemente - respondió Nikonov -. No existe en la naturaleza una fuerza que el hombre no pueda dominar, tarde o temprano. Es una cuestión de tiempo. Pero hay que reconocer que, de momento, sabemos muy poco acerca de la gravitación. Conocemos la ley de Newton: dos cuerpos cualesquiera se atraen mutuamente en razón directa de sus masas y en razón inversa del cuadrado de sus distancias. Sabemos, aunque de un modo puramente teórico, que la fuerza de atracción se difunde a la velocidad de la luz. Pero ignoramos de dónde procede esa fuerza y cuál es su naturaleza.

Volvió a sonar el timbre del teléfono; Nikonov cogió el receptor y, tras escuchar unos segundos, dijo:

- En seguida vamos para allá.

Luego añadió, dirigiéndose a nosotros:

- Nos esperan.

Salimos al pasillo.

- Algunos físicos opinan - continuó Nikonov - que todos los cuerpos contienen unas partículas de gravitación: los gravitones. Yo no estoy muy convencido de que esa hipótesis sea cierta. Pero, si lo fuera, las dimensiones de los gravitones tendrían que ser tan reducidas en relación con los de los núcleos atómicos, como las de estos últimos lo son comparados con los cuerpos ordinarios. Y la concentración de la energía tendría que ser en ellos incomparablemente más elevada que en el núcleo del átomo.

Descendimos por una escalera de caracol, muy empinada, que conducía al sótano del Instituto. Al final de un angosto pasillo, un grupo de colaboradores nos esperaba delante de una puerta de acero. Alguien puso un motor en marcha y la puerta se abrió lentamente.

Vi por primera vez la nave cósmica. Reposaba horizontalmente sobre dos puntos de apoyo. Era un cilindro de metal oscuro y de superficie muy lisa. La envoltura de piedra, que se había agrietado por diversos lugares en el momento de la caída, había sido desprendida del cilindro, de uno de cuyos extremos colgaban tres cables muy finos.

Nikonov, que se encontraba más cerca, avanzó un par de pasos: inmediatamente percibimos unos golpes. En el interior del cilindro alguien emitía unos raros sonidos que no recordaban en nada el ritmo de una máquina. Se me ocurrió la idea de que la nave no contenía necesariamente unos hombres: nosotros situamos en nuestros cohetes experimentales monos, perros, conejos...

Nikonov se alejó en dirección a la puerta y los golpes cesaron. En medio del silencio que se había establecido, se oía claramente la penosa respiración de uno de los presentes, sin duda acatarrado.

No sé lo que pensaban los demás, pero en lo que a mí respecta ni siquiera se me ocurrió la idea de que acababa de abrirse una nueva era para la ciencia. Lo comprendí más tarde, y la escena que acabo de evocar se fijó entonces para siempre en mi memoria: una pequeña estancia de techo bajo inundada de luz; en el centro, el oscuro cilindro, liso y brillante; cerca de la puerta, un grupo de hombres profundamente emocionados, con los rostros contraídos por la tensión...

Pusimos manos a la obra. Los ingenieros tenían que determinar lo que había dentro del cilindro. Astakhov y yo estábamos encargados de asegurar una doble protección biológica: la de los pasajeros de la nave cósmica contra las bacterias terrestres, y la del personal contra las bacterias que podía contener el cilindro.

Me resultaría difícil explicar cómo realizaban su tarea los ingenieros. Me faltó tiempo para fijarme en su trabajo. Sólo recuerdo que sondearon el cilindro con ultrasonidos y con rayos gamma. Tras prolongadas discusiones (no era fácil ponerse de acuerdo con Astakhov, a causa de su sordera), convinimos en proceder a abrir el cilindro con la ayuda

de «brazos mecánicos» teledirigidos. Antes, la cámara hermética en la que se encontraba el cilindro tenía que ser desinfectada con potentes rayos ultravioleta.

Nos apresuramos. A dos pasos de nosotros un ser viviente moría y teníamos que acudir en su ayuda.

Hicimos todo lo que estaba a nuestro alcance.

Armados de un pico termonuclear, los «brazos mecánicos» cortaron el metal con mil precauciones, abriendo el acceso a los aparatos de la nave cósmica. A través de las angostas rendijas encristaladas, practicadas en el muro de hormigón, observamos los gestos impecablemente precisos de aquellos enormes «brazos mecánicos». Lentamente, centímetro a centímetro, el chorro de fuego mordía el metal desconocido. Luego, los «brazos mecánicos» asieron la base del cilindro, que se despegó.

La nave cósmica no contenía ningún ser vivo. Pero había en él materia viviente. Un gigantesco cerebro palpitante, situado en el centro del cilindro.

Cuando digo «cerebro» hablo en términos convencionales. En el primer momento, lo que vi me pareció la réplica exacta, aunque considerablemente aumentada, de un cerebro humano. Pero, al mirarlo con más atención, comprendí mi error. Era únicamente un fragmento de cerebro. Más tarde descubrimos que estaba desprovisto de todos los centros que gobiernan los sentimientos y los instintos. Además, sólo incluía algunos de los centros «pensantes» de un cerebro normal, aumentados decenas de veces.

Para dar una definición exacta, habría que decir que era una «neuro-calculadora», o sea, una máquina de calcular en la cual los díodos y los tríodos estaban reemplazados por células vivas de materia cerebral. Y - hecho fundamental - de materia cerebral sintética. Lo adiviné inmediatamente por múltiples detalles. Más tarde, aquella hipótesis se confirmó.

En alguna parte, sobre un planeta desconocido, la ciencia está mucho más desarrollada que en la Tierra. En tanto que nosotros apenas llegamos a sintetizar parcelas de las moléculas más simples de albúmina, allí saben sintetizar ya las formas superiores de la materia orgánica. Este es también el objetivo de nuestra bioquímica, pero, ¡cuán lejos estamos de él!

He de reconocer que lo que descubrimos en la nave cósmica fue para todos nosotros una gran sorpresa. El único que no dio la menor muestra de asombro fue Astakhov. Fue también el primero en hablar.

- ¡Ah! - exclamó -. ¡Lo que yo había predicho! Recuerden lo que escribí hace un par de años... Las distancias entre las galaxias son infranqueables para el hombre. Ese viaje sólo puede ser realizado por una nave de mando automático. ¡Au-to-má-ti-co! Pero, ¿de qué tipo? ¿Máquinas electrónicas? ¡No, y no! Es demasiado difícil, casi imposible de realizar. ¡No! Es necesario el sistema más perfeccionado: un cerebro... Escribí eso hace dos años. Y algunos bioquímicos lo tildaron de fantástico. Escribí: para los viajes entre las galaxias se necesitan bio-autómatas, capaces de regenerar sus células...

Lo que decía Astakhov era verdad. Dos años antes había publicado un artículo exponiendo aquellas ideas. Y yo fui uno de los que las consideraron demasiado fantásticas. Sin embargo, los hechos le daban la razón. Había predicho, con notable anticipación, la síntesis de la materia cerebral, aquella forma superior de la materia.

Por regla general, los especialistas no prevén demasiado bien el futuro. Se acostumbran a las cosas en las cuales trabajan hoy. Piensan: hoy hay automóviles, por lo tanto, dentro de cien años habrá también automóviles, con la diferencia de que serán más rápidos. Hay aviones, por lo tanto habrá aviones, pero volarán más aprisa. Por desgracia, todas esas previsiones no sirven de mucho...

A veces, lo nuevo parece increíble, inverosímil, imposible. Y, sin embargo, nace. Heinrich Hertz, que fue el primero en estudiar las oscilaciones electromagnéticas, negaba

en su época la posibilidad de desarrollar la telegrafía sin hilos. Y unos años más tarde, Popov inventó la radio.

No, yo no había creído en lo que escribió Astakhov. Para crear bio-autómatas, hay que resolver unos problemas sumamente complejos: sintetizar las formas superiores de la materia biológica; aprender a controlar los procesos bio-electrónicos; obligar a la materia viviente y a la materia inerte a trabajar conjuntamente... Todo eso me parecía demasiado fantástico. Pero lo nuevo, aunque creado por los hombres de otro planeta, hacía irrupción en nuestra vida, confirmando aquella gran verdad de que no pueden existir límites para el progreso de la ciencia. Nosotros no conocíamos la composición de la atmósfera en el interior del cilindro. Ignorábamos también cómo repercutiría en el cerebro artificial el paso a la atmósfera terrestre.

Cada uno de nosotros estaba clavado a su puesto, junto a los compresores, a los aparatos, a los balones de gas. Todo estaba preparado para modificar lo más rápidamente posible la composición de la atmósfera en la cámara hermética. Pero, apenas se abrió el cilindro, los aparatos señalaron que la atmósfera en el interior de la nave cósmica estaba compuesta de una quinta parte de oxígeno y de cuatro quintas partes de helio, en tanto que la presión era superior en una décima parte a la de la Tierra. El cerebro seguía palpitando; un poco más aprisa, quizás.

Los compresores aullaron, elevando la presión en la cámara. La primera fase de trabajo había sido completada con éxito.

Subí al despacho de Nikonov, arrastré un sillón hasta la ventana y levanté un visillo. Fuera, las luces de la ciudad iban encendiéndose, expulsando las tinieblas. Era la segunda noche, pero me parecía que sólo hacía unas horas que había llegado al Instituto.

De modo que la atmósfera del ingenio cósmico contenía un veinte por ciento de oxígeno, lo mismo que la atmósfera terrestre. ¿Era una casualidad? No. Con esa concentración, precisamente, la hemoglobina de la sangre se satura completamente de oxígeno. Por lo tanto, la nave cósmica tenía que incluir un sistema circulatorio. La muerte de una parte del cerebro acarrearía fatalmente la muerte del conjunto.

Me precipité hacia el sótano.

Al recordar ahora nuestras tentativas para salvar el cerebro artificial, vuelvo a experimentar el sentimiento de impotencia y de amargura que nos invadió entonces.

¿Qué podíamos hacer?

Aquel cerebro creado por los hombres de otro planeta, estaba muriendo. Su parte inferior aparecía reseca y ennegrecida. Sólo en la parte superior quedaba un poco de materia palpitante. Cuando alguien se acercaba, las pulsaciones se hacían febriles, como si el cerebro pidiera ayuda.

Habíamos descubierto rápidamente cómo funcionaba el sistema que proporcionaba el oxígeno. Tal como había supuesto, aquella respiración se producía por medio del hema, una combinación química semejante a la hemoglobina. También habíamos comprendido fácilmente cómo funcionaban los otros dispositivos que alimentaban al cerebro y absorbían el gas carbónico.

Pero no podíamos evitar la muerte de las células del cerebro. En alguna parte, sobre un planeta desconocido, unos seres racionales habían sintetizado la materia cerebral, la más perfectamente organizada. Habían sabido enviar su cerebro artificial a las profundidades del Cosmos. Sin duda alguna, las células de aquel cerebro habían registrado múltiples secretos del Universo. Pero nosotros no podíamos enterarnos de ellos. El cerebro moría.

Utilizamos todos los medios de que disponíamos, desde los antibióticos hasta la intervención quirúrgica. Inútilmente.

En mi calidad de presidente del comité especial de la Academia de Ciencias, pregunté una vez más a mis colegas si habíamos hecho todo lo que estaba a nuestro alcance.

Nos encontrábamos en la pequeña sala de conferencias del Instituto. Estaba amaneciendo. Los sabios se habían sentado y permanecían silenciosos, rendidos de fatiga.

Nikonov se pasó la mano por el rostro y respondió con voz ronca:

- Todo.

Los otros asintieron.

Durante seis días, mientras vivieron las últimas células del cerebro, nos relevamos junto a él, sin interrumpir por un solo instante las observaciones. Resulta difícil enumerar todo lo que aprendimos. Pero lo más interesante fue el descubrimiento de la sustancia utilizada para proteger los tejidos vivos contra las radiaciones.

La nave cósmica tenía un casco relativamente delgado que los rayos cósmicos traspasaban con facilidad. Esta circunstancia nos impulsó, desde el primer momento, a buscar en las células del bio-autómata una sustancia protectora. Y la encontramos. Una concentración ínfima de esa sustancia sensibiliza al organismo contra las dosis más elevadas de radiaciones. En adelante, podríamos simplificar considerablemente la construcción de las naves cósmicas. Ya no sería necesario colocar los reactores atómicos detrás de pesadas pantallas protectoras, lo cual nos acercaba extraordinariamente a la era de las naves estelares atómicas.

El sistema de regeneración del oxígeno resultó también muy interesante. Durante años enteros, una colonia de algas desconocidas en la Tierra y que pesaban menos de un kilogramo habían absorbido regularmente el gas carbónico y desprendido el oxígeno que el cerebro necesitaba.

Hablo de los descubrimientos biológicos. Pero los realizados por los ingenieros serán todavía más importantes, sin duda. Tal como creía Astakhov, la nave cósmica llevaba un motor antigravitacional. No estoy en condiciones de entrar en detalles técnicos acerca de su construcción, pero puedo afirmar una cosa: los físicos tendrán que revisar a fondo sus conceptos sobre la naturaleza de la gravitación. La era de la técnica atómica dejará paso, probablemente, a la era de la técnica antigravitacional. Gracias a ella, los hombres controlarán energías y velocidades actualmente inconcebibles.

Los análisis nos revelaron que el casco de la nave estaba construido con una aleación de titanio y de berilio. Pero, a diferencia de las aleaciones ordinarias, estaba constituida por un solo cristal. Nuestros metales son, por así decirlo, una mezcla de cristales. Cada uno de los cristales, por separado, es sólido. Pero están unidos muy débilmente entre ellos. El metal del futuro estará formado por un solo cristal, muy sólido. Al modificar la red cristalina, será posible modificar sus propiedades ópticas, su resistencia, su conductibilidad.

Y, sin embargo, el descubrimiento más importante - hasta ahora no ha sido descifrado aún - se refiere al cerebro artificial de la nave cósmica. Los tres cables que colgaban del cilindro estaban conectados efectivamente con él por medio de un sistema bastante complicado. Gracias a ellos, durante seis días unos oscilógrafos muy sensibles pudieron registrar las corrientes del bio-autómata. No se parecían en nada a las biocorrientes del cerebro humano. Y pusieron de relieve toda la diferencia existente entre el cerebro artificial y un verdadero cerebro. En efecto, el cerebro de la nave cósmica no era más que una instalación cibernética en la cual unas células vivas desempeñaban el papel de lámparas. A pesar de toda su complejidad, era incomparablemente más simple, más especializado, por así decirlo, que el cerebro humano.

En seis días, se registraron millares de metros de oscilogramas. ¿Conseguiremos descifrarlos? ¿Qué nos revelarán? Tal vez la historia del viaje a través del Cosmos.

De momento, a propósito de esa piedra caída de las estrellas, son numerosos los que saben mucho, todos saben algo, pero nadie sabe lo suficiente. Sin embargo, llegará el día en que queden desvelados sus últimos secretos.

Y entonces, unos mensajeros terrestres, unas naves provistas de un motor antigraavitacional, remontarán el vuelo hacia las inmensidades sin límites del Universo.

No serán conducidas por hombres. La vida humana es corta y el Universo infinito.

Serán conducidas por unos bio-autómatas. Las naves del futuro, después de millares de años de viaje, después de haber penetrado en las lejanas galaxias, regresarán a la Tierra, portadoras de la llama inextinguible del Saber.



## **Fredric Brown - PESADILLA DESPIERTO**

Todo empezó como un sencillo caso de asesinato. Esto ya era bastante malo, porque era el primer asesinato cometido durante los cinco años que Rod Caquer llevaba de Teniente de las Fuerzas de Policía, en el Sector Tres de Callisto.

Toda la población del Sector Tres se sentía orgullosa de aquella marca, o por lo menos se había sentido, hasta que aquel récord había dejado de significar algo.

Pero antes de que aquel caso se terminara, nadie se habría sentido más contento que Rod Caquer si el asunto hubiese sido un simple caso de asesinato sin complicaciones cósmicas.

Los sucesos empezaron a ocurrir cuando el zumbido del aparato hizo que Rod Caquer dirigiera la mirada hacia la pantalla de su telecomunicador.

La imagen de Barr Maxon, Director del Sector Tres, le contemplaba severamente.

- Buenos días, Director - dijo Caquer, amablemente -. Me gustó mucho el discurso que pronunció la noche pasada sobre los...

Maxon le interrumpió.

- Gracias, Caquer - dijo -. ¿Conoce a Willem Deem?

- ¿El propietario de la tienda de libros y films? Sí, algo.

- Está muerto - anunció Maxon -. Parece asesinato. Más vale que vaya en seguida.

Su imagen desapareció de la pantalla, antes que Caquer pudiera hacer ninguna pregunta. Pero las preguntas podían esperar. Caquer ya se dirigía a la puerta, mientras se abrochaba el cinto de su espadín.

¿Un asesinato en Callisto? No acababa de creerlo, pero si era cierto lo mejor que podía hacer sería llegar allí cuanto antes. Con toda rapidez, si es que quería poder echar un vistazo al cuerpo antes de que no lo incineraran.

En Callisto, los cadáveres no pueden preservarse más de una hora después de su muerte, debido a las esporas de hylra que, en pequeñas cantidades, flotan siempre en el ambiente. Desde luego, son inofensivas para los tejidos vivos, pero aceleran enormemente la putrefacción en los tejidos animales muertos, de cualquier clase.

El Dr. Skidder, médico forense, atravesaba la puerta de la tienda de libros y películas cuando el Teniente Caquer llegaba, casi sin aliento.

El médico señaló con el pulgar hacia atrás.

- Más vale que se apresure si quiere echar una mirada. Se lo llevan por la puerta trasera. Pero he examinado...

Caquer pasó por su lado corriendo y alcanzó a los sanitarios en la parte de atrás.

- Hola, muchachos, déjenme echar un vistazo - dijo Caquer mientras levantaba la tela que cubría la cosa depositada en la camilla.

Después de verlo se sintió un poco marcado, pero no había ninguna duda de la identidad del cadáver o de la causa de la muerte. Había tenido la esperanza que aquello podría resultar en una muerte por accidente, después de todo. Pero el cráneo estaba partido hasta las cejas, un golpe dado por un hombre fuerte con una pesada espada.

- Deje que nos marchemos, Teniente. Hace casi una hora que lo han encontrado.

La nariz de Caquer confirmó esta observación y volvió a colocar la sábana en su lugar rápidamente y dejó que los sanitarios se dirigieran a su brillante ambulancia blanca, estacionada delante de la puerta.

Volvió a entrar en la tienda, pensativo, y lanzó una mirada a su alrededor. Todo parecía estar en orden. Las largas estanterías de mercancías envueltas en celofán estaban limpias y arregladas. La fila de cabinas en un extremo del local, algunas equipadas con visores para los clientes que deseaban examinar libros, mientras otras disponían de aparatos de

proyección para aquellos que estaban interesados en microfilms, estaban vacías y ordenadas.

Un pequeño grupo de curiosos se había reunido en el exterior y Brager, uno de los policías, estaba ocupado en impedir que entrasen en el local.

- Oiga, Brager - dijo Caquer. El patrullero entró en la tienda y cerró la puerta detrás de él.

- Diga, Teniente.

- ¿Sabe algo de esto? ¿Quién lo encontró, cuándo, etc.?

- Yo lo encontré, hace casi una hora. Estaba haciendo mi ronda, cuando oí el disparo.

Caquer lo miró, sin expresión.

- ¿El disparo? - repitió.

- Sí. Entré corriendo y lo encontré muerto sin que se viera a nadie por aquí. Estaba seguro de que nadie había salido por la puerta principal, de modo que fui a la trasera y tampoco se veía a nadie. De manera que regresé y llamé por teléfono.

- ¿A quién? ¿Por qué no me llamó a mí directamente?

- Lo siento, Teniente, pero estaba excitado y sin duda marqué el número mal y salió la comunicación con el Director. Le dije que alguien había disparado contra Deem y me ordenó que me quedase de guardia y que él llamaría al forense, a la ambulancia y a usted.

«¿Lo habría hecho en aquel orden?», se preguntó Caquer. Sin duda, ya que él había sido el último en llegar allí.

Pero puso aquel detalle a un lado para concentrarse en la cuestión más importante, que Brager había oído un disparo. Eso era absurdo, a menos que, pero no, aquello era también absurdo. Si Willem Deem había sido muerto de un tiro, el médico no le habría abierto el cráneo como parte de su autopsia.

- ¿Qué es lo que quiere decir por un disparo, Brager? - preguntó Caquer -. ¿Un arma explosiva de las de tipo antiguo?

- Sí - dijo Brager -. ¿No ha visto el cadáver? Tiene un agujero en el pecho, justo en el corazón. Creo que es un agujero de bala. Nunca he visto uno antes. No sabía que existiera una pistola en Callisto. Fueron prohibidas antes que las armas radiónicas.

Caquer asintió lentamente.

- ¿No has visto ninguna otra señal de... ejem... alguna otra herida? - insistió.

- Caramba, no. ¿Por qué tendría que haber alguna otra herida? Un agujero en el corazón es suficiente para matar a un hombre, ¿no?

- ¿Adónde se fue el Dr. Skidder cuando salió de aquí? - preguntó Caquer -. ¿Dijo algo antes de irse?

- Sí, me dijo que como usted le pediría su informe se marchaba a su oficina y que esperaría hasta que usted fuese allí o le llamase. ¿Qué quiere que haga yo ahora, Teniente?

Caquer pensó por un momento.

- Vaya a la casa de al lado y use su visífono, Brager, yo tengo que comunicar por éste. - Caquer ordenó por fin al policía -. Llame a tres hombres más y los cuatro se dedican a visitar a todas las casas de la manzana y a preguntar a todo el mundo.

- ¿Quiere decir si vieron a alguien escapar por la puerta trasera, o si oyeron el disparo y todo eso? - preguntó Brager.

- Sí. También todo lo que sepan de Deem, o de quien pudiera haber tenido un motivo para matarlo.

Brager saludó y se marchó.

Caquer llamó al Dr. Skidder por el visífono.

- HoIa, Doctor - dijo -. Suéltelo todo

- Nada más que lo que había a la vista, Red. Un arma radiónica, desde luego. A corta distancia.

El Teniente Red Caquer trató de dominar sus pensamientos.

- Repita eso, por favor, Doctor.

- ¿Qué sucede? - preguntó Skidder -. ¿Nunca ha visto una muerte por arma radiónica antes? Es posible que no la haya visto, Red. Pero hace cincuenta años, cuando yo era estudiante, las teníamos de vez en cuando.

- ¿Cómo lo mató?

El Dr. Skidder pareció sorprendido.

- Ah, entonces no alcanzó a los sanitarios. Creía que habría visto el cuerpo. En el hombro izquierdo tenía quemada toda la piel y la carne, y el hueso chamuscado. La muerte fue debida a shock; el rayo no alcanzó ninguna área vital. La quemadura hubiese sido mortal de todos modos, pero el shock hizo la muerte instantánea.

«Los sueños deben ser algo parecido a esto», pensó Caquer. En los sueños pasan cosas que no tienen ningún significado - se dijo a sí mismo - pero ahora no estoy soñando, esto es real.

- ¿Ninguna otra herida o señales en el cuerpo? - preguntó lentamente.

- Ninguna. Le sugiero, Red, que se concentre en la busca del arma. Registre todo el Sector Tres, si es necesario. Ya sabe cómo son las armas radiónicas, ¿no?

- He visto fotografías - dijo Caquer - Dígame, Doctor ¿Hacen ruido? Nunca he visto el disparo de una.

El Dr. Skidder movió la cabeza.

- Hay un destello y un sonido silbante, pero no producen estruendo.

El doctor se lo quedó mirando.

- ¿Quiere decir un disparo de arma explosiva?

- Desde luego que no. Sólo un débil s-s-s. No se podría oír a más de cinco metros.

Cuando el Teniente Caquer hubo cerrado el visífono, se sentó y cerró los ojos, tratando de reunir sus ideas dispersas. De alguna manera tendría que encontrar la verdad entre tres observaciones contradictorias. La suya, la del policía y la del Doctor.

Brager había sido el primero en ver el cuerpo y había dicho que tenía un agujero en el corazón. Y que no había más heridas. Que había escuchado el ruido del disparo.

Caquer pensó, supongamos que Brager miente. Seguía sin haber lógica. Porque de acuerdo con lo dicho por el Dr. Skidder no había agujero de bala, sino una quemadura por rayo. Skidder había visto el cuerpo después de Brager.

Alguien podía, por lo menos en teoría, haber usado un arma radiónica en el intervalo, sobre un cuerpo ya muerto. Pero...

Pero aquello no explicaba la herida de la cabeza, ni el hecho que el médico no había visto el agujero de bala.

Alguien podía, por lo menos en teoría, haber golpeado el cráneo con una espada, entre el momento que Skidder había hecho la autopsia y el instante en que él, Caquer, había visto el cadáver. Pero...

Pero aquello no explicaba porque él no había visto el hombro quemado cuando había levantado la sábana que cubría el cuerpo de la camilla. Podía haber dejado de observar el agujero de la bala, pero no era posible que no se hubiera fijado en un hombro en el estado que lo había descrito el Dr. Skidder.

Siguió trabajando en aquel rompecabezas, hasta que al fin decidió que sólo había una explicación posible. El médico forense mentía, por la razón que fuese. Ello significaba, desde luego, que él, Rod Caquer, no se había fijado en el agujero de la bala; pero aquello seguía siendo posible.

Mientras que la historia de Skidder no podía ser cierta. El mismo Skidder, durante la autopsia, podía haber hecho la herida de la cabeza. Y después, podía haber mentido sobre la quemadura del hombro. Caquer no podía imaginarse por qué - a menos que el hombre

estuviese loco - habría cometido ninguna de las dos cosas. Pero ésa era la única forma en que podía hacer encajar todas las piezas del problema.

Pero ahora el cuerpo ya había sido incinerado. Sería su palabra contra la del Dr. Skidder...

«Pero, ¡espera!...» los sanitarios, dos de ellos, tenían que haber visto el cuerpo cuando lo colocaban en la camilla.

Rápidamente, Caquer se puso en pie delante del visifono y obtuvo comunicación con el Hospital.

- Los dos sanitarios que retiraron un cadáver en la Tienda 9364, hace menos de una hora, ¿han llegado ya al Hospital? - preguntó.

- Un momento, teniente... Sí, uno de ellos ha acabado su guardia y se ha marchado a casa. Pero el otro está aquí.

- Que se ponga al aparato.

Red Caquer reconoció al hombre que se situó delante de la pantalla. Era uno de los enfermeros que le habían pedido que se apresurase.

- Sí, teniente - dijo el hombre.

- ¿Usted ayudó a poner el cuerpo en la camilla?

- Desde luego.

- ¿Qué diría usted que fue la causa de la muerte?

El hombre vestido de blanco se quedó mirando a la pantalla incrédulamente.

- ¿Está bromeando, Teniente? - sonrió -. Hasta un tonto podía ver lo que le había sucedido a aquel tipo.

Caquer arrugó el ceño.

- Sin embargo, hay declaraciones contradictorias. Quisiera su opinión.

- ¿Mi opinión? Cuando a un hombre le han cortado la cabeza, no pueden haber diferencias de opinión, Teniente.

Caquer se obligó a hablar tranquilamente.

- El otro hombre que fue con usted, ¿podrá confirmar eso?

- Desde luego. ¡Por Júpiter! Tuvimos que colocarlo en la camilla en dos trozos. Primero, nosotros dos colocamos el cuerpo y luego Walter cogió la cabeza y la colocó al lado del busto. El asesinato se cometió con una onda desintegradora, ¿no fue así?

- ¿Usted comentó el caso con su compañero? - dijo Caquer - ¿No hubo diferencia de opiniones respecto a... uh... los detalles?

- En realidad, sí que la hubo. Por eso le pregunté si el arma usada era un desintegrador. Después que llevamos el cuerpo al incinerador, mi compañero trató de convencerme que el corte tenía la apariencia de que alguien le hubiese dado varios golpes con un hacha o algo parecido. Pero era un corte limpio y recto.

- ¿Vio alguna señal de herida en la parte superior del cráneo?

- No. Oiga, Teniente, no tiene muy buen aspecto. ¿Le pasa algo?

Esa era la situación con la que se enfrentó Rod Caquer y no se le puede culpar por desear que todo hubiese quedado en un simple caso de asesinato.

Unas cuantas horas antes le había parecido bastante mal que se hubiesen interrumpido la serie de años en que no se había registrado ningún asesinato en Callisto. Pero, desde entonces, las cosas se habían complicado. El aún no lo sabía, pero aún se iban a complicar más y aquello era sólo el principio.

Ya eran las ocho de la tarde y Caquer seguía en su despacho con un ejemplar del formulario 812 delante de él, encima de la brillante superficie de duraplástico de su escritorio. En el formulario había unas cuantas preguntas impresas, aparentemente preguntas muy sencillas.

Nombre del difunto: Willem Deem.

Ocupación: Propietario de una tienda de libros y films.

Residencia: Departamento 825. Sector Tres. Callisto.

Residencia comercial: Tienda 9364. St. Tres. Callisto.

Hora de la muerte: Aprox. 3 tarde. Hora Oficial Callisto.

Causa de la muerte:...

Sí, las cinco primeras preguntas habían sido contestadas en un abrir y cerrar de ojos. Pero, ¿y la sexta? Había estado contemplando el impreso durante más de una hora. Una hora de Callisto, no tan larga como las de la Tierra, pero inacabable cuando se está considerando una pregunta como aquélla.

Fuese como fuese, tendría que escribir algo.

En vez de hacerlo, apretó el botón del visífono y un momento más tarde Jane Gordon le estaba contemplando desde la pantalla. Y Rod Caquer le devolvió la mirada, porque era algo que valía la pena.

- Hola, Jane - dijo - Me temo que no podré venir esta noche. ¿Me perdonas?

- Desde luego, Rod. ¿Qué sucede? ¿El asunto de Deem?

El asintió sombríamente.

- Papeleo. Montañas de informes impresos que tengo que preparar para el Coordinador del Distrito.

- Oh, ¿cómo fue asesinado, Rod?

- El artículo sesenta y cinco - dijo él con una sonrisa - prohíbe dar detalles de ningún crimen sin resolver, a ninguna persona civil.

- Lástima del artículo sesenta y cinco. Papá conocía a Willem Deem y ha estado en casa a menudo. Mr. Deem era prácticamente un amigo nuestro.

- ¿Prácticamente? - preguntó Caquer - ¿Entonces debo entender que no te gustaba, Jane?

- Bien, creo que no. Era una persona de conversación interesante, pero un tipo sarcástico, Rod. Pienso que tenía un sentido pervertido del humor. ¿Cómo lo mataron?

- Si te lo digo, ¿me prometes que no harás más preguntas? - preguntó Caquer.

Los ojos de ella brillaron esperanzados.

- Desde luego.

- Le dispararon con una pistola del tipo explosivo y con otra radiónica. Alguien le abrió el cráneo con una espada, le cortó la cabeza con una hacha y también con una onda desintegradora. Después que estuvo colocado en la camilla, alguien le volvió a pegar la cabeza, porque no estaba separada cuando yo la vi. Y cerró el agujero de la bala, y...

- Rod, deja de decir tonterías - le interrumpió la muchacha -. Si no me lo quieres decir, conforme.

Rod sonrió.

- No te enfades. ¿Cómo sigue tu padre?

- Mucho mejor. Está durmiendo ahora, pero muy mejorado. Creo que podrá volver a la Universidad la semana que viene. Rod, pareces cansado. ¿Cuándo tienes que entregar esos informes?

- Veinticuatro horas después del crimen. Pero...

- Pero, nada. Vente aquí en seguida. Puedes escribir tu informe por la mañana.

Ella le sonrió y Rod sucumbió.

- Muy bien, Jane - dijo -. Pero voy a pasar por el Cuartel de Patrullas. He puesto algunos hombres investigando en el barrio donde se cometió el crimen y quiero sus informes.

Pero el informe, que encontró le estaba esperando, no lanzaba ninguna luz sobre el asunto. La investigación había sido completa, pero no había conseguido descubrir ninguna información de importancia. No se había visto a nadie entrar o salir de la tienda de Deem,

antes de la llegada de Brager, y ninguno de los vecinos de Deem sabían que éste tuviera ningún enemigo. Nadie había escuchado el disparo.

Rod Caquer gimió y se metió el informe en el bolsillo. Mientras caminaba hacia la casa de los Gordon, se preguntó cómo iba a dirigir la investigación. ¿Qué es lo que hacía un detective en un caso como aquél?

Cierto; cuando él era un chico que iba a la escuela, allá en la Tierra, había leído novelas de detectives. Los policías generalmente conseguían atrapar a alguien, descubriendo discrepancias en sus declaraciones. Casi siempre lo hacían de un modo dramático.

Había Wilder Williams, el más grande de todos los detectives de novela, que podía mirar a un hombre y deducir toda su historia por el corte de su traje y la forma de sus manos. Pero Wilder Williams nunca se había encontrado con una víctima que había sido muerta de tantas formas diferentes como testigos.

Pasó una tarde agradable - pero inútil - con Jane Gordon, a quien pidió en matrimonio de nuevo y de nuevo fue rechazado. Pero ya estaba acostumbrado a eso. Ella estaba un poco más fría que de costumbre, esa noche, probablemente porque estaba resentida, ya que él no había querido contarle lo de Willem Deem.

Luego se fue a casa a dormir.

Desde la ventana de su departamento, después que hubo apagado la luz, podía ver la monstruosa bola de Júpiter colgada baja en el cielo, el verdeoscuro cielo de medianoche. Se tendió en la cama y la miró hasta que podía verla después de cerrar los ojos.

Willem Deem, muerto. ¿Qué iba a hacer con Willem Deem? Sus pensamientos giraban en círculos, hasta que al fin una idea clara surgió del caos.

Mañana por la mañana hablaría con el doctor Skidder. Sin mencionar la herida de espada en la cabeza, le preguntaría si había notado el agujero de bala que Brager decía haber visto sobre el corazón. Si Skidder aún decía que la quemadura radiónica era la única herida, llamaría a Brager y le dejaría que discutiese con el médico.

Y luego... Bien, ya pensaría en ello cuando llegase el momento. De otro modo nunca conseguiría dormir.

Pensó en Jane, y se durmió.

Después de un rato, soñó. ¿Era aquello un sueño? Si lo era, entonces soñó que se encontraba en la cama, casi, pero completamente despierto y que habían murmullos que le hablaban de todos los rincones de su habitación. Susurros que salían de la oscuridad.

¡Susurros!

- Mátales.

- Los odias, los odias, los odias.

- Mata, mata, mata.

- El Sector Dos tiene todos los beneficios y el Sector Tres hace todo el trabajo. Explotan nuestras plantaciones de corla. Son malos.

- Mátales, apodérate de ellos.

- Los odias, los odias, los odias.

- Los del Sector Dos son incapaces y usureros. Llevan la mancha de sangre marciana en las venas. Derramar, derramar sangre de Marte. El Sector Tres debe gobernar a Callisto. Tres es el número afortunado. Estamos destinados para gobernar a Callisto.

- Los odias, los odias, los odias.

- Mata, mata, mata.

- Sangre marciana de villanos usureros. Los odias, los odias, los odias.

Susurros.

- Ahora, ahora, ahora.

- Mátales, mátales.

- Ciento noventa millas a través de la llanura. Iremos allí en una hora con los monocoques. Ataque por sorpresa. Ahora, ahora, ahora.

Y Rod Caquer estaba levantándose de la cama, vistiéndose apresurada y ciegamente sin encender la luz, porque eso era un sueño y los sueños suceden en la oscuridad.

Su espada estaba en la vaina de su cinto y la sacó y probó el filo, y la hoja estaba afilada y dispuesta a verter la sangre de los enemigos a quienes iba a matar.

Ahora su espada iba a lucir en arcos de roja muerte, aquella espada que nunca había probado la sangre, aquella anacrónica espada que era la enseña de su profesión, de su autoridad. Él nunca había sacado la espada para luchar, aquel corto símbolo de una espada, sólo de cincuenta centímetros de largo; suficiente, sin embargo, para alcanzar el corazón; diez centímetros para llegar al corazón.

Los susurros continuaron.

- Los odias, los odias, los odias.

- Derrama la mala sangre; mata, mata, mata.

- Ahora, ahora, ahora, ahora.

Con la espada desenvainada en su puño crispado, había atravesado silenciosamente la puerta, bajado por la escalera, por delante de los otros departamentos.

Algunas de las otras puertas también se abrían. No estaba solo, allí en la oscuridad. Otras figuras se movían a su lado, en la negrura.

Se deslizó por la puerta hacia la oscuridad fría de la calle. La oscuridad que debía haber estado brillantemente iluminada. Esta era otra prueba de que estaba soñando. Las luces de la calle nunca se apagaban, después de anochecer. De las primeras horas de la tarde hasta el amanecer, nunca estaban apagadas.

Pero Júpiter, aún por encima del horizonte, proporcionaba suficiente luz para poder ver por dónde caminaba. Era como un dragón redondo en los cielos y la mancha roja con un maligno ojo.

Los susurros suspiraban en la noche, murmullos que llegaban de todas partes alrededor de él.

- Mata, mata, mata.

- Los odias, los odias, los odias.

Los susurros no venían de las figuras en sombras que le rodeaban. Todos marchaban hacia delante, silenciosamente, como él.

Los susurros procedían de la misma noche, palabras que ahora empezaban a cambiar de tono.

- Espera, esta noche no, esta noche no - decían. - Vuelve, vuelve, vuelve.

- Regresa a tu casa, a tu cama, regresa a tu sueño.

Y todas las figuras alrededor de él estaban de pie, inmóviles, llenas de vacilación igual que él. Y entonces, casi simultáneamente, habían empezado a obedecer a los susurros. Habían dado media vuelta y regresado igual que habían venido, y tan silenciosamente...

Rod Caquer se despertó con un ligero dolor de cabeza y una sensación de inquietud. El sol, pequeño pero brillante, ya estaba muy alto en el cielo.

Su reloj le dijo que era un poco más tarde que de costumbre, pero se quedó en la cama unos cuantos minutos aún, tratando de recordar el loco sueño que había tenido. Los sueños son así, hay que tratar de recordarlos inmediatamente que uno despierta, antes de estar completamente despierto, o uno se olvida de ellos completamente.

Había sido un sueño absurdo. Un sueño loco y sin sentido. ¿Quizás un efecto de atavismo? Una regresión a los días en que aún las gentes luchaban sin descanso, en los días de las guerras y odios y de la lucha por la supremacía.

Esto había sucedido antes de que el Consejo Solar, reuniéndose primero en uno de los planetas habitados y luego en otro, había conseguido poner orden por medio del arbitraje y

luego se había llegado a la unión. Y ahora la guerra era una cosa del pasado. La parte habitable del Sistema Solar - Tierra, Venus, Marte y dos de las lunas de Júpiter - estaban todos bajo un solo Gobierno.

Pero en aquellos días sangrientos del pasado, las gentes habían sentido lo mismo que él había experimentado en aquel sueño atávico. Había sido en los días en que la Tierra - unida por el descubrimiento de los viajes interplanetarios - había conquistado a Marte, el único otro planeta ya ocupado por una raza inteligente, y desde allí había lanzado sus colonias de emigrantes a dondequiera que el Hombre podía poner el pie.

Algunas de esas colonias habían deseado la independencia y luego el predominio. Los siglos sangrientos, se llamaba ahora a aquella época.

Cuando se levantó de la cama para vestirse, vio algo que le confundió, sorprendiéndole. Sus ropas no estaban cuidadosamente colocadas en el respaldo de la silla al lado de la cama, como él las había dejado. En cambio estaban tiradas por el suelo, como si se hubiese desnudado rápida y descuidadamente en la oscuridad.

- ¡Por Júpiter! - pensó -. ¿Habré andado dormido esta noche? ¿Se habría realmente levantado de la cama y habría salido a la calle cuando soñó que lo había hecho? ¿Cuando aquellos susurros le habían dicho que lo hiciera?

«No puede ser - se dijo -. Yo no he andado dormido en mi vida y no lo he hecho ahora. Simplemente debo haber sido descuidado, cuando me desnudé la noche pasada. Estaba preocupado con el caso Deem. En realidad, no me acuerdo de haber puesto las ropas en aquella silla.»

De modo que vistió su uniforme rápidamente y se dirigió a su oficina. A la luz de la mañana le fue fácil completar aquellos informes. En el espacio marcado «Causa de la muerte» escribió: «El forense informa que fue debido a shock por una herida de arma radiónica».

Con esto salió del atolladero; él no había dicho que aquello fuese la causa de la muerte; simplemente que el médico decía que lo era.

Llamó a un mensajero y le entregó los informes con instrucciones de llevarlos al avión correo que saldría dentro de poco. Luego llamó a Barr Maxon.

- He terminado mi informe en el caso Deem - dijo -. Lo siento, pero aún no hemos encontrado la solución. Se ha preguntado a todos los vecinos. Hoy voy a interrogar a todos sus amigos.

El director Maxon movió la cabeza.

- Apresúrese, teniente - dijo -. Este caso debe ser resuelto. Un asesinato, en nuestros días, es algo suficientemente malo. Pero no se puede pensar en un crimen sin castigo. Animaría a cometer otros crímenes.

El teniente Caquer asintió sombríamente. Ya había pensado en ello. Había que pensar en las consecuencias sociales de un crimen, y aquello era también su trabajo. Un Teniente de Policía que dejase a nadie cometer un asesinato sin ser detenido, en su distrito, no tenía más remedio que dimitir.

Después que la imagen del Director había desaparecido del visifono, Caquer cogió la lista de los amigos de Deem, de un cajón de su escritorio, y empezó a estudiarla, principalmente pensando en decidir a quiénes iba a visitar primero.

Escribió un número «1» al lado del nombre de Perry Peters, por dos razones. La casa de Peters estaba sólo a unas cuantas puertas más arriba, y luego él conocía a Perry mejor que a ningún otro de la lista, con la posible excepción del profesor Jan Gordon. E iba a hacer aquella visita la última, porque más tarde sería fácil de encontrar a su hija Jane en casa.

Perry Peters estuvo contento de ver a Caquer y adivinó inmediatamente el motivo de su visita.

- Hola, Shylock.



- ¿Eh? - dijo Rod.
- Shylock, el gran detective. Se encuentra con un misterio por primera vez en su carrera de policía. ¿O ya lo has resuelto, Rod?
- Quieres decir Sherlock, estúpido: Sherlock Holmes. No, aún no lo he resuelto, si es que quieres saberlo. Mira, Perry, dime todo lo que sepas de Deem. ¿Lo conocías bastante bien, no es así?
- Perry Peters se frotó la barba pensativo y se sentó en su banco de trabajo. Era tan alto y delgado que podía sentarse allí en vez de tener que saltar para ello.
- Willem era un poco extraño - dijo -. Desagradaba a mucha gente porque era sarcástico y tenía ideas absurdas en política. Yo, la verdad es que no estoy seguro que no tuviese razón la mitad de las veces, pero de todos modos me gustaba porque jugaba muy bien al ajedrez.
- ¿Esa era su única diversión?
- No. Le gustaba construir cosas, aparatos principalmente. Algunos de ellos eran muy buenos, aunque él los hacía como pasatiempo y nunca trató de patentarlos o de venderlos.
- ¿Quieres decir que inventaba aparatos, Perry? ¿Igual que haces tú?
- Bien, no eran tanto invenciones sino aparatos que aplicaban ideas ya conocidas. Pequeños instrumentos, la mayor parte, y Deem era mucho mejor en su trabajo de artesano que en ideas originales. Y, como ya te he dicho, era sólo un pasatiempo.
- ¿Nunca te ayudó en alguna de tus propias invenciones? - preguntó Caquer.
- Desde luego, en ocasiones. Sin embargo, no tanto en la idea, sino ayudándome a fabricar piezas difíciles. - Perry Peters describió un círculo con la mano que incluía todo el taller alrededor de él -. Mis herramientas están muy bien para trabajo basto, en comparación. Nada por debajo de milésimas de exactitud. Pero Willem tiene, tenía, un pequeño torno que es una maravilla. Corta cualquier cosa y preciso a un cincuentavo de milésima.
- ¿Qué enemigos tenía, Perry?
- Ninguno que yo sepa. De verdad, Caquer. A mucha gente no les gustaba, pero se trataba de una clase inofensiva de desagrado. Ya sabes lo que quiero decir, la clase de desagrado que puede hacer que vayan a otra tienda a comprar, pero no la clase que pueda hacerles desear el matarlo.
- ¿Y quién, si es que lo sabes, puede beneficiarse de su muerte?
- Hum... nadie, para así decirlo - dijo Peters, pensativo -. Su heredero es un sobrino que vive en Venus. Lo vi una vez y era un muchacho simpático. Pero la herencia no será nada que valga la pena. No valdrá más allá de unos cuantos miles de créditos.
- Aquí hay una lista de sus amigos, Perry - dijo Caquer mientras le entregaba un papel - ¿Quieres mirarla y decirme si puedes añadir algún nombre? ¿O si puedes hacer alguna sugerencia?
- El inventor estudió la lista, y luego la devolvió.
- Me parece que los incluye a todos - le dijo a Caquer -. Hay un par de ellos que yo no sabía que lo conocieran lo bastante para merecer el estar en la lista. Y también tienes ahí sus mejores clientes, los que le hacían compras importantes.
- El Teniente Caquer volvió a meterse la lista en el bolsillo.
- ¿En qué trabajas ahora? - preguntó a Peters.
- Algo que no puedo terminar, me temo - dijo el inventor -. Necesitaba la ayuda de Deem, o por lo menos el uso de su torno, para seguir adelante. - Cogió del banco de trabajo el par de anteojos más raro que Caquer había visto nunca. Los cristales tenían la forma de arcos de círculo, en vez de formar unos círculos completos y estaban sujetos en una banda de plástico flexible, sin duda diseñada para ajustarse apretadamente a la cara, alrededor de

los cristales. En la parte central superior, donde quedaría contra la frente del que usase aquellas gafas, había una pequeña caja cilíndrica de unos cuatro centímetros de diámetro.

- ¿Y para qué sirve eso? - preguntó Caquer.

- Para usarlos en las minas de radita. Las emanaciones de ese mineral, mientras sigue en estado bruto, destruyen inmediatamente cualquier sustancia transparente que se haya descubierto o fabricado hasta la fecha. Inclusive el cuarzo. Y también daña a los ojos descubiertos. Los mineros tienen que trabajar con los ojos vendados, como si dijéramos, guiándose solamente por el tacto.

- ¿Y cómo es que la forma de esos lentes va a impedir que las emanaciones les perjudiquen, Perry? - preguntó.

- Esa pieza en la parte superior es un pequeño motor. Hace funcionar un par de limpiacristales especialmente preparados. Son como un par de limpiaparabrisas antiguos. Y es por eso que los cristales tienen la misma forma del arco de los limpiacristales.

- ¿Quieres decir que los limpiacristales son absorbentes y que contienen alguna clase de líquido que protege los cristales?

- Sí, excepto que son hechos de cuarzo en vez de vidrio. Y solamente están protegidos una pequeña fracción de segundo. Los brazos del limpiacristales van a toda velocidad, tan rápidos que no se les puede ver cuando se usan las gafas. Los brazos tienen la mitad del tamaño de los cristales y el que los usa sólo puede ver una parte de los cristales a la vez.. Pero puede ver, aunque poco, y esto representa una mejora del mil por uno en la extracción de radita.

- Magnífico, Perry - dijo Caquer -. Y la visión puede mejorarse usando una iluminación superbrillante. ¿Ya los has probado?

- Sí y funcionan. El problema está en los brazos; la fricción los calienta y entonces se expanden, agarrotándose después de un minuto de funcionamiento, poco más o menos. Tengo que ajustarlos en el torno de Deem, u otro parecido. ¿Crees que podrías conseguir que yo lo pudiera usar? ¿Digamos por un día o dos?

- No veo ninguna dificultad - le dijo Caquer -. Hablaré a quienquiera que sea nombrado depositario por el Director, y ya te lo arreglaré. Más tarde es posible que puedas comprar el torno de los herederos. ¿O crees que al sobrino le interesarán estas cosas?

Perry Peters movió la cabeza.

- No creo, no distinguiría un torno de una máquina de taladrar. Te lo agradeceré, Rod, si puedes arreglar que yo pueda usar esa máquina.

Caquer ya había dado media vuelta para irse, cuando Perry Peters le detuvo.

- Espera un minuto - dijo Peters y luego se detuvo, indeciso -. Creo que me reservaba algo, Rod - dijo el inventor al fin -. Conozco una cosa sobre Willem que es posible que tenga algo que ver con su muerte, aunque yo mismo no sé cómo. No lo contaré a no ser que ahora ya esté muerto, de manera que no puede causarle ninguna clase de dificultades.

- ¿Qué es, Perry?

- Libros políticos prohibidos. Se ganaba algún dinero vendiéndolos. Libros en la Lista, ya sabes lo que quiero decir.

Caquer silbó suavemente.

- No sabía que los seguían haciendo. Después que el Consejo lo castiga con penas tan duras, caramba.

- La gente sigue siendo humana, Rod. Siente curiosidad por saber lo que no debiera, sólo por saber por qué no deben conocerlo, si es que no tienen otras razones.

- ¿Libros de la Lista Gris o Negra, Perry?

Ahora fue el inventor quien se mostró sorprendido.

- No te comprendo. ¿Qué diferencia hay?

- Los libros de la Lista Prohibida Oficial están divididos en dos grupos. Los realmente peligrosos están en la Lista Negra. Existen severas penas al que se le encuentre uno y la pena de muerte para el que lo escriba o imprima. Los menos peligrosos están en la Lista Gris, como la llaman.

- Yo no sé cuáles eran los que vendía Deem. Bien, en confianza, una vez leí un par que Deem me prestó y recuerdo que pensé que era algo bastante aburrido. Teorías políticas subversivas.

- Esos serían de la Lista Gris. - El Teniente Caquer parecía aliviado - Toda la parte teórica está en la Lista Gris. Los libros de la Lista Negra son los que contienen información práctica peligrosa.

- ¿Tales cómo? - el inventor contempló fijamente a Caquer.

- Instrucciones y fórmulas para fabricar productos prohibidos - explicó Caquer -. Como la Lethite, por ejemplo. Lethite es un gas venenoso, enormemente mortífero. Con un par de kilos de él se puede destruir una ciudad, de modo que el Consejo prohibió su fabricación y cualquier libro que explicase cómo podía fabricarse fue incluido en la Lista Negra. Algún loco podría conseguir un libro de esos y destruir su propia ciudad.

- ¿Pero quién va a ser, que haga una cosa así?

- Puede estar enfermo mentalmente o sentir odio por algo - dijo Caquer -. O podría usarlo en pequeña escala para algún intento criminal. O, ¡por Júpiter!, podría ser el jefe de algún Gobierno local que quisiera apoderarse de otro Estado vecino. El conocimiento de una cosa así podría quebrantar la paz en todo el Sistema Solar.

Perry Peters asintió pensativamente.

- Comprendo lo que quieres decir - dijo al fin -. Bien, sigo sin ver que ello tenga nada que ver con la muerte de Deem, pero creí que sería mejor decirte este aspecto de su vida. Probablemente querrás hacer una comprobación de los libros que pueda tener, antes de que el depositario abra de nuevo el local.

- Desde luego - dijo Caquer -. Y muchas gracias, Perry. Si me lo permites, usaré tu visífono para que empiecen ese registro inmediatamente. Si es que hay algún libro de la Lista Negra, nos haremos cargo de ellos en seguida.

Cuando pudo conseguir comunicación con su secretaria, ella parecía a la vez asustada y aliviada al verlo.

- Mr. Caquer - dijo -. He estado tratando de encontrarle. Algo horrible ha sucedido. Otra muerte.

- ¿Otro asesinato? - dijo Caquer, aturdido.

- Nadie sabe lo que ha sido - dijo la secretaria -. Una docena de personas lo han visto saltar de una ventana que estaba solamente a unos diez metros de altura. Y en esta gravedad, eso no podría haberle matado, pero ya estaba muerto cuando llegaron a su lado. Y cuatro de los que le vieron, le conocían. Dicen que era...

- Siga, Por Dios, ¿quién era?

- Yo no... Teniente Caquer, ellos dicen, los cuatro a la vez, que era Willem Deem.

Con una sensación de irrealidad, como si se encontrase en una pesadilla, el Teniente Rod Caquer miró por encima del hombro del médico forense al cuerpo que yacía en la camilla, mientras los sanitarios los rodeaban impacientes.

- Apresúrese, Doctor - dijo uno de ellos -. El cuerpo no aguantará mucho más y necesitaremos cinco minutos para llegar al crematorio.

El Dr. Skidder asintió irritado sin alzar la vista y siguió con su examen.

- No hay ni una señal, Rod - dijo -. Ni rastro de veneno. Ni rastro de nada. Simplemente, se ha muerto.

- ¿Podía ser a causa de la caída?

- No hay ni un arañazo de la caída. El único diagnóstico que puedo dar es que le ha fallado el corazón. Bien, muchachos, ya se lo pueden llevar.

- ¿Usted también ha terminado, Teniente?

- Sí - dijo Caquer -. Adelante, Skidder, ¿cuál de los dos era Deem?

Los ojos del Doctor siguieron el cuerpo tapado por una sábana blanca que se llevaban los enfermeros, y se encogió de hombros.

- Teniente, ése es su problema - dijo -. Todo lo que puedo hacer es certificar la causa de la muerte.

- Sin embargo, no es lógico - gimió Caquer -. La ciudad del Sector Tres no es tan grande que pueda existir un doble de Deem sin que la gente lo sepa. Pero uno de ellos tenía un doble. En confianza, ¿cuál le pareció que era el original?

El Doctor Skidder sacudió la cabeza sombríamente.

- Willem Deem tenía una verruga de forma rara en la nariz - dijo -. Los dos cadáveres la tenían, Rod. Y ninguna de las dos era artificial. Puedo apostar mi reputación profesional sobre este punto. Pero venga a la oficina conmigo y le diré cuál de los dos era Willem Deem.

- ¿Sí? ¿Cómo?

- Tenemos sus huellas dactilares en el Departamento, igual que las de todos nosotros. Y siempre se toman las huellas dactilares a un cadáver en Callisto, ya que el cuerpo tiene que destruirse tan rápidamente.

- ¿Ha tomado las huellas de los dos cadáveres? - preguntó Caquer.

- Desde luego. Las tomé antes de que usted llegase, en ambos casos. Tengo las que corresponden a Willem, quiero decir al otro cadáver, en mi despacho. Le diré lo que podemos hacer; vaya a buscar la ficha archivada en el Departamento y nos encontraremos en mi oficina.

Caquer suspiró aliviado mientras asentía. Por lo menos ahora se aclararía una cuestión: a quién pertenecían los cadáveres.

Y permaneció en aquel estado, comparativamente de satisfacción, hasta media hora después en que se reunió con el Dr. Skidder y compararon las tres fichas, la que Rod había retirado del Departamento y las pertenecientes a cada uno de los cuerpos.

Las tres eran idénticas.

- Hum - dijo Caquer -. ¿Está seguro que no se ha equivocado con esas impresiones?

- ¿Cómo puedo haberme equivocado? - dijo el Doctor Skidder -. Sólo he tomado un solo juego de cada cuerpo, Rod. Y si ahora las hubiese mezclado mientras las estamos comparando, el resultado sería el mismo. Las tres impresiones son iguales.

- Pero no lo pueden ser.

Skidder se encogió de hombros.

- Creo que tendríamos que poner el caso en manos del Director cuanto antes - dijo Rod -. Lo voy a llamar y arreglaré una entrevista. ¿Conforme?

Media hora más tarde, Caquer explicó toda la historia al Director Barr Maxon, con el Dr. Skidder a su lado confirmando los puntos más importantes. La expresión del rostro del Director Maxon hizo que Rod se sintiera satisfecho, muy satisfecho, de poder contar con la confirmación del Doctor Skidder.

- ¿Están de acuerdo, pues - preguntó Maxon - que este caso debe ser puesto en conocimiento del Coordinador de Sectores y que debe pedirse que envíe un investigador especial, para hacerse cargo del mismo?

Un poco tristemente, Caquer asintió.

- Me duele admitir que soy incompetente, Director, o que parezco serlo - dijo -. Pero éste no es un crimen ordinario. Lo que está sucediendo es superior a mis fuerzas. Y puede haber algo aún más siniestro que un asesinato detrás de todo ello.

- Tiene razón, Teniente. Tomaré las medidas necesarias para que la persona indicada salga hoy mismo del Sector Centro y se ponga en contacto con usted.

- Director - preguntó Caquer -, ¿puede decirme si se ha inventado alguna vez una máquina o proceso que permita reproducir un cuerpo humano, incluyendo la mente o sin ella?

Maxon pareció sorprendido por la pregunta.

- ¿Cree que Deem pueda haber estado trabajando en algo que se volvió contra él? Desde luego, que yo sepa nunca se ha llegado a un descubrimiento como ése. Nadie ha podido nunca duplicar, excepto por imitación, ni siquiera un objeto inanimado. ¿Usted no habrá oído hablar de tal cosa, Skidder?

- ¡No - dijo el médico forense -. Ni siquiera su amigo Perry Peters podría hacer una cosa así, Rod.

Desde la oficina del Director Maxon, Caquer se dirigió a la tienda de Deem. Brager estaba allí de guardia y lo ayudó a registrar el lugar minuciosamente. Fue una tarea larga y laboriosa, porque cada libro y cada película tenían que ser examinados completamente.

Los que imprimían libros ilegales, y Rod lo sabía, eran muy listos en disimular sus productos. Generalmente, los libros prohibidos llevaban las cubiertas y el título, a veces hasta los primeros capítulos, de alguna novela popular y los rollos de film estaban disimulados igualmente.

Estaba anocheciendo cuando terminaron, pero Rod Caquer sabía que habían hecho un examen concienzudo. No existía ningún libro prohibido en aquella tienda y todas las películas habían sido pasadas por el proyector.

Otros hombres, a las órdenes de Rod, habían registrado el departamento de Deem con igual cuidado. Llamó allí y recibió su informe, completamente negativo.

- No hay ni un folleto Venusiano - dijo el policía encargado del registro en el departamento, con lo que a Rod le pareció un tono de sentimiento.

- ¿Han encontrado un torno, uno pequeño para trabajos de precisión?

- No, no hemos visto nada parecido. Una de las habitaciones ha sido convertida en un taller, pero no hay ningún torno. ¿Es eso importante?

Caquer dijo que no. ¿Qué significaba otro misterio, además pequeño, en un caso como aquél?

- Bien, Teniente - dijo Brager, cuando la pantalla se hubo oscurecido -. ¿Qué hacemos ahora?

Caquer suspiró.

- Usted puede marcharse a casa, Brager - dijo -. Pero primero pase por el Departamento y dígame que envíen un hombre para que se quede de guardia aquí y otro en el departamento. Yo me esperaré hasta que llegue el relevo.

Cuando Brager se hubo marchado, Caquer se dejó caer, cansado, en la silla más cercana. Se sentía físicamente agotado y su cerebro parecía haber dejado de funcionar. Dejó que sus ojos se dirigieran a las ordenadas estanterías y su cuidadoso arreglo le molestó.

Si solamente tuviese una pista, de la clase que fuese... Wilder Williams nunca se había encontrado en un caso como aquél en el que las únicas pistas eran dos cadáveres idénticos, uno de los cuales había sido muerto de cinco maneras diferentes y el otro no tenía ninguna señal de violencia. Aquello no tenía explicación, y ¿por dónde iba él a empezar?

Bien, aún tenía la lista de las personas que quería visitar y aún le quedaba tiempo de ver por lo menos a una de ellas, esta tarde.

¿Debía ir a ver a Perry Peters, para ver qué explicación podía darle de la desaparición del torno? Quizá podría darle alguna idea de lo que había pasado con aquella máquina. Pero, entonces, ¿qué es lo que tendría que ver el torno en aquel caso? Uno no puede fabricar un cadáver en un torno.

Quizá sería mejor que fuese a ver al Dr. Gordon.

Llamó al departamento de los Gordon por el visífono y Jane apareció en la pantalla.

- ¿Cómo está tu padre, Jane? - dijo Caquer -. ¿Puedes decirme si podrá hablar conmigo esta noche?

- Oh, sí - dijo la muchacha -. Se siente mucho mejor y quiere regresar a sus clases mañana. Pero ven cuanto antes si es que vas a venir. Rod, pareces enfermo, ¿qué es lo que te pasa?

- Nada, excepto que me siento atontado. Pero creo que estoy normal.

- Estás demacrado. ¿Cuándo has comido la última vez?

Los ojos de Caquer se abrieron.

- ¡Dios mío! Se me ha olvidado todo lo que se refiere a la comida. He dormido hasta tarde y ni siquiera he desayunado.

Jane Gordon se rió.

- ¡Pobrecillo! Bien, ven pronto y tendré algo preparado cuando llegues.

- Pero...

- Pero nada. No discutas. ¿Cuándo llegarás?

Un minuto después de haber cerrado el visífono, el Teniente Caquer se levantó para contestar a una llamada, que había sonado en la puerta cerrada de la tienda.

La abrió

- Hola, Reese - dijo -. ¿Le envía Brager?

El policía asintió.

- Me dijo que debía estar aquí, por si acaso. ¿De qué?

- Vigilancia de rutina, eso es todo - explicó Caquer -. Dígame, he estado aquí encerrado toda la tarde. ¿Hay algo de nuevo?

- Un poco de excitación. Hemos estado arrestando agitadores en la calle todo el día. Pocos. Hay una epidemia de ellos.

- ¡Caramba! ¿Y qué es lo que quieren?

- Atacar al Sector Dos, por alguna razón que no acaba de ser clara. Están incitando al público a enfurecerse contra el Sector Dos y a eliminarlo. Las razones que dan son completamente absurdas.

Algo se agitó inquieto en la memoria de Rod Caquer, aunque no pudo localizar lo que era. ¿El Sector Dos? ¿Quién le había estado contando cosas del Sector Dos? Algo sobre usura, juego poco limpio, sangre marciana, cosas absurdas. Aunque era cierto que muchas de las gentes que vivían allí tenían sangre marciana...

- ¿Cuántos agitadores han sido arrestados?

- Tenemos a siete, dos más se nos escaparon, pero los agarraremos si empiezan otra vez.

El Teniente Caquer fue caminando, pensativo, hacia el departamento de los Gordon, haciendo esfuerzos para recordar dónde había oído, recientemente, propaganda contra el Sector Dos. Tenía que existir alguna razón común para la aparición simultánea de nueve agitadores en público, todos predicando la misma doctrina.

¿Una organización política subversiva? No había existido ninguna parecida durante el último siglo. Bajo un Gobierno perfectamente democrático, pieza esencial de una organización estable de todos los planetas habitados, podía encontrarse algún iluso que no estaba satisfecho, pero Rod no podía imaginarse ningún grupo organizado en aquella situación.

Parecía tan absurdo como el caso de Willem Deem. Aquello tampoco era lógico. Las cosas sucedían sin significado, como en una pesadilla. ¿Pesadilla? ¿Qué era lo que trataba de recordar sobre una pesadilla? ¿No había tenido él una clase rara de sueño la noche pasada? ¿Qué fue?

Pero, como hacen siempre las pesadillas, ésta eludió su mente consciente.

De todos modos, mañana interrogaría, o ayudaría a interrogar, a esos agitadores que estaban arrestados. Pondría detectives a investigar sus historias y costumbres y no le cabía duda que podría encontrar un común denominador en alguna parte, que explicara su repentina actividad.

No podía ser por accidente que todos ellos empezaran en el mismo día. Era absurdo, tan absurdo como los inexplicables cadáveres del propietario de la tienda de libros y films. Quizá porque los dos casos eran absurdos, su mente tendía a unir los dos hechos. Pero juntos, los dos no eran más lógicos que separados. Inclusive tenían menos explicación.

¿Por qué no habría aceptado aquel puesto que le ofrecieron en Ganímedes? Ganímedes era una luna agradable y bien organizada. No había nadie allí capaz de ser asesinado dos veces en días consecutivos. Pero Jane Gordon no vivía en Ganímedes; vivía en el Sector Tres y él se dirigía ahora a verla.

Todo hubiese sido maravilloso, excepto que él se sentía tan cansado que no podía pensar a derechas, y que Jane Gordon insistía en considerarlo como un hermano en vez de como un pretendiente y que probablemente iba a perder su empleo. Sería el hazmerreír de todo Callisto, si el investigador especial enviado del Sector Centro encontraba alguna sencilla explicación para todo lo que estaba pasando, que a él se le había escapado...

Jane Gordon, que le pareció más hermosa de lo que nunca había visto, lo recibió en la puerta. Estaba sonriendo, pero la sonrisa se cambió en una mirada de preocupación cuando él entró en la habitación brillantemente iluminada.

- ¡Rod! - exclamó -. Pareces enfermo, realmente enfermo. ¿Qué es lo que has hecho además de olvidarte de comer?

Rod Caquer consiguió sonreír.

- He estado corriendo en círculos dentro de callejones sin salida, Jane. ¿Puedo usar tu visífono?

- Desde luego. Tengo algo de comida preparada para ti. Pondré la mesa mientras llamas. Papá está durmiendo. Me dijo que lo despertase cuando llegase, pero esperaré hasta que hayas comido.

Mientras ella se dirigía a la cocina, Caquer se dejó caer en la silla situada enfrente del visífono y llamó al Departamento de Policía. La roja cara de Borgesen, Teniente del turno de noche, apareció en la pantalla.

- Hola, Borg - dijo Caquer -. Oye, con respecto a esos siete oradores que has arrestado ¿has hecho que...?

- Son nueve - interrumpió Borgesen - Tenemos a los otros dos y quisiera que no estuviesen aquí. Nos van a volver locos.

- ¿Quieres decir que los otros trataron de hablar en público de nuevo? - preguntó Caquer.

- No. Entraron en el Departamento y se entregaron, y no podemos echarlos a la calle, porque hay una denuncia contra ellos. Pero están confesando a todos los que los quieren oír. ¿Y quieres saber lo que confiesan?

- Me rindo - dijo Rod.

- Que tú los has alquilado, y que les has ofrecido cien créditos a cada uno de ellos.

- ¿Cómo?

Borgesen rió, un poco más fuerte de lo necesario.

- Los dos que se entregaron voluntariamente dicen eso y los otros siete. Dios mío, ¿por qué me habré hecho policía? Una vez tuve la oportunidad de estudiar para maquinista de naves interplanetarias y tengo que terminar haciendo esto.

- Mira, quizá lo mejor será que me llegue a la oficina y veamos si son capaces de mantener su acusación en mi cara.

- Probablemente lo harán, pero eso no quiere decir nada, Rod. Dicen que los ha alquilado esta tarde y nosotros sabemos que estabas en la tienda de Deem con Brager. Rod, esta luna se ha vuelto loca y yo también. Walter Johnson ha desaparecido. No se le ha visto desde esta mañana.

- ¿Cómo? ¿El secretario confidencial del Director? Estás bromeando, Borg - dijo Caquer.

- Quisiera que fuese una broma. Tendrías que estar contento de no tener que hacer guardia en el Departamento. Maxon nos ha estado dando siete clases distintas de tormento para que encontremos a su secretario. Y tampoco le gusta el asunto de Deem. Parece que nos echa la culpa de que dejemos que asesinen a un hombre dos veces. Dime, ¿cuál de los dos era Deem, Rod? ¿Tienes alguna idea?

Caquer sonrió débilmente.

- Vamos a llamarles Deem y Deem 2 hasta que lo sepamos - sugirió -. Creo que los dos eran Deem.

- ¿Pero cómo puede un hombre ser dos?

- ¿Cómo puede matarse a un hombre de cinco modos a la vez? - contestó Caquer -. Cuando me contestes eso, te explicaré tu pregunta.

- Estás loco - dijo Borgesen y continuó con una observación algo grotesca -. Creo que hay algo raro en este caso.

Caquer estaba riendo tan fuertemente que había lágrimas en sus ojos, cuando Jane Gordon entró para decirle que la mesa estaba dispuesta. Ella lo miró con asombro, pero había preocupación detrás del asombro.

Caquer la siguió sin protestar y descubrió que estaba hambriento. Cuando hubo comido bastantes alimentos para preparar tres comidas corrientes, volvió a sentirse humano. Su dolor de cabeza aún persistía, pero ya era algo que palpitaba débilmente en la distancia.

El Profesor Gordon estaba esperando en el salón cuando entraron allí procedentes de la cocina.

- Rod, te pareces a algo que haya sido arrastrado por el gato - dijo -. Siéntate antes de que te caigas.

Caquer sonrió.

- Eso es porque he comido demasiado. Jane es una magnífica cocinera.

Se dejó caer en una silla enfrente de Gordon. Jane Gordon se había acomodado en el brazo de la silla de su padre, y los ojos de Caquer se recrearon contemplándola. ¿Cómo era posible que una muchacha con los labios tan suaves y apetecibles como los suyos pudiera insistir en considerar al matrimonio como algo puramente académico? ¿Cómo era posible que...?

- No puedo ver en este momento que ello pueda ser una causa de su muerte, Rod, pero Willem Deem alquilaba libros políticos - dijo Gordon -. No hago ningún daño en decirlo ahora, ya que el pobre hombre está muerto.

Casi las mismas palabras, recordó Caquer, que Perry Peters había usado para decirle la misma cosa.

Caquer asintió.

- Hemos registrado su tienda y su departamento y no hemos encontrado ninguno, Profesor - dijo -. Desde luego, usted no sabrá qué clase...

El Profesor Gordon sonrió.

- Me temo que sí lo sé, Rod. En confianza, y espero que no tendrás ningún dictáfono para registrar nuestra conversación, he leído unos cuantos de esos libros.

- ¿Usted? - Había real sorpresa en la voz de Caquer.

- Nunca dejes de tener en cuenta la curiosidad de un profesor, muchacho. Mucho me temo que la lectura de libros en la Lista Gris es un vicio más extendido entre los profesores



de Universidad, que entre ninguna otra clase de personas. Oh, ya sé que está mal el hacerlo, pero la lectura de tales libros no puede afectar a una mente serena y juiciosa.

- Y papá ciertamente disfruta de una mente serena y juiciosa, Rod - dijo Jane, ligeramente desafiante -. Sólo que... a mí no me dejaba leerlos.

Caquer sonrió. El uso por el profesor de la palabra «Lista Gris» lo había tranquilizado.

El alquilar libros de la Lista Gris era solamente una falta leve, después de todo.

- ¿Nunca has leído libros de la Lista Gris, Rod? - preguntó el profesor.

Caquer sacudió la cabeza.

- Entonces, probablemente, nunca habrás oído hablar del hipnotismo. Algunas de las circunstancias en el caso Deem. Bien, me he preguntado si se habría usado hipnotismo.

- Me temo que ni siquiera sé de qué se trata, Profesor.

El débil anciano suspiró.

- Eso es porque nunca has leído libros ilícitos, Rod - dijo Gordon -. El hipnotismo consiste en el control de una mente por otra y había alcanzado un alto grado de desarrollo antes de que fuese prohibido. ¿No habrás oído hablar de la Orden Kapreliana o de la Rueda de Vargas?

Caquer movió la cabeza.

- La historia de este tema está en los libros de la Lista Gris, en varios de ellos - dijo el profesor -. El método y cómo se construye una Rueda de Vargas, estará en los libros de la Lista Negra, muy arriba en la lista de la ilegalidad. Desde luego no he leído éstos, pero conozco la historia.

»Un hombre llamado Mesmer, allá por el Siglo Dieciocho, fue uno de los primeros que usaron, si es que no fue el descubridor, del hipnotismo. Por lo menos, estableció las primeras bases científicas de su práctica. Ya en el Siglo Veinte, se sabía mucho en este campo, y ya era usado profusamente en medicina.

»Cien años más tarde, los médicos trataban casi tantos enfermos con hipnotismo como con drogas y cirugía. Es cierto que hubo algunos casos de abuso, pero fueron relativamente pocos.

»Pero otros cien años trajeron un gran cambio. El hipnotismo había ido demasiado lejos para la seguridad pública. Cualquier criminal o político sin escrúpulos que llegaba a conseguir algunos conocimientos del arte, podía operar con impunidad. Podía engañar al público y conseguir no ser descubierto.

- ¿Quiere decir que realmente podía hacer que la gente pensara lo que él quería? - preguntó Caquer.

- No solamente eso, sino que conseguía que hiciesen cuanto él quisiera. Y con el uso de la televisión un sólo hombre podía visible y directamente hablar a millones de personas.

- Pero, ¿no podía el Gobierno haber dictado leyes para regular la práctica de este arte?

El Profesor Gordon sonrió.

- ¿Cómo, cuando los legisladores son buenos y tan sujetos a la influencia del hipnotismo como el resto de los mortales? Y luego, para complicar las cosas, casi sin posibilidad de arreglo, llegó la invención de la Rueda de Vargas.

»Ya había sido observado, en tiempos tan lejanos como el Siglo Diecinueve, que una serie de espejos movibles, dispuestos de manera especial, podían someter a cualquiera que los mirase a un estado de sumisión hipnótica. Y la transmisión del pensamiento había ya sido experimentada en el Siglo Veintiuno. Fue en el siglo siguiente cuando Vargas combinó y perfeccionó los dos para construir su Rueda. En realidad, era una especie de casco, con una rueda giratoria de espejos, especialmente contruidos, colocada encima.

- ¿Y cómo funcionaba? - preguntó Caquer.

- El portador de un casco o Rueda de Vargas tenía de inmediato y automáticamente control sobre cualquiera que le viese directamente en una pantalla de televisión - dijo Gordon -. Los espejos en la pequeña rueda giratoria producían una hipnosis instantánea, mientras que el casco, de alguna manera, llevaba los pensamientos del portador a través de la rueda e implantaba sobre los hipnotizados cualquier pensamiento que deseara transmitir.

»En realidad, el casco, o la Rueda, podían ser ajustadas para producir ciertas ilusiones fijas, sin necesidad de la intervención del operador. O, en cambio, el control podía ser directo, desde su mente.

- ¡Caramba! - dijo Caquer -. Una cosa como ésa podría... Ahora comprendo por qué los libros que dan instrucciones para fabricar una Rueda de Vargas están en la Lista Negra. ¡Por los Asteroides! Un hombre con una de esas Ruedas podría...

- Podría conseguirlo casi todo. Inclusive el matar a un hombre y hacer que la causa de la muerte apareciese de cinco modos distintos a otros tantos observadores.

Caquer silbó suavemente.

- Y también tratar de levantar a las turbas con agitadores, aunque no es necesario que sean agitadores, sino ciudadanos completamente temerosos de la Ley.

- ¿Agitadores? - preguntó Jane Gordon -. ¿Qué es eso de los agitadores, Rod? No me he enterado de nada.

Pero Rod ya se estaba levantando.

- No tengo tiempo de explicártelo ahora, Jane - dijo -. Te lo diré mañana, pero ahora tengo que dedicarme... Un momento, Profesor, ¿es eso todo lo que sabe respecto a ese asunto de la Rueda de Vargas?

- Todo lo que sé, muchacho. Se me había ocurrido como una posibilidad. Solamente llegaron a construirse cinco o seis, hasta que finalmente el Gobierno consiguió apoderarse de ellas y destruirlas, una a una. Costó millones de vidas el hacerlo.

»Cuando finalmente consiguieron dominar a todos los Poseedores, la colonización de los planetas ya se había iniciado y un Consejo Interplanetario tenía ya control sobre todos los Gobiernos. Decidieron que todo lo que se relacionase con el hipnotismo era peligroso y lo declararon prohibido. Costó unos cuantos siglos el eliminar todo conocimiento de este asunto, pero al fin tuvieron éxito. La prueba es que tú nunca has oído hablar de ello.

- ¿Y qué hay de los aspectos beneficiosos del hipnotismo - preguntó Jane Gordon -. ¿Se han perdido?

- Desde luego - dijo su padre -. Pero la ciencia de la Medicina había progresado tanto, que no constituye una pérdida demasiado grande. Hoy en día, los médicos pueden curar por medios físicos todo cuanto podía hacerse con el hipnotismo, por medios mentales.

Caquer, que se había detenido en la puerta, se volvió.

- Profesor, ¿es posible que alguien haya alquilado un libro de la Lista Negra a Deem, y haya aprendido estos secretos?

El Profesor Gordon se encogió de hombros.

- Es posible - dijo -. Deem puede haber tenido algunos libros de la Lista Negra, en ocasiones, pero no hubiera tratado de venderlos o alquilármelos a mí. De modo que no me habría enterado.

En el Departamento de Policía, el Teniente Caquer encontró al Teniente Borgesen al borde de un ataque de apoplejía.

Éste miró a Caquer.

- ¡Tú! - dijo. Y luego continuó - El mundo se ha vuelto loco. Escucha, Brager descubrió el cuerpo de Willem Deem, ¿no es así? A las diez de la mañana de ayer. Y se quedó allí de guardia mientras Skidder y tú y los sanitarios estaban allí, ¿no?

- Sí, ¿por qué? - preguntó Caquer.

La expresión de Borgesen mostró cuánto le habían afectado los últimos sucesos.

- Por nada, no pasa nada, excepto que Brager estuvo en el hospital ayer por la mañana, de las nueve hasta después de las once, curándose un tobillo dislocado. No es posible que haya estado en la tienda de Deem a la hora que él dice. Siete doctores, ayudantes y enfermeras juran que estaba en el hospital a aquella hora.

- Hoy cojeaba, cuando me ayudó a registrar la tienda de Deem - dijo - ¿Qué es lo que dice Brager?

- Dice que estuvo allí, en la tienda de Deem y que descubrió el cuerpo. Nos hemos enterado por casualidad que todo sucedió de otro modo, si es que sucedió de alguna manera. Rod, me voy a volver loco. Pensar que tuve la oportunidad de ser maquinista en un carguero interplanetario y en cambio acepté este maldito empleo. ¿Has podido saber algo de nuevo?

- Puede ser. Pero antes quiero preguntarte algo, Borg. Respecto a esos nueve chiflados que has arrestado, ¿ha tratado alguien de averiguar...?

- Ah, esos - interrumpió Borganesen -. Los he dejado marchar.

Caquer se quedó mirando a la roja faz del Teniente de guardia, como si no pudiera creer lo que veía.

- ¿Que los has dejado marchar? - replicó -. Pero no podías hacerlo, legalmente. Había una denuncia contra ellos. Sin ser juzgados, no podías ponerlos en libertad.

- Sin embargo, lo hice y asumo toda la responsabilidad por ello. Mira, Rod, esos hombres tenían razón, ¿no es eso?

- ¿Qué?

- Desde luego. Debemos despertar al pueblo sobre todo lo que está ocurriendo en el Sector Dos. Esos malditos de allá necesitan que los pongan en su lugar y nosotros vamos a ser los que lo haremos. Este Sector debe ser el Centro de Callisto. ¿No te parece, Rod, que un Callisto unido podría conquistar a Ganimedes?

- Borg, ¿hubo algo en la televisión esta noche? ¿Alguien pronunció algún discurso que tú hayas escuchado?

- Claro, ¿no lo has oído tú? Nuestro amigo Skidder. Debe haber sido mientras te dirigías hacia aquí, porque todos los receptores se han encendido automáticamente; ha sido una llamada general.

- Y... ¿hubo alguna sugerencia específica, Borg, en ese discurso? ¿Sobre el Sector Dos, y Ganimedes y todo eso?

- Claro está, tenemos reunión general mañana a las diez, por la mañana. En la Plaza. Todos tenemos que ir; te veré allí, ¿no es así?

- Sí - dijo el Teniente Caquer -. Me temo que me verás allí. Tengo que marcharme, Borg.

Rod Caquer sabía ahora lo que estaba pasando. Casi lo último que deseaba hacer era seguir allí escuchando a Borganesen, mientras éste hablaba bajo la influencia de, no podía ser otra cosa, una Rueda de Vargas. Ninguna otra fuerza podía haber hecho que el Teniente Borganesen hubiese hablado como lo acababa de hacer. La idea del profesor Gordon parecía más acertada a cada momento que pasaba. Ninguna otra cosa podía haber conseguido aquellos resultados.

Caquer caminó ciegamente a través de las calles iluminadas por la luz nocturna de Júpiter, pasando por delante del edificio donde estaba su propio departamento. Tampoco quería entrar allí.

Las calles de la Ciudad Sector Tres parecían muy animadas para ser una hora tan avanzada de la noche. ¿Qué hora era? Miró a su reloj y silbó suavemente. La noche ya había pasado. Eran las dos de la madrugada y normalmente las calles habrían estado desiertas.

Pero aquella noche no lo estaban. Las gentes andaban por todas partes, solas o en pequeños grupos que andaban juntos en un silencio extraño. Se oía el ruido de sus pisadas, pero ni siquiera el murmullo de una voz. Ni siquiera...

¡Susurros! Algo en aquellas calles y las gentes que las poblaban, hizo que Rod Caquer recordase ahora su pesadilla de la noche anterior. Sólo que ahora sabía que no había sido un sueño. Ni tampoco había andado dormido, en el sentido ordinario de la palabra.

Se había vestido. Había salido del edificio. Y las luces de la calle habían estado apagadas, lo que significaba que los empleados de la Compañía de Electricidad habían abandonado sus puertos. Ellos, igual que los otros, estuvieron vagando entre el gentío.

Escuchando a los susurros de la noche. ¿Y qué era lo que los susurros le habían dicho? Podía recordar parte de ellos...

- Mata, mata, mata. Los odias, los odias.

Un estremecimiento corrió por el espinazo de Caquer cuando se dio cuenta de la importancia del hecho, de que la pesadilla de la noche anterior había sido una realidad. Esto era algo que hacía parecer insignificante la muerte del propietario de una tienda de libros y películas.

Esto era algo que estaba atenazando a una ciudad entera, algo que podía cambiar un mundo, algo que podía conducir a un increíble terror y destrucción en una escala que no había sido conocida desde el Siglo Veinticuatro. Todo aquello que había empezado como un simple caso de asesinato...

En algún lugar más adelante, Rod Caquer escuchó la voz de un hombre que se dirigía a la multitud. Una voz enloquecida, llena de fanatismo. Corrió hasta la esquina y la dobló para encontrarse en el exterior de un grupo de personas que se apretaban alrededor de un hombre que les hablaba desde lo alto de una plataforma.

- Y os digo que mañana es el gran día. Ahora que tenemos al Director con nosotros ya no será necesario destituirle. Hay hombres trabajando en este momento, durante toda la noche, preparándose. Después de la reunión de todo el pueblo en la Plaza mañana por la mañana, haremos...

- ¡Alto! - gritó Rod Caquer. El hombre dejó de hablar y se volvió para mirar a Rod, mientras la multitud se volvía lentamente, casi al unísono, para mirarle.

- ¡Estás arres...!

Entonces Caquer se dio cuenta de que aquello era un gesto inútil.

No fueron los hombres que se dirigían hacia él, que lo convencieron de ello. No tenía miedo de la lucha. La habría recibido con satisfacción, como un alivio a aquel extraño terror, habría aceptado con placer la oportunidad de abrirse paso con su espada.

Pero de pie detrás del orador, estaba un hombre de uniforme: Brager. Y Caquer recordó, entonces, que Borgesen estaba de guardia en el Departamento y que estaba al lado de aquellos locos. ¿Cómo podía arrestar al agitador cuando Borgesen rehusaría aceptar su denuncia, y qué iba a conseguir con iniciar un tumulto y causar heridas a gentes inocentes, gentes que no actuaban por su propia voluntad, sino bajo la poderosa influencia que el Profesor Gordon le había descrito?

Con la mano en el puño de su espada, se retiró. Nadie lo siguió. Como autómatas, volvieron a mirar al orador, quien reasumió su arenga, como si nadie lo hubiese interrumpido. Brager, el policía, no se había movido, ni siquiera había mirado en su dirección. Él solo entre todas aquellas personas, no se había vuelto contra el desafío de su superior.

El Teniente Caquer se apresuró en la dirección que llevaba cuando había oído al orador. Aquel camino le llevaría al centro de la ciudad. Allí encontraría un visifono y podría llamar al Coordinador del Sector. Esto era un caso de emergencia, seguramente la influencia de

quienquiera que fuese, que poseía la Rueda de Vargas, no se había extendido más allá de los límites del Sector Tres.

Encontró un restaurante nocturno, abierto pero desierto, con las luces encendidas pero sin camareros en su interior, sin cajero detrás del mostrador. Entró en la cabina del visífono y apretó el botón para llamar al operador de llamadas de larga distancia. La operadora apareció en la pantalla casi inmediatamente.

- Póngame con el Coordinador de Sector, en Ciudad Callisto - dijo Caquer -. Aprisa, por favor.

- Lo siento, señor. Las comunicaciones fuera de la ciudad han sido suspendidas por orden del Contralor de Servicios, hasta nueva orden,

- ¿Cuánto durará?

- No está permitido dar esta información.

Caquer apretó los dientes. Bien, había una persona que podía ayudarle. Obligó a su voz a que continuase tranquila.

- Entonces con el Profesor Gordon, en los Departamentos de la Universidad - dijo a la operadora.

- Bien, señor.

Pero la pantalla siguió sin iluminarse, aunque la pequeña luz roja que indicaba que el zumbador estaba funcionando en la casa de los Gordon, estuvo centelleando durante varios minutos.

- No contestan, señor.

Probablemente el Profesor y su hija estaban profundamente dormidos y no oían la llamada. Por un instante, Caquer pensó en la conveniencia de ir hasta allí. Pero la Universidad estaba en el otro lado de la ciudad, ¿y qué ayuda podrían darle? Ninguna, y el profesor era un anciano débil y enfermo.

No, tendría que... Volvió a pulsar el botón del visífono y un instante más tarde estaba hablando con el encargado de los hangares de la Policía.

- Saque el aparato rápido de persecución - dijo Caquer secamente - y téngalo para dentro de quince minutos que vendré a buscarlo.

- Lo siento, Teniente - fue la respuesta, igualmente seca -. No se suministra telenergía a ningún aparato, por orden especial. No saldrá ningún vuelo mientras dure la emergencia.

«Debí suponerlo», pensó Caquer. Pero, ¿qué pasaría con el investigador especial que llegaría de la oficina del Coordinador?

- ¿Se permite aterrizar a las naves procedentes del exterior? - preguntó.

- Sí, pero no pueden volver a despegar sin órdenes especiales - contestó la voz.

- Gracias - dijo Caquer. Cerró la pantalla y volvió a salir afuera, donde ya amanecía. Aún había una posibilidad. El investigador especial podría quizás ayudarle.

Pero él, Red Caquer, tendría que encontrarle, contarle lo ocurrido y sus consecuencias antes de que pudiera caer, como los otros, bajo la influencia de la Rueda de Vargas. Caquer caminó rápidamente hacia el espaciopuerto. Quizá la nave había aterrizado y el daño ya estaba hecho.

Volvió a pasar por el lado de un grupo de personas reunidas frente a un orador. Casi todo el mundo debía estar bajo la influencia de la Rueda a estas horas. Pero, ¿por qué no lo estaba él? ¿Por qué no estaba también él bajo la maligna influencia?

Ciertamente, debía haberse encontrado en la calle, dirigiéndose al Departamento de Policía, cuando Skidder había estado emitiendo, pero aquello no lo explicaba todo. Todas esas gentes no podían haber visto u oído la emisión. Algunos de ellos ya debían estar durmiendo a aquella hora.

Además él, Red Caquer, había sido afectado, la noche anterior, por los susurros. Debía haber estado bajo la influencia de la Rueda, cuando había investigado la muerte, los asesinatos.

Entonces, ¿por qué se encontraba libre ahora? ¿Era él el único o eran los otros, los que habían escapado, los que estaban cuerdos y en estado normal?

De lo contrario, si era el único, ¿por qué estaba libre? ¿O no lo estaba?

¿Podía ser que lo que estaba haciendo en aquel momento era parte de algún plan realizado bajo las órdenes de otro?

Era inútil que siguiera pensando de aquel modo, o acabaría volviéndose loco. Tenía que seguir haciendo lo que creía que era lo mejor, y esperar que las cosas, y él mismo, eran lo que parecían ser.

Entonces empezó a correr, porque delante de él ya se veía el espacio abierto de la estación terminal y una pequeña espacionave, plateada a la luz del amanecer, estaba descendiendo para aterrizar. Una pequeña nave rápida del Gobierno, debía ser la del investigador especial. Corrió alrededor de los edificios, pasó por la puerta de la valla y se dirigió a la nave, que ya había tomado tierra. La puerta se abrió.

Un hombre pequeño, de movimientos enérgicos salió al exterior y cerró la puerta. Vio a Caquer y sonrió.

- ¿Usted es Caquer? - preguntó, tranquilamente -. La oficina del Coordinador me envía para investigar un caso en el que parece que ustedes se encuentran en dificultades. Me llamo...

El Teniente Rod Caquer estaba mirando, horrorizado, al bien conocido rostro del hombre, a la familiar verruga que tenía en un lado de la nariz, esperando que pronunciase el nombre que ya conocía.

- ...Willem Deem. ¿Le parece que vayamos a su oficina?

El Teniente Rod Caquer, Teniente de Policía del Sector Tres en Callisto, había soportado más de lo que podía. ¿Cómo se puede investigar el asesinato de un hombre que ha sido muerto dos veces? ¿Qué debe hacer un policía cuando la víctima se presenta, viva y sonriente, para ayudarle a resolver el caso?

Ni siquiera cuando se sabe que en realidad no está allí, o si lo está, no es lo que nos dicen nuestros ojos y que no está diciendo lo que escuchan nuestros oídos.

Hay un punto, más allá del cual la mente humana no puede seguir funcionando normalmente y, cuando se alcanza ese punto, distintas personas reaccionan de diferentes maneras.

La reacción de Rod Caquer fue una súbita, ciega y roja cólera que se dirigió, por falta de mejor objetivo, a la persona del investigador especial, si es que era el investigador y no un fantasma hipnótico que ni siquiera se encontraba allí.

El puño de Rod Caquer estableció contacto y encontró una barbilla, lo cual no probaba nada excepto que si el hombre que había bajado del aparato era una ilusión, lo era tanto para la vista como para el tacto. El puño de Rod explotó en su mentón como el escape de un cohete y el hombre se tambaleó y cayó hacia adelante. Aún sonriente, porque no había tenido tiempo de cambiar la expresión de su rostro.

Se cayó de cara y luego dio media vuelta, los ojos cerrados pero sonriendo amablemente hacia el cielo que se iba aclarando rápidamente.

Sintiendo que las rodillas le temblaban, Caquer se inclinó y puso su mano en el interior de la guerrera del hombre. El corazón seguía latiendo, desde luego. Por un momento, Caquer había temido que estuviese muerto a consecuencia del golpe.

Y Caquer cerró los ojos deliberadamente y tocó el rostro del hombre con su mano, y aún seguía pareciendo, el rostro de Willem Deem y la verruga seguía allí, exactamente igual al tacto que a la vista.

Dos hombres habían salido del edificio terminal y cruzaban el campo corriendo, dirigiéndose hacia él. Rod vio la expresión de sus caras y luego pensó en el pequeño aparato que estaba a pocos pasos de él. Tenía que escaparse del Sector Tres, para poder contar a alguien lo que estaba pasando, antes de que fuese demasiado tarde.

Si sólo hubiese sido mentira lo del corte de la teleenergía. Saltó por encima del cuerpo del hombre a quien había derribado y entró en el aparato y empezó a manipular los controles. Pero el aparato no respondió y, no, no le habían mentido respecto al corte de energía.

No le iba a servir de nada el quedarse allí para emprender una pelea, que no iba a decidir absolutamente nada. Salió por la puerta en el otro lado de la nave, huyendo de los hombres que ya llegaban y corrió hacia la valla.

La valla era metálica y tenía una carga eléctrica. No podía matar a un hombre, pero era lo suficiente para mantenerlo sin poder moverse hasta que se cortase la corriente y pudieran detenerlo. Pero si la teleenergía estaba cortada, posiblemente la valla tampoco recibiría corriente.

Era demasiado alta para saltarla, de modo que se arriesgó. Por suerte no tenía corriente. Pasó por encima y sus perseguidores se detuvieron y regresaron al lado del hombre caído junto al aparato del Gobierno.

Caquer dejó de correr, pero siguió caminando. No sabía dónde iba, pero tenía que seguir adelante. Después de un rato se dio cuenta de que sus pasos le llevaban hacia los límites de la ciudad, en el lado norte, en dirección a Ciudad Callisto.

Se encontraba en un pequeño parque cerca del límite norte, cuando el significado y la inutilidad de la dirección que llevaba se le hizo evidente. Y al mismo tiempo, se dio cuenta, de que todo su cuerpo le dolía, que estaba cansado y que tenía un dolor de cabeza terrible. Comprendió que no podía seguir, a menos que tuviese un objetivo definido.

Se dejó caer en un banco del parque y durante un rato descansó con la cabeza entre las manos. No encontraba solución.

Al fin levantó los ojos y vio algo que lo fascinó. Era un pequeño molinete de papel de varios colores clavado con una aguja en una varita. Un juguete de niño, que posiblemente lo habían dejado hincado en la hierba del parque, olvidándose de él. El molinete seguía girando, a los impulsos del viento, a veces rápido, a veces lento.

Marchaba en círculos, igual que su mente. ¿De qué otro modo podía funcionar la mente de un hombre, cuando no podía distinguir lo que era ilusión de lo que era realidad? Marchaba en círculos, igual que una Rueda de Vargas.

Círculos.

Pero tenía que haber algún medio. Un hombre con una Rueda de Vargas no podía ser completamente invencible, pues de otro modo, ¿cómo había podido el Consejo haber tenido éxito en destruir las pocas que se habían construido? Posiblemente, los poseedores de las Ruedas se habrían anulado el uno al otro hasta cierto punto, pero siempre habría quedado una última Rueda, en las manos de alguien. En posesión de alguien que quería controlar los destinos del Sistema Solar.

Pero el Consejo había detenido la Rueda.

Por lo tanto, podía ser detenida. Pero, ¿cómo? ¿Cómo, cuando no se la puede ver? Mejor dicho, cuando la vista de una, colocaba a un hombre tan completamente bajo su poder que ya no podía, después de la primera visión, saber que estaba allí. Porque, al verla, había conquistado su mente.

Él tenía que detener la rueda. Era la única solución. Pero, ¿cómo?

Aquel molinete en el jardín, podía ser la Rueda de Vargas, ajustada de modo que crease la ilusión de que era el juguete de un niño. O su poseedor, llevando el casco, podía estar

ahora delante de él, observándole. El Poseedor de la Rueda podría ser invisible, porque a la mente de Caquer se le habría ordenado que no lo viese.

Pero si el hombre estaba allí, entonces es que realmente estaba allí, y si Rod podía alcanzarlo con su espada, el peligro habría terminado, ¿no es así? Sin duda.

Pero ¿cómo podía encontrarse una rueda que uno no podía ver? Que no se podía ver, porque...

Y entonces, aún contemplando el molinete, Caquer vio una posibilidad, algo que podía tener éxito, una probabilidad entre mil.

Miró rápidamente a su reloj de pulsera y vio que eran ya las nueve y media, lo que quería decir que aún faltaba media hora para la reunión de la Plaza. Y la Rueda y su poseedor estarían allí, con toda seguridad.

Se quedó sin aliento después de atravesar corriendo unas cuantas manzanas y tuvo que seguir a un paso rápido, pero aún tenía tiempo para llegar allí antes de que la reunión terminase, aunque no viera el principio.

Sí, podría llegar allí. Y entonces, si su idea tenía éxito...

Eran casi las diez cuando pasó por delante del edificio donde estaba su propio departamento y siguió caminando. Entró en una casa unas cuantas puertas más allá. El operador del ascensor había desaparecido, pero Caquer lo hizo funcionar y un minuto más tarde usaba su gancha para entrar en el laboratorio de Perry Peters.

Peters no estaba, desde luego, pero las gafas sí, los anteojos especiales con el raro efecto de limpiaparabrisas que hacía que pudiesen usarse en las minas de radita.

Rod Caquer se las colocó delante de sus ojos, se puso la pequeña batería en el bolsillo y apretó el botón que tenía a un lado. Funcionaban. Podía ver, mientras los brazos limpiacristales zumbaban rápidamente. Veía confusamente, pero veía. Pero un minuto más tarde, el aparato se detuvo. Recordaba ahora que Peter había dicho que los ejes se calentaban y expandían después de un minuto de funcionamiento. Bien, aquello podía tener mucha importancia. Un minuto podía ser suficiente y los ejes se habrían enfriado cuando llegase a la Plaza.

Pero necesitaría poder variar la velocidad. Entre la multitud de piezas que cubrían el banco de trabajo, encontró un pequeño reóstato y lo intercaló en uno de los hilos que iban de las gafas a la batería.

Aquello era todo lo que podía hacer. No tenía tiempo para hacer más pruebas. Se levantó los anteojos hasta la frente y corrió hacia el ascensor. Un momento más tarde, estaba en la calle corriendo hacia la Plaza, a dos manzanas de distancia.

Cuando llegó vio la inmensa multitud reunida allí, mirando a los dos grandes balcones del edificio del Directorio. En el inferior habían varias personas a quienes conocía: el Dr. Skidder, Walter Johnson. Hasta el teniente Borgesen estaba allí.

En el más alto, el Director Barr Maxon estaba solo, hablando al gentío que se extendía por la plaza. Su voz sonora lanzaba frases reivindicando el poderío del Imperio. A unos cuantos pasos de él, entre las gentes, Caquer distinguió el cabello blanco del Profesor Gordon y la cabellera dorada de Jane Gordon a su lado. Se preguntó si también se encontraban bajo aquel embrujo. No había duda que habían sido engañados o no se encontrarían allí. Comprendió que sería inútil el tratar de hablarles, el explicarles lo que iba a tratar de hacer.

El Teniente Caquer se colocó las gafas delante de los ojos, momentáneamente ciego porque los brazos cerraban en aquel momento los arcos de cristal. Pero sus dedos hallaron el reóstato, que estaba en cero, Y empezaron a moverlo lentamente hacia su máximo.

Y entonces, a medida que los brazos limpiadores empezaron su loca danza y fueron acelerando, empezó a ver. Al principio confusamente. A través de los cristales en forma de



arco, miró a su alrededor. En el balcón inferior no observó nada de particular, pero en el balcón más alto, la figura del Director Barr Maxon repentinamente se hizo confusa.

Había un hombre de pie en el balcón, que llevaba un casco de apariencia extraña, que le cubría hasta los hombros y en su parte superior había una rueda de unos diez centímetros de diámetro, compuesta de espejos y prismas.

La rueda aparecía inmóvil, debido al efecto estroboscópico de los anteojos mecánicos. Por un instante la velocidad de los limpiacristales estuvo sincronizada con la rotación de la Rueda, de modo que cada imagen sucesiva de la Rueda la mostraba en la misma posición, y para los ojos de Caquer la Rueda de Vargas estaba inmóvil y pudo verla.

Entonces las gafas se atascaron.

Pero ya no las necesitaba.

Sabía que Barr Maxon, o quienquiera que fuese el que estaba en aquel balcón, era el Poseedor de la Rueda de Vargas.

En silencio y procurando no llamar la atención, Caquer corrió por entre los grupos y alcanzó una puerta lateral del edificio del Directorado.

Había un centinela de guardia.

- Lo siento, señor, pero no se permite la...

El guardia trató de desviar el golpe, demasiado tarde. El plano de la espada del Teniente Caquer le golpeó en un lado de la cabeza y cayó.

El interior del edificio parecía desierto. Caquer subió corriendo la escalinata que lo llevaría al piso de aquel balcón y atravesó el gran salón dirigiéndose a la puerta del balcón.

Irrumpió a través de ella y el Director Maxon se volvió. Ya no se veía el casco en su cabeza. Caquer había perdido las gafas, pero aunque no pudiera verlo, Caquer sabía que el casco y la Rueda estaban en su lugar funcionando y que ésta era su única oportunidad.

Maxon vio el rostro del Teniente Caquer y su espada desenvainada.

Entonces, abruptamente, la figura de Maxon se desvaneció. Le pareció a Caquer - aunque sabía que aquello no podía ser - que la figura ante él era la de Jane Gordon, mirándole suplicante, hablándole en un tono angustioso.

- Rod, no lo... - ella empezó a decirle.

Pero él sabía que no era Jane. Una ilusión, en defensa propia, le había sido proyectada por el operador de la Rueda de Vargas.

Caquer levantó la espada y la dejó caer con toda su fuerza.

Hubo un sonido de cristal roto y el ruido de metal contra metal, cuando su espada cortó a través del casco.

Ahora podía ver que no era Jane - sólo un hombre muerto en el suelo, con la sangre corriendo a través de un corte en el extraño y complicado casco, completamente destrozado. Un casco que ahora será visto por todo el mundo y también por el Teniente Caquer.

Del mismo modo que todo el mundo, incluyendo a Caquer, podía reconocer al hombre que lo había usado.

Sí, era Willem Deem. Y esta vez, Rod Caquer sabía que verdaderamente era Willem Deem...

- Pensé - dijo Jane Gordon - que te ibas a marchar a Ciudad Callisto sin ni siquiera despedirte de nosotros.

Rod Caquer tiró su sombrero en la dirección de una percha.

- Oh, eso - dijo -. No estoy ni siquiera seguro de que vaya a aceptar el puesto de Coordinador de Policía allí. Tengo una semana para decidirme y me quedaré en esta ciudad hasta entonces. ¿Cómo te encuentras, Jane?

- Perfectamente, Rod. Siéntate. Papá llegará pronto y tiene muchas cosas para preguntarte. ¿Cómo es que no te hemos visto desde la manifestación en la Plaza?

Es gracioso cómo un hombre puede ser tan tonto, a veces.

Pero era verdad que él se había declarado tantas veces y había sido rechazado, que quizá toda la culpa no era suya.

Él sólo pudo quedarse mirándola.

- Rod, supongo que todos los hechos no han aparecido en los programas de televisión - dijo ella -. Ya sé que tendrás que volver a contarlo todo para mi padre, pero mientras lo esperamos, ¿no quisieras adelantarme alguna cosa?

Rod sonrió.

- No tiene importancia, realmente, Jane - dijo -. William Deem consiguió hacerse, de algún modo, con un libro de la Lista Negra, y descubrió el modo de fabricar una Rueda de Vargas. De modo que hizo una y empezó a pensar cómo usarla.

- Su primera idea fue matar al Director Barr Maxon y hacerse pasar por Director, ajustando el casco de modo que apareciera como Maxon. Colocó el cuerpo de Maxon en su propia tienda y se divirtió mucho con su propio asesinato. Tenía un torcido sentido del humor y disfrutaba al vernos confundidos.

- ¿Pero cómo consiguió hacer todo el resto? - preguntó la muchacha.

- Se encontraba allí con la apariencia de Brager y pretendió descubrir su propio cuerpo. Dio una descripción de la causa de la muerte e hizo que Skidder, yo y los sanitarios viéramos el cuerpo de Maxon, cada uno de una manera distinta. No es extraño que casi nos volviésemos locos.

- Pero Brager recordaba haber estado allí - objetó ella.

- Brager estaba en el Hospital en aquel momento, pero Deem lo vio más tarde e implantó en su mente el recuerdo de haber descubierto el cuerpo de Deem - explicó Caquer -. Naturalmente, Brager pensó que había estado allí.

»Entonces mató al secretario confidencial de Maxon, porque habiendo estado tanto tiempo en contacto con Maxon, el secretario podía haber sospechado algo fuera de lo normal, aunque no hubiese podido decir lo que era. Éste fue el segundo cadáver de Deem, que a estas alturas estaba divirtiéndose mucho cuando vio el lío en que estábamos.

Y desde luego nunca envió a buscar un investigador especial a Ciudad Callisto. Estaba jugando conmigo, haciéndome creer que iba a encontrar a un detective y haciendo que el detective fuese Willem Deem otra vez. Casi me volví loco, entonces.

- Pero, ¿cómo fue, Rod, que no tenías las mismas ideas que los demás? Me refiero a ese asunto de conquistar Callisto y todo lo demás - preguntó ella -. ¿Estuviste libre de este aspecto de la hipnosis?

Caquer se encogió de hombros.

- Quizá fue debido a que no llegué a ver el discurso de Skidder en la televisión - sugirió.

- Desde luego no se trataba de Skidder sino de Deem bajo otra apariencia, llevando el casco. Y quizá me excluyó deliberadamente a mí, porque tenía una clase anormal de diversión al ver mis esfuerzos por resolver las muertes de dos Willem Deem. Es difícil saberlo. Es posible que yo estuviese ligeramente afectado por la tensión nerviosa y por esa razón fuese en parte resistente a la hipnosis general.

- ¿Crees que realmente quería gobernar sobre todo Callisto, Rod? - preguntó Jane.

- Nunca sabremos, con seguridad, hasta dónde quería o esperaba llegar más tarde. Al principio estaba experimentando con los poderes de la hipnosis, por medio de la Rueda. La primera noche, sacó a las gentes de sus casas y las hizo andar por las calles, y luego las mandó regresar e hizo que lo olvidaran. Fue una prueba, sin duda.

»Deem era, indudablemente, psicopático, y no podemos adivinar cuál era su plan completo - continuó Caquer -. ¿Has comprendido cómo funcionaban los anteojos para neutralizar la influencia de la Rueda de Vargas, Jane?

- Creo que sí. Esa fue una brillante idea, Rod. Es lo mismo que cuando se toma una película de una rueda en movimiento, ¿no? Si la cámara se sincroniza con la rotación de la rueda, de modo que a cada fotografía sucesiva la rueda dé un giro completo, entonces parece que la rueda esté inmóvil cuando se proyecta la película.

Caquer asintió.

- Exactamente. Tuve suerte en poder conseguir esos anteojos. Durante un segundo pude ver a un hombre de pie, en el balcón, llevando un casco; eso era todo lo que necesitaba saber.

- Pero, Rod, cuando apareciste en el balcón no llevabas ya las gafas. ¿No podía haberte detenido por medio de la hipnosis?

- Por suerte, no lo hizo. Supongo que no tuvo tiempo de dominar a mi mente. Sin embargo, me proyectó una ilusión. No era ni Barr Maxon ni Willem Deem la persona que vi allí en el último instante. Eras tú, Jane.

- ¿Yo?

- Sí, tú misma. Creo que él sabía que estaba enamorado de ti, y eso fue lo primero que se le ocurrió; que no me atrevería a usar la espada si yo creía que la dirigía contra ti. Pero no lo eras, a pesar de la evidencia de mis ojos, de modo que di el golpe.

Se estremeció ligeramente al recordar la fuerza de voluntad que había necesitado para levantar la espada contra ella.

- Lo peor de todo fue que te vi allí de pie, como siempre he deseado verte, con los brazos tendidos hacia mí y mirándome como si realmente me amaras.

- ¿De este modo, Red?

Y esta vez no fue obtuso para comprender lo que ella quería decir.

## **Larry Niven - PÁJARO EN MANO**

- Eso no es un rocho - dijo Ra Chen.

El ave les devolvió una mirada estúpida desde el otro lado de la gruesa pared de cristal. Sus alas eran pequeñas y subdesarrolladas, sus patas y pies enormes, ridículos. Pesaba trescientas libras y tenía casi ocho pies de estatura.

- Me dio una coz - se quejó Svetz, un hombrecillo delgado -. Me alcanzó en un costado y me partió cuatro costillas.

- Pero no es un rocho. Lo siento, Svetz. Mientras estabas en el hospital efectuamos unas investigaciones en la sección de historia de la Biblioteca de Beverly Hills. El rocho no existió nunca: fue un animal legendario.

- Pero, mira eso...

Ra Chen asintió.

- Eso es lo que dio origen a la leyenda, probablemente.

Los primeros exploradores de Australia vieron a esos... avestruces corriendo por allí. Y se dijeron a sí mismos: «Si los pollos son de ese tamaño, ¿cómo serán los adultos?» Entonces regresaron a sus países y empezaron a contar historias acerca de los adultos.

- ¿Y me ha destrozado las costillas un ave incapaz de volar?

- Cálmate, Svetz. No se ha perdido todo. El avestruz era una especie extinguida. No caerá mal en el vivarium del Secretario General.

- Pero el Secretario General quería un rocho. ¿Qué vas a decirle?

Ra Chen hizo una mueca.

- La cosa es mucho peor. ¿Sabes lo que quiere ahora el Secretario General?

El Secretario General constituía un problema para todo el mundo. Un gene recesivo heredado de su poderosa familia le había dejado con la inteligencia de un niño de seis años. Otra clase de herencia le había convertido en dueño y señor de la Tierra y de sus colonias. Su capricho era ley en todo el universo explorado.

Sea lo que fuere lo que ahora deseaba el Secretario General, resultaba vital que lo obtuviera.

- Algún imbécil se lo llevó a nadar a Los Ángeles - dijo Ra Chen -. Ahora insiste en ver la ciudad antes de que se hundiera.

- No parece una idea descabellada.

- No lo sería, si su deseo se limitara a ver la ciudad. Pero alguien de su Círculo de Consejeros se dio cuenta de su interés, y le han proporcionado grabaciones históricas de Los Ángeles. Le gustaron. Y ahora quiere participar en el primer Motín Watts.

Svetz tragó saliva.

- Eso plantearía algunos problemas de seguridad.

El avestruz ladeó la cabeza, estudiándoles. Parecía la cría enorme de un ave mucho más enorme. Svetz podía imaginar que acababa de ver cómo rompía el cascarón de un huevo del tamaño de un bungalow.

- Me duele la cabeza - dijo -. ¿Por qué me cuentas esas cosas? Sabes perfectamente que la política no es lo mío.

- ¿Imaginas lo que ocurriría si provocáramos la muerte del Secretario General? Existen ya poderosas facciones que anhelan la desaparición del Instituto de Investigaciones Temporales.

- Pero, ¿qué podemos hacer? No podemos desatender una petición directa del Secretario General.

- Podemos distraerle.

- ¿Cómo?

- Aún no lo sé. Si pudiera llegar hasta su niñera - murmuró Ra Chen entre dientes -. Lo he intentado varias veces, inútilmente. Tal vez la ha sobornado el ISR. Tal vez es leal. Hace treinta y ocho años que cuida al Secretario General.

- ¿Cómo podemos saber lo que le llamaría la atención al Secretario General? Sólo le he visto cuatro veces en actos oficiales... Si pudiéramos distraerle con un juguete nuevo, se olvidaría de Los Ángeles.

La jaula ante la cual pasaban estaba etiquetada:

#### ELEFANTE

Recuperado del año 700 Ante-Atómico, en la región de la India, Tierra. EXTINGUIDO.

El arrugado animal, de color gris, les contempló con soñolienta indiferencia. No había sido capturado por Svetz.

Pero Svetz había capturado casi la mitad de los animales que había allí, incluidos varios cuyos tanques estaban medio llenos de agua. Svetz temía a los animales. Especialmente a los de gran tamaño. ¿Por qué Ra Chen le enviaba siempre a capturar animales?

Los diez metros de basilisco de la jaula siguiente reconocieron a Svetz. Le arrojó un chorro de llamas blanco-anaranjadas, y agitó furiosamente sus diminutas alas de murciélago al comprobar que la llama no traspasaba el cristal.

Los animales de la Tierra del pasado estaban encerrados porque tenían que ser protegidos del aire de la Tierra del presente.

Svetz recordó el cielo azul-cobalto de la Tierra del pasado y se tranquilizó. El cielo de la tarde de hoy era turquesa brillante en el cenit, con tonos verde pastel y amarillos cerca del horizonte. Svetz lo vio y se tranquilizó. Si el escupecfuego chino salía de la jaula alguna vez, estaría demasiado ocupado respirando aire más puro para atacar a Svetz.

- ¿Qué podríamos traerle? Creo que está cansado de estos animales. ¿Qué opinas de una jirafa, Svetz?

- ¿Una qué?

- O un perro, o un sátiro... o tal vez un oso.

- Me pregunto si no estaremos siguiendo un camino equivocado - dijo Svetz.

- ¿Por qué?

- El Secretario General tiene animales suficientes para satisfacer a un millar de hombres. Y, lo que es peor, estamos compitiendo con Espacio al traer animales raros. Ellos también pueden hacerlo.

Ra Chen se rascó la nuca.

- Nunca había pensado en eso. Tienes razón. Pero tenemos que hacer algo.

- Con una máquina del tiempo se pueden hacer muchas cosas.

Podían haber tomado una plataforma de desplazamiento para regresar al Centro. Ra Chen prefirió andar. Así tendría la oportunidad de pensar, dijo.

Svetz andaba con la cabeza inclinada al lado de su jefe. La inspiración había acudido a él en casos similares, cuando la necesitaba. Pero llegaron al rojo hexaedro de piedra arenisca que era el centro, y el relámpago mental no había brillado.

Una gran mano se cerró sobre su brazo.

- Un momento - dijo Ra Chen en voz baja -. El Secretario General nos está haciendo una visita.

El corazón de Svetz se encogió.

- ¿Cómo lo sabes?

Ra Chen señaló.

- Deberías reconocer eso que hay en la calzada. Lo trajimos el mes pasado desde el 3 de junio del año 26 Post-Atómico, el día del Gran Terremoto de California, de Los Ángeles. Es un automóvil de combustión interna. Pertenece al Secretario General.

- ¿Qué haremos?

- Entrar y que nos vea. Reza por que no insista en que le lleven a Watts, el 11 de agosto del año 20 Post-Atómico.

- ¿Y si lo hace?

- Le enviaré allí. Pero no contigo, Svetz, sino con Zeera. Ella es negra y habla el inglés norteamericano. Puede ser una ayuda.

- ¿Tú crees? - inquirió Svetz.

Pero estaba ya más tranquilo: los riesgos serían para Zeera.

Pasaron cerca del automóvil del Secretario General. Svetz estaba intrigado por su aspecto angular, sus complicados tableros de mandos, sus adornos cromados. Alguien había levantado el capó, de modo que el motor quedaba a la vista.

- ¡Espera! - dijo Svetz súbitamente -. ¿Le gusta?

- ¿De qué estás hablando?

- ¿Le gusta su automóvil al Secretario General?

- Desde luego. Le tiene mucho cariño.

- Podemos traerle otro automóvil. California tenía que estar llena de automóviles el día anterior al Gran Terremoto.

Ra Chen se paró bruscamente.

- Tal vez tengas razón. Podría entretenerle, darnos tiempo...

- ¿Para qué?

Ra Chen no pareció oírle.

- ¿Un coche de carreras? No, se estrellaría... Y el Círculo de Consejeros no permitiría que instalásemos un conductor robot. Quizás un descapotable...

- ¿Por qué no se lo preguntas a él?

- Vale la pena intentarlo - dijo Ra Chen.

Subieron la escalinata.

En el Centro había tres máquinas del tiempo, incluyendo la que llevaba adosada una jaula, y una multitud de tableros con parpadeantes luces de colores, que era lo que más le gustaba al Secretario General. Este sonrió al ver que se acercaba Ra Chen. Sus guardaespaldas le rodeaban con los rostros rígidos y las palmas de las manos pegadas a las culatas de sus pistolas.

Ra Chen presentó a Svetz como a «mi mejor agente». Svetz quedó tan abrumado por el honor que sólo pudo tartamudear unas palabras ininteligibles. Pero el Secretario General no pareció darse cuenta.

Cuando Ra Chen formuló la pregunta acerca de los automóviles, el Secretario General sonrió de oreja a oreja y asintió vigorosamente. Enfrentado a una amplia gama de modelos - cinco o seis décadas con docenas de modelos nuevos cada año -, el Secretario General se chupó el dedo índice y meditó profundamente.

Finalmente llegó a una decisión.

- «¿Por qué no se lo preguntas a él? ¿Por qué no se lo preguntas a él?» - remedió Ra Chen furiosamente -. Ahora ya lo sabemos. ¡El primer automóvil! ¡Quiere el primer automóvil que se construyó!

- ¿Cómo podía imaginar una cosa así? - trató de disculparse Svetz, en tono lastimero -. Significa una investigación que abarcará más de dos décadas en los continentes europeo y norteamericano...

- Utilizaremos los libros de la Biblioteca de Beverly Hills. Pero es un mal asunto, Svetz...

La incursión a la Biblioteca de Beverly Hills se llevó a cabo en pleno día, utilizando la máquina del tiempo que llevaba adosada la jaula, el 3 de junio del año 26 Post-Atómico. El mismo día que empezaron a producirse los temblores de tierra...

Svetz, Ra Chen y Zeera Southworth se pasaron la mitad de la noche en la sección de Historia de la Biblioteca de Beverly Hills. Ra Chen sabía el suficiente inglés norteamericano para reconocer los títulos, pero al final Zeera tuvo que encargarse de la lectura.

Zeera Southworth era alta, delgada y muy morena, coronada de cabellos semejantes a una explosión de pólvora negra. Entre los hombres que trabajaban en el Centro tenía fama de ser tan frígida como las cavernas de Plutón. También era la única que podía manejar el caballo unicorné que Svetz había traído de la Bretaña prehistórica.

Estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas, leyendo en voz alta los párrafos pertinentes, mientras los otros paseaban de un lado para otro. Seguían una intrincada pista de referencias...

A las dos de la mañana estaban sudorosos y enfurecidos.

- ¡Nadie inventó el automóvil! - estalló Ra Chen -. ¡Apareció por casualidad!

- Desde luego, tenemos un amplio campo donde elegir - convino Zeera -. Supongo que podemos prescindir del automóvil a vapor. Esto eliminaría a Cugnot y a Trevithick.

- Gracias sean dadas a la Ciencia por eliminar algo.

Svetz dijo:

- Nuestras mejores posibilidades parecen ser Lenoir de Francia y Marcus de Viena. Sin perder de vista los derechos que alegan Daimler y Benz, y la patente de Selden, en vigor durante muchos años...

- ¡Hay que escoger uno! - exclamó Ra Chen.

- Un momento - dijo Zeera, la única que parecía conservar la calma -. Este Ford podría ser lo que buscamos.

- ¿Ford? ¿Por qué? Lo único que inventó Ford fue un sistema de producción en masa.

Zeera esgrimió el libro. Svetz lo reconoció: un volumen que ella había estado leyendo antes.

- Este libro asegura que Ford fue el responsable de todo, que creó la industria del automóvil sin ayuda de nadie.

- Pero nosotros sabemos que eso no es verdad - protestó Svetz.

Ra Chen agitó una mano, como barriendo la objeción.

- Tomaremos el automóvil Ford, y presentaremos ese libro para autentificarlo. ¿Quién conocerá la diferencia?

- Pero, si alguien efectúa las mismas investigaciones que nosotros... ¡Oh! Desde luego. Obtendrá las mismas respuestas. Es decir, ninguna respuesta. El Ford es tan bueno como cualquier otro.

- Es preferible que a nadie se le ocurra investigar - dijo Zeera -. Lástima que no podamos llevarnos el modelo T; tiene más aspecto de automóvil.

A la mañana siguiente, Ra Chen cursó las últimas instrucciones.

- Si tomásemos un modelo de una época posterior, del Instituto Smithsonian, por ejemplo, la cosa resultaría menos complicada - dijo Zeera.

- El automóvil tiene que ser nuevo - dijo Ra Chen - Compréndalo, Zeera. ¡No podemos darle al Secretario General un automóvil de segunda mano!

- Es cierto.

- La dejaremos en tierra a las tres de la mañana. Utilice infrarrojos y píldoras para cambiar su visión. No muestre ninguna luz visible. La luz artificial probablemente les asustaría mortalmente.

- De acuerdo. ¿Qué hay del dialecto?

- Usted habla inglés norteamericano blanco y negro, pero de un período posterior. No emplee el argot. Sea negra, a menos que quiera impresionar a algún blanco. Entonces hable blanco, pero hable lenta y cuidadosamente y utilice palabras sencillas. Creerán que es usted de otro país. Eso espero.

Zeera asintió. Entró en la jaula arrastrando detrás de ella el duplicador. No abultaba mucho, pero pesaba alrededor de una tonelada, sin el generador.

Vieron cómo la jaula se hacía borrosa y desaparecía. Continuaba unida a la máquina del tiempo, pero conectada a lo largo de una dirección que no transmitía luz.

- ¡Ya está! - exclamó Ra Chen, frotándose las manos - No creo que Zeera tenga ninguna dificultad para conseguir uno de los cacharros de Henry Ford. Las dificultades pueden empezar cuando el Secretario General vea lo que le entregamos.

Svetz asintió, recordando los grabados en blanco y negro y unidimensionales de los libros de historia. La máquina de Ford era desgachado, tosca, fea e informal. Unos cuantos añadidos subrepticios la harían un poco más manejable. Nada podría hacerla hermosa.

- Necesitamos otra distracción - dijo Ra Chen -. Con esto sólo hemos conseguido ganar tiempo.

- Hay algo que me gustaría probar - aventuró Svetz.

- ¿Relacionado con...?

- El rocho.

Ra Chen hizo una mueca.

- Querrás decir el avestruz. No quieres darte por vencido, ¿eh? Desengañaate, Svetz, los rochos no existieron nunca.

Pero Svetz se mostró testarudo.

- ¿Has oído hablar de la neotenia?

- No. Mira, Svetz, el viaje para ir en busca del rocho desequilibró nuestro presupuesto. No fue culpa tuya, desde luego, pero otro viaje nos costaría más de un millón de comerciales, y...

- No necesito la máquina del tiempo.

- ¿No?

- Lo único que necesito es la ayuda del Veterinario de Palacio. ¿Puedes conseguírmela?

El Veterinario de Palacio era una mujer robusta, de piernas musculosas y mandíbula saliente. Una plataforma volante llena de instrumentos la seguía entre las jaulas.

- Conozco a cada uno de esos animales - le dijo a Svetz -. Incluso se me ocurrió la idea de darles un nombre. Cada animal debería tener un nombre.

- Ya lo tienen.

- Sí. ELEFANTE, AVESTRUZ - leyó -. A Gilgamesh se le da un nombre para que no se confunda con Gilbert. Pero a nadie se le ocurrirá confundir un CABALLO con un ELEFANTE. Sólo hay un ejemplar de cada animal. Lamentable.

- ¿Y las crías?

- ¿Sabe lo que hacemos con las crías? Las dejamos crecer un poco y luego las congelamos. Sólo puede haber un ejemplar de cada especie vivo - Se paró delante de la jaula del AVESTRUZ -. ¿Es ésa su presa? Tenía ganas de verla...

El ave ladeó la cabeza para estudiar a la pareja que se encontraba al otro lado del cristal. Pareció sorprenderse ante la presencia de Svetz.



- Parece una cría recién nacida - dijo la mujer -. Salvo por las patas y los pies desnudos, desde luego. Parecen haberse desarrollado para soportar una masa suplementaria.

Svetz estaba apurado por la necesidad de hallarse presente en dos lugares al mismo tiempo. Su propia sugerencia había puesto en marcha el proyecto de Zeera. Tendría que estar allí. Pero... el avestruz había sido su primer fracaso.

- ¿Tiene aspecto de neoteno? - inquirió.

- ¿Neoteno? Indiscutiblemente. La neotenia es un método ordinario de evolución. Nosotros mismos poseemos rasgos neotenos: piel desnuda, en tanto que todos los demás primates están cubiertos de pelo. Cuando nuestros antepasados empezaron a cazar su carne a través de las llanuras, necesitaron un sistema de enfriamiento superior al de la mayoría de los primates. De modo que conservaron un aspecto de inmadurez, la piel desnuda.

»El ajolote fue un ejemplo clásico de neotenia...

- ¿El qué?

- Usted sabe lo que era una salamandra, ¿no? En su primera fase de desarrollo tenía agallas y aletas. En su edad adulta desarrollaba pulmones, perdía las agallas y vivía sobre la tierra. El ajolote, en cambio, conservaba las agallas y las aletas. Una recesión genética. Típica de la neotenia.

- Nunca he oído hablar de ajolotes ni de salamandras.

- Se extinguieron hace muchísimo tiempo. Necesitaban arroyos y balsas al aire libre para vivir.

Svetz asintió. El agua al aire libre era un veneno mortal, en cualquier parte de la Tierra.

- El problema estriba en que no sabemos cuándo perdió ese animal su capacidad para volar. No sabemos si, en virtud de algún factor neoténico casual, las alas del ave dejaron de desarrollarse. Como compensación, pudo desarrollar ese tamaño anormal.

- Ya. Entonces, sus antepasados...

- Pudieron tener el tamaño de un pavo. ¿Vamos a echarle una mirada?

El cristal se deslizó a un lado para dejarles entrar en la jaula. El avestruz se echó hacia atrás, intranquilo ante la presencia de la pareja.

La mujer abrió una bolsa de su plataforma flotante, sacó una especie de pistola y la utilizó. El avestruz profirió un gruñido y cayó al suelo, inconsciente.

La mujer avanzó hacia el animal... y se detuvo bruscamente en el centro de la jaula. Olfateó, volvió a olfatear y una expresión de terror asomó a su rostro.

- ¿Acaso he perdido el sentido del olfato? - inquirió.

Svetz sacó un par de lo que parecían bolsas de celofán y le entregó una.

- Póngase esto.

- ¿Por qué?

- Podría asfixiarse si no lo hiciera...

Svetz se colocó la otra bolsa, introduciéndola en su cabeza por la abertura y atándola después alrededor de su cuello.

- Este aire es letal - explicó -. Es el aire del pasado de la Tierra, reconstituido. Tiene una antigüedad de mil quinientos años. Por eso percibía usted únicamente el olor a avestruz.

»Para mantenerse viva usted no necesita dióxido de azufre y dióxido de carbono. Sólo necesita dióxido de carbono. Una determinada concentración de dióxido de carbono en su sangre estimula el reflejo respiratorio».

Ella había terminado de colocarse el casco filtrador.

- Supongo que aquí la concentración es demasiado baja. - Exacto. Se olvidó usted de respirar. Está acostumbrada a un aire que tiene un cuatro por ciento de dióxido de carbono. Aquí, la proporción no llega ni a la décima parte.

»El ave puede respirar este aire. De hecho, moriría sin él. Nosotros hemos tenido mil quinientos años de tiempo para adaptarnos a lo que hemos puesto en el aire. El avestruz, no».

- No lo olvidaré - dijo la mujer secamente, hasta el punto de que Svetz se preguntó si le había estado dando lecciones a alguien que conocía la materia mucho mejor que él.

La mujer se arrodilló junto al caído avestruz y la plataforma descendió hasta su altura.

Svetz la contempló mientras manipulaba en el avestruz, tomando muestras de tejido, comprobando la presión sanguínea y los latidos del corazón en respuesta a pequeñas dosis de hormonas y de drogas.

En términos generales sabía lo que ella estaba haciendo. Existían técnicas para invertir las mutaciones más recientes en las características genéticas de un animal. Uno no hacía siempre lo que se esperaba de él. Sin embargo... varias jaulas más allá había un homo habilis que había pertenecido al Círculo de Consejeros hasta que se le ocurrió sugerir que el Secretario General era un tarado mental y un tirano.

Mientras ella identificaba los desarrollos neotenos, trataría de averiguar también lo que ocurriría cuando fueran eliminados. Luego había problemas de metabolismo. Si Svetz estaba en lo cierto, la masa del ave aumentaría rápidamente. Y tendría que ser alimentada por vía intravenosa.

En términos generales... Pero los detalles de lo que ella estaba haciendo eran misteriosos y oscuros.

Svetz se encontró estudiando el casco filtrante de la mujer. Al hincharse se había hecho casi invisible. Un borde dorado se reflejaba por difracción contra el cielo pardoamarillento.

¿Deseaba realmente el Espacio apoderarse del Instituto de investigación Temporal? En tal caso, aquel halo dorado era un apoyo para su pretensión. Se trataba de una membrana semipermeable. Dejaba pasar selectivamente gases en ambas direcciones, convirtiendo en respirable una atmósfera casi irrespirable.

Procedía de un almacén del Espacio.

El IIT poseía otros materiales procedentes de las industrias del Espacio. Varillas volantes, pistolas que disparaban agujas anestésicas, la unidad antigraavitacional de la nueva jaula adosada a la máquina del tiempo...

Pero su argumento básico era más sutil.

Hubo un tiempo en que los océanos estaban llenos de vida - pensó Svetz -. Ahora, los continentes están tan muertos como la Luna: sólo hay en ellos ciudades sumergidas. En otro tiempo, todo este continente era bosque y desierto viviente y agua dulce. Nosotros cortamos los árboles, matamos a los animales y envenenamos los ríos...

Hemos olvidado tanto acerca del pasado que no podemos separar la leyenda de los hechos. Nosotros hemos acabado con la mayoría de las formas de vida sobre la Tierra en los últimos mil quinientos años, y hemos cambiado la composición del aire hasta el punto de que no resistiríamos que volviera a ser lo que era.

Yo temo a los animales desconocidos del pasado. No puedo respirar el aire. No puedo reconocer las plantas comestibles. No mataría animales para comer. Y no sé cuáles de entre ellos me matarían a mí.

El pasado de la Tierra me es tan ajeno como el de otro planeta.

El Veterinario de Palacio estaba ocupado conectando intravenosamente el avestruz a unos tubos de diversos colores.

El teléfono de bolsillo de Svetz empezó a sonar.

Durante unos instantes, Svetz pensó en no contestar. Pero ganaron los buenos modales, y Svetz abrió el teléfono.

- Hay problemas - dijo la imagen de Ra Chen -. La jaula de Zeera ha iniciado su camino de regreso. Zeera debió tirar de la palanca de retorno inmediatamente después de haber pedido la jaula.

- ¿Se marchó Zeera antes de que la jaula pudiera llegar allí?

- Sí - dijo Ra Chen -. Lo que ocurrió tuvo que ocurrir muy aprisa. Si ella pidió la jaula, es que tenía el automóvil. Un momento después hizo abortar la misión. Estoy preocupado, Svetz.

- No me gustaría tener que marcharme ahora - dijo Svetz.

Se volvió a mirar al avestruz. En aquel preciso instante se desprendían todas sus plumas, dejándolo completamente desnudo.

Aquello le decidió.

- Ahora no puedo moverme de aquí. Dentro de unos minutos tendremos un rocho completamente desarrollado.

- ¿Qué? ¡Estupendo! Pero, ¿cómo...?

- El avestruz era una recesión neotena de un rocho.

- ¡Estupendo! No te muevas de ahí, Svetz. Ya nos arreglaremos sin ti.

Ra Chen desconectó.

El Veterinario de Palacio dijo:

- No haga usted promesas que no pueda cumplir.

El corazón de Svetz dio un salto.

- ¿Dificultades?

- No. Hasta ahora todo marcha sobre ruedas.

- Todas las plumas han caído. ¿Es bueno eso?

- No se preocupe por las plumas. Mire: ya hay otra capa de plumón. Y mire las patas: se están haciendo más fuertes.

El ave era ahora una gran bola de plumón amarillo. Su armazón se había encogido, pero las patas se habían encogido todavía más. De pie, la estatura del animal no habría alcanzado los cuatro pies. La masa suplementaria se había convertido en grasa, de modo que el avestruz era casi esférico; parecía un pato de gran tamaño tendido de costado sobre una balsa de plumas.

El Veterinario de Palacio miró a Svetz, sonriendo.

- Tenía usted razón - dijo -. El avestruz era un rocho neoteno.

En aquel momento cambió la luz.

Svetz levantó la mirada: el cielo tenía un color azul claro desde el horizonte hasta el cenit.

- ¿Qué pasa? - La mujer estaba más divertida que asustada -. ¡Nunca había visto un color como ése!

- Yo, sí.

- ¿Qué significa?

- No se preocupe. Pero conserve puesto el casco, especialmente si sale de la jaula. ¿Se acordará?

- Desde luego - La mujer enarcó las cejas -. Usted sabe algo acerca de esto, Svetz. Tiene algo que ver con el tiempo, ¿no es cierto?

- Creo que sí - respondió Svetz.

Ahora, el Veterinario de Palacio tenía un aspecto asustado. Pero continuó atendiendo a su paciente.

El avestruz yacía de costado, pero había abierto los ojos. Era enorme, y seguía aumentando de tamaño. Y sus plumas cambiaban de color. Sería un ave negra y verde.

Era casi tan grande como el elefante de la jaula contigua... cuyo aire soñoliento daba paso a otro de intranquilidad.

El ave no se parecía ya en nada a un avestruz.

El cielo era de color azul claro, el azul del lejano pasado, cruzado por nubes algodonosas de un blanco limpio y brillante. Azul desde el horizonte hasta el cenit, sin el menor rastro de los aditivos que deberían estar allí.

Por doquier yacían hombres y mujeres sin sentido. Svetz no se paró a prestarles ayuda. Lo que tenía que hacer era más importante.

Su paso se hizo más lento a medida que se acercaba al Centro. Le dolían las costillas recién curadas, como si alguien hubiese insertado entre ellas la hoja de un cuchillo.

Varios empleados habían caído alrededor del Centro, probablemente después de haber salido al exterior tambaleándose. Y allí estaba el automóvil del Secretario General. Detrás del vehículo, boca arriba, se encontraba Ra Chen.

Estaba vivo. Su pulso era rápido y tumultuoso. Pero no respiraba. O... sí, respiraba. Estaba inhalando el doble del dióxido de carbono necesario para estimular el reflejo.

Svetz entró en el Centro.

Más de una docena de personas se habían derrumbado junto a los iluminados tableros de control. Otras tres figuras estaban tendidas en el suelo, en un pasillo. El Secretario General yacía en un desorden angular, sonriendo estúpidamente al techo. Sus guardaespaldas estaban caídos a su alrededor, con expresiones soñolientas, empuñando sus pistolas.

La pequeña jaula no había regresado.

Svetz contempló el espacio vacío en la máquina del tiempo y un sudor frío inundó su frente. ¿Qué podía hacer sin que Zeera le dijera lo que había pasado?

Desde el año 50 Ante-Atómico hasta el presente el viaje duraba treinta minutos. La llamada de Ra Chen al Zoo había llegado hacía menos de media hora...

A menos de que se tratara de un efecto colateral de la paradoja. A menos de que la paradoja hubiese desintegrado la jaula de Zeera, dejándola a ella embarrancada en el pasado, o proyectándola a una línea del mundo alternativo, o...

Nunca se había producido una paradoja temporal.

Las matemáticas no servían para nada. Las matemáticas del viaje a través del tiempo estaban llenas de singularidades.

El año anterior alguien había tratado de efectuar un análisis topológico del trayecto recorrido por una jaula de extensión. Había demostrado, no sólo que era imposible viajar a través del tiempo, sino también que no se podía viajar a una velocidad superior a la de la luz. Ra Chen había permitido que la noticia se filtrara al Espacio, a fin de que renunciaran a continuar experimentando con sus naves superpotentes.

¿Qué se podía hacer? ¿Empezar a colocar cascos filtradores a todo el mundo? Desde luego. Pero los cascos no se guardaban en el Centro. Tendría que cruzar toda la ciudad. ¿Se atrevería a salir del Centro?

Svetz se obligó a sí mismo a sentarse.

Unos minutos después apareció la pequeña jaula de extensión: Zeera se asomó a la puerta circular.

- Vuelva a meterse ahí dentro! - le ordenó Svetz -. ¡Aprisa!

- Usted no es nadie para darme órdenes, Svetz - Zeera pasó por delante de Svetz y miró a su alrededor -. El automóvil ha desaparecido. ¿Dónde está Ra Chen?

El rostro de Zeera tenía una expresión de agotamiento. Svetz la cogió del brazo.

- ¡Zeera, tenemos...!

Ella se soltó de un tirón.

- Tenemos que hacer algo. El automóvil ha desaparecido. ¿No me ha oído usted?

- ¿Me ha oído usted a mí? ¡Vuelva en seguida a la jaula de extensión!

- Antes hemos de decidir lo que tenemos que hacer. ¿Por qué no capto ningún olor?

Zeera olfateó el aire que estaba vacío, muerto. Volvió a mirar a su alrededor con aire de asombro, dándose cuenta por primera vez de que todo parecía haber cambiado.

Luego puso los ojos en blanco, y Svetz la sostuvo entre sus brazos antes de que cayera al suelo.

Svetz estudió el rostro dormido de Zeera a través del diámetro de la jaula de extensión. Era muy distinto de su rostro despierto. Más suave, más vulnerable. Y más bonito.

- Debería relajarse usted más a menudo - dijo.

Le dolían las costillas fracturadas por el avestruz. El dolor parecía latir como un corazón.

Zeera inquirió:

- ¿Por qué estamos aquí?

- La jaula de extensión tiene su propio sistema de aire - dijo Svetz -. No puede respirar usted el aire exterior.

- ¿Por qué no?

- Dígamelo usted.

Los ojos de Zeera se desorbitaron.

- ¡El automóvil! ¡Ha desaparecido!

- ¿Por qué?

- No lo sé. Svetz, juro que lo hice todo correctamente. Pero cuando conecté el duplicador, el automóvil desapareció.

- ¿Utilizó usted el haz de infrarrojos?

- Desde luego. La oscuridad era absoluta.

- Y tomó usted las píldoras para poder captar los infrarrojos...

- ¿Siempre piensa usted con tanta lentitud, Svetz? - Luego, los ojos de Zeera cambiaron de expresión y Svetz supo que se había dado cuenta de lo que había hecho -. ¡Las píldoras! Desde luego. Tenía la vista adaptada a los infrarrojos, y conecté el extremo caliente...

- Exactamente. Y eso duplicó el espacio vacío donde había un automóvil. Formó usted el vacío en ambos extremos.

Zeera se relajó contra el lado curvado de la jaula de extensión, con los brazos engarzados debajo de sus rodillas. De pronto, dijo:

- Según el libro, Henry Ford vendió aquel automóvil por doscientos dólares. Más tarde tuvo dificultades de financiación. ¿Pudo haber influido aquella suma?

- Probablemente. ¿Cuánto son doscientos dólares?

- Luego, alguien utilizó la producción en masa para fabricar automóviles, a vapor o eléctricos.

- Supongo que a vapor. Fueron los primeros.

- Dígame una cosa, Svetz. Si el aire ha cambiado, ¿por qué no hemos cambiado con él? Hemos desarrollado la capacidad de respirar aire con un determinado porcentaje de monóxido de carbono y de dióxido de azufre. ¿Por qué no se interrumpió también la evolución?

- Hay muchas cosas que ignoramos, Zeera.

Siguió un breve silencio. Finalmente, Zeera dijo:

- Está claro. Tengo que regresar y conectar correctamente el duplicador.

- Eso no daría resultado.

- Entonces, ¿qué podemos hacer?

Svetz meditó unos instantes.

- Intentaremos esto: enviarme a mí hacia atrás, hasta una hora antes de la llegada de Zeera. El automóvil no habrá desaparecido aún. Lo duplicaré, duplicaré el duplicado, y

llevaré el duplicado invertido y el automóvil original a la gran jaula de extensión. Eso le permitirá a usted destruir el duplicado. Cuando usted se haya marchado reapareceré, dejaré el automóvil original y regresaré aquí con el duplicado invertido. ¿Qué le parece?

- Una gran idea. ¿Le importaría repetirlo?

- Vamos a ver. Enviarme a mí hacia atrás...

Zeera se estaba riendo de él.

- No importa. Pero tengo que ir yo, Svetz. Usted no podría encontrar el camino. No podría solicitar información ni leer los nombres de las calles. Tiene que quedarse aquí y cuidar de los controles.

Svetz asintió, de mala gana.

Salían de la jaula de extensión cuando oyeron un grito horrible, como si anunciara el fin del mundo.

Svetz echó a correr alrededor del flanco hinchado de la jaula. Zeera le siguió, llevando el casco filtrador que había utilizado durante su tentativa de duplicar el automóvil de Ford.

Una de las paredes del Centro era de cristal. A través de ella podía verse el Zoo. Una de las jaulas se estaba abriendo, como...

...como un huevo. Y de las ruinas de su jaula emergió el rocho.

El grito volvió a resonar.

- ¿Qué es eso? - susurró Zeera.

- Era un avestruz. Ahora no sé qué nombre aplicarle.

El ave se puso en movimiento, lentamente. Verde y negra, hermosa y diabólica, inmensa como una eternidad, luciendo una cresta de plumas doradas que habían brotado en su frente.

Zeera sacudió el brazo de Svetz.

- No tenemos por qué preocuparnos. Si sale del Zoo, se asfixiará.

El ave remontó el vuelo. Sus alas se movieron como velas, y su negra sombra se proyectó sobre las casas como una nube. Svetz vio que el animal llevaba algo en sus enormes garras.

Svetz lo reconoció... y se dio cuenta del tamaño que había alcanzado el rocho.

- Ha agarrado al ELEFANTE - dijo.

Su voz sonó entristecida. Algo inexplicable, porque Svetz odiaba a los animales.

El rocho se remontó a gran altura. Cualquier ave normal hubiera resultado invisible. Pero el rocho se distinguía perfectamente contra el cielo azul, mientras mataba y se comía al ELEFANTE. Luego continuó ascendiendo, ascendiendo, hacia el borde del espacio. En busca de aire puro.

¿Ascendía aún? No, la sombra negra estaba aumentando de tamaño, cada vez más baja en el cielo. Y el lento movimiento de las alas se había interrumpido.

¿Cómo podía saber un rocho que ya no había aire puro en ninguna parte?

## **James Tiptree Jr. - LOS SAURIOS QUE FLORECEN DE NOCHE**

Ah, ahora podemos descansar. Ensalada no, nunca la pruebo. Y saca también de ahí esa fruta, sólo el queso. Sí, Pier, demasiada largo tiempo. Nos volvemos más rutinarios. Es por culpa de esos malditos devoradores del tiempo ajeno... Como el chico de los coprolitos esta tarde; verdaderamente, el museo no necesita esas cosas, aunque sean auténticas. Y confieso que me dan asco.

¿Qué? Oh, no tengas miedo, Pier, no soy puritano. Y para demostrarlo, ¿qué tal un poco más de ese aquavit? Es maravilloso que te hayas acordado. Por tu triunfo; siempre pensé que lo alcanzarías.

¿La ciencia? Oh, pero no se puede llamar así. Sobre todo, he hecho el trabajo de un burro de carga. Visto desde afuera parece mucho mejor, como tantas cosas. Claro que yo he sido afortunado. Que un arqueólogo haya presenciado el advenimiento del viaje a través del tiempo..., un milagro, realmente... Ah, sí, yo estuve justamente en los inicios, cuando creían que era un juguete inútil. ¡Y el costo! Nadie sabe qué poco faltó para que no se realizara, Pier. Si no hubiera sido por... las cosas que se hacen por la ciencia... ¿Mi experiencia más memorable en el tiempo? Oh, Dios... Sí, sólo unas gotas más, aunque en realidad no debería.

Oh, Dios mío. Coprolitos. Hm. Muy bien, amigo Pier, si no se lo cuentas a nadie. Pero no me culpes si te desilusionas.

Era el primer salto en equipo. Nos dirigíamos al área del desfiladero de Olduvai para buscar al hombre de Leakey. No te molestaré con nuestras desventuras iniciales. El hombre de Leakey no estaba allí, pero había otro homínido sorprendente. En efecto, el que lleva mi nombre. Pero en el momento en que lo encontramos nuestra subvención estaba casi agotada. Mantenernos atrás en la trama del tiempo costaba en aquella época una impresionante cantidad de dinero, y los Estados Unidos pagaban gran parte de los gastos. Y no por altruismo, pero no nos meteremos en eso.

Éramos seis. Los dos Mac Gregor, de quienes has oído hablar; la delegación soviética, Peshkov y Rasmussen. Yo mismo y la doctora Priscilla Owen. La mujer más gorda que yo había visto jamás, y bastante raro fue que eso resultara significativo. Y el ingeniero temporal, como los llamaban entonces. Jerry Fitz. Un grandote del tipo paleolítico superior, lleno de entusiasmo. Era nuestro centinela en general y nuestra enfermera, y un chico muy agradable para ser ingeniero. Joven, por supuesto. Éramos todos tan jóvenes...

Pues bien, apenas nos instalamos y enviamos a Fitz con los primeros informes, cayó el golpe. Como comprenderás, en aquellos tiempos los mensajes debían ser llevados personalmente mediante un programa preestablecido. Todo lo que podíamos hacer en materia de señales era un simple va/no va. Fitz regresó y nos dijo muy solemne que no se iban a renovar las subvenciones y que el mes siguiente seríamos devueltos al punto de partida para siempre.

Como te podrás imaginar, estábamos destrozados. Aniquilados. Esa noche la cena fue un funeral. Fitz parecía tan triste como nosotros y la botella iba de un lado para otro. Oh, gracias.

De pronto, vimos que Fitz nos miraba con ojos centelleantes.

- ¡Damas y caballeros! - Usaba ese estilo barroco, aunque todos teníamos la misma edad -. La desesperación es prematura. Debo hacerles una confesión. La sobrina de la mujer de mi tío trabaja para el Senador, que es el jefe del Comité de Subvenciones. De manera que fui a verlo por mi propia cuenta. ¿Qué podíamos perder? Y - todavía puedo ver su sonrisa - hablé con él. Se lo dije todo. Los albores del hombre, las fantásticas conquistas de la ciencia. Nada. No contestó, hasta que descubrí que era un fanático cazador.

»Bueno, como yo también soy un amante del rifle, nos entendimos a la perfección. Fue así como se quejó de que allí no había nada para cazar, y le dije que éste era el paraíso del cazador. Y, resumiendo, va a venir a hacer una inspección y si le gusta la caza no hay duda de que os darán más dinero. ¿Qué os parece?

Aplausos generales. Peshkov empezó a calcular lo que cazaría el Senador.

- Varios ungulados grandes y, por supuesto, mandriles y aquel carnívoro al que disparaste, Fitz. Y probablemente un tapir...

- Oh, no - dijo Fitz -. Monos, ciervos y cerdos: eso no sirve. Algo espectacular.

- Los homínidos tienden a evitar las zonas de alta depredación - observó Mac Gregor -. Hasta los mamuts se han alejado hacia el este.

- El asunto - dijo Fitz - es que le dije que podía cazar un dinosaurio.

- ¿Un dinosaurio? - gritamos.

- Pero Fitz - dijo la pequeña Jeanne Mac Gregor -. Ahora no hay dinosaurios. Se han extinguido.

- ¿Se han extinguido? - Fitz estaba consternado -. No lo sabía. El Senador tampoco. ¿Seguro que no podemos encontrar uno, o dos, para él? Quizás sea un error, como el hombrecito que buscábamos aquí.

- Bueno, hay unas especies de iguanas - dijo Rasmussen.

Fitz movió la cabeza.

- Le prometí la bestia más enorme. Va a venir aquí para dispararle a un... ¿cómo se llama? Un bronco algo.

- ¿Un brontosaurio? - Le gritamos -. ¡Pero éstos vivían en el Cretáceo! Ochenta millones de años atrás...

- Fitz, ¿cómo has podido?

- Le dije que sus bramidos no nos dejaban dormir por la noche.

Pues bien, al día siguiente estábamos todavía bastante sombríos. Fitz había ido al desfiladero para intentar arreglar su equipo de campo temporal. En esa época, eran cosas grandes y complicadas. Habíamos construido una cabaña para nosotros y luego llevamos nuestro equipo permanente por el desfiladero, donde estaban los homínidos. Una dura travesía, subir y bajar y pasar el pantano... entonces todo era fértil, y no el seco desfiladero que es hoy. Y por supuesto había caza menor e infinidad de frutas. Perdón, me parece que quiero un poquito más.

Fitz regresó una vez para hacer una pregunta sobre brontosaurios a Rasmussen y después volvió a irse. En la cena, estaba pensativo. Luego, nos miró con solemnidad... Dios mío, éramos tan jóvenes...

- Damas y caballeros, la ciencia no morirá. Yo conseguiré el dinosaurio del Senador.

- ¿Cómo?

- Tengo un amigo allí atrás... - Siempre llamábamos al presente «allí atrás» - que me suministrará un poco más de energía. La necesaria para ir con un elevador de cargas al tiempo de las bestias gigantes al menos por un día. Y enviaré esta panera como señal para que me recuperen.

Todos nos opusimos, aunque deseábamos creerle. ¿Cómo podía encontrar un brontosaurio? ¿O matarlo? Y entonces estaría muerto. Sería demasiado enorme. Y otras cosas por el estilo.

Pero Fitz tenía las respuestas y a nosotros nos embriagaba el Pleistoceno y, al final, ese loco plan quedó decidido. Fitz mataría el reptil más grande que pudiera encontrar y nos haría una señal para que lo trajéramos una vez que hubiera cargado el animal en el transportador. Luego, cuando el Senador estuviera listo para disparar, arrastraríamos a través de ochenta millones de años la res recién muerta y la colocaríamos cerca de la



cabaña. Una locura. Pero Fitz nos convenció, incluso cuando admitió que el uso de esa energía extra acortaría nuestra estancia. Y a la madrugada siguiente, se marchó.

En cuando se fue empezamos a comprender lo que seis jóvenes científicos prometedores habíamos hecho. Nos habíamos comprometido a engañar a un poderoso senador de los Estados Unidos, haciéndole creer que había cazado y matado a una criatura muerta ochenta millones de años atrás.

- ¡No podemos hacer eso!

- Tenemos que hacerlo.

- Cuando lo descubran, será el final de los viajes por el tiempo.

- Será nuestro final. - Se quejó Rasmussen.

- Malversación de fondos del gobierno - dijo Mac Gregor -. Es un delito.

- ¿Dónde teníamos la cabeza?

- ¿Sabéis qué creo? - reflexionó Jeanne Mac Gregor -. Creo que Fitz está tan ansioso por disparar a un dinosaurio como el Senador.

- Y ese oportuno arreglo con su amigo - dijo pensativamente Peshkov -. No lo hizo desde aquí. Me pregunto...

- Nos ha engañado.

- El asunto - dijo Mac Gregor - es que ese senador Dogsboddy va a venir aquí esperando matar a un dinosaurio. Nuestra única esperanza es hacer algunas huellas y convencerlo de que la criatura se ha escapado.

Afortunadamente, se nos había ocurrido decirle a Fitz que trajera marcas de pisadas del animal que lograra matar. Y Rasmussen había pensado en grabar sus bramidos.

- Son como hipopótamos. Habrá restos sepultados cerca del agua. Podríamos echar un vistazo antes de que Fitz regrese.

- Fitz arriesga su vida - dijo la pequeña Jeanne -. ¿Qué pasará si la señal no funciona?

Pues bien, sacamos algunas huellas del río y luego nuestros hombres mono mantuvieron una batalla con mandriles; estábamos demasiado ocupados con muestras de sangre y de tejido para preocuparnos. Llegó la señal, y allí estaba Fitz, todo embarrado y con una sonrisa que mostraba sus dientes como un piano.

- Una belleza - nos dijo -. Y más grande que la casa de campo de Dios. - En efecto, le había disparado a un branquiosaurio hasta ese momento desconocido -. Lo metí dentro con la cola cortada en tres trozos, sólo lleva tres horas muerto. Todo listo. - Arrastró un plástico lleno de barro -. Aquí están las huellas. Y una marca de la cola. Ésa la podemos simular arrastrando un saco de piedras.

Encendió el magnetófono: el bramido fue suficientemente feroz para hacernos saltar hacia atrás.

- Esto lo hace algo parecido a una rana gigante; el nuestro apenas produce un pequeño y tonto graznido. El honorable nunca conocerá la diferencia. ¡Y ahora mirad esto!

Arrastró un bulto con el pie.

- ¿Qué os parece? Un huevo vivo.

- Dios mío... - exclamamos -. ¿Qué pasará si se lo lleva y en Bethesda sale del cascarón?

- Yo podría inyectarle alguna sustancia de acción lenta - dijo Mac Gregor -. Para que el corazón siga latiendo un rato. ¿Quizás un desequilibrio enzimático?

- Ahora las huellas - dijo Fitz. Desplegó una aleta ensangrentada como la de un pez espada -. Con esto hacen marcas en los árboles. Y preparan nidos de juncos húmedos; nuestra ciénaga servirá perfectamente. Aunque ocurre una cosa.

Se quitó el barro del vello pectoral, mirando de soslayo a Jeanne Mac Gregor.

- Las huellas - dijo -. No son solamente marcas de pisadas. Bueno, ellos comen muchísimo y... ¿habéis visto alguna vez los caminos que recorren los ciervos? Están llenos de estiércol...

Hubo una pausa que se transformó en silencio.

- En realidad, se trata de... - dijo Priscilla Owen, la mujer gorda.

Se comprobó que eso nos había pasado a todos por la cabeza.

- Bueno, en nombre del realismo estoy seguro de que algo se podrá hacer - sonrió Peshkov -. Una especie de ofrenda simbólica.

- El Senador es un cazador - dijo Rasmussen -. Prestará mucha atención a esos detalles.

Fitz dijo, incómodo:

- Hay otra cosa. Olvidé hablaros del sobrino del Senador. Pretende ser un naturalista aficionado. En realidad, intentó convencer al Senador de que aquí no había dinosaurios. Por esa razón dije que oíamos ruidos por la noche.

- Bueno, pero...

- Y el sobrino va a venir aquí, con el Senador. Quizás debería haberlo dicho. Es inteligente y malintencionado. Por eso traje el huevo y todo lo demás. Es mejor que todo sea lo más realista posible.

Se produjo un silencio que quitaba la respiración. Peshkov explotó primero:

- ¿Hay alguna otra cosa que casualmente hayas olvidado decir?

- ¡Tú querías cazar un dinosaurio! - gritó Priscilla Owen -. ¡Tú has planeado esto! ¡No importa cuánto le cueste a la ciencia, no importa qué pase con nosotros! Has usado todo esto...

- ¡La prisión! - estalló Rasmussen -. Malversación de fondos del gob...

- Esperad un momento. - La voz seca de Mac Gregor nos trajo nuevamente a la realidad -. El descontrol no nos ayudará. En primer lugar, Jerry Fitz, ¿va a venir el Senador o también eso es parte del juego?

- Por supuesto va a venir - dijo Fitz.

- De acuerdo, pues - dijo Mac -. Debemos hacerlo. Y debemos hacerlo muy bien. ¡Realismo total!

Rasmussen tomó el toro, ah, por los cuernos.

- ¿Qué cantidad?

- Pues, muchísimo - contestó Fitz -. Pilas.

- ¿Pilas?

Fitz extendió la mano.

- No es tan desagradable. - Se quitó más barro del pecho -. Uno se acostumbra. Son hervíboros.

- ¿Cuánto tiempo tenemos?

- Tres semanas.

Tres semanas... Quisiera un poco más de aquavit, Pier. El recuerdo de esas semanas está muy fresco, muy verde... Verduras, por supuesto, toda clase de verduras. Y de frutas. Dios mío, estábamos enfermos.

Los Mac Gregor fueron los primeros. Cólicos... no debes haber sufrido jamás semejantes dolores. Yo los tuve. Todos los tuvimos, incluso Fitz. Comprobamos que él también ponía su parte, por así decirlo. Fue una pesadilla.

En ese momento comenzamos a valorar a Priscilla Owen.

¿Si comía? Válgame Dios, cuánto podía comer esa mujer. Nosotros nos estábamos muriendo, pero ella seguía. Mangos, plátanos, raíces de mandioca salvaje, palmitos, apio... cualquier cosa, y de todo. ¡Cómo se lo agradecíamos! Apenas podíamos movernos pero de hecho competíamos por llevarle la comida, por acompañarla al pantano. Se transformó en una obsesión. Nos estaba salvando a nosotros. Y a la ciencia. Una completa inversión de valores, Pier. Desde el punto de vista de la producción de abono, esa mujer era una santa.

Rasmussen la idolatraba.

- Diez mil dinares no pagarían los pollos que ha comido - decía -. Los persas lo sabían.

Luego, lleno de náuseas, se arrastraba a arrancar raíces del suelo para alimentarla. Creo que efectivamente consiguió para ella la Orden de Lenin, aunque el trabajo científico de Priscilla no fue demasiado relevante.

Lo gracioso fue que ella empezó a perder peso. Imagínate, tantas cosas frescas y crudas en lugar de las comidas abundantes en grasa que le gustaban. Adquirió una apariencia muy diferente. En realidad, yo mismo traté de seducirla. Afortunadamente, me puse enfermo. Oh, gracias, Pier... Por supuesto, más adelante recuperó todo el peso perdido.

Bien, cuando llegaron el Senador y su sobrino todos estábamos tan enfermos entre los cólicos, la disentería y la obsesión por las huellas que apenas nos preocupábamos de lo que iba a ocurrir con nuestro proyecto.

Llegaron por la tarde, y Fitz los llevó hasta el pantano e hizo que encontrarán el huevo. Eso hizo callar al sobrino pero pudimos observar que la demostración de que estaba equivocado lo puso de pésimo humor y que miraba todo con recelo. El Senador simplemente estaba excitado. La pequeña Jeanne intentaba que ambos bebieran cantidades de licor, con el pretexto de evitar la disentería. ¡Ah!... Gracias.

Por suerte, en el ecuador oscurece a las seis.

Un par de horas antes del alba, Fitz salió a hurtadillas de la cabaña y materializó el cadáver de su branquiosaurio. Recién traído del pantano del Cretáceo superior que había existido allí ochenta millones de años atrás, imagínate. Todavía cuesta creerlo... y nosotros en el Pleistoceno. Luego avanzó en la oscuridad y, como estaba previsto, se escucharon los bramidos grabados.

El Senador y su sobrino se quedaron helados; luego, Fitz le indicó al Senador dónde colocarse y le ayudó a apuntar la artillería. De pronto, apareció la enorme cabeza por encima de los árboles, junto a la cabaña, y el Senador disparó.

Ésa fue realmente la parte más peligrosa de todo el asunto. Yo estaba debajo de esa cabeza con el elevador de cargas, y poco faltó para que el disparo me alcanzara.

Claro que el Senador no estaba en forma para desplazarse por el desfiladero - aunque es sorprendente lo que puede hacer un tipo sanguíneo - de modo que envió a Fitz para que arrastrara la cosa. Una vez que el Senador se acercó a ese espantoso morro no podía esperar el momento de llevárselo a su casa. Ése fue el castigo de Fitz; yo no creo que él hubiese pensado que perdería su trofeo. Pero salvó el viaje a través del tiempo. Creo que al final consiguió una condecoración de los escoceses. De todos modos, el sobrino no tuvo oportunidad de entrometerse y a la hora del almuerzo todo había terminado. Casi. Increíble, realmente...

Oh, sí, se consiguió la subvención. Y todo continuó. Pero todavía teníamos un problema... ¿Estás seguro de que no quieres un sorbo? Ya no se encuentran cosas auténticas. Pier, amigo mío, es una suerte que nos hayamos encontrado.

Pues verás, el Senador quedó tan conforme que decidió volver nuevamente con sus amigos. Sí. Un asunto muy difícil, Pier, hasta que finalmente las subvenciones se regularizaron. ¿Te extraña ahora que desde entonces yo no pueda soportar la ensalada? Y los coprolitos...

¿Qué? Oh, quiere decir excrementos fósiles. Los paleobotánicos que fueron allí vivieron momentos inolvidables. Ahora no tiene importancia; basta con volver atrás... Y de todas maneras, ¿quién puede asegurar que sean auténticos?

## **Howard Fast - LA SEMILLA PRAGMÁTICA**

La semilla fue llevada por el espacio hace cuatro, cinco, seis billones de años. Entonces la semilla no era más que una semilla, no tenía conocimiento de sí. Era impulsada por los vientos electrónicos y magnéticos del universo, y para ella no existían ni el tiempo ni el espacio. Todo era azar, y la semilla no tenía idea de qué quería ni cuál era su último destino. Se movía a través de un espacio estrellado, increíble, pero también por un espacio vacío, porque entonces las estrellas y las galaxias eran sólo pequeños focos de iluminación en el infinito.

El profesor y el sacerdote eran viejos y buenos amigos, y por eso sus charlas eran tranquilas y sin muchas discusiones. Uno enseñaba física y el otro religión. Los dos tenían cincuenta y tantos años, habían dejado atrás la mayoría de las pasiones, y encontraban deleite en las cosas simples. Ese día de otoño se reunieron después de la cena y empezaron a pasear por el parque de la universidad. Era una tarde hermosa y fresca de octubre. Habían comido temprano, y quedaba una hora de luz. Los grandes arces y los robles se lucían en maravillosos tonos herrumbre y ámbar. Era una tarde apropiada para que se renovara la fe en Dios, como hizo notar el sacerdote.

- Yo siempre había pensado - dijo el profesor - que la fe era algo absoluto.

- No lo es.

- ¿Cómo puede ser de otra manera? Claro - agregó el profesor -, que hablo como hombre de poca fe.

- Lo que es una lástima.

- Pero con algunos conocimientos.

- De lo que me alegro.

- Gracias. Pero, ¿no estamos los dos en la misma situación? Si su fe necesita ser renovada periódicamente, y puede ser influenciada por hechos tan comunes como la acción de ciertas sustancias químicas en las hojas de los árboles deciduos, es tan relativa como mi pequeño caudal de conocimiento.

El sacerdote permaneció ensimismado en sus pensamientos durante un minuto, y luego reconoció que el profesor había esgrimido un argumento interesante.

- Sin embargo - dijo -, lo que necesita renovación no es mi fe, sino yo. Mi fe es absoluta, como Dios.

- Pero es imposible conocer a Dios, si es que uno cree en Él. ¿Es su fe imposible de conocer también?

- Quizá... en cierta forma.

- Entonces agradezco a Dios que la ciencia no dependa de la fe. Si así fuera, estaríamos todavía viviendo en épocas primitivas.

- Lo cual no sería lo peor del mundo - dijo el sacerdote.

En la infinidad del espacio, sin embargo, las leyes del tiempo y el azar dejan de existir, y en un millón o un billón de años (dos cifras que carecen de sentido), los vientos del espacio llevaron la semilla hacia otra galaxia, un gran molinete de incontables estrellas brillantes. En cierto lugar del espacio, la galaxia ejerció su atracción de gravedad sobre la semilla, y ésta se precipitó a través del espacio hacia el borde exterior de la galaxia. Por último se acercó a una de las aspas alargadas del molinete y quedó atrapada en el campo de gravitación de una de las incontables estrellas que componían la galaxia. Obedeciendo ciegamente a las leyes del universo, la semilla dio vueltas formando un gran círculo alrededor de la estrella, igual que otros trozos de pecio que se habían incorporado al campo de la estrella. Pero si bien todos obedecían las leyes del azar, la semilla era distinta. La semilla estaba viva.

- Puede no ser lo peor del mundo - reconoció el profesor -, pero como recién me recupero de una infección que muy bien podía haber acabado conmigo de no ser por la penicilina, me quedo con la ciencia.

- Es comprensible.

- Y desconfío de una fe que se renueva con la belleza del crepúsculo -. Señaló el magnífico despliegue de colores en el oeste.

- Sin embargo - dijo el sacerdote suavemente -, la fe es más constante y segura que la ciencia. ¿Reconoce eso?

- De ninguna manera.

- Pero la ciencia es pragmática y empírica a la vez.

- Naturalmente. Experimentamos, observamos, anotamos los resultados. ¿Qué otra cosa podría ser la ciencia si no pragmática y empírica? Lo que tiene de malo la fe es que no es ni pragmática ni empírica.

- Eso no es exacto - dijo el sacerdote -. Por el contrario, ése es el fundamento de la fe.

- De nuevo me perdí - dijo el profesor.

- Entonces se pierde con facilidad. Permítame darle un ejemplo que puede entender su mente científica. ¿Ha leído a San Agustín?

- Sí.

- Si le digo que esencialmente mi fe no se diferencia fundamentalmente de la de San Agustín, ¿lo aceptaría?

- Si, creo que sí.

- Habrá leído también, estoy seguro, el almagesto de Claudio Ptolomeo, que establecía a la tierra como centro del universo.

- Eso no es ciencia - dijo despreciativamente el profesor.

- Por el contrario, fue ciencia, y muy buena hasta que Copérnico la desbarató. Como ve, mi querido amigo, el conocimiento empírico es siempre seguro y absoluto hasta que surge otro nuevo conocimiento y demuestra que está equivocado. Cuando el hombre postuló, hace miles de años, que la tierra era plana, tenía la evidencia de sus propios ojos en qué basarse. Su conocimiento era seguro y demostrable, hasta que surgieron nuevos conocimientos que eran a su vez seguros y demostrables.

- Eran más seguros y demostrables. Hasta su clara mente jesuita debe aceptar eso.

- Soy paulista, aunque no importa, pero acepto su corrección. Más demostrable y más seguro. Y enormemente diferente de la teoría anterior. Sin embargo, la fe de San Agustín todavía me sirve.

La vida de la semilla y la estructura de esa vida tenían una relación especial con la luz y la energía que salían de la estrella. Absorbían la radiación y la convertían en alimento, y con el alimento crecían. Durante miles y miles de años la semilla giró alrededor de la estrella y se alimentó de la fuente interminable de radiación, y durante miles y miles de años siguió creciendo. La semilla se convirtió en fruta, planta, ser, animal, ente, o quizá simplemente una fruta, ya que todos estos términos describen cosas completamente distintas de la cosa en que llegó a convertirse la semilla.

El profesor suspiró y meneó la cabeza.

- Si me dice que la creencia en los ángeles sigue siendo la misma, me hace acordar del hombre que cultivaba acónito para que no se acercaran los vampiros a su casa. Tuvo un éxito increíble.

- Ese es un golpe bastante bajo, para provenir de un hombre de ciencia.

- Mi querido amigo, usted puede mantener la fe de San Agustín porque no requiere experimento, ni observación, ni catálogo de resultados.

- Yo pienso que sí - dijo el cura, casi disculpándose.
- ¿Experimentos como el de hoy, caminar en el crepúsculo y sentir que se renueva la fe?
- Quizá. Pero dígame, la medicina, es decir la práctica de la medicina, ¿es empírica?
- Ahora mucho menos que antes.
- ¿Y hace cien años? ¿Era empírica la medicina entonces?
- Claro, cuando usted habla de la medicina - dijo el profesor -, y dice que es empírica, es como si dijera que es pura charlatanería. Eso se debe a que en el caso de la medicina, se trata de vidas humanas.
- Lógicamente, y cuando ustedes experimentan con bombas atómicas y con plasma y cosas por el estilo, no se trata de vidas humanas.
- Estamos a mano. Touché.
- Pero hace cien años, el médico estaba tan seguro de su profesión y de sus curas como el de hoy. ¿Quién era ese hombre que le sacó el intestino grueso a medio centenar de pacientes porque estaba convencido de que era la causa del envejecimiento?
- Claro, la ciencia progresa.
- Sí quiere llamarlo progreso - dijo el sacerdote -. Pero ustedes los científicos construyen castillos de conocimientos con arena muy húmeda. Sigo pensando que mí fe descansa sobre una base más sólida.
- ¿Qué base?

La forma que tomó la cosa que antes había sido una semilla fue la de una esfera, una esfera enorme de veinticinco mil millas de circunferencia, medida con la vara humana, pero una medida muy insignificante dentro del universo. Era la tercera masa de materia, contando a partir de la estrella, y su forma no era distinta a la de las otras. Vivió, creció, tomó conciencia de sí, no como conocemos nosotros la toma de conciencia, pero de cualquier manera no se puede negar que tomó conciencia de sí. En el curso de los eones de su existencia aparecieron pequeñas culturas en su superficie, igual que hay pequeños organismos que prosperan en la piel del hombre. Un aura de oxígeno y nitrógeno la rodeó y protegió su piel de los pinchazos de los meteoros, pero la cosa era diferente, no se daba cuenta de las culturas que aparecían y desaparecían de su piel. Durante una eternidad navegó por el espacio, rodeando al astro que la alimentaba y le daba vida.

- La sabiduría y el amor de Dios - replicó el cura. - Una base muy sólida. Por lo menos no está sujeta a alteraciones cada década -. Ustedes estaban muy contentos con su física de Newton, seguros de haber desentrañado todos los secretos del universo, y después vinieron Einstein y Fermi y Jeans y los demás, y todas las certezas se desmoronaron.
- Todas no.
- ¿Qué queda, si la luz puede ser tanto una partícula como una ola, si el universo puede tener límites o ser ilimitado, si la materia tiene su contraparte, la antimateria?
- Por lo menos aprendemos, trabajamos con realidades.
- ¿Realidades? ¡Vamos!
- Oh, sí. La realidad cambia, se amplía nuestra visión, seguimos adelante.
- ¿Con la esperanza de que por lo menos su visión pueda compararse a la fe? - Preguntó el cura, sonriendo.

Los miles de años se convirtieron en millones y éstos en billones, y la cosa que antes había sido una semilla seguía girando alrededor del sol. Pero ahora estaba madura, plena. Sabía que se le terminaba su tiempo, pero no se oponía ni protestaba contra el cielo eterno de la vida. Vagamente sabía que la semilla original se había desprendido de la fruta madura, y sabía que lo que había ocurrido debía volver a ocurrir en el ciclo interminable de

la eternidad, que su propósito era propagarse: con qué fin, no lo sabía ni le interesaba. Su plenitud aceptaba los hechos.

El día llegaba a su fin. El sol, que ya estaba bajo en el horizonte, se había refugiado detrás de un encaje de nubes rojas, púrpuras y anaranjadas, y contra este fondo las hojas doradas de los árboles formaban un todo que ridiculizaba el arte de los mejores orfebres. Una fresca brisa nocturna coronaba un día perfecto.

- Qué día perfecto - dijo el cura. No se discutió más.

- Qué cosa extraña.

Habían llegado al final del parque, donde terminaba el césped y empezaban los campos.

- Qué cosa extraña - dijo el profesor, señalando el campo de maíz.

- ¿Qué es extraño?

- Esa grieta. Ayer no estaba allí.

El sacerdote siguió con la mirada lo que señalaba con el dedo extendido el profesor y vio la grieta a la que se refería, como de un metro de ancho, atravesando el campo.

- Muy extraño - acordó.

- Evidentemente es una falla. No sabía que había una aquí.

- Se está ensanchando, sabe - dijo el cura.

Y siguió ensanchándose cada vez más y más y más y más.

## **J.G.Ballard - LAS TUMBAS DE TIEMPO**

1

Por lo general a las tardes, mientras Traxel y Bridges salían al mar de arena, Shepley y el Viejo vagabundeaban entre las despojadas tumbas de tiempo, escuchando cómo chisporroteaban débilmente a la luz moribunda mientras los personajes desvanecidos aparecían otra vez, y las profundas bóvedas de cristal centelleaban brevemente como enormes copas.

La mayoría de las tumbas de tiempo del borde sur del mar de arena habían sido vaciadas siglos antes. Pero a Shepley le gustaba vagabundear por los pabellones dispersos, hundidos a medias en la arena caliente y antigua que se le deslizaba bajo los pies descalzos como las ondas de una playa interminable. Solo entre las tumbas de luz oscilante, junto a los cascos vacíos de los diez mil años últimos, podía olvidar unos minutos aquel pesado sentimiento de fracaso.

Esa noche, sin embargo, hubiera querido renunciar al paseo. Traxel, que era nominalmente el jefe del grupo de ladrones de tumbas, le había advertido categóricamente durante la comida que tenía que pagar o irse. Durante tres semanas Shepley había estado postergando el momento de la partida, con una serie de excusas cada vez menos convincentes, y los otros habían empezado a impacientarse. Al Viejo lo toleraban porque era un verdadero conocedor del mar de arena - había revisado las tumbas en ruinas durante cuarenta años y conocía los arrecifes y los manantiales como la palma de la mano - y porque era una institución que en cierto modo significaba la baja profesión de ladrón de tumbas, pero Shepley hacía sólo tres meses que estaba y no tenía nada que ofrecer excepto aquellos silencios morosos y el odio que mostraba contra sí mismo.

- Esta noche, Shepley - le dijo Traxel firmemente con una voz áspera y cortante -, tiene que encontrar una cinta. No lo podemos mantener indefinidamente. Recuerde que tenemos tantas ganas de irnos de Virgilio como usted.

Shepley asintió con un gesto, mirando la imagen reflejada en el enjuagatorio de oro. Traxel estaba sentado a la cabecera de la mesa resplandeciente, y tenía desabrochada la chaqueta de terciopelo, de cuello alto. Rodeado por la vajilla de oro forjado robada de las tumbas, el vino tinto de la cantimplora de Bridges salpicando la mesa, Traxel parecía más un príncipe del Renacimiento que un doctor en filosofía en las malas. Traxel había sido alguna vez profesor de semántica, y Shepley se preguntaba por qué escándalo habría llegado a Virgilio. Ahora, como una rata de albañal registraba las tumbas con Bridges, vendiendo las cintas a los museos psichistóricos, a tres dólares el metro. A Shepley le resultaba imposible llegar a un acuerdo con el hombre alto, solitario; en cambio Bridges, que era simplemente un matón, tenía una vena de buen humor grosero que lo hacía tolerable. Traxel nunca le permitía sentirse cómodo. Quizá aquel estilo frío, lacónico, representaba la autoridad, los interrogadores altaneros, de mirada severa, que aún perseguían a Shepley en sueños.

Bridges hizo retroceder la silla de un puntapié y se tambaleó alrededor de la mesa, palmeándole los hombros a Shepley.

- Ven con nosotros, muchacho. Esta noche encontraremos una megacinta.

Afuera el jeep bajo, camuflado, esperaba en un valle entre dos dunas. El viejo palacio de verano se hundía lentamente en el desierto y el piso de la sala de banquetes se inclinaba en la arena blanca como la cubierta de un barco que naufragaba con todas las luces encendidas.



- ¿Usted qué hace, doctor? - preguntó Traxel al viejo mientras Bridges saltaba al jeep y apretaba el acelerador -. Nos gustaría que viniera con nosotros. - El viejo meneó la cabeza; Traxel se volvió hacia Shepley. - Bueno, ¿viene?

- Esta noche no - replicó Shepley apresuradamente -. Más tarde me iré a... a caminar por los yacimientos de tumbas.

- ¿A tantos kilómetros? - le recordó Traxel, observándolo, pensativo -. Muy bien. - Se cerró la chaqueta y fue hacia el jeep. Cuando arrancaban gritó: ¡Shepley, lo que le dije fue en serio!

Shepley los miró desaparecer entre las dunas. Inexpresivo, repitió:

- Lo dijo en serio.

El Viejo se encogió de hombros, sacudiendo un poco de arena de la mesa.

- Traxel es... un hombre difícil. ¿Qué piensa hacer?

El tono de reproche parecía leve, pues el Viejo comprendía que los motivos de Shepley eran los mismos que lo habían llevado a encallar en las playas perdidas del mar de arena, cuarenta años atrás.

Shepley estalló irritado.

- No puedo ir con él. Al cabo de cinco minutos me deja como un limón exprimido. ¿Qué pasa con Traxel? ¿Por qué está aquí?

El viejo se puso de pie, contemplando vagamente el desierto.

- No recuerdo. Cada uno tiene sus razones. Al cabo de un tiempo las historias se confunden.

Caminaron siguiendo las huellas del jeep. A un kilómetro y medio de distancia, dando vueltas entre los lagos de lava que señalaban la orilla sur del mar de arena, pudieron ver el vehículo que se desvanecía en la oscuridad. Los viejos yacimientos de tumbas, por donde Shepley y el Viejo solían caminar, estaban allí, formando tres líneas de pabellones a lo largo de un bajo escollo basáltico. De vez en cuando un breve fulgor temblaba en la blanca oscuridad, como de hueso, pero la mayoría de las tumbas estaban silenciosas.

Shepley se detuvo; las manos le caían blandamente a los lados.

- Los nuevos yacimientos están junto al lago de Newton, a casi veinte millas. No puedo seguirlos.

- Yo no lo intentaría - replicó el Viejo -. Hubo una gran tormenta de arena anoche. Los guardianes del tiempo estarán afuera marcando las tumbas recién aparecidas. - Rió suavemente. - Traxel y Bridges no encontrarán ni un centímetro de cinta, y tendrán suerte si no los arrestan. - Se quitó el sombrero de algodón blanco y echó una mirada perspicaz a través de la luz inerte, evaluando los nuevos contornos de las dunas; luego guió a Shepley hacia la vieja monovía, cuya terminal meridional llegaba hasta los yacimientos de tumbas. Alguna vez había sido utilizada para transportar los pabellones desde la estación de la orilla septentrional del mar de arena y aún había un pequeño autogiro apoyado contra la plataforma de carga. - Pasaremos a Pascal. Algo puede haber ocurrido, uno nunca sabe.

Shepley meneó la cabeza.

- Traxel me llevó allí cuando llegué. Han sido robadas cientos de veces.

- Bueno, echemos un vistazo.

El Viejo se afanó hacia la monovía, y el traje blanco y sucio restalló en la brisa ligera. Detrás, el palacio de verano, construido tres siglos antes por un millonario oriundo de Ceres, se desvanecía en la oscuridad, y las tejas de vidrio ondulado en los remates más altos se fundían con la luz de las estrellas.

Shepley arrimó el vehículo a la plataforma, dio cuerda al autogiro y ayudó al Viejo a subir al asiento delantero. Usando como palanca un pedazo de vía oxidada, empezó a empujar. Cada cinco metros más o menos, se detenían para apartar la arena que invadía la pista, pero lentamente empezaron a girar entre las dunas y los lagos, viendo aquí y allá la

cúpula elevada, y en forma de cebolla, de una solitaria tumba de tiempo; fragmentos de cristales que centelleaban en la arena como estrellas minúsculas.

Media hora más tarde, mientras recorrían el largo y último declive hacia el lago de Pascal, Shepley se acercó para sentarse junto al Viejo, que saliendo de su fantaseo privado le preguntó, zumbón:

- Y usted, Shepley, ¿por qué está aquí?

Shepley se apoyó contra el respaldo, dejando que el aire frío le secara el sudor de la cara.

- Una vez traté de matar a alguien - explicó concisamente -. Cuando me curaron, descubrí que quería matarme a mí mismo. - La velocidad aumentó y Shepley tomó el freno de mano. - Por diez mil dólares puedo volver con libertad vigilada. Pensé que aquí habría una francmasonería. Pero usted ha sido muy amable, doctor.

- No se preocupe, le conseguiremos una cinta que valga la pena.

Se inclinó hacia adelante, protegiéndose los ojos del resplandor estelar y contemplando abajo el pequeño acuartelamiento de tumbas de tiempo, destripadas a orillas del lago. Había en total una docena de pabellones, con los techos agujereados, el grupo que Traxel le había mostrado a Shepley cuando llegó para que viera cómo habían saqueado las bóvedas.

- ¡Shepley! ¡Mire, muchacho!

- ¿Dónde? Ya las he visto, doctor. Se llevaron todo.

El Viejo lo hizo a un lado.

- No, tonto, unos trescientos metros al oeste, a la sombra del largo escollo donde se han desplazado las dunas. ¿Las ve ahora? - Golpeó con un puño blanco en la rodilla de Shepley. - La ha conseguido, muchacho. No tiene por qué tenerle miedo a Traxel ni a nadie ahora.

Shepley detuvo el vehículo bruscamente. Mientras corría delante del Viejo hacia la escarpa veía varias de las tumbas de tiempo que relucían a lo largo del horizonte, emergiendo brevemente de la tierra oscura como tiendas de una caravana espectral.

2

Durante diez milenios el mar de Virgilio había servido de cementerio, y se calculaba que los dos mil kilómetros cuadrados de arena inconstante contenían más de veinte mil tumbas. Cada menudo sector había sido despojado por sucesivas generaciones de ladrones de tumbas y un carrete intacto de la decimoséptima dinastía podía venderse ahora al Museo Psicohistórico por más de 3.000 dólares. Al precio de las dinastías anteriores, aunque no se había encontrado ninguna más antigua que la duodécima, se le sumaba una bonificación.

No había cadáveres en las tumbas de tiempo, ni esqueletos polvorientos. Los fantasmas ciber-arquitectónicos que las habitaban habían sido embalsamados en los códigos metálicos de las cintas de memoria, transcripciones moleculares tridimensionales de los originales vivientes, almacenados entre las dunas como un magnífico acto de fe, en la esperanza de que la recreación de las personalidades cifradas fuera un día posible. Después de cinco mil años la tentativa había sido abandonada de mala gana, pero por respeto a los constructores de tumbas se habían abandonado los pabellones al azar del tiempo en el mar de Virgilio. Más tarde, cuando los historiadores de las nuevas épocas tuvieron conciencia de los enormes archivos que los esperaban en ese antiguo limbo, llegaron los ladrones de tumbas. A pesar de los guardianes no habían cesado aún el saqueo de las tumbas y el tráfico ilícito de las almas muertas.

- ¡Doctor! ¡Venga! ¡Mire!

Shepley se dejó caer bruscamente de rodillas en la arena de color blanco de plata, arrastrándose de un pabellón a otro como un cachorro enloquecido.

Sonriendo, el Viejo trepó lentamente por la pendiente blanda, hundido hasta la cintura en los finos cristales que se desparramaban alrededor, buscando espolones de roca más firme. La cúpula de la tumba más cercana centelleaba en el cielo, y debajo del alero sólo se veían unos veinte centímetros de las ventanas. Se sentó un momento en el techo, observando a Shepley que buceaba en la oscuridad y atisbaba por las ventanas, apartando la arena con las manos. La tumba estaba intacta. En el interior se veía la lámpara votiva ardiendo sobre el altar, la nave hexagonal de piso taraceado de oro, y las colgaduras; en el fondo se abría el estrecho santuario del depósito de memoria. Alrededor del santuario había unas mesas bajas con vasos y escudillas de oro forjado, ofrendas aparentes destinadas a distraer a los posibles ladrones.

Shepley se le acercó saltando.

- ¡Entremos, doctor! ¿Qué esperamos ahora?

El Viejo miró la llanura, abajo, el racimo de tumbas abiertas al borde del lago, la cinta oscura de la monovía que caracoleaba entre las lomas. La idea de la fortuna que tenía al alcance de la mano no lo conmovía. Hacía tanto tiempo que vivía entre las tumbas que había empezado a asumir parte de ese clima de inmortalidad e intemporalidad, y sentía que la impaciencia de Shepley procedía de otra dimensión. Detestaba saquear las tumbas. Cada tumba robada representaba no sólo la extinción definitiva de una persona, sino una disminución de su propio sentimiento de eternidad. Cada vez que un nuevo yacimiento emergía de la arena, sentía que algo dentro de sí mismo volvía a encenderse un momento; no la esperanza, pues estaba más allá de ella, sino una serena aceptación del breve lapso que aún le quedaba.

- Bien - dijo, y empezaron a apartar la arena acumulada en torno de la puerta. Shepley la hacía caer por la rampa donde se desparramaba en una espuma blanca sobre las astillas basálticas más oscuras. Cuando el estrecho pórtico quedó libre, el Viejo se acurrucó junto al sello de tiempo. Quitó los cristales incrustados entre los ganchos, y luego pasó los dedos levemente por encima.

Como palillos secos que se quebraran, crujió una voz antigua: Orión, Betelgeuse, Altair, cuál de las estrellas nacidas dos veces me heredará, condenada de nuevo a ser este vástago...

- Venga, doctor, por aquí es más rápido.

Shepley apoyó una pierna contra la puerta y arremetió inútilmente. Apartándolo, y con la boca pegada al sello, el Viejo replicó:

- De Altaír, Betelgeuse, Orión.

Las puertas se abrieron y el Viejo murmuró:

- No desdeñe el viejo ritual. Veamos ahora. - Se detuvieron en el aire frío, que nadie había respirado aún. La lámpara votiva lanzaba un pálido fulgor rubí sobre las colgaduras doradas del santuario.

El aire se volvió curiosamente brumoso y tornasolado. En pocos minutos más empezó a vibrar con rapidez creciente, y una sucesión de vivos colores onduló a través de la superficie de algo que parecía un cono de luz, proyectado desde detrás del santuario.

En seguida la luz se convirtió en la imagen tridimensional de un hombre anciano vestido de azul.

Aunque la imagen era transparente y el brillante azul eléctrico de las vestiduras revelaba los defectos del sistema de proyección, la ilusión era tan intensa que Shepley esperó casi que el hombre les hablara. Debía de andar por los setenta años; tenía una cara compuesta, vigilante, el pelo gris y fino, y las manos le descansaban tranquilas delante de él. Apenas se

veía el borde del escritorio; el cono de luz mostraba parte de un tintero de plata y un pequeño trofeo de metal.

Estos detalles, así como las espectrales estanterías y los cuadros, que componían el fondo de la ilusión, eran de valor infinito para los institutos de psico-historia, pues proporcionaban pruebas más fidedignas de civilizaciones anteriores que las urnas y los vasos funerarios de la antesala.

Shepley empezó a acercarse y el contorno del personaje se desvaneció ligeramente. Era un relevador visual del depósito de memoria y seguiría funcionando después de extraído el código, aunque los carretes inductivos se agotarían en seguida. Luego la tumba se extinguiría definitivamente.

A cincuenta centímetros de distancia, los ojos sabios del magnate, muerto muchos años antes, lo miraban fijo, sin pestañear; la frente surcada parecía un trozo de cera rosada y transparente. A modo de ensayo, Shepley estiró la mano y la metió en el cono de modo que las miríadas de dibujos vibratorios le corrieron por la muñeca. Durante un momento tuvo la cara del muerto en la mano, y el borde del escritorio y el tintero de plata le moteaban la manga.

Entonces se adelantó y lo atravesó directamente pasando a la oscuridad de los fondos del santuario.

Rápidamente, siguiendo las instrucciones de Traxel, abrió el cajón donde estaba el depósito de memoria, y sacó los tres pesados tambores: los carretes de cintas. Inmediatamente el personaje empezó a palidecer; el borde del escritorio y los estantes con libros se desvanecían a medida que el cono se estrechaba. Unas angostas bandas de aire muerto aparecieron a través; una, al nivel del cuello del hombre, lo decapitó. Más abajo, el proyector había empezado a fallar. Las manos juntas temblaban nerviosamente y de vez en cuando un hombro se contraía levemente. Shepley avanzó atravesándolo sin mirar atrás.

El Viejo esperaba afuera. Shepley dejó caer los tambores en la arena.

- Son pesados - murmuró, y añadió animándose -: Aquí ha de haber más de ciento cincuenta metros, doctor. Con la bonificación, y además todas las otras... - Tomó al Viejo del brazo. - Vamos, entremos en la siguiente.

El Viejo se soltó, observando al personaje que balbuceaba en el pabellón, la luz azul del hombre muerto que latía sobre la arena como una tormenta de relámpagos sin sonido.

- Espere un minuto, muchacho, no corra tanto. - Como Shepley empezara a vadear la arena, haciéndola caer por la rampa, añadió con voz más firme - ¡Y deje de mover toda esa arena! Estas tumbas han estado ocultas desde hace diez mil años. No destruya una obra valiosa, o los guardianes las encontrarán la próxima vez que pasen.

- O Traxel - dijo Shepley, sosegándose rápidamente. Echó una mirada al lago, y escudriñó las sombras entre las tumbas. Quizá alguien los observaba, esperando una oportunidad para apoderarse del tesoro.

3

El Viejo lo dejó en la puerta del pabellón siguiente, resistiéndose a presenciar cómo despojaba a la tumba de su ya magra pretensión de inmortalidad.

- Esta será la última por esta noche - le dijo a Shepley -. No podrá ocultarles esas cintas a Bridges y Traxel.

Los accesorios de la tumba eran esta vez unas tétricas losas de mármol negro que revestían las paredes, cubiertas de extraños jeroglíficos de oro; la taracea del piso representaba símbolos astrológicos estilizados, espectrales y oscuros. Shepley se apoyó en el altar, observando el cono de luz que llegó hasta él desde el santuario al apartar las cortinas. Los colores predominantes eran oro y carmín, mezclados con un vívido cobre

esfumado que se resolvía gradualmente en la cabellera peinada como un arpa, de una mujer recostada. Yacía en el centro de algo que parecía una esfera de gas suavemente luminoso, apoyada en un macizo catafalco negro a cuyos lados fulguraban dos enormes alas heráldicas. El pelo cobrizo de la mujer estaba echado hacia atrás y tenía más de un metro y medio de largo, mezclándose con el plumaje de las alas, y dándole un aspecto de tremenda y contenida velocidad, como una diosa en el aire, volando sobre la cornisa de una ciudad-templo de los muertos.

Los ojos de la mujer miraban inexpresivos hacia Shepley. Los brazos y los hombros estaban desnudos, y la piel blanca, como nieve compacta, era lustrosa; la luz reflejada reverberaba en la caja negra del catafalco y en el largo vestido que como una vaina se enroscaba en los muslos cayendo hasta el piso. La cara, como una exquisita máscara de porcelana, estaba ligeramente echada hacia atrás, y los ojos entrecerrados sugerían que la mujer dormía o soñaba. No se había previsto un fondo para la imagen, pero la concavidad luminiscente confería a la persona un poder y un misterio inmensos.

Shepley oyó que el Viejo se arrastraba detrás.

- ¿Quién es, doctor? ¿Una princesa?

El Viejo meneó la cabeza lentamente.

- Puras conjeturas. No sé. Hay extraños tesoros en estas tumbas. Acabemos con ésta; es mejor que nos vayamos.

Shepley vaciló. Empezó a caminar hacia la mujer del catafalco y entonces sintió el enorme impulso ascendente de aquel vuelo. La presión de todos los siglos pasados que ella arrastraba se concentró en un súbito núcleo, y Shepley retrocedió como ante una barrera física.

- ¡Doctor! - Llegó a la puerta justo detrás del Viejo. - ¡Dejemos ésta, qué prisa hay!

El Viejo se volvió a la luz de la luna; los brillantes colores del personaje temblaban en las jóvenes mejillas de Shepley.

- Sé lo que está sintiendo, muchacho, pero recuerde que la mujer no es más que una pintura. Pronto tendrá que volver por ella.

Shepley asintió rápidamente.

- Lo sé, pero alguna otra noche. Hay algo extraño en esta tumba. - Salió y cerró las puertas e inmediatamente el enorme cono de luz retrocedió al santuario, sumiendo a la mujer y el catafalco en la oscuridad. El viento barrió las dunas, arrojó un fino rocío de arena en las cúpulas semienterradas, suspiró entre las tumbas en ruinas.

El Viejo se encaminó a la monovía y esperó a Shepley, que siguió trabajando una hora más, recorriendo lentamente cada una de las tumbas.

Por recomendación del Viejo, le dio a Traxel sólo dos de las cajas que contenían unos quince metros de cinta. Como estaba profetizado, los guardianes del tiempo se pusieron en acción y atraparon a dos miembros de otra banda. Bridges estaba de pésimo humor, pero Traxel, siempre dueño de sí mismo, no parecía preocupado por la noche perdida.

Pasando por encima del escritorio en el salón de baile, examinó el tambor con interés, felicitando a Shepley por su iniciativa.

- Excelente, Shepley. Me alegro de que se haya unido a nosotros ahora. ¿No le molestaría decirme dónde encontró esto?

Shepley se encogió de hombros vagamente, empezó a balbucear algo sobre el subsuelo secreto de una de las tumbas abiertas, por allí cerca, pero el Viejo, lo interrumpió:

- ¡No ande proclamándolo por todas partes! Traxel, no puede hacerle esas preguntas; el hombre tiene que ganarse la vida.

Traxel sonrió, como una esfinge.

- Una vez más tiene razón, doctor. - Palmeó la caja suave, sin barnizar. - Estado nuevo, y también de la decimoquinta dinastía.

- ¡Décima! - exclamó Shepley indignado, temiendo que Traxel tratara de embolsarse la bonificación. El Viejo murmuró una maldición y los ojos de Traxel relampaguearon.

- ¿Conque décima? No sabía que hubiera tumbas de la décima dinastía aún intactas. Usted me sorprende, Shepley. Es evidente que tiene talentos ocultos.

Afortunadamente parecía suponer que el Viejo había atesorado la banda durante años.

Boca abajo en un profundo agujero al borde del acantilado, Shepley observaba el vehículo blanco de los guardianes que cruzaba las arenas oscuras hacia el viejo acantonamiento. justo allá abajo sobresalían las espirales del nuevo yacimiento de tumbas, invisible contra el fondo oscuro del acantilado. Los guardianes que iban en el vehículo estaban más interesados en las viejas tumbas; habían descubierto el autogiro apoyado de costado junto a la monovía y sospecharon que las bandas habían estado trabajando de nuevo en las ruinas. Uno de ellos se puso de pie y paseó una linterna por los pabellones abiertos. Cruzando la monovía, el vehículo se movió lentamente a través del lago hacia el noroeste, dejando detrás una baja capa de polvo.

Durante unos pocos momentos Shepley permaneció inmóvil en la blanda oscuridad, observando las zanjas y las hondonadas que llevaban al lago; luego se deslizó entre los pabellones. Apartó la arena hasta descubrir un tablón cuadrado, y se escurrió debajo hasta el pórtico.

Cuando la imagen dorada de la maga apareció desde el santuario de paredes negras, desplegando alrededor las andes alas de reptil, Shepley se quedó detrás de una de las columnas de la nave, fascinado por aquella belleza extraña e inmortal. A veces la cara luminosa era casi repelente, pero Shepley creía ahora a veces en la posibilidad de resucitarla. Fue allí todas las noches, escabulléndose en la tumba donde la mujer había yacido durante diez mil años, incapaz de interrumpirla. El largo pelo cobrizo se derramaba a sus espaldas como un desatado huracán del tiempo, y el cuerpo anguloso volaba entre dos universos infinitamente distantes donde seres arquetípicos de estatura sobrehumana centelleaban rítmicamente en una luz propia.

Dos días más tarde, Bridges descubrió los otros tambores.

- ¡Traxel! ¡Traxel! - gritó, corriendo por el patio interior desde la entrada hasta una de las bodegas en desuso. Se precipitó en el salón de baile y arrojó las cajas de metal contra la computadora que Traxel estaba programando -. ¡Écheles un vistazo... más de la décima dinastía!

Traxel sopesó perezosamente las cajas, echando una mirada a Shepley y al Viejo que vigilaban junto a la ventana.

- Interesante. ¿Dónde las encontró?

Shepley dio un salto desde las jambas de la ventana.

- Son mías. El doctor lo confirmará. Son las que vienen después de la primera que le di hace una semana. Estaba almacenándolas.

Bridges lo interrumpió.

- ¿Qué quiere decir, almacenándolas? ¿Ese es su depósito personal? ¿Desde cuándo? - La mano ancha se adelantó empujando y Shepley rodó hasta Traxel. - Escuche, Traxel, esas cintas fueron un buen hallazgo. No veo que tengan rótulos. Cada vez que traiga algo, ¿va a estar este mocoso reclamándomelo?

Traxel se puso de pie, dominando con su estatura a Bridges.

- Claro, tiene usted razón... técnicamente. Pero hay que trabajar juntos, ¿no es cierto? Shepley cometió un error, y vamos a perdonárselo, por esta vez. - Tendió los tambores a

Shepley, mientras Bridges bullía, indignado. - Si yo fuera usted, Shepley, cobraría éstas. No tema invadir el mercado. - Cuando Shepley se iba, pasando junto a Bridges lo llamó. - Y trabajar juntos tiene sus ventajas, ¿sabe?

Miró a Shepley que desaparecía en su cuarto y luego se volvió a estudiar el enorme y descascarado mapa del mar de arena que cubría la pared.

- Tendrá que despojar las tumbas ahora - le dijo más tarde el Viejo a Shepley -. Es evidente que usted ha topado con algo y a Traxel no le llevará más de cinco minutos descubrir dónde.

- Quizás un poco más - replicó Shepley con calma. Salieron de la sombra del palacio y se encaminaron a las dunas; Bridges y Traxel estaban mirándolos desde la mesa del comedor, inmóviles en la luz -. Los techos están ahora casi totalmente cubiertos. La próxima tormenta de arena la enterrará del todo.

- ¿Ha entrado en alguna otra de las tumbas?

Shepley meneó la cabeza enérgicamente.

- Créame, doctor, ahora sé por qué están aquí los guardianes del tiempo. Mientras hay una posibilidad de que revivan, cada vez que robamos una tumba cometemos un asesinato. Aunque haya una sola posibilidad en un millón, todos han contado con eso. Al fin y al cabo, uno no se suicida porque todas las posibilidades de vida sean virtualmente nulas.

Ya había empezado a creer que la maga podía revivir de pronto, bajando del catafalco. Mientras existiera una remota posibilidad de volverla a la vida, sentía que él también tenía un fundamento válido para seguir viviendo, que había un pequeño elemento de certidumbre en un universo que hasta entonces le había parecido azaroso y absolutamente sin sentido.

4

Cuando las primeras luces del alba se infiltraron por las ventanas, Shepley salió de mala gana de la nave de la tumba. Echó una breve mirada a aquella persona resplandeciente, conteniendo una leve punzada de decepción. La esperada metamorfosis no había ocurrido aún, pero Shepley se sentía de algún modo aliviado por haber pasado tanto tiempo esperándola.

Bajó al viejo acantonamiento, escudriñando atentamente la oscuridad. Cuando llegó a la monovía, ahora hacía el viaje a pie, para impedir que Traxel supusiera que el escondrijo estaba a lo largo del riel, oyó un débil zumbido en el aire frío. Retrocedió de un salto, detrás de un montículo bajo, siguiendo su tortuoso camino entre las dunas.

De pronto latió un motor, atrás, y sobre el borde del acantilado apareció el jeep de Traxel. Las ruedas delanteras giraban a toda velocidad, y el enorme vehículo se balanceaba hacia adelante, bajaba por el declive entre las tumbas enterradas, desplazando toneladas de la fina arena que Shepley había retirado a mano tan laboriosamente. En seguida aparecieron a la vista varios de los pabellones, y el polvo blanco cayó en cascadas sobre las cúpulas.

Medio enterrados en el alud que ellos mismos habían desencadenado, Traxel y Bridges saltaron de la cabina, señalando los pabellones y gritándose el uno al otro. Shepley se precipitó hacia adelante y apoyó el pie en la monovía, que empezó a vibrar.

En la distancia el autogiro se acercaba lentamente. El Viejo lo manejaba solo, sin sombrero, desmelenado.

Llegó a la tumba en el momento en que Bridges golpeaba la puerta con una bota pesada; detrás estaba Traxel sosteniendo una valija de llaves inglesas.

- ¡Hola, Shepley! - le dijo Traxel alegremente -. Así que este es el tesoro que ha encontrado.

Shepley se tambaleó con las piernas separadas en la arena, dejó atrás a Traxel. En ese momento saltó el vidrio de la ventana. Shepley se arrojó sobre Bridges y lo hizo retroceder.

- ¡Bridges, ésta es mía! ¡Pruebe cualquiera de las otras; puede quedarse con todas!

Sacudiéndose, Bridges se puso de pie y miró colérico a Shepley. Traxel examinó con suspicacia las otras tumbas, los pórticos aún cubiertos de arena.

- ¿Qué es lo que tanto le interesa en ésta, Shepley? - preguntó, sardónico.

Bridges bramó y golpeó con la bota en la puerta ventana, arrancando uno de los paneles. Shepley se abalanzó hacia adelante, y Bridges lo empujó contra la pared, gruñendo. Antes de que Shepley pudiera bajar la cabeza, Bridges le dio un puñetazo en la boca, haciéndolo caer de espaldas en la arena con la cara ensangrentada.

Traxel se reía mirando a Shepley, que yacía atontado. Luego se arrodilló, examinó con simpatía la cara de Shepley a la luz que arrojaba la persona desplegada en el interior de la tumba. Bridges gritó de sorpresa, con la boca abierta como un mono, espantado ante el suntuoso y dorado milagro de la maga.

- ¿Cómo me encontraron? - murmuró Shepley con dificultad -. Deje falsas pistas una docena de veces.

Traxel sonrió.

- No lo seguimos a usted. Seguimos el riel. - Señaló el cordón plateado de la banda de metal, claramente visible a la luz del alba, a casi quince kilómetros de distancia. - El autogiro limpió el riel. Nos trajo directamente aquí. Ah, hola, doctor. - Saludó al Viejo que trepaba por la cuesta y se dejó caer cansado junto a Shepley. - Estoy seguro de que debemos agradecerle este descubrimiento. No se preocupe, doctor, no me olvidaré de usted.

- Muchas gracias - dijo el Viejo fríamente. Ayudó a Shepley a sentarse, frunciendo el entrecejo al verle los labios partidos -. ¿No lo toma todo demasiado en serio, Traxel? Se está volviendo loco de codicia. Déjele esta tumba al muchacho. Hay muchas más.

Bridges pasó a través del personaje hacia la parte posterior del santuario, y los dibujos de la luz en la arena se quebraron y desvanecieron. Débilmente, Shepley trató de ponerse de pie, pero el Viejo lo retuvo. Traxel se encogió de hombros.

- Demasiado tarde, doctor. - Miró por encima del hombro la aparición de la persona que agitaba tristemente la cabeza reconociendo su propia magnificencia. - Las tumbas de la décima dinastía son estupendas. Pero aquí hay algo curioso.

Todavía la contemplaba pensativo un minuto más tarde, cuando Bridges salió.

- ¡Caramba, esto era un disparate, Traxel! Por un segundo pensé que era falsa. - Tendió las tres cajas a Traxel, que las sopesó tomando dos en una mano, la tercera en la otra. Bridges preguntó: - Eso sí que es luz, ¿no?

Traxel empezó a abrirlas con una llave inglesa.

- ¿Está seguro de que no hay más ahí?

- Segurísimo. Eche usted mismo un vistazo.

Dos de las cajas estaban vacías; faltaban los carretes de cinta. En la tercera había una cinta corta, de tres pulgadas de ancho. Bridges vociferó dolorido:

- ¡Ese mocosito nos ha robado! ¡No puedo creerlo!

Traxel lo apartó y se acercó al Viejo que miraba a la figura, ahora vacilante. Los dos hombres cambiaron una mirada y luego menearon lentamente la cabeza, asintiendo. Con una especie de carcajada Traxel dio un puntapié a la lata que contenía el medio carrete de cinta, haciéndolo saltar a la arena donde empezó a desenrollarse en el aire lento. Bridges protestó, pero Traxel meneó la cabeza.

- Es todo falso. Vaya a mirar de cerca la imagen. - Bridges se volvió, desconcertado, y Traxel explicó: - La mujer ya estaba muerta cuando se grabaron las matrices. Es hermosa, de acuerdo, como descubrió el pobre Shepley, pero todo pasa literalmente al nivel de la



piel. Por eso hay sólo una lata de datos. No hay sistema nervioso ni musculatura, ni órganos internos; sólo una hermosa cáscara dorada. Esta es una tumba mortuoria. Si usted la resucita, no tendrá más que un cadáver helado entre las manos.

- ¿Por qué? - chilló Bridges -. ¿Qué sentido tiene?

Traxel hizo un amplio ademán.

- Es un cierto tipo de inmortalidad. Quizá la mujer murió de pronto, y esto era lo mejor que se podía hacer. Cuando el doctor llegó aquí por primera vez había una cantidad de tumbas mortuorias de niños. Si mal no recuerdo, tenía fama de dejarlas siempre intactas. Un ejemplo típico de sentimentalismo de intelectual: dar la inmortalidad sólo a los muertos. ¿No es cierto, doctor?

Antes de que el Viejo pudiera contestar, una voz gritó desde abajo; un cohete señalador subió silbando, y una estrella de color rojo vivo estalló sobre el lago, echándoles encima unos fragmentos incandescentes. Traxel y Bridges dieron un salto adelante, vieron a dos hombres en un vehículo, que los señalaban, y otros tres vehículos que convergían a través del lago, a un kilómetro de distancia.

- ¡Los guardianes del tiempos - gritó Traxel. Bridges levantó la valija de herramientas y los dos hombres cruzaron corriendo la rampa hacia el vehículo, mientras el Viejo cojeaba detrás. Se volvió a esperar a Shepley, que seguía sentado en el suelo, donde había caído, mirando a la imagen dentro del pabellón.

- ¡Shepley! ¡Venga, muchacho, dése prisa! ¡Le darán diez años!

Shepley no respondió, y el Viejo llegó junto al vehículo en el momento en que Traxel lo ponía hábilmente en marcha atrás para sacarlo del montón de arena, dejando que Bridges lo subiera a bordo.

- ¡Shepley! - le gritó de nuevo. Traxel vaciló, y el vehículo se alejó bramando mientras estallaba un segundo cohete.

Shepley trató de alcanzar la cinta, pero los pies de los otros hombres la habían dañado en varios puntos, y los cabos sueltos que había pensado en tratar de insertar de nuevo en el proyector se agitaban ahora sobre la arena. Desde abajo llegaban los ruidos de la huida y la persecución. Se oyó el chasquido de advertencia de un rifle, y los motores aullaron y se precipitaron mientras Traxel esquivaba a los guardianes del tiempo. Shepley mantenía aún los ojos clavados en la imagen que aparecía dentro de la tumba. Ya había empezado a fragmentarse, desvaneciéndose contra la luz del sol naciente. Shepley se puso lentamente de pie, entró en la tumba y cerró las puertas desvencijadas.

Todavía magnífica en su ataúd, la maga yacía entre las grandes alas. Inmóvil durante tanto tiempo, al fin había adquirido la energía de la vida, y un ritmo sincopado y espasmódico le recorría todo el cuerpo.

Las alas se sacudían con dificultad y una serie de vibraciones perturbaban la base del catafalco, de modo que los pies de la mujer bailaban un minuet exquisitamente estremecidos, y los dedos apuntaban aquí y allá con una velocidad infatigable. Más arriba, los muslos amplios y suaves se apretaban en un tango vistoso y falso.

Shepley miró hasta que sólo quedó la cara de la mujer, algunas huellas inconexas de las alas y el catafalco vibrando débilmente en la oscuridad; luego salió de la tumba.

Los guardianes del tiempo estaban esperándolo, afuera a la luz de la mañana, las manos en jarras, vestidos de blanco. Uno sostenía las cajas vacías, empujando con el pie los cabos revoloteantes de cinta.

El otro tomó a Shepley del brazo y lo llevó hasta el vehículo.

- De la banda de Traxel - dijo al conductor -. Este ha de ser un recluta nuevo. - Echó una fría mirada a la boca ensangrentada de Shepley. - Parecería que han estado peleando por los restos.

El conductor señaló las tres cajas.

- ¿Abiertas?

El hombre que las llevaba asintió.

- Las tres. Y eran de la décima dinastía. - Sujetó las muñecas de Shepley al tablero. - Mala suerte, muchacho, te darán diez años. Parecerán diez mil.

- A menos que fuera falsa - añadió el conductor, mirando a Shepley con cierta simpatía - . Sabes, una de esas extrañas tumbas mortuorias.

Shepley endureció la boca magullada.

- No era falsa - dijo con firmeza.

El conductor echó una mirada de advertencia a los otros guardianes.

- ¿Y esa cinta que vuela allá arriba?

Shepley miró la tumba que chisporroteaba débilmente debajo del acantilado, ya casi apagada.

- Es sólo la persona - dijo -. La piel hueca.

Cuando el motor arrancó, oyó los tres tambores vacíos que golpeaban el piso detrás del asiento.

## **Alfred Coppel - TIERRAS VIVAS**

El lugar de la cita se encontraba bastante lejos de la zona apestosa que había sido incendiada por el aterrizaje de la nave espacial. Kenyon se hallaba de pie en el lindero de un bosquecillo de plumas cercano al lugar donde el mar sin mareas se extendía, rojo y brillante.

Kenyon miró hacia atrás, maldiciendo lo llano de la isla. La torre de la nave espacial dominaba todo el terreno; allí no había ningún lugar para ocultarse. Kenyon sabía que cualquiera que deseara hacerlo, podía espiarle fácilmente mientras estaba allí, esperando que Elyra saliera del bosquecillo.

Y no es que existiera ningún motivo razonable, se dijo a sí mismo, defendiéndose, para que ocultara sus relaciones con Elyra. Los contactos con mujeres indígenas - aunque considerados de mal gusto - eran corrientes entre los hombres espaciales. Pero la misión en Kana era de repatriación, más que de explotación, y todos los miembros de la expedición habían sido advertidos contra el peligro de anudar relaciones capaces de provocar desagradables situaciones cuando los indígenas fueran evacuados de Kana.

Kenyon se movió, impaciente de un lado para otro, atisbando a través del bosquecillo. Le hubiera gustado penetrar en él para ir al encuentro de la muchacha, pero era algo que nunca se había atrevido a hacer. No podían correrse riesgos en un planeta como Kana, que significaba el retroceso desde la tecnología más avanzada a un salvajismo de leyenda. Y existía aquella pregunta sin contestar acerca del canibalismo.

Elyra no, desde luego, pensó Kenyon rápidamente; no era posible. A fin de cuentas, la misión sólo llevaba unos cuantos días en Kana. Resolver el acertijo del alimento indígena era únicamente cuestión de tiempo.

Un leve susurro de las plumas le advirtió de la proximidad de Elyra. Indígena o no, se dijo Kenyon, era un ser maravilloso. Con su pelo rojo, al igual que todos los indígenas, hombres y mujeres. Y sus ojos grises, casi fríos. Pero su cuerpo era esbelto y flexible.

Elyra se detuvo en el mismo lindero del bosquecillo, solemne y seria a la decreciente luz.

- Está a punto de ponerse el sol, Kenyon - dijo.

Su saludo era siempre el mismo. La afirmación de que terminaba un día, de que la luz se borraba del cielo. Inconscientemente, Kenyon miró hacia el Este, donde la primera pálida claridad de una estrella brotaba a través del rojizo brillo del sol poniente. Pensó que las estrellas eran muy pálidas en el Filo. Le llenaban de una sensación de lejanía, de vastos espacios vacíos, de los parsecs que separaban a Kana y su estrella roja de los fecundos mundos de los sistemas interiores. No era de extrañar que hubiera permanecido ignorado durante tanto tiempo...

Se estremeció ligeramente y miró a Elyra, sonriendo.

- ¿Pasearemos junto al mar? - preguntó -. He traído algo para ti..., un regalo.

Normalmente, la promesa de un presente habría arrancado una sonrisa al rostro de Elyra, pero en aquella ocasión permaneció solemne y extrañamente ausente.

- Esta noche pasearemos por el bosque.

Kenyon frunció el ceño. Se lo había prometido a Elyra, y ella lo había recordado.

A lo lejos, en una de las islas que se erguían a través de las rojizas aguas, un tambor empezó a resonar con rítmica insistencia. Una extraña sensación inundó a Kenyon, algo parecido al temor..., a pesar de que no había nada, que él supiera, capaz de provocar aquella sensación en la mente de un hombre del espacio. Tenía detrás de él a toda una cultura interestelar, con su poderío y sus máquinas. En la galaxia deshabitada no había nada que pudiera inspirar miedo a un hombre del espacio; pero Kenyon estaba asustado: lo

sabía. Asustado de este mundo acuático y de sus islas. Quizás estaba asustado incluso de Elyra.

- Hemos paseado junto al mar - dijo Elyra, manteniéndose separada de él -, y ahora pasaremos por el bosque. Tú has venido aquí desde el cielo para llevarte a mi pueblo de Kana...

Kenyon pensó que no serviría de nada negarlo, puesto que Bothwell y Grancor ya lo habían anunciado al jefe de la isla. En los combinados industriales de los mundos interiores era necesario la mano de obra. Permitir que unos humanos vivieran una existencia salvaje en un mundo sin valor comercial como Kana era un despilfarro de energías potenciales.

- Yo te llevaré de la mano - continuó Elyra en su arcaica lingua spacia -, y te enseñaré por qué mi pueblo no desea marcharse.

Los ojos de Kenyon se abrieron a causa del asombro. Hasta entonces, ninguno de los indígenas había ofrecido a los tres miembros de la misión un motivo para su resistencia a abandonar Kana. Éste era, al parecer, el primer resquebrajamiento de una muralla de cortés resistencia pasiva. Si él, Kenyon, pudiera convencer a los jefes de que debían apremiar a su pueblo para que embarcara en la nave espacial sin necesidad de coacciones ni de derramamiento de sangre, el hecho representaría una excelente nota en su expediente personal; podría conducirle a cosas más importantes que evacuar trogloditas desde el Filo del estado galáctico.

- Espérame aquí, Elyra - dijo -. Regresaré antes de que acabe de ponerse el sol, e iré contigo al bosque.

Elyra sonrió, mostrando unos dientes muy blancos y puntiagudos.

Kenyon se estremeció ligeramente y se encaminó a la nave espacial. Podía ir al bosque, pensó, pero no sin armas... ni sin que Bothwell y Grancor supieran lo que iba a hacer y dónde, al servicio del Estado.

Al llegar junto a los enormes remolques preparados para transportar a los indígenas de Kana, nudo oír a Bothwell y a Grancor que discutían.

Bothwell:

- Eres un estúpido... Ni siquiera eres capaz de decirme lo que ha sucedido con los malditos lanchones. Un millar de años en este clima no los destruirían. De modo que, ¿dónde están?

Y Grancor, en tono seco y avinagrado, como el de un profesor de academia

- Evidentemente, mi querido Bothwell, cuando las islas quedaron formadas ya no fueron necesarios. Se hundieron, sencillamente.

Kenyon se detuvo a escuchar. Era una discusión perpetua entre los dos hombres, a la vez inútil y exasperante, en opinión de Kenyon. Nunca había querido unirse a ella.

Se había iniciado con el descubrimiento de diez mil islas en el mar de poco calado que en otra época - según el libro - cubría todo el planeta de Kana.

Quinientos años antes, en el primer impulso de la colonización estelar, Kana había sido poblado con seres humanos procedentes de la galaxia interior. Dado que no existían terrenos de ninguna clase, y dado que había un buen mercado para las sales de oro y los nitratos que podían ser extraídos del mar de Kana, se estableció una colonia acuática. Pueblos flotantes, hidropónicos, y una esencial y altamente desarrollada tecnología. Y luego se produjo el interregno: un interregno comercial que encontró innecesarios los productos de Kana. El comercio decayó, y eventualmente el planeta y sus habitantes fueron olvidados. Una colonia perdida. Transcurrieron quinientos años antes de que la mano de obra de Kana y de otros mundos semejantes se hiciera lo bastante valiosa como para enviar a expediciones encargadas de reunir a los habitantes de aquellos mundos y trasladarlos a los combinados industriales.

Pero Kenyon, Grancor y Bothwell, este último jefe nominal de la expedición, se encontraron con algunas sorpresas en Kana. Los pueblos flotantes habían desaparecido, los habitantes se habían convertido en salvajes, y había diez mil islas donde antes no había ninguna.

- El vulcanismo está descartado - estaba diciendo Bothwell -. Kana y su sol son demasiado viejos para soportar esa clase de fenómeno.

- Es cosa que ignoras - replicó secamente Grancor -. Eres un hombre del espacio, no un geólogo.

- Tampoco soy agrimensor - dijo Bothwell -, pero puedo decirte que aquí no crece ninguna vegetación, aparte de esas malditas plumas...

- Parecen plumas - dijo Grancor -, ¿Acaso no has visto plantas más raras?

El aislamiento, pensó Kenyon, está endureciendo su antagonismo natural. El aislamiento y el fracaso. Un fracaso que ninguno de los dos se atreve a reconocer. Sabía que dentro de unos días Bothwell estallaría y embarcaría a los indígenas de Kana en los remolques de la nave espacial utilizando la fuerza. Disponían de armas para hacerlo..., pero Kenyon experimentaba un extraño temor a tener que recurrir a la violencia; en Kana existían peligros que ninguno de los hombres del espacio había reconocido aún. Kenyon estaba convencido de ello.

Después de armarse, descendió la rampa en dirección a las estridentes voces; sería un placer interrumpirles.

Bothwell levantó la mirada y enarcó las cejas. Kenyon decidió de nuevo, como había estado haciendo durante las últimas semanas, que no le gustaba Bothwell.

- ¿Adónde vas tan armado? - preguntó Bothwell.

- ¿Dónde quieres que vaya? - murmuró Grancor -. Nuestro joven colega va a reunirse con su hermosa salvaje, desde luego.

Kenyon enrojeció.

- Puesto que parece que estamos perdiendo el tiempo, voy al bosque a hablar con el jefe - dijo, con cierta insolencia.

- ¿Es eso prudente? - le preguntó Grancor a Bothwell.

- Que vaya donde quiera - dijo Bothwell -. Cuando se convenza de que las palabras no sirven para nada, adoptaremos medidas más radicales.

Kenyon hizo un esfuerzo para dominar su furor y dio media vuelta. Pero se detuvo inmediatamente, no deseando marcharse sin pedir su ayuda, y odiando el tener que hacerlo.

- Manteneos a la escucha - dijo, en tono casual -. Informaré por radio de cualquier progreso...

Bothwell estalló en una carcajada.

- ¡Progreso! - exclamó -. ¡Se va al bosque de noche con su hermosa salvaje y quiere mantenernos informados!

Kenyon salió casi corriendo de la nave, con el rostro encendido.

El sol estaba hundiéndose en el horizonte y una densa neblina flotaba sobre la isla. Las botas de Kenyon se hundían en el pestilente y quemado suelo mientras avanzaba, haciéndole tambalearse. Como una roja herida sin cicatrizar, pensó. Una típica muestra de las mejoras introducidas por el hombre en los mundos que explotaba.

Elyra continuaba en el mismo lugar en que la había dejado, esperando a la sombra de las altas plumas. Los tambores resonaban más fuertes, de isla en isla. La última luz sanguinolenta iba borrándose del cielo.

Sin hablar, Kenyon tomó la mano de la muchacha y juntos se desvanecieron en el bosque de ondeantes plumas.

...el viento nocturno y tambores en el bosque un círculo de formas para acoger a un hombre procedente de las estrellas y la oscuridad se hace más intensa suenan los pasos espera las plumas susurran, está llegando espera el suelo dice que está llegando a nosotros vuestro padre cuidará de vosotros y os alimentará y no tendréis que marcharos entre las estrellas yo os protegeré...

A Kenyon le pareció que andaban horas enteras a través de la oscuridad. Se daba cuenta de la creciente excitación de Elyra, como si estuviera poseída por un sentimiento de triunfo y de anticipado placer. Pensó en las especulaciones de Grancor acerca del canibalismo entre los habitantes de Kana, y un escalofrío recorrió su cuerpo.

Cuando llegaron a un claro del bosque, los tambores cesaron de resonar; el silencio pareció estallar delante de sus ojos. Elyra volvió el rostro hacia su acompañante, sus ojos muy abiertos y oscuros entre las sombras.

Kenyon encendió una cerilla y la acercó a su cigarrillo, aspirando profundamente el humo. Elyra se relamió los labios con la lengua y Kenyon observó lo puntiaguda que era. Casi sucumbió al impulso de echar a correr, pero la idea de Bothwell y de Grancor riéndose de él, le contuvo.

- Sé fuerte, Kenyon - dijo Elyra, como si hubiera adivinado sus pensamientos -. Sé valiente, y, sobre todo, sé prudente cuando te encuentres ante el padre.

- ¿El padre?

Elyra golpeó impacientemente el suelo con uno de sus pies descalzos.

- El padre, Kenyon - repitió -. El poderoso que llegó a mi pueblo después que vosotros lo dejasteis abandonado...

Allí estaba de nuevo, pensó Kenyon: el cisma entre el pueblo de Kana y el resto de los mundos habitados. Vosotros. Mi pueblo. Como si el nacimiento de una leyenda de dioses procedentes del espacio hubiera transformado a los habitantes de Kana en algo distinto al resto de la raza humana.

- No existen dioses procedentes del espacio, pequeña. Son hombres - dijo Kenyon afablemente.

- El padre no es un hombre - susurró Elyra. Kenyon casi pudo captar la mística calma que descendía sobre ella mientras contemplaba el legendario pasado -. Hace mucho tiempo, cuando el pueblo de Kana vivía en el mar y estaba moribundo, los grandes dioses llegaron hasta nosotros, nos alimentaron y nos calentaron, - Su voz adquirió un tono de resentimiento -. Tu no puedes comprenderme; y yo no puedo hacer que me comprendas. Pero el padre hablará contigo, estoy segura de ello, y entonces sabrás por qué nuestro pueblo tiene que permanecer aquí para siempre.

- No dijo Kenyon -. De un modo u otro, tu pueblo vendrá con nosotros. Sois necesarios en otra parte.

Elyra se echó a reír.

- Cuando el tiempo se acabe..., cuando la estrella roja muera..., estaremos aquí, en Kana. Lo mismo que todo hombre que haya pisado el suelo sagrado...

Elyra se puso de puntillas y le besó, y Kenyon sintió un agudo dolor en sus labios.

- ¡Salvaje!

Retrocedió, secándose la sangre de la boca, en el lugar donde la puntiaguda lengua de Elyra había pinchado su carne. La golpeó en pleno rostro, y Elyra cayó al suelo. La idea llegó a su cerebro como un relámpago que iluminara las tinieblas. No eran caníbales: eran vampiros. Kenyon experimentó una indescriptible sensación de malestar en la boca del estómago. El hecho de que unos descendientes de hombres civilizados se hubieran convertido en unos seres tan depravados, resultaba increíble.

Grancor y Bothwell tenían que ser advertidos. Radió el mensaje a través de su emisora portátil y esperó la respuesta, mientras Elyra le contemplaba desde las sombras. No hubo ninguna respuesta. ¡Maldición! ¿Permanecían a la escucha, o no? Kenyon no tenía modo de saberlo.

Elyra se echó a reír. El sonido de su risa resultaba exasperante. Kenyon desenfundó su pistola de rayos y apuntó a la muchacha.

- ¡Muéstrame el camino de regreso! - ordenó, con más confianza de la que sentía.

Elyra, por toda respuesta, se echó a reír de nuevo, y desapareció en la oscuridad del bosque de plumas. Kenyon disparó a ciegas, tratando de encontrar un sendero a través de la extraña vegetación. Repentinamente, oyó un ruidoso arrastrar de pies descalzos, y un centenar de manos cayeron sobre él, aferrándole, golpeándole.

Luego experimentó un vivísimo dolor en la base del cráneo y le envolvió la oscuridad, profunda y negra como la misma noche del espacio.

Cuando Kenyon despertó, yacía en un claro iluminado con antorchas. A su alrededor, un mar de rostros: los habitantes de Kana. Alguien estaba golpeando un tambor, muy suavemente, con un ritmo insistente e hipnótico. Su cuerpo tocaba el suelo, y por primera vez Kenyon tuvo conciencia de la peculiar textura del terreno. Liso, cálido, con alguna clase de calor latente, interno.

Toda la tribu de indígenas se balanceaba al ritmo obsesionante del tambor. Kenyon pudo oír el murmullo de su cántico, repetido interminablemente

«...despierta padre despierta padre despierta padre despierta padre...»

Kenyon trató de sentarse, y descubrió que no podía hacerlo. Invisibles, unas cintas le sujetaban al suelo. El pánico se apoderó de él, a pesar de todos los esfuerzos de su voluntad, adiestrada para combatirlo. Giró la cabeza a uno y otro lado para ver si podía localizar a Elyra en el mar de rostros, pero todas las mujeres eran iguales. Todas se balanceaban al compás de su cántico ritual. El mismo aire parecía vibrar con su ritmo.

De repente, Kenyon quedó helado de horror. A menos de diez metros de distancia del lugar donde se encontraba surgía un tronco... No, no era un tronco humano, sino un indígena enterrado hasta los sobacos en el suelo. Sus ojos estaban abiertos de par en par y su boca se movía convulsivamente. El propio suelo latía lentamente a medida que el hombre iba hundiéndose más y más.

El hombre gritó. De su garganta salió una especie de murmullo líquido. Los indígenas empezaron a aullar.

«...el padre despierta el padre despierta».

Kenyon, con los ojos saliéndole de las órbitas, permaneció rígido... esperando no sabía qué. El hombre enterrado en el suelo levantó un brazo como un autómatas, señalando directamente al cautivo.

A continuación habló, con una voz profunda, hueca, sepulcral.

- ¡Tú..., hombre de las estrellas! ¿Por qué has venido aquí?

Kenyon no pudo contestar.

- A robar a mi pueblo. A separarlo de mí - tronó la voz acusadora -. Cuando fueron abandonados por los de su propia raza... yo llegué a través de parsecs de espacio... a través del golfo que se abre entre las galaxias... a vivir con ellos y a cuidar de ellos. Y, ahora, ¿crees que vas a llevártelos?

Y el hombre enterrado estalló en una risotada. Un sonido hueco, espantoso, que resonó de un modo horrible en el bosque de plumas. Los indígenas hicieron eco a aquella risa desprovista de alegría.

Es un truco, pensó Kenyon. Hipnosis. O tal vez me estoy volviendo loco. Me ha parecido que todo el mundo estaba hablando a través de la boca de ese hombre.

El hombre enterrado movió sus brazos en un amplio círculo. Gritó:

- ¡Corred! ¡Yo os invito! ¡Corred conmigo!

Kenyon luchó de nuevo contra las ataduras que le sujetaban, enloquecido por el pánico. Pero los indígenas no le atacaron con sus lenguas puntiagudas, sorbedoras... Se inclinaron, apretando sus bocas contra el suelo, hundiendo sus lenguas en la tierra. El hombre enterrado gritó una vez más y se desvaneció con un ruido húmedo, aspirante.

De repente, Kenyon lo vio todo claro, como un cuadro que iba formándose en su mente. El suelo, la tierra, las islas: eso era el padre. Una raza de seres llegados a través del espacio, que había encontrado refugio en las aguas cálidas y poco profundas de un mundo abandonado por los humanos de la galaxia interior. Animales enormes, cubiertos de plumas, dispuestos a vivir en una espantosa simbiosis con los hombres que habían encontrado en Kana. Dándoles a comer la sangre de la tierra, y tomando a cambio la carne de los hombres. Era algo horrible, nauseabundo. Kenyon pudo imaginar a la gente abandonando las barcas para dirigirse a las islas que veían surgir en el océano, y más tarde viviendo como parásitos de la sangre que discurría debajo de la tostada epidermis...

Sintiendo despertarse en él un frenesí de asco y de furor, Kenyon luchó con todas sus fuerzas, utilizando los dientes y las uñas, para librarse de sus ataduras. Tenía que marcharse de aquel lugar maldito, marcharse hacia la fría y limpia oscuridad del espacio, alejarse de aquella espantosa pesadilla de depravación extraña y humana.

Repentinamente, se encontró libre y corriendo a través del bosque de plumas, con la horda de indígenas corriendo detrás de él, con las antorchas en alto.

Las odiosas plumas desgarraban su carne, el suelo cálido y palpitante de la isla se ablandaba para entorpecer su marcha. Pudo oírse a sí mismo gritando en un paroxismo de rabia y de terror mientras corría.

¡Tenía que regresar!

¡Regresar para advertir a los otros!

Regresar a la nave espacial y sentir bajo sus pies descalzos el frío y limpio metal, y recobrar de nuevo la lucidez de su mente.

- ¡Tenía que llegar!

Detrás de él, la horda de indígenas aullaba desaforadamente, y el oscuro bosque devolvía el eco de sus gritos.

Y al final Kenyon se encontró corriendo a través de la carne requemada de la zona de aterrizaje de la nave espacial.

¡Una boca espantosa, entreabierta, en forma de cráter!

El suelo palpitaba furiosamente. Kenyon tropezaba, caía. Pero volvía a ponerse en pie y continuaba avanzando, sin dejar de gritar.

Grancor y Bothwell estaban sentados en la sala de mandos, muy pálidos. No se movieron cuando Kenyon penetró en la cabina, tambaleándose. No pronunciaron una sola palabra mientras su compañero contaba su historia con frases entrecortadas. Permanecieron en silencio, incluso cuando Kenyon les gritó que pusieran en marcha la nave.

¿Acaso os habéis vuelto locos? ¿Es que no comprendéis lo que os estoy diciendo? ¡Tenemos que despegar inmediatamente!

Al ver que no contestaban, Kenyon se sentó ante el tablero de mandos y cerró los relés.

Los cohetes no se encendieron.

En aquel momento experimentó la sensación de que la nave estaba hundiéndose. Se estremeció, notando que su lucidez mental volvía a vacilar.

Grancor le cogió del brazo y le condujo a una de las mirillas, desde la cual era perfectamente visible la boca que formaba el desgarrado suelo.

- Mira al exterior - dijo Grancor en voz baja.

- Entonces... recibisteis mi mensaje - murmuró Kenyon.



Grancor asintió.

Kenyon se agarró a las paredes de la nave, mirando a través de la mirilla.

Hacia el Este, el cielo estaba enrojeciendo, y a la claridad escarlata el mar de plumas oscilaba agitadamente. El suelo estaba cerca.

Demasiado cerca.

La boca roja y mutilada se había cerrado alrededor de la nave.

Kenyon recordó al hombre enterrado con un estremecimiento de horror. La nave estaba hundiéndose. Dentro de unos instantes, quedaría completamente engullida.

Kenyon tuvo conciencia de la proximidad de una inteligencia suprema, gigantesca.

Una inteligencia que planeaba por encima de la nave, implacable.

Grancor y Kenyon permanecieron en pie delante de la mirilla, contemplando el silencioso círculo de indígenas que se había formado alrededor de la nave espacial.

Notaron que la nave se hundía lentamente, inexorablemente, cada vez más honda... en la tierra viva.

## **Damon Knight - OH TIEMPO, RETROCEDE**

Recordó la lluvia, y el pálido resplandor de las luces de los automóviles. No veía nada más, pero sabía que Emily yacía cerca de él, inmóvil, cubierta por un abrigo ajeno. Era doloroso nacer de este modo; un blanco cuchillo lo atravesaba con cada inhalación. Todo se disipó. Cuando volvió a despertar, ambos estaban en el coche, alejándose en violentos vuelcos del estrépito de una colisión. El otro automóvil retrocedía; sus luces delanteras, finalmente, palidieron alejándose por la falda de la colina hasta desaparecer. Suave, silenciosamente, la carretera se deslizaba hacia atrás.

Sullivan, mientras conducía, contempló las estrellas que titilaban en la noche. Estaba fatigado y sereno, no deseaba nada en particular, todo lo aceptaba con tranquilo asombro.

Qué extraño y maravilloso fue entrar por primera vez en su casa: cinco habitaciones hermosamente decoradas, todo para Emily y para él. Los libros, con sus cubiertas de cuero y tela. Los cuadros, las cajas de cigarros, las cómodas y armarios colmados de ropa oscura y costosa, cortada a su medida. La vida, pensó Laurence Wallace Sullivan, valía la pena.

Esa mañana, delante del hogar, su mano escogió un cálido volumen de cuero de los anaqueles, y lo abrió en una página al azar.

El Tiempo, a nuestras espaldas,  
dejó sus huellas en la arena;  
acerquémonos y sublimes serán nuestras vidas.  
Inspiradnos, ¡oh vidas de los grandes!

Maravillosas palabras... Miró su reloj. El cielo, a través de la ventana del estudio, se aclaraba, cambiando del azul profundo al color del huevo de petirrojo, con tonos verdosos sobre el esquelético bosque de antenas. Se sentía satisfecho; era la hora de la cena. Devolvió el libro al anaquel y se dirigió al comedor, entre suspiros y bostezos.

No tardó en descubrir que la firma Sullivan y Gaynor regentaba una planta desimpresora, que ocupaba un edificio de tres pisos en la calle Vessey. Las enormes máquinas devoraban todo tipo de materia impresa y la transformaban en pulcros rollos de papel, latas de tinta y lingotes de metal. Operaban de un modo muy complejo, y Sullivan no las entendía del todo; tampoco se molestaba en intentarlo, limitándose a la correspondencia y a los informes financieros que inundaban su escritorio. Gaynor, su socio, pasaba más tiempo en la planta: un hombre rubicundo y dispéptico, de voz ronca.

Sullivan, no obstante, se ufanaba de comprender el aspecto romántico de su oficio: palabras, palabras de todas partes del mundo aflúan a este edificio con la insensata profusión de la naturaleza, palabras repetidas hasta el infinito, palabras arrancadas a fuegos apagados y a latas de basura que eran cuidadosamente desimpresas y reducidas a una única copia de cada sermón, panfleto, libro o folleto de propaganda... Flechas, abanicos de flotante papel se abrían paso, infaliblemente, hasta aquel hombre que era su destino. Sullivan (dentro del modesto límite de su tarea, por supuesto) era un servidor público, un guardián del regreso.

Dóciles se deslizaban los años. Durante los veranos en Cape Cod, Sullivan comenzó a padecer una extraña insatisfacción, al escuchar a los chorlitos que gemían en la arena, o al observar una súbita borrasca que se llevaba el agua que ascendía del mar. Los pálidos habanos se le prolongaban entre los labios, creciendo desde una minúscula colilla hasta que les retiraba la llama, les unía la punta con su navaja de plata y los guardaba

cuidadosamente en la cigarrera. El pelo de Emily se oscurecía; ahora conversaban más, y reían más a menudo. A veces ella le lanzaba extrañas miradas. ¿Qué sentido tenía todo? ¿De qué servía la vida?

A los diez años descubrió el sexo con Emily, una experiencia breve e insatisfactoria, que no repitieron a menudo. Dos años más tarde conoció a Peggy.

Fue en una casa de apartamentos donde jamás había estado. La puerta se abrió bruscamente una tarde, cuando él se volvía hacia allí, y Peggy le abofeteó duramente el rostro. Luego entraron, mirándose con furia y jadeando con pesadez. Sullivan sentía ante ella una mezcla de repugnancia y deseo. Pocos minutos después, con hosquedad, comenzaron a desvestirse...

Después de Peggy vino Alice, y después de Alice, Connie. Eso fue en 1942; Sullivan tenía quince años, y estaba en la flor de la edad. En ese año, el desconocido que era su hijo regresó de Italia. A Robert acababan de licenciarlo del ejército; al principio decía llamarse R. Gaynor Sullivan, era torpe e insolente, pero después que ingresó en la Universidad las cosas mejoraron. En un tiempo asombrosamente corto se halló de nuevo en casa, y el apartamento resultó pequeño. Se mudaron a una casa en Long Island: más confusión, y las relaciones de Sullivan con su mujer se volvieron tensas. El trabajaba en exceso; la firma andaba muy bien, en parte gracias a una considerable suma que le reintegraron al padre de Emily.

Cada mes, los cheques. El dinero - enviado por el proveedor, el dentista, los médicos - inundaba la cuenta... Siempre debía apresurarse a retirar una buena cantidad para lograr cierto equilibrio.

Por las noches, su rostro familiar lo miraba desde el espejo, fatigado y grisáceo. Con los dedos se acariciaba la tersa mejilla; la navaja la recorría con un sonido áspero, enjabonándole el rostro y cubriéndolo de barba. Luego se quitaba el jabón con la brocha, y contemplaba ese mismo rostro, ahora cubierto de barba. ¿Y si un día decidiera dejarlo sin la barba? Pero afeitarse era un hábito.

La firma se había mudado varias veces, y finalmente se instaló en un desván de la calle Bleecker. Las operaciones se habían simplificado; cada vez contaban con menos empleados, hasta que al fin Sullivan, Gaynor y tres impresores bastaron para atender el local. A menudo, Sullivan ayudaba en la imprenta; una vez que uno le tomaba la mano, había cierta virtud sedante, casi hipnótica, en ese ritmo, mientras las hojas en blanco salían despedidas del rodillo, y éste se adueñaba de una imprenta para borrarla, todo en el acrobático instante de seguridad en que bostezaban las fauces metálicas. Gaynor, esos días, era un tipo más tolerable; a Sullivan le gustaba el trabajo que hacía durante el día, así como las noches que pasaba en casa. Quería mucho a su hijo, y amaba a Emily: jamás, pensaba Sullivan, había sido tan feliz.

Llenaron los últimos comprobantes; borraron las últimas entradas en los libros contables. Los obreros dismantelaron las máquinas para llevárselas. No quedaba nada por hacer, salvo festejar el acontecimiento con un apretón de manos y partir cada uno por su lado. El y Gaynor cerraron la puerta ceremoniosamente y bajaron al bar, con una presencia de ánimo que era premonitorio.

- ¡Brindemos por el éxito!

- Ahora que se va ese tipo Roosevelt, veremos algunos cambios.

Chocaron las copas con solemnidad, y las dejaron en la bandeja de la camarera. Ya más sobrios, se retiraron. Gaynor volvía a Minneapolis, donde tenía un empleo como capataz de una planta desimpresora; Sullivan debería deambular un poco, antes de obtener un empleo como ayudante de un corredor de papel. Pero no sería por mucho tiempo; no tardaría en llegar la época del Auge.

Sullivan desarrugó con fruición las páginas grises del periódico.

- ¡Despidieron a esa mujer en Texas! - anunció; y añadió -: ¡Menos mal!

Sí, eso era lo que decían los titulares. Mujeres en el gobierno... ¿a dónde iba a parar el mundo?

Emily, plegando pañales, no pareció escuchar. Estaba perdiendo la silueta una vez más; parecía pálida, cansada y desatenta. El pequeño Robert gemía en la cuna; se había encogido hasta ser pequeño y regordete, más parecido a un animal que a un niño. Dormía casi siempre, cuando no lloraba o le distendía aún más los abultados senos a Emily. Era muy rara la vida. Faltaba un mes para que lo llevaran al hospital, del cual sólo Emily volvería. Era gracioso; había amado a ese niño, y aun ahora le despertaba cierto interés no carente de afecto, pero sería casi un alivio deshacerse de él. Después, pasarían no menos de seis meses antes de que Emily recobrase su silueta...

Ella lo miró de soslayo. Emily aún era una mujer adorable: pero, ¿qué pensaba secretamente de él? ¿Qué sucedía en realidad?

La voz del sacerdote zumbó en sus oídos. Emily, más bella que nunca, se deshizo lentamente de su abrazo. El le quitó el anillo del dedo y se lo entregó a Bob.

- Con este anillo me divorcio de ti - dijo.

Luego salieron juntos muchas veces, pero sólo en una ocasión hicieron el amor, apresuradamente, en la habitación trasera, una noche en que los padres de ella habían salido. Una mañana, en una fiesta, entablaron una conversación inconexa; luego, alguien a quien él no conocía dijo con cordialidad:

- Emily, quiero despedirte de Larry Sullivan.

El hombre se lo llevó consigo, y supo que jamás volvería a verla.

A partir de ese día su vida se tornó hueca. Trató de colmarla con diversiones, con música y alcohol. Conoció otras muchachas, las besó, salió con ellas, pero echaba de menos a su mujer. Era difícil acostumbrarse, después de tantos años juntos.

La vida, de todos modos, ofrecía sus compensaciones. Observó con infinito interés los cambios que traían esos años, y el espectáculo era fascinante.

Los automóviles perdieron su forma aerodinámica, se hicieron más sencillos y cuadrados, y sus líneas ya anunciaban las futuras victorias y berlinas. En las calles había menos máquinas y menos gente; se respiraba un aire más puro. La Garbo reemplazó a Gable en la pantalla. Un día, abruptamente, las películas enmudecieron. El incomparable Chaplin alcanzó su perfección; nacieron los Keystone Cops. Sullivan lo observaba todo con ojos entusiastas. El regreso tecnológico era, por cierto, algo maravilloso. Sullivan, de todos modos, evocaba a veces con nostalgia el estrépito de las viejas épocas.

Afortunadamente, aún debía sobrevenir la Gran Guerra. Europa despertaba de su prolongado sueño; y hacia el Este nacía la Santa Rusia.

Sullivan, nerviosamente, se tocó la cicatriz que tenía en la pierna. Juzgó que debería ir al hospital de campaña; lo urgía una áspera sensación, una picazón. Era la peor cicatriz que había tenido; se le había abierto y extendido sobre la tibia; ojalá pudiera librarse, de ella e ir al frente. La guerra, al parecer, no era como en las películas.

Salió de las barracas y caminó bajo el sol, con la ayuda de su delgado bastón. Había muchas otras bajas; supuso que eso sería el preludio de la gran batalla de la Argonne, tan mentada por las profecías. Ahí le tocaría su parte. ¿Qué sería: un obús, una lucha cuerpo a cuerpo, o algo tan insípido como tropezar con la cuerda de una tienda en la oscuridad? Anhelaba que llegara el momento, para pasarlo de una vez.

Fugazmente, conoció a su padre al regresar de Francia. Era un anciano trémulo y canoso, y no parecían tener mucho en común; fue un alivio para ambos, pensó Sullivan, que él se fuera a Cornell.

Entró en la universidad como senior, es decir que tendría que hacer los cuatro años. A Sullivan no le molestaba; después de todo, eran los años más importantes de la vida. Todo lo que uno había pensado y leído, todo lo que uno sabía, todo lo que uno había sido, lo vertía uno para reintegrárselo al que daba la clase. Este, entonces, lo reunía todo en su conferencia, brillante o intrascendente, según quien fuera; y la esencia de esa suma volvería eventualmente al último ejemplar de un texto, para ser absorbido por su autor y así devuelto a la naturaleza de modo definitivo.

En la primavera fue a jugar al fútbol. Estaba registrado en los libros de predicción de atletismo, para jugar dos temporadas completas en el equipo de la universidad. Los libros no lo anunciaban, pero acaso allí pudiera deshacerse de la desviación que tenía en la nariz.

El profesor Toohey era un viejo que le tomó afecto a Sullivan antes que éste cumpliera un año en la universidad. Solían escupir cerveza en el oscuro sótano de Toohey, donde el profesor guardaba un barrilito, y hablar de filosofía.

- Eso es algo para pensar - comenzaba Toohey, volviendo a un tema que ya habían tocado anteriormente -. ¿Cómo podemos saberlo? La secuencia inversa de la causalidad puede ser tan válida como la que experimentamos. La relación causa-efecto es, después de todo, arbitraria.

- Pero me parece demasiado fantástico - solía decir Sullivan, con cautela.

Cuesta imaginarlo porque no estamos acostumbrados. Es sólo una cuestión de punto de vista. El agua descendería de las montañas, etcétera. La energía fluiría en sentido contrario... desde la total concentración a la total dispersión. ¿Por qué no?

Sullivan se esforzaba por visualizar un mundo tan peculiar; le provocaba un temblor no del todo desagradable. Imagínate, no saber la fecha de tu muerte...

- Todo iría hacia atrás. En vez de «agarrar», debería usted decir «arrojar». Todas las palabras significarían cosas diferentes... al menos todos los verbos que expresan duración. Es difícil.

- Dentro de sus propios límites, todo eso tiene sentido. La fricción sería un factor a sustraer de los cálculos de energía, y no a ser sumado. Y así con todo. El universo estaría en expansión; utilizaríamos estufas para calentar nuestras casas y no para enfriarlas. La hierba crecería de las semillas. Te llevarías la comida al cuerpo, para luego expeler los desperdicios, en lugar de incretar y exgerir como nosotros. ¡Es muy sencillo!

Sullivan sonrió.

- ¿Quiere decir que saldríamos del cuerpo de las mujeres y que nos enterrarían al morir?

- Piénsalo un momento. Parecería perfectamente natural. Viviríamos hacia atrás, del nacimiento a la muerte, sin jamás conocer la diferencia. ¿Qué vino primero, el huevo o la gallina? ¿Las guerras son producto de los ejércitos, o los ejércitos producto de las guerras? ¿A qué nos referimos cuando hablamos de causalidad, al fin y al cabo? Piénsalo.

- Hmmm.

Y luego, la pregunta formal que ponía fin al diálogo:

- Sullivan, ¿qué piensas del principio de causalidad?

Ojalá lo supiera.

Ahora que tenía cincuenta y dos años, el mundo era más amplio y resplandeciente. Sullivan poseía una tenaz energía que lo impulsaba a salir cada vez que hacía buen tiempo; aún en invierno solía quedarse afuera, contemplando el agua helada que subía por el canalón de desagüe, o elevándose al cielo lívido desde el suelo. Todo lo aceptaba con buen humor; si tenía los dedos y la nariz rosados de frío al salir, la nieve no tardaría en

calentarlos; si se despertaba con un ojo negro, un amigo no tardaría en curárselo con el puño. Sullivan se encaramaba en las espaldas de sus amigos y saltaba, y lo mismo hacían ellos, entre risas entrecortadas. En el aula no se quedaban quietos, se hacían muecas desde atrás de los libros, y salían en enjambres, sin dejar de gritar. Después de la hora de la comida no se sentía tan satisfecho, pero con el paso de las horas iba perdiendo el hambre. Lo peor de todo era que la señora Hastings no lo dejaba salir de la cama cuando se despertaba temprano, aunque cualquier tonto podía darse cuenta de que no iba a dormir más; después, el día pasaba rápidamente.

Un día, Sullivan y su padre tuvieron un crispado presentimiento. Sullivan reaccionó con lágrimas, y su padre con carraspeos y frunciendo el ceño. Durante todo el día no pudieron hacer nada; evitaban mirarse. Finalmente, al caer la tarde, se vistieron para salir.

Su padre, al conducir, seguía las calles mecánicamente. Cuando bajaron del coche Sullivan advirtió que estaban en un cementerio.

Algo le estrujaba el corazón. Dejó sin entusiasmo que el brazo de su padre le rodeara el hombro, que los dedos le apretaran el brazo mientras caminaba con pasos vacilantes. Otras personas circulaban por el lugar: finalmente todos se agruparon y se volvieron, enfrentándose a una tumba abierta. Dos hombres descubrían ya el ataúd, recogiendo hábilmente la tierra en palas cuando ésta saltaba, y apretándola con rudeza en una pila.

Luego alzaron el ataúd con gruesas correas y lo depositaron en unas tablas tendidas junto al agujero. El sacerdote, de pie frente a la tumba, tendió las manos y habló:

- ...Del polvo vienes, y polvo eres...

Cuando concluyó, tosió en tono de disculpa y guardó silencio. La multitud comenzó a dispersarse. Los obreros permanecieron junto a la tumba y al ataúd, la cabeza descubierta al sol y las manos a los costados.

Sullivan intentaba acostumbrarse a ese dolor inusual que se le había instalado en su pecho. Era como estar descompuesto, pero él no estaba descompuesto. Ni siquiera se trataba de un auténtico dolor, provocado por las medicinas; era sólo un dolor persistente y agudo que nada conseguía calmar.

Ahora veía, con los ojos del desengaño, lo vano de sus pasadas alegrías. Ahí estaba, en la última década de su vida, ¿y qué le quedaba de los cincuenta y dos años transcurridos? Nada más que el dolor de la pérdida. Su mano hurgó reflexivamente en el bolsillo, y sacó un triste puñado de cosas: una navaja, una punta de lápiz, clavos de varias clases, un trozo de cuerda sucia, piedras para jugar, tres monedas, un guijarro gris con manchas brillantes, restos de bizcocho y, ante todo, hilachas del bolsillo. Polvo y cenizas.

Una lágrima tibia le trepó por la mejilla.

El hombre mayor entró en la habitación con pasos fatigados, y dejó la escoba en un rincón. En los últimos días ese hombre se había encargado de la casa; la señora Hastings había desaparecido, y Sullivan no creía que volviese.

- Ponte la chaqueta, Larry - le dijo el padre con un suspiro.

Sullivan hizo lo que le decían. Fueron en silencio hasta la esquina, donde esperaron el tranvía. Poco a poco, Sullivan fue reconociendo el camino. Era el mismo que había recorrido cuando le habían puesto las amígdalas. Tuvo un poco de miedo, pero lo soportó calladamente.

Iban, en efecto, al hospital. En la oscuridad del salón de entrada, no se miraron. El padre de Sullivan permaneció con el bombín entre las manos mientras hablaba con un médico, y Sullivan pasó mecánicamente junto a él y entró por un pasillo.

¿A dónde iba por ese lugar oscuro y desagradable, de áspero olor a éter y aldehído fórmico, de enfermeras de rostro torvo que pasaban con bandejas, haciendo resonar los tacones? A ambos lados desfilaban puertas cerradas.

Una angustia inexplicable le apretaba la garganta, y Sullivan se detuvo y se giró; estaba frente a una puerta semejante a las demás. Pero ésta estaba a punto de abrirse.

El picaporte giró; Sullivan no podía soportarlo. Quería correr, pero se sentía clavado al suelo. ¿Qué era, por Dios, qué era? La puerta se abrió, y adentro, en la cama...

Una mujer canosa, que abrió los fatigados ojos e intentó sonreírle.

Sullivan sintió que un doloroso éxtasis le inflamaba el pecho. Por fin comprendía; comprendía todo.

- Mamá - dijo.

## **Philip K. Dick - SUSPENSIÓN DEFECTUOSA**

Después del despegue la nave hizo un chequeo de rutina de la condición de las sesenta personas que dormían en los tanques criónicos. Descubrió una disfunción en la persona nueve. El EEG revelaba actividad cerebral.

Diablos, se dijo la nave.

Complejos mecanismos homeostáticos Interceptaron los circuitos, y la nave entró en contacto con la persona nueve.

- Estás ligeramente despierto - dijo la nave, utilizando la ruta psicotrónica; no tenía caso devolver la plenitud de sus facultades a la persona nueve. A fin de cuentas, el vuelo duraría un decenio.

Virtualmente inconsciente pero por desgracia aún capaz de pensar, la persona nueve pensó: «Alguien me habla.»

- ¿Dónde estoy? - dijo -. No veo nada.

- Estás en suspensión criónica defectuosa.

- Entonces no debería poder oírte - dijo la persona nueve.

- Defectuosa, dije. Ese es el problema; puedes oírme. ¿Sabes tu nombre?

- Victor Kemmings. Sácame de aquí.

- Estamos en vuelo.

- Entonces ponme de nuevo a dormir.

- Un momento. - La nave examinó los mecanismos criónicos; escudriñó e investigó, luego dijo: - Lo intentaré.

Pasó el tiempo. Victor Kemmings, sin poder ver nada, sin sentir el cuerpo, se descubrió aún consciente.

- Baja mi temperatura - dijo. No oyó su voz; tal vez sólo imaginaba que hablaba. Los colores se le acercaban flotando y luego se lanzaban sobre él. Le gustaban los colores; le recordaban esas cajas de pinturas para niños, la especie semianimada, una forma de vida artificial. Las había usado en la escuela doscientos años atrás.

- No puedo dormirte - dijo la voz de la nave dentro de la cabeza de Kemmings -. La disfunción es demasiado compleja; no puedo corregirla ni repararla. Estarás conciente durante diez años.

Los colores semianimados se lanzaron hacia él, pero ahora tenían un aura siniestra, proyectada por su propio miedo.

- Dios mío - dijo. - ¡Diez años! - Los colores se oscurecieron.

Mientras Victor Kemmings yacía paralizado, rodeado por lúgubres fluctuaciones de luz, la nave le explicó su estrategia. Esta estrategia no implicaba una decisión de su parte; la nave había sido programada para buscar esta solución si se presentaba una disfunción de este tipo.

- Lo que haré - dijo la voz de la nave - es transmitirte estímulos sensoriales. Para ti el peligro es la privación sensorial. Si estás conciente diez años sin datos sensoriales, tu mente se deteriorará. Cuando llegemos al sistema LR4 serás un vegetal.

- Bien, ¿qué te propones transmitirme? - dijo Kemmings, aterrado -. ¿Qué tienes en tus bancos de información? ¿Todos los teatros del último siglo? Despiértame y daré un paseo.

- Dentro de mí no hay aire - dijo la nave -. Nada para comer. Nadie con quien hablar, pues todos los demás están dormidos.

- Puedo hablar contigo - dijo Kemmings - Podemos jugar al ajedrez.



- No durante diez años. Escúchame, te digo que no tengo comida ni aire. Debes quedarte como estás... una mala solución, pero no nos queda otro remedio. Ahora estás hablando conmigo. No tengo almacenada ninguna información especial. Así se procede en estas situaciones: te transmitiré tus propios recuerdos sepultados, enfatizando los agradables. Posees doscientos seis años de recuerdos y la mayor parte se ha hundido en tu inconsciente. Esta será una espléndida fuente de datos sensoriales. No te desanimes. Esta situación tuya no es inédita. Nunca ha sucedido antes dentro de mí, pero estoy programada para enfrentarla. Relájate y confía en mí. Veré de que tengas un mundo.

- Debieron haberme avisado - dijo Kemmings - antes que yo accediera a emigrar.

- Relájate - dijo la nave.

Se relajó, pero tenía un miedo espantoso. Teóricamente debería haberse dormido, quedar en suspensión criónica, para despertar un momento más tarde en la estrella de destino; o mejor dicho el planeta, el planeta colonia de esa estrella. Todos los demás a bordo de la nave estaban sin conocimiento; él era la excepción, como si un mal karma lo hubiera atacado por razones oscuras. Para colmo, tenía que depender totalmente de la buena voluntad de la nave. ¿Y si optaba por transmitirle monstruos? La nave podía aterrorizarlo durante diez años. Diez años objetivos, sin duda más desde un punto de vista subjetivo. Estaba, en efecto, totalmente a merced de la nave. ¿Las naves interestelares gozaban con estas situaciones? Sabía poco sobre naves interestelares; su especialidad era la microbiología. Déjame pensar, se dijo a sí mismo. Mi primera esposa, Martine; la encantadora muchachita francesa que usaba jeans y una camisa roja abierta hasta la cintura y cocinaba deliciosas crêpes.

- Oigo - dijo la nave -. Sea.

La cascada de colores se resolvió en formas coherentes y estables. Un edificio: una vieja casita de madera amarilla que él había tenido a los diecinueve años, en Wyoming.

- Espera - dijo aterrado -. Los cimientos eran malos; estaba construida sobre una capa de fango. Y el techo tenía goteras. - Pero vio la cocina, y la mesa que había fabricado él mismo. Y se sintió satisfecho.

- Al cabo de un rato - dijo la nave - ni sabrás que estoy transmitiéndote tus propios recuerdos sepultos.

- Hace un siglo que no pienso en esa casa - dijo él, perplejo; cautivado, reconoció su vieja cafetera eléctrica con la caja de filtros de papel al lado. Ésta es la casa donde vivíamos Martine y yo, advirtió -. ¡Martine! - dijo en voz alta.

- Estoy atendiendo una llamada - dijo Martine desde el living.

- Intervendré sólo en caso de emergencia - dijo la nave -. Pero te estaré monitorizando para cerciorarme de que tu estado es satisfactorio. No temas.

- Apaga el segundo quemador de la cocina - dijo Martine. La oía pero no la veía. Salió de la cocina, cruzó el comedor y entró en el living. Martine estaba absorta en una conversación por videófono con el hermano; tenía shorts y estaba descalza. A través de las ventanas del frente del living, Kemmings vio la calle; un vehículo comercial trataba de estacionar, en vano.

Era un día caluroso, pensó. Debería encender el aire acondicionado.

Se sentó en el viejo sofá mientras Martine continuaba su conversación videofónica, y se encontró mirando su posesión más preciada, un póster enmarcado en la pared encima de Martine: Freddy el Gordo, dice, el dibujo de Gilbert Shelton donde Freddy el Raro está sentado con el gato en el regazo y Freddy el Gordo está tratando de decir «La velocidad mata», pero está tan atrapado por la velocidad - en la mano tiene toda clase de tabletas, píldoras, y cápsulas de anfetaminas - que no puede decirlo, y el gato aprieta los dientes y tuerce el hocico con una mezcla de consternación y repulsión. El póster está firmado por Gilbert Shelton en persona; el mejor amigo de Kemmings, Ray Torrance, se lo dio a él y a

Martine como regalo de bodas. Vale miles de dólares. Fue firmado por el artista en la década de 1980. Mucho antes que nacieran Victor Kemmings y Martine.

Si alguna vez nos quedamos sin dinero, pensó Kemmings, podríamos vender el póster. No era un póster; era el póster. Martine lo adoraba. Los Fabulosos y Peludos Hermanos Monstruo, de la edad de oro de una sociedad del pasado. Con razón amaba tanto a Martine; ella misma irradiaba amor, amaba las bellezas del mundo, y las atesoraba y cuidaba tal como lo atesoraba y cuidaba a él; era un amor protector que alimentaba pero no ahogaba. La idea de enmarcar el póster había sido de ella; él lo habría clavado en la pared con tachuelas, tan estúpido era.

- Hola - dijo Martine, apagando el videófono -. ¿Qué estás, pensando?

- Sólo que tú infundes vida a lo que amas - dijo él.

- Creo que eso es lo que hay que hacer - dijo Martine -. ¿Estás listo para cenar? Descorcha un vino tinto, un cabernet.

- ¿Un '07 te parece bien? - dijo él levantándose; tuvo ganas de abrazar a su esposa y estrecharla.

- Un '07 o un '12. - Ella pasó a su lado, entró en el comedor y fue a la cocina.

Al bajar al sótano, se puso a buscar entre las botellas, que desde luego estaban acostadas. Aire mohoso y humedad; le gustaba el olor de la bodega, pero entonces vio los listones de pino medio hundidos en la tierra y pensó: Sé que debo poner una capa de cemento. Se olvidó del vino y caminó hasta un rincón, donde había más acumulación de tierra; se agachó y tanteó un listón. Lo tanteó con una paleta y luego pensó: ¿De dónde saqué esta paleta? Hace un minuto no la tenía. El listón se desmigajó contra la paleta. Esta casa se está desmoronando, comprendió. Por Dios, será mejor que le avise a Martine.

Olvidó el vino y volvió arriba para decirle a Martine que los cimientos de la casa estaban en pésimo estado; pero Martine no aparecía por ninguna parte. Y no había nada en el fuego, ni cacerolas, ni sartenes. Desconcertado, apoyó la mano en la cocina y la encontró fría. Pero si ella estaba cocinando, pensó.

- ¡Martine! - gritó.

No hubo respuesta. Excepto por él mismo, la casa estaba vacía. Vacía, pensó, y derrumbándose. Oh, Dios. Se sentó a la mesa de la cocina y sintió que la silla cedía ligeramente debajo de él; no cedía mucho, pero lo sentía, sentía la flojedad.

Tengo miedo, pensó. ¿Adónde fue ella?

Volvió al living. Tal vez fue a la casa vecina para pedir algún condimento o manteca o algo, razonó. No obstante, el pánico lo dominaba.

Miró el póster. No estaba enmarcado. Y los bordes estaban rasgados.

Sé que ella lo enmarcó, pensó; cruzó la habitación en dos zancadas, para examinarlo de cerca. Esfumado... la firma del artista se había esfumado; apenas podía distinguirla. Ella había insistido en enmarcarlo y protegerlo con un vidrio que no brillara ni reflejara. ¡Pero no está enmarcado y está rasgado! ¡Nuestra posesión más valiosa!

De golpe, se encontró llorando. Lo asombraban, esas lágrimas. Martine se fue; el póster está deteriorado; la casa se está desmoronando; no hay comida en la cocina. Esto es terrible, pensó. Y no lo entiendo.

La nave lo entendía. La nave había estado monitorizando cuidadosamente las ondas cerebrales de Victor Kemmings, y la nave sabía que algo andaba mal. Las formas de las ondas, mostraban agitación y dolor. Debo sacarlo de este circuito de alimentación o lo mataré, decidió la nave. ¿Dónde está la falla? Preocupación latente en el hombre; ansiedades subyacentes. Tal vez si intensifico la señal. Usaré la misma fuente pero subiré la carga. Lo que ha sucedido es que inseguridades subliminales masivas han tomado posesión de él; la culpa no es mía sino que reside, en cambio, en su configuración psicológica.

Probaré suerte con un período más temprano de su vida, decidió la nave. Antes que las ansiedades neuróticas se asentarán.

En el patio del fondo, Victor estudiaba una abeja atrapada en una telaraña. La araña envolvía la abeja con sumo cuidado. Eso está mal, pensó Victor. Pondré la abeja en libertad. Alzó el brazo y tomó la abeja encapsulada, la sacó de la telaraña y, escrutándola atentamente, empezó a desenvolverla.

La abeja lo picó; sintió como una pequeña llamarada.

¿Por qué me picó?, se preguntó. Yo la estaba liberando.

Entró en la casa para contarle a su madre, pero ella no lo escuchó; estaba mirando televisión. Le dolía el dedo donde lo había picado la abeja, pero lo más importante era que no entendía por qué la abeja había picado a su salvador. No volveré a hacer eso, se dijo.

- Ponte un poco de desinfectante - le dijo al fin su madre, arrancada de su trance televisivo.

Él se había puesto a llorar. Era injusto. No tenía sentido. Estaba perplejo y consternado y sentía odio por las criaturas pequeñas, porque eran tontas. No tenían el menor discernimiento.

Salió de la casa, jugó un rato en los columpios, el tobogán, el arenero, y luego entró en el garaje, porque oyó un ruido extraño, un paleteo o zumbido como de ventilador. Dentro del garaje penumbroso encontró un pájaro que aleteaba contra la ventana de atrás, protegida con tejido de alambre, tratando de salir. Debajo, Dorky, la gata, brincaba y brincaba tratando de cazar el pájaro.

Levantó la gata; la gata extendió el cuerpo y las patas delanteras, abrió las fauces e hincó los dientes en el pájaro. Inmediatamente la gata saltó al suelo y echó a correr con el pájaro que aún aleteaba.

Victor volvió a la casa corriendo.

- ¡Dorky cazó un pájaro! - le dijo a su madre.

- Esa maldita gata. - La madre tomó la escoba del armario de la cocina y corrió afuera, tratando de encontrar a Dorky. La gata se había escondido bajo la zarza; allí no podía alcanzarla con la escoba. - Me libraré de esa gata - dijo la madre.

Victor no le contó que la gata había cazado el pájaro porque él la había ayudado: observó en silencio mientras su madre trataba una y otra vez de echar a Dorky de su escondrijo; Dorky estaba masticando el pájaro; oía crujir los huesos, huesos pequeños. Tenía la extraña sensación de que debía contar a su madre lo que había hecho, pero si le contaba ella lo castigaría. No volveré a hacer eso, se dijo. Notó que la cara se le había puesto roja. ¿Y si su madre se daba cuenta? ¿Y si tenía un modo secreto de enterarse? Dorky no podía contarle, y el pájaro estaba muerto. Nadie lo sabría nunca. Estaba a salvo.

Pero se sentía mal. Esa noche no pudo probar bocado. Sus padres lo notaron. Pensaron que estaba enfermo; le tomaron la temperatura. Él no dijo nada sobre lo que había hecho. Su madre contó a su padre lo de Dorky y decidieron librarse de Dorky. Sentado a la mesa, escuchando, Victor se puso a llorar.

- De acuerdo - dijo suavemente el padre -. No nos libraremos de ella. Es natural que una gata cace un pájaro.

El día siguiente él estaba jugando en el arenero. Algunas plantas brotaban de la arena. Las arrancó. Más tarde, su madre le dijo que había sido una mala acción.

Solo en el fondo, en su arenero, jugaba con un balde de agua, formando un pequeño montículo de arena mojada. El cielo, antes despejado y claro, se encapotó gradualmente. Una sombra pasó sobre él y él miró hacia arriba.

Intuía una presencia a su alrededor, algo vasto y capaz de pensar.

Eres responsable de la muerte del pájaro, pensó la presencia; él podía entenderle los pensamientos.

- Lo sé - dijo. Entonces quiso morir. Poder reemplazar el pájaro y morir por él, dejándolo donde había estado, aleteando contra la ventana del garaje.

El pájaro quería volar y comer y vivir, pensó la presencia.

- Sí - dijo él desconsolado.

Nunca hagas eso de nuevo le dijo la presencia.

- Lo siento - dijo él, y lloró.

Esta es una persona muy neurótica, advirtió la nave. Me cuesta muchísimo encontrar recuerdos felices. Hay demasiado miedo en él, y demasiada culpa. Lo ha sepultado todo, pero todavía está allí, royéndolo como un perro roe un trapo. ¿En qué zona de su memoria podré hurgar para entretenerlo? Tengo que encontrar recuerdos para diez años, o su mente se perderá.

Tal vez, pensó la nave, mi error consiste en hacer mi propia selección; debería permitirle elegir sus propios recuerdos. Sin embargo, comprendió la nave, esto permitirá que entre en juego un elemento de fantasía. Y normalmente eso no es bueno. Aun así...

Volveré a probar suerte con el segmento relacionado con su primer matrimonio, decidió la nave. Él amaba de veras a Martine. Quizá esta vez, si mantengo la intensidad de los recuerdos en un nivel más elevado, pueda anularse el factor entrópico. Lo que sucedió fue un sutil enviciamiento del mundo recordado, un deterioro estructural. Trataré de compensarlo. Sea.

- ¿Crees que Gilbert Shelton de veras firmó esto? - dijo Martine, pensativa. Estaba delante del póster, cruzada de brazos; se hamacaba ligeramente sobre los talones, como buscando una perspectiva mejor para el dibujo de colores brillantes que colgaba de la pared del living -. Es decir, pudo ser una falsificación. Realizada por algún intermediario. En vida de Shelton, o después.

- El certificado de autenticidad - le recordó Victor Kemmings.

- ¡Oh, de acuerdo! - Ella sonrió cálidamente. - Ray nos dio el certificado correspondiente. Pero supón que el certificado fuera falso. Lo que necesitamos es otro documento certificando que el primero es auténtico. - Riendo, se alejó del póster.

- En última instancia - dijo Kemmings -, necesitaríamos a Gilbert Shelton para que testificara personalmente que él lo firmó.

- Tal vez no lo sabría. Está esa anécdota del hombre que le llevó a Picasso un cuadro de Picasso para preguntarle si era auténtico, y Picasso inmediatamente lo firmó y dijo: «Ahora es auténtico.» - Ella rodeó a Kemmings con el brazo y, poniéndose en puntas de pie, le besó la mejilla. - Es genuino. Ray no nos habría regalado una falsificación. Él es la máxima autoridad en arte de la contracultura del siglo veinte. ¿Sabes que tiene una onza de marihuana auténtica? Está preservada bajo...

- Ray está muerto... - dijo Victor.

- ¿Qué? - Ella lo miró atónita. - ¿Quieres decir que algo le pasó desde la última vez que...?

- Murió hace dos años - dijo Kemmings - Yo fui el responsable. Yo conducía el auto. No fui citado por la policía, pero fue por mi culpa.

- ¡Ray vive en Marte! - Ella le clavó los ojos.

- Sé que yo fui el responsable. Nunca te lo conté. Nunca lo conté a nadie. Lo lamento. No lo hice a propósito. Lo vi aleteando contra la ventana, y Dorky trataba de cazarlo, y alcé a Dorky, y no sé por qué, pero Dorky lo agarró...

- Siéntate, Victor. - Martine lo llevó al mullido sillón y lo obligó a sentarse. - Algo está mal - dijo.

- Lo sé - dijo él -. Algo terrible está mal. Soy responsable de la extinción de una vida, una vida preciosa que jamás podrá reemplazarse. Lo lamento. Ojalá pudiera remediarlo, pero no puedo.

- Llama a Ray - dijo Martine después de una pausa.

- La gata... - dijo él.

- ¿Qué gata?

- Allí está. - Victor señaló. - En el póster. En el regazo de Freddy el Gordo. Esa es Dorky. Dorky mató a Ray.

Silencio.

- Me lo dijo la presencia - dijo Kemmings. - La presencia era Dios. No lo advertí en el momento, pero Dios me vio cometer ese delito. Ese asesinato. Y Él nunca me perdonará.

Su mujer lo miró desconcertada.

- Dios ve todo lo que haces - dijo Kemmings -. Ve hasta la caída de un gorrión. Sólo que en este caso no se cayó; lo atraparon. Lo atraparon en el aire y lo despanzurraron. Dios está desmoronando esta casa que es mi cuerpo, para castigarme por lo que hice. Debimos hacer inspeccionar la casa por un contratista antes de comprarla. Se está cayendo en pedazos. En un año no quedará nada de ella. ¿No me crees?

- Yo... - tartamudeó Martine.

- Observa. - Kemmings alzó la mano hacia el cielorraso. Se puso de pie. La alzó de nuevo. No llegaba al cielorraso. Caminó hasta la pared y luego, al cabo de una pausa, atravesó la pared con la mano.

Martine gritó.

La nave interrumpió al instante el rastreo de recuerdos. Pero el daño estaba hecho.

Él ha integrado sus miedos y culpas infantiles en una red intrincada, se dijo la nave. No tengo manera de brindarle un recuerdo agradable, porque inmediatamente lo contamina. Por grata que haya sido en sí misma la experiencia original. Esta es una situación grave, decidió la nave. El hombre ya está revelando síntomas de psicosis.

Y el viaje apenas ha empezado; le quedan años de espera.

Después de darse tiempo para analizar la situación, la nave decidió comunicarse nuevamente con Victor Kemmings.

- Kemmings - dijo la nave.

- Lo siento - dijo Kemmings -. No era mi intención arruinar esos rastreos. Hiciste un buen trabajo, pero yo...

- Aguarda un momento - dijo la nave -. No estoy equipada para hacer una reconstrucción psíquica de tu persona; soy un simple mecanismo, es todo. ¿Qué quieres? ¿Dónde quieres estar y qué quieres estar haciendo?

- Quiero llegar a destino - dijo Kemmings -. Quiero que este viaje termine.

Ah, pensó la nave. Esa es la solución.

Uno por uno, los sistemas criónicos se apagaron. Una por una, las personas volvieron a la vida, entre ellas Victor Kemmings. Lo más asombroso era no haber sentido el paso del tiempo. Había entrado en la cámara, se había acostado, había sentido que la membrana lo cubría y la temperatura empezaba a bajar...

Y ahora estaba en la plataforma externa de la nave, la plataforma de descenso, contemplando un verde paisaje planetario. Esto, comprendió, es LR4-seis, la colonia adonde he venido para iniciar una nueva vida.

- Tiene buen aspecto - dijo a su lado una mujer corpulenta.

- Sí - dijo él, y sintió que la novedad del paisaje lo abrumaba, la promesa de un comienzo. Algo mejor de lo que había conocido en doscientos años. Soy una persona nueva en un mundo nuevo, pensó. Y se sintió satisfecho.

Los colores se precipitaban sobre él como los de esas pinturas infantiles semianimadas. Fuegos de San Telmo, comprendió. Eso es; hay mucha ionización en la atmósfera de este planeta. Un espectáculo de luces gratuito, como en el siglo veinte.

- Señor Kemmings - dijo una voz. Un hombre de edad se había acercado para hablarle -. ¿Usted soñó?

- ¿Durante la suspensión? - dijo Kemmings -. No, que yo recuerde no.

- Yo creo que soñé - dijo el hombre de edad -. ¿Me toma el brazo para bajar por la rampa? Me siento inestable. El aire parece poco denso. ¿Para usted no es poco denso?

- No tenga miedo - le dijo Kemmings. Tomó el brazo del hombre de edad -. Le ayudaré a bajar por la rampa. Mire, allí viene un guía. Él se encargará de nuestros trámites; forma parte del trato. Nos llevarán a un hotel y nos darán habitaciones de primera. Lea el folleto. - Le sonrió al turbado hombre de edad para tranquilizarlo.

- Cualquiera pensaría que uno tendría los músculos fofos después de diez años de suspensión - dijo el hombre de edad.

- Es como congelar guisantes - dijo Kemmings. Aferrando al tímido hombre de edad, bajó por la rampa hasta el suelo -. Se los puede conservar una eternidad si se los enfría lo suficiente.

- Me llamo Shelton - dijo el hombre de edad.

- ¿Qué? - dijo Kemmings, deteniéndose. Sintió un cosquilleo raro en todo el cuerpo.

- Don Shelton. - El hombre de edad le tendió la mano; caviloso, Kemmings la aceptó, se saludaron. - ¿Qué le pasa, señor Kemmings? ¿Se siente bien?

- Claro - dijo él -. Estoy bien. Pero tengo hambre. Me gustaría comer algo. Me gustaría llegar al hotel para darme una ducha y cambiarme. - Se preguntó dónde estaría el equipaje. Quizá la nave tardara una hora en descargarlo. La nave no era demasiado inteligente.

- ¿Sabe qué traje conmigo? - dijo el señor Shelton en un tono íntimo y confidencial -. Una botella de bourbon Wild Turkey. El mejor bourbon de la Tierra. En el hotel la llevaré a su cuarto y la beberemos juntos. - Codeó a Kemmings.

- No bebo - dijo Kemmings -. Sólo vino. - Se preguntó si habría buenos vinos en esa colonia distante. Ya no es distante, reflexionó. Ahora la Tierra es distante. Debí hacer como el señor Shelton y traerme unas botellas.

Shelton. ¿Qué le recordaba ese nombre? Algo del pasado lejano, de su juventud. Algo precioso, algo relacionado con un buen vino y una muchacha dulce y bonita que preparaba crêpes en una cocina anticuada. Recuerdos punzantes; recuerdos que dolían.

Pronto estuvo junto a la cama en su cuarto de hotel, frente a la maleta abierta; había empezado a colgar la ropa. En el rincón del cuarto, un holograma de TV mostraba a un relator de noticias; lo ignoró, pero lo dejó encendido porque le agradaba oír una voz humana.

¿Tuve algún sueño?, se preguntó. ¿En estos diez años?

Le dolía la mano. La miró y descubrió una cuña roja, como si lo hubieran picado. Me picó una abeja, advirtió. Pero ¿cuándo? ¿Cómo? ¿Mientras estaba en suspensión criónica? Imposible. Sin embargo veía la cuña y sentía el dolor. Será mejor que me ponga algo allí, advirtió. Indudablemente habrá un médico robot en el hotel; es un hotel de primera.

Cuando el médico robot llegó y se puso a curar la picadura de abeja, Kemmings dijo:

- Recibí esta picadura como castigo por matar el pájaro.

- ¿De veras? - dijo el médico robot.

- Todo lo que alguna vez significó algo para mí me ha sido arrebatado - dijo Kemmings -. y Martine, el póster... mi vieja casita con la bodega. Lo teníamos todo y ahora se hizo humo. Martine me abandonó a causa del pájaro.

- El pájaro que usted mató - dijo el médico robot.

- Dios me castigó. Me quitó todo lo que era valioso para mí a causa de mi pecado. No fue un pecado de Dorky; fue un pecado mío.

- Pero usted era sólo un niño - dijo el médico robot.

- ¿Cómo lo supo usted? - dijo Kemmings. Retiró la mano que le aferraba el médico robot -. Algo está mal. Usted no debería saber eso.

- Me lo contó su madre - dijo el médico robot.

- ¡Mi madre no lo sabía!

- Ella lo descubrió - dijo el médico robot -. No había modo de que la gata alcanzara el pájaro sin la ayuda de usted.

- De modo que ella lo supo todo el tiempo, mientras yo crecía. Pero nunca dijo nada.

- Olvídelo - dijo el médico robot.

- Creo que usted no existe - dijo Kemmings -. Es imposible que usted sepa estas cosas. Yo aún estoy en suspensión criónica y la nave aún me está transmitiendo mis propios recuerdos sepultados. Para que no me vuelva psicótico a causa de la privación sensorial.

- Usted no podría tener un recuerdo del final del viaje.

- Expresión de deseos, entonces. Es lo mismo. Se lo demostraré. ¿Tiene un destornillador?

- ¿Por qué?

- Quitaré el panel trasero del televisor y usted verá - dijo Kemmings -. No hay nada adentro de ese aparato: ni componentes, ni partes, ni chasis... nada.

- No tengo un destornillador.

- Una navaja, entonces. Veo una en el maletín del equipo quirúrgico. - Kemmings se agachó y tomó un pequeño escalpelo. - Esto servirá. Si se lo demuestro, ¿usted me creerá?

- Si no hay nada en el gabinete del televisor...

Kemmings se acuclilló y quitó los tornillos que sostenían el panel trasero del televisor. El panel quedó suelto y él lo depositó en el suelo.

No había nada adentro del gabinete. Y sin embargo el holograma de color seguía llenando una parte del cuarto de hotel y la voz del relator brotaba de la imagen tridimensional.

- Admita que usted es la nave - le dijo Kemmings al médico robot.

- Oh, cielos - dijo el médico robot.

Oh, cielos, se dijo la nave. Y tengo casi diez años por delante con esta situación. Contamina sin remedio sus experiencias con su culpa infantil; imagina que su esposa lo abandonó porque cuando él tenía cuatro años ayudó a una gata a atrapar un pájaro. La única solución sería que Martine volviera a él. Pero ¿cómo lograré eso? Quizás ella ha muerto. Por otra parte, reflexionó la nave, quizás ella aún vive. Tal vez pueda inducirla a hacer algo para salvar la cordura de su ex esposo. La gente en general tiene rasgos muy positivos. Y de aquí a diez años, costará mucho salvarle, o mejor dicho restaurarle la cordura; hará falta una medida drástica, algo que yo no puedo hacer sola.

Entretanto, no podía hacer nada salvo reciclar la imaginaria llegada a destino. Escenificaré el arribo, decidió la nave, luego le limpiaré la memoria y lo escenificaré de nuevo. El único aspecto positivo de esto, reflexionó, es que me dará algo que hacer, algo que me ayudará a preservar mi cordura.

Tendido en suspensión criónica - suspensión criónica defectuosa -, Victor Kemmings imaginó una vez más que la nave descendía y que él recobraba la conciencia.

- ¿Usted soñó? - le preguntó una mujer corpulenta cuando el grupo de pasajeros se reunió en la plataforma exterior -. Yo tengo la impresión de que soñé. Escenas tempranas de mi vida... de hace más de un siglo.

- Yo no recuerdo ningún sueño - dijo Kemmings. Estaba ansioso de llegar al hotel; una ducha y un cambio de ropa obrarían milagros en su estado anímico. Estaba un poco deprimido y no sabía por qué.

- Allí viene nuestro guía - dijo una mujer de edad -. Nos llevarán hasta el hotel.

- Está en el trato - dijo Kemmings. La depresión persistía. Los otros parecían tan eufóricos, tan llenos de vida, pero él sólo sentía una fatiga, un aplastamiento, Como si la gravedad de esta colonia planetaria fuera excesiva para él. Tal vez sea eso, se dijo. Pero de acuerdo con el folleto la gravedad de aquí era igual a la terrestre; ése era uno de los atractivos.

Intrigado, bajó lentamente por la rampa, paso a paso, aferrándose de la barandilla. De cualquier modo no merezco una nueva oportunidad en la vida, comprendió. Sólo me muevo mecánicamente... no soy como estas personas. Algo no funciona en mí; no puedo recordar qué, pero está allí. Una amarga sensación de dolor. De falta de dignidad.

Un insecto se posó en el dorso de la mano derecha de Kemmings, un insecto viejo, cansado de volar. Él se detuvo en seco, observó cómo se le arrastraba por los nudillos. Podría aplastarlo, pensó. Es tan obviamente débil; de cualquier modo no vivirá mucho tiempo.

Lo aplastó y sintió un horror intenso. ¿Qué hice?, se preguntó. Acabo de llegar aquí y ya destruí una pequeña vida. ¿Este es mi nuevo comienzo?

Se volvió y miró la nave. Tal vez debería regresar, pensó. Decirles que me congelen para siempre. Soy un hombre de culpa, un hombre que destruye. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Y en sus circuitos sentientes, la nave interestelar gimió.

Durante los diez largos años del viaje al sistema LR4, la nave tuvo mucho tiempo para localizar a Martine Kemmings. Le explicó la situación. Ella había emigrado a una vasta cúpula orbital en el sistema de Sirio, no había quedado conforme y estaba en viaje de regreso a la Tierra. Despertada de la suspensión criónica, escuchó atentamente y luego accedió a estar en la colonia de LR4 cuando llegara el ex esposo, siempre que fuera posible.

Afortunadamente, era posible.

- No creo que él me reconozca - le dijo Martine a la nave -. Me he dejado envejecer. En realidad no apruebo la detención total del proceso de envejecimiento.

Él tendrá suerte si reconoce alguna cosa, pensó la nave.

En el puerto espacial intersistemático de la colonia de LR4, Martine estaba esperando a que los pasajeros de la nave se presentaran en la plataforma exterior. Se preguntó si reconocería al ex esposo. Tenía un poco de miedo, pero se alegraba de haber llegado a LR4 a tiempo. Había faltado poco. Una semana más y la nave de él habría llegado antes que la de ella. La suerte me favorece, se dijo, y escudriñó la nave interestelar que acababa de descender.

Apareció gente en la plataforma. Martine lo vio. Victor había cambiado muy poco.

Mientras él bajaba la rampa, aferrando la barandilla como cansado o dubitativo, se le acercó, hundiendo las manos en los bolsillos del abrigo; se sentía tímida, y cuando le habló apenas pudo oírse la voz.

- Hola, Victor - atinó a decir.

El se detuvo, la miró.

- A usted la conozco - dijo.



- Soy Martine - dijo ella.  
Victor extendió la mano y dijo, sonriendo:  
- ¿Te enteraste de los problemas que hubo en el viaje?  
- La nave se comunicó conmigo. - Ella le tomó la mano y se la sostuvo. - Qué tortura.  
- Sí - dijo él -. Reviviendo recuerdos eternamente. ¿Alguna vez te conté sobre esa abeja que traté de liberar de una telaraña cuando tenía cuatro años? La muy idiota me picó. - Se inclinó para besarla. - Me alegra verte - dijo.  
- ¿La nave te...?  
- Me dijo que trataría de que tú estuvieras aquí. Pero no era seguro que llegaras a tiempo.  
Mientras caminaban hacia el edificio terminal, Martine dijo:  
- Tuve suerte. Conseguí traspasar a un vehículo militar, una nave de alta velocidad que vino disparada como un bólido. Un sistema de propulsión totalmente nuevo.  
- He pasado más tiempo en mi propio inconsciente que cualquier otro humano de la historia - dijo Victor Kemmings -. Peor que el psicoanálisis de principios del siglo veinte. Y el mismo material una y otra vez. ¿Sabías que yo tenía miedo de mi madre?  
- Yo tenía miedo de tu madre - dijo Martine. Se detuvieron ante la recepción de equipajes, esperando la llegada de las maletas -. Este parece un planeta realmente bonito. Mucho mejor que donde estaba yo... No he sido feliz.  
- De modo que tal vez sí existe un plan cósmico - dijo él, sonriendo -. Luces magnífica.  
- Estoy vieja.  
- La ciencia médica.  
- Fue decisión mía. Me gusta la gente de edad. - Ella lo escrutó. La disfunción criónica lo ha afectado bastante, se dijo. Se le nota en los ojos. Están como rotos. Ojos rotos. Triturados en trozos de fatiga y... derrota. Como si los recuerdos sepultados de la infancia hubieran aflorado para destruirlo. Pero ha terminado, pensó. Y yo pude llegar a tiempo.  
En el bar del edificio terminal, se sentaron a beber una copa.  
- Ese viejo me convenció de probar el Wild Turkey - dijo Victor -. Es un bourbon asombroso. Él dice que es el mejor de la Tierra. Trajo una botella de... - la voz murió en un silencio.  
- Uno de tus compañeros de viaje - concluyó Martine.  
- Supongo - dijo él.  
- Bien, puedes dejar de pensar en los pájaros y las abejas - dijo Martine.  
- ¿Sexo? - dijo él, y rió.  
- Una picadura de abeja; ayudar a una gata a cazar un pájaro. Eso pertenece al pasado.  
- Esa gata - dijo Victor - murió hace ciento ochenta y dos años. Hice el cálculo mientras nos despertaban a todos de la suspensión. Qué más da. Dorky. Dorky la gata asesina. No como la gata de Freddy el Gordo.  
- Tuve que vender el póster - dijo Martine -. Al fin.  
Victor frunció el ceño.  
- ¿Recuerdas? - dijo ella -. Me lo dejaste cuando nos separamos. Lo cual siempre me pareció muy generoso de tu parte.  
- ¿Cuánto te dieron por él?  
- Mucho. Debería pagarte unos... - Calculó. - Teniendo en cuenta la inflación, debería pagarte unos dos millones de dólares.  
- ¿Te parecería bien - dijo él - que en vez de darme el dinero, mi parte por la venta del póster, te quedaras un tiempo conmigo? ¿Hasta que me acostumbre a este planeta?  
- Sí - dijo ella. Y lo decía en serio. Muy en serio.  
Terminaron de beber y luego, con el equipaje en un vehículo robot, fueron al cuarto del hotel.

- Es un bonito cuarto - dijo Martine, sentada en el borde de la cama -. Y tiene un televisor de hologramas. Enciéndelo.

- No tiene caso encenderlo - dijo Victor Kemmings. Estaba de pie junto al placard abierto, colgando las camisas.

- ¿Por qué no?

- No tiene nada adentro - dijo Victor Kemmings.

Martine se acercó al televisor y lo encendió. Se materializó un partido de hockey, proyectándose dentro del cuarto a todo color, y el bullicio del juego le asaltó los oídos.

- Funciona bien - dijo.

- Lo sé - dijo él -. Puedo probarlo. Si tienes una lima para uñas o algo parecido desatornillaré el panel de atrás y te lo mostraré.

- Pero yo puedo...

- Mira esto. - Interrumpió la tarea de collar la ropa. - Mira cómo atravieso la pared con la mano. - Apoyó la palma de la mano derecha en la pared. - ¿Ves?

La mano no atravesó la pared, porque las manos no atraviesan las paredes; la mano siguió aplastada contra la pared, inmóvil.

- Y los cimientos - dijo - se están pudriendo.

- Ven, siéntate a mi lado - dijo Martine.

- He vivido esta escena con bastante frecuencia como para saberlo - dijo él -. La he vivido una y otra vez. Despierto de la suspensión; bajo la rampa; recojo el equipaje; a veces tomo una copa en el bar y a veces vengo directamente a mi cuarto. Casi siempre enciendo el televisor y luego... - Se acercó a ella y le tendió la mano. - ¿Ves la picadura de abeja?

Ella no le vio ninguna marca en la mano; le tomó la mano y la sostuvo.

- Aquí no hay ninguna picadura de abeja - dijo.

- Y cuando viene el médico robot, le pido prestado un instrumento y quito el panel trasero del televisor. Para demostrarle que no tiene chasis ni componentes. Y después la nave empieza todo de nuevo.

- Víctor - dijo ella -. Mírate la mano.

- Aunque ésta es la primera vez que estás tú - dijo él.

- Siéntate - dijo ella.

- De acuerdo. - Él se sentó en la cama, al lado de ella, pero no demasiado cerca.

- ¿Por qué no te acercas más? - dijo ella.

- Me pone muy triste - dijo él -. Recordarte. Yo te amaba de veras. Ojalá esto fuera real.

- Me quedaré contigo hasta que para ti sea real - dijo Martine.

- Trataré de revivir la parte de la gata - dijo él -, y esta vez no alzaré a la gata y no le dejaré cazar el pájaro. Si hago eso, tal vez mi vida cambie y encuentre la felicidad. La realidad. Mi verdadero error fue separarme de ti. Mira, te atravesaré con la mano. - Le apoyó la mano en el brazo. La presión de los músculos de él era fuerte; ella sintió el peso, la presencia física de él contra ella. - ¿Ves? - dijo él -. Pasa a través de ti.

- Y todo esto - dijo ella - porque mataste un pájaro cuando eras niño.

- No - dijo él -, todo esto porque hubo una falla en el mecanismo regulador de temperatura a bordo de la nave. No he alcanzado la temperatura adecuada. En mis células cerebrales queda calor suficiente para permitir actividad cerebral. - Se incorporó, se despegó, le sonrió. - ¿Vamos a cenar? - preguntó.

- Lo siento - dijo ella -. No tengo hambre.

- Yo sí. Iré a cenar algunos mariscos locales. El folleto dice que son exquisitos. Ven conmigo, de todos modos. Tal vez cuando veas y huelas la comida cambies de parecer.

Martine recogió el abrigo y la cartera, y lo acompañó.

- Este es un hermoso planeta - dijo Victor -. Lo he explorado muchísimas veces. Lo conozco al dedillo. Deberíamos pasar por la farmacia para comprar desinfectante, sin embargo. Para mi mano. Está empezando a hincharse y me duele como el demonio. - Le mostró la mano. - Esta vez duele más que nunca antes.

- ¿Quieres que vuelva a ti? - dijo Martine.

- ¿Hablas en serio?

- Sí - dijo ella -. Me quedaré contigo todo el tiempo que quieras. Tienes razón. Nunca debimos separarnos.

- El póster está rasgado - dijo Victor Kemmings.

- ¿Qué? - dijo ella.

- Debimos haberlo enmarcado - dijo él -. No tuvimos la sensatez de cuidarlo. Ahora está rasgado. Y el artista está muerto.

## **Philip K. Dick - CARGO DE SUPLENTE MÁXIMO**

Con una hora de anticipación a su programa matutino en el canal seis, Jim Briskin, el cotizado payaso de las noticias, se había reunido con sus asistentes de producción para discutir el informe sobre una flotilla desconocida, posiblemente enemiga, detectada a unas ochocientas unidades astronómicas del sol. Se trataba, por cierto, de una noticia sensacional, pero ¿cómo presentarla a varios billones de espectadores distribuidos por tres planetas y siete lunas?

Peggy Jones, su secretaria, encendió un cigarrillo.

- Evita alarmarlos, Jim Jam. Emplea un tono familiar - dijo, y reclinándose hacia atrás barajó diestramente los despachos que la estación comercial había recibido de las teletipos de Unicefálón 40-D.

En la Casa Blanca, en Washington D.C., la unidad automática resolutora de problemas Unicefálón 40-D había detectado la posible existencia de un enemigo exterior. En su capacidad de presidente de los Estados Unidos ordenó de inmediato el despacho de naves de línea para reforzar la vigilancia.

- En tono familiar - repitió Jim Briskin, de mal humor -, lo puedo imaginar; primero sonrió de oreja a oreja y luego les digo: «Hola, camaradas. Por fin ha sucedido lo que todos temíamos. Ja, ja, ja» - y mirando a la chica agregó -. En la Tierra y en Marte se desternillarán de risa, pero en las lunas lejanas temo que no. Si se trata de una operación agresiva las colonias más remotas serán las primeras en ser atacadas.

- No les resultará nada divertido - coincidió Ed Fineberg, asesor de continuidad.

El también estaba preocupado; tenía familiares en Ganímedes.

- ¿No hay alguna noticia más ligera con la que abrir el programa? - preguntó Peggy -. Eso le gustaría a nuestro patrocinante.

Pasó a Briskin la pila de despachos de noticias.

- A ver qué se te ocurre. «Vaca mutante obtiene privilegios de voto de un tribunal de Alabama... » tú sabes, ese tipo de cosas.

- Sí, ya sé - admitió Briskin, empezando a examinar los despachos.

Recordó una de sus narraciones más pintorescas, que había logrado conmover el corazón de millones de espectadores: la del grajo azul mutante que, tras largos esfuerzos y angustias había aprendido a coser. Una mañana de abril en Bismark, Dakota del Norte, había logrado coser a la perfección un nido para él y su progenie frente a las cámaras de televisión de la red que contrataba a Briskin.

Un informe se destacó de pronto entre los otros. Su instinto se lo señaló, indicándole de inmediato que era lo que necesitaba para aligerar el tono de mal agüero de las últimas noticias. No tardó en sentirse aliviado. Los mundos continuaban con la rutina de costumbre a pesar de la gran noticia que estallaba a ochocientas unidades astronómicas de distancia.

- Miren - dijo sonriendo -; ha muerto el viejo Gus Schatz; era hora.

- ¿Quién es Gus Schatz? - preguntó Peggy perpleja -. El nombre me resulta familiar.

- El sindicalista - dijo Jim Briskin - ¿Recuerdas? ¡El suplente!, ese que siempre está listo para reemplazar al presidente. Hace veintiún años que el sindicato lo envió a Washington. Ha muerto y el sindicato... - arrojó a la secretaria un comunicado claro y conciso -...envía ahora otro suplente para tomar el puesto de Schatz. Me gustaría entrevistarle, siempre y cuando sepa hablar.

- Es cierto - dijo Peggy -; siempre lo olvido. Todavía hay un reemplazante humano por si falla Unicefálón. ¿Alguna vez ha fallado?

- No, y nunca sucederá - contestó Ed Fineberg -. Ese es otro ejemplo de parasitismo sindical que infecta a nuestra sociedad.

- Así y todo - aventuró Jim Briskin - a la gente le gustará. La vida íntima del máximo suplente del país; por qué eligió el sindicato, qué pasatiempos prefiere, qué piensa hacer este hombre, sea quien sea, para no morir de aburrimiento durante el tiempo que dure su cargo. El viejo Gus había aprendido encuadernación; coleccionaba viejas revistas de automóviles y las encuadernaba en vitela, con títulos grabados en oro.

Tanto Ed como Peggy hicieron una señal de asentimiento.

- Me parece bien - dijo Peggy, dándole ánimo -. Debes hacerlo, Jim Jam. Sé que eres capaz de darle interés; tú puedes transformar el tema más tonto en algo interesante. Pediré una llamada a la Casa Blanca. ¿Habrà llegado el tipo nuevo?

- Es probable que aún se encuentre en Chicago, en la oficina central del sindicato - dijo Ed -. Pide una línea; prueba con el Sindicato de Empleados Civiles del Gobierno, división Este.

Peggy tomó el teléfono y marcó rápidamente un número.

Eran las siete de la mañana cuando Maximilian Fischer oyó algunos ruidos, entre sueños. Levantó la cabeza de la almohada y escuchó: de la cocina se oía la voz chillona de la dueña de casa que hablaba con algunos desconocidos. Después de algunos minutos la barahúnda parecía aumentar. No sin cierto esfuerzo logró incorporarse, aún un poco aturdido y, siguiendo las órdenes del médico, movió con precaución su cuerpo enorme. No se apresuró. Cualquier actividad física excesiva podía ser perjudicial para su corazón, de tamaño mayor que el normal. Se vistió parsimoniosamente.

Alguien que viene a pedir una contribución para alguna de las fundaciones - se dijo Max -. Creo que es uno de los muchachos. A esta hora. ¡Qué extraño! - pensó, sin alarmarse -. Pero yo estoy bien establecido. No tengo nada que temer - se dijo con firmeza.

Se abotonó cuidadosamente la camisa fina, a rayas verdes, que era una de sus preferidas. Me da un aire distinguido - pensó, haciendo un gran esfuerzo para inclinarse y colocarse los zapatos de imitación de cabritilla. Hay que estar siempre listos para enfrentarlos de igual a igual - pensó mientras se alisaba los cabellos ralos frente al espejo -. Si el pechazo es muy grande, Pat Noble de la oficina de empleos de Nueva York va a tener que oírme. Quiero decir, con la antigüedad que tengo en el sindicato no tengo porque aguantarme cosas raras.

- Fischer - dijo una voz desde la otra habitación -; junta tu ropa y sal. Hay un trabajo para tí. Tienes que empezar hoy.

Un trabajo - pensó Max intranquilo -. No sabía si alegrarse o no. Hacía ya más de un año que venía retirando fondos de desempleo del sindicato, como casi todos sus amigos.

Vaya novedad. ¡Caramba! - pensó -. Supongamos que sea un trabajo pesado que me obligue a agacharme o a moverme de un lado para otro - empezó a enojarse - ¡Qué mala pata! Después de todo, quiénes se creen que son.

Abrió la puerta y se enfrentó con ellos.

- Escuchen... - empezó a decir, pero uno de los funcionarios del sindicato lo interrumpió.

- Fischer, empaca tus cosas. Gus Schatz estiró la pata y tienes que ir a Washington D. C. a hacerte cargo de la suplencia número uno. Debemos proceder rápido y queremos que llegues antes de que se les ocurra anular el puesto o algo parecido y nos veamos forzados a declararnos en huelga o ir a los tribunales. Lo mejor es poner enseguida a alguien, sin líos ni complicaciones. ¿Entiendes? Lograr una transición tan suave que nadie se entere siquiera.

- ¿Qué sueldo dan? - preguntó enseguida Max.

- En esto no tienes nada que decir - aclaró secamente el funcionario del sindicato -. Te han elegido y eso basta. ¿O quieres que te corten los fondos por desempleo? ¿Te gustaría tener que salir a buscar trabajo a tu edad?

- ¡Vamos! - protestó Max - Todo lo que tengo que hacer es tomar el teléfono y llamar a Pat Noble...

Los funcionarios del sindicato empezaron a recoger al azar diversos objetos que había en el departamento.

- Te ayudaremos a empacar tus cosas. Pat quiere que llegues a la Casa Blanca a las diez de la mañana, en punto.

- ¡Pat! - exclamó Max.

Lo habían traicionado.

Los tipos del sindicato sonreían mientras sacaban a tirones la maleta del armario.

Poco después estaban en camino, atravesando por el monorriel las tierras llanas del medio oeste. Pensativo, melancólico, Maximilian Fischer miraba desfilas el paisaje ante sus ojos; prefería cavilar en silencio. Trató de recordar cómo era el trabajo de suplente número uno. Recordaba haber leído en una revista que empezaba a las ocho de la mañana. Además, siempre había rebaños de turistas, en su mayoría escolares, que desfilaban por la Casa Blanca, ansiosos de echar un vistazo a Unicefalón 40-D. Los chicos no le gustaban; solían mofarse de él a causa de su peso excesivo. ¡Caramba! Tendría que aguantar el desfile de millones de niños porque él debía permanecer en el edificio. De acuerdo a la ley debía permanecer, en todo momento, a cien metros de Unicefalón 40-D, ya fuera de día como de noche. ¿O era a cincuenta metros? Sea como fuere, tenía que estar prácticamente encima, en caso de que el sistema automático para resolver problemas llegara a fallar. Será mejor que me ponga al día con esto - pensó - Me convendría, por las dudas, tomar un curso de televisión sobre administración pública.

Dirigiéndose al funcionario del sindicato que tenía a su derecha le preguntó:

- Dígame, correligionario. ¿Tengo alguna autoridad en este trabajo que me consiguieron? Es decir, ¿puedo...?

- Es un trabajo sindical como tantos otros - contestó el otro, aburrido -. Tienes que estar sentado ahí; esperar. ¿Hace tanto que no trabajas que ya no te acuerdas? - dijo riendo, mientras codeaba a su compañero -. Escucha, Fischer quiere saber qué autoridad le da este trabajo.

Los dos se echaron a reír.

- Fischer, permite que te diga una cosa - dijo el funcionario arrastrando las palabras -. Una vez que estés bien instalado en la Casa Blanca, cuando tengas la cama lista, la silla y hayas organizado el horario de tus comidas, el lavado de la ropa y las horas para ver televisión, ¿por qué no te acercas a Unicefalón 40-D y te pones a gimotear un poco? Tú sabes, a rascarte y gimotear. A lo mejor nota tu presencia.

- Déjenme en paz - protestó Max.

- Y después - continuó el funcionario - le dices algo así como, «Escucha, Unicefalón, soy tu compinche. Si tú me rascas la espalda a mí, yo te rasco la espalda a tí. Pasa una ordenanza que me favorezca...»

- ¿Pero qué servicio puede prestarle él a Unicefalón? - preguntó el otro funcionario del sindicato.

- Puede divertirlo; por ejemplo, contarle su historia, cómo salió de la pobreza y se educó mirando televisión siete días por semana hasta llegar a la cúspide. ¿Y a qué no sabes una cosa? Le dieron el trabajo de... suplente del presidente - dijo el funcionario, riendo despectivamente.

Maximilian no contestó. El rubor le subió por las mejillas pero se limitó a mirar estúpidamente por la ventanilla del monorriel.

Cuando llegaron a Washington D.C., ya en la Casa Blanca, enseñaron a Fischer su pequeño cuarto. Era el que había ocupado Gus y aunque habían sacado todas las viejas revistas de automóviles antiguos, aún quedaban algunas láminas adheridas a la pared: un Volvo S-122 de 1963, un Peugeot 403, de 1957 y otras clásicas antigüedades de una época pasada. Sobre un anaquel Max vio un modelo en plástico tallado a mano de un cupé Studebaker modelo Starlight 1950 con todos los detalles del original, reproducidos a la perfección.

- Estaba haciendo eso cuando estiró la pata - dijo uno de los funcionarios mientras dejaba en el suelo la maleta de Max -. El podía dar cualquier información sobre todos los detalles de esos coches anteriores a los modelos de turbina. Hasta el detalle más insignificante e inútil.

Max asintió.

- Y tú, ¿tienes alguna idea de lo que vas a hacer? - preguntó el funcionario.

- ¡Demonios! ¡Cómo puedo saberlo tan pronto! Necesito tiempo.

Recogió malhumorado la cupé Studebaker Starlight y examinó la parte inferior. Sintió un impulso de destrozar el modelo, pero lo dejó donde estaba y volvió la espalda.

- ¿Por qué no haces una pelota con gomas elásticas? - dijo el funcionario.

- ¿Qué dices?

- El suplente que estuvo antes que Gus, Luis no sé qué, acostumbraba a juntar anillas de goma y formaba una pelota que se iba agrandando cada vez más; cuando murió, la bola ya era grande como una casa... No me acuerdo cómo se llamaba el tipo, pero la pelota de anillas de goma está ahora en el Museo Smithsonian.

Hubo un movimiento en el corredor. Una de las recepcionistas de la Casa Blanca, mujer madura vestida con severidad, asomó la cabeza en la habitación y dijo:

- Señor presidente; un cómico de la televisión desea entrevistarle. Por favor, trate de terminar pronto porque hoy hay varias excursiones que desfilarán por el edificio y puede ser que algunos turistas pidan verlo a usted.

- Está bien - contestó Max.

Al volverse se encontró con Jim-Jam Briskin, el payaso del momento.

- ¿Desea verme a mí? - preguntó a Briskin en tono vacilante - Quiero decir, ¿está usted seguro que desea entrevistarme a mí?

No podía imaginarse qué interés podía hallar en él Briskin. Tendiéndole la mano agregó:

- Esta es mi habitación, pero las copias de coches y las fotos que ve por aquí no son mías, pertenecían a Gus. No puedo decirle nada con respecto a ellas.

Briskin lucía en la cabeza la familiar peluca de color rojo vivo característica del payaso, que prestaba a su imagen real el mismo aspecto extraño que las cámaras captaban tan bien. Sin embargo, parecía más viejo que en televisión, aunque lucía la misma sonrisa abierta y amistosa que todo el mundo admiraba, el símbolo de su simpatía, del buen tipo siempre con el ánimo en alto y de buen carácter, aunque cuando la ocasión lo requería, solía hacer gala de un sentido del humor algo mordaz. Briskin era esa clase de hombre que...bueno - pensó Max -, la clase de tipo que uno desearía se casara con alguien de la familia.

Se estrecharon las manos.

- Señor Max Fischer, mejor dicho... señor presidente; en estos momentos se encuentra usted ante las cámaras - dijo Briskin -. Jim-Jam habla desde aquí. Permita que le haga una pregunta ante los billones de televidentes que se encuentran en los más remotos rincones de nuestro sistema solar. ¿Cómo se siente señor, al saber que si Unicefalón 40-D llegara a fallar siquiera momentáneamente, usted sería lanzado al cargo más importante que jamás haya caído sobre los hombros de un hombre; el de ser, no ya un mero suplente sino el

verdadero presidente de Estados Unidos? ¿Ese pensamiento lo preocupa por las noches? - dijo terminando la pregunta con una sonrisa.

A sus espaldas, los técnicos de fotografía desplazaban las cámaras de un lugar a otro. Las luces intensas le quemaban los párpados y Max sintió que el calor empezaba a hacerlo transpirar por el cuello, las axilas y el labio superior.

- ¿Qué emociones siente en este momento - siguió preguntando Briskin -, cuando está en el umbral de una nueva tarea, quizá para el resto de sus días? ¿Qué pensamientos se le ocurren ahora, que ya está en la Casa Blanca?

Tras una pausa, Max contestó.

- Es... es una gran responsabilidad.

Enseguida cayó en la cuenta; vio que Briskin se reía de él, se reía en silencio en su propia cara. Todo era una payasada de Briskin a costa suya. La audiencia dispersa por las diversas lunas y planetas también lo sabía. De sobra conocía el sentido del humor de Jim-Jam.

- Usted es un hombre de buen físico - dijo Briskin -, corpulento diría yo. ¿Le gusta hacer ejercicio? Le hago esta pregunta porque en su puesto actual estará confinado a este cuarto y me gustaría saber qué cambios producirá en su vida esta situación.

- Bueno - dijo Max - y desde luego, pienso que un empleado del gobierno debe estar siempre en su puesto. Sí, lo que acaba de decir es muy cierto, debo estar aquí día y noche, pero eso no me preocupa. Estoy preparado.

- Dígame - preguntó Briskin - ¿Acaso usted...?

Se interrumpió y, volviéndose hacia los técnicos de video que estaban a sus espaldas, les dijo con voz extraña:

- La transmisión se ha cortado.

Un hombre que llevaba auriculares se acercó pasando entre las cámaras.

- Escuche por el monitor - dijo entregando los auriculares a Briskin -, hemos sido cancelados por Unicefalon; está transmitiendo un boletín de noticias.

Briskin se colocó los audífonos. La cara se le contorsionó al decir:

- Esas naves que se aproximan a ochocientas unidades astronómicas..., dice que son enemigas - dirigió una rápida mirada a los técnicos, la peluca un poco ladeada -. Ya han empezado a atacar... Dice que en menos de veinticuatro horas estos intrusos han logrado penetrar no sólo el sistema solar, sino también descomponer Unicefalon 40-D.

Maximilian Fischer se enteró de esto de manera indirecta mientras cenaba en la cafetería de la Casa Blanca.

- ¿Señor Maximilian Fischer?

- Sí - contestó Max, mirando sorprendido al grupo de agentes del servicio secreto, que rodeaba la mesa.

- Usted es presidente de Estados Unidos.

- Se equivocan - dijo Max -, sólo soy un suplente del primer magistrado, no es lo mismo.

- Unicefalon 40-D está fuera de servicio, no sabemos por cuánto tiempo; puede ser un mes o más - dijo el hombre del servicio secreto -. De acuerdo con la enmienda de la constitución, desde este momento usted es presidente y comandante en jefe de todas las fuerzas armadas. Estamos aquí para protegerle - concluyó sonriendo burlesco.

Max a su vez le sonrió.

- ¿Me entiende? - preguntó el agente -. ¿La idea le penetra?

- ¡Por supuesto! - contestó Max.

Fue entonces cuando comprendió el significado de los murmullos que había escuchado mientras esperaba con la bandeja en la fila de la cafetería. También eso explicaba las miradas raras que le había dirigido el personal de la Casa Blanca. Dejó la taza de café, secó



sus labios con la servilleta, lenta y tranquilamente, fingiendo estar absorto en pensamientos graves. En realidad su mente era un vacío.

- Nos han dicho que lo necesitan inmediatamente en el puesto fortificado del Consejo Nacional de Seguridad - afirmó el hombre del servicio secreto -. Quieren que usted participe en las deliberaciones sobre estrategia, ya están en el tramo final.

Desde la cafetería se dirigieron todos al ascensor.

- Estrategia política - dijo Max mientras descendían. Tengo formada una opinión con respecto a ese problema. Creo que ha llegado el momento de actuar severamente con esas naves extranjeras. ¿Ustedes no piensan lo mismo?

Los hombres del servicio secreto asintieron.

- Claro, debemos demostrarles que no tenemos miedo. Naturalmente llegaremos a una definición: aplastaremos a esos microbios - les dijo Max.

Los guardaespaldas del servicio secreto festejaron la ocurrencia con una risa espontánea. Más animado, Max dio un codazo al jefe del grupo.

- Creo que somos bastante fuertes; quiero decir, Estados Unidos es un país con músculo.

- Max, muéstrales de lo que somos capaces - dijo uno de los agentes, y todos rieron estruendosamente, incluso Max.

Al salir del ascensor se les presentó un hombre alto y bien vestido que dijo con tono urgente:

- Señor presidente, soy Jonathan Kirk, secretario de prensa de la Casa Blanca. Creo que en esta hora, de grave peligro, antes de conferenciar con los miembros del Consejo Nacional de Seguridad, usted debería dirigirse al país. El pueblo quiere saber cómo es su nuevo líder. Aquí tiene una declaración redactada por la Junta Política Asesora - dijo extendiéndole algunas hojas de papel -, codifica su...

- Nada - dijo Max, devolviéndole los papeles sin mirarlos -. El presidente soy yo, no usted. Ni siquiera lo conozco. ¿Cómo dijo que se llama, Kirk, Burke, Shirk? Nunca lo oí nombrar. Dígame dónde está el micrófono y yo haré mi discurso. O comuníqueme con Pat Noble, talvez él tenga algunas ideas.

Enseguida recordó que Pat lo había vendido; era él quien lo metió en esto.

- No, no lo haga - se corrigió Max -. Déme el micrófono solamente.

- Este es un momento de crisis - graznó Kirk.

- ¡Claro! - aprobó Max - Será mejor que me deje solo. No se ponga en mi camino y yo no me interpondré en el suyo ¿entendido? - palmeó familiarmente a Kirk -. Así vamos a entendernos.

Apareció un grupo de personas con cámaras portátiles de televisión y lámparas de iluminación; entre todos ellos estaba Jim-Jam Briskin, rodeado de todo su personal.

- ¡Hola Jim-Jam! - gritó -. Mire, ahora soy presidente.

Jim Briskin se acercó impasible.

- No voy a formar una pelota con anillas de goma - dijo Max -, ni pienso tampoco hacer modelos automovilísticos; o nada de eso - apretó con fuerza la mano de Briskin -. Gracias por sus felicitaciones - concluyó.

- Felicitaciones - dijo entonces Briskin en voz baja.

- Gracias - repitió Max apretando la mano del otro hasta hacerle crujir los nudillos -. Naturalmente, tarde o temprano podrán remendar esa caja de ruidos y entonces volveré a ser el suplente. Pero...

Sonrió alegremente a todos los que se encontraban a su alrededor. En ese momento el corredor estaba colmado de gente; técnicos de la televisión, personal de la Casa Blanca, oficiales del ejército y agentes del servicio secreto..., toda clase de gente.

- Señor Fischer, tiene una gran obra que realizar - dijo Briskin.

- Sí - asintió Max.

Le pareció que los ojos de Briskin trataban de decirle algo... «Quisiera saber si será capaz de hacerlo. Me pregunto si es el hombre indicado para detentar el poder».

- Ya lo creo que puedo - afirmó Max ante el micrófono de Briskin para que toda la audiencia pudiera escucharlo.

- Es posible que así sea - dijo Briskin, revelando ciertas dudas.

- ¿Qué...? ¿Acaso ya no le gusto? - preguntó Max.

Briskin no respondió; se limitó a parpadear.

- Escucha bien - dijo Max -; ahora soy presidente y puedo cerrar tu estúpida red de televisión. Puedo enviarte los agentes del FBI cuando se me antoje. Para que lo sepas, en este mismo momento voy a echar al fiscal general, quiero en ese puesto a alguien de mi confianza.

- Ya veo - dijo Briskin.

Su expresión no era tan dubitativa, adquirió cierto grado de convicción que Max no podía determinar.

- Sí - dijo Jim Briskin -. Posee la autoridad suficiente para ordenarlo. Usted es, de verdad, el presidente.

- Mucho cuidado - advirtió Max -. Tú no eres nadie comparado conmigo, Briskin, ni siquiera frente a esa inmensa audiencia.

Luego volvió la espalda a las cámaras y pasó por la puerta abierta hacia el hoyo fortificado del Consejo Nacional de Seguridad.

Algunas horas más tarde, ya de madrugada, Maximilian Fischer escuchaba, soñoliento, en las profundidades de la fortificación del Comité Nacional de Seguridad, las últimas noticias por televisión. Para ese entonces, los servicios de inteligencia habían descubierto la llegada de unas treinta naves extrañas al sistema solar. Se creía que, en total, habían entrado unas setenta y los desplazamientos de todas eran constantemente vigilados.

Eso era sólo el principio, y Max lo sabía. Tarde o temprano tendría que dar la orden de ataque contra las naves extranjeras. Vaciló un momento. Después de todo, ¿de dónde procedían? ¿quiénes eran? Nadie podía decirlo; ni siquiera la CIA. ¿Qué fuerzas eran capaces de desplegar? Nadie tampoco estaba en condición de determinarlo.

Por otra parte, habían surgido algunos problemas de carácter interno. A decir verdad, Unicefalón había chapuceado con la economía, dirigiéndola cuando lo creía conveniente; había suprimido impuestos mediante medidas demagógicas, había reducido las tasas de interés... todo lo cual terminó por destruir el resolutor de problemas.

¡Jesús! - pensó Max con tristeza -. ¿Acaso sé algo sobre cuestiones de desempleo? Quiero decir, ¿cómo sé qué fábricas debo volver a abrir y cuándo hacerlo?

Se volvió hacia el general Tompkins que, sentado junto a él, examinaba el informe sobre las tácticas de defensa de las naves encargadas de proteger a la Tierra.

- Dígame ¿nuestras naves están bien distribuidas? - preguntó a Tompkins.

- Sí, señor presidente - contestó el general.

Max se sobresaltó, a pesar de que el general no se había dirigido a él en tono irónico sino que había hablado con toda naturalidad, con respeto.

- Muy bien - dijo -; me alegro de eso y espero que la nube de cohetes esté bien planeada, de manera que no deje pasar ninguna nave, como sucedió con Unicefalón. No quiero que eso se repita.

- Desde las seis, hora local, está en vigencia el Defcon Uno - dijo el general Tompkins - Estamos en pleno pie de guerra.

- ¿Y qué sucede con esas naves estratégicas? - Max ya había aprendido la expresión eufemística para referirse a la fuerza de ataque.

- Estamos capacitados para organizar un ataque en cualquier momento - dijo el general Tompkins, dirigiendo una mirada a lo largo de la mesa en espera de los cabeceos de asentimiento de sus colegas -. Somos capaces de aniquilar a los setenta invasores que han penetrado en nuestro sistema.

- ¿Tienen un poco de bicarbonato? - preguntó Max con un gruñido.

El estado de cosas lo estaba deprimiendo. ¡Qué manea de sudar y trabajar! - pensó -. ¡Cuánta agitación! ¿Por qué esos microbios no se van de nuestro sistema? Quiero decir, ¿es necesario que declaramos la guerra? No podemos saber qué hará el sistema de los invasores como represalia; nunca se sabe cómo reaccionarán ciertas formas vivientes antihumanas, no se puede confiar en ellas.

- Eso es lo que me preocupa - dijo en voz alta -. las represalias - y exhaló un suspiro.

- Es evidente que resulta imposible negociar con ellos - dijo el general Tompkins.

- ¡Adelante, entonces! - dijo Max -. Denles una buena tunda.

Miró cerca suyo, buscando el bicarbonato.

- Creo que es la mejor decisión que pueda haber tomado - afirmó el general Tompkins.

Los consejeros sentados en torno a la mesa, movieron las cabezas en señal de asentimiento.

- Una extraña noticia ha llegado a nuestro conocimiento - dijo uno de los consejeros a Max, sosteniendo en la mano un despacho del teletipo.

- James Briskin acaba de presentar un recurso contra usted, ante un tribunal de California. Afirma que usted no es el presidente legítimo porque no fue elegido para el cargo.

- ¿Se refiere a que no me votaron? - preguntó Max -. ¿Sólo por eso?

- Sí, señor. Briskin ha pedido a los tribunales federales que se expidan sobre el caso y entretanto, se ha declarado candidato.

- ¿Queeé?

- Briskin no sólo afirma que usted debe hacer la campaña para ser electo, sino que debe correr contra él. Evidentemente piensa que con su popularidad...

- ¡Caracoles! - exclamó Max -. Muy bien, entonces. Ya está decidido; ustedes, los muchachos del ejército, sigan adelante con sus planes y hagan pedazos a esas naves foráneas. Mientras tanto - y en ese momento tomó la decisión -, ejerceremos ciertas presiones económicas contra los patrocinantes de Jim-Jam. Nos ocuparemos de los de la cerveza Reinlander, de los electrónicos Calbest..., de todos, para tratar de que no se presente como candidato.

Todos los presentes asintieron. Hubo un crujido de papeles y los portafolios se cerraron. La reunión había terminado, al menos por el momento.

Es injusto - se dijo Max -, él me lleva ventaja. ¡Cómo presentarme contra él si no estamos en iguales condiciones! La televisión le ha dado fama, y a mi no. Eso no es justo, no puedo admitirlo.

Si lo desea, Jim-Jam puede presentarse como candidato; de nada le valdrá. No podrá derrotarme porque no vivirá el tiempo suficiente para conseguirlo.

Una semana antes de las elecciones, Telscan, la agencia interplanetaria de investigaciones de la opinión pública dio a conocer los resultados de las últimas encuestas. Al leerlos, Maximilian se sintió más deprimido que nunca.

- Fíjate en esto - dijo a su primo León Lait, el abogado a quien recientemente había nombrado fiscal general.

Le arrojó el informe.

El apoyo obtenido por Max era insignificante en realidad. Si se efectuaba la elección de inmediato, no había duda de que Briskin saldría ganador.

- ¿Por qué será? - preguntó Lait.

Igual que Max, su primo era un hombre corpulento, barrigón y hacía años que desempeñaba el trabajo de suplente. No estaba acostumbrado a ningún tipo de actividad física, y su nuevo trabajo le resultaba bastante difícil, pero no renunciaba por lealtad hacia Max.

- ¿Será porque tiene varias estaciones de televisión? - preguntó mientras sorbía cerveza directamente de la lata.

- No - repuso Max con sarcasmo -; ¡es porque el ombligo le brilla en la oscuridad! Por supuesto que es por las estaciones de televisión, no seas imbécil. ¿No ves que todos los días machacan sobre lo mismo? Le están creando una imagen. Es un payaso - concluyó malhumorado -; con esa peluca roja servirá para dar noticias, pero no para presidente.

Guardó silencio. Demasiado enfadado estaba para seguir hablando.

Cosas peores habrían de suceder.

Esa misma noche, a las nueve, como culminación de la campaña, Jim-Jam Briskin empezó una maratón de setenta y dos horas por televisión. Estaba destinada a llevar hasta el tope su popularidad, y asegurarle la victoria en las elecciones.

Max Fischer estaba sentado en la cama de su dormitorio especial en la Casa Blanca, con la bandeja de la cena ante sí, mientras miraba melancólicamente la televisión.

¡Ese Briskin! - pensó furioso por millonésima vez.

- Mira - dijo a su primo, el fiscal general, sentado en un sillón -. Ahí está - y señaló la pantalla del televisor.

León Lait continuó mordisqueando su hamburguesa con queso.

- ¡Qué abominable! - exclamó.

- ¿Sabes desde dónde transmite? - le preguntó Max -. Desde uno de los lugares más lejanos del espacio, mucho más allá de Plutón. Está usando el transmisor del lugar más remoto que pudo encontrar. Tus tipos del FBI no podrán alcanzarlo nunca...

- Ya verás - dijo León, tratando de tranquilizarlo -; les dije que tenían que alcanzarlo por orden especial de mi primo, el presidente.

- Pero pasará un buen tiempo hasta que logren alcanzarlo - dijo Max -. ¿Sabes León? Eres demasiado lento. Te diré un secreto. Tengo lista una de las naves de línea, la Dwight D. Eisenhower. Pienso dejarle caer un buen huevo de paloma encima, con mucho estruendo ¿sabes? En cuanto de la voz de mando, entrará en acción.

- De acuerdo Max.

- No me gusta verme obligado a hacerlo - dijo Max.

El programa de televisión se estaba poniendo animado. Se encendieron grandes reflectores y avanzó en el escenario, con paso lento y ondulante, la bonita Peggy Jones, envuelta en un vestido brillante que dejaba al descubierto uno de sus hombros, sobre el que caía su pelo radiante.

Ahora van a hacer un strip-tease de primera calidad, por una chica bien bonita - pensó Max, acomodándose para ver mejor.

Debía reconocer una cosa: la oposición, sin necesidad de llegar al desnudo, tenía de su parte cierto atractivo sexual. Briskin y su personal se habían encargado de que así fuera. En el otro extremo de la habitación, el primo de Max había dejado de mordisquear su emparedado; al menos por un momento no se escuchó el ruido de sus carrillos. Pero no por mucho tiempo; poco después siguió masticando.

La linda Peggy entonaba una canción pegadiza desde la pantalla:

«Vote por Jim-Jam, es el mejor  
favorito de América, ayer y hoy.  
Como Jim-Jam otro no hay,  
es el candidato superior.»

Max gruñó exasperado.

- ¡Dios mío! - exclamó.

A pesar de todo, cuando la muchacha entonaba el estribillo ondeando su cuerpo al ritmo de la música, sonaba muy agradable.

- Creo que no tengo otro remedio que ordenarle a la Dwight D. Eisenhower seguir adelante con la consigna - dijo Max.

- Si tu lo dices, Max - dijo León -, puedes estar tranquilo; dictaminaré que actúe dentro de la ley, no te preocupes y procede.

- Pásame el teléfono rojo - pidió Max -. Es la conexión que usa el comandante en jefe para dar instrucciones ultrasecretas. No está mal ¿verdad? - dijo al recibir el teléfono de manos del fiscal general -. Estoy llamando al general Tompkins; él dará la orden a la nave. Lo siento mi estimado Briskin - agregó echando la última mirada a la pantalla -; tú lo has querido. No debías haber procedido como lo hiciste, ponerte en contra de mí y todo lo demás.

La chica del vestido plateado desapareció de la pantalla. Jim-Jam la reemplazó. Max bajó el teléfono por un momento, para mirar mejor.

- ¡Hola, queridos camaradas! - exclamó Briskin levantando los brazos para pedir silencio (a los aplausos grabados). Bien sabía Max que en aquel lugar remoto no había audiencia. Los aplausos fueron más fuertes al principio, luego un poco apagados.

Briskin sonrió fotogénicamente ante las cámaras, esperando que los aplausos terminaran.

- Es falso - gruñó Max -; es un público falso. El y todo su equipo son muy listos. Ya ha ganado popularidad entre la audiencia.

- Es cierto, Max - dijo el fiscal general -. Me dí cuenta de eso ya...

- ¡Camaradas! - anunció Briskin sobriamente desde la pantalla -. Como ustedes saben, en un principio el presidente Maximilian Fischer y yo nos llevábamos muy bien.

Mientras tenía la mano apoyada en el teléfono rojo Max pensó que lo que decía Jim-Jam era cierto.

- Nuestras diferencias, que habrían de terminar en ruptura - continuó Briskin -, tuvieron origen en la cuestión del empleo de la fuerza; el uso del poder sin limitaciones. Para Max Fischer, el despacho presidencial es sólo una máquina, un instrumento que puede utilizar para satisfacer sus deseos personales. Creo, honestamente, que en algunos sentidos tiene buenas ideas, hace lo posible por llevar a la práctica las políticas más positivas de Unicefalón. Ahora bien, con respecto a los medios que emplea..., eso es otra cuestión.

- Escúchalo bien, Leo - dijo Max.

No importa lo que dice - pensó para sí -; haré de todos modos lo que me he propuesto. Nadie se cruzará en mi camino. Cumpliré con mi deber; eso es todo. El cargo tiene ciertas responsabilidades, y si tú fueras presidente como yo, harías lo mismo.

- El presidente, como todos los demás, debe acatar la ley - decía Jim Briskin -; a pesar del poder que detenta, no puede, de ninguna manera, ponerse por encima de la ley.

Permaneció en silencio unos instantes, luego continuó:

- Sé muy bien que en este mismo momento el FBI, siguiendo órdenes directas de León Lait, designado por Max Fischer, tratará de cerrar las estaciones de esta cadena para amordazarme. Una vez más, Max Fischer está abusando del poder mientras emplea la repartición policial para sus propios fines, convirtiéndola en una extensión...

Max levantó el teléfono rojo. Enseguida escuchó una voz que decía:

- Sí, señor presidente. Habla el general Tompkins, J. de C.

- Y eso...¿qué es? - dijo Max.

- Jefe de Comunicaciones, Ejército 600-1000 señor, a bordo de la Dwight D. Eisenhower, en transmisión por relé a través de la estación Plutón.

- ¡Ah, sí! - dijo Max, moviendo la cabeza -. ¡Eh, muchachos, escuchen! Estén alerta ¿entienden? Permanezcan atentos hasta cuando reciban mis próximas instrucciones.

Puso la mano sobre el receptor y miró a su primo, que había terminado el emparedado y estaba bebiendo un batido de fresas.

- León - dijo -. ¿Qué hago? Quiero decir, eso que Briskin está diciendo es verdad.

- Dale la orden a Tompkins - repuso León y eructó; después se golpeó el pecho con el puño -. Perdón - dijo -. Jim Briskin continuaba hablando desde la pantalla.

- Mientras hablo con ustedes, mi vida corre peligro; el hombre que es nuestro presidente no vacilaría en emplear el crimen para lograr sus objetivos. Estamos soportando una verdadera tiranía política, que por primera vez aparece en nuestra sociedad, en un intento de reemplazar la vigencia de la razón. Es una tendencia completamente ajena a Unicefalón 40-D, nuestro resolutor automático de problemas, diseñado, construido y puesto en operaciones por nuestros mejores cerebros, que siempre se han empeñado en la conservación de los valores de nuestras mejores tradiciones. La sumisión de un estado que fuera ideal a la tiranía de un solo hombre es, desgraciadamente, una triste experiencia.

- Ahora ya no puedo dar la orden - dijo Max con calma.

- ¿Por qué no? - preguntó León -. Escucha Max, ¿por qué no puedes seguir adelante?

- No sé cómo explicarlo pero..., ¡qué diablos! Eso demostraría que tiene razón.

De todas maneras sé que tiene razón - pensó Max -. Pero ¿acaso ellos lo saben? ¿El pueblo está enterado? No puedo correr el riesgo de que me descubran - admitió -. Es preciso que respeten a su presidente, lo honren y admiren. No me extraña que en las encuestas de popularidad saque una puntuación tan elevada. Con razón Jim Briskin se decidió a luchar contra mí cuando se enteró que yo estaba en el puesto. De alguna manera se dan cuenta de quién soy; lo sienten y también saben que Jim-Jam les está diciendo la verdad. No tengo pasta para presidente; no estoy capacitado para el cargo.

- Escucha León - dijo a su primo; - a pesar de todo haré lo que tenía pensado con ese tipo Briskin, después renunciaré. Será mi último acto oficial.

Volviendo a tomar el teléfono, continuó.

- Daré orden de aniquilar a Briskin; otro después podrá ser presidente. Habrá que dejar que el pueblo decida. Podrá ser Pat Noble o tú; no me interesa - sacudió la horquilla del teléfono -. ¡Eh, Jefe de Comunicaciones! - gritó -. Vamos, conteste - y volviéndose hacia su primo le dijo -: Oye, dame un vaso de batido, recuerda que la mitad es para mí.

- Por supuesto, Max - contestó el fiel León.

- ¿Nadie contesta? - preguntó Max en el teléfono.

Esperó, pero no consiguió que le contestaran.

- Algo debe andar mal - explicó a León -; no me sorprendería que hayan hecho volar todo el equipo de comunicaciones. Deben ser esas naves invasoras.

Miró la pantalla de televisión. Estaba en blanco.

- ¿Qué sucede? - preguntó Max. - ¿Qué me están haciendo? Quisiera saber quién se esconde detrás de todo esto. No entiendo - concluyó, mirando asustado, en torno.

Como si estuviera ajeno a todo, León continuaba imperturbable bebiendo su batido. Se limitó a encogerse de hombros; él tampoco tenía ninguna explicación. Sin embargo, su cara rubicunda había empalidecido.

- Es demasiado tarde - admitió Max -; de todos modos ya es demasiado tarde - colgando el teléfono lentamente agregó -: León, tengo enemigos mucho más poderosos que yo, y ni siquiera tengo idea de quiénes son.

Quedó sentado, en silencio, frente a la televisión a oscuras, esperando.

De pronto se escuchó la voz del anunciante.

- Este es un boletín de noticias semi-autónomo. Atención, por favor.  
Otra vez silencio.

Briskin miró a Ed Finneberg, a Peggy después, y esperó.

- Camaradas, ciudadanos de Estados Unidos - dijo la voz inexpresiva y monótona del anunciante de televisión -. El interregno ha terminado. La situación vuelve a la normalidad, felizmente.

Mientras él hablaba, aparecieron algunas palabras en la pantalla monitora, grabadas en una cinta que pasaba lentamente ante las cámaras. En Washington DC, Unicefalón 40-D se había auto-reparado en la forma acostumbrada dentro del co-eje. Ocupó de inmediato el espacio en el aire, anulando el programa que se transmitía en esos momentos; por tradición tenía derecho a hacerlo. La voz era producida por el órgano verbalizador sintético de la estructura automática. Esto es lo que informaba Unicefalón 40-D:

- Artículo primero: Queda anulada la campaña para la elección.

- Artículo segundo: El presidente interino Max Fischer, cesa en su cargo.

- Artículo tercero: Estamos en guerra con las fuerzas foráneas que han invadido nuestro sistema.

- Artículo cuarto: James Briskin, cuya voz han estado escuchando...

Ahora viene - pensó Briskin. A través de los audífonos le llegó la voz chata e impersonal que continuaba diciendo:

-...a través de estas instalaciones, tiene orden de cesar en sus actividades y desistir de sus pretensiones. Se extenderá de inmediato un recurso solicitándole que muestre justa causa para continuar en libertad y proseguir con cualquier actividad de índole apolítica. En el interés público, le ordenamos que dé por terminadas sus actividades políticas.

- Ya está. Todo ha terminado - dijo Briskin sonriendo vacuamente a Peggy y Ed Finneberg -. Debo anularme políticamente.

- Puedes presentarte ante los tribunales - dijo Peggy decidida -; apela a la Corte Suprema, ya hay antecedentes de decisiones de Unicefalón 40-D que han sido anuladas.

Le colocó la mano en el hombro tratando de consolarlo, pero él se hizo a un lado.

- ¿No te atreves a desafiarlo? - insistió ella.

- Por lo menos me han cesado - dijo Briskin, cansado -. Estoy contento de que la máquina haya vuelto a funcionar. Es una vuelta a la normalidad. Creo que es preferible para todos - concluyó, tratando de inspirar confianza a Peggy.

- ¿Qué piensas hacer, Jim-Jam? - preguntó Ed -. ¿Volverás a tu antiguo empleo con la cerveza Reinlander y electrónicos Calbest?

- No - murmuró Briskin -. Eso, por supuesto, queda descartado.

En realidad, no podía silenciar sus ideas políticas; de ninguna manera pensó en hacer lo que dijera el resolutor de problemas. Le era imposible desde un punto de vista biológico; tarde o temprano, para bien o para mal, empezaría a hablar nuevamente. Además - pensó -, estoy seguro de que Max tampoco puede hacer lo que le han dicho. Ninguno de los dos somos capaces de cumplirlo. Tal vez, después de todo - siguió pensando - inicie alguna acción contra el recurso. Puedo presentar una contrademanda... Me presentaré ante el tribunal y le haré un juicio a Unicefalón 40-D: querellante Jim-Jam; acusado, Unicefalón 40-D - sonrió para sí. Necesitaré un buen abogado; alguien mucho más capaz que el letrado principal de Max Fischer, su primo León Lait.

Sacó la chaqueta del armario que había en el pequeño estudio desde el cual hicieran la transmisión, y se la puso lentamente. Desde ese remoto lugar, había un largo viaje hasta la Tierra; estaba ansioso por ponerse en camino.

Peggy lo siguió.

- ¿No piensas salir al aire para nada? ¿Ni siquiera vas a terminar el programa? - le preguntó ella.

- No - repuso Briskin.

- Piensa que Unicefalón pronto volverá a interrumpir la transmisión; después ¿qué nos restará? La nada; aire muerto. Eso no está bien. Jim, no sé cómo puedes abandonar todo así. No te creía capaz de algo semejante; no está de acuerdo con tu temperamento.

Antes de llegar a la puerta del estudio, se detuvo.

- Tú has oído lo que - dijo, las instrucciones que impartió - trató Briskin de convencerla.

- Pero nadie deja el aire así, muerto - dijo Peggy -. Es el vacío, Jim; eso va contra la misma naturaleza. Si tú no lo llenas, alguien lo hará por ti: Mira, en este momento Unicefalón acaba su transmisión.

La cinta con palabras impresas había dejado de pasar y la pantalla, una vez más, estaba a oscuras, silenciosa, sin luz ni movimiento.

- No puedes desconocer la responsabilidad que tienes - dijo Peggy.

- ¿Estamos transmitiendo nuevamente? - Jim le preguntó a Ed.

- Está fuera del circuito, al menos por el momento - dijo Ed mirando el escenario vacío que las cámaras de televisión y las luces parecían señalarle.

No habló. No era necesario. Con la chaqueta puesta se dirigió hacia el lugar enfocado por las cámaras. Sin sacar las manos de los bolsillos dio unos pasos hacia atrás para estar al alcance de las cámaras, y sonriente dijo:

- Queridos camaradas, creo que la interrupción ha terminado por ahora, de modo que podemos continuar.

El volumen de los aplausos grabados pareció aumentar, regulados por Ed Finneberg; Jim Briskin levantó las manos pidiendo silencio al público imaginario del estudio.

- ¿Alguien conoce a un buen abogado? - preguntó cáusticamente Jim-Jam -. Si es así, telefonéeme de inmediato, antes de que llegue el FBI.

Cuando terminó el mensaje de Unicefalón, Maximilian Fischer, que se hallaba en el dormitorio de la Casa Blanca, se volvió hacia su primo León y le dijo:

- Bueno, he perdido el puesto.

- Así parece, Max - dijo León.

- Y tú, también - le recordó Max -. Van a ser implacables, de eso puedes estar seguro. Cesado - repitió para sí, haciendo rechinar los dientes -. Parece un insulto. ¿No podía haber dicho retirado?

- Es una manera de expresarse - dijo León -. No te preocupes Max, a ver si te hace mal al corazón. Además, todavía te queda el trabajo de suplente y ese es el segundo puesto máximo del país. Presidente interino de Estados Unidos, no lo olvides. Piensa que has tenido suerte en librarte de tanto esfuerzo y preocupaciones.

- Quisiera saber si me permitirán terminar la cena - dijo Max, picando un poco la comida que tenía en la bandeja.

No sabía porqué, pero ahora que estaba retirado, sentía un apetito feroz. Eligió un emparedado de pollo y le dio un buen mordisco.

- Estoy en mi derecho - dijo -; después de todo tienen la obligación de alojarme aquí y darme de comer todos los días ¿no es cierto?

- ¡Claro que sí! - afirmó León mientras hacía esfuerzos por pensar en algún argumento de tipo legal -. Eso figura en el contrato que el sindicato firmó con el Congreso. ¿Recuerdas esos tiempos Max? Por algo fuimos a la huelga.

- ¡Qué época aquella! - dijo Max, poniendo los ojos en blanco.

Terminó el emparedado de pollo y bebió unos cuantos sorbos de un espeso ponche de huevos. ¡Qué sensación de bienestar le proporcionaba no tener que tomar grandes



decisiones! Dejó escapar un suspiro de alivio profundo y prolongado, y se reclinó satisfecho en la pila de almohadones que lo sostenía.

Sus pensamientos no tardaron en tomar otra dirección. Sin embargo, me gustaba bastante tomar decisiones - hizo un esfuerzo por agudizar su entendimiento -. Quiero decir, era muy distinto a ser un simple suplente o a cobrar el seguro de desempleo. Me daba cierta... satisfacción. Eso es; como si estuviera logrando algo.

Ya empezaba a extrañar esa sensación; de pronto se sintió vacío, como si la vida careciera de propósito.

- León - dijo, por fin -, pensar que pude haber sido presidente por un mes más. Me gustaba ese cargo. ¿Entiendes lo que quiero decir?

- Sí, creo que te entiendo - murmuró León.

- No, te equivocas.

- Hago lo posible por comprenderte - afirmó su primote - lo juro.

- No debí dejar que esos ingenieros repararan a Unicefalón - dijo Max -; hubiera sido mejor postergar el proyecto, por lo menos unos seis meses más.

- Ahora es demasiado tarde - refirmó León.

- ¿Lo crees? - preguntó Max -. Después de todo, siempre puede sucederle algo a Unicefalón 40-D... Un accidente.

Mientras comía una porción de tarta de manzanas con queso, siguió dándole vueltas a la idea. Conocía a alguien que hacía esa clase de trabajo. Podía ponerse en contacto con él.

Un accidente importante, casi fatal - pensó Max -. En medio de la noche, cuando todos estén durmiendo y yo sea el único despierto en la Casa Blanca. Después de todo, para ser franco, los invasores nos enseñaron cómo hacerlo.

- Mira, Jim Briskin está otra vez en la pantalla - dijo León, señalando el aparato de televisión.

Era verdad. La peluca roja volvía a estar en pantalla. Briskin estaba diciendo algo gracioso y al mismo tiempo profundo, algo como para hacer pensar a uno.

- Escucha - dijo León -, se está burlando del FBI ¿Te parece posible que sea capaz de algo así? No le teme a nadie.

- No me molestes - replicó Max -, estoy pensando.

Extendió el brazo con cuidado y bajó el volumen del televisor. No podía permitir que nada interfiriera con lo que estaba pensando en ese momento.

## **Doris Piserchia - SUEÑO PROTECTOR**

Le habían encerrado en una concavidad de acero sin ventanas, sin barrotes, sin nada que revelara de dónde procedía la opaca claridad. Allí no había nada aparte de su magullado y desconcertado ego. Si la celda hubiese estado acolchada, hubiera sabido que le tomaban por loco. Las paredes eran de liso metal. No, esto era una cárcel, y alguien iba a lamentar lo sucedido antes de que terminara el día.

Escuchó ansiosamente. Lo único que pudo oír fue su propia respiración. Volvió a sentarse en el frío suelo. Lo más sensato era esperar tranquilamente, sin dejar traslucir que estaba asustado. El individuo caradepiedra que le había encerrado allí, evidentemente era un sádico, y le consideraba un don nadie.

Permaneció sentado unos instantes, pensando; luego, se puso en pie y atacó la puerta de acero con sus puños. Al cabo de unos minutos, la puerta se abrió y la figura de Caradepiedra se recortó en el umbral, robusta, impenetrable y uniformada de azul.

- ¿Qué pasa?

- La ley dice que estoy autorizado a efectuar una llamada telefónica - dijo Duncan, forzando los músculos de su garganta para que las palabras no brotaran como un graznido.

Retrocedió unos pasos para demostrar que no tenía intención de tratar de escapar a través de la puerta. De nada le serviría enemistarse con aquel carcelero.

Se sintió invadido por una repentina confianza. Unos segundos más tarde notó que aquella confianza se deshinchaba como un balón, mientras Caradepiedra fruncía el ceño y decía:

- ¿Qué es la ley?

Supo que su propia expresión reflejaba una estúpida incredulidad.

- No empiece de nuevo con eso - dijo, furiosamente -. No dará resultado. Soy un ciudadano respetuoso con la ley, que ha sido encerrado sin una previa acusación. Esto no puede quedar así. Exijo que se me permita llamar a mi abogado.

- ¿Qué es un abogado? - inquirió Caradepiedra, en tono de curiosidad.

Al ver que Duncan se limitaba a mirarle, sin decir nada, se encogió de hombros y retrocedió un par de pasos. La puerta empezó a cerrarse.

- ¿Cuánto tiempo van a tenerme aquí? - aulló Duncan.

- Hasta que ellos lleguen - dijo Caradepiedra, antes de que el borde de la puerta encajara en el dintel con un chasquido.

Duncan apretó los dientes y fijó la mirada en el suelo. No aullaría más, no les daría la satisfacción de escuchar su miedo, no quería que supieran hasta qué punto tenía desquiciados los nervios.

Se frotó una zona lastimada de su brazo. Hasta que ellos llegaran... «Ellos», murmuró en voz baja. La palabra había sonado extrañamente enfática al ser utilizada por Caradepiedra; como si pronunciara algo definitivo.

«Ellos», repitió Duncan, tratando de dar al vocablo su adecuada inflexión, de descifrar su significado. ¿Quiénes podían ser ellos? ¿Un pelotón de ejecución? ¿Acaso iban a fusilarle porque se había resistido a ser detenido?

No, se dijo a sí mismo; los pelotones de ejecución habían desaparecido con la pena capital. Sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra la pared, trató de pensar, pero estaba tan agotado que renunció a la tarea, cerrando los ojos.

Debió quedarse dormido, ya que cuando abrió los ojos la puerta estaba abierta y dos altas sombras avanzaban hacia él. «Ellos» estaban aquí. Luchó contra su deseo de aplastarse contra la pared y obligó violentamente a su cerebro a concentrarse en un solo pensamiento: si trataban de sacarle de allí, lucharía por su vida.

Ninguno de los dos hombres hizo un solo movimiento para tocarle. Se quedaron de pie en el centro de la celda y le contemplaron durante un largo minuto antes de que uno de ellos levantara una mano e hiciera chasquear sus dedos. Una señal para Caradepiedra, evidentemente, ya que no tardó en presentarse con dos sillas plegables.

Los dos hombres se sentaron con lentitud y continuaron mirándole, mientras Duncan se dedicaba por su parte a un suspicaz examen. Iban en mangas de camisa, llevaban unos pantalones de tela basta y calzaban botas altas. Eran de mediana edad, cumplidos los cincuenta, pero tenían un aspecto saludable.

Agarrándose las rodillas con las manos para reprimir su temblor, Duncan dijo:

- ¿Van a fingir ustedes que son tontos, como su guardián? Porque si es así pueden ahorrarse el trabajo. Esperaré el tiempo que sea necesario a que se resuelva esto.

- No vamos a fingir nada - dijo uno de ellos, y los ojos de Duncan se clavaron en su rostro.

El hombre tenía las mejillas rubicundas y sudaba como si acabara de salir de un baño de vapor. La temperatura ambiente debía ser de unos 16 grados, aunque había sido más elevada por la tarde, cuando Caradepiedra se presentó en casa de Duncan y le detuvo.

- ¿Quién es usted? - inquirió, suponiendo que no iba a obtener ninguna respuesta.

- Me llamo Rand. Este es Mr. Deevers.

Duncan los miró con desesperación. No eran más que un par de polizontes, pero el verlos le producía una sensación de malestar, no porque le miraban como si tuviera ocho piernas, sino porque eran libres de entrar y salir, en tanto que él sabía que al menor movimiento que hiciera en dirección a la puerta le matarían.

Deevers era tan cetrino como rubicundo Rand, como si hubiesen extraído todo el color de su piel. Tenía un aire cansado. Los dos. ¿Por qué iban vestidos así? ¿Dónde estaban sus uniformes?

Duncan cruzó los brazos delante del pecho y miró a los dos hombres. Se vería en el infierno antes que preguntarles por qué había sido detenido. Caradepiedra no había contestado a ninguna de sus preguntas, y era más que dudoso que aquellos dos hombres las contestaran.

El llamado Deevers hizo un gesto de impaciencia con la cabeza y Rand habló de nuevo.

- Queremos formularle un par de preguntas, y luego tal vez podamos contestar alguna de las suyas.

Rand sonreía, pero saltaba a la vista que se trataba de una sonrisa forzada. Era más que evidente que se sentía incómodo.

De todos modos, la sonrisa le reveló a Duncan que, si planeaban matarle, no pensaban hacerlo inmediatamente.

- Adelante. Pregunte lo que quiera - dijo.

- ¿Cuándo se dio cuenta por primera vez de que su chapa de identificación había desaparecido?

Duncan apretó fuertemente su espalda contra la pared. No quería volver a oír hablar de lo de la tarjeta de identidad. Era absurdo continuar discutiéndolo. Pensar en ello le hizo sentirse enfermo, y súbitamente experimentó la necesidad de dormir, un apremiante deseo de tenderse en el suelo y cerrar los ojos.

- No lo sé - dijo.

- Trate de recordarlo, por favor.

- No era una chapa. Era una tarjeta de identidad. Yo estaba buscando algo en mi cartera, y la tarjeta cayó. A una alcantarilla.

Inclinándose hacia adelante en su silla, Rand dijo:

- ¿Dónde estaba usted cuando ocurrió eso?

- Acababa de terminar mi trabajo y me dirigía a mi casa.

- ¿En qué ciudad? - dijo Deevers rápidamente.  
- ¡Váyase al cuerno!  
Deevers se volvió hacia Rand.  
- Estamos perdiendo el tiempo - dijo.  
Duncan notó el gusto a sudor en su labio superior.  
- Si se trata de un caso de identificación, tengo pruebas más que suficientes de quién soy. Mi certificado de nacimiento.  
Le miraron como si acabara de decir algo asombroso. La expresión de Rand recobró rápidamente su impassibilidad, pero Deevers dejó de parecer sorprendido y empezó a enfurruñarse.  
- ¿Dónde está? - dijo Rand.  
- Lo tiene Caradepiedra. El guardián.  
Rand se volvió hacia Deevers:  
- Vaya a buscarlo.  
Sin dejar de refunfuñar, Deevers se puso en pie.  
- Sigo diciendo que deberíamos acabar con esto ahora mismo.  
No recibió ninguna respuesta a su observación, de modo que salió de la celda. Al cabo de unos instantes regresó con un papel que entregó a Rand.  
- ¿Dónde cree que ha encontrado esto? - dijo Rand, tras echar una rápida ojeada al papel.  
- Hay muchos desperdicios por estos alrededores. Esto parece formar parte de una factura de...  
- No podía saber dónde buscar. ¿Qué puede haberle hecho pensar en buscar?  
- ¿Cómo sabe lo que estaba haciendo antes de que le trajeran aquí? - dijo Deevers -. Ha estado vagabundeando por todo el lugar.  
Duncan apretó fuertemente sus rodillas. ¿Por qué hablaban como si él no estuviera sentado delante de ellos, escuchándoles? El certificado de nacimiento no significaba para ellos más de lo que había significado para Caradepiedra. La escena con el guardián no había sido agradable, precisamente.  
- Un momento - había dicho Duncan, ofendido pero seguro de sí mismo -. Puedo haber perdido mi tarjeta de identidad, pero eso no significa que haya dejado de existir. ¿Qué clase de tontería es ésta? Tengo aún algunos derechos.  
Y Caradepiedra había dicho:  
- ¿Qué son derechos?  
Sí, aquellas habían sido sus palabras. Duncan había sacado el certificado de nacimiento de su cartera y lo había agitado ante la cara del loco, convencido de que si aquello no le satisfacía nada podría satisfacerle. Bueno, había estado en lo cierto al pensarlo.  
Después de leer los datos en voz alta, Caradepiedra había dicho:  
- ¿Qué es padre? ¿Qué es madre? ¿Qué es nacimiento?  
Duncan observó a Rand. El hombre empezó a arrugar el certificado de nacimiento, como si se dispusiera a hacer una pelota con él; luego cambió de idea y se lo guardó en el bolsillo. Era evidente que aquellos dos hombres le confundían con otra persona. Alguien había hecho algo, y Deevers y Rand creían que él era el culpable. Si no se apresuraba a poner en claro la situación, las cosas podían complicarse peligrosamente para él, si es que no lo estaban ya.  
- Yo no he hecho nada - dijo -. Se han equivocado ustedes de hombre.  
- ¿Qué aspecto tenía su tarjeta de identidad? - inquirió Rand súbitamente.  
Las cosas no podían seguir como hasta entonces, pensó Duncan. Tenía que imponerse el sentido común. Sabía que no se hacía ningún bien temblando y vacilando como lo hacía, y

una vocecilla interior no cesaba de advertirle que, si no lograba dominarse, terminaría el día tan loco como aquella pareja.

- Era blanca, de un tamaño de tres pulgadas por dos y media, aproximadamente - dijo -  
Figuraban en ella mi nombre, dirección, señas personales y estado civil.

- ¿Y era blanca?

- Ya he dicho que era blanca.

Deevers le estaba mirando con silenciosa hostilidad. ¿Por qué? No existía ningún motivo para que aquel hombre le odiara. Era la primera vez que le veía.

Rand apoyó una bota sobre una rodilla y rascó la suciedad de la suela con una uña.

- ¿Qué aspecto tenía después de caer de su cartera?

¿Qué aspecto tenía? Duncan había quedado anonadado al ver cómo la tarjeta blanca desaparecía a través de la reja de la alcantarilla, para ser arrastrada por el agua fangosa entre unas hojas secas. Se recordó a sí mismo arrodillándose junto a la reja, y recordó su sorpresa al descubrir que temblaba como un azogado. Por un instante le pareció que la tarjeta blanca cambiaba de color y de forma en el momento de caer. Le había parecido extrañamente metálica y esférica, verde y completamente desconocida.

- Parecía verde - dijo, y rectificó inmediatamente -: No, era blanca. Ya le he dicho que era blanca.

Los dedos de Rand se habían detenido en su bota, y miró a Deevers con una leve sonrisa en los labios.

Deevers frunció el ceño y sacudió la cabeza.

- Eso no significa nada.

- Sabe muy bien que sí.

Duncan estaba cada vez más desconcertado. Lo único que había hecho era dejar caer de su cartera su tarjeta de identidad. Algo que podía ocurrirle a cualquiera, y que sucedía con frecuencia. Desde luego, podía obtener otra; incluso podía hacer una él mismo. Una tarjeta de identidad era un objeto insignificante, no era ningún símbolo. Un trozo de papel no podía representar nunca la suma total de un ser humano.

- No creo que importe el color - dijo, y miró a Deevers.

Rand replicó:

- Es muy importante.

- No lo entiendo. Si quieren saber quién soy, no creo que les resulte tan difícil de averiguar.

- Sabemos ya quién es usted - dijo Deevers.

Evidentemente, sabía el efecto que sus palabras producirían en Duncan, y sus ojos revelaron que lo sabía. Eran pequeños, redondos y oscuros, y no había risa en ellos, pero no obstante reflejaban una maligna alegría y Duncan la captó al mirarlos.

- Entonces, ¿por qué no me dejan salir de aquí? - Tuvo que repetirlo, porque la primera vez su voz había sonado demasiado ronca -. Al menos, permítanme que llame a mi abogado.

- Temo que no puede usted llamarle - dijo Rand, apartando la mirada.

- ¿Por qué no?

- Tarifas de larga distancia - dijo Deevers, y sus oscuros ojos chispearon maliciosamente.

Rand le dirigió una mirada de enojo.

- Cállese de una vez.

- Estamos perdiendo el tiempo.

- No puede esperar resolver esto en una hora.

- No espero resolverlo en absoluto - dijo Deever - . Es un roñoso punto cero cero dos por ciento. Lo mejor sería registrarle a él y a los otros como él como una pérdida anual y olvidar el asunto.

- No.

- Hemos pasado por esta rutina una docena de veces, y no hemos aclarado nada.

Duncan les miró, asombrado, y luego no pudo soportarlo por más tiempo y apoyó las manos en el suelo. El miedo le había robado su fuerza. Lentamente, trabajosamente, empezó a ponerse en pie.

El rostro de Deever adquirió una expresión de alarma.

- Salgamos de aquí - dijo.

- ¡Esperen! - gritó Duncan, haciendo un esfuerzo desesperado.

Pero, cuando logró incorporarse del todo, los dos hombres habían salido de la celda y la puerta se estaba cerrando. Sólo quedó una abertura de un pie, aproximadamente, a través de la cual Rand le miró.

- No vuelva a hacer eso - dijo.

- Hacer ¿qué? - Furioso y desesperado, Duncan gritó - ¡Déjenme salir! ¡No pueden dejarme aquí!

A través de la abertura pudo ver la danza de los ojos de Deever. Aquel hombre le sacaba de quicio.

- Yo no he hecho nada. Si creen ustedes que he cometido algún delito, al menos díganme de qué delito se trata.

Sacudiendo la cabeza, Rand dijo:

- No ha cometido usted ningún delito.

- De acuerdo, me portaré bien, no lucharé con ustedes. Soy un gusano y ustedes son el Dios Todopoderoso, pero déjenme salir de aquí.

- No puedo.

- Dígame el motivo.

- Porque está usted loco.

Duncan retrocedió ante el impacto de aquellas palabras, hasta chocar con la pared, lastimándose la cabeza y la espalda. Por unos instantes miró salvajemente en torno suyo, y luego volvió a acercarse a la puerta.

- No le creo a usted - dijo, y alargó la mano a través de la abertura para agarrar la camisa de Rand, que ya había retrocedido -. Esto no es un manicomio. ¿Dónde están los médicos y las enfermeras? ¿Qué es este lugar?

- Es un almacén, el único lugar de que disponemos para encerrarle. No imagine cosas raras, porque sólo se hará daño a usted mismo.

Luego, las dos figuras desaparecieron de delante de la abertura.

Duncan empezó a andar de un extremo a otro, y cuando se paró estaba seguro de haber trazado un surco en el suelo. Examinó las paredes de la celda. Nunca había puesto las manos en un acero tan liso como aquel. Parecía cristal al tacto, y las redondeadas esquinas eran tan lisas como el resto.

Gradualmente, recuperó la confianza. No le habían hecho ningún daño y las perspectivas eran de que no se lo causarían más tarde. Por algún motivo ignorado, Rand y Deever trataban de obnubilar su mente y hacerle dudar de sí mismo, y se habían tomado un montón de molestias para lograr que todo pareciera correcto. Pero esto no era la celda de una cárcel. El uniforme de Caradepiedra le había engañado, pero ahora sabía que no era auténtico y esto significaba que la comisaría de policía del exterior también era falsa. En cuanto a la celda, debía ser lo que Rand había dicho, un almacén, aunque no se pareciera a ninguno de los que Duncan había visto hasta entonces. Un bulldozer se hubiera encontrado con dificultades para abrirse paso a través de la recia puerta.

Finalmente se tendió sobre el duro suelo y apoyó la cabeza sobre sus brazos. Tarde o temprano se aclararía el lío, y Rand y Deever irían a parar a la cárcel, que era el lugar que les correspondía.

Estaba todavía en el suelo cuando Rand regresó. No se molestó en levantarse, ya que pudo darse cuenta de que el otro hombre no tenía la menor intención de abrir la puerta. Apoyando su barbilla en una mano, observó cómo Rand atisbaba a través de la estrecha abertura y finalmente le localizaba.

- Tenemos que hablar algo más.
- Acerca de la tarjeta, naturalmente - dijo Duncan.

Rand sonrió débilmente.

- En realidad, sí. Es muy importante, ¿sabe?  
- Lo único que sé es que usted parece una persona normal, y no un raptor. ¿Acaso trabaja usted para alguna organización de espionaje? Está perdiendo el tiempo. No tengo ningún secreto.

Suspirando, Rand se apoyó contra la jamba de la puerta.

- Concentrémonos en la chapa. Quiero decir la tarjeta. ¿Cómo se sintió al verla desaparecer por la alcantarilla?

- No puedo recordarlo.
- Inténtelo.
- No sentí nada. ¿Por qué tenía que sentir algo especial?
- Creo que está mintiendo.

Duncan irguió la cabeza.

- Hágame un favor: márchese.
- Créame, esto es importante.
- ¿Que le crea a usted? ¡Esta sí que es buena!
- ¿Se sintió furioso? - insistió Rand.

- No.

- ¿Triste?

- Desde luego que no.

- ¿Feliz?

- Déjeme en paz.

- ¿Acaso experimentó usted una sensación de anonadamiento?

Duncan volvió la cabeza.

- ¡Nan! - aulló.

El sorprendido rostro de Rand asomó a través de la abertura.

- ¿Quién es Nan?

- Mi esposa, estúpido.

- ¿Su esposa?

Su encantadora esposa. Ella había dicho: «¿Qué ha pasado? ¿Has sufrido un accidente? ¿Te has caído?»

El se había limitado a entrar en la casa... cansado, hambriento y furioso al ver que la mesa no estaba puesta. Nan siguió importunándole, interrogándole, hasta que él perdió la paciencia y la envió al diablo. Pero inmediatamente se arrepintió de su arrebato e intentó besar a Nan. Ella le mantuvo a distancia, mientras contemplaba su pecho con una horrorizada expresión en el rostro. Luego se dirigió al teléfono y llamó a la policía.

- Nan está enferma - dijo Duncan, dirigiéndose a Rand -. ¿Comprende por qué tengo que salir de aquí? Usted puede ayudarme. Lo único que tiene que hacer es abrir la puerta lo suficiente para que yo pueda pasar.

No dio resultado. Rand se limitó a mirarle fijamente, y no dio resultado. Estaba diciendo la verdad, pero no importaba.

- ¿Cuándo va usted a acabar con esto? - inquirió furiosamente.

- No puedo acabar con ello - dijo Rand.

Muy bien. Era el final. No podía confiar en más ayuda que en la que él mismo pudiera proporcionarse.

- Al menos, tráiganme un catre para tumbarme - dijo -. ¿Le gustaría a usted dormir sobre este suelo?

- Lo siento mucho - dijo Rand -. Olvidé que podía resultar incómodo.

- ¿Bien?

- Le enviaré un catre con N... con Caradepiedra.

Cuando el rostro de Rand desapareció de la abertura Duncan sonrió y se puso en pie. Tenía que salir de un modo u otro, y si ellos insistían en conducir el juego a su manera, él actuaría a su propio modo.

Estaba en el rincón, al lado de la puerta, cuando Caradepiedra la abrió y entró cargado con un catre plegable. Estaba completamente desprevenido. En el momento en que dejaba el catre en el suelo los dos puños de Duncan se abatieron sobre su nuca.

Las diferencias se hicieron evidentes en cuanto salió de la celda. Alguien se había llevado la comisaría de policía. Ahora se encontraba en un recinto muy pequeño, todo él de brillante acero, con una pequeña puerta al lado de su calabozo y otra a diez pies de distancia.

Se acercó a la primera de ellas y la entreabrió, apenas una pulgada. Conteniendo la respiración, se inmovilizó al oír hablar a Rand y a Deever.

- La conciencia es una función de la inteligencia - estaba diciendo Rand, en tono furioso -. ¿Dónde está la suya? Siempre habla usted de su cociente intelectual...

- No quiero despilfarrarla - dijo Deever.

- Nosotros somos responsables. Se lo hicimos a él, usted y yo.

- No voy a negarlo. Pero usted tiene más sentido comercial que yo para sugerir lo que hay que hacer. No creo que esté interesado en poner obstáculos.

- ¡Maldita sea! No tardará en ir a parar al Atomizador.

Duncan abrió la puerta lo suficiente para entrar. Cuando estuvo en el interior de la habitación, cerró de nuevo la puerta y fue a ocultarse detrás de una hilera de grandes cajas de cartón. Desde allí no podía ver a los dos hombres, de modo que avanzó silenciosamente, guiado por el sonido de sus voces.

- Ocurrió porque perdió su chapa de identificación - dijo Rand.

Hablaba en tono cansado, como si estuviera repitiendo lo que había dicho muchas veces.

- Eso es absurdo.

- Lo que es absurdo es la unidad de crecimiento.

El tono de Deever se hizo helado.

- ¿Qué es lo que está sugiriendo?

- No se preocupe, podemos interrumpir esto sin que usted pierda dinero. No quiero que pierda un solo dólar.

- ¿Qué le hace pensar que ha dado con la solución?

- Cuando perdió su chapa de identidad, cayó en un estado de shock - dijo Rand -. Súbitamente, no era nadie. No podía soportarlo, e inmediatamente recurrió a su subconsciente. No se burle, maldita sea. Es evidente que tenía uno. ¿De qué otra parte podía extraer sus recuerdos? ¿No se da cuenta? No podía soportar el carecer de una identidad...

Lo que Deever vio no tenía ninguna relación con lo que Rand estaba diciendo. Sus ojos se abrieron desmesuradamente y su rostro palideció mientras contemplaba a Duncan, de



pie detrás de las cajas de cartón. La taza de café que sostenía en la mano se estrelló contra el suelo.

Una súbita contracción de la espalda de Rand fue el único síntoma de que también él se había dado cuenta de que sucedía algo anormal.

- Soy más joven y más fuerte que ustedes dos, y estoy desesperado - dijo Duncan -. No cometan ninguna estupidez.

- No se acerque más - dijo Deever. Se protegió la cara con las manos y pareció encogerse en su asiento -. ¿Dónde está el guardián? - inquirió, a través de sus manos.

- Le he dejado sin sentido. No se preocupe. No le he causado ningún daño.

- ¡Oh, Dios mío! - suspiró Deever, y sus ojos fulminaron a Rand -. ¡Usted y su maldita psicología!

Rand se volvió lentamente. Su rostro estaba pálido, pero parecía tranquilo.

- No es peligroso - dijo.

Duncan salió de detrás de las cajas y avanzó hacia ellos. Mientras andaba miró a su alrededor. Los dos hombres habían estado bebiendo café. La mesa estaba llena de colillas de cigarrillos. Había dos literas adosadas a la pared, y una vieja lámpara de petróleo mantenía caliente una cafetera. Las cajas llevaban etiquetas de productos alimenticios. Un armario abierto contenía prendas de vestir - abrigos, chaquetas, botas -, y un par de extraños equipos que parecían trajes de goma de pesca submarina colgados de una percha.

No vio ninguna arma hasta que se encaró con el revólver con el que le apuntaba Deever.

Rand también lo vio y le gritó a su compañero:

- ¡Guárdese eso!

El revólver osciló entre los dedos de Deever.

- ¿Qué es lo que va a hacer?

Las manos de Duncan se convirtieron en puños.

- No tiene usted derecho a matarme. Yo no he hecho nada. Soy inocente.

- Tiene razón - dijo Rand -. Suelte eso.

Deever vaciló, indeciso. Súbitamente tiró el revólver al suelo y contempló cómo se deslizaba hasta los pies de Duncan.

- Vamos - dijo -. Cójalo. Es usted el jefe aquí.

- No quiero el revólver. Sólo quiero marcharme.

- No hay ningún lugar adonde ir - dijo Rand con una extraña voz.

- Quiero ir a casa.

- Esto no es...

- Cállese de una vez y deje que se marche - gruñó Deever entre sus apretados dientes.

- ¿Acaso no es usted capaz de comprender que está sufriendo?

- Vamos - dijo Deever, dirigiéndose a Duncan, con una mueca que quería ser una sonrisa -. Está usted libre. No le escuche. Está más loco que usted.

Sobre unas piernas rígidas, Duncan echó a andar hacia la puerta. Casi había llegado a ella cuando Rand le llamó.

- Cuando salga, asegúrese de que todas las puertas quedan cerradas detrás de usted. Y haga lo mismo cuando regrese.

- No voy a regresar.

Rand se sentó en el borde de su silla con la cabeza hundida entre sus rodillas, y no alzó la mirada al replicar:

- Lo hará. La ilusión empezó a desintegrarse en el momento en que usted dijo que la chapa era verde. Recuerde lo que estoy diciendo. Nuestras vidas dependen de ello. - Uniendo sus manos y llevándolas a su frente, Rand añadió -: No nos lo reproche demasiado. No era eso lo que pretendíamos hacer.

Duncan permaneció inmóvil con la mano extendida hacia la puerta, mientras se sentía recorrido por un escalofrío. El hombre parecía sincero, pero sus palabras carecían de significado. ¿Qué intentaba hacer? ¿Era otro truco para retenerle aquí hasta que ellos hubiesen terminado lo que se traían entre manos? Al diablo con Rand, y también con Deevers. No necesitaba quedarse aquí y escuchar, no podían retenerle, porque eran débiles: había sido su prisionero, y no habían tenido arrestos para utilizar el revólver contra él. Estaba libre, ¿no es cierto?

Nunca había sabido que la libertad era tan estimulante. Corrió hacia el mundo exterior como si faltase de él desde hacía una eternidad, y sus pies producían un sonido tintineante sobre el suelo de acero mientras cruzaba una puerta tras otra y las cerraba apresuradamente detrás de él. Había un largo túnel dividido en tres cortos compartimientos que contenían canastos y piezas de maquinaria, pero no les prestó la menor atención.

Al fin salió de aquella especie de panteón. La luz natural hirió su rostro, un sonido entrecortado brotó de su garganta, su mano cerró maquinalmente la última puerta y Duncan giró sobre sí mismo y se dispuso a saludar al mundo. Se quedó con la boca abierta. Se había equivocado de camino, seguramente, y esto explicaba lo que se extendía a su alrededor en todas direcciones...

Todo era normal cuando se presentaron en su casa y le sacaron de ella, y todo era normal cuando le encerraron en un oscuro agujero y le dejaron allí para que sufriera. Incluso era todo normal cuando se llevaron la comisaría de policía y pusieron cavernas de acero en su lugar, pero, por el amor de Dios, a esto no había derecho: no tenían derecho a llevarse el mundo de debajo de sus pies.

El cielo era una llama blanca dominada por un sol que azotaba el suelo con una sólida lámina de luz. Se amontonaban nubes en todas partes, pero aún así el vasto cielo era un espejo cegador. Debajo de él, el suelo era un inmenso erial, una interminable llanura polvorienta. Unas rocas puntiagudas se erguían aquí y allá, algunas tan altas como edificios, otras tan pequeñas que podía andar sobre ellas. Olas de calor distorsionaban el espacio delante de él.

Algo se movió a lo lejos, unas manchas diminutas se recortaron contra el feo horizonte, y Duncan avanzó en aquella dirección mientras su corazón rebotaba contra sus costillas. Mientras andaba rezó por que fuese la Tierra lo que le rodeaba, algún desierto inexplorado donde las leyes de la naturaleza eran distintas, pero sabía que este lugar no tenía nada que ver con su país natal. Era la agrietada superficie de otro mundo, algún otro planeta del cosmos, lo cual significaba que la realidad le había abandonado porque el hombre ni siquiera sabía cómo llegar a la luna.

Ahora vio figuras moviéndose delante de él y apresuró el paso. La esperanza renació y aventó su temor a encontrarse solo en un planeta desconocido, con dos dementes.

Un gran valle había sido excavado en el cuerpo del planeta y en sus profundidades yacía un vasto complejo mecánico. La larga ladera del valle estaba terraplenada en forma de escalera que descendía hasta un pozo. Las palas mecánicas cargaban toneladas de roca en unas grandes vagonetas que discurrían sobre raíles hasta el extremo más angosto del valle.

En aquel complejo trabajaban varios equipos en diversas labores de minería. Aquellas eran las figuras que Duncan había visto desde lejos, y mientras corría hacia ellas empezó a gritar un saludo. Se encontraba a veinte pies de distancia de la más próxima cuando se paró en seco y se quedó mirando con aire de incredulidad al hombre que no era un hombre.

Ninguna de las figuras era humana. Eran insectos: grandes animales que recordaban a las hormigas. Se movían con mucha más rapidez que los humanos y tenían la fuerza necesaria para levantar y manejar unos cubos que debían contener un cuarto de tonelada de mineral.

Trabajaban con silenciosa precisión, y mientras Duncan avanzaba con paso vacilante hacia ellos, se volvieron a mirarle y luego continuaron con su trabajo. Sus cuerpos eran una serie de peludas ampollas de color pardo brillante, capa sobre capa formando dos patas, un torso, dos brazos con tres dedos flexibles por manos y una nudosa cabeza. Tenían dos ojos protuberantes que brillaban como líquido oscuro. Un pequeño agujero del tamaño de una moneda de veinticinco centavos estaba situado entre los ojos.

Duncan no vio a un solo ser humano. Todos los equipos que trabajaban en el valle estaban formados exclusivamente por hormigas.

Durante un largo espacio de tiempo Duncan dejó que aquel hecho fuese asimilado por su cerebro. Un nuevo temor se instaló en su mente, un miedo indecible que la empapó como agua fría.

Echó a andar hacia dos animales que estaban contemplando una corriente de agua sucia que discurría por una acequia. Su temor había entorpecido sus movimientos, y no vio el montón de mineral hasta que hubo caído sobre él. Uno de los insectos se acercó.

- Has caído - le dijo, en tono monótono -. Te ayudaré a levantarte y te revisaremos cuidadosamente por si has sufrido algún daño.

Las manos que le cogieron y le levantaron eran duras y poderosas. Una chapa redonda de color verde estaba incrustada en el centro del recio tórax de la hormiga. Llevaba grabadas las letras ABT. Los protuberantes ojos se clavaron en las piernas de Duncan y luego ascendieron lentamente hasta su pecho.

- Tu chapa de identificación ha desaparecido - dijo la hormiga.

Dando un tirón para librarse de las manos del animal, Duncan empezó a retroceder.

- Eres un insecto - susurró -. Tú no sabes nada. - Y de pronto se encontró gritando -: ¡Eres un estúpido animal y no sabes nada!

- ¿Estás realmente ahí? - dijo la hormiga.

- ¡Un estúpido conjunto de instintos! - gritó Duncan. Continuó retrocediendo y resbaló por el suelo rocoso. La hormiga se acercó a él y Duncan aulló -: ¡Apártate de mi lado!

- No tienes ninguna identidad - dijo el animal -. No es posible que exista un ser sin identidad. Algo funciona mal. Hay que informar a un hombre.

- Yo soy un hombre - gimoteó Duncan.

- Tú no eres nada. Trato de comprender, pero no puedo. ¿Cómo es que te encuentras aquí?

De pronto, una segunda hormiga surgió delante de ellos. Sus ojos examinaron a ABT y luego giraron a la derecha y enfocaron a Duncan. La chapa que llevaba en el pecho tenía grabadas las letras NN.

Uno de sus dedos señaló el pecho de Duncan.

- Este es uno de los perdidos. Déjale en paz. No le mires. No pienses en él. Está perdido. Sólo será reconocido por el hombre, ya que sólo el hombre puede concebir abstracciones.

ABT asintió lentamente.

- Ahora comprendo. Tienes razón. Está perdido. No está ahí para ti ni para mí, pero está ahí para el hombre.

Duncan se alejó con paso tambaleante y se ocultó detrás de un montón de rocas. Las dos hormigas le contemplaron por unos instantes y luego volvieron a su tarea como si le hubiesen olvidado.

Duncan se dejó caer de espaldas. En el cielo no había nada, aparte del blanco resplandor que parecía estar en todas partes. Incluso alcanzaba a su cerebro. Y entonces se dio cuenta de que el sol tenía aquel aspecto debido a que la atmósfera era distinta a la de la Tierra.

Su pecho se movió acompasadamente mientras sorbía grandes bocanadas de aire fresco. No. Aquello era parte del sueño y no realidad. El era el sueño. Todo era realidad, menos él.

Deseó crearlo, lo deseó desesperadamente, pero casi inmediatamente renunció a aquella mentira. El era real, lo mismo que el planeta en el cual yacía, y aquellos dos hechos sumados significaban que, o bien era capaz de respirar donde no había ningún oxígeno que respirar, o bien estaba consumiendo sustancias que eran venenosas para los seres humanos.

Pero él pertenecía a la Tierra. Era un terráqueo y poseía una casa blanca y una esposa llamada Nan. Ella tenía los ojos oscuros y el pelo castaño. Sus hijos se parecerían a ella cuando nacieran. ¿O habían nacido ya? El sol quemaba su cerebro y no pudo recordarlo. Inclino la cabeza hacia el estéril suelo y cerró los ojos.

Tardó largo rato en desandar el camino hasta el túnel. Se tambaleaba como si estuviera ciego y a cada paso tropezaba en las rocas.

Cerró todas las puertas detrás de él.

Rand y Deevers habían sacado a Caradepiedra de la celda y le habían tendido en un rincón de su alojamiento. Duncan se detuvo y contempló lo que había creído que era un ser humano. Pensó que estaba golpeando a un hombre. Y lo que había hecho era destruir a una hormiga gigante. Sus puños habían aplastado el ahusado cuello y casi seccionado la cabeza. Una maraña de rizos ensangrentados y de reluciente tejido blanco brotaba de la herida. La chapa verde con las letras NN yacía en el suelo como un ojo que se burlara de él.

Deevers había retrocedido apresuradamente al verle entrar, para instalarse en el extremo más apartado de la mesa. Se sentó, con una dura expresión en los ojos.

Rand estaba de pie en el centro de la habitación, con las manos detrás de la espalda. Miraba fijamente al suelo, como si no deseara mirar a ningún otro sitio.

Con paso lento, Duncan avanzó hasta situarse directamente en frente de Rand. Trató de mantener la firmeza de su mirada, pero cuando Rand alzó la cabeza Duncan inclinó la suya hasta que su barbilla tocó su pecho. Notó el sudor que se formaba en su espalda, y su mente se obnubiló mientras esperaba las palabras que le condenarían a una demencial inexistencia.

Todavía no estaba preparado para ellas cuando llegaron. Fueron látigos que azotaron su cuerpo con puntas de acero. Le sumieron en una negra caverna de horror. No miró a Rand, pero buscó la mentira en el tono del hombre, trató de captar el sutil disimulo que demostrara que todo aquello era un fraude, una tentativa de destruir su realidad con algún oscuro propósito.

No hubo disimulo en la voz de Rand ni cualquier otra evidencia de fraude. Habló llanamente y sin emoción, sincera y cruelmente, y sólo los frunces alrededor de sus ojos traicionaron su conciencia del dolor que estaba causando.

- Deevers y yo pertenecemos a una compañía terráquea llamada Laboratorios DNA. Fabricamos organismos vivientes para trabajar en planetas hostiles a los hombres. Nuestra producción más importante afecta a un gran animal insectoide cuya tarea es la de extraer minerales que no pueden obtenerse en la Tierra.

«Los elementos en todos los organismos son los mismos; sólo varían las proporciones. Un organismo crece si la materia nueva se acumula a un ritmo superior al del desgaste de la materia vieja. La madurez se alcanza cuando la formación de materia alcanza el nivel de la desintegración de la materia vieja. Lo que hacemos nosotros es mantener en funcionamiento este último proceso hasta que nuestros productos alcanzan un tamaño satisfactorio.

»Nuestros «insectos» están clasificados en tres tipos, condicionados y adiestrados para tres tareas específicas. Los tipos DKN y ABT excavan los pozos y galerías y lavan el mineral. Nuestros dos tipos NN están programados para controlar a los otros y cuidar de que todo funcione normalmente. Hace dos años, uno de los ABT enloqueció. Creyó que

era un hombre. Deevers y yo hemos pasado dos años tratando de descubrir lo que había enloquecido a aquél y a otros varios insectos. Ahora lo sabemos, gracias a usted.

»Nuestros animales crecen a partir de una porción de materia vital, y el desarrollo es manipulado de modo que el sistema nervioso y las unidades musculares sean compatibles con el cerebro, el cual es construido por separado. A medida que el insecto crece, es condicionado para sobrevivir en diversos entornos. Los hidratos de carbono, las grasas y las proteínas que constituyen el cerebro son diseñadas de modo que reproduzcan un cerebro humano, no una simple copia, sino un duplicado exacto del cerebro de un hombre que gozó de vida. La personalidad del hombre cuyo cerebro utilizamos como modelo no importa. Lo que importa es que hemos creado algo que no comprendemos.

»Deevers y yo necesitábamos tiempo para someter a prueba nuestros nuevos productos antes de traerlos aquí, pero el gobierno necesitaba mineral y nos presionó para que renunciásemos a aquella parte de nuestro programa. Accedimos a ello, porque no teníamos ningún motivo para sospechar que nuestros insectos supieran algo más que lo que les había sido enseñado. Lo raro es que estamos casi seguros de que los seres que están trabajando ahí fuera no saben nada más.

»Pero usted y otros como usted lo han sabido. Hace unas horas perdió usted su chapa de identificación. Tal vez fue arrancada por alguno de los garfios que arrastran los cubos hasta el lavadero. Lo cierto es que, al perderlo, se encontró usted sin una identidad. Su cerebro rechazó el concepto de inexistencia y modeló para usted un nuevo ego. No sabemos por qué ni cómo ocurrió. No sabemos cómo pudo adquirir usted recuerdos de la Tierra y de vida humana y de cultura terráquea cuando nadie se los había enseñado, pero sabemos que usted los posee.

»Me gustaría acabar con todo esto ahora mismo. Necesito tiempo para estudiar mis productos, reunir todos los datos psicológicos y saber con exactitud qué es lo que he hecho. ¿He construido un ser satisfecho con la realización de su tarea, como pretendía, o un monstruo condenado al infortunio? Pero no me conceden ese tiempo. El gobierno dice que no. Los insectos serán utilizados para producir lo que la Tierra necesita. De modo que sólo puedo hacer una cosa, y espero que sea la cosa correcta y no una simple interferencia que empeore la situación. A partir de ahora, los obreros serán fabricados sin ninguna identidad real. No serán adiestrados para que adquieran conciencia de sí mismos. Las letras que señalan sus tipos irán colocadas en un lugar de su cuerpo desconocido de ellos. Espero que dé resultado. Espero que, si no tienen una identidad, si no se les enseña que existe algo llamado ego, no podrán perderlos.

»Es lo único que puedo hacer. En este momento no se me ocurre nada más».

Rand dejó de hablar. Levantó sus manos y pasó sus dedos salvajemente a través de sus cabellos. Sus hombros se hundieron y cerró los ojos.

Duncan levantó una de sus propias manos y la miró. Pudo ver los surcos en la palma, el oscuro vello encima de los nudillos, en el dorso. Sintió a su corazón bombeando sangre a través de su cuerpo. El sueño - si la irrealidad en la cual su mente se había sumergido podía ser llamada un sueño - no se había desvanecido.

Finalmente, irguió la cabeza.

- ¿Qué pasó con los otros?

- Quisieron morir.

Una voz susurró:

- También yo lo deseo...

Y Duncan se dio cuenta de que era la suya.

- Tenemos un Atomizador en el valle - dijo Rand -. Lo utilizamos para destruir los residuos de rocas acumulados en las últimas fases de la obtención del mineral.

¿Residuos de rocas? Morir de aquel modo significaría que no había vivido, lo cual no era cierto. Durante las últimas horas había sido real. Su muerte podía estar justificada. Pero, ¿qué justificación tendría para él?

Rebuscó en sus recuerdos y se aferró a uno. En otra época los hombres eran condenados a muerte por haber cometido crímenes, y él era culpable del crimen de decepción. Había pretendido ser humano. Mentira. Su nacimiento había sido fruto de una producción en cadena, había sido concebido en un laboratorio. Había pretendido que la Tierra era su hogar. También esto era mentira. El no tenía hogar. El vocablo significaba un lugar de crecimiento, de calor y de compasión, no una isla extraña llamada Venus donde lo único que crecía era el tiempo, donde el calor era medido en el holocausto de los hornos de fundición y donde la compasión no tenía cabida.

Era culpable. Su sentencia era la muerte.

- Estoy preparado - dijo.

- Quiero ir con usted - dijo Rand. Y cuando Duncan vaciló, añadió -: Sé que está todavía en el sueño. No puede ir solo.

Duncan trató de hablar, pero lo único que pudo hacer fue asentir con la cabeza.

Rand cogió uno de los trajes de goma colgados en la percha y empezó a ponérselo.

Deevers no se movió. Ahora estaba relajado y contemplaba una voluta de humo de su cigarrillo remontándose hacia el techo. Cuando Duncan le miró, apartó la cabeza a un lado y sus ojos se fruncieron.

- Usted y yo tenemos algo en común - dijo Duncan -. Los dos carecemos de humanidad.

Deevers apretó los labios y su rostro palideció. Empezó a decir algo, pero súbitamente cambió de idea y se limitó a inclinar la cabeza.

Rand inició la marcha hacia el segundo compartimiento, y una vez allí sacó al pasillo un pequeño vehículo abierto. Duncan y él montaron. Detrás del volante, Rand condujo el vehículo por el pasillo hasta que la última puerta se cerró detrás de ellos.

El vehículo avanzó a través de hondonadas y entre rocas, transportándoles hacia el valle. El sol era implacable. Para Duncan, era una órbita amarilla que le hacía parpadear. El suelo era áspero y poroso, pero Duncan imaginó que veía hierba meciéndose al viento. Vio a un conejo que salía de su madriguera, olfateaba el aire un momento y desaparecía velozmente en una espesura.

Rand le llevó a un edificio situado más allá de los ardientes hornos que Duncan no recordaba, a lo largo de un pasillo con muchas revueltas que desembocaba en una habitación en cuyo centro se erguía el Atomizador.

El Atomizador era más alto que un hombre y dos veces más ancho. Era una caja de metal con una puerta transparente. Cuando Duncan miró a su interior vio que el aire rielaba como riel el aire del desierto bajo el sol.

Rand le llevaba cogido del brazo.

- ¿Puede oírme? - inquirió. Su rostro estaba pálido detrás del visor y su mano temblaba sobre el brazo de Duncan -. Lo único que tiene que hacer es entrar y cerrar la puerta.

Duncan avanzó hacia la caja.

Rand le retuvo un instante.

- Deje que el sueño se desvanezca. ¿Qué bien le ha hecho a usted? No puede afrontarlo así...

Duncan sabía que si fuera un hombre condenado a muerte en la Tierra, las cosas se desarrollarían más o menos del mismo modo. Un sacerdote acompañándole con sus oraciones, un médico ofreciéndole un anestésico, algo para eliminar el terror. La ley lo permitía. Matar a un hombre era suficiente, y no había necesidad de hacerle sufrir en el proceso.

Pero ésa no era la clase de muerte que él deseaba.

Cerró la puerta con mano firme.

Vio los labios de Rand formando las inaudibles palabras:

- Adiós, DKN.

El sueño le protegió, instalado entre él y el espectro de un insecto. Mentalmente, gritó «¡Soy un hombre!», y su realidad triunfó sobre la otra realidad. Las fuerzas destructoras que discurrieron a través de los átomos de su cuerpo penetraron la sensible ductilidad de un ser humano, y sus últimos instantes fueron dolorosos y terribles.

Tal como él deseaba.

## **Neil R. Jones - EL SOLITARIO DE LOS ANILLOS DE SATURNO**

1

El viejo Jasper Jezzan se pasó los dedos por los mechones de cabellos grises y contempló desde la tronera de la nave espacial el impresionante y grandioso espectáculo de los anillos de Saturno que se acercaban. El tercer anillo, el más externo, que era su destino, se veía soberbio. Agradeció a su buena estrella el hecho de vivir en aquel siglo XXIV, que había sido testigo de cómo la humanidad trascendía los límites del inexplorado sistema solar mediante verdaderas hazañas de colonización espacial. En sus años de juventud, Jasper había participado de la primera expedición a Marte. Ahora, tanto Marte como Venus ya estaban colonizados. Jasper vivió muchas aventuras extraordinarias en ambos mundos, así como en varios de los satélites y asteroides de Júpiter. Saturno aún era territorio virgen.

Recientemente Jasper había cumplido los setenta años, pero el espíritu de aventura todavía flameaba en su recio cuerpo. De nuevo agradeció a su hado que le hubiera concedido la dicha de encontrarse entre los primeros en contemplar la gloriosa majestad de los grandes anillos a tan corta distancia. Se había unido a la expedición de Grenard como esforzado y experimentado colaborador, y sabía que la «City of Fomar» habría de tratar de abrirse paso a través de ochenta kilómetros de lunas diminutas.

La «City of Fomar» comenzó a pasar rozando algunos de los satélites errantes a varios kilómetros de distancia de la franja principal, muchos de los cuales eran más grandes que la nave espacial y de rugoso contorno. Era como penetrar en un bosque cuyos árboles se tornan menos numerosos a medida que uno se va acercando. Las lunas del anillo mismo eran redondas y lisas a causa de los constantes choques. Al caer bajo la atracción de la más leve fuerza de gravedad, los satélites más diminutos se adherían a los más grandes. La nave se hundía cada vez más profundamente en la masa. Cada hombre permanecía apostado en su lugar, sin dejar de observar, no obstante, el maravilloso fenómeno exterior. Esta vez la misión de Jasper le obligaba a ocupar un puesto solitario. Le tocaba el turno en la cámara de aire rejuvenecedor; de no haber sido por esa circunstancia, esta historia no hubiera sido narrada o le hubiese correspondido hacerlo a una persona más joven. Sin saber lo que les esperaba, Jasper había mirado por última vez los rostros de sus compañeros de aventura, rostros que no volvería a ver ni vivos ni muertos. Echó una fatigada mirada a los manómetros, y luego dirigió su atención a los misterios del anillo de Saturno, que se iban desvelando.

La nave espacial de la expedición Grenard penetraba más y más en la masa de satélites que giraban lentamente. La luz del sol se eclipsaba casi constantemente y se tornaba cada vez menos brillante. Las sombras, como siempre sucede en el espacio, eran oscuras y agudas. Al fin la luz cedió ante períodos de oscuridad cada vez más prolongados, y los reflectores de la «City of Fomar» centelleaban a través de las profundas tinieblas. De cuando en cuando, la nave chocaba contra una luna al pasar por un angosto pasaje, enviando el fragmento hacia los cuerpos vecinos en lo que parecía una interminable retransmisión de inercia sin que fuerza alguna retardara el movimiento.

Cada vez y sin cesar penetraban más profundamente en las honduras del anillo. Aun cuando no había recibido llamada alguna, Jasper sintonizó con la sala de observación, donde estaban reunidos los oficiales de la expedición.

- ¡Debe de haber trillones de esos pequeños satélites!

El que hablaba era el comandante Grigsby. Fue Grenard quien replicó:

- Sin duda.



- ¿Qué es esa niebla blanca que aparece allí?
- ¿Qué niebla... la luna blanca?
- No..., no es una luna. Fíjate cómo cambia de forma... y es algo brumoso.
- Caramba, sí, parece humo, y se desplaza hacia aquí.
- Mira, se expande como si tuviera vida. ¿Qué puede ser?
- Polvo.

La respuesta la había dado un oficial de menor graduación.

- ¿Cómo podría flotar sin atmósfera?

La voz de Grigsby encerraba un ligero tono burlón.

- Se está fragmentando.

Jasper había viajado demasiado por los espacios siderales en el curso de su vida como para no sentir que se trataba de algo inusual. Se acercó a la tronera y miró al exterior, colocando la cabeza en uno de los costados para obtener un ángulo de visión oblicuo. El fenómeno tenía lugar directamente delante de la nave. Él no podía observarlo. Interiormente, se sintió algo irritado. Escuchó con el fin de obtener más detalles.

- ¿Qué fuerza debe moverla?

- Primero, dime qué es.

- ¡Parece que tenga vida!

- ¡La nave la atrae! ¡La nube se está fragmentando en varias partes!

Jasper miró de nuevo al exterior y vio algo de aquella extraña sustancia. Parecía humo blanco y poseía movimiento propio. No podía imaginar qué fuerza la impulsaba. Casi parecía algo vivo, sin embargo la idea era absurda aun para Jasper Jezzán, que había sido testigo de infinidad de fenómenos extraños. Aquello era un nuevo elemento o una combinación de elementos que se comportaban de una manera rara en el anillo más externo de Saturno. Los anillos mismos eran algo fenomenal. La nube pasaba del blanco al gris a medida que se expandía, dejando ver los borrosos contornos de los satélites que estaban detrás de ella. De nuevo pareció comprimirse, adquiriendo una cualidad que parecía un líquido espeso o algo sólido.

- ¡Ahí vienen más nubes!

- ¡Y allí hay más! ¡Mirad! ¡Allí! ¡Allí! ¡Las hay por todas partes!

- ¡Se están mezclando!

- ¡Una parte se está dividiendo! ¡Mirad..., se está desintegrando!

Las voces de los jefes de la expedición denotaban sorpresa y temor. Jasper experimentó una ligera excitación mientras contemplaba las raras transformaciones de aquella materia sobrenatural. Vio que iba envolviendo la nave. Su tronera de observación se volvió de pronto de un gris translúcido, y no pudo ver nada. Trató de penetrar con la mirada aquella masa blanca de la que sólo le separaba treinta centímetros de cristal. Era como mirar a través de un humo denso o una niebla espesa. Golpes ahogados y sonidos inexplicables se oían en torno del casco de la «City of Fomar».

- ¡No avanzamos tan rápidamente!

Jasper distinguió que la exclamación la había proferido el comandante Grigsby. Percibió una nota de intranquilidad en la voz.

- ¿Puede ser que esa maldita sustancia blanca detenga nuestro avance?

- No lo sé... pero, ¡esperad! ¡Las troneras de este costado de la nave parecen aclararse!

Siguió un silencio significativo. Jasper aguzó los oídos para captar más información. Su propia tronera aún estaba oscura.

- ¡Grigsby..., mira esas largas hebras de esa sustancia, parecen cables! ¡Nos tienen amarrados a las lunas!

- ¡A toda máquina! - ordenó el comandante.

Un suave y débil crujido del casco sobre la cabeza de Jasper le hizo volver los ojos hacia la tronera. Vio como un contorno blanco que se alejaba. Miró al exterior y observó que unas largas hebras de la niebla, entretejidas en forma de telaraña, demostraban poseer una notable fuerza adhesiva y resistencia a la tensión al sujetar la «City of Fomar» a los satélites circundantes. Al aplicarse más potencia, Jasper pudo constatar que la nave espacial remolcaba las lunas enganchadas y se separaban de los cuerpos más lejanos. Vio que los satélites chocaban entre sí, sintió la ligera desviación de la nave y oyó el golpeteo discordante cuando la «City of Fomar» tropezaba con otros satélites en su avance. Luego, una vez más, la tronera se cubrió de una niebla más blanca y densa que antes. Por los excitados comentarios de la sala de observación, dedujo que las condiciones eran las mismas. El golpeteo machacador les tenía a todos confundidos. Entonces las voces de la sala de control adquirieron un nuevo tono alarmado.

- ¡Está penetrando en la cámara reguladora de presión! ¡Un hilo largo y delgado se está filtrando como un chorro de vapor!

- ¡Debe de haber alguna fisura en la puerta exterior! - razonó Grenard con excitación.

- ¡Sin presión de aire en el interior de la cámara, la puerta exterior nunca cierra herméticamente! ¡La llenaremos!

Jasper oyó gritar su nombre.

- ¡Sí, señor!

- ¡Inyecte una buena cantidad de aire en la cámara reguladora!

El anciano saltó hacia los mandos y oyó el silbido del aire a través de las cañerías camino de la cámara reguladora.

- ¡Esa maldita sustancia aún sigue entrando!

- ¡Pero no con tanta rapidez!

- ¡El aire se escapa hacia el exterior!

- ¡Ahora... la puerta ha cerrado herméticamente!

- ¡La sustancia blanca se está expandiendo dentro de la cámara!

Jasper recibió una brusca orden de cerrar la válvula de aire. Nunca pudo saber por qué. Nadie vivió para decirse. Oyó muchas voces que gritaban alarmadas, demasiado mezcladas y confusas como para poder comprender algo más que el hecho de que la puerta interior había sido forzada. Y luego la exterior cedió de nuevo. La blanca sustancia penetraba en la nave, y el aire salía de ella. Esto lo comprobaron los ojos horrorizados de Jasper al mirar las esferas de los manómetros.

Gritos agudos y horribles chillidos llegaron hasta él, chillidos que se estremecían, se ahogaban y enmudecían de pronto. No duró mucho. Muy pronto, reinó un ominoso silencio. La blanca niebla todavía velaba la tronera, y también estaba dentro de la nave. Jasper, armándose de valor, corrió por el corredor con el fin de aislar aquella parte de la nave. Demasiado tarde. La niebla ya se arrastraba por el suelo y las paredes del pasillo, explorándolo todo en un volumen sustancial. Como si hubiera percibido su presencia, se extendió con una rapidez alarmante en su dirección en cuanto él se detuvo a medio camino, consternado. Un velo de la horrible sustancia avanzaba como una nube de humo por el techo, y un enroscado pedúnculo descendió hasta casi rozarle el rostro. Un terror innominable obnubiló momentáneamente la mente de Jasper, pero el veterano navegante y explorador del espacio logró dominar sus nervios. Se giró y corrió hacia la cámara atmosférica. La blanca niebla que cubría las paredes, el techo y el suelo del corredor se había concentrado, y Jasper vio que se lanzaba hacia él, con lentitud al principio, pero con un ritmo acelerado.

En la cámara atmosférica, hizo girar prestamente la válvula del tanque de aire principal y la cerró. Luego cogió un traje espacial, colgado cerca de él, y de un salto se introdujo en

un tanque de aire vacío en el preciso instante en que la bola de niebla blanca se precipitaba por el corredor hacia él a enorme velocidad.

Un escalofrío le hizo estremecer, pero no era fruto del miedo. Una ola de frío invadía rápidamente la nave. El aire no cesaba de salir de ella. Jasper notó que tenía dificultad para respirar y se alegró de haber cerrado la válvula del tanque principal. Estaba sumido en la oscuridad, después de haber ajustado con celeridad la compuerta del tanque para evitar la entrada de la amenaza blanca. Buscando a tientas, abrió la válvula interior del tanque. Palpó a su alrededor y encontró el traje espacial; luego, de pronto, se tambaleó ebriamente, golpeándose la cabeza contra la pared metálica del tanque. Experimentó un extraño regocijo y se sintió mareado. Había dejado entrar demasiado aire en el tanque. Se trataba de una intoxicación de oxígeno y muy peligrosa en aquellas circunstancias. Buscando a ciegas, encontró la válvula de nuevo y la cerró. Entonces se desplomó, perdidas las fuerzas. Pero corría el riesgo de morir de frío, y Jasper sabía que debía ponerse el traje espacial. Sus músculos estaban ateridos y no le obedecían debido a la fría temperatura, que descendía sin cesar. Pero logró introducirse en el traje espacial y puso en funcionamiento la calefacción y el regulador de aire del mismo. Sólo entonces cedió ante la tensión que le atenazaba. Desde su posición semisentada, cayó de costado al suelo del tanque completamente inconsciente.

2

Jasper Jezzan jamás supo cuánto tiempo permaneció sin sentido en el tanque de aire, protegido por el traje espacial. Le pareció que no habían sido más que unos pocos minutos; sin embargo, tal vez habían transcurrido varias horas. En la oscuridad, trató de serenarse y hacerse cargo de la situación, ordenando sus pensamientos. La muerte navegaba en aquella nave; la devastadora ruina blanca era su dueña. Se preguntó si alguien más habría logrado salvarse. Una sutil intuición le decía que la sombría amenaza aún estaba esperando afuera. Desconocía qué propiedades malignas podía poseer contra un hombre protegido por un traje espacial. No tenía intención de comprobarlo mientras pudiese evitarlo. Decidió esperar pacientemente y ver si la horrible niebla abandonaba la nave. De alguna manera, presentía su presencia fuera del tanque, desplazándose sin cesar, explorando la «City of Fomar», cuyo aire se había escapado para perderse en el espacio entre los satélites.

Encendió los focos del traje espacial para aliviar la monotonía de las tinieblas y poder concentrar sus pensamientos en algo tangible, algo que pudiese ver, aunque el interior del tanque con sus válvulas interiores y sus aparatos de control él ya lo conocía. Se levantó y vació el tanque de aire. Ello sería necesario, por lo menos, para reducir la presión antes de abrir la compuerta.

Luego se sentó dentro del tanque y esperó, cambiando de posición de cuando en cuando. Había una cierta afinidad entre aquella niebla blanca y un sutil sexto sentido, pues Jasper se dio cuenta con alivio de que la sustancia había abandonado la nave. Sin embargo, se mostró cauteloso: abrió la compuerta del tanque y atisbó por el borde de la abertura. Las luces de la nave, tanto las del interior como las del exterior, estaban todavía encendidas. Lo primero que hizo fue mirar por la tronera. La «City of Fomar» andaba a la deriva entre los satélites. Uno de ellos casi tocaba la parte anterior de la nave. No vio señal alguna de aquella sustancia sobrenatural que se había abierto paso hasta el interior de la aeronave. Estaba seguro de que había desaparecido por completo. Entonces Jasper efectuó una prueba, aunque sabía de antemano casi con absoluta certeza de cuál sería el resultado. Cogió una caja de polvo esmeril de un estante, sacó la tapa y dejó caer una porción. Las motas de polvo no flotaron hasta el suelo, sino que cayeron como piedras. Tal como Jasper suponía, todo el aire había salido de la nave.

Caminó lentamente por el corredor hacia el proel, cruzó la sala de control y penetró en la cámara de observación. Estaba preparado para enfrentarse con el espectáculo de la muerte, pero no esperaba que la visión fuese tan horrible y absoluta. El suelo estaba sembrado de huesos y cráneos. La niebla blanca había absorbido la carne y el material de la vestimenta. Movi6 uno de los huesos con el pie y se quedó sorprendido al ver la marca que dejó el zapato metálico. Se detuvo y recogió un fémur. Se desintegró completamente entre sus manos. ¿Qué horrible forma de vida era aquella niebla nubosa del anillo de Saturno? Recorrió con lentitud la nave y descubrió más huesos ruinosos; de pronto le asaltó la enervante sospecha de la verdad. Él era el último hombre, el único ser viviente en la nave.

Entró en la sala de control para examinar los mecanismos, preguntándose cómo se las arreglaría él solo para conducir la nave espacial fuera del anillo. Sus dudas se disiparon en seguida. Comprobó que la totalidad del equipo eléctrico; así como los demás instrumentos, estaban irremediablemente destruidos. Un examen más minucioso confirmó la primera impresión. La proximidad de la niebla blanca los había alterado y destruido de una manera tan absoluta como si la nave hubiera sido fulminada por un rayo. Se encontraba solo en una nave a la deriva y perdido en el anillo de Saturno.

Jasper trató de aplacar sus nervios. Las cosas no estaban tan mal como podrían haber estado. Había suficientes alimentos y bebida a bordo como para que le alcanzaran hasta el fin de sus días. Los generadores de aire funcionaban perfectamente. Podría cerrar un par de cámaras de la nave y lograría seguir viviendo en ellas. No se atrevía a pensar demasiado en el futuro, en la posibilidad de pasarse el resto de su vida como prisionero solitario en el anillo de Saturno. Los planes de Grenard de penetrar hasta el tercer anillo camino del satélite Dione del planeta eran bien conocidos, por supuesto, en los tres mundos, pero las probabilidades de que alguien llegara hasta aquel punto en especial del anillo exterior, aun cuando anduviesen en busca de la expedición perdida, eran prácticamente inexistentes. Constató con una sensación de desamparo que el sistema de comunicación de la nave había sido inutilizado.

Sintió apetito. Encontró los alimentos almacenados y los trasplantó al tanque de aire. También descubrió un calefactor de radio y lo instaló para poder contar con luz y calor. Luego llevó los elementos para improvisar una cama y otros útiles necesarios para vivir con cierta comodidad. Hasta que pudiera acondicionar y sellar las cámaras de la nave, tendría que permanecer allí. Había tres secciones principales de la «City of Fomarr» que habían sido construidas de manera que pudiesen cerrarse herméticamente en caso de emergencia. El ataque había sido tan rápido y la cualidad mortífera del horror blanco fue tan inesperada y devastadora, que no hubo posibilidad de protegerse. Jasper pretendía aislar y utilizar aquella sección de la nave que incluía la cámara atmosférica y los depósitos de provisiones.

De cuando en cuando, escrutaba el espacio entre las lunas en busca de algo que le indicara el retorno de la niebla blanca, pero todo estaba silencioso e inmóvil. Apagó las luces de la «City of Fomarr». Se proponía ahorrar energía, al menos hasta saber a qué atenerse. En cuanto a la sustancia neblinosa, recordaba la luminosidad espectral que había adquirido a la distancia, donde las lunas eclipsaban la luz de la nave.

Acondicionar la sección elegida como morada requirió más tiempo del que Jasper había imaginado. La niebla blanca había cometido estragos que él no había notado en un principio. Muchos materiales, como el cuero, el fieltro y otros productos de origen orgánico los había absorbido o dañado en parte la extraña sustancia blanca que vivía en el espacio, y Jasper tuvo que efectuar infinidad de reparaciones, con la consiguiente pérdida

de tiempo, antes de poder cerrar las cámaras herméticamente y de que le ofrecieran seguro refugio.

Hubo cronómetros que no sufrieron daño alguno por la presencia de la niebla blanca, y Jasper los conservó con sumo cuidado y los mantuvo en funcionamiento. Tardó más de dos semanas del tiempo de la Tierra en rehabilitar aquella parte de la nave en la cual había decidido pasar su solitaria existencia. Pasó otras cinco semanas en el largo corredor que partía de la cámara atmosférica, donde construyó una recámara compensadora de presión. Jasper se mantenía siempre alerta, y hasta conectaba una alarma accionada eléctricamente durante las horas de descanso, pero la niebla blanca no volvió durante aquellas semanas de labor. Jasper, empero, estaba preparado. Consideraba que los lanzadores de rayos de radio, que tenía dispuestos, serían eficaces contra aquella niebla blanca. No permitiría que aquella sustancia le tomara desprevenido. Aún se estremecía al recordar que había encontrado la puerta del cuarto de ropa interior reducida a astillas por los intentos y concentrados golpes asestados por la amenaza blanca. Tras los restos de la puerta había encontrado los frágiles huesos de Holman, un íntimo amigo de Jasper en el viaje a Saturno. Jasper había sido más afortunado al elegir el resistente tanque de aire.

Durante los largos meses que transcurrieron, la niebla blanca no volvió a aparecer, y el viejo Jasper Jezzan pasaba su solitaria vida a bordo de la nave a la deriva. Alguna que otra vez, abandonaba la «City of Fomar» en su traje espacial, pero nunca se alejaba demasiado entre los esferoides, a pesar de que dejaba los reflectores de la nave encendidos para que le sirvieran de guía al regresar. Cuando las luces no estaban prendidas, todo era negrura y tristeza en el exterior: ni el menor destello estelar, sólo el espacio repleto de lunas flotantes. Jasper sabía que una vez aquella innumerable legión de cuerpos diminutos habían constituido un satélite de Saturno, que se desintegró. En sus cortas excursiones, siempre llevaba consigo el lanzador de rayos de radio con el fin de usarlo en caso de que el peligro blanco se presentara de nuevo y le atrapase en el exterior de la nave.

En uno de esos viajes, Jasper efectuó un interesante descubrimiento. Mientras descantaba la superficie de un esferoide, su casco entró en contacto con el cuerpo celeste. Los golpes que descargaba en él, tratando de encontrar algún mineral con suma curiosidad, producían un sonido extraño. Golpeó una y otra vez, y entonces, de pronto, se dio cuenta de que la pequeña luna era hueca. Le hizo una marca y partió en busca de otras. Examinó tres más de los centenares que rodeaban la nave espacial. Dedujo que sólo cabía una posibilidad. Cuando el satélite se desintegró bajo la extraordinaria atracción de Saturno, su interior debía de estar aún en estado de fusión. Las gruesas burbujas que se formaban debieron de haberse enfriado.

Acuciado por la necesidad de hacer algo, Jasper inmediatamente concibió el plan de perforar una de las lunas, y escogió la más grande de las cuatro, una esfera perfecta de unos ocho metros de diámetro. En la «City of Fomar» encontró el equipo de herramientas que le permitirían llevar a cabo su proyecto y puso manos a la obra. Se quedó maravillado al comprobar la densidad y resistencia de aquella sustancia semimetálica, así como el espesor de la burbuja. Tuvo que perforar más de noventa centímetros antes de encontrar el vacío. Pasó varios días agrandando lo suficiente la abertura en el esferoide como para que le permitiera introducir su cuerpo, y luego, cuando logró penetrar en él, no encontró más de lo que había esperado: el esférico contorno interior, algo rugoso y ampollado, reflejaba los rayos de su linterna.

De ésta y de muchas otras maneras, Jasper combatía el espectro de la soledad. Experimentaba con los instrumentos de la nave, efectuando algunas pruebas y reparaciones, hasta llegar por fin al convencimiento de que había determinado la dirección de Saturno. Si la nave hubiera estado en condiciones de navegar, estaba seguro de que habría logrado conducirla fuera del anillo y hacia el espacio libre.

Casi había transcurrido un año desde el día en que se había producido la catástrofe en la nave espacial perdida en el anillo de Saturno, cuando sucedió lo que Jasper estaba esperando presa de un nerviosismo extremo. Las nubes blancas volvieron. La amenaza se acercaba, aparentemente, de todas direcciones, y se dirigía hacia la desmantelada «City of Fomar». Por fortuna, Jasper se encontraba en su interior cuando se produjo el ataque. Percibió una luminiscencia sobrenatural a través de las troneras donde hubiera debido reinar la más absoluta oscuridad, y observó, con el corazón latiendo aceleradamente, cómo las fantasmales hebras se dividían, se fusionaban, retorciéndose en enormes espirales alrededor de la nave a la deriva, hasta que de nuevo todas las troneras quedaron cubiertas.

Con toda celeridad, Jasper se precipitó hacia la torre blindada que él había acondicionado. El lanzador de rayos de radio portátil estaba preparado. Nerviosamente, el anciano empuñó la palanca de control y, oprimiendo el gatillo, lanzó una ráfaga sostenida. No podía comprobar el resultado de su acción porque la tronera estaba velada, pero notó que algo había sucedido, pues se producía un visible desplazamiento de la blanca sustancia, que una y otra vez se tornaba grisácea y más tenue. Cuando se aclaró la tronera, vio que su lanzarrayos estaba realmente abriendo un agujero en la nubosa materia que se posaba sobre ella. Movi6 el arma en abanico y observó con torva satisfacción cómo cortaba, al igual que una guadaña, la niebla maligna, que retrocedía instintivamente, mientras las partes rasgadas se unían de nuevo y se diluían en la masa. Había algo repulsivo en ello, y Jasper se estremeció violentamente al recordar los huesos ruinosos de sus víctimas.

El lanzarrayos alcanzaba tan sólo una porción insignificante de la amenazante sustancia y no podía actuar más que en una reducida área. De nuevo, Jasper oyó los mismos ruidos alrededor del casco de la nave. El ominoso visitante buscaba una entrada, presionando, apretando y golpeando, tratando de encontrar un punto débil. Jasper corrió hasta su improvisada cámara compensadora de presión y constató con disgusto que la blanca niebla había logrado penetrar en el interior. La puerta externa había sido forzada. El vapor letal se había adueñado de toda la nave a excepción de la parte que Jasper aislara. Éste cogió un lanzarrayos que tenía a mano y efectuó una rápida conexión con una ranura cerrada de su lado de la cámara. Había previsto esa emergencia, y estaba preparado. Cuando la conexión quedó herméticamente asegurada, abrió la ranura y soltó una descarga de rayos contra la niebla que se acumulaba rápidamente y amenazaba derribar la compuerta interior. Vio que retrocedía y le embargó una alegría salvaje, mientras aquella sustancia se evaporaba y los mechones intocados huían a toda prisa de la cámara compensadora como alertados mediante algún poder telepático del peligro que corrían. El peligro había desaparecido allí, pero no con la suficiente rapidez, pues Jasper sabía del poder acumulado que la nube podía ejercer sobre la compuerta interior. Ya había sucedido antes.

Algo le advirtió que efectuara un rápido examen de las otras zonas de las cámaras que había aislado, y se alegró de haberlo hecho. Descubrió una nube de la odiosa niebla que exploraba y palpaba el interior de la cámara atmosférica. Una rápida ojeada a un sutil hilo blanco que se filtraba por la junta de una puerta que conducía a otra parte de la nave le mostró a Jasper el conducto de entrada. Destruyó la nube con toda presteza e introdujo una corriente de aire en el conducto utilizado, expeliendo la blanca niebla al someterla a su presión. Luego reforzó con celeridad la junta, que en circunstancias normales jamás hubiera cedido.

Jasper esperaba que la insidiosa sustancia no encontraría el medio de efectuar una entrada en masa, pues sabía que, en ese caso, nunca lograría dominarla con el lanzarrayos. Sería abatido irremisiblemente. Se le puso la carne de gallina sólo de pensarlo. Jasper era valiente y su temple había sido puesto a prueba muchas veces durante su intrépida

existencia, pero había maneras de morir mucho más atractivas para Jasper que la de ser asimilado y convertido en parte de la espantosa nube blanca. Regresó hasta su cámara compensadora de presión y descubrió, tal como se temía, que estaba otra vez llena del vapor blanco. Lo dispó y luego regresó prestamente a la cámara atmosférica. Todo estaba en orden. Examinó sin perder un instante los depósitos de provisiones y lanzó un suspiro de alivio. Ninguna entrada había cedido en aquel sitio. Se apresuró a volver a la cámara compensadora para combatir la niebla que se estaba acumulando en ella.

Para Jasper fue una larga y odiosa pesadilla. Esta vez la niebla blanca permaneció durante más tiempo que antes, posiblemente a causa de un acuciante apetito, exasperante y no satisfecho. Sin embargo, Jasper se dio cuenta de que la nube se autosustentaba. Una vez más durante ese lapso, forzó de nuevo la junta de la cámara atmosférica y Jasper tuvo que bregar denodadamente. Sus cronómetros registraron sesenta y dos horas antes de que el extraño habitante del anillo de Saturno se fuera tan misteriosamente como había venido. Hasta entonces, Jasper no pegó un ojo. Luego cayó rendido, pues instintivamente sabía que la nube blanca no regresaría durante un largo tiempo.

3

Renovado por el sueño, Jasper examinó la deteriorada cámara compensadora de presión y en ese instante tomó una importante resolución. Abandonaría la «City of Fomar» con sus numerosas posibilidades de ser invadida por la persistente niebla blanca y se instalaría en el resistente y hueco esferoide en el que había penetrado después de tantas dificultades. Durante los días siguientes, días que sólo registraron sus cronómetros en medio de las inmutables tinieblas del anillo de Saturno, Jasper se afanó con tanta dedicación para llevar a cabo su propósito como había trabajado para aislar la sección de la nave espacial. Provisto de una fuerte compuerta, estaba seguro de que la amenaza blanca jamás podría abrirse camino a través de la corteza metálica de la esfera.

El primer paso consistió en agrandar la abertura que había hecho de acuerdo con las medidas de las salidas de emergencia de la «City of Fomar». Removió dos de esas grandes troneras de la nave. Una de ellas la instaló en la boca exterior del pasadizo que se abría en la gruesa corteza de la esfera, y la otra en la interior. De esta manera, Jasper contó con una cámara compensadora de presión para entrar y salir de su refugio. Luego instaló mamparas y un piso, al cual aplicó la sustancia gravitacional que extrajo de los pisos de la nave espacial. Quedó dividido en cuatro estancias. Dos de ellas constituían su habitáculo. De las otras dos destinó una para almacenar provisiones y la otra para alojar la planta atmosférica y el calefactor que proyectaba trasladar de la nave espacial. En cuanto consiguió realizar la tarea, el viejo Jasper Jezzan se convirtió en un Robinson Crusoe cósmico.

Además de los alimentos, su depósito de provisiones contenía todos los elementos esenciales que pudo sacar de la nave. Para evitar que ésta quedara abandonada a su suerte y se alejara, la amarró al esferoide con un largo cable. Había constatado que se producían distintos desplazamientos entre las lunas, de acuerdo con su tamaño y el de los cuerpos vecinos. Leves influencias gravitacionales producían extraños fenómenos, y él había notado un lento cambio de posiciones en los esferoides vecinos desde el momento de la catástrofe.

Al fin, Jasper dio por terminado su refugio y no lamentó dejar la «City of Fomar» con sus espectrales recuerdos y el constante temor de recibir otra visita de la sustancia blanca. Durante la construcción del refugio, transcurrieron otros ocho meses de su existencia solitaria. Jasper se había hecho a la idea de soportar esa clase de existencia en las profundidades del anillo exterior de Saturno. El hecho de vivir allí no le angustiaba tanto como el pensamiento de morir carente de la compañía de la humanidad: solo y sin nadie

que cuidara de él. A veces se preguntaba si algún día, cuando se exploraran y colonizaran las lunas de Saturno, descubrirían su refugio y la abandonada nave. Este descubrimiento podría producirse al cabo de centenares o tal vez miles de años. Jasper era viejo y ya se había encontrado solo en el cosmos en otras ocasiones; sin embargo, nunca había sido un prisionero involuntario de él hasta entonces. Se preguntaba si la nube fantasmal lograría por fin llegar hasta él o si moriría de vejez. En cuanto a los alimentos, contaba con provisiones para vivir por lo menos veinte años más aún, según calculó, y tenía fe en los equipos generadores de calor y aire, así como en su capacidad, como mecánico cósmico, para mantenerlos en perfecto funcionamiento. Las máquinas no eran muy intrincadas, y disponía de los medios para reemplazar las piezas que fuese preciso cambiar. Jasper todavía conservaba una cámara instalada a bordo de la nave espacial. Era el taller mecánico. Trabajaba allí embutido en su traje espacial.

Cuando el refugio del esferoide quedó terminado sintió alivio y experimentó un cierto desencanto; alivio, porque ahora se encontraba más protegido contra el blanco enemigo; desencanto, porque el tiempo de nuevo comenzaba a pesarle como una carga en sus manos. Agradecía los libros, las cintas audiovisuales y los demás medios de educación y entretenimiento que había a bordo de la «City of Fomar», pero todo ello no tardaría en resultarle demasiado familiar y hartó conocido.

Jasper ya llevaba más de seis meses viviendo en su nueva morada cuando, durante uno de sus períodos de descanso, le despertó un tremendo topetazo que puso su esferoide en movimiento. Aquella inusual alteración del monótono silencio y la relativa estabilidad del anillo de Saturno hizo que Jasper saliera disparado de la cama. Encendió los poderosos reflectores de la «City of Fomar» mediante el control remoto y, a través de la faz transparente de la tronera exterior de su cámara de compensación, vislumbró un sorprendente espectáculo. Todas las lunas estaban cambiando de posición. Se transmitían el movimiento bajo el efecto de una perturbación no visible. Los esferoides golpeaban a sus compañeros, luego se detenían mientras proseguían la inmutable transmisión de inercia. Su propia esfera se estaba moviendo. Finalmente impulsó con suavidad otro cuerpo celeste. La nave abandonada había sido empujada hasta una posición más cercana, y el cable pendía formando una curva fantástica. Otra luna golpeó el refugio; el súbito impacto le hizo perder el equilibrio a Jasper. Los esferoides que no chocaban directamente con otros continuaban desplazándose; su movimiento cesaba al golpear a otro cuerpo. No había pérdida de movimiento, ni éste disminuía a causa de la gravedad: pasaba de una esfera a otra. Jasper comprendió que esos contactos continuaban en el mismo sentido y en distintas tangentes a lo largo de todo el anillo. No se explicaba qué fuerza había puesto los esferoides en movimiento. Quizás un enjambre de meteoritos había rozado el anillo. Jasper se quedó observando hasta que la zona recobró la inmovilidad, y no se acostó de nuevo hasta que todo permaneció silencioso y tranquilo.

Cuando se despertó y miró al exterior, lo que vio le heló la sangre. Una niebla nubosa oscurecía la tronera de entrada al refugio. Con los lanzarrayos de radio instalados en el exterior, dispuestos de manera de obtener un fuego cruzado, y accionados desde el interior, Jasper eliminó la que obstruía su visión. La nave estaba cubierta de un manto nívico dotado de vida: se hinchaba y se retorció como una ola. Jasper sabía que aquel manto no era más que la fuerza de apoyo de la densa sustancia que había penetrado sin encontrar resistencia en el interior de la «City of Fomar» y exploraba ávidamente todos los recovecos de la nave, asimilando cualquier cosa de origen orgánico que tocaba. Incluso el cable que amarraba la nave al refugio de Jasper estaba completamente cubierto de una espesa capa de la extraña sustancia.



Jasper experimentaba una intensa sensación de seguridad. Ya no temía a la niebla blanca. Sentía curiosidad. Se preguntaba si había alguna relación entre el retorno de la blanca sustancia y la reciente agitación de los esferoides. ¿Acaso aquellas nubes malignas habían provocado la conmoción, o bien ésta había despertado y estimulado la niebla? Jasper no se explicaba dónde se refugiaba la niebla ni en qué hacía cuando no asediaba la nave y su refugio. Decidió experimentar con ella.

En las profundidades del anillo, Jasper creó una perturbación artificial. A bordo de la «City of Fomar» había explosivos, y él colocó seis cargas en la superficie de otras tantas lunas situadas a prudente distancia de su refugio. Desde su esfera las hizo estallar mediante impulsos de radio. Los esferoides se desplazaron súbitamente de su centro común y transmitieron su movimiento a sus vecinos más cercanos, ad infinitum.

Jasper esperó pacientemente. Había armado una trampa para atrapar una porción de la niebla blanca. Se proponía analizarla cuando volviera, si es que volvía. Esperó durante horas, pero no vio señal alguna del terror blanco que residía en los desconocidos ámbitos del anillo. Cuando ya comenzaba a pensar que se había equivocado, el corazón le dio un salto al ver de pronto las sutiles y blancas hebras que se retorcián cual humo luminoso en torno de los esferoides más cercanos.

De nuevo se concentró alrededor de la nave y recorrió su interior, arracimándose también, de manera instintiva, en torno al refugio, como si mediante un sutil sentido o intuición supiera que contenía un raro ser en su seno. Jasper, al igual que en las visitas anteriores, experimentó sus extraños efectos en su organismo. Le causaba desazón. Parecía ejercer una irritante influencia en su cuerpo, en grado menor que los poderosos efectos que había causado en el equipo eléctrico de la «City of Fomar» durante su visita inicial. La niebla permaneció durante el lapso habitual y luego desapareció.

Cuando Jasper estuvo seguro de que se había alejado totalmente, se puso el traje espacial y efectuó un rápido viaje hasta la nave. Lleno de impaciencia, su espíritu se animó ebrio de triunfo al constatar que la trampa había funcionado, encerrando automáticamente en su interior una pequeña porción de la blanca niebla. Contempló la inerte sustancia a través de la faz transparente de la caja herméticamente cerrada. Con ella en su poder, regresó prestamente al refugio.

Durante los días siguientes experimentó más interés del que había sentido nunca desde el momento en que quedó allí abandonado, casi tres años antes. Estudió la extraña materia y efectuó experimentos con ella. Estaba viva. Ninguna ciencia terrestre había conocido nada que se le pareciera. De ello, Jasper estaba seguro. La mantuvo siempre dentro de algún recipiente, trasvasándola de uno a otro receptáculo. Por tratarse de un vapor, poseía un peso sorprendente. Jasper en ningún momento dejó que le tocara, aunque sabía que el metal era impenetrable para aquella sustancia. A veces, se tornaba casi sólida; a menudo, como un líquido en estado de inactividad, se acumulaba en un rincón de la caja metálica. Jasper comprobó que raras veces adquiría la forma gaseosa, el estado en que siempre la había visto antes. Ello se le hizo más comprensible cuando agitaba la caja o agitaba la sustancia por otros medios y entonces la veía tornarse gaseosa. Asumía la forma de vapor cuando era excitada y activada violentamente. En estado líquido, era reposada; en estado sólido, inactiva. Descubrió que era altamente radiactiva.

Poseía otras extrañas propiedades que Jasper no podía comprobar por carecer de los medios adecuados y la preparación especializada requerida. La alimentaba con trozos de cuero, de lana y partículas de comida, todo lo cual era absorbido por la niebla blanca. Debido a esa alimentación, la nubecita aumentó de volumen. Jasper se estremeció al pensar en lo que podría suceder si aquella sustancia radiactiva llegara a extenderse por la Tierra o uno de sus planetas hermanos. Sin embargo, había un medio de destruirla. Los rayos de

radio eran muy efectivos. El frío extremo era el ambiente natural de la niebla blanca; no obstante, se requería un alto grado de calor, casi al punto de ebullición del agua, para destruirla. Como era de suponer, el calor la dilataba.

Los pensamientos de Jasper recorrían los canales de la teoría científica. ¿Qué era aquella extraña vida? ¿Había nacido en el anillo de Saturno, o procedía de algún lejano rincón del universo? Probablemente era sempiterna e inmortal como los esferoides del anillo de Saturno o como Saturno mismo. ¿Acaso había habido vida en el satélite de Saturno antes de desintegrarse? ¿Acaso aquella niebla lechosa, que poseía existencia propia y se subdividía y fusionaba a voluntad, constituía la última etapa en la evolución de la vida en aquel satélite del pasado? Jasper no cesaba de pensar, sin embargo éstas eran las únicas teorías que podía discurrir, las cuales no eran más fantásticas que la materia viviente que le desafiaba y provocaba la elaboración de esas sesudas posibilidades.

Mantuvo la blanca niebla cuidadosamente confinada y, poco a poco, fue perdiendo interés por ella. Conocía todo cuanto le era posible saber sobre aquella sustancia.

4

El tiempo transcurría cada vez con más lentitud. Jasper agotaba rápidamente los temas y motivos que podían despertar su interés. Y llegó al punto en que poco le importaba lo que pudiera sucederle en lo futuro. Se arriesgaba más que nunca, vagando cada vez más lejos, protegido por su traje espacial, entre los esferoides. Se sorprendió al descubrir que había desarrollado como un instinto para orientarse en el anillo de Saturno, y en dos ocasiones se atrevió a poner a prueba su capacidad, penetrando profundamente en las tinieblas que rodeaban a los esferoides hasta más allá de donde alcanzaban los débiles rayos de los reflectores de la nave. Contaba con la única iluminación que le proporcionaban las linternas de su traje espacial. Las dos veces retornó sin desviarse de su ruta y sin un instante de vacilación. Había llegado a un punto en que otorgaba muy poco valor a su vida. Incluso la posibilidad de un encuentro con la niebla blanca entre las lunas no le causaba temor alguno. Lo que más anhelaba era escuchar el sonido real de una voz humana y más que eso la proximidad y relación con la humanidad. La soledad en el anillo era terrible. Si tan sólo se hubiera encontrado en el espacio sideral, habría podido soportarlo mejor. Entonces habría podido ver las estrellas, las mismas constelaciones cuya perspectiva no debía de diferir de manera notable desde la órbita de Saturno, que desde la de los demás planetas más cercanos al Sol. Él había conocido la soledad de los espacios cósmicos, pero siempre había gozado de la compañía de las resplandecientes estrellas en aquellas pasadas ocasiones. En el anillo de Saturno, era como estar enterrado bajo innumerables lápidas enormes, en la oscuridad de una inmensa tumba, en la cual le estaba permitido deambular.

Llegó a sentirse acompañado entre los mudos restos de los huesos calcinados de sus camaradas muertos, a bordo de la «City of Fomar», y se dio cuenta de que ansiaba unirse a ellos. Ese deseo se convirtió en una obsesión enfermiza, que Jasper se apresuró a alejar de su mente antes de que se agravara. Se encogió de hombros e hizo acopio de valor para enfrentar los acontecimientos y seguir viviendo. Mientras su mente conservara el equilibrio y le quedase un ápice de cordura, estaba seguro de que no desfallecería.

El malhumor de Jasper, sin embargo, se fue acentuando. Llegó a alterar la paz de su sueño. Una noche, finalmente, no durmió en absoluto. La noche para Jasper era tan sólo el período de descanso de una estudiada ordenación terrestre. Cada vez que apagaba las luces era de noche. En esta ocasión, empero, permaneció despierto todo el tiempo. Una desazón se posesionó de él; se trataba de una sensación conocida, tan conocida que le obligó a escrutar las tinieblas en busca de alguna señal de la amenaza blanca. Pero ésta no se cernía

sobre él, a menos que acechara escondida tras las lunas cercanas, y Jasper sabía que eso no cabía en su manera de comportarse. Sus nervios y su imaginación le estaban traicionando.

Sin embargo, un espantoso descubrimiento realizado durante las siguientes horas de vela le reveló la causa de su inquietud. Sus nervios y su imaginación no le habían traicionado. La blanca niebla estaba cerca, pero no en las proximidades de su refugio donde él la había buscado. Cuando fue al depósito de provisiones, se encontró con una enorme nube gris, que extendía el vaporoso pedúnculo hacia él. Los sobreexcitados nervios de Jasper estallaron ante el maligno descubrimiento. Salió corriendo del depósito de provisiones y aseguró la puerta de acero, obsesionado por la horrible visión de la niebla blanca invadiendo la seguridad de su refugio. El roto receptáculo donde había mantenido encerrada la muestra de vida radiactiva y los envases de comida aplastados y desparramados por el suelo contaban una muda y horrible historia. Aquella pequeña porción de vida había logrado fugarse, y luego devoró sus reservas de alimentos, asimilándolos, hasta adquirir aquellas peligrosas dimensiones. Había más sustancia radiactiva de la que él consideraba posible eliminar con un lanzarrayos de radio. Sólo lo intentaría como último recurso.

Logró dominarse. Debía deshacerse de aquella nube blanca. Decidió intentarlo, expulsando aquella sustancia del esferoide hacia el espacio, permaneciendo preparado con uno de los más poderosos lanzarrayos para el caso de que le fracasara el plan. Rechazó la idea de utilizar el lanzador de rayos dentro del refugio a menos que fuese necesario, pues su uso en la cámara compensadora de presión en la nave espacial había sido tan destructor como la niebla blanca.

Se puso el traje espacial, desconectó los generadores de aire y calor del refugio y procedió a abrir las dos compuertas de la cámara compensadora. Luego abrió la puerta que conducía al depósito de provisiones y esperó, de espaldas contra el rincón más alejado, con el lanzarrayos de radio preparado. El indeseable inquilino no apareció. Jasper lanzó una cauta mirada al interior y le vio suspendido sobre las cajas desparramadas de sus saqueadas provisiones alimentarias. Las latas aparecían aplastadas con restos del contenido que rezumaba. Jasper disparó una débil carga contra la masa gris. Ésta se agitó, se expandió, se elevó abandonando los objetos de su voracidad y envió serpentina hebras exploradoras en busca de la fuente del azote agostador. Un glóbulo de la maligna sustancia se precipitó hacia la puerta, y Jasper retrocedió precipitadamente, con el lanzarrayos dispuesto. Desde el muro opuesto, observó cómo el fragmento de nube explorador se detenía en el umbral y lo examinaba con total independencia de la masa principal, que no emergió. Mientras miraba, Jasper vio aparecer más y más sustancia del depósito, hasta que comprendió que se había fusionado enteramente una vez más. Penetró en su habitáculo con indolencia, como en plan de reconocimiento. De espaldas al muro, Jasper esperaba que se acercara a la abertura invitadora de la cámara de presión y recuperara la libertad a que estaba acostumbrada en el espacio. Pero también estaba preparado, por si avanzaba hacia él.

Jasper permanecía horrorizado y atento a los caprichos de la nube. Deseaba que se dirigiera al abierto pasadizo y se deslizase hacia el espacio. La vio moverse a lo largo del muro más cercano a la cámara de presión. Jasper volvió la vista hacia la puerta del depósito, donde flotaba indecisa una pequeña porción de la nube. Observó con atención la rezagada partícula. Cuando volvió a mirar la cámara de presión, su corazón latió con más fuerza, esperanzado. Una blanca hebra fluía a través de la abertura. Una porción avanzada de la nube había descubierto la salida. En más de una ocasión, Jasper se había preguntado qué clase de señales telepáticas debía de transmitir la materia fragmentada. Él creía que el resto de la nube gris sería advertida de aquella retirada hacia el espacio y que se uniría a la

vanguardia de exploración. Aquella porción que permanecía en el umbral del depósito se había fusionado con la masa principal.

De pronto le llamó la atención una desconcertante diferencia que percibió. La niebla que permanecía en la cámara de presión poseía su habitual blanco intenso que él conocía. La nube que se movía por la pared de la puerta del depósito era gris. Un incipiente horror se apoderó de él al comprender con estupor lo que sucedía, y el creciente aumento de volumen de la sustancia blanca en la cámara justificaba sus peores temores. Ésta no formaba parte de la nube gris del depósito. ¡ Estaba introduciéndose en el refugio procedente del espacio y no saliendo de él! ¡El peligro blanco había vuelto! La nube gris del depósito, por algún misterioso medio de comunicación, había convocado a los fragmentos afines diseminados entre los esferoides del anillo... y la legión de la muerte había respondido.

Jasper se precipitó vacilando a la cámara compensadora de presión y trató de cerrarla ante las fuerzas destructoras que le amenazaban. Correspondiendo a estos rápidos movimientos de su parte, se produjo una intensa agitación en la niebla procedente del exterior, la cual se hinchaba y penetraba tan rápidamente que el lanzarrayos de Jasper, puesto en funcionamiento prestamente, no podía contenerla ni destruirla con la suficiente celeridad y en la cantidad necesaria como para que él pudiera llegar a cerrar las compuertas de la cámara de presión. Un muro blanco se expandió, descargando un poderoso golpe que lanzó a Jasper al otro lado de la estancia. La blanca niebla se le acercó con más lentitud mientras él se incorporaba y apretaba el gatillo del lanzarrayos, con la espalda apoyada en la pared.

Blancas lenguas letales saltaban hacia delante y le tocaban, provocando un frenesí de horror paralizante cada vez que el blanco gas rozaba tan sólo su traje espacial. Las radiaciones de radio desintegraban y destruían los blancos pedúnculos mientras la masa principal avanzaba demoledoramente. Bañado en sudor, y exhausto, Jasper se debatía frenéticamente librando su batalla perdida. El delirio obnubilaba en parte su razón, pero de ninguna manera alteraba su eficiencia. Jasper blandía el lanzarrayos como un demonio demente en los abismos del infierno. Las radiaciones taladraban agujeros en la nube compacta y la rasgaba en tiras, pero en seguida se llenaba de nuevo. Los electrizantes contactos se hacían cada vez más frecuentes. A Jasper los brazos le pesaban como si fuesen de plomo. Sintió que se le debilitaban los sentidos y trató de resistir desesperadamente. Había momentos en que su visión se oscurecía, y la nube blanca parecía tornarse roja. De pronto le flaquearon las rodillas y se deslizó por la pared hasta quedar sentado en el suelo, mientras el lanzarrayos oscilaba más lentamente. La nube blanca se precipitó hacia donde había estado su cabeza instantes antes. El aliento entrecortado de Jasper silbaba como un escape de vapor dentro del casco del traje espacial.

Jasper no comprendía por qué la blanca niebla no acababa con él. Sus esfuerzos se volvían menos furiosos. Sus movimientos se tornaban mecánicos. Se sentía demasiado débil como para poder resistir mucho tiempo más. Comprendía lo que eso significaba, pero hasta su fuerza de voluntad clamaba por un descanso, un largo e infinito reposo. La niebla blanca parecía estar esfumándose. Estaba retrocediendo. Jasper pudo distinguir los objetos de su habitáculo. Vio cómo la blanca niebla se precipitaba rápidamente por la cámara de presión, y se quedó vagamente sorprendido. Su mente quedó en blanco y las fuerzas abandonaron su exhausto cuerpo. El lanzarrayos se desprendió de sus dedos inertes, su energía letal se extinguió al cesar la presión sobre el gatillo.

Jasper nunca supo cuánto tiempo permaneció tendido bajo la sola protección de su traje espacial, fácil presa en el caso de regresar la niebla blanca. El frío glacial del espacio había invadido el refugio. Las luces aún estaban prendidas. Tanto la compuerta exterior como la interior de la cámara de presión permanecían abiertas. Al recobrar el sentido, Jasper miró a

su alrededor. Se levantó y se dirigió trastabillando hasta el umbral de la puerta del depósito. Echó una mirada al interior. La amenaza blanca había desaparecido completamente. Sin embargo, eran muy escasas las provisiones que quedaban. La muerte por inanición era inevitable. A pesar de todo, Jasper se sentía contento. Prefería morir de cualquier otra manera. Con lentitud, deambuló por el refugio en su traje espacial efectuando reparaciones provisionales.

No cesaba de preguntarse por qué la niebla blanca había abandonado el refugio y sus alrededores de manera tan súbita, pero había muchos misterios inexplicables respecto de la extraña sustancia que escapaban a su comprensión.

De pronto suspendió su tarea de soldar y fundir. Unas luces brillaron en el exterior de su refugio. Él no había conectado los reflectores de la nave abandonada, y no comprendía qué podía haberlos encendido. Miró a través de la doble compuerta de la cámara de presión. Otra nave espacial se desplazaba al costado de la «City of Fomar». Indescriptibles emociones dominaban a Jasper mientras penetraba temblando en su cámara compensadora de presión y cerraba la compuerta interior. Una explicación al extraño comportamiento de la niebla blanca cruzó velozmente por su mente. Cuando aquella nave desconocida entró en el anillo, se produjo una perturbación de mayor envergadura. La niebla blanca se había despertado y descendido hacia la nave abandonada y el refugio... y se alejó al aproximarse la nave espacial con el fin de atacar lo que ejercía una mayor atracción. Jasper comprobó, sin embargo, que ninguna clase de niebla acompañaba a la nave desconocida.

Bregó torpemente con la puerta exterior y la abrió. Dándose impulso con sus pies, atravesó con celeridad el vacío que le separaba del costado de la nave espacial. Encontró la compuerta externa de la cámara compensadora de presión atractivamente abierta. Un chorro de aire era inyectado al compartimiento donde él entró. Rostros, seres humanos, le contemplaban con simpatía y estupefacción. Se abrió la compuerta interior, y un hombre le ayudó a sacarse el casco espacial que pesaba sobre sus desgreñados cabellos grises. Jasper Jezzan contemplaba ávidamente los rostros de los hombres agrupados en torno de él, demasiado sobrecogidos momentáneamente para poder hablar. Con lágrimas que se deslizaban por sus mejillas, al fin logró encontrar su voz.

- ¡Gente! - exclamó, trémulamente -. ¡Seres humanos! ¡Seres de carne y hueso al fin!

## **Philip K. Dick - SERVICIO DE REPARACIONES**

Sería aconsejable explicar qué estaba haciendo Courtland justo antes de que sonase el timbre.

En su ostentoso apartamento de la calle Leavenworth, donde el monte Russian Hill desciende hasta la llana extensión de la Playa Norte y finalmente a la propia Bahía de San Francisco, David Courtland estaba sentado con su cuerpo doblado sobre un montón de informes rutinarios, una carpeta semanal con información técnica sobre los resultados de las pruebas de Mount Diablo. Como director de investigación de Pinturas Pesco, Courtland estaba preocupado por la durabilidad comparativa de varias superficies elaboradas por su compañía. Las tablillas tratadas se habían estado cociendo y habían sudado lo suyo en el calor de California durante quinientos sesenta y cuatro días. Había llegado la hora de ver la resistencia a la oxidación del recubrimiento poroso y ajustar la planificación de la producción en consecuencia.

Inmerso en los intrincados datos técnicos, Courtland no escuchó al principio el timbre. En una esquina de la sala de estar su amplificador de alta fidelidad Bogen, con disco giratorio, estaba reproduciendo una sinfonía de Schumann. Su mujer, Fay, estaba limpiando los cacharros de la cena en la cocina. Los dos niños, Bobby y Ralf, estaban ya en sus literas, durmiendo. Al ir a coger su pipa, Courtland se reclinó de la mesa un momento, se pasó una gruesa mano por su escaso pelo gris... y escuchó el timbre.

—Demonios —dijo.

Se preguntó vagamente cuantas veces habría sonado la discreta campanilla; recordaba subliminal y nebulosamente repetidos intentos por atraer su atención. Ante sus cansados ojos la montaña de informes fluctuaba y se batía en retirada. ¿Quién demonios sería? Pero su reloj marcaba las nueve y media, realmente no podía quejarse, aún.

—¿Quieres que lo atienda yo? —dijo con claridad a Fay desde la cocina.

—Yo lo atenderé.

Fatigosamente, Courtland se levantó, se calzó las zapatillas y avanzó pesadamente por la sala, pasando junto al sofá, la lámpara de pie, el revistero, el fonógrafo y la librería hasta llegar a la puerta. Era un grueso ingeniero de mediana edad y no le gustaba que la gente le interrumpiese su trabajo.

En el vestíbulo había un visitante desconocido.

—Buenas noches, señor —dijo el visitante, examinando fijamente un portapapeles—. Siento molestarle.

Courtland le dedicó una mirada agria al joven. Un vendedor, probablemente. Delgado, rubio, camisa blanca, corbata, traje azul de solapa simple, el joven seguía allí de pie sujetando su portapapeles con una mano y un abultado maletín negro en la otra. Sus huesudos rasgos mostraban una expresión de adusta concentración. Tenía un aire de confusión típica de los estudiosos; cejas fruncidas, labios tensos y juntos, los músculos de sus mejillas empezaban a contraerse de forma preocupante. Levantando la mirada, pregunto:

—¿Es este el 1846 de Leavenworth? ¿Apartamento 3A?

—En efecto —dijo Courtland, con la infinita paciencia de un animal lento.

El ceño fruncido de la cara del hombre se relajó mínimamente.

—Muy bien, señor —dijo en tono apremiante. Mirando más allá de Courtland, al interior del apartamento, añadió— Siento molestarle a estas horas, mientras está trabajando, pero como usted probablemente sepa hemos estado muy atareados el último par de días. Esa es la razón por la cual no hemos podido atender antes su llamada.

—¿Mi llamada? —repitió Courtland. Bajo su cuello desabotonado estaba empezando a sentir como le subía un ardor. Sin duda alguna, Fay tenía algo que ver con aquello; algo que ella pensaba que él debería haber arreglado, algo vital para una agradable vida hogareña—. ¿De qué demonios está hablando? —preguntó—. Vaya al grano.

El joven se ruborizó, tragó saliva ruidosamente, trató de sonreír y se apresuró a decir con voz ronca:

—Señor, soy el técnico de reparaciones que solicitó, estoy aquí para arreglar su swibble.

La réplica jocosa que acudió a la mente de Courtland fue del tipo que sólo habría usado en sus sueños más profundos. «Quizás», deseó decir, «yo no quiera arreglar mi swibble. Quizás quiera mi swibble tal como está» Pero no lo dijo. En su lugar, parpadeó, dejó que la puerta se abriese ligeramente y dijo:

—¿Mi qué!?

—Sí, señor —insistió el joven—. El registro de la instalación de su swibble nos llegó como cabía esperar. Normalmente realizamos una comprobación automática de ajuste, pero su llamada llegó antes de que lo hiciésemos. Así que aquí estoy con un equipo de reparaciones completo. Ahora, en lo referente a la naturaleza de su queja en concreto... — El joven buscó enérgicamente entre el montón de papeles de su portafolios—. Bien, no tiene ningún sentido que lo busque; usted puede decírmelo de palabra. Como probablemente sabrá, señor, nosotros oficialmente no somos parte de la empresa vendedora... tenemos lo que se denomina una cobertura de seguro que cobra existencia automáticamente cuando se realiza la compra. Por supuesto, puede rescindir el acuerdo con nosotros. —Intentó hacer un chiste—. He oído que hay un par de competidores en el negocio de las reparaciones.

Una seria expresión de profesionalidad reemplazó al humor. Estirando su enjuto cuerpo, terminó diciendo:

—Pero déjeme decirle que nosotros hemos estado en el negocio de reparación de swibbles desde que el viejo R.J. Wright presentó el primer modelo experimental A-propulsado.

Por un instante, Courtland no dijo nada. Una fantasmagórica sucesión de imágenes fluyó por su mente: pensamientos aleatorios cuasi-tecnológicos, evaluaciones reflejas y reflexiones sin importancia. Así que los swibbles se estropean, ¿verdad? Negocios de mantenimiento a largo plazo... envían un técnico de reparaciones tan pronto como la venta está cerrada. Tácticas monopolísticas... para expulsar a la competencia antes de que tengan una oportunidad. Comisiones para la sociedad matriz, probablemente con cuentas cruzadas.

Pero ninguno de sus pensamientos se ocupaba del asunto básico. Con un enérgico esfuerzo se obligó a prestar atención de nuevo al impetuoso joven que esperaba nervioso en el vestíbulo con su maletín negro de reparaciones y su portapapeles.

—No —dijo Courtland enfáticamente—, no, su dirección no es la correcta.

—¿Sí, señor? —el joven titubeó educadamente, con un tono de afligido abatimiento en sus rasgos—. ¿La dirección equivocada? Buen Dios, ese nuevo mecanismo me ha vuelto a enviar a otra dirección errónea...

—Será mejor que vuelva a consultar sus papeles de nuevo —dijo Courtland, empujando con aspereza de la puerta—. Sea lo que demonios sea un swibble, yo no tengo ninguno; y yo no le he llamado.

Mientras cerraba la puerta advirtió el horror final en la cara del joven, una parálisis estupefacta. Entonces la brillante superficie de madera pintada de la puerta se interpuso en la visión y Courtland regresó cansinamente a su escritorio.

Un swibble. ¿Qué demonios era un swibble? Se sentó malhumorado e intentó seguir en el punto que lo había dejado... pero sus pensamientos estaban totalmente desbaratados.

No existía nada que se llamase swibble. Y él estaba al día, industrialmente hablando. Leía el U.S. New y el Wall Street Journal. Si existiese tal swibble habría oído hablar de él... salvo que un swibble fuese algún aparatejo para el hogar. Quizás fuese eso.

—Oye —le gritó a su mujer cuando Fay apareció momentáneamente por la puerta de la cocina con un paño de cocina y un plato azul sauce en sus manos—. ¿De qué va esto? ¿Sabes algo sobre swibbles?

Fay sacudió su cabeza.

—No tengo ni idea.

—¿No encargaste un swibble a.c.-d.c. de plástico y cromo de Macy's?

—Con toda seguridad, no.

Quizás fuese algo para los niños. ¿Quizás fuese la última moda en el colegio, el cuchillo, tarjeta inteligente o chuchería de moda del momento? Pero los niños de nueve años no compraban cosas que necesitasen un técnico de reparaciones cargado con un enorme maletín negro de herramientas, no con una paga de cincuenta centavos a la semana.

La curiosidad se sobrepuso al disgusto. Tenía que saber, aunque solo fuese para que constase, qué era un swibble. Se levantó, corrió a la puerta del vestíbulo y la abrió rápidamente.

El vestíbulo estaba vacío, por supuesto. El joven se había marchado. Quedaba un débil olor a colonia para hombre y transpiración nerviosa, pero nada más.

Nada más excepto un papel boca abajo que se había caído del portapapeles del hombre. Courtland se agachó y lo recogió del felpudo. Era una copia de carbón de una orden de reparación, junto a un código de identificación, el nombre de la empresa de reparaciones y la dirección de la persona que había llamado.

1846 Leavenworth Street S.F. Video-llamada recibida por Ed Fuller 9:20 P.M. 5-28. Swibble 30s15H (deluxe). Se recomienda comprobar la retroalimentación lateral y reemplazar el banco neural. AAw3-6.

Los números, la información, no le decían nada a Courtland. Cerró la puerta y regresó lentamente a su escritorio. Alisó la arrugada hoja de papel y releyó las desvaídas palabras de nuevo, tratando de extraer algún significado de ellas. El membrete impreso era:

**ELECTRONIC SERVICE INDUSTRIES**

455 Montgomery Street, San Francisco 14. Ri8-4456n

Fundada en 1963

Eso era. La exigua afirmación impresa: Fundada en 1963. Con manos temblorosas, Courtland buscó mecánicamente su pipa. Ciertamente, eso explicaba porqué nunca había oído hablar de los swibbles. Explicaba porqué no tenía uno... y porqué, no importaba a cuántas puertas del edificio de apartamentos llamase, el joven técnico de reparaciones no encontraría a nadie que tuviese uno.

Los swibbles aún no habían sido inventados.

Tras un intervalo en el que pensó intensa y furiosamente, Courtland descolgó el teléfono y marcó el número de su subordinado en los laboratorios Pesco.

—No me importa —dijo cautelosamente— qué estés haciendo esta tarde. Te voy a dar una serie de instrucciones y quiero que las llesves a cabo inmediatamente.

Al otro lado de la línea podía oírse a Jack Hurley resoplar enfadado.

—¿Esta noche? Escucha, Dave, la empresa no es mi madre... Tengo vida propia. Si se supone que tengo que acudir a la carrera...



—Esto no tiene nada que ver con Pesco. Quiero una grabadora y una cámara con lente infrarroja. Quiero que consigas un taquígrafo judicial. Quiero uno de los electricistas de la empresa... escógelos bien, quiero al mejor. Y quiero a Anderson, de la sección de ingeniería. Si no puedes conseguirle, tráete a alguno de nuestros diseñadores. Y quiero a alguien de la línea de montaje; consigue a algún viejo mecánico que conozca su oficio. Que conozca de verdad las máquinas.

Dubitativamente, Hurley dijo:

—Bueno, tú eres el jefe; al menos, eres el jefe de investigación. Pero creo que tendrás que aclarar esto con la empresa. ¿Te importaría si hablo con tu jefe y obtengo permiso de Pesbroke?

—Adelante. —Courtland tomó la decisión sobre la marcha—. Mejor aún, le llamaré yo mismo, probablemente quiera saber que vamos a hacer.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Hurley con curiosidad—. Nunca te había oído hablar de esa forma antes... ¿ha inventado alguien una pintura autopulverizadora?

Courtland colgó el teléfono, esperó un interminable momento y marcó el número de su superior, el dueño de Pinturas Pesco.

—¿Tiene un minuto? —preguntó con seguridad cuando la esposa de Pesbroke hubo despertado al hombre de pelo cano de su siesta y le hubo dado el teléfono—. Estoy metido en algo grande; me gustaría hablarle de ello.

—¿Tiene algo que ver con la pintura? —masculló Pesbroke, medio en serio medio en broma—. Si no es así...

Courtland le interrumpió. Hablando muy despacio, le describió detalladamente su contacto con el técnico de reparaciones del swibble.

Cuando Courtland hubo acabado, su jefe siguió en silencio.

—Bien, —dijo finalmente Pesbroke—, supongo que puedo saltarme algunos procedimientos. Puesto que ha conseguido interesarme. De acuerdo, me hago cargo. Pero —añadió en voz baja— si es una elaborada pérdida de tiempo, le pasaré factura por el uso de los hombres y el equipo.

—Con pérdida de tiempo... ¿quiere decir si no obtenemos nada rentable de esto?

—No —dijo Pesbroke—. Quiero decir si sabe de antemano que es una estafa; si me está gastando una broma a sabiendas. Tengo migraña y no consentiré bromas. Si habla en serio, si realmente cree que esto puede ser algo, cargaré los gastos en las cuentas de la empresa.

—Hablo en serio —dijo Courtland—. Usted y yo somos ambos condenadamente viejos para andar con jueguecitos.

—Bien —reflexionó Pesbroke—, cuanto más viejo eres, más proclive te vuelves a explorar las profundidades, y esto suena muy profundo. —Podía oír como trabajaba su mente—. Telefonaré a Hurley y le daré la autorización. Podrá disponer de todo lo que quiera... Supongo que intentará localizar a ese técnico de reparaciones y descubrir qué es realmente.

—Eso es lo que pretendo hacer.

—Suponga que dice la verdad... entonces, ¿qué?

—Bien —dijo Courtland cautelosamente— entonces averiguaré lo que es un swibble. Para empezar. Quizás después...

—¿Cree que regresará?

—Podría ser. No va a encontrar la dirección correcta, eso lo sé. Nadie en este vecindario llamó a un técnico de reparaciones de swibbles.

—¿Y qué importa qué es un swibble? ¿Por qué no averigua como llegó desde su tiempo futuro hasta aquí?

—Creo que sabe lo que es un swibble... y no creo que sepa cómo llegó aquí. Ni siquiera sabe que está aquí.

Pesbroke se mostró de acuerdo.

—Es razonable. Si voy hasta ahí, ¿me permitirá estar presente? Me encantaría presenciarlo.

—Claro —dijo Courtland, sudando, con la vista puesta en la puerta cerrada del vestíbulo—. Pero tendrá que verlo desde otro cuarto. No quiero que nada estropee esto... nunca tendremos otra oportunidad

Refunfuñando, el equipo reclutado de la empresa llegó al apartamento y esperó instrucciones de Courtland. Jack Hurley, con camisa hawaiana, bermudas y camperas, miraba oscuramente a Courtland y movía su puro en la boca.

—Aquí estamos; no sé qué le contaste a Pesbroke, pero ciertamente le pusiste en marcha. —Recorriendo con la mirada el apartamento, preguntó— ¿Puedo dar por supuesto que vamos a tener la reunión ahora? No hay mucho que pueda hacer esta gente sin que comprendan antes a lo que se van a enfrentar.

En la puerta del dormitorio estaban los dos hijos de Courtland, medio dormidos de sueño. Fay se los llevó dentro nerviosamente y los metió de vuelta en sus camas. En la sala de estar los diversos hombres y mujeres ocupaban posiciones indeterminadas, en sus rostros se observaba una inquieta y airada curiosidad y una aburrida indiferencia. Anderson, el ingeniero, actuaba de forma distante e indiferente. MacDowell, el operario barrigón y caído de hombros de la cadena de montaje, observó con resentimiento proletario el caro mobiliario del apartamento y se hundió en una apatía abochornada cuando se percató de sus botas de trabajo y sus pantalones llenos de grasa. El especialista en grabaciones estaba tirando cables desde sus micrófonos a la grabadora colocada en la cocina. Una esbelta joven, la taquígrafa judicial, trataba de ponerse cómoda en una silla de la esquina. En el sofá, Parkinson, el electricista de emergencias de la fábrica, hojeaba con desgana un ejemplar de Fortune.

—¿Dónde está el equipo de cámara? —preguntó Courtland.

—Viene de camino —respondió Hurley—. ¿Pretendes atrapar a alguien que vaya a llevar a cabo el viejo timo del Tesoro Español?

—Para eso no necesitaría un ingeniero ni un electricista —dijo Courtland secamente. Tenso, comenzó a dar vueltas por la sala de estar—. Probablemente no volvamos a verle; probablemente esté de vuelta en su tiempo a estas alturas, o vagando por Dios sabe dónde.

—¿Quién? —chilló Hurley, echando bocanadas de gris humo de puro debido a la agitación creciente— ¿Qué va a suceder?

—Un hombre llamó a mi puerta —relató Courtland brevemente—. Habló de cierta maquinaria, un equipo del que nunca oí hablar, de algo llamado swibble.

Todos en el cuarto se quedaron taciturnos y en silencio.

—Averigüemos lo que es un swibble —continuó Courtland ásperamente—. Anderson, empiece. ¿Qué podría ser un swibble?

Anderson sonrió burlonamente.

—Un anzuelo para pescar.

Parkinson se ofreció voluntario para continuar con las suposiciones.

—Un coche inglés con una sola rueda.

A regañadientes, Hurley fue el siguiente.

—Alguna estupidez. Una máquina para deshacerse de las mascotas domésticas.

—Un nuevo sostén plástico —sugirió la taquígrafa judicial.

—Ni idea —murmuró MacDowell con resentimiento—. Nunca oí hablar de nada similar.

—Vale —asintió Courtland, examinando de nuevo su reloj. Estaba a punto de sufrir un ataque de histeria; había pasado una hora y no había señales del técnico de reparaciones—.

No lo sabemos, ni siquiera podemos suponerlo. Pero algún día, dentro de nueve años, un hombre llamado Wright va a inventar el swibble y se va a convertir en un gran negocio. Se fabricarán, la gente los comprará y pagará bien por ellos; los técnicos de reparaciones se sumarán al negocio y les atenderán.

La puerta se abrió y Pesbroke entró en el apartamento, con un gabán sobre sus hombros y un destrozado sombrero Stetson sobre su cabeza.

—¿Ha vuelto a aparecer? —Sus ojos ancianos y alerta recorrieron la habitación—. Ustedes parecen estar listos para comenzar.

—Seguimos sin señales de vida de él —dijo Courtland ansiosamente—. Maldición... Yo le despaché, no intenté retenerlo hasta que ya se había marchado.

Le enseñó a Pesbroke la estrujada copia de carbón.

—Ya veo —dijo Pesbroke devolviéndosela—. Y si regresa grabarán lo que diga y fotografiarán todo lo que tenga en el maletín de herramientas. —Señaló a Anderson y MacDowell—. ¿Qué hay del resto de ellos? ¿Para qué son necesarios?

—Quiero tener aquí gente que pueda hacer las preguntas correctas —explicó Courtland—. No podemos conseguir respuestas de otra forma. El hombre, si aparece finalmente, sólo se quedará un tiempo limitado. Durante ese tiempo, tenemos que descubrir... —se interrumpió cuando su esposa se le acercó— ¿Qué sucede?

—Los niños quieren mirar —explicó Fay— ¿Pueden? Prometen que no harán ruido —añadió ansiosamente—. A mí me encantaría mirar también.

—Mirad, entonces —respondió Courtland con pesimismo—. Quizás no haya nada que ver.

Mientras Fay servía café, Courtland continuó con su explicación.

—Lo primero de todo, queremos averiguar si ese hombre dice la verdad. Nuestras primeras preguntas tendrán como objetivo descubrirle; quiero que estos especialistas trabajen en él. Si es una estafa, probablemente lo descubran.

—¿Y si no lo es? —preguntó Anderson con una expresión de interés en su rostro—. Si no lo es, estás diciendo que...

—Si no lo es, entonces viene de la próxima década, y quiero sacarle todo lo que sepa de valor. Pero... —Courtland se detuvo—. Dudo si sabrá mucho de teoría. Tengo la impresión de que está en lo más bajo de la pirámide. Probablemente lo mejor que podremos conseguir es una demostración de su trabajo específico. Partiendo de ahí, deberemos completar el cuadro, realizar nuestras extrapolaciones.

—Cree que puede contarlos cómo se gana la vida —dijo Pesbroke astutamente—, que es lo que queremos.

—Tendremos suerte si aparece de una vez —dijo Courtland. Se sentó en el sofá y empezó a golpear rítmicamente su pipa contra el cenicero—. Todo lo que podemos hacer es esperar. Cada uno de vosotros que vaya pensando en lo que va a preguntar. Tratad de imaginar las preguntas que os gustaría hacerle a un hombre del futuro que no sabe que viene del futuro, que está intentado reparar equipos que aún no existen.

—Estoy asustada —dijo la taquígrafa judicial, pálida y con los ojos desorbitados, haciendo temblar su taza de café.

—Estoy cansado de esto —murmuró Hurley con los ojos súbitamente fijos en el suelo—. Todo esto no es más que castillos en el aire.

Justo en ese momento el técnico de reparaciones del swibble regresó y llamó tímidamente a la puerta del vestíbulo una vez más.

El joven técnico de reparaciones estaba aturdido. Y se estaba empezando a alarmar.

—Discúlpeme, señor —comenzó sin preámbulos—. Veo que tiene visitas, pero he vuelto a examinar mis direcciones y esta es sin ninguna duda la dirección correcta —

añadió lastimeramente—. Lo he intentado en algunos apartamentos más; nadie sabía de qué estaba hablando.

—Entre —le invitó Courtland. Se hizo a un lado, apartándose de entre el técnico de reparaciones y la puerta, y le condujo hacia la sala de estar.

—¿Es él? —dijo con dubitativa voz cavernosa Pesbroke, entrecerrando los ojos.

Courtland lo ignoró.

—Siéntese —le pidió al técnico de reparaciones del swibble. Por el rabillo del ojo pudo ver a Anderson, Hurley y MacDowell acercándose y a Parkinson dejando su Fortune y poniéndose rápidamente de pie. Se oía desde la cocina el sonido de la cinta corriendo por el cabezal de grabación... el cuarto había cobrado vida.

—Puedo venir en otro momento —dijo el técnico de reparaciones, preocupado, mirando el círculo de gente que se cerraba sobre él—. No quiero molestarle, señor, ahora que tiene visitas.

Sentado desmañadamente en el brazo del sofa, Courtland dijo:

—Este es tan buen momento como otro cualquiera. De hecho, es el momento ideal. —Una desbocada sensación de alivio le inundó: ahora tenían una oportunidad—. No sé qué me pasó —continuó rápidamente—. Estaba confundido. Por supuesto que tengo un swibble; está en el comedor.

La cara del técnico de reparaciones se contrajo en un amago de carcajada.

—Oh, de verdad —dijo ahogadamente— ¿En el comedor? Ese es chiste más gracioso que he oído en semanas.

Courtland miró a Pesbroke. ¿Qué demonios era tan gracioso de aquello? Entonces todo su cuerpo se tensó: sudores fríos bañaron su frente y las palmas de sus manos. ¿Qué demonios era un swibble? Quizás harían mejor preguntándolo directamente... o quizás no. Quizás estaban adentrándose en algo más profundo de lo que creían. Quizás —y no le gustó en absoluto la idea— estaban mejor sin saber nada.

—Me confundió —dijo— su terminología. No pienso en ello como «swibble». —terminó cautelosamente—. Sé que es la jerga popular, pero con tanto dinero involucrado, me gusta más pensar en ello por nombre auténtico.

El técnico de reparación de swibbles parecía totalmente confundido, Courtland se dio cuenta de que había cometido otro error; aparentemente swibble era su nombre auténtico.

Pesbroke dijo:

—¿Cuánto tiempo lleva reparando swibbles, señor... —esperó, pero no salió respuesta de la blanca y delgada cara—. ¿Cuál es su nombre, joven? —exigió.

—¿Mi qué? —el técnico de reparación de swibbles se levantó a trompicones—. No le entiendo, señor.

Dios mío, pensó Courtland. Iba a ser mucho más difícil de lo que se había imaginado... más de lo que ninguno de ellos se había imaginado.

Airadamente, Pesbroke añadió:

—Usted tiene que tener un nombre. Todo el mundo tiene un nombre.

El joven técnico de reparaciones tragó saliva y bajó la vista hacia la alfombra con la cara ruborizada.

—Yo solo estoy en el grupo de servicio cuatro aún, señor. De forma que aún no tengo un nombre.

—No importa —dijo Courtland. ¿Qué tipo de sociedad concedía los nombres como un privilegio de estatus?—. Quiero asegurarme de que es usted un técnico de reparaciones competente —explicó—. ¿Cuánto tiempo lleva reparando swibbles?

—Seis años y tres meses —aseguró el técnico de reparaciones. El orgullo sustituyó al bochorno—. En el instituto obtuve un 10 en aptitudes para el mantenimiento de swibbles.

—su pequeño pecho se hinchó—. Soy un hombre adecuado para los swibbles de forma innata.

—Perfecto —asintió Courtland ansiosamente, no podía creer que la industria fuese de tales proporciones. ¿Hacían test en los institutos? ¿Consideraban el mantenimiento de swibbles como un talento básico, como la capacidad de trabajo con símbolos o la destreza manual? ¿Se había vuelto tan importante el trabajo con swibbles como el talento para la música o como la habilidad para concebir relaciones espaciales?

—Bien, —dijo vigorosamente el técnico de reparaciones, recogiendo su abultado equipo de herramientas—. Estoy listo para empezar. Debo estar de vuelta en la tienda lo antes posible... Tengo muchas más llamadas.

Sin miramientos, Pesbroke se levantó y se situó delante del enjuto joven.

—¿Qué es un swibble? —exigió—. Estoy cansado de darle vueltas estúpidamente al asunto. Dice que trabaja con esas cosas, ¿qué son? Es una pregunta bien sencilla; deben ser algo.

—Vaya —dijo el joven vacilando—. Quiero decir, es difícil de explicar. Suponga... bien, suponga que me pregunta qué es un perro o un gato. ¿Cómo puedo responder a eso?

—Así no vamos a llegar a ninguna parte —intervino Anderson—. Los swibbles se fabrican, ¿verdad? Entonces usted debe tener planos; entréguenoslos.

El joven técnico de reparaciones sujetó su maletín de herramientas a la defensiva.

—¿De qué va todo esto, señor? Si esta es su idea de una broma... —se volvió hacia Courtland de nuevo—. Me gustaría empezar a trabajar; de verdad que no dispongo de mucho tiempo.

De pie en la esquina, con las manos metidas en los bolsillos, MacDowel dijo lentamente:

—He estado pensando en comprar un swibble. La mujer y las niñas creen que debemos tener uno.

—Oh, desde luego —se mostró de acuerdo el técnico de reparaciones. El color volvió a sus mejillas y continuó—. De hecho, estoy sorprendido de que aún no tenga un swibble, no puedo imaginar qué les sucede a ustedes. Están actuando todos de forma... extraña. ¿De dónde, si se me permite preguntar, son ustedes? ¿Porqué están tan... bien, desinformados?

—Esta gente —explicó Courtland— viene de una región del país donde no hay swibbles.

Inmediatamente la expresión del rostro del técnico de reparaciones se endureció con recelo.

—Oh —dijo mordazmente—. Interesante. ¿Qué región del país es esa?

Courtland había vuelto a decir algo incorrecto, lo sabía. Mientras titubeaba una respuesta, MacDowell se aclaró la garganta y continuó inexorablemente.

—De cualquier forma —dijo—, hemos estado pensando en comprar uno. ¿Lleva usted algún folleto? ¿Fotografías de diferentes modelos?

—Me temo que no, señor —respondió el técnico de reparaciones—. Pero si me da su dirección haré que el departamento de ventas le envíe la información. Y si usted quiere, un técnico especializado puede llamarle cuando le venga bien y describirle las ventajas de poseer un swibble.

—¿El primer swibble fue diseñado en 1963? —preguntó Hurley.

—Exactamente. —las sospechas del técnico de reparaciones habían desaparecido momentáneamente—. Y justo a tiempo, además. Déjenme decirles esto: si Wright no hubiese conseguido hacer funcionar aquel primer modelo, no quedaría vivo ningún ser humano. Ustedes que no poseen swibbles, puede que no los conozcan, y ciertamente actúan como si no los conociesen, pero siguen vivos gracias al viejo R.J. Wright. Son los swibbles los que hacen que el mundo siga funcionando.

Abriendo su maletín negro, el técnico de reparaciones sacó raudamente un intrincado mecanismo de tubos y cables. Llenó un cilindro con un líquido claro, lo selló, presionó el émbolo y lo alineó.

—Comenzaré con una inyección de dx... que normalmente los devuelve a su estado operativo.

—¿Qué es dx? —preguntó inmediatamente Anderson.

Sorprendido por la pregunta, el técnico de reparaciones contestó:

—Es un concentrado alimenticio con alto contenido proteínico. Hemos descubierto que el noventa y nueve por ciento de las llamadas para reparaciones en tan breve tiempo son el resultado de una dieta inapropiada. La gente simplemente no sabe cómo cuidar de sus nuevos swibbles.

—Dios mío —dijo Anderson en un susurro—. Están vivos.

La mente de Courtland entró en barrena. Se había equivocado, no era precisamente un técnico de reparaciones lo que había provocado que reuniese a todo aquel equipo. El hombre había venido a arreglar el swibble, de acuerdo, pero su profesión era ligeramente diferente de lo que había supuesto. No era un técnico de reparaciones, era un veterinario.

Mientras sacaba y preparaba instrumentos y medidores, el joven explicó:

—Los nuevos swibbles son mucho más complejos que los primeros modelos; necesito todo esto ya sólo para empezar. Pero échenle la culpa a la Guerra.

—¿La Guerra? —repitió Fay Courtland con aprehensión.

—No la primera guerra. La grande, en el 75. Aquella pequeña guerra del 61 no fue gran cosa realmente. Ya saben, supongo, que Wright era originalmente un ingeniero de la Armada, destinado en... bueno, creo que lo llamaban Europa. Creo que la idea le surgió debido a todos aquellos refugios llenos hasta los topes. Sí, estoy seguro de que fue así. Durante aquella pequeña guerra del 61 fueron millones los que pasaron por ellos. Y luego de vuelta a sus procedencias. Dios bendito, la gente iba y venía entre los dos bandos... era para sublevarse.

—La historia no es mi fuerte —dijo Courtland con voz poco clara—. Nunca presté mucha atención en la escuela... la guerra del 61, ¿fue entre Rusia y América?

—Oh —dijo el técnico de reparaciones— fue entre todo el mundo. Rusia lideraba el bloque del Este, por supuesto. Y América el bloque Occidental. Pero todo el mundo estuvo involucrado. Pero esa fue la guerra sin importancia, no obstante; no cuenta.

—¿Sin importancia? —preguntó Fay horrorizada.

—Bueno, —admitió el técnico de reparaciones—, supongo que en su momento les debió parecer muy importante. Pero lo que quiero decir es que quedaron edificios en pie, después de todo. Y sólo duró unos cuantos meses.

—¿Quién... ganó? —dijo ahogadamente Anderson.

El técnico de reparaciones se rió con disimulo.

—¿Ganar? Qué pregunta tan extraña. Bien, quedó más gente en el bloque del Este, si es lo que quiere decir. De cualquier forma, la importancia de la guerra del 61, y estoy seguro de que sus profesores de historia dejarían esto bien claro, fue que aparecieron los swibbles. R.J. Wright sacó su idea de los refugiados que iban de campo en campo que aparecieron en esa guerra. Así que en el 75, cuando la guerra de verdad llegó, tenía un montón de swibbles. —Pensativamente, añadió—. De hecho, yo diría que la guerra de verdad fue una guerra por los swibbles. Quiero decir, fue la última guerra. Fue la guerra entre la gente que quería los swibbles y aquellos que no los querían. —Con satisfacción, terminó diciendo: —Huelga decirlo, nosotros ganamos.

Después de un lapso, Courtland consiguió preguntar:

—¿Qué les sucedió a los otros? Aquellos que... no querían a los swibbles.

—Vaya —dijo finamente el técnico de reparaciones—, los swibbles se encargaron de ellos.

Temblando, Courtland dejó caer su pipa.

—No sabía eso.

—¿Qué quiere decir? —exigió saber con voz ronca Pesbroke—. ¿Cómo se encargaron de ellos? ¿Qué hicieron?

Atónito, el técnico de reparaciones sacudió la cabeza.

—No sabía que había tanta ignorancia en estos niveles. —Estar en la posición de experto le gustaba; sacando pecho, procedió a explicar al círculo de rostros atentos lo fundamental de la historia—. El primer swibble A-propulsado de Wright era tosco, por supuesto. Pero cumplía su propósito. Originalmente, era capaz de diferenciar a los refugiados en dos grupos: aquellos que eran trigo limpio realmente y aquellos que fingían. Aquellos que llegaban para después irse de vuelta a sus lugares de procedencia... que no eran realmente leales. Las autoridades querían saber cuales de los refugiados provenían realmente de Occidente y cuales eran espías y agentes secretos. Esa era la función original de los swibbles. Pero eso no es nada comparado con la actualidad.

—No —se mostró de acuerdo Courtland, petrificado—. Nada en absoluto.

—Ahora —dijo lisa y llanamente el técnico de reparaciones—, ya no se encargan de esas tareas tan vulgares. Es absurdo esperar hasta que un individuo haya abrazado una ideología contraria, y esperar entonces que la abandone. En cierto modo es irónico, ¿verdad? Después de la guerra del 61 realmente sólo había una ideología contraria: aquellos que se oponían a los swibbles.

Rió alegremente.

—Así que los swibbles diferenciaron a aquellos que no querían ser diferenciados por los swibbles. Oh, dios mío, esa fue toda una guerra. Porque no fue una guerra sucia, con muchas bombas y napalm. Fue una guerra científica, nada de hacer daño de forma aleatoria. Consistió en que los swibbles bajasen a los sótanos, ruinas y lugares escondidos y sacasen a la luz a las Contrapersonas una a una. Hasta que los tuvieron a todos ellos. De esta forma ahora —terminó, recogiendo su equipo— no tenemos que preocuparnos por guerras ni nada de ese estilo. No habrá más conflictos, porque no tenemos ideologías contrarias. Como Wright demostró, no importa qué ideología tengamos; no importa si es Comunismo, Capitalismo, Socialismo, Fascismo o Esclavismo. Lo que es importante es que todos nosotros estemos completamente de acuerdo, que todos seamos absolutamente leales. Y desde que tenemos los swibbles... —guiñó un ojo significativamente a Courtland—. Bien, como nuevo poseedor de un swibble usted ya conoce las ventajas. Conoce la sensación de seguridad y satisfacción al saber con certeza que su ideología es totalmente congruente con la del resto del mundo. Que no hay ni una posibilidad, que ni por asomo puede estar descarriado... y de que algún swibble que pase por ahí se lo coma a usted.

Fue MacDowell quien logró acercarse el primero.

—Sí —dijo irónicamente—. Ciertamente suena como lo que la mujer las niñas y yo queremos.

—Oh, debe tener un swibble propio —apremió el técnico de reparaciones—. Reflexione... si tiene su propio swibble, se ajustará a usted automáticamente. Le mantendrá en el buen camino sin esfuerzo ni jaleos. Siempre sabrá que no se va a desviar... recuerde el eslogan de los swibbles: ¿Por qué ser legal a medias? Con su propio swibble, su perspectiva será corregida sin dolor alguno... pero si está a la espera, si tiene la esperanza de estar en el camino correcto, oh, uno de estos días puede entrar en la sala de estar de un amigo y su swibble puede simplemente partírla en dos y sorberlo. Por supuesto —reflexionó— un swibble que pase por ahí también puede cogerle a tiempo de enderezarlo.

Pero normalmente es demasiado tarde. Normalmente... —sonrió—. Normalmente la gente está más allá de la redención una vez que ha empezado.

—¿Y su trabajo —murmuró Pesbroke— es mantener a los swibbles operativos?

—Se desajustan, si se les deja a su aire.

—¿No es una especie de paradoja? —prosiguió Pesbroke—. Los swibbles nos mantienen ajustados y nosotros los mantenemos ajustados a ellos... es un círculo cerrado.

El técnico de reparaciones estaba intrigado.

—Sí, es una forma interesante de verlo. Pero debemos mantener controlados a los swibbles, por supuesto. Así no se mueren —tembló—. O aún peor.

—¿Mueren? —dijo Hurley, aún sin comprender—. Pero si realmente se fabrican... —frunciendo el ceño añadió: —O son máquinas o están vivos. ¿Cuál de ellas?

Pacientemente, el técnico de reparaciones explicó la física elemental.

—El germen swibble es un fenotipo orgánico cultivado en un medio proteínico bajo condiciones controladas. El tejido neurológico controlador que forma la base del swibble está vivo, ciertamente, en el sentido de que crece, piensa, se alimenta, excreta deshechos. Sí, definitivamente está vivo. Pero el swibble, como un todo funcional, es un objeto fabricado. El tejido orgánico se inserta en un contenedor principal que se sella. Yo ciertamente no reparo eso; le apporto nutrientes para restaurar un adecuado equilibrio dietético e intento ocuparme de los organismos parásitos que se cuelan dentro. Trato de mantenerlo ajustado y sano. La estabilidad del organismo es, por supuesto, totalmente mecánica.

—¿El swibble tiene acceso directo a las mentes humanas? —preguntó Anderson, fascinado.

—Naturalmente. Es un metazoo telepático desarrollado artificialmente. Y con él, Wright resolvió el problema básico de los tiempos modernos: la existencia de diversas facciones ideológicas enfrentadas y beligerantes, la presencia de la deslealtad y la disensión. En palabras del famoso aforismo del General Steiner: La guerra es una extensión de las discrepancias de las cabinas electorales al campo de batalla. Y el preámbulo de la Carta Mundial de Derechos: la guerra, si va a ser eliminada, debe ser eliminada de las mentes de los hombres, porque es en las mentes de los hombres donde comienzan las discrepancias. Hasta 1963, no había forma de entrar en las mentes de los hombres. Hasta 1963, el problema era irresoluble.

—Gracias a Dios —dijo Fay claramente.

El técnico de reparaciones no la escuchó; estaba ensimismado con su propio entusiasmo.

—Pero mediante el swibble, hemos conseguido transformar el problema sociológico básico de la lealtad en una rutina técnica: de mero mantenimiento y reparación. Nuestra única preocupación es mantener los swibbles funcionando correctamente, el resto es cosa suya.

—En otras palabras —dijo Courtland débilmente— ustedes los técnicos de reparaciones son el único control que se ejerce sobre los swibbles. Ustedes representan a toda la humanidad frente a esas máquinas.

El técnico de reparaciones reflexionó.

—Supongo que sí —admitió modestamente—. Si, es correcto.

—Si no fuese por ustedes, ellos controlarían condenadamente bien a la raza humana.

El pecho huesudo se hinchó de complacencia, arrogancia confiada.

—Supongo que es cierto.

—Mire —dijo Courtland con voz poco clara. Sujetó al hombre por el brazo—. ¿Cómo demonios puede estar seguro? ¿Realmente están al mando?



Una descabellada esperanza crecía en su interior: mientras los hombres tuviesen poder sobre los swibbles había una oportunidad de devolver las cosas a su sitio. Los swibbles podían ser desarmados, desmontados pieza a pieza. Mientras los swibbles tuviesen que someterse a las reparaciones de los humanos quedaba un resquicio de esperanza.

—¿Qué dice, señor? —indagó el técnico de reparaciones—. Por supuesto que estamos al mando. No se preocupe. —Firmemente, se liberó de los dedos de Courtland—. Ahora, ¿dónde está su swibble? —paseó la vista por el cuarto—. Tendré que apurar, no queda mucho tiempo.

—No tengo swibble —dijo Courtland.

Por un momento no se percató. Entonces una extraña e intrincada expresión atravesó el rostro del técnico de reparaciones.

—¿No tiene swibble? Pero usted me dijo...

—Algo ha salido mal —dijo Courtland con voz ronca—. No existen los swibbles. Es demasiado pronto... aún no han sido inventados. ¿Comprende? ¡Vino demasiado pronto!

Los ojos del joven se abrieron como platos. Aferrando su equipo, reculó dos pasos a trompicones, parpadeó, abrió su boca e intentó hablar.

—¿Demasiado... pronto? —Empezaba a comprender. De repente parecía mayor, mucho más viejo—. Ya me extrañaba. Todos los edificios intactos... el mobiliario arcaico. ¡La máquina de transmisión debe estar fuera de fase! —La furia le inundó—. Ese servicio instantáneo... Sabía que los envíos deberían haber seguido con el viejo sistema mecánico. Les dije que hiciesen test más potentes. Señor, nos va a costar un ojo de la cara; me sorprendería que siquiera consiguiésemos arreglar este desaguisado.

Agachándose con furia, metió precipitadamente su equipo en el maletín. Con un solo movimiento lo cerró y le echó la llave, se enderezó y saludó respetuosamente a Courtland.

—Buenas tardes —dijo con frialdad. Y se desvaneció.

El círculo de observadores se quedó sin nada que observar. El técnico de reparación de swibbles se había marchado por donde había venido.

Después de un tiempo, Pesbroke se giró y señaló al hombre que estaba en la cocina.

—Puede perfectamente apagar la grabadora —murmuró lóbregamente—. No hay nada más que grabar.

—Buen Dios —dijo Hurley, temblando—. Un mundo dominado por máquinas.

Fay tiritó.

—No puedo creer que aquel hombrecito tuviese tanto poder; pensaba que era sólo un operario inexperto.

—Estaba por completo al mando —dijo Courtland amargamente.

El silencio les rodeó.

Uno de los niños bostezó somnolientamente. Fay se volvió de improviso hacia ellos y los llevó eficientemente de vuelta al cuarto.

—Es hora de que vosotros dos estéis en la cama —ordenó con falsa jovialidad.

Protestando de mala gana, los dos niños desaparecieron y la puerta se cerró. Poco a poco la sala de estar cobró vida. El hombre de la grabadora comenzó a rebobinar la cinta. La taquígrafa judicial recogió temblorosamente sus notas y guardó sus lápices. Hurley encendió un puro y se quedó de pie echando bocanadas caprichosamente, con el rostro lóbrego y sombrío.

—Supongo —dijo finalmente Courtland— que todos lo habremos dado por bueno, que hemos asumido que no es una broma.

—Bien —señaló Pesbroke—, él se desvaneció. Eso debería ser prueba suficiente. Y todos los trastos que sacó de ese maletín...

—Será dentro de nueve años —dijo pensativamente Parkinson, el electricista—. Wright ya debe haber nacido. Busquémosle y clavémosle un cuchillo.

—Ingeniero de la Armada —asintió MacDowell—. R.J. Wright. Debe ser posible localizarlo. Quizás podamos evitar que suceda.

—¿Cuánto tiempo creen que la gente como él podrá mantener bajo control a los swibbles? —preguntó Anderson.

Courtland se encogió de hombros con cansancio.

—Ni idea. Quizás años... puede que un siglo. Pero más tarde o más pronto sucederá algo, algo que no se esperan. Y entonces toda esa maquinaria depredadora acabará con todos nosotros.

Fay se estremeció intensamente.

—Suenan horrible; me alegro de que no vaya a suceder por el momento.

—Tú y el técnico de reparaciones —dijo Courtland amargamente—. Mientras no os afecte a vosotros...

Los nervios a flor de piel de Fay terminaron por estallar.

—Lo discutiremos más tarde —sonrió nerviosamente a Pesbroke—. ¿Más café? Traeré más —girando sobre sus talones, salió apresuradamente de la sala de estar y entró en la cocina.

Mientras llenaba la cafetera de agua, el timbre de la puerta sonó quedamente.

Todo el mundo en el cuarto se estremeció. Se miraron entre ellos, mudos y horrorizados.

—Ha vuelto —dijo Hurley con voz poco clara.

—Quizás no sea él —sugirió Anderson sin mucha convicción—. Quizás son la gente de la cámara, por fin.

Pero ninguno de ellos fue hasta la puerta. Después de un lapso, el timbre volvió a sonar, durante más tiempo y más insistentemente.

—Tenemos que atenderlo —dijo petrificado Pesbroke.

—No seré yo —dijo temblorosamente la taquígrafa judicial.

—Este no es mi apartamento —apuntó MacDowell.

Courtland se acercó a la puerta tenso. Incluso antes de agarrar el tirador, sabía de qué se trataba. Enviado usando la transmisión instantánea reparada. Algo para llevar al personal y los técnicos de reparaciones directamente a sus destinos. Para que el control de los swibbles pudiese ser absoluto y perfecto, para que nada saliese mal.

Pero algo había salido mal. El control se había jugado una mala pasada a sí mismo. Había funcionado cabeza abajo, completamente sin control. Auto-derrotándose, haciéndose inefectivo: era demasiado perfecto. Aferrando el tirador, abrió la puerta.

En el vestíbulo había cuatro hombres. Llevaban uniformes grises y gorras. El primero de ellos se quitó la gorra, miró una hoja de papel impreso y señaló educadamente con la cabeza a Courtland.

—Buenas tardes, señor —dijo alegremente. Era un hombre fornido, ancho de hombros, con una mata de poblado pelo castaño sobre su frente reluciente de sudor—. Nosotros... uh... estamos un poco perdidos, me temo. Nos ha llevado un rato llegar hasta aquí.

Mirando al interior del apartamento, ajustó su pesado cinturón de cuero, metió su hoja de instrucciones en su bolsillo y frotó sus grandes y competentes manos una contra la otra.

—Está abajo, en el maletero —anunció, dirigiéndose a Courtland y el resto de la gente de la sala de estar—. Díganme dónde lo quieren y lo subiremos. Necesitamos un sitio bien amplio, aquella pared de allí junto a la ventana podría valer.

Dándose la vuelta, él y sus hombres se dirigieron con bríos hacia el ascensor de servicio.

—Estos swibbles último modelo ocupan un montón de espacio.

Título original: *Service Call* ©1955

## **James Tiptree Jr. - EL ÚLTIMO VUELO DEL DOCTOR AIN**

El doctor Ain fue reconocido en el vuelo de Omaha a Chicago. Otro biólogo, de Pasadena, salió del lavabo y vio a Ain sentado en una butaca del pasillo. Cinco años antes, ese hombre había envidiado los enormes subsidios que Ain recibía. En ese momento le dedicó una fría inclinación de cabeza y se sorprendió ante la intensidad de la respuesta de Ain. Casi se volvió para hablar con él, pero se sentía demasiado fatigado; como casi todo el mundo, se debatía contra la gripe.

La azafata que entregaba los abrigos después del aterrizaje también recordó a Ain: un hombre alto y delgado, de pelo color herrumbre, sin particularidad alguna. Se puso en fila sin dejar de mirarla; como ya tenía puesto su impermeable, ella pensó que era alguna forma extravagante de ligue y lo despidió con un gesto.

Vio que Ain trastabillaba entre el smog del aeropuerto, aparentemente solo. A pesar de los grandes anuncios de la Defensa Civil, O'Hare tardó en descender al subterráneo. Nadie advirtió a la mujer.

La mujer herida, agonizante.

Ain no fue identificado en camino a Nueva York; pero en la lista del avión de las 2:40 figuraba un «Ames», que podía ser el nombre de Ain mal escrito. Lo era. El avión había dado vueltas durante una hora mientras Ain veía cómo la costa marina cubierta de humo se inclinaba, se enderezaba, volvía a inclinarse monótonamente.

La mujer estaba más débil. Tosía y tironeaba débilmente de las cicatrices de su cara, escondida a medias por su largo pelo.

Su pelo, Ain lo veía, esa cabellera que había sido espléndida, estaba rala y apagada. Miró hacia el mar, obligándose a pensar en unas rompientes limpias y frescas. En el horizonte vio una vasta alfombra negra: en alguna parte un petrolero había abierto sus compuertas. La mujer volvió a toser. Ain cerró los ojos. El avión estaba envuelto por la nube de contaminación.

Luego lo vieron mientras se registraba para el vuelo de BOAC a Glasgow. Las instalaciones subterráneas del aeropuerto Kennedy eran un hirviente cocido de gente; el sistema de ventilación no estaba a la altura de esa cálida tarde de septiembre. La hilera de pasajeros se agitaba y sudaba, mientras miraba tediosamente el noticiero. SALVAD LAS ÚLTIMAS VERDES MORADAS. Un grupo ecologista protestaba por la defoliación y drenaje de la cuenca del Amazonas. Algunas personas recordaron más tarde los hermosos colores de las imágenes de la nueva bomba limpia. La hilera se comprimió para permitir el paso de un grupo de hombres uniformados. Usaban botones donde se leía: ¿QUIEN TIENE MIEDO?

En ese momento, una mujer reparó en Ain. Sostenía un periódico, que ella oyó crujir entre sus manos. Ni ella ni su familia padecían la gripe, de modo que lo pudo ver con claridad. Él tenía la frente sudorosa. Ella alejó a sus niños.

Ain usaba el spray Instac para la garganta, recordó la mujer. No le parecía muy bueno el Instac. Ella y sus niños usaban Kleer. Mientras ella lo miraba, Ain había vuelto la cabeza para mirarla de frente, con la boca llena de spray. ¡Qué desconsideración! Le volvió la espalda. No recordaba que él hubiese hablado con ninguna mujer, pero había escuchado atentamente cuando leyeron en el escritorio el destino de Ain. ¡Moscú!

También el empleado del escritorio lo recordaba con desaprobación. Se había registrado solo, afirmó. Ninguna mujer viajaba a Moscú, pero no hubiera sido difícil que llevara un pasaje abierto. (En ese momento, ellos estaban seguros de que ella lo acompañaba.)

El vuelo de Ain era vía Islandia, con una hora de escala en Kejkjavik. Ain salió al parque del aeropuerto a respirar con gratitud el aire marino. Respiraba unas cuantas veces,

y se estremecía. Más allá del ruido de los bulldozers se oía el mar, que tocaba con sus enormes garras el teclado de la tierra. El pequeño parque tenía un bosquecillo de abetos amarillentos y una bandada de collalbas buscaba alimento en sus senderos. El mes próximo estarían en el norte de África, pensó Ain. Tres mil kilómetros sobre sus alas diminutas. Les arrojó algunas migajas de un paquete que tenía en el bolsillo.

La mujer parecía más fuerte allí. Jadeaba en la brisa, sus grandes ojos fijos en Ain. Por encima de ella, los abetos eran tan dorados como cuando la había visto por primera vez, el día que su vida había comenzado... Él estaba agazapado detrás de un árbol, mirando una musaraña, cuando vio ondular la hierba y reconoció la asombrosa carne desnuda de una muchacha, cremosa, con puntas rosadas, que se acercaba hacia él entre los dorados helechos. El joven Ain contuvo la respiración y ocultó su nariz entre el húmedo musgo mientras su corazón latía desenfrenadamente. Y luego vio ese espléndido pelo que caía por su fina espalda, bailando sobre sus nalgas de forma de corazón mientras la musaraña corría por su mano paralizada. El lago estaba absolutamente sereno, plata polvorienta bajo el cielo nublado, y ella no agitaba el follaje dorado más que un roedor fugaz. El silencio retornó; los árboles ardían como antorchas por donde la chica desnuda había pasado a través del bosque, reflejada en los ojos brillantes de Ain. Durante un momento, creyó que había visto una Oréada.

Ain fue el último en subir. La azafata creía recordar que parecía inquieto. No pudo identificar a la mujer; había muchas a bordo, y niños. Su lista de pasajeros tenía varios errores.

Un camarero del aeropuerto de Glasgow recordaba que un hombre parecido a Ain había pedido gachas escocesas y había comido dos tazones, aunque por supuesto no eran verdaderas gachas de avena. Una joven madre con un cochecito lo vio arrojar migas a las aves.

Cuando se presentó en la ventanilla de BOAC lo saludó un profesor de Glasgow que iba a la misma conferencia de Moscú. Ese hombre había sido uno de los maestros de Ain. (Se sabía ahora que Ain había hecho estudios de posgraduado en Europa.) Ambos charlaron todo el tiempo durante su viaje a través del Mar del Norte.

- A mí también me extrañó - dijo luego el profesor -. «¿Por qué ha venido dando un rodeo?», le pregunté. Respondió que los vuelos directos estaban completos. - Se vio que esto no era exacto: aparentemente Ain había evitado el vuelo directo a Moscú con la esperanza de pasar inadvertido.

El profesor habló con entusiasmo de los trabajos de Ain:

- ¿Brillantes? Desde luego. Es un hombre obstinado, además. Muy, muy obstinado. Era como si un concepto, y con frecuencia la cosa más sencilla, lo detuviera en seco y lo fascinara. Y no dejaba de merodear alrededor en lugar de pasar al próximo punto, como hubiera hecho una mente más dócil. En verdad, me pregunté al principio si no era un poquito obtuso. ¿Pero no recuerda usted que, como se ha dicho, la capacidad de asombrarse ante las cosas corrientes caracteriza a la mente superior? Y por supuesto, así se demostró cuando nos sorprendió a todos con el asunto de la conversión de las enzimas. Es una lástima que su gobierno lo apartara de esa línea. No, él no dijo nada de eso; yo se lo digo a usted, joven. Hablamos mucho de mi trabajo. Me asombró que él estuviera tan al tanto. Me pregunté cuáles eran mis sentimientos al respecto, lo que volvió a sorprenderme. Ahora bien, comprenda: yo no había visto al hombre durante cinco años, y parecía... Bueno, quizás cansado. ¿Y quién no lo está? Estoy seguro de que le alegraba ese viaje: saltaba a estirar las piernas en cada escala. En Oslo, incluso en Bonn. Sí, alimentaba a las aves, pero eso no era una cosa rara en él. ¿Su vida social? ¿Alguna causa de izquierdas? Joven: he dicho lo que he dicho en consideración a la persona que me lo ha presentado,

pero debe usted saber que es una impertinencia pensar mal de Charles Ain, o que él pueda ser capaz de una acción incorrecta. Buenas noches.

El profesor no dijo una palabra de la mujer que había en la vida de Ain.

Y no habría podido decirlo, aunque Ain ya estaba en términos íntimos con ella en la época de la universidad. No había dejado ver a nadie hasta qué punto estaba obsesionado con ella, con el milagro, con la inagotable riqueza de su cuerpo. Se veían en todos sus momentos libres, a veces en público, pretendiendo un encuentro casual entre desconocidos bajo los ojos de sus amigos, delatando apenas su mutua alegría con grave formalidad. Y después, en la intimidad, ¡qué intenso era su amor! Jubilosamente la poseía, no le permitía reservas. Soñaba con ella, con sus dulces manantiales y sus zonas sombreadas y su blanca gloria ondulando a la luz de la luna, hallando siempre nuevas dimensiones de su alegría.

Entre el canto de las aves y las liebres jóvenes que saltaban en la pradera, el peligro de su debilidad parecía muy lejano. Algunos días oscuros tosía un poco, pero él también... En aquellos años no pensaba que fuera urgente estudiar la enfermedad.

En la conferencia de Moscú todo el mundo reparó en Ain en uno u otro momento, lo que era natural si se tenía en cuenta su estatura profesional. Era una reunión pequeña de muy alto nivel. Ain llegó tarde; ya había concluido la primera jornada, y él debía presentar su ponencia el tercer y último día.

Mucha gente habló con él y varios compartieron su mesa durante las comidas. A nadie sorprendía que hablara poco; era un hombre reservado salvo en el raro caso de alguna acalorada discusión. Varios de sus amigos lo encontraron algo fatigado y susceptible.

Un ingeniero molecular indio que lo vio cuando utilizaba su spray bromeó con él y le preguntó si había traído la gripe asiática. Un colega sueco recordaba que lo habían llamado por teléfono durante la comida; al regresar, Ain contó que en su laboratorio habían advertido que faltaba algo importante. Hubo nuevas bromas y Ain dijo alegremente:

- Pues sí, muy activo.

En ese momento, uno de los biólogos del Chicom inició sus tareas diarias de propaganda acerca de la guerra bacteriológica y acusó a Ain de fabricar armas biológicas. Ain lo dejó sin argumentos cuando respondió:

- Tiene usted toda la razón.

Por común consenso, se hablaba muy poco de aplicaciones industriales, contaminación industrial y temas de ese tipo. Y nadie recordaba haber visto a Ain con una mujer que no fuera vieja señora Vialche, que difícilmente podía subvertir nada desde su silla de ruedas.

Su única ponencia no fue buena, ni siquiera recordando que se trataba de Ain. Siempre había hablado mal en público, pero normalmente exponía sus ideas con esa claridad típica de las mentes de primera. En esa ocasión parecía confuso, y con poco nuevo que decir. El público perdonó esto y lo atribuyó a los efectos moderadores de la seguridad. Ain desarrolló un intrincado argumento acerca del curso de la evolución, en el que aparentemente intentaba demostrar que algo marchaba realmente muy mal. Cuando lo cerró con una referencia al pájaro campana de Hudson, que «cantaba para una raza posterior», varios de los presentes se preguntaron si había bebido.

La gran infracción a la seguridad llegó justamente al final, cuando empezó bruscamente a describir los métodos que había empleado para obtener la mutación y el rediseño del virus de la leucemia. Explicó el procedimiento con admirable claridad en cuatro frases y se detuvo. Luego describió sencillamente los efectos de la nueva cepa, que sólo alcanzaban un valor máximo en los primates superiores. El índice de recuperación entre los mamíferos inferiores y los demás órdenes se acercaba al 90 por ciento. Cualquier animal de sangre caliente servía como portador del virus. Además, éste conservaba su viabilidad casi en cualquier medio, y sobrevivía perfectamente en el aire. El índice de contagio era extremadamente alto. Y casi casualmente, Ain añadió que ningún primate sometido al

virus, así como ningún ser humano accidentalmente expuesto, había sobrevivido más de veintidós días.

Estas palabras cayeron en un silencio que sólo interrumpió el ruido de los pies del delegado egipcio que corría hacia la puerta. Luego cayó una silla dorada cuando el americano salió disparado.

Ain no parecía consciente de que el público estaba en una parálisis de incredulidad. Todo había ocurrido con tal rapidez... Un hombre que se estaba sonando la nariz miraba con los ojos desorbitados más allá de su pañuelo. Otro, que encendía una pipa, emitió un quejido cuando el fuego llegó a sus dedos. Dos hombres que charlaban junto a la puerta no oyeron sus palabras, y sus risas resonaron en el silencio mortal en que aún vibraban las últimas palabras de Ain: «Realmente, no vale la pena intentar nada.»

Más tarde comprendieron que había intentado explicar que el virus utilizaba los propios mecanismos inmunizadores del cuerpo, de modo que la defensa era por definición imposible.

Eso fue todo. Ain miró a su alrededor esperando vagamente alguna pregunta, y luego atravesó el salón por el pasillo. Cuando llegó a la puerta, la gente lo rodeó ansiosamente. Giró y dijo con cierta impaciencia:

- Sí, por supuesto está muy mal. Ya lo he dicho. Todos nos hemos equivocado. Y ahora, todo ha terminado.

Una hora después descubrieron que se había marchado, en un vuelo de Sinair a Karachi.

Los hombres de la seguridad lo alcanzaron en Hong Kong. Parecía ya muy enfermo, y los acompañó dócilmente. Regresaron a los Estados Unidos por Hawai.

Sus captores eran personas civilizadas: vieron que era un hombre amable y lo trataron del mismo modo. No tenía armas ni drogas. Lo sacaron a pasear, esposado, en Osaka; le permitieron dar miguitas a las aves y escucharon con interés su informe acerca de las rutas migratorias de la gallineta común. Tenía la voz muy ronca. En ese momento, sólo lo requerían por los problemas de seguridad. Nadie les había hablado de una mujer.

Dormitó la mayor parte del viaje a las islas; pero cuando las avistaron se arrimó a la ventanilla y empezó a murmurar. El hombre de seguridad tuvo entonces la primera sospecha de que había una mujer implicada y puso en marcha su magnetófono.

- «Azul, azul y verde hasta que ves las heridas. Oh, muchacha, oh hermosa, no morirás. No te dejaré morir. Te lo aseguro, muchacha, ya ha pasado todo... Ojos brillantes... Mírame, quiero verte viva. Reina, cuerpo delicioso, muchacha, ¿te he salvado? Oh, terrible de conocer, noble, hija de Caos, vestida de luz azul y dorada... La bola de la vida arrojada al cielo, girando, sola en el espacio... ¿Te he salvado?»

Al final del viaje, estaba visiblemente febril.

- Ella puede haberme engañado, ¿sabe? - dijo confidencialmente a un hombre del gobierno -. Tiene que estar preparado para eso, por supuesto. La conozco. - Se echó a reír suavemente -. Es cosa muy seria... Retuerce el corazón...

Al llegar a San Francisco estaba feliz.

- ¿Sabéis que las nutrias volverán? Estoy seguro. Ese terreno ganado al mar no durará; aquí habrá nuevamente una bahía.

Lo pusieron en una camilla en la Base Aérea Hamilton, y estaba inconsciente un momento después del despegue. Pero antes había insistido en arrojar las últimas migas que le quedaban a las aves de la pista.

- Las aves tienen sangre caliente, ¿sabe? - dijo al agente que lo esposaba a la camilla. Luego Ain sonrió dulcemente y quedó inerte. Permaneció así casi los diez días restantes de su vida. Por supuesto, en ese momento a nadie le importaba. Los dos hombres del gobierno murieron rápidamente, apenas terminaron de analizar los restos del alimento para aves y del spray para la garganta. La mujer del Kennedy había comenzado a sentirse mal.

El magnetófono que pusieron junto a su lecho no dejó de funcionar; pero si hubiera habido cerca alguien que pudiera oír la grabación, sólo habría encontrado balbuceos.

- Gea Gloriatrix - canturreaba -. Gea, muchacha, reina...

Por momentos se mostraba grandioso y atormentado.

- Nuestra vida, tu muerte - gritaba entonces -. Nuestra muerte hubiera sido también la tuya, no era necesario, no era necesario...

En otras ocasiones acusaba.

- ¿Qué has hecho con los dinosaurios? - preguntaba -. ¿Acaso te molestaban? ¿Cómo hiciste, con ellos? Fría, reina, eres demasiado fría. Esta vez has estado muy cerca, muchacha - deliraba. Y luego lloraba, acariciaba las ropas de la cama, se ponía sentimental.

Sólo en el último instante, entre su propia inmundicia, sediento, encadenado aún a la cama en que lo habían olvidado, recobró de pronto la coherencia. En el tono claro y ligero de un enamorado que planea un paseo al campo en verano, preguntó al magnetófono:

- ¿Has pensado alguna vez en los osos? Con tantas posibilidades... Es curioso que nunca hayan adelantado más. Por casualidad, ¿no estabas tratando de salvarlos, muchacha? - Rió con su garganta destrozada, y más tarde murió.

**Libros Tauro**

<http://www.LibrosTauro.com.ar>